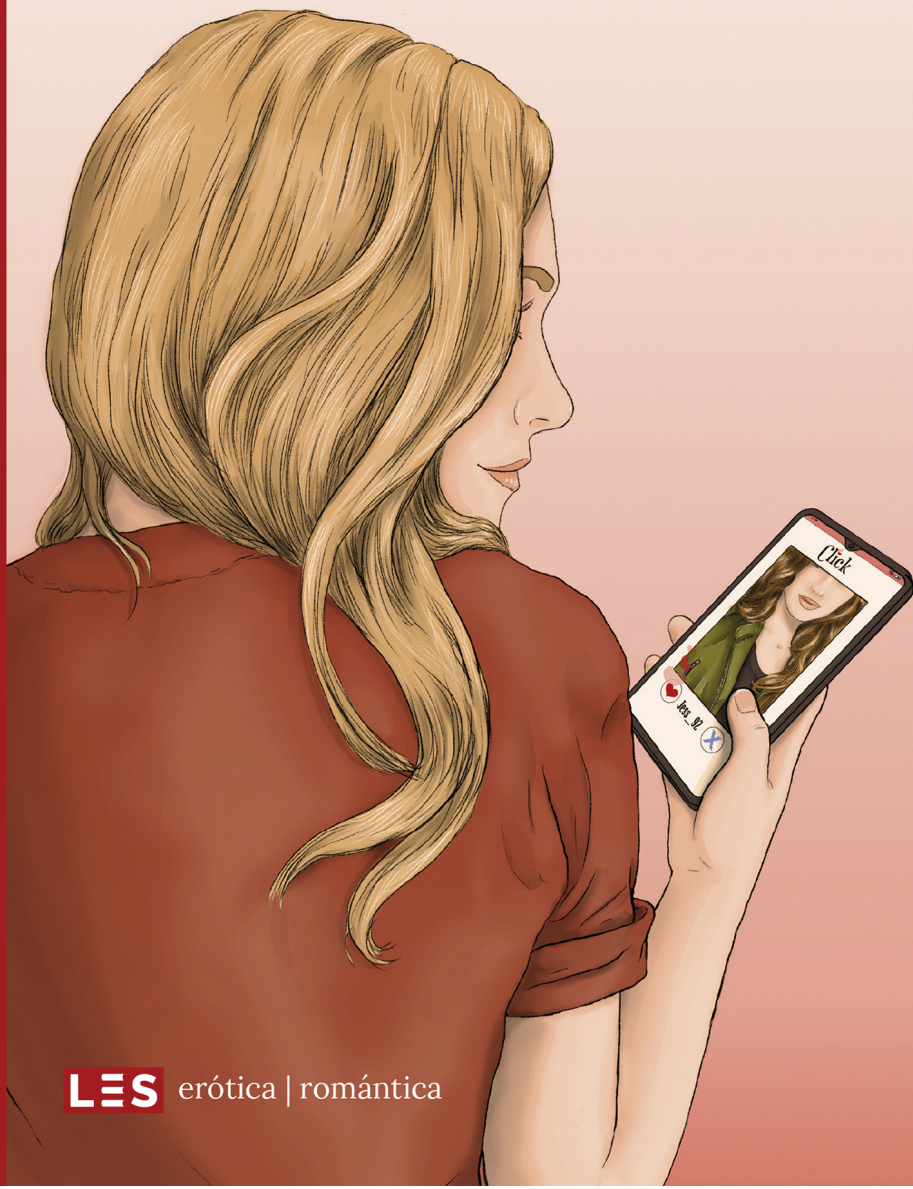
Al primer click

Anna Pólux



LES erótica | romántica

OceanofPDF.com

Al primer click

Anna Pólux

LES editorial

OceanofPDF.com

Primera edición: julio de 2020

© Anna Pólux, 2020
© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2020
© Mara Saturio, ilustración de la portada, 2020

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.
www.leseditorial.com
info@leseditorial.com

eISBN: 978-84-17829-25-4
IBIC: FA, FP, FRD

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

OceanofPDF.com

A todas esas personas a las que les hace ilusión
ver publicada esta historia.

OceanofPDF.com

Tabla de contenidos

1 Click

2 Un capuchino moka, por favor

3 Jamie, Josie… Jessie

4 Perdona… ¿nos conocemos?

5 Un Barry Walker

6 Así lo hacen las Stevens

7 Nebulosa Ojo de Gato

8 Nadie es perfecto

9 El cristal con que se mira

10 Un zumo por compasión

11 Su compañera de piso

12 Hubble88

13 Una cena y punto

14 Por primera vez

15 Cinco mil años luz

16 Diez mil novecientas noventa y nueve estrellas fugaces

17 Un jodido despertador

18 Beso o bofetada

19 Perfectas imperfecciones

20 Samosa por samosa

21 Patéticas amenazas

22 Pon una piscis en tu vida

23 Lo fuerte que abraza

24 Nunca ha follado en los baños de un bar

Agradecimientos

Autora

OceanofPDF.com

1

Click

2 de enero de 2017

Bienvenida a Click, Alison Carter.
Tu perfil ha sido creado satisfactoriamente y está listo para ser usado. Ya puedes acceder a los perfiles del resto de usuarios y el resto de los usuarios pueden acceder a tu perfil.
Nombre: Alison_89.
Edad: 27.
Localización: Seattle, Washington (EE. UU.).
Algunos datos sobre mí: Me llamo Alison, me encanta cocinar, patinar, ir a bailar, la astronomía, casi todo tipo de música y relajarme por las noches viendo películas antiguas en el sofá. Es la primera vez que utilizo una de estas aplicaciones y no sé qué es lo que espero encontrar, alguien con quien hacer *click*, supongo. No soy buena resumiendo, así que si quieres saber más sobre mí, tendrás que hacer *click* en mi perfil.
Libros, películas, música: Me gustan las novelas románticas. Mis películas favoritas son *Con faldas y a lo loco* y *Casablanca*, no me cansaría nunca de verlas. Me gusta todo tipo de música, pero debo admitir que tengo debilidad por el *pop-rock*.
Busco: Chicas lesbianas/bisexuales. Que vivan en Seattle o cerca de Seattle. Solteras.
Edades: 24-31.

3 de enero de 2017

Liz_Wilson ha dado *click* en tu perfil, ¿permitir iniciar conversación? Permiso denegado.
ShainaRt ha dado *click* en tu perfil, ¿permitir iniciar conversación? Permiso denegado.
Trish-L ha dado *click* en tu perfil, ¿permitir iniciar conversación? *Click*.

TRISH-L: Me encanta tu foto de perfil. Tienes unos ojos preciosos.
ALISON_89: Curiosa forma de saludar.
TRISH-L: Hola, Alison, tus labios son increíbles.
ALISON_89: Si tu único tema de conversación va a ser mi cara, creo que estamos perdiendo el tiempo.
TRISH-L: Puedo hablar de otras cosas tuyas que también me gustan…
ALISON_89: Voy a tener que retirarte mi *click*, Trish-L, pero gracias por interesarte.

4 de enero de 2017

Cassie92 ha dado *click* en tu perfil, ¿permitir iniciar conversación? Permiso denegado.
Juls-89 ha dado *click* en tu perfil, ¿permitir iniciar conversación? *Click*.

JULS-89: Hola, preciosa.
ALISON_89: Hola, Juls-89.
JULS-89: Estoy cachonda, ¿tienes plan para esta noche?
ALISON_89: Pues me acaba de salir uno.
JULS-89: ¿En serio?
ALISON_89: Sí, retirarte mi *click*. Me ha surgido de repente, lo siento.
JULS-89: Inesperado y desfavorable…
ALISON_89: ¿Inesperado? ¿De verdad?
JULS-89: Vale… desfavorable a secas.
ALISON_89: Hasta luego, Juls-89. Gracias por interesarte.

6 de enero de 2017

Joanna7_7 ha dado *click* en tu perfil, ¿permitir iniciar conversación? Permiso denegado.
Jess_92 ha dado *click* en tu perfil, ¿permitir iniciar conversación? *Click*.

Nombre: Jess_92.
Edad: 24.
Localización: Seattle, Washington (EE. UU.).
Compatibilidad: 87 %.
Algunos datos sobre mí: Soy Jessie, me encanta leer, el cine clásico y hacer deporte (recientemente he participado en una competición de triatlón). Soy adicta al té por las mañanas y a la comida italiana. Busco a alguien con quien compartir intereses y que me ayude a descubrir otros

nuevos.
Libros, películas, música: Me gustan todo tipo de libros: novela negra, romántica, ciencia ficción, histórica… Cine de Hollywood de los años 40-50: Billy Wilder, George Cukor… Grupos favoritos: Frankie Goes to Hollywood, Smash Mouth, Blondie, October Project…
Busco: Chicas a las que les gusten las chicas. De Seattle o alrededores. Solteras.
Edades: 20-30.

JESS_92: Hola, Alison_89, me llamo Jessie y me ha llamado mucho la atención tu perfil.
ALISON_89: Hola, Jessie, el tuyo tampoco está mal. Competidora en triatlón, es impresionante.
JESS_92: Lo pongo como reclamo, pero en realidad quedé la última.
ALISON_89: Eso es menos impresionante.
JESS_92: Puede, pero he conseguido que aceptaras hablar conmigo y te he impresionado con mi sinceridad, seguro.
ALISON_89: Seguro.
JESS_92: Eres la primera chica que acepta mi perfil.
ALISON_89: No me lo creo.
JESS_92: Lo reformularé: eres la primera chica a quien he dado *click*.
ALISON_89: Una de una, no está nada mal.
JESS_92: Y vuelvo a impresionarte, se está convirtiendo en una costumbre.
ALISON_89: No te acomodes, suele ir a rachas.
JESS_92: ¿Es verdad que es tu primera vez en una aplicación de este tipo?
ALISON_89: Es verdad, y tú no llevarás mucho si soy la primera a la que das *click*.
JESS_92: En Click llevo un par de días, pero he probado otras.
ALISON_89: Y que hayas tenido que registrarte en esta me hace dudar de su fiabilidad.
JESS_92: No pierdas la fe, Alison_89, no puede ser tan difícil.
ALISON_89: ¿La verdad? Empiezo a dudarlo. ¿Con cuántas chicas habrás hablado ya?
JESS_92: No lo sé, ¿millones?
ALISON_89: Admiro tu optimismo y tu tendencia a la exageración. Millones son muchos fracasos.
JESS_92: Puede, pero, aun así, les tenemos ventaja.
ALISON_89: ¿Por qué?
JESS_92: Porque solo nos hace falta que haga *click* una vez.

(…)

7 de enero de 2017

LoreK ha dado *click* en tu perfil, ¿permitir iniciar conversación? Permiso denegado.
Becky89 ha dado *click* en tu perfil, ¿permitir iniciar conversación? Permiso denegado.
Vivy-Ok ha dado *click* en tu perfil, ¿permitir iniciar conversación? Permiso denegado.

JESS_92: ¿Te ha hecho *click* ya?
ALISON_89: No he tenido mucho tiempo.
ALISON_89: Desde que dejamos de hablar ayer a altas horas de la madrugada, solo he dormido.
JESS_92: Sí, se nos fue un poco de las manos. ¿Al menos has dormido bien?
ALISON_89: A medias, mi compañera de piso y su amante ocasional me lo han puesto difícil.
JESS_92: Malditos amantes ocasionales.
ALISON_89: ¿Qué tal has dormido tú?
JESS_92: A medias, mi compañera de habitación y su apnea obstructiva del sueño me lo han puesto difícil.
ALISON_89: ¿Tienes compañera de habitación?
JESS_92: Para el resto del semestre.
ALISON_89: ¿Qué estudias?
JESS_92: Tengo la licenciatura de Biblioteconomía y Documentación.
JESS_92: Y ahora estoy haciendo un máster en Bibliotecas y Servicios de Información Digital.
ALISON_89: O sea, que eres un ratón de biblioteca.
JESS_92: Que sepas que no nos afecta que nos llaméis así, de hecho, es un honor.
ALISON_89: Lo sé, estuve a punto de estudiar lo mismo.
JESS_92: Y si no eres un ratón de biblioteca… ¿qué eres?
ALISON_89: Estudié Historia del Arte y trabajo en un museo.
JESS_92: Un ratón de museo. Especies diferentes, pero compatibles.
ALISON_89: ¿Estudias aquí en Seattle?
JESS_92: No, el máster es en la UCLA.
ALISON_89: Así que estás en California.
JESS_92: Hasta principios de julio.

ALISON_89: ¿Y cómo es? Siempre he querido ir.
JESS_92: Mucho sol, mucho calor y muchas chicas guapas en bikini. Te gustaría.
ALISON_89: ¿Crees que soy así de superficial?
JESS_92: No, creo que eres gay.
JESS_92: Y he quedado con unos compañeros de clase, para organizarnos las prácticas. Así que tendremos que seguir hablando de esto en otro momento.
ALISON_89: Reunión de ratones de biblioteca.
JESS_92: Búrlate todo lo que quieras. Son un desfase.
ALISON_89: Casi me estás dando envidia.
JESS_92: Debería, tenemos el mejor queso.
(…)

28 de enero de 2017

Misha.Ok ha dado *click* en tu perfil, ¿permitir iniciar conversación? Permiso denegado.

ALISON_89: ¿Qué tal las clases hoy? ¿Interesantes?
JESS_92: Y agotadoras. ¿Qué tal tú en el museo? ¿Has conseguido colar esa idea para la exposición?
ALISON_89: Casi.
JESS_92: Deberías estar orgullosa de que te la hayan rechazado.
ALISON_89: ¿Perdona?
JESS_92: Eres una adelantada a tu tiempo, como todos los grandes.
JESS_92: La humanidad aún no está preparada para tu genialidad.
ALISON_89: Reconocimiento póstumo, el gran sueño americano.
JESS_92: Los hijos de tus hijos estarán muy orgullosos.
ALISON_89: Tienes una forma muy rara de animar a la gente.
JESS_92: Extrañamente reconfortante, ¿verdad?
ALISON_89: Sobre todo extraña.
JESS_92: Incomprensión. Esperaré mi reconocimiento póstumo.
JESS_92: ¿Hoy también te has preparado algo enrevesadamente elaborado para cenar?
ALISON_89: Sí, he pedido un menú al Blue C. Sushi.
JESS_92: Es la cuarta vez desde que hablamos. Debes de ser de sus mejores clientes.
ALISON_89: Dentro del top 10, seguro. ¿Qué vas a cenar tú?
JESS_92: Ya he cenado, una hamburguesa con unos compañeros del

máster.
JESS_92: Menos sano, pero más occidental.
ALISON_89: Conseguiré que pruebes el *sushi* y te encantará, lo sé.
JESS_92: Una chica ambiciosa.
ALISON_89: En parte, y el encanto del *nigiri* hará el resto.
JESS_92: No suelo comer cosas que no sé pronunciar.
ALISON_89: Pues en vez de pasar de ellas, aprende a pronunciarlas.
JESS_92: Interesante aproximación alternativa al problema.
JESS_92: Tu reconocimiento póstumo va a ser brutal.

25 de febrero de 2017

Pam_C ha dado *click* en tu perfil, ¿permitir iniciar conversación? Permiso denegado.

ALISON_89: Noche intensa en el Trinity, la hora feliz ha sido demasiado feliz para Gail.
JESS_92: Define «demasiado».
ALISON_89: Se ha enrollado con la figura de cartón del tío con tanga que anuncia la hora feliz.
JESS_92: ¿Por lo menos estaba bueno?
ALISON_89: No estaba mal, moreno y musculado.
JESS_92: ¿Y el señor musculitos le ha dado su número de teléfono?
ALISON_89: La verdad es que no.
JESS_92: Hombres…
ALISON_89: Pero ella le ha apuntado el suyo en el pectoral izquierdo.
ALISON_89: Así que no pierdo la esperanza.
JESS_92: Buena noche para Gail, ¿qué tal la tuya? ¿Demasiado feliz?
ALISON_89: Moderadamente.
JESS_92: ¿Nada más? Seguro que había muchas más figuras de cartón para ti…
ALISON_89: Algunas, pero no eran mi tipo.
JESS_92: Su pérdida, mi ganancia.
ALISON_89: ¿Qué estás haciendo despierta tan tarde? Mañana madrugas.
JESS_92: «Anoche soñé que volvía a Manderley» y Robin sigue roncando.
ALISON_89: Así que la culpa de tu insomnio la tienen Hitchcock y tu compañera de cuarto.
JESS_92: Hitchcock, mi compañera de cuarto y tú.

ALISON_89: ¿Yo?
JESS_92: Tu vida es demasiado interesante.
ALISON_89: O la tuya un poco aburrida.
JESS_92: Tu habilidad de cambio de perspectiva sigue sorprendiéndome como el primer día.
ALISON_89: Me gustaría deleitarle con otros pasajes de mi apasionada existencia, pero estoy agotada.
ALISON_89: Avísame mañana cuando vuelvas del día fuera con los ratones de biblioteca.
JESS_92: Mi vida también te parece interesante, admítelo.
ALISON_89: Lo admito. Los roedores siempre me han fascinado.
JESS_92: Lo sabía.

17 de marzo de 2017

Pam_C ha dado *click* en tu perfil, ¿permitir iniciar conversación? Permiso denegado.
Sonya.88 ha dado *click* en tu perfil, ¿permitir iniciar conversación? Permiso denegado.
Fiona-H2 ha dado *click* en tu perfil, ¿permitir iniciar conversación? Permiso denegado.
Gina_28 ha dado *click* en tu perfil, ¿permitir iniciar conversación? Permiso denegado.

ALISON_89: Sé que estás fuera, bebiendo cervezas con sabor a queso, seguramente.
ALISON_89: Pero he pensado que, a lo mejor, si quieres, podríamos pasarnos a WhatsApp.
JESS_92: Interesante forma de pedirme el número de teléfono. ¿Sigues despierta?
ALISON_89: «Nadie es perfecto» y Gail y su amante ocasional.
JESS_92: Así que la culpa de que sigas despierta es de Billy Wilder y de tu compañera de piso.
ALISON_89: Y tuya, tu vida es demasiado interesante.
ALISON_89: ¿Qué tal ha ido tu noche?
JESS_92: Ha estado bien.
ALISON_89: ¿Alguna congénere interesante?
JESS_92: Bastantes, pero no eran mi tipo.
ALISON_89: Su pérdida, mi ganancia.
JESS_92: Y la mía si quieres mi número de teléfono.

ALISON_89: Me canso de denegar perfiles, es más fácil eliminar el mío.
JESS_92: Culpa tuya y de esas fotos.
ALISON_89: Mira quién habla. Seguro que tú también estás cansada de denegar perfiles.
JESS_92: O de aceptarlos.
ALISON_89: No tiene gracia.
JESS_92: ¿Por qué no?
ALISON_89: Porque quiero tu número de teléfono.
JESS_92: No sé si es buena idea.
ALISON_89: ¿Por qué no?
JESS_92: Porque yo también quiero el tuyo.
ALISON_89: Es bastante conveniente.
JESS_92: Es pasar a otro nivel.
ALISON_89: Creía que ese era el objetivo, ¿cuál es el problema?
JESS_92: ¿Y si en alguno de esos niveles dejamos de parecernos tan interesantes?
ALISON_89: Tendremos que saberlo tarde o temprano.

30 de marzo de 2017

«Jessie»
En línea
ALISON: Llevamos medio mes hablando por WhatsApp a todas horas.
ALISON: Y sigues pareciéndome igual de interesante.
JESSIE: Ha sido arriesgado, pero ha salido bien.
JESSIE: Aunque básicamente sigue siendo lo mismo.
ALISON: Entonces demos el paso siguiente.
JESSIE: Y ese paso es…
ALISON: Quiero escuchar tu voz.
JESSIE: Mi voz…
ALISON: Sí, tu voz. ¿Tú no tienes curiosidad por escuchar la mía?
JESSIE: Me muero por saber cómo es.
ALISON: Tenemos un trato.
JESSIE: He dicho que me muero por oír la tuya, no que me muera por que tú oigas la mía.
ALISON: Jessie, todo lo que sé de ti hasta ahora me gusta mucho.
JESSIE: Y quiero que siga siendo así.
ALISON: Estoy segura al noventa y nueve por ciento de que va a seguir siendo así.
JESSIE: Pero ese uno por ciento acabaría siendo el cien por cien para mí.

ALISON: ¿Por qué te da tanto miedo?
JESSIE: Porque todo lo que sé de ti me gusta demasiado.
ALISON: De acuerdo, haremos una cosa, voy a mandarte una nota de voz.
ALISON: Y cuando tú estés preparada me envías la tuya.
JESSIE: ¿Me das ventaja?
ALISON: Si es la única forma de que juegues, sí.
ALISON (nota de voz): Hola, Jessie, Gail dice que no quieres que oiga tu voz porque en realidad eres un tío. (Voz de Gail) Y como seas un tío, voy a cortarte los huevos. (Voz de Alison) No le hagas caso, sé que no eres un tío, así que tómate tu tiempo.
JESSIE (nota de voz): Ahora lo que sé de ti me gusta un poco más.
JESSIE: Normalmente no sueno tan nerviosa.
ALISON: Ya puedes olvidarte de ese uno por ciento.

16 de abril de 2017

«Jessie»
En línea
JESSIE: Poner ochos con nueve debería estar penado legalmente.
ALISON: Totalmente de acuerdo.
JESSIE: ¿Qué clase de persona pone un ocho con nueve?
ALISON: ¿En general? Gente que necesita un buen polvo.
ALISON: ¿En particular? Tu profesora de Tecnologías de Marcado para Textos Digitales.
JESSIE: ¿Insinúas que la señorita Millers está frustrada sexualmente?
ALISON: Yo no he dicho eso.
JESSIE: Tu silogismo lo sugiere.
ALISON: ¿Y qué sugieres tú?
JESSIE: Que está demasiado buena, te falla la deducción.
ALISON: ¿Cuando vas a clase atiendes o te limitas a babear el suelo?
JESSIE: Ambas.
JESSIE: ¿Celosa?
ALISON: ¿Te pasas el día hablando por WhatsApp con la señorita Millers?
JESSIE: La verdad es que no.
JESSIE: No acostumbra a facilitar su número personal a los alumnos.
ALISON: Entonces, a lo mejor, la que debería estar celosa es ella.
JESSIE: A lo mejor.
ALISON: Quiero hablar contigo.
JESSIE: Me pregunto qué es lo que llevamos haciendo los últimos tres

meses.
ALISON: Tonta. Quiero llamarte por teléfono.
JESSIE: Un pequeño paso para el hombre…
ALISON: Ya nos hemos mandado millones de notas de voz.
JESSIE: Sí, pero en directo será difícil borrar las tonterías una vez que salgan.
ALISON: Ahora quiero llamarte por teléfono aún más.
ALISON: Vamos, Jessie. Sé que tú también te mueres por hablar conmigo…

17 de abril de 2017

«Jessie»
En línea
ALISON: Dios, me encanta tu voz.
ALISON: ¿Podemos volver a hablar esta noche?
JESSIE: Apenas hemos dormido tres horas hoy.
JESSIE: Te quedarás dormida.
ALISON: Tu voz me hace muchas cosas.
ALISON: Pero no me da sueño.
JESSIE: Ufff… es la primera vez que eres tan lanzada.
ALISON: Llevo pensándolo desde la primera nota de voz.
ALISON: Quizás «lanzada» no es la palabra.
ALISON: … ahora es cuando tú dices algo.
ALISON: Algo como que no soy idiota por sentirme así.
ALISON: O que al menos no soy la única idiota que se siente así.
JESSIE: Tu voz me hace muchas cosas y creo que todo esto se me está yendo de las manos.
ALISON: ¿En qué sentido?
JESSIE: No puedo dejar de pensar en ti.
ALISON: ¿Ni siquiera durante las clases con sexi-Millers?
JESSIE: Pienso en las dos y es el doble de sexi.
ALISON: ¿Te asusta sentirte así?
JESSIE: Me asusta que salga mal.
ALISON: De momento creo que va muy bien, Jess.
JESSIE: Quedan muchos pasos que dar.
ALISON: No tengo prisa por darlos.
ALISON: No quiero que te agobies, solo nos estamos conociendo.
ALISON: Sin presiones.

20 de mayo de 2017

«Jessie»
En línea
ALISON: Sé que es tarde, ¿estás despierta?
JESSIE: Ahora sí.
ALISON: Lo siento, acabamos de volver del Trinity.
JESSIE: Espero que haya pasado algo extremadamente interesante.
ALISON: Una chica me ha entrado mientras bailaba con Gail y un par de amigas.
JESSIE: ¿Solo una?
ALISON: Nos hemos besado.
JESSIE: Vaya… no me lo esperaba.
JESSIE: No pasa nada, es normal… tú y yo no somos…
JESSIE: Ni siquiera nos conocemos en persona.
ALISON: No he podido dejar de pensar en ti, Jess.
ALISON: Durante todo el rato.
JESSIE: Alison…
ALISON (nota de voz): En tus ojos, son increíblemente verdes, y en tus labios… joder, Jess, me he puesto el doble de cachonda pensando que esa chica eras tú. Dime que tu compañera de habitación se ha ido este fin de semana.
JESSIE: Alison… no sé si deberíamos.
ALISON: Dios, soy una imbécil… perdona, te he despertado de madrugada.
JESSIE: No eres imbécil, no es eso.
ALISON: No hace falta que me des explicaciones…
JESSIE: Me muero por llamarte ahora mismo.

21 de mayo de 2017

«Jessie»
En línea
ALISON: Buenos días.
JESSIE: Buenos días.
ALISON: ¿Qué tal te has despertado?
JESSIE: Mejor que en mucho tiempo.
JESSIE: ¿Qué tal te has despertado tú?
ALISON: Mejor que en mucho tiempo.
ALISON: ¿Estás bien?

ALISON: Tenía tantas ganas y tanto alcohol en sangre que me lancé sin más.
ALISON: No quiero que te agobies.
JESSIE: Lo de ayer no me agobió precisamente.
JESSIE: Pero pasaste de follar con una chica de verdad por sexo telefónico con un par de fotografías.
JESSIE: ¿No te agobia a ti?
ALISON: Pasé de sexo con una desconocida por otro tipo de sexo contigo.
ALISON: Eso no me agobia.
ALISON: Y lo pasé muy bien anoche, tienes una voz muy sexi.
JESSIE: Toda tú eres sexi.
ALISON: Tengo muchas ganas de poder verte.
JESSIE: Así que Skype es el siguiente paso, ¿verdad?
ALISON: Tengo muchas ganas de verte cara a cara.
ALISON: No quiero ver tus ojos por primera vez en una pantalla.
ALISON: ¿Cuándo vuelves?
JESSIE: En seis semanas, a principios de julio.
JESSIE: ¿Quieres saltarte ese nivel?
ALISON: Quiero ver ese verde en directo, seguro que impacta mucho más.
JESSIE: Buf… eso me pone más nerviosa aún.
ALISON: Aún quedan seis semanas, pensemos en otras cosas.
ALISON: ¿Lo pasaste bien anoche?
JESSIE: ¿Tienes que preguntármelo?
ALISON: Por lo que escuché creo que te lo pasaste muy muy bien.
ALISON: Pero necesito confirmación.
JESSIE: Lo pasé muy muy bien, Alison.
ALISON: Hemos dado varios pasos y sigues gustándome al cien por cien.
JESSIE: Eso es un trece por ciento más que la compatibilidad de nuestros perfiles.
ALISON: A veces un ochenta y siete por ciento puede ser un cien por cien.

14 de junio de 2017

«Jessie»
En línea
ALISON: ¿Dónde quieres que nos veamos?
JESSIE: Aún faltan tres semanas.
ALISON: Dos y media.
ALISON: Y tengo muchísimas ganas de verte.

JESSIE: Se nota.
ALISON: Si te lo estás replanteando puedes decírmelo, Jess.
ALISON: ¿Te lo estás replanteando?
JESSIE: Claro que no.
JESSIE: Podríamos quedar para cenar en el Blue C. Sushi.
JESSIE: He oído que es bueno. Lo he oído mucho, de hecho.
ALISON: Y has oído bien.
ALISON: Llegas en sábado, pero supongo que querrás ver a tus padres.
JESSIE: Quiero verte a ti, te invito a cenar.
ALISON: Ahora soy yo la que está nerviosa.

OceanofPDF.com

2

Un capuchino moka, por favor

Tenía a Jessie en el altavoz del móvil y a Lady Gaga advirtiéndole que «ese chico era un monstruo» a media voz, en plan profecía, directa desde las profundidades de su iPod. La combinación perfecta de los viernes por la noche mientras se preparaba para salir con Gail.

Irían al Trinity, seguro. Su amiga le había cogido cariño al local y no paraba de repetir que allí había buena mercancía y, aunque a ella aquel género no la convencía demasiado, ponían buena música y el sitio era agradable. En esos momentos de su vida no buscaba nada más, de modo que se dejaba arrastrar por la costumbre: tomaba un par de copas, bailaba hasta cansarse con sus amigas y después regresaba a casa, deseando contárselo a ella.

Abrió ligeramente la boca, sentada frente al pequeño espejo de aumento que utilizaba para maquillarse, y comenzó a pintarse la raya del ojo. Un pulso envidiable, Carter, con ella el mundo había perdido a una gran neurocirujana. Observó el iris azulado que le devolvía la mirada, rebotada en la superficie del espejo, y, automáticamente, pensó en otro mucho más verde. Uno que se moría por ver en vivo y en directo, porque había repasado tantas veces las fotografías de Jessie que se lo sabía de memoria, pero seguro que sin apenas distancia se apreciaban más matices.

Y es que llevaba casi seis meses soñando con su mirada. Prácticamente desde la noche en que aquella aplicación de ligues le puso su foto de perfil delante de las narices, como sirviéndosela en bandeja: una especie de «deja de buscar, que la tienes aquí». Al principio lo tomó con bastante cautela y después bajó la guardia por completo, animada por noches enteras hablando con Jessie. Dejándose llevar. Y es que era increíblemente guapa e increíble a secas. Gail la había registrado en Click para que conociera a gente distinta, uno de sus buenos propósitos de Año Nuevo, pero había dejado de buscar casi en cuanto la encontró a ella.

—¿Raya del ojo o rímel? —escuchó su voz a través del altavoz del móvil y sonrió.

—*Raya*.

Gail estaría a punto de entrar a meterle prisa, mucha prisa. No llegar al

inicio de la *happy hour* era inadmisible para su compañera de piso.

—*Demasiado callada para que fuera cualquier otra cosa*.

—¿Tú ya has terminado?

—*Más o menos por la mitad de* Perfect Illusion.

—De eso hace por lo menos tres o cuatro canciones.

—*No paro de impresionarte, ¿verdad?*

Joder, le gustaba tanto oírla alardear de aquella manera que le dieron ganas de besar el teléfono. Pero no lo hizo. No. Porque quedaría bastante patético si Gail entrara en mitad de su arrebato pasional y la pillaba chuperreteando la pantalla.

Contente, Carter, que ya queda menos.

Dos semanas exactas, ni un día más ni un día menos, y se moría por que llegase el momento de poder besarla de verdad. Se conocía sus labios al milímetro, como sus ojos y la totalidad de aquellas facciones tan perfectas. Sabía que era hija única, con buena relación con sus padres, a su mejor amiga la conocía desde el primer año de preescolar y le había contado su infancia y las crisis de su adolescencia. Estaba al tanto de sus experiencias en época universitaria y de las cosas que le gustaba hacer cuando estaba triste, lo que la enfadaba y a qué le tenía miedo, le hacían gracia algunos dibujos animados y a ella su risa le sonaba a mariposas en la barriga, igual que su voz.

Mierda, es que le volvía loca aquella voz.

Así que sí, la teoría se la sabía de memoria, llevaban repasándola casi seis meses y, durante ese tiempo, en algún punto indeterminado del camino había entrado en juego algo más. Aquella sensación de intimidad en cada una de sus conversaciones, porque a Jessie le había contado cosas que no sabía nadie más, y la forma en que su interior al completo se revolvía inquieto ante su voz al otro lado del teléfono cuando hablaban por las noches antes de dormir. Tenía la sensación de conocerla mejor que a nadie en el mundo, pero no la había visto nunca. Extraño. Debería echarle la culpa a Gail y a su brillante idea de registrarla en Click, pero, en vez de eso, improvisaba y le daba las gracias.

—¿Vas a portarte bien esta noche?

Se lo preguntó mientras se aplicaba el rímel con la necesidad implícita de escuchar un «sabes que sí», porque su relación había evolucionado de esa forma. Aunque en teoría pactaron que, hasta que supieran a dónde les llevaba todo aquello, tenían libertad total para hacer lo que quisieran, cuando quisieran y con quien les diera la gana, en la práctica ella se moría por dentro de una forma bastante dolorosa cada vez que pensaba en la posibilidad de que Jessie se fijara en otra chica.

—*¿Alguna vez me he portado mal?* —quiso saber desde el otro lado del teléfono. Desde California.

—No. Aunque podrías.

Contestó con el corazón ligeramente acelerado y en busca de un «pero no quiero» que le hiciera compañía al suyo.

—*No me apetece*. —Suficiente, así que sonrió como una adolescente, de las más tontas—. *¿Al final te has puesto el vestido o los pantalones?*

—Vestido.

—*Lo dices para calentarme, seguro que aún llevas puesta esa camiseta andrajosa y los pantalones de Mickey Mouse*.

Suprimió una sonrisa, porque podría ser verdad, pero no lo era. Tomó el teléfono móvil y le envió un selfi, adoptando la pose más sexi que pudo, esforzándose al máximo, por si a la chica le daba por comparar aquella noche.

—*Bufff…*

Un cumplido escueto, pero de los mejores, sobre todo si lo decía con tanto sentimiento.

—Bufff… —la imitó con media sonrisa mientras recogía el maquillaje—. ¿Para mí no hay nada?

—*¿Que esté a la altura? Lo siento, pero no*.

—Me da igual cuánto mida, no soy exigente y el tamaño no importa.

Escuchó su risa al colocar el maletín de maquillaje en lo alto de la estantería y se peinó el pelo frente al espejo de cuerpo entero que tenía colgado junto a la puerta. Lista para salir. El sonido de una notificación la impulsó a asomarse a la pantalla del móvil y, para no estar a la altura, lo estaba bastante. La había visto con esa chaqueta verde en otras fotografías, pero seguía impresionándole lo bien que le quedaba cada vez. Aquella mirada. Sonrió mordiéndose el labio inferior mientras admiraba su imagen, porque a ella también le daban ganas de decir «Bufff…» unas cuantas veces seguidas. Y se puso nerviosa de repente, últimamente le pasaba con mucha frecuencia.

Dos semanas.

—*Tiene las dimensiones perfectas*.

La puerta de su habitación se abrió de repente y le dio un susto de muerte, aunque ya debería estar acostumbrada. Cuando tenía prisa, a Gail las normas de convivencia «se la sudaban bastante», como tan amablemente le había repetido en más de una ocasión, así que se las saltaba con toda la cara del mundo y sin temor a las consecuencias.

—¡Mierda, Gail! —exclamó llevándose al pecho la mano que no sujetaba el teléfono móvil.

—Esa boca, Carter. Deja de jugar al Jessie-Crush y vámonos, que la *happy hour* empieza en tres, dos, uno. Jess, dile «vodka con soda a un dólar, adiós y diviértete».

Eso último lo dijo acercándose al teléfono y ella la empujó medio

divertida medio indignada por las confianzas y alejó el móvil de su amiga todo lo que pudo. Desactivó el altavoz y se lo llevó a la oreja para poder despedirse de Jessie con un mínimo de intimidad.

—Lo siento, pero creo que si no nos vamos ya va a empezar a beberse mis colonias.

—*Vodka con soda a un dólar, adiós y diviértete*.

Sonrió de espaldas a Gail, siempre de espaldas a Gail, porque si lo hacía de frente, la morena negaba con la cabeza en plan «qué pena me das» y le repateaba un poco las tripas.

—Pásatelo bien tú también. Avísame cuando vuelvas, ¿vale?

Colgó y se giró hacia su amiga, que se retocaba el pintalabios con el dedo frente a su espejo, y le pegó un manotazo en el brazo que provocó sus protestas.

—Una de estas veces vas a entrar sin llamar y te vas a encontrar con cosas que no quieres ver, créeme.

—Otra vez. Me encantó la postura, por cierto. Brook era muy sexi —añadió refiriéndose a su exnovia.

—Cállate —dijo empujándola hacia la salida de la casa—. Mírala y dime que no es la chica más guapa que has visto en tu vida.

La retó enseñándole la foto que Jessie acababa de mandarle, mientras que ambas esperaban que llegase el ascensor. Su amiga le quitó el teléfono de las manos y observó la instantánea.

—Menudo polvazo tiene. Esconde algo —sentenció devolviéndole el móvil cuando entraba en el ascensor.

Joder, ya estaba con lo mismo otra vez. Se lo repetía mínimo una vez al día, había estado a punto de decirle que le grabara una nota de voz y así se ahorraba el esfuerzo. La siguió al interior del aparato y miró la foto una última vez antes de guardarse el móvil en el bolso.

—¿Por qué tendría que esconder algo?

Y lo preguntó un poco molesta con su amiga, pero sobre todo con ella misma, porque, perfectamente entremezclado con los nervios y las ganas de aquel primer encuentro con Jessie, muy en el fondo y haciendo bulto en un rincón, se encontraba con la semilla de aquella misma duda cada vez que pensaba demasiado.

—Porque podría haberse pasado estos meses follando con media California y en vez de eso se los ha pasado contándote secretitos al oído, Carter, no me jodas.

—A lo mejor no le gusta follar tanto como a ti.

—A lo mejor no le gusta follar y punto. Puede que ese sea su secreto: la asexualidad es una realidad hoy en día —indicó mientras cruzaban el portal —. Hasta un uno por ciento de la población general, lo leí la semana pasada en *Vanity Fair*. Y no creo que tú pudieras soportarlo.

—Sí que le gusta follar —desechó aquella posibilidad cuando salían a la calle—. Y el sexo telefónico lo hace de puta madre.

—Algo he oído, sí.

Ella se cruzó de brazos y dejó que Gail se encargara de parar un taxi, porque cada vez que le sacaba aquel tema, se sentía bastante mal de forma significativa. Se sentía como una idiota por estar tan colada por alguien a quien ni siquiera conocía, o peor, por alguien a quien conocía del todo sin haberla visto nunca. Vulnerable. Porque se moría cada vez que Jessie le susurraba cosas por teléfono y sus gemidos al otro lado de la línea habían monopolizado su repertorio de material erótico para ocasiones especiales.

—Joder, Alison, lo siento —escuchó a su amiga a su lado, mientras que ella perdía la vista por la ventanilla del taxi que las llevaba al Trinity—. No quiero que te hagan daño.

Se lo confesó acariciándole el brazo como llamada de atención. Un silencioso «mírame, anda».

—Si tan poco te fías de conocer gente así, no entiendo que tu perfil sea uno de los más activos en Click —indicó volviéndose hacia ella.

—Es una buena forma de conocer gente, Alison, no es una buena forma de enamorarse de gente. Los conoces, te gustan, quedas con ellos y ves lo que hay.

—La he conocido, me ha gustado y voy a quedar con ella.

Repasó aquellos pasos. A su modo de ver, de momento los estaba cumpliendo todos, aunque en alguno de ellos hubiera ido más lejos de lo recomendado.

—Y en cuanto lo hagas, verás lo que hay…

Aquel «verás lo que hay» le chirrió bastante, como un mal augurio buscando refugio bajo su piel, porque se le metió dentro y su cuerpo le dio la bienvenida con un escalofrío. Perdió de nuevo la vista por la ventanilla, viendo las calles pasar, y se repitió a sí misma que Gail no tenía ni idea. La morena no se había pasado cinco meses enteros conociendo a Jessie, hablando con ella a diario y comentando películas antiguas vía WhatsApp mientras las veían por la televisión. Hablaba por hablar, movida por la preocupación y por su necesidad innata de proteger a su mejor amiga, seguro.

Le vibró el móvil en el bolso y lo consultó, la sonrisa le salió automática, porque era un mensaje de Jessie, justo a tiempo para volatilizar aquella desagradable sensación a golpe de caracteres. Aquel «verás lo que hay…» se quedó obsoleto de repente.

«Jessie»
En línea
JESSIE: Me he puesto tu foto de fondo de pantalla.

JESSIE: Algunos de mis compañeros la han visto y están convulsionando en el suelo.

JESSIE: Dicen que no puedes ser real.

JESSIE: Pensé que a tu gigantesco ego le gustaría saberlo.

Y aquello era justo lo que necesitaba oír para poder disfrutar de la noche. Aquel «dicen que no puedes ser real» sonaba como un eco remoto de las palabras de Gail, y le llegaba desde la lejana California recordándole que Jessie estaba al otro lado de todo aquello, compartiendo su mismo salto de fe.

Porque, modestia aparte, ella también podría haberse pasado aquellos meses follando con la mitad de Seattle y, aun así, había preferido dejarse llevar por ella de aquella forma, maldita sea. Que Gail no lo hubiese tenido en consideración durante su alegato le indignaba un poco, la verdad. Su amiga es que, a veces, hablaba muy alegremente.

***

El Trinity estaba lleno, lo normal en un sábado por la noche, y ella esperaba su consumición apoyada en la barra apretujada entre Gail y un chico de uno noventa con camisa naranja y pantalones a juego.

—En un mundo posapocalíptico donde las hortalizas han mutado y dominan la Tierra, dos chicas esperan sus copas en la barra de un club nocturno —bromeaba la morena.

—Cállate, ¿quieres? Te va a oír.

—Alison, relájate, todo el mundo sabe que las zanahorias gigantes no tienen oídos —la tranquilizó al tiempo que se inclinaba sobre la barra para llamar la atención del camarero.

—Vas a ir al infierno, ¿lo sabes?

—Lo supongo, pero no tengo la certeza absoluta —reconoció mientras consultaba distraídamente su teléfono móvil—. Morgan dice que va a llegar un poco tarde.

—¿Morgan viene?

—Claro que viene Morgan, eso ocultaba mi críptico mensaje de «Morgan viene esta noche y te tiene muchas ganas» que te he mandado a WhatsApp —reveló tecleando una respuesta en su móvil.

—Tu críptico mensaje nunca llegó a mi teléfono.

—Seguro que sí, pero estarías demasiado ocupada babeando con fotos de Jessie como para dignarte a leerlo. Mira… —Quiso demostrárselo abriendo su conversación y frunció el ceño—. Oh, mierda, se lo he mandado a mi madre y me ha contestado: «Papá y yo salimos con los Thompson. Tenéis pastel de carne en la nevera. Dile que lo siento y que la conoceré otro día».

—Gail, de verdad, no estoy interesada en ella.

—Pues se queda en coma profundo cada vez que vas a su clase de *body combat*. Vas a darle un disgusto, te lo advierto.

Malditas clases de *body combat* y maldita Gail por no querer aceptarla en su grupo, tendría que ir pensándose el cambiar de gimnasio, pero es que en el que trabajaba su amiga le hacían descuento. Por fin consiguieron las bebidas y ella dio un sorbo a su vaso mientras paseaba la mirada por el abarrotado local, moviéndose ligeramente al ritmo de la música. Tenía ganas de salir a bailar, pero antes quería apurar su bebida. Había demasiada gente como para que no terminaran tirándosela por encima del vestido si se arriesgaba a internarse con ella en la pista.

—No tienes que hacer nada con Morgan si no quieres —Gail levantó la voz junto a su oído.

—Vaya, gracias.

—Pero si no quieres por Jessie, piénsatelo otra vez —dijo y ella tensó la mandíbula al escucharla—. Sé que Morgan te gusta, Carter. El año pasado te lo pasaste entero en la elíptica con vistas a su clase y si no hiciste nada fue porque estabas con Brook. Ahora no estás con nadie.

«Ahora no estás con nadie».

Y eso era lo complicado. Eso mismo. Porque era verdad, pero no lo sentía así. Jessie y ella se habían dado aquellos seis meses como prueba para conocerse, sin ataduras y sin presiones, sin obligaciones ni compromisos explícitos de ningún tipo, pero es que poco a poco los implícitos habían ido ganando terreno. Avanzaban a un ritmo constante, con cada «me gustas mucho» y «me muero por verte» se perdía un poco más en ella. Últimamente se había dado cuenta de que ya ni divisaba la salida a lo lejos, pero no sabría decir en qué momento la perdió de vista.

—Ahora no estoy con nadie, pero en dos semanas quiero estar con ella.

Gail suspiró ante su declaración de intenciones, paseando la mirada por la pista de baile, como dejándolo reposar antes de decidirse a darle una respuesta.

—Joder, como te haga daño va a arrepentirse de verdad. Te lo juro.

Ella sonrió al escucharla, porque sabía que lo decía muy en serio y su lado protector le tocaba la fibra sensible.

—¿Vamos a bailar? —sugirió dejando el ron con cola sobre la barra. No tenía paciencia para terminarlo y aquella canción era de sus favoritas.

No esperó su respuesta y le tiró de la mano sin encontrar resistencia. Se abrió paso entre la gente arrastrando a la morena tras ella y las dos acabaron en mitad de la pista cara a cara y moviéndose al ritmo de la música. Gail bailaba muy bien, un regalo para la vista, desde una perspectiva meramente artística y muy poco sexual, porque la conocía desde los once y ambas habían ido directas a la zona de amigas de la otra desde el principio. Le

encantaba salir a bailar con ella, llevaban años haciéndolo y se compenetraban a la perfección. Estaba segura de que podrían arrasar en todos los concursos de baile conocidos por el ser humano y en cualquier categoría, pero no eran ambiciosas y simplemente bailaban por diversión, sin fines lucrativos de ningún tipo. Dejó que la morena la acercara a ella tomándola por las caderas e imitó sus movimientos.

Cinco o seis canciones después, al mirar por encima del hombro de Gail, localizó a Morgan acercándose a ellas entre el gentío y, en cuanto sus miradas conectaron, la castaña le sonrió. Y lo hizo de aquella manera en que sonreía a todos los asistentes a su clase de *body combat*, la que los mantenía acudiendo al gimnasio día tras día a pesar de las agujetas. Si tenía que ser sincera, aquel gesto era así de alucinante.

No era ningún secreto que, en el Zum Fitness, más de la mitad de la clientela estaba el doble de interesada en las monitoras que en perder calorías. Allá cada cual con su motivación. Porque no era uno de los gimnasios con mayor clientela de Seattle por nada y los monitores deberían llevarse comisión. Y, de hecho, sospechaba que se la llevaban. La cara más oscura y erótica de la vida sana. A Gail le vendría de miedo para su autoestima si le hiciera falta, pero es que cada vez que respiraba, además de dióxido de carbono, la morena eliminaba «mira qué cuerpo» y «qué buena estoy» al por mayor y por *overbooking* en su organismo. A su amiga le sobraba ego y no sabía qué más hacer con él, así que lo sudaba mientras sonreía a los usuarios marcando tendencia y bajando ropa interior a distancia y sin tener que tocar. Era un don unisex, porque las babas del suelo de su clase no entendían de género.

Le devolvió la sonrisa a Morgan por pura educación y porque Gail tenía un poco de razón en eso de que su compañera de trabajo le llamaba la atención. A ella y a todos, la verdad. Aunque en aquellos precisos momentos de su vida no le interesase por razones externas con ojos verdes y sonrisa bonita, tenía que admitir que era una chica increíblemente atractiva.

La castaña saludó a Gail primero, con un abrazo y un beso en la mejilla, y después centró su atención en ella, con mucho más detenimiento, como si fuese la que en realidad le interesaba. Morgan aprovechó el empujón de una chica que bailaba demasiado cerca para recortar distancias y terminar prácticamente pegada a ella y con la boca junto a su oído, sonrió disculpándose y le quedó bien y todo. La falta de espacio era la justificación perfecta.

—Ey, Alison, no te vi ayer en clase.

Su monitora alzó la voz para hacerse oír por encima del estruendo de la música, su aliento le hizo cosquillas en el oído y tan de cerca la chica olía de miedo. Se inclinó ligeramente hacia ella, para poder hablar junto a su oreja y aumentar las posibilidades de hacerse entender.

—Tuve que quedarme en el museo hasta tarde.

—Te eché de menos. El lunes tendrás que venir a dos seguidas, para compensar.

—Imposible, apenas aguanto una entera.

—Mentirosa, hace semanas que no te hago sudar —lo rebatió, y si no lo dijo con doble sentido, sonó precisamente a eso y su forma de observarla lo confirmaba. Le sostuvo la mirada y Morgan bajó la suya a sus labios—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias, de momento estoy bien así.

Rechazó la invitación, porque estaba segura de que aquella propuesta incluía mucho más que una bebida gratis.

—Voy a por algo para mí. Si cambias de opinión, mi oferta seguirá en pie durante el resto de la noche —dijo regalándole una sonrisa de las deslumbrantes.

—Lo tendré en cuenta —aseguró devolviéndole el gesto.

Y, cuando la chica se alejó hacia la barra, ella aprovechó para darle un buen repaso, de arriba abajo, se le notaban las veinticinco horas semanales de *body combat*, y la forma en que le quedaban aquellos pantalones le recordaba que, algunas, llegaba a treinta. Madre mía. Y si realmente no estuviera con nadie, en el sentido más amplio de la palabra, seguro que le gritaría «Un ron con cola, y date prisa, por favor», bailaría con ella en modo «iniciando polvo en tres, dos, uno…» y se la llevaría a su casa o irían a la de ella, la que estuviera más cerca, porque en cuestión de camas no tenía preferencias. Siempre y cuando no fuesen de agua, claro, esas la mareaban a lo bestia.

—Tiene el culo casi tan firme como el mío —le confió la morena acercándose a su oído, mientras que ella continuaba observando a Morgan.

—Cállate y baila —le ordenó apartando la vista.

A los pocos segundos volvió a desviarla y se encontró con los ojos de Morgan fijos en ella, la observaba bailar con una expresión bastante reveladora en el rostro. Era evidente que a la monitora le gustaba lo que veía y, aunque a ella también, en el fondo se preguntaba cómo sería poder estar intercambiando miradas así de comprometidas con Jessie. ¿Cómo sería notar su aliento contra su oído? ¿Sentiría escalofríos cuando se le acercara más de la cuenta? Cuando la mirara directo a los ojos con aquel verde tan increíble.

Eso les faltaba. Dar el paso definitivo y descubrir si la parte más física era igual de alucinante que el resto. ¿Jessie cambiaría mucho en persona? ¿Lo haría ella?

«¿Y si en alguno de esos niveles dejamos de parecernos tan interesantes?».

¿Y si era Jessie quien perdía el interés?

Si al final aquel «Alison, me gustas mucho» había que conjugarlo diferente, en pasado y añadiéndole un «pero», iba a ser difícil de digerir, porque escucharselo decir a través del teléfono se había convertido en uno

de sus momentos favoritos del día. Al «despacio, Carter, date tiempo» le había hecho más bien poco caso y sus «me muero por verte» le estrujaban el corazón en el pecho de una manera muy poco cautelosa.

Cuando Morgan regresó con el vaso en la mano y comenzó a moverse frente a ella, se preguntó si al bailar de aquella forma con Jessie se le acelerarían las pulsaciones, al dibujar sus curvas con la mirada, sabiendo que podría tocarla con tan solo extender la mano. Y extenderla para comprobar si su pelo era increíblemente suave al tacto, deslizarla por su cuello y recorrer sus curvas mientras la acercaba a su cuerpo cada vez más. Perderse en el ritmo de la música y en aquellos ojos, en sus labios, y que la dejara sin aliento sin necesidad de tocarla siquiera.

Varias canciones más tarde, sintió cómo la mano de Morgan la sujetaba por la cadera desde atrás, y el calor de su cuerpo adhiriéndose a su espalda. Cerró los ojos, sin dejar de bailar, ¿cómo encajarían las manos de Jessie en sus caderas? ¿Alucinantemente bien? Cubrió con la suya la de Morgan cuando esta la deslizó para acariciar parte de su abdomen con la palma extendida y casi dejó de respirar al sentir el leve roce de sus labios en el cuello. La chica tanteaba el terreno y ella se dejaba tantear preguntándose si su cuerpo se activaría a golpe de movimiento al sentir a Jessie contra su espalda y su boca regalando besos húmedos a su cuello. Inclinó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el hombro de la monitora, debía de ser más o menos de la misma altura que Jessie. Rozó su mejilla con la nariz, y no la veía, pero Morgan sonreía, seguro.

¿Sonreiría ella?

Llevó su mano hasta la nuca de la chica y la enredó en el pelo castaño, mucho más corto que el de Jessie, de modo que la retiró de allí y, justo en ese momento, Morgan la giró de forma firme, pero sin llegar a ser brusca. Cuando se encontraron cara a cara todo dejó de funcionar, porque sus ojos eran grises y sus labios demasiados finos. Su sonrisa no era igual y aquel tren de pensamiento descarriló sin remedio. Colocó ambas manos sobre el pecho de la monitora y la separó de ella suavemente.

—Lo siento… —Morgan se le adelantó, quitándole las palabras de la boca.

—No te preocupes… —la tranquilizó y buscó a su amiga con la vista, pero la morena había desaparecido de los alrededores—. Perdona, ¿puedes decirle a Gail que me he ido a casa?

—Alison… ¿estás bien? —La monitora hizo amago de seguirla, pero terminó sin moverse del sitio.

—Estoy bien. Nos vemos el lunes.

Dio media vuelta y se abrió paso entre la gente, directa a la salida.

***

—Joder… Jessie… —Soltó un gemido ronco mientras colaba su propia mano dentro de su ropa interior.

No llevaba nada más puesto, únicamente el conjunto de lencería que había elegido para aquella noche en el Trinity. El vestido lo había tirado al suelo sin ningún miramiento incluso antes de llamar a Jessie, y estaba arrodillada sobre el colchón de su cama con el teléfono en altavoz sobre la mesilla.

—*Mierda, Alison. Me estás poniendo muy cachonda*. —Su protesta le llegó desde los baños públicos de un club de moda de Los Ángeles.

—Tócate —le sugirió al tiempo que comenzaba a acariciarse ella misma.

—*Prefiero tocarte a ti*. —Aquel susurro mandó un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo con objetivo su bajo vientre—. *No te imaginas las ganas que tengo de tocarte, Alison*.

—¿Cómo lo harías?

Mierda, es que recordaba aquellas sensaciones en la pista de baile, las que se activaron al imaginar que Morgan era Jessie, y se notaba cada vez un poco más mojada. Sentía el roce de sus cuerpos, su aliento contra el oído, el calor de su mano sobre el vientre y sus suaves besos en el cuello mientras la música las envolvía a ambas y las luces bajas con destellos parpadeantes maquillaban su fantasía.

—*Me muero por tenerte encima*.

Y aquella confesión le vino muy bien, porque ella se moría por tenerla debajo en aquellos mismos momentos, así que llevó sus caderas hacia el colchón y presionó ligeramente la mano contra su intimidad. Bufff… mataría por poder moverse sobre el abdomen desnudo de Jessie con aquel verde oscurecido observándola mientras lo hacía.

—*¿Estarías muy mojada?*

—Podrías comprobarlo —musitó acariciándose entera. Y sí, estaba muy mojada.

—*Joder… ¿tienes puesta la ropa interior?* —quiso saber y ella contestó con un «ajá» estrangulado—. *Quítatela*.

Y lo hizo, se lo quitó todo, desperdigándolo por el suelo de la habitación, y se colocó de nuevo sobre el colchón en la misma postura, pero de cara al cabecero de la cama esta vez. Se sujetó a él con una mano para conseguir mayor estabilidad.

—*Te colocaría sobre mí y acariciaría tu abdomen mientras siento lo mojada que estás…*

—Mierda, Jessie. Sin preliminares. Estoy muy muy cachonda —la cortó con voz ronca y casi la escuchó aguantando el aire a través del altavoz del móvil—. Tócame ya.

—*Te ayudaría a moverte contra mi mano* —accedió a aquel salto temporal sin protestar. *Buena chica, Jessie—. Sujetándote por la cadera*.

Cerró los ojos, dejándose inundar por aquella voz, y comenzó a moverse suavemente contra su mano mientras aseguraba su punto de anclaje en el cabecero de la cama. Se le escapó un gemido, porque la sensación causada por el vaivén de sus caderas la excitó un poco más.

—*Seguro que estás preciosa*.

Si no hubiese estado tan increíblemente cachonda, aquel comentario le habría enternecido un poco más. Se centró en continuar moviéndose contra su mano, en busca del ritmo perfecto, el que Jessie le ayudaría a conseguir sujetándola por la cadera, y rescató el sonido de sus gemidos del inventario de su memoria. No le costó encontrarlos, los había colocado justo a la entrada para agilizar el proceso en caso de necesidad. Eran roncos y sexis, entrecortados a veces, sus preferidos. Su simple recuerdo la mojó aún más. ¿Cómo sería cuando los escuchase directos contra su oído?

Podía oír su voz, animándola a moverse más deprisa, así que lo hizo. Y centró la presión de su mano sobre la zona del clítoris, tan sensible, gimió y escuchó a Jessie soltar un «Joder…» cargado de frustrada excitación.

—*Dos dedos, Alison*.

Y menos mal que lo había dicho, porque se moría por sentirlos dentro. Se mordió el labio inferior mientras los deslizaba en su interior y se le escapó un nuevo gemido seguido por un jadeo cuando empezó a moverlos y a moverse. Apoyó la frente contra la pared y dejó de entender lo que Jessie le decía a través del altavoz del móvil, pero el sonido de su voz continuaba estimulando algún área de su cerebro relacionada con el placer auditivo. Se le escaparon varios «Mierda, Jessie» y muchos «Joder, joder», y hacia el final el cabecero de la cama golpeó la pared al ritmo de sus movimientos. Menos mal que Gail no estaba en casa, porque llegado aquel punto no le habría importado.

Se corrió con un gemido estrangulado y aferrándose con fuerza a la madera que le servía de sujeción. Después se permitió unos segundos de respiración descontrolada contra la pared de la habitación antes de deshacer la cama, meterse dentro y recuperar el teléfono de la mesilla. Desconectó el altavoz y se lo llevó a la oreja.

—¿Jess?

Le salió la voz un poco ronca y la escuchó aclararse la suya antes de contestar.

—*Si fuera un tío no podría salir de este baño nunca, te lo juro. Ha sido una de las cosas más sexis que he escuchado nunca*.

—Necesito verte ya.

—*En dos semanas* —se lo recordó y ella cerró los ojos—. *Me gustaría poder dormir contigo también, ¿te importa que me quede?*

Sonrió como una tonta, porque no le importaría. No le importaría en absoluto.

En momentos así, aquel «Esconde algo» de Gail se convertía en las dos palabras con menos sentido del planeta Tierra.

***

Se ajustó al hombro la correa de su bandolera mientras caminaba junto a Gail calle arriba. Como cada mañana antes del trabajo, las dos se dirigían al Starbucks Reserve directas a por su dosis diaria de café. La fuerza de la costumbre las empujaba a regresar día tras día, semana tras semana, a pesar de que desayunar en casa sería mucho más económico para su bolsillo. La cafetería les quedaba a apenas cinco minutos caminando desde su casa y era una de las más grandes de la ciudad, además, era bonita y acogedora, con camareras a juego, y a Gail le gustaba mirar mientras disfrutaba de su café *latte*, en su mesa de siempre, justo junto al mostrador.

Casi estaban llegando cuando la vio rebuscar desesperadamente en una de las cremalleras de la bolsa deportiva en la que llevaba ropa de recambio al gimnasio.

—Pensaba que me había dejado los chicles en casa. —Suspiró aliviada al encontrarlos en aquel compartimento.

—Menos mal, puedes seguir besando a tus múltiples fans sin aliento a café.

—Soy una profesional, Carter. Nada de besos en horas de trabajo.

A veces su amiga le daba un poco de envidia, porque podía ir al trabajo en chándal todos los días y, de hecho, debía hacerlo. Comodidad máxima durante la jornada laboral. Ella, en cambio, tenía que ir más arreglada al museo, sobre todo los días que le tocaba dirigir alguna de las visitas guiadas. Nada exagerado, unos vaqueros con la americana azul marino que les proporcionaba la institución como parte de su uniforme. Al firmar el contrato a ella le dieron dos, de quita y pon.

—¿Y entre clase y clase? —probó suerte alzando una ceja.

—Los descansos son territorio de nadie, como aguas internacionales.

—Y todo el mundo sabe que los chicles de eucalipto siempre vienen bien en altamar.

Le dio la razón y Gail le guiñó un ojo, en plan «tú sí que sabes, Carter», mientras le sujetaba la puerta para permitirle pasar primero. Tuvo que reírse, porque su amiga era una mercenaria del amor, pero tenía buen fondo. A aquellas tempranas horas de la mañana la cafetería no estaba excesivamente llena y siempre encontraban su mesa libre, así que se dirigieron derechas a ella y dejaron sus pertenencias en dos de las cuatro sillas que la rodeaban. Gail, en un alarde de amabilidad, se encargó de acercarse a la barra a pedir. A lo mejor en aquel gesto aparentemente altruista tuvo algo que ver que la camarera que atendía en esos momentos

era muy guapa y no la habían visto antes. Pues a lo mejor, sí.

Mientras su amiga esperaba en la cola del mostrador, ella se entretuvo con su teléfono móvil y comprobó que Jessie no le había dado los buenos días aún, seguramente todavía continuaba durmiendo, porque los lunes empezaba las clases a las diez, y pensó «menuda suerte» ahogando un bostezo. Casi iba a guardar el móvil en su bandolera de nuevo cuando le llegó un mensaje de WhatsApp en la conversación con Monica, una de sus compañeras de trabajo.

«Monica»
En línea
MONICA: Alison, si el jefe pregunta, tengo gastroenteritis.
ALISON: ¿Y si pregunto yo?
MONICA: Una resaca.
MONICA: De las gordas.
ALISON: Eso te pasa por seguir bebiendo como si aún tuvieras veinte años.
MONICA: Seguramente.
MONICA: A partir de los treinta, todo va cuesta abajo.
MONICA: Adiós a mi asombrosa capacidad de metabolizar el alcohol.
MONICA: Adiós a los descuentos para «jóvenes» en los cines y grandes comercios.
MONICA: Adiós a mis pechos firmes y tersos apuntando hacia arriba.
ALISON: Y simplemente adiós, porque estoy desayunando con Gail.
MONICA: Gastroenteritis, Carter.
ALISON: Treinta años, Price.

Dejó el móvil sobre la mesa en cuanto Gail tomó asiento frente a ella de cara a la barra, como siempre, para poder seguir disfrutando del paisaje mientras desayunaba. Le plantó su capuchino moka justo delante y desvió de nuevo la vista a la nueva camarera que le había atendido. Ella se giró, lo justo para divisarla sonriendo amablemente al siguiente cliente, y devolvió la vista a su amiga con una ceja alzada.

—Es guapa —reconoció acunando su café con ambas manos.

—Pues deberías verla de cerca. Son mucho más grandes.

—Para ser bisexual, eres bastante lesbiana.

—Y tú para ser lesbiana, eres bastante hetero. ¿Quieres mirarla bien, por el amor de Dios? ¿Crees que se apuntará a mi gimnasio?

—¿Y a tu clase?

—Y a mi cama. Deberíamos venir aquí todos los días.

—Venimos todos los días —dijo sin hacer demasiado caso a aquel despliegue de testosterona. Le pasaba de vez en cuando y ya estaba acostumbrada.

—Pues deberíamos venir dos veces —matizó y probó su café—. Incluso

sabe mejor si lo sirve ella.

Casi puso los ojos en blanco, pero no le merecía la pena el esfuerzo, así que se limitó a dar un sorbo a su café mientras dejaba que su amiga desgastara las facciones de su siguiente presa sin distraerla demasiado. Estaba pensando en la cantidad de cosas que la esperaban sobre la mesa de su despacho en el museo, porque el viernes cuando se marchó les dijo adiós con mucha alegría, pero los lunes le cambiaban la perspectiva de la vida entera y encima tenían que empezar a organizar las colecciones y exposiciones que conformarían el calendario del nuevo año, y lo comenzaban en septiembre. Con Monica fuera de circulación por su resa… gastroenteritis, aquel inicio de semana iba a tener que enfrentarlo prácticamente sola.

Pues qué bien.

—Carter…

El tono que utilizó Gail para dirigirse a ella era nuevo. Le llamó la atención por su seriedad. Lo dijo como si la testosterona la hubiera abandonado de repente y de golpe y ella se hubiera quedado huérfana, sin saber dónde agarrarse. Cuando la miró se le aceleró un poco el corazón en el pecho, porque su amiga solo ponía esa cara si sucedía algo grande de verdad. Gigantesco. La había visto muy pocas veces a lo largo de su relación: con el beso Britney-Madonna-Aguilera en los premios de la MTV en 2003, cuando Justin Timberlake le sacó la teta a Janet Jackson durante la Super Bowl de 2004, en 2014 al escuchar la emotiva carta de Ellen Paige y en ese mismo momento.

La taquicardia, en su opinión, estaba justificada.

—¿Qué te pasa? —inquirió frunciendo el ceño y Gail miró hacia la barra de nuevo por encima de su hombro.

—Vale. No quiero que te pongas nerviosa… —Si lo que quería era tranquilizarla, no había elegido las palabras más acertadas, la verdad—. Pero… esa chica de ahí…

Titubeó señalando la barra con la mirada, ella se giró y el «¿no es Jessie?» lo escuchó como de fondo, lejano en el tiempo y en el espacio, como desde lo más recóndito del «pero ¿qué coño…?» más profundo del universo. Se le paró el corazón en el pecho, literal, y sintió cómo su sangre acudía de urgencia a intentar reanimarlo. Es que estaba en blanco, sujetando el respaldo de la silla con una mano y sin saber qué más hacer, excepto mirarla como si no pudiera ser real. Todos sus procesos cognitivos se centraron única y exclusivamente en tratar de comprender qué demonios estaba pasando, porque si tenía clase a las diez en la UCLA, Jessie iba a llegar un pelín tarde.

Es que era ella. Seguro.

Llevaba esa chaqueta verde que le sentaba tan bien y aquellas facciones que le quedaban mejor. Estaba esperando ser atendida, en la cola, mientras

consultaba su teléfono móvil, y a ella le dio un vuelco el corazón cuando la vio despedir con una sonrisa a uno de los clientes que abandonaba el local en ese preciso momento.

Aquella sonrisa era la suya.

Estaba temblando. Físicamente temblando. Por fuera, por dentro, en el pasado, en el presente y en el futuro. Temblando. Con la respiración atascada y oprimiéndole el pecho de una forma bastante agobiante y no se le ocurría nada que decir.

—Es Jessie —confirmó girándose de nuevo hacia Gail.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para conseguir articular aquellas dos palabras y ya no tenía ninguna más. Su amiga tendría que apañárselas con eso.

—¿Ha vuelto antes y no te ha dicho nada?

—No lo sé.

Se giró de nuevo, porque necesitaba verla otra vez, confirmar que estaba allí de verdad, aunque acababa de hacerlo. Un círculo de perseveraciones que debía romper cuanto antes por el bien de su salud mental. Joder, es que las fotografías no le hacían justicia, porque en directo era tan guapa que casi dolía mirarla directamente sin protección.

—Tengo que… tengo que…

Lo repitió como si fuera tonta mientras se levantaba de la silla, aun a riesgo de no recordar cómo se coordinaban los movimientos de sus piernas para avanzar en la dirección deseada. Y quería decir «tengo que preguntarle qué hace aquí», pero se quedó sin fuelle. Atascada en mitad de uno de los momentos más trascendentes de su vida.

Si Gail la llamó, ella no la escuchó o prefirió obviarla, pero aquello no era lo importante. Lo verdaderamente importante era conseguir llegar hasta Jessie y decirle «Ey, ¿qué haces aquí?» sin que su cuerpo la traicionara en el proceso. Santo Dios, su pelo, sus manos, sus ojos y la forma en que la chaqueta se adaptaba a su anatomía a la perfección, lo bien que le quedaban aquellos pantalones negros y ajustados. Era real.

Jessie era muy real, pero estaba en un maldito Starbucks cuando debería estar durmiendo en la habitación de su residencia del campus de la UCLA. Estaba en su Starbucks, ese que sabía que ella frecuentaba cada mañana, y dispuesta a pedir porque le llegaba el turno.

Desde tan cerca resultaba aún más difícil de creer, y extender la mano y acariciarle el brazo para llamar su atención era lo más fácil y difícil del mundo al mismo tiempo. Le temblaba el cuerpo entero e iba a temblarle la voz, seguro. Es que quería abrazarla y enterrar la cara en su cuello, mucho, por todos aquellos meses que no había podido hacerlo.

La camarera le preguntó qué quería tomar y antes de decidirse a revelarle «Jess, estoy justo aquí», escuchó su respuesta y tembló un poco más.

«Un capuchino moka, por favor».
Joder, su favorito.

OceanofPDF.com

3

Jamie, Josie… Jessie

—Mierda, Jessie, sí…

Proyectaba sus gemidos directos a su oído y ella escondió la cara en su cuello y la penetró con un poco más de fuerza, añadiendo otro dedo. Taylor jadeó y le arañó la espalda.

—Mi amor, sigue así…

Ante aquel «mi amor» tensó la mandíbula y aumentó la brusquedad de sus movimientos mientras buscaba encontrar una base firme contra la que friccionar su intimidad, porque lo necesitaba ya. Taylor pareció darse cuenta y la ayudó, elevando su muslo para encajarlo entre sus piernas. Y acertó, justo como lo quería. La fuerza de la costumbre, o que después de cuatro años follando juntas se lo sabían de memoria.

—Mierda, Jess… —jadeó.

Taylor le tomó la cara entre las manos e intentó mirarla, pero ella sacudió la cabeza y la enterró en su hombro gruñendo mientras incrementaba los movimientos contra su pierna. No quería encontrarse con aquellos ojos grises ni que la morena le sonriera entre besos. Solo quería correrse.

—Te quiero… —se lo escuchó decir tras sentir cómo besaba su mejilla.

—Cállate.

Lo exigió tensando la mandíbula y Taylor ahogó un gemido ante la fuerza de su siguiente embestida.

—Jessie, te…

—¡Cállate, joder! ¡Cállate!

Alzó la voz, porque Taylor iba a repetirlo y a ella se le rompió algo por dentro. Le mordió el hombro al sentir cómo colaba la mano entre sus cuerpos para penetrarla con suma facilidad. Gimió y jadeó con la mente en blanco, porque no podía permitirse pensar en esos precisos momentos. Quizás luego. Más tarde, tal vez.

—Oh, joder… —lo jadeó entrecortado y se abandonó a aquella increíble sensación.

Continuó con las bruscas embestidas de sus dedos en el interior de Taylor, porque siempre le había encantado conseguir que gimiera así, como si

estuviera a punto de correrse todo el rato. Se movió contra su mano al ritmo que necesitaba, buscando lo más básico, porque sabía que no iba a encontrar nada más. La sintió tensarse en torno a sus dedos y gruñó redoblando el esfuerzo, quería que llegara ya y que gimiera de aquella forma. El cabecero de la cama comenzó a golpear con fuerza la pared y Taylor la sujetó aún más fuerte por la nuca.

No entendía muy bien el porqué, pero era importante. Joder, era muy importante poder decirle «Yo he hecho que te corras así. He sido yo».

Lo consiguió a los pocos segundos y Taylor soltó un grito ahogado aferrándose a su cuello y jadeándole al oído. Mierda, la ponía increíblemente cachonda escucharla así. La morena intentó besarla, pero ella apartó la cara y continuó con los movimientos contra su mano. Cerró los ojos y gimió de forma ronca cuando Taylor retomó sus suaves embestidas, aunque enseguida la obligó a convertirlas en más bruscas a golpe de cadera.

Aquello iba de follar y de nada más.

Sacudió de nuevo la cabeza al sentir la mano de la chica acariciándole la mejilla, y cuando Taylor volvió a intentarlo la tomó por la muñeca y la sujetó contra el colchón.

—Jessie… —A la morena le tembló la voz y ella apretó la mandíbula, incrementando la fuerza y la velocidad de sus movimientos—. Jess, por favor…

Y solo podía pensar en gritarle «¡Que te calles, joder!» muy muy fuerte, pero si lo hacía se le iba a romper la voz. Amargo, muy amargo y mezclado a la perfección con toda aquella excitación y placer puramente físico. Volvió a escucharla, un «mi amor» cargado de sentimiento, y al final la besó, pero a lo bestia y con el único objetivo de callarla de una vez.

Le gruñó en la boca, porque Taylor añadió movimientos circulares del pulgar sobre su clítoris y fue más que suficiente para ella. Se corrió en su mano con un gemido ronco que le fue devuelto, a la morena le encantaba sentirla entre sus dedos. Se dejó caer sobre su cuerpo, enterró la cara en su cuello y, al respirar, la respiró a ella y la golpearon de lleno unas gigantescas ganas de llorar.

Apretó la mandíbula hasta casi hacerse daño y se apartó bruscamente. Le dio la espalda y respiró hondo, restregándose los ojos con el dorso de la mano.

Taylor se movió hacia ella. Tensó con fuerza la mandíbula al sentir su brazo rodeándole la cintura y sus labios acariciando su hombro desnudo.

—Quiero que te vayas.

—Y yo quiero quedarme. Jess, por favor, déjame quedarme contigo —lo suplicó con voz rota, y al sentir cómo escondía la cara en su cuello a ella comenzaron a picarle más los ojos—. Por favor, mi amor. Tú y yo podemos…

Iba a decirlo otra vez.

Se sentó en la cama, apartándose de ella de forma brusca, porque la rabia había vuelto a inundarlo todo tras sus últimas palabras.

«Tú y yo podemos…», y una mierda.

—Vístete y vete —lo ordenó con toda la firmeza de que fue capaz y aun así el temblor en su tono fue tremendamente evidente.

—Jess…

Taylor le acarició la espalda con la palma de la mano y el nudo de su garganta se apretó un poco más. Se volvió hacia ella, estaba a punto de echarse a llorar y le quemaba el pecho, casi le dolía por el esfuerzo que le estaba suponiendo contener aquello dentro. Cuando sus miradas conectaron, los ojos de Taylor se empañaron casi de inmediato, a lo mejor al ver la expresión de los suyos.

—Necesito que te vayas…

Casi lo susurró, porque era todo lo que podía permitirse.

Taylor se dejó caer bocarriba en la cama, estaba llorando, y escondió la cara entre sus manos para que no la viera, aunque ya debería estar acostumbrada. En los últimos meses era prácticamente lo único que habían hecho juntas. Aun así, todo empezó a pesar el doble al verla y quiso acercarse y abrazarla, decirle que no pasaba nada, que todo estaba bien. Secarle las lágrimas con los dedos o a base de besos, acurrucarse con ella bajo las sábanas, acariciarla hasta hacerla sentir mejor.

Borrarlo por completo, eso quería.

Pero no podía.

De repente, los recuerdos la sacudían y retiraban el suelo bajo sus pies, ella perdía la habilidad de sostenerse, se rompía de nuevo y el consolarla no era una opción, porque no se lo merecía.

No se lo merecía por haberles hecho eso a ambas.

La escuchó sollozar y se levantó de la cama, porque en esos momentos no se podía permitir gestionar todo aquello. Lloraba y se enfadaba, la odiaba y la echaba de menos, así que la dejaba volver una y otra vez, a lo mejor con la esperanza de que la convenciera, pero sin intenciones de dejarse convencer. Y no tenía sentido, aunque no estaba haciendo un buen trabajo intentando hacerlo de forma diferente. Necesitaba un cambio de dirección, pero no sabía hacia dónde.

Jodida ambivalencia.

Abrió la ducha y se metió debajo del agua. Así funcionaban las cosas últimamente, la marcaba a fuego en su piel para después borrarla con la esperanza de que fuera la última vez. Nunca lo era y a cada paso se hundía más en aquella dinámica autodestructiva, no tenía otro nombre, y si lo tuviera, estaría equivocado.

«Déjame quedarme contigo. Tú y yo podemos».

Apoyó la frente contra los azulejos de la pared y dejó que el agua resbalara por su espalda, cerró los ojos con fuerza, pero no impidió que se le llenaran de lágrimas. Porque quería poder. Joder, necesitaba poder y no podía. Es que no podía y cada vez que Taylor la miraba de la forma en que lo hacía la destrozaba un poco más por dentro, porque la miraba como si perdiéndola a ella fuese a perder también la pieza más importante de su vida. Cada vez que la llamaba «mi amor» y cuando la acariciaba como antes dolía, porque aquel antes se había convertido en un pasado inexistente al que se moría por volver.

Se pasó bajo el agua por lo menos quince minutos, después se secó el pelo con la toalla sin mucho empeño, la verdad, y se vistió con unos pantalones de chándal y una de las camisetas que utilizaba para estar en casa. Taylor ya no estaba en la cama deshecha, sobre ella solo quedaban sábanas revueltas, y se sintió aliviada porque su ropa había desaparecido. No quería tener que pedirle que se marchara, cada vez que lo hacía algo se desmoronaba un poco más en su interior.

«Déjala ir», un consejo que le venía bastante mal, porque no estaba segura de querer que se marchara y tampoco sabía si sería capaz de dejarla quedarse.

Salió de la habitación y se la encontró apoyada en la pared junto a la puerta de salida. Se paró en seco por la sorpresa y al conectar sus miradas la de Taylor estaba húmeda y enrojecida. La observaba en silencio, un suplicante «no me pidas que me vaya», y ella apretó la mandíbula y frunció el ceño antes de acercarse, decidida en principio, pero dudando más y más a cada paso.

No te derrumbes todavía, Jessie.

Lo tenía difícil, porque la cara de póker nunca le había salido del todo bien.

Sujetó el pomo de la puerta dispuesta a abrirla para invitarla a salir, pero Taylor le cubrió la mano con la suya, el calor de su palma la hizo un poco más débil y aquellos ojos grises buscaron su verde hasta encontrarlo.

—Perdóname, Jess. Perdóname, por favor…

Sonaba dolorosamente sincera y tuvo que apartar la mirada mientras notaba cómo los ojos se le llenaban de lágrimas que no quería derramar. Tragó fuerte y casi se rompió al sentir el calor de la mano de Taylor en su cuello y su pulgar acariciándole la mejilla. Regresó de nuevo a aquel gris, increíblemente familiar y desconocido al mismo tiempo, y le tembló el labio inferior antes de contestar.

—No puedo —lo confesó con la voz rota y los ojos anegados en lágrimas, así que la estampa debía de ser bastante descorazonadora vista desde fuera —. Taylor, tienes que irte…

—Mi amor, dime qué quieres que haga —le pidió acunándole la cara en

las palmas de sus manos—. ¿Cómo puedo arreglarlo? Tiene que haber una manera, Jess. Haré lo que sea.

Tuvo que mirarla, porque la estaba obligando a hacerlo, y había pensado tanto en «aquella manera», en cómo arreglarlo, en qué podía pedir a cambio, que no quedaban más vueltas que darle. No importaba el empeño que le pusiera, porque el resultado era siempre el mismo. Cerró los ojos y sintió un par de lágrimas calientes descender por sus mejillas.

—No puedo dejar de imaginarte con ella.

A eso se reducía todo.

Taylor bajó la vista al escucharla y le liberó la cara del calor de sus manos, que colocó sobre su pecho.

—Jessie, por favor, lo de Grace ha sido lo más estúpido que he hecho en mi vida. No sé en qué estaba pensando. No estaba pensando y lo siento. Lo siento mucho más de lo que te imaginas. No me digas que me lo he cargado todo —se lo pidió buscando su mirada y cuando la encontró se mordió el labio inferior antes de volver a hablar—. Te necesito, Jess, quiero volver a casa.

Y ella lo que quería era que no hubiera tenido que irse, pero el pasado no se podía borrar. Menuda putada, porque era exactamente lo que se moría por hacer. Su «quiero volver a casa» la superó mil veces en medio segundo y abrió la puerta sin contestar nada, indicándole sin palabras qué era lo que necesitaba ella. Al final Taylor se marchó llorando, se dio media vuelta y salió al rellano directa hacia las escaleras sin plantearse siquiera llamar al ascensor.

Cerró la puerta y se dirigió directa al sofá de su salón, se hizo un ovillo y se derrumbó sin restricciones de ningún tipo. Seguro que después se sentiría mucho mejor, ya lo había comprobado las otras veces, porque había habido unas cuantas más como esa. Estúpida Jessie Stevens, dejando que Taylor la rompiera y luego llorando por haberse roto.

Te estás destrozando, déjala marchar.

Después de casi ocho meses dando vueltas al mismo círculo, tal vez era ya hora de cerrarlo. Ya lo había intentado, pero cada vez que conseguía salir a flote Taylor regresaba y ella volvía a olvidarse de cómo nadar.

Y estaba enfadada con su exnovia, pero se había decepcionado a sí misma casi en igual medida. Toda su vida adulta predicando eso de «somos solo seres humanos y cometemos errores», defendiendo las segundas oportunidades, y en cuanto Elsa le dijo «Jessie, tengo que contarte algo y va a doler» se le olvidó todo de golpe. Como si aquellos predicamentos se aplicasen al resto del mundo, pero no en su caso. Y quería, de verdad que quería, porque cuatro años no podían terminar de esa forma, por un estúpido error. Pero es que el estúpido error de Taylor a ella le dolía más de lo que jamás imaginó que podría llegar a hacerlo, porque «solo pasó una vez» y ya

fueron demasiadas.

Así que le pidió que se marchase del piso que compartían desde hacía dos años y Taylor regresó con Elsa a su anterior domicilio. Sí, se había enamorado de la compañera de trabajo y de piso de su mejor amiga y hacía tres años que se había mudado a Seattle principalmente por ella. Otro motivo más para sentirse tonta, muy tonta.

Perdió la vista por la ventana y descubrió que ya estaba amaneciendo.

***

—¿Ha pasado la noche aquí?

Así la saludó Elsa tras despertarla a base de quemarle el portero automático a eso de las doce del mediodía. Se había quedado profundamente dormida en el sofá, víctima de un intenso agotamiento tanto físico como emocional, y su amiga se lo preguntó a bocajarro en cuanto le abrió la puerta del piso aún en tránsito sueño-vigilia y frotándose un ojo con el dorso de la mano.

—Buenos días.

—Jessie, dime que no ha pasado la noche aquí. No ha dormido en casa y la he oído llegar a eso de las siete.

—Elsa…

Intentó frenarla, porque se dirigía directamente a su habitación, pero la castaña se asomó a la puerta y se llevó las manos a la boca ahogando una exclamación.

—Oh, Dios mío. ¡Habéis follado otra vez! Y seguro que después de follar a lo bestia, las dos habéis vuelto al numerito de siempre. «Lo siento», «No puedo perdonarte», «No quería», «Me duele demasiado». —Interpretó los papeles de ambas con una precisión envidiable y mientras regresaba al salón —. Y al final tú acabas llorando hasta quedarte dormida. Mierda, Jessie.

Culminó su cronograma cogiendo uno de los pañuelos usados que había tirado sobre la mesa frente al sofá y se lo lanzó a la cara antes de sentarse. Le rebotó en la frente, ni se planteó el tratar de atraparlo, y acabó en el suelo. Ella se dejó caer al lado de su amiga y escondió la cara entre sus manos, completamente de acuerdo con aquella opinión.

Mierda, Jessie.

—¿No es hora de pasar página, Jess?

—Cuando la página es Taylor no es tan fácil.

—Pues pásala hacia atrás. Muévete hacia algún lado y deja que ella se mueva también.

—Ella ya se movió hacia donde quiso.

Escuchó a Elsa suspirar, un poco en plan «allá vamos otra vez», y es que

tenía razones de sobra. Aquello comenzaba a ser agotador para todos los implicados.

—Solo fue sexo, y no la quiere a ella, te quiere a ti, pero se la folló. Decide si puedes perdonarla o no. —Su amiga resumió la situación de forma concisa y ahorrando palabrería innecesaria, que para eso era profesora de Economía—. Estas cosas suceden continuamente. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

—Sí, pero nunca pensé que me pasaría a mí.

Gran error, Jessie.

Porque se pasaba buena parte del día escuchando a personas de todo tipo repetir exactamente aquella misma idea. «No pensé que podría pasarme a mí». Era sorprendente el número de pacientes que solicitaban ayuda psicológica tras una infidelidad por parte de sus parejas, una incidencia alucinante.

—¿Qué les dices a tus pacientes?

—No lo sé, Elsa. ¿Que tenemos cuarenta y cinco minutos y que empiecen cuando quieran?

Aunque sabía con exactitud a lo que se refería su amiga, algo así como «te ganas la vida trabajando con la mente humana, no puede ser tan difícil para ti». Reduccionista y completamente falso. Porque más que mente humana trabajaba con miles de mentes humanas diferentes y la más difícil de entender siempre era la de uno mismo. Y es que la distancia emocional era una ventaja cojonuda, la más grande de todas. Algo así como los árboles que no te dejan ver el bosque. Su perspectiva actual era una putada y sus árboles demasiado densos.

—¿Puedes perdonarla?

Su amiga se lo preguntó con la mejilla apoyada en el sofá y ella enfrentó su mirada, y la expresión de su cara debía de dar un poco de pena, porque Elsa la tomó de la mano como apoyo emocional.

—Joder, quiero perdonarla.

—Ya lo sé, Jess, pero no es lo que te he preguntado.

Y no, no le había preguntado eso, pero es que responder a su verdadero interrogante sería como admitir «se acabó» y llevaba meses tratando de reunir el valor suficiente como para reconocerlo ante sí misma.

«Tú y yo podemos».

—No. No puedo.

Se obligó a verbalizarlo y se le empañaron un poco los ojos.

—Entonces esa página solo puede ir hacia delante.

Ella se incorporó en el sofá, se sentó justo en el borde y apoyó los codos en las rodillas restregándose los ojos con el dorso de las manos. «Hacia delante», justo lo que llevaba pretendiendo desde el principio, pero no le salía bien.

—¿Cómo lo llevas con esa camarera? —quiso saber Elsa.

A ella se le escapó media sonrisa, entre los rastros de lágrimas, y negó con la cabeza.

—Creo que está a punto de empezar a darse cuenta de que existo.

—Genial.

—El otro día me llamó Josie —alardeó de sus patéticos avances.

—Avísame con tiempo para la boda, ¿vale? El 2038 lo tengo un poco liado.

—No seas imbécil. No estás invitada.

Elsa le sonrió, seguro que se alegraba de verla un poco más animada, y le secó los ojos con uno de los pañuelos abandonados sobre la mesa.

—No digas gilipolleces. Sabes que seré tu dama de honor. Ahora arréglate, porque hemos quedado para comer en el Fogón con tu hermana.

Joder, era cierto.

Riley, su hermana pequeña, se había mudado allí hacía un año tras darles el disgusto de su vida a sus padres. Adiós, licenciatura en Ciencias Ambientales y hola a la pasión de su vida: los tatuajes. Un drama de dimensiones considerables en el seno de la familia Stevens. Doce meses después, el Tatoo Too iba viento en popa y ella ejercía de hermana mayor y de fuente de información fiable para sus progenitores.

Agotador, pero al menos Riley le caía bien y su relación se había estrechado bastante desde que llegó a Seattle. Se quedó en su piso los primeros meses y había sido como descubrir una versión totalmente diferente a la que conocía de Denver. Distinta y más feliz, a lo mejor porque por fin estaba haciendo lo que le gustaba en vez de pasarse los veranos estudiando para las recuperaciones, y amargada entre asignaturas que le daban dolor de cabeza.

Y Zoey y ella la animaron a dejarlo, ¿para qué estaban las hermanas mayores?

***

Llegaron al Fogón, su restaurante de comida mexicana favorito, casi un cuarto de hora más tarde de lo previsto y, contra todo pronóstico, Riley no parecía enfadada por haber tenido que esperarlas. Había aprovechado muy bien el tiempo y en esos momentos se encontraba apoyada en la barra poniéndole ojitos a uno de los camareros. Relajada y en su salsa, porque ligar, a su hermana pequeña, siempre se le había dado fenomenal.

—Mírala y toma nota, anda —señaló Elsa a su lado nada más entrar en el local y registrar el panorama.

—¿Hace cuánto dices que no follas? Porque a lo mejor quieres que las tomemos a medias.

—¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo? Después de lo de Roger me estoy tomando un año sabático. El celibato ayuda a la toma de perspectiva.

Se sentaron en su mesa de siempre y saludaron a Riley con un gesto de la mano.

—¿Y cómo lo llevas?

—Fenomenal, la semana pasada echamos un polvo brutal en su despacho del departamento. ¿Por qué me atraen tanto los gilipollas con gafas?

Sonrió a medias, dándola por imposible, y se hizo con una de las cartas del menú. Casi siempre pedía lo mismo, pero le gustaba permitirse al menos la oportunidad de innovar.

—Creo que lo de que lleven gafas es opcional —opinó mientras paseaba su vista por la descripción de los distintos platos.

—No lo descarto, porque Steve no llevaba y era el más gilipollas de todos. He pensado en hacerme lesbiana —dijo a los pocos segundos y ella la miró alzando una ceja por encima de su menú.

—Genial. ¿Ya has empezado a rellenar los formularios? Porque el certificado puede que tarde en llegarte unos meses.

Riley apareció en aquel preciso momento, se sentó a su lado tomándola por los hombros y le plantó un sonoro beso en la mejilla. Una de esas facetas de las que habían emergido con su llegada a Seattle, porque en Denver aquellos gestos de afecto a su hermana le daban alergia.

—Raúl dice que nos invita a los nachos —anunció acomodándose en su asiento con una amplia sonrisa—. ¿De qué hablabais?

—Elsa dice que va a hacerse lesbiana.

—¿En serio? Yo también me lo he planteado.

Madre de Dios. Decidió desconectar de la conversación que aquellas dos desplegaron en torno al tópico «¿Homosexualidad? Sí, por favor», como si fuese la respuesta perfecta al yugo de la disfuncionalidad de sus vidas sentimentales y dejó de escucharlas cuando Riley comentó que hacía un par de días había tenido que hacerle un tatuaje a una chica guapísima justo en la cadera y se había puesto un poco cachonda.

A los pocos minutos, el camarero les tomó nota y Elsa se disculpó, anunciando que necesitaba usar el baño. En cuanto estuvieron solas notó la mirada de su hermana fija en ella, se la devolvió y se encontró con un verde bastante parecido al suyo, pero con algunos matices que le daban personalidad propia.

—¿Qué tal lo llevas? —preguntó la menor de ellas apoyándose de brazos cruzados sobre la mesa.

Ni en un millón de años habría imaginado que, al final, terminaría hablando de su vida sentimental con ella, pero Riley se había convertido casi sin darse cuenta en uno de sus apoyos más importantes a través del infierno sentimental en que se había transformado su vida durante los últimos meses.

Se quedó con ella noche tras noche, tratando de hacerla sentir mejor y comiendo helado, le permitió llorar sobre su hombro repitiéndole eso de que todo iba a ir bien, y casi conseguía que se lo creyera cada vez. Riley era muy convincente cuando se lo proponía.

—Creía que bastante mejor —admitió bebiendo un sorbo de agua.

—Pero…

—Pero vino anoche a casa.

—Dime que le pediste que se fuera y se fue.

Y le gustaría, la verdad, poder decirlo y que fuera cierto, además. Pero se lo pidió y Taylor suplicó, mirándola con esa cara de «estoy perdida sin ti» que la desmontaba cada vez. Le permitió pasar porque era tarde, y besarla porque era ella. Y se la llevó a la habitación de ambas porque necesitaba demostrarle que era mejor que la tal Grace, aunque Taylor ya lo sabía y a lo mejor simplemente era una cuestión de amor propio. Un «¿por qué tuviste que necesitarla a ella si teníamos esto?» con mucha rabia y deseo contenido.

Una gilipollez.

—No se fue. —Riley lo dio por sentado y ella la miró con ojos tristes—. Un pequeño bache en el camino de la recuperación. Esta vez has aguantado tres semanas.

Su hermana resaltó el lado positivo tomándola por los hombros y la estrechó contra su cuerpo.

—Tres y media.

—Prácticamente superado —aseguró con un optimismo desbordante y ella sonrió—. ¿Tu camarera sigue llamándote Jamie?

—La semana pasada me llamo Josie.

—De puta madre. Ya casi estamos, Jess —dijo besándole el pelo y ella se rio escapando de su abrazo—. Por cierto, van a cambiarla de local.

Riley lo dijo como quien no quiere la cosa mientras se hacía con una de las cartas.

—¿A quién van a cambiar de local? —se interesó Elsa, que acababa devolver del lavabo.

—A la camarera de Jessie.

—No es mi camarera.

—Judith, Jean, Jenna, Jennifer… —Elsa recontó su trayectoria hasta el momento presente—. Joanna, Jamie, Josie… ¡Jessie! Mes y medio y será tuya —la animó, y agradeció al tal Raúl los nachos con una sonrisa de las deslumbrantes cuando el chico los depositó en mitad de la mesa.

—No la agobies, el encanto de mi hermana funciona despacio, pero es letal.

—Letalmente lento, con un poco más de labia se la habría llevado a la cama dos o tres millones de veces ya. Tiene todo el equipo, mira. Jessie, sonríe —lo ordenó y ella lo hizo de forma artificial—. Una bala directa al

corazón.

Elsa lo dio por sentado probando los nachos y ella puso los ojos en blanco.

—No quiero llevármela a la cama. Quiero conocerla primero.

—El conocimiento está sobrevalorado —desestimó la castaña señalándola con un nacho.

—Si lo que quieres es conocer gente deberías apuntarte a Click —intervino Riley con la boca llena.

—Click.

Elsa y ella lo repitieron a la vez y la castaña tocó la madera de la mesa, porque pensaba que aquellas coincidencias daban mala suerte.

—Es una aplicación de internet —aclaró su hermana.

—¿Una web de citas? —probó suerte Elsa.

—No es una web de citas en sí. Hay gente que busca sexo, gente que busca conocer al amor de su vida, gente nueva en la ciudad que busca conocer a alguien con quien salir los sábados por la noche… Funciona genial, así conocí yo a Rick.

Dejó el nacho que tenía camino a la boca suspendido en el aire al escuchar aquel nombre, porque no podía ser que su hermana pretendiera venderles esa aplicación apelando a aquel espécimen en particular.

—Rick —repitió alzando una ceja—. ¿Rick, el tío que se paseaba por tu casa en pelotas y que te robó los cuatrocientos pavos del alquiler del local, Rick?

—El nudismo es una filosofía de vida y la cleptomanía una enfermedad —puntualizó Riley—. Pero sí, ese Rick. Teníamos un nivel de compatibilidad del ochenta por ciento.

Para tenerlo en cuenta, desde luego.

—Contestas unas cuantas preguntas sobre tus gustos, qué es lo que buscas y cómo eres y luego creas tu perfil —continuó explicándolo como si el desafortunado ejemplo que había escogido no hubiera vetado de sus opciones aquel invento hacía dos o tres vidas ya—. La gente lo ve y tú ves los perfiles del resto de los usuarios, si alguno te gusta haces *click* en él y si la otra persona también está interesada en el tuyo, podéis empezar a conoceros.

—Mucho más cómodo que salir de copas —dijo Elsa—. Y más barato.

—Y más eficaz. Yo solo acepto los perfiles con más del setenta por ciento de compatibilidad —explicó su hermana—. Así te ahorras perder el tiempo con alguien con quien no tienes apenas nada en común.

—Y te das la oportunidad de conocer muchos más Rick —completó su idea con cierto tono irónico.

—Cada persona es única, Jessie —la corrigió mientras hundía un nacho en guacamole—. Además, nuestra compatibilidad del ochenta por ciento fue toda a nivel sexual y yo busco algo más. Aunque fue un mes intenso.

Y eso de escuchar detalles de la vida sexual de su hermana pequeña aún no lo tenía muy asumido, de modo que no intentó profundizar en el tema.

—Creo que prefiero seguir conociendo gente de forma más tradicional —dijo y miró de reojo cómo Elsa se encontraba completamente entregada a trastear con su teléfono móvil.

—¿Click con c o con k al final? —preguntó su amiga.

***

«Taylor»
Última conexión 07:03
TAYLOR: No cancelé la reserva para el viaje a la península de Long Beach.
TAYLOR: Es para dentro de dos semanas.
TAYLOR: Por favor, dame otra oportunidad, Jess.
TAYLOR: Un par de días, tú y yo.

No le gustaban los lunes, y menos los lunes que empezaban así. Porque acababa de despertarse y se había encontrado con aquello nada más encender el teléfono móvil, se le estaba rebelando el interior al completo y sus «Jessie, borra la conversación sin contestar» no le acababan de convencer demasiado. Cualquiera de las dos opciones dolía y aquello no había forma de ganarlo.

Taylor y ella habían reservado el último fin de semana del mes para hacer aquella escapada y en aquel momento le había parecido la mejor idea del mundo, porque le encantaba hacer cosas con su novia y en el trabajo le habían dicho que el viaje era una pasada. «Si realmente quieres a alguien, deberías darle una segunda oportunidad» y, en su caso, justo porque realmente la quería a ella le era imposible dársela. Una paradoja que las abocaba al fracaso desde el principio y sin posibilidades de éxito. Porque sabía que si la perdonaba, tenía que ser del todo y para empezar desde cero, sin reproches; borrón y cuenta nueva. Si lo hacía, tenía que ser consecuente con su decisión e iba a serle imposible.

La confianza era la puta capa de hielo más fina del universo y podía romperse así de fácil, reconstruirla era lo complicado.

«Entonces esa página solo puede ir hacia delante».

Tras ducharse y vestirse con la ropa que pensaba llevar aquel día al hospital, se hizo de nuevo con el teléfono y casi le tembló el pulso al releer sus mensajes. Aun así, se obligó a responderlo de la única manera en que podía hacerlo.

JESSIE: Taylor, lo siento.
JESSIE: No puedo.

Borró su conversación y guardó el aparato en el bolsillo de la chaqueta antes de salir de casa, directa a su próxima página: la cafetería y su futura camarera. «Y si duele te aguantas, que ya eres mayorcita, Jess. Deja de hurgar en la herida y a lo mejor cicatriza antes».

Normalmente, le bastaba con caminar cinco metros tras salir del portal para encontrársela al otro lado del mostrador del Starbucks que había al final de su calle, pero ya no, qué va. El universo parecía querer ponérselo difícil y la cafetería donde la habían trasladado le quedaba en dirección opuesta al hospital y por eso la noche anterior había adelantado el despertador media hora con la esperanza de que Stacey la llamara Josie aquella mañana. Ni siquiera estaba segura al cien por cien de que le gustaran las chicas, pero creía que sí y la tenía un poco atontada con su sonrisa, así que merecía la pena el esfuerzo.

Diez minutos caminando hasta el Starbucks Reserve, uno de los más grandes de la ciudad, más del doble que el suyo habitual, y las instalaciones eran mucho mejores. Cuando llegó no habría más de tres o cuatro personas en la cola y tras el mostrador estaban Stacey y su alucinante sonrisa, así que avanzó hasta ocupar el quinto puesto para ser atendida. La consulta no empezaba hasta las ocho y media y aún eran menos cuarto, tiempo de sobra para avanzar un poquito más en eso de pasar la página en la que llevaba atascada ya demasiado tiempo.

Sintió vibrar el móvil en el bolsillo y lo consultó con la esperanza de que no fuera Taylor. Al descubrir que se trataba de un mensaje de Elsa se relajó considerablemente.

«Elsa»
En línea
ELSA: Durante la noche, diez tíos me han hecho *click*.
ELSA: Siete de ellos tienen una polla de foto de perfil.
JESSIE: Siete de diez, no está mal.
JESSIE: Elige la que más te guste.
ELSA: Que te jodan, «Josie».
ELSA: Voy a clase.

Joder, su amiga no había perdido el tiempo con eso de unirse a la comunidad de los ligues *online* y había coleccionado diez tíos diferentes estando dormida. Se ahorraba tiempo, eso seguro, pero el exnovio nudista y cleptómano de su hermana y aquella colección de miembros masculinos le restaban encanto a la idea global en su conjunto.

Rick y las siete pollas. El título de alguna película porno de las de bajo presupuesto y la razón número uno por la cual, para Jessie Stevens, Click no era una opción.

Levantó la vista de la pantalla de su móvil al escuchar a alguien

despedirse de ella por su nombre y cuando localizó a uno de sus pacientes de largo recorrido pasando por su lado le sonrió y le dijo «Hasta luego, Harry», porque estaba casi segura de que lo tenía citado a las once y media. Solo quedaba una persona por delante, de modo que guardó su móvil y respiró hondo. Hablar con chicas guapas no se le daba mal, pero la ponía un poco nerviosa y no estaba segura de saludarla con su tradicional «Buenos días, Stacey» o arriesgarse con un temerario «Ey, Stacey, te han cambiado de local». A lo mejor era un comentario más que evidente, pero podría elevar su relación camarera-clienta a una nueva dimensión.

Y le tocó el turno a ella. En cuanto estuvieron frente a frente, Stacey le dedicó una sonrisa, una especialmente bonita, que sugería que la había reconocido y que no esperaba encontrársela en su nuevo lugar de trabajo, pero que se alegraba de verla allí. Le devolvió una de las suyas y la de la camarera se hizo un poco más grande.

Venga, Jessie, que la gloria es de los que se arriesgan.

—Buenos días, Stacey.

Maldita cobarde.

—Buenos días, Jessie, ¿qué te pongo hoy?

Jessie. La había llamado Jessie y la media hora extra había merecido la pena y se iba a convertir en tradición. Le sonrió un poco más antes de responder estúpidamente ilusionada porque se había aprendido su nombre, y no necesitó pensarse la consumición porque siempre tomaba lo mismo.

—Un capuchino moka, por favor.

OceanofPDF.com

4

Perdona… ¿nos conocemos?

Su voz.

No sonaba igual que por teléfono, pero le estremeció el interior con la misma eficacia y el efecto de aquella sonrisa, vista en directo y tan de cerca, era como diez mil veces más potente que cuando la observaba congelada en una de sus fotografías. La tensión en la boca del estómago se convirtió en insoportable en cuanto la camarera desapareció para preparar su pedido, porque Jessie paseó su mirada por el local y terminó conectando con la suya.

Joder.

Sus ojos.

Fijos en ella, eran increíblemente verdes y eso ya lo sabía de antes, pero no esperaba que conseguirían removerle así el alma entera, solo con mirarla. Se le secó la boca y algo se le descolocó dentro del pecho, cayendo a plomo sobre el «madre mía, Carter, estás más jodida de lo que pensabas» más evidente de la historia de las confirmaciones. Quería extender la mano y acariciarle el brazo, se moría por aquel primer contacto físico, pero a pesar de sus múltiples «necesito poder sentirte» no se movió. Le costaba el doble, como si estuviera debajo del agua.

Se había imaginado millones de veces aquel encuentro, y en ninguna de sus versiones lo había previsto así, en frío y por sorpresa, a las ocho de la mañana en su cafetería de siempre. Y al final resultaba que el contexto no importaba en absoluto, porque con que ambas estuvieran allí era más que suficiente. Poder reflejarse tan de cerca en el verde de sus ojos añadía extras por todas partes y el corazón le aporreaba las costillas de manera poco delicada, pero extremadamente alucinante. Adrenalina al por mayor.

—Ey, Jess.

Pobre, escueto y patético, pero fue lo único que le salió, acompañado por una tímida sonrisa.

No se creía que la tuviera delante y el motivo por el cual estaba en Seattle en vez de en Los Ángeles dejó de tener importancia en cuanto Jessie le devolvió el gesto, porque perdió un latido y se le encogió el estómago. Casi cuando iba a añadir eso de «¿Qué haces aquí?», se percató de que la morena fruncía el ceño, casi imperceptiblemente, y cayó en la cuenta del ligero

desconcierto que acompañaba a aquella bonita sonrisa.

«Esconde algo».

Su ritmo cardíaco cambió a otro igual de desbocado, pero mucho más pesado, casi denso, como si de repente le costase palpitar. Porque, de las mil veces que había fantaseado con aquel encuentro, Jessie no la había mirado de aquella manera en ninguna. Algo iba mal.

—Perdona, ¿nos conocemos? —lo preguntó con genuino interés y frunciendo el ceño un poco más.

Todo iba jodidamente mal.

Abrió la boca, porque tenía que contestar algo, pero no se le ocurría nada con un mínimo sentido. «¿Nos conocemos?». *Mierda, pues sí, llevamos hablando a todas horas seis meses y te has masturbado mirando mis fotografías más veces de las que puedes contar*. Al menos le tenía que sonar, porque en persona podía cambiar un poco, pero no tanto como para justificar aquel interrogante. ¿Era una broma? Porque no le estaba haciendo ni puta gracia, la verdad.

—Soy Alison —lo dijo perdiendo la sonrisa por el camino.

Se sintió tan idiota por tener que aclarar algo tan básico que escondió la mirada un par de segundos y cuando la levantó de nuevo le dieron ganas de exigirle que dejara de observarla así, porque le estaba haciendo un poco de daño.

«¿Y si en alguno de esos niveles dejamos de parecernos tan interesantes?».

¿Y si eso era lo que había pasado? ¿Y si Jessie había vuelto anticipadamente, pero necesitaba una ronda de reconocimiento del terreno antes de decidirse a dar la cara? ¿Y si la había visto en persona y no era como se la había imaginado? Un poco en plan «si me gusta también en directo, la sorprendo invitándola a su café favorito». Y la estaba sorprendiendo, pero de otra forma. El cuerpo comenzó a pesarle tanto que se planteó disculparse y regresar a su asiento sin más, aferrarse a algo que la mantuviera a flote, porque todo aquello la estaba mareando y casi le costaba mantener el café en su sitio, se le estaba revolviendo el estómago y no en plan mariposas revoloteando precisamente.

—¿Del hospital? —Jessie lo preguntó tras sopesar sus opciones por unos segundos—. Debería acordarme, ¿verdad? Lo siento.

La morena se disculpó con aquella jodida sonrisa otra vez y a ella le entraron unas ganas enormes de llorar. Así, sin más. Romperse allí mismo y decirle «No sé de qué coño estás hablando, pero sí que deberías», porque era lo único que tenía claro en todo aquello, que sí que debería. Le sostuvo la mirada un poco más, intentando ver más allá de la confusión que reflejaba aquel tono verde, pero no encontró nada. Y, en un par de minutos de reloj, la mejor parte de su vida durante los últimos seis meses se había desvanecido sin más, eso de «en dos semanas quiero estar con ella» de

repente era una gilipollez de las grandes.

—Oye, ¿estás bien? —quiso saber Jessie acariciándole el brazo.

Se apartó como si su mano la hubiera quemado, al rojo vivo. Notaba cómo comenzaban a empañársele los ojos y la vergüenza más gigantesca de su vida colonizando sus células una a una. Todas. Nunca se había sentido tan tonta antes, quería preguntarle «¿Te estás riendo de mí?», pero le sonaba más patético aún, y sus «estoy loca por ti» y «necesito verte» ya lo habían sido bastante. Tenía el cupo bien cubierto, y mejor dejarlo así, no hacía falta ponerse en plan ambicioso.

—Lo siento, me habré equivocado.

Lo soltó a sabiendas de que había usado su nombre al saludarla y que aquella retirada era probablemente la más ridícula de la historia. Es que la había llamado Jess, joder, el apelativo cariñoso que había comenzado a utilizar porque le hacía sentirse más cerca de ella, así que el «me habré equivocado» no tenía ningún sentido, pero le daba lo mismo. Se dio media vuelta y regresó a su silla lo más rápido que pudo y con un nudo de los acojonantes en la garganta. Iba a ponerse a llorar allí mismo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Gail en cuanto se dejó caer frente a ella. Se limitó a negar con la cabeza, en un silencioso «déjalo estar, por favor»—. Alison, ¿qué te ha dicho?

Su amiga insistió, al sentir el calor de su palma sobre una de sus manos conectó las miradas y la morena apretó la mandíbula al descubrir la suya cristalina. Menudo espectáculo, Alison, joder.

—Dice que no se acuerda de mí.

Aunque pareciera imposible, a cada segundo que pasaba se sentía un poco más estúpida.

—¿En serio? Que no se acuerda de ti —Gail lo repitió y ella bajó la vista a su café de nuevo—. A lo mejor se le ha olvidado que lleva jugando contigo seis putos meses o a lo mejor es que todo lo que tiene de guapa lo tiene también de gilipollas.

—Gail…

Intentó frenarla, pero su amiga ya estaba de pie dirigiéndose hacia Jessie. Imparable. Se giró en la silla, dividida entre ir tras ella y tirar de su mano hasta sacarla del local o concentrarse al máximo para conseguir desaparecer de allí sin más. Combustión espontánea, porque Jessie aceptaba el café de manos de la camarera en esos precisos momentos, agradeciéndolo con otra de sus sonrisas y, cuando Gail llegó a su altura con aquella cara de mala hostia, la miró desorientada.

—¿Quién cojones te crees que eres?

Pudo escuchar la voz de su amiga perfectamente. Suponía que igual de bien que el resto de los clientes del local, porque centraron en ellas sus miradas, sorprendidos por la espontaneidad de aquella inesperada escena.

—¿Perdona? —Jessie la miró, parecido a como la había observado a ella, y retrocedió un paso atrás ante la actitud hostil de la morena.

Le dedicó a ella una fugaz mirada totalmente confusa, como si no supiera de qué iba todo aquello.

—¿Crees que puedes jugar así con la gente? —la increpó enérgicamente y Jessie se limitó a mirarla y a perder un poco más de terreno—. Con Alison ya has terminado, ¿queda claro?

Gail a veces acojonaba.

—Lo siento, creo que… —la aludida intentó explicarse, pero su amiga le arrebató de las manos el café que acababa de pagar y se lo derramó sobre la ropa sin mayores miramientos y con muy mala leche—. ¿Pero qué haces? —Jessie lo exclamó apartándose de ella y mirando las prendas empapadas—. ¿Qué problema tienes?

—Pasa a la siguiente, Jess_92. —Y Gail regresó a la mesa, dejando a la morena allí de pie y chorreando café mientras el local al completo la observaba con sus bebidas a medio consumir—. Vámonos, Alison.

Recuperó con torpeza sus cosas y le dedicó una última mirada a Jessie, que en esos momentos se frotaba la ropa con unas cuantas servilletas, parecía realmente avergonzada a raíz de aquel numerito, seguro que a ello contribuía el hecho de que la gente continuaba mirando y que, encima, cuchicheaba. Sus ojos conectaron una última vez, justo cuando Gail y ella abandonaban el local, y se le escaparon un par de lágrimas, porque ni por un solo segundo había adivinado ni un ápice de reconocimiento entre aquel verde.

—Del uno al diez, ¿cómo de jodida estás ahora mismo? —quiso saber su amiga una vez alejadas unos cuantos metros de la salida del local.

—No lo sé. No puedo pensar —lo reconoció porque era verdad y porque, metafóricamente hablando, le dolía el cuerpo entero. Paró la marcha y se apoyó de espaldas contra la pared—. Joder, Gail, no puede ser.

Y es que acababa de explotarle en toda la cara y aun así seguía dándole vueltas, intentando encontrar otra explicación para lo que acababa de pasar, porque la que tenía no le valía. Le era imposible asimilarlo, porque los seis últimos meses no podían ser mentira. Habían hablado durante horas y eso no se lo había inventado, demasiado tiempo invertido para que solo se tratara de una broma de mal gusto. Demasiados sentimientos implicados.

«Me gustaría poder dormir contigo también, ¿te importa que me quede?».

«Perdona, ¿nos conocemos?».

¿Qué clase de persona haría algo así? Hubiera puesto la mano en el fuego mientras aseguraba «Jessie, no», y al final se habría quemado. Porque si se trataba de reírse de ella, lo había hecho bien a gusto. Lo mejor que le había pasado en años escocía con una intensidad casi insoportable, porque creía que habían construido algo increíble, juntas y a medias, pero de repente no

sabía qué hacer con su mitad y a ella no parecía importarle una mierda.

—Vamos, Carter, di algo, que me estás asustando.

—Soy una jodida imbécil.

Más que decirlo lo sollozó y se sintió más imbécil aún.

—No, la jodida imbécil es Jessie —la corrigió tomándola por la barbilla y obligándola a mirarla—. Tú no has hecho nada malo.

Se le escaparon un par de lágrimas más, fruto de tantas cosas que no podría enumerarlas todas, perdida en aquel nuevo escenario. Gracias a Dios, Gail no había sacado a relucir sus múltiples «Te lo dije, Carter» y «¿Ves como sí que escondía algo?», porque no los necesitaba en aquellos momentos, se moría por un abrazo y la morena se lo ofreció sin necesidad de verbalizaciones de ningún tipo. Escondió la cara en su hombro, y es que cada vez que aquel «Perdona, ¿nos conocemos?» se repetía en el interior de su cabeza, su historia con Jessie desaparecía de nuevo.

Tuvo que apartarse de ella en cuanto escuchó su teléfono móvil sonar en el interior de una de las cremalleras de su bandolera. Se le frunció el ceño solo, una reacción física automática, porque casi antes de haber procesado conscientemente que en la pantalla de su teléfono se leía el nombre de «Jessie», su organismo estaba de nuevo revolucionado. Una segunda oleada de adrenalina la golpeaba con fuerza y aún no eran ni las ocho y cuarto de la mañana. Intenso.

—Es ella —dijo mostrándole la pantalla a su amiga, repentinamente enfadada—. ¿Qué coño está haciendo?

—Eh… Alison… —Gail lo dijo en tono suave y apaciguando.

—¿De verdad parezco tan gilipollas, Gail?

—La gilipollas soy yo, Carter —aseguró, y ella alzó la vista al escuchar su tono—. Mira.

Se lo pidió señalando calle abajo con un movimiento de cabeza, ella la complació y, en un solo segundo, aquello tuvo aún menos sentido y todo el del mundo a la vez. Una mezcla de imposibles que lo dejaba todo meridianamente claro y la impulsaba a decir «Ah…», en plan comprensión total por un lado y «Pero ¿qué coño…?» con mucho sentimiento por otro. Comprobó un par de veces más el nombre que aparecía en la pantalla, por pura precaución, porque el teléfono seguía sonando en su mano y ella pasaba la vista de aquel revelador «Jessie», que no dejaba lugar a la duda, a la chica de la cafetería que la abandonaba en ese preciso momento, empapada en café y sin dispositivos electrónicos de ningún tipo a la vista.

—¿Qué demonios…? ¿Qué significa esto?

—Que cabe la posibilidad de que no se acordara de ti de verdad. Pobre chica, llevaba una chaqueta de puta madre y el café sale fatal.

***

Se había marchado directa al trabajo, y no porque le apeteciera, sino porque era una chica adulta con responsabilidades y un sentido del deber bastante desarrollado. Lo que realmente quería hacer en aquellos precisos momentos era desaparecer bajo las sábanas de su cama, entrar en un coma profundo que la alejara de los acontecimientos que acababan de desarrollarse frente a sus narices y despertar años después, cuando la ciencia hubiera avanzado lo suficiente como para ayudarla a procesarlo todo sin que le reventase la cabeza en el intento.

Hacía diez minutos se había tomado una aspirina de las que guardaba en el primer cajón de la derecha de la mesa de su despacho. No las necesitaba muy a menudo, pero le venían bien cuando a su jefe le daba por taladrarle la cabeza metiéndose donde no le llamaban, porque como gestor no tendría precio, pero sus conocimientos teórico-prácticos en la rama de la historia del arte dejaban mucho que desear. Apoyó los codos en la superficie del escritorio y escondió la cara entre sus manos soltando un suspiro cansado, de los de «Dios mío, no son ni las diez y ya no puedo más».

Al final no había contestado la llamada de Jessie, no habría sabido cómo hacerlo. Hacía seis meses que la había encontrado gracias a Click y creía conocerla mejor que a nadie en el mundo. De repente no sabía a quién demonios conocía tan bien, porque aquellos ojos verdes y esa sonrisa que le robaba el aliento, desde luego, no eran los suyos.

Mierda, es que era otra persona.

Aquella chica increíblemente guapa con la que creía estar compartiendo una de las conexiones más especiales de su vida no tenía ni idea de que ella existía hasta aquella misma mañana. Hasta que la había abordado frente al mostrador del Starbucks minutos antes de que Gail le derramara su propio café por encima. Una gran primera impresión, seguro que le sería mucho más fácil acordarse de ella de ahí en adelante.

Y, a cada paso, se internaba más y más en un largo y tortuoso camino. Poco transitado, por cierto. La senda de la desintegración más absoluta de lo que llevaba integrando los últimos seis meses, porque su personalidad y su físico la habían desarmado a lo bestia desde el principio, pero en conjunto. Habían realizado un excelente trabajo en equipo, y resultaba que de equipo no tenían nada, que iban por libre.

Un nuevo pinchazo, justo encima de su ojo derecho, y amenazando con extenderse por todo su organismo. Se intensificaba un poco más cada vez que recordaba su mirada, sus labios y su sonrisa. Su cuerpo y toda ella. Las miles de ocasiones en las que había imaginado cómo sería acariciar ese pelo y que sus manos la tocasen a ella. Aquel físico la dejaba fuera de combate una y otra vez y encima le había asociado un «estoy loca por ti» que le quemaba dentro por el brutal contraste con su maldito «Perdona, ¿nos conocemos?». Y no, no se conocían.

Joder.

El sonido de una notificación en su teléfono móvil la impulsó a desbloquear la pantalla y se encontró con la llamada perdida de «Jessie» y con dos conversaciones activas en WhatsApp. Una de ellas llevaba esperando ser atendida lo que llevaban de mañana y la otra era de Gail.

«Gail»
En línea
GAIL: Dicen que todos tenemos un doble por ahí…
GAIL: ¡Una puta hermana gemela maligna!

Su amiga debía de estar pasándose las clases tratando de encontrar explicación al curioso fenómeno de aquella mañana y aprovechaba los descansos para hacerla partícipe de sus avances. Bastante escasos por el momento y un poco estúpidos también.

ALISON: ¿Un doble que se llama Jessie?
ALISON: Y ella no tiene hermanos.
ALISON: A no ser que me haya mentido en eso también.
ALISON: Ha cogido las fotos de esa chica y ha fingido que eran suyas, Gail.

Ella era muy fan del principio de parsimonia, una incondicional de la navaja de Ockham, y en la mayoría de las ocasiones, realmente, la explicación más sencilla terminaba siendo también la más correcta. En aquella en particular, aquel simple desenlace era el evidente desde todo punto de vista, se guardaría lo de la hermana gemela maligna en la manga, como una especie de respuesta de repuesto, Gail y su fértil imaginación al rescate, por si la primera hacía agua.

GAIL: Lo había pensado, pero no quería decírtelo.
ALISON: Que no lo digas no va a hacerlo menos verdad.
GAIL: Te noto bastante entera, así que te lo voy a preguntar.
GAIL: Alison…
GAIL: ¿Con quién llevas follando inalámbricamente los dos últimos meses?

No era la primera vez que se le planteaba aquel interrogante, ella misma le había dado un par de vueltas en lo que iba de mañana y sospechaba que el tópico de discusión continuaría girando en su mente, dibujando un bucle infinito y muy incómodo. Perturbador. Porque era evidente que había estado follando «inalámbricamente» con Jess_92, lo que ya no quedaba tan claro era quién se escondía tras aquel *nickname*. Mierda, ¿quién había respondido sus múltiples y comprometidísimos gemidos con infinitos «me pones muy cachonda, Alison»? ¿A quién demonios llevaba poniendo cachonda casi dos meses?

Y aquel tema en particular sumaba otros sentimientos bien diferentes a la mezcla que llevaba gestándose desde su nefasta parada en la cafetería aquella mañana: desasosiego y pudor, mucho pudor. Porque aquellas sesiones la habían vuelto loca desde el principio, pero ante ese inesperado giro en el camino, su recuerdo la hacía sentir mal, muy mal, y un poco sucia. Joder, que llevaba semanas fantaseando con follar con una completa desconocida. Follando con ella más bien, porque, en su imaginación, la chica con la que había hecho todas aquellas cosas era ni más ni menos eso: una jodida desconocida. Aquella pobre incauta con la que se había cruzado en la cafetería hacía un par de horas.

Oscuro, bastante oscuro y casi enfermizo.

ALISON: Con Jess_92.
ALISON: Quienquiera que sea.
GAIL: ¿Crees que será jodidamente fea?
ALISON: Creo que eres jodidamente superficial.
GAIL: Mierda, Alison, seguro que se te ha pasado por la cabeza.
GAIL: A Jessica Alba no le hace falta usar fotos de Mila Kunis.
GAIL: ¿Me sigues?

Y, a pesar de lo sofisticado de su metáfora, sí, la seguía, aunque aquello no era lo que más le preocupaba en aquellos momentos. Le había mentido, joder, le había contado cosas demasiado íntimas y ella llevaba engañándola todo el tiempo. Desde el principio, desde que vio aquella foto en su perfil de Click y pensó «mierda, necesito conocerte». Si todo se había iniciado con una mentira… ¿habría algo de cierto en lo que pasó después? ¿La chica por la que se había vuelto completamente loca existía de verdad?

ALISON: ¿Crees que todo habrá sido mentira?
GAIL: A mí tus orgasmos me sonaron muy de verdad.
ALISON: A veces eres muy gilipollas.
GAIL: Carter, da igual lo que pasara al otro lado.
GAIL: En el tuyo todo ha sido verdad.
ALISON: No sé si eso me consuela mucho.

Porque si al otro lado no había sido así, que en el suyo todo aquello fuera tan jodidamente real, más que un consuelo era una putada de las grandes. Y no quería reconocer en voz alta que se había enamorado de aquella Jessie, pero a sí misma no podía engañarse y era exactamente aquello lo que había pasado. Ya se sentía bastante estúpida por haber caído rendida así a los pies de alguien a quien no había visto en persona, pero la cosa empeoraba ante la posibilidad de que ese alguien ni siquiera fuera real.

Le tembló un poco el pulso al salir del chat con Gail, porque, aunque no

quería, quería y, además, necesitaba leer los mensajes que la esperaban en la conversación con Jessie. La cotidianidad del gesto le tensó un poco la boca del estómago, al recordar las miles de veces que lo había hecho antes, cuando sus ojos y su sonrisa favorita aún la aguardaban al otro lado.

«Jessie»
Última conexión 09:58
JESSIE: Te he llamado, pero supongo que estás liada en el trabajo.
JESSIE: He visto que en julio el Regal repone clásicos antiguos.
JESSIE: El primer fin de semana *Ciudadano Kane*.
JESSIE: Podríamos ir después de que me obligues a comer *sushi*.
JESSIE: Seguro que me quedo con hambre y me vendrían bien las palomitas.

Se echó a llorar. Sin advertencias ni prolegómenos, las ganas le abofetearon tan de repente que no le dio tiempo a girar la cara. Fuerte, bien fuerte. Porque Jessie había desaparecido de todos aquellos planes, excusándose con un «Debería acordarme, ¿verdad? Lo siento», y ahora sonaban vacíos y sin sentido, porque no iba a sonreírle como se había imaginado que lo haría en mil ocasiones, Jessie no iba a mirarla como necesitaba que lo hiciera ni tan siquiera una vez y no sabía dónde podía aferrarse para no seguir cayendo. El siguiente clavo ardiendo podría desprenderse de la pared con la misma facilidad.

Sabía que tendría que confrontarla, decirle algo así como «te he visto esta mañana y no eras tú», acorralarla y encontrar una explicación que no hiciera aún más pequeños los pedazos. Pedirle la justificación perfecta para utilizar fotos ajenas como carta de presentación, aunque no estaba segura de que existiera. De momento fingiría que sí, a lo mejor de ese modo la mañana se le hacía menos cuesta arriba. Hablaría con ella por la noche, porque su lugar de trabajo no era el mejor escenario para mantener aquella conversación y los vasos micénicos que la esperaban en la sala principal no iban a catalogarse solos.

En este museo eres una profesional, Carter, de modo que compórtate como tal y aguanta. De todas formas, se debía a sí misma el tiempo y el espacio necesarios para poder derrumbarse sin presiones cuando se presentara la ocasión.

***

Menudo inicio de mañana más espectacular, aquellas dos chicas habían conseguido despejarla por la vía rápida, mucho más eficaces que los capuchinos moka que tomaba a primera hora, aunque menos sutiles. ¿De verdad la habían duchado con café delante de toda la clientela del Starbucks Reserve? Peor aún, la habían duchado con su café y delante de Stacey, justo

el mismo día en que la camarera se había aprendido su nombre. Un paso hacia delante y veinte o treinta para atrás, porque aquel: «¿Crees que puedes jugar así con la gente?» no la había beneficiado mucho y, además, aquella rubia se había marchado del local llorando.

«Con Alison ya has terminado».

«Pasa a la siguiente, Jess_92».

Ella no conocía a ninguna Alison, seguramente así se llamaba la chica despechada, y Jess_92 le sonaba a nombre de electrodoméstico. Surrealista, muy surrealista todo. Como una viñeta de humor absurdo o una cámara oculta con muy mala leche, porque, además de la pésima impresión que se habría llevado Stacey, ella había tenido que regresar a su casa a cambiarse. Entera. Aquella morena había tenido mucha puntería, un arma de destrucción masiva de las de máximo alcance, había acertado de lleno: pantalón, camisa y chaqueta directos a la lavadora. Había tenido que llamar a las administrativas del área de salud mental para que avisaran a su paciente de las ocho y media de que llegaría un poco tarde, porque era un trastorno obsesivo-compulsivo, no faltaba nunca a la cita y le gustaban las formalidades.

Irremediablemente, a mitad de mañana, acumulaba un retraso de casi una hora y se moría por encontrar un hueco libre para poder contarles su aventura matutina a Riley y a Elsa. Su cita de las diez y media le estaba repitiendo los problemas de convivencia con su hija mayor, con la que, por cierto, mantenía una relación excesivamente dependiente en su humilde opinión, y desconectó de su monólogo tan solo por un momento para recordar aquel «¿Quién cojones te crees que eres?», al que tendría que haber contestado «¿Quién cojones te crees que eres tú?» o «Joder, eres insultantemente guapa, ¿lo sabías?». Lo último le pegaba mucho más a aquella morena.

Mierda, es que las mejores frases se le ocurrían siempre cuando no quedaba nadie para escucharlas. Un poco patético, porque le habría gustado decirle: «Me acabas de tirar mi café por encima, pero déjame invitarte a otro y haces con él lo que quieras».

Los dos últimos pacientes de la mañana debieron de pensar que hacía un día demasiado bonito como para perderlo dentro de una consulta con ella, de modo que cuando salió a la sala de espera para llamarles se encontró con la oportunidad que llevaba aguardando toda la jornada. Regresó al interior de su consulta y se deshizo de aquella bata blanca colgándola del respaldo de su silla, porque en verano, aparte de un toque de profesionalidad, daba un calor mortal de necesidad y sin pacientes a la vista dejaba de ser necesaria. Recuperó su teléfono móvil del bolsillo y aprovechó el grupo de «Comida en el Fogón», ya que las incluía a ambas y se ahorraría tener que explicarse dos veces.

«Comida en el Fogón»
Elsa, Riley, Tú
JESSIE: Esta mañana en el Starbucks Reserve, Stacey me ha llamado «Jessie».
JESSIE: Pero después una chica me ha agredido verbalmente.
JESSIE: Y me ha tirado el café por encima.
JESSIE: Mi propio café.

Terminó tres informes y pasó a la consulta de Gerry, el psiquiatra del equipo, quería hablarle de la posible derivación de una de sus pacientes para valoración de tratamiento farmacológico; después de regresar consultó el móvil, su hermana y Elsa habían contestado.

ELSA: Odio cuando escribes las cosas a medias.
ELSA: Luego tardas dos eternidades en completarlas.
ELSA: ¿Qué has hecho para que te tiren café a la cara, Jess?
RILEY: Menuda decepción.
RILEY: Creía que a las chicas las tratabas como a princesas.
JESSIE: Eso es lo raro, que era una completa desconocida.
ELSA: ¿Y cómo ha sido? ¿Se te ha plantado delante y te ha tirado el café sin más?
JESSIE: No, era amiga de una chica rubia que se me ha acercado primero.
JESSIE: Sabía mi nombre, pero a mí no me sonaba de nada.
JESSIE: Se ha disculpado, ha vuelto a su mesa y de repente ha venido ella.
JESSIE: Acusándome de jugar con la gente, me ha quitado el café y me lo ha tirado.
RILEY: Tu propio café, cuánta clase.
ELSA: Menuda loca. ¿Y qué le has dicho?
JESSIE: Nada, pero tendría que haberle dado las gracias.
JESSIE: En serio, creo que nunca había visto a una chica tan atractiva antes.
RILEY: Joder, Jess, a veces me avergüenza llevar tu mismo apellido.
ELSA: Y yo no llevo tu apellido, pero me avergüenzo igual.
JESSIE: No la habéis visto, así que no podéis juzgar.
ELSA: Nos basta con oírte a ti.
RILEY: Completamente de acuerdo.
RILEY: Pero no perdamos de vista lo principal…
RILEY: ¿Quién era esa tía y qué cree que has hecho?
ELSA: Jessie, ¿con cuántas chicas has jugado últimamente?
RILEY: ¿Mi hermana? Pero si les pide permiso hasta para quitarles el abrigo.
JESSIE: Eso no es verdad y os repito que no conozco a ninguna de las dos implicadas.
ELSA: Tengo que entrar a clase ahora mismo, pero este misterio hay que resolverlo.
RILEY: ¿Y si es una de tus pacientes? Seguro que no te acuerdas de todas.
RILEY: Puede que se haya enamorado de ti durante la terapia.

RILEY: Ya sabes… la erótica del poder.

Y su hermana a veces era un poco idiota, pero tal vez aquella no era una propuesta descabellada del todo y acordarse de todos sus pacientes con el paso de los años se había convertido en una imposibilidad. Desvió la vista al ordenador…

La erótica del poder.

***

Pues o no tenía tanto poder como pensaba su hermana o el que tenía no era muy erótico, porque aquello había hecho agua por todas partes. En su base de datos de pacientes solo aparecían dos mujeres que se llamaran Alison, ambas distímicas y mayores de sesenta. Un callejón sin salida.

Y en eso pensaba mientras corría bordeando la zona de puertos del oeste de la ciudad, en callejones de «¿Quién te crees que eres?» y «Pasa a la siguiente, Jess_92» y en capuchinos moka decorando su indumentaria. Solía hacer más o menos el mismo recorrido circular todos los días, unos cuarenta y cinco minutos de trayecto. Antes de que llegara Riley salía sola y le encantaba, un rato suyo, únicamente ella y sus pensamientos. Al mudarse a Seattle, su hermana se había unido a aquella rutina y tuvo la oportunidad de descubrir que correr junto a ella le gustaba también. Una especie de agujero de gusano que la devolvía a su adolescencia en Denver, porque su padre era profesor de instituto y atleta frustrado y desde pequeñas las sacaba a las tres a correr por el vecindario. A Zoey nunca le había gustado demasiado y abandonó aquel hábito en cuanto tuvo oportunidad, en cambio, Riley y ella se habían hecho un poco adictas y continuaban manteniéndolo intacto, como el primer día, pero en versión extendida. Los diez minutos con los que empezaron a los nueve años se les quedaban un poco cortos en la veintena.

—Glenn Close en *Atracción fatal* —probó suerte su hermana cuando rebasaban el muelle sesenta y ocho.

—Ni de lejos. No parecía demasiado desequilibrada, solo triste. Casi se puso a llorar y dijo que se habría equivocado.

—Pues se equivocó muy acertadamente si te llamó Jessie.

Ella paró la marcha al escucharla, se inclinó hacia delante y apoyó las manos en sus rodillas tratando de acompasar su respiración. Conectó sus miradas cuando Riley la imitó, al caer en la cuenta de que había decidido no seguir avanzando.

—Me llamó Jessie.

—Como mínimo asocia tu cara con tu nombre, de algo te tiene que conocer —evidenció, y cuando ella alzó una ceja, en plan escéptico, su hermana la imitó—. A lo mejor es una de tus seguidoras en Instagram.

Riley barajó aquella posibilidad mientras comenzaba a estirar apoyándose en la barandilla que bordeaba el paseo marítimo.

—Imposible. Me lo desinstalé del móvil y hace siglos que no lo utilizo —dijo imitando su postura justo a su lado.

—Que tú sepas.

Su hermana lo dejó caer mirando al horizonte y ella frunció el ceño taladrándole el perfil.

—¿Qué has dicho?

Riley le devolvió la mirada y suspiró, abandonando los estiramientos y observándola con los brazos cruzados, una pausa dramática que le ayudaría a reunir el valor necesario para confesar lo que suponía que estaba a punto de desvelarle. Y, seguramente, se había alejado ese par de metros para tener un poco de ventaja en caso de persecución violenta.

—Jessie, no te enfades, ¿vale? En realidad, lo he hecho para ayudarte.

—Vale —accedió, pasando a estirar con la otra pierna—. Explícame cómo me has ayudado.

Consiguió que le saliera en tono calmado y perdió la mirada al frente. En la periferia de su campo visual pudo apreciar cómo su hermana cambiaba de pie el peso de su cuerpo, incómoda, y respiró hondo, repitiéndose a sí misma «a las hermanas no se les pega», para tenerlo presente en caso de necesidad.

—Cuando rompiste con Taylor… —El inicio de su explicación le encogió un poco el estómago y tensó la mandíbula mientras pasaba aquel desagradable pinchazo que sintió en el pecho—. No me gusta verte mal y eres demasiado genial y demasiado guapa como para estar así porque una tía no ha sabido apreciarte. Eres una Stevens, Jessie. Las que partimos corazones somos nosotras.

Riley bromeó con una sonrisa de las arrogantes asomando a sus labios, esas le salían perfectas, y ella no las utilizaba mucho, pero si lo hiciera serían bastante parecidas. En realidad, la totalidad de sus facciones eran muy similares, pero a su hermana los tatuajes y el pelo decolorado le daban un aire rebelde que a ella no terminaría de encajarle tan bien ni aun esforzándose al máximo.

—Ahora viene lo jodido, pero no olvides mi enternecedora introducción, ¿vale?

—No me hagas olvidarla.

—En parte es culpa tuya. ¿«Señor patitas largas»?

Joder, su contraseña del Instagram. Y sabía que utilizar el nombre de la primera mascota de su infancia no era lo más seguro del mundo, pero ella era una simple mortal y no se había planteado que fuera a necesitar una clave a prueba de *hackers* informáticos como si perteneciese a la jodida Interpol.

—Mierda, Riley —exclamó, abandonando los estiramientos para encararla

—. ¿Has estado subiendo fotos mías a mis espaldas?

—Solo en las que salías bien. Era parte de un plan a largo plazo, para que cuando estuvieras algo mejor tuvieras dónde elegir —se explicó atropelladamente y retrocedió un par de pasos cuando ella los avanzó en su dirección—. Tienes más de diez mil seguidoras.

¿Perdona? ¿Había dicho diez mil seguidoras?

Paró en seco y alzó una ceja.

—¿En serio?

Y la sonrisa de lado que se le escapó junto a aquel interrogante consiguió que Riley se relajara considerablemente. Estúpido y superficial, lo sabía, pero diez mil seguidoras no le venían mal a la autoestima de nadie.

—Y eso que las fotos no tienen apenas contenido erótico, solo una, en la que sales comiéndote un helado. Si me dejas hacerte otra estirando con cara un poco porno, en dos días duplicamos seguro.

Y sacó el teléfono la muy idiota.

Se lo arrebató de las manos, porque desde luego que no iba a subir fotos guarras a su cuenta de Instagram, pero se metió en la aplicación para supervisar el trabajo que su querida hermana llevaba haciendo a escondidas los últimos seis meses. Madre de Dios, había colgado más de quinientas fotografías, en su mayoría suyas en solitario, por fin una explicación a la repentina necesidad de intercambio de selfis que se había apoderado de Riley de un tiempo a esa parte. Fotos de alguna de sus cenas con sus compañeros del trabajo, fotos con ella y con Elsa en sus múltiples quedadas…

Fotos, muchas fotos y algunas fotos más. Miles de «me gusta», una cantidad acojonante de comentarios del tipo «Eres la chica más guapa que he visto en mi vida» y «Joder, te lo comía todo» y alrededor de diez mil seguidoras.

Diez mil doscientas dieciséis, para ser exactos.

—Increíble —admitió devolviéndole el móvil a su hermana.

—No te lo creas tanto, yo tengo cincuenta mil y subiendo.

—¿Alto contenido erótico?

—Y tatuajes sexis.

Desveló el secreto de su éxito plantándole frente a la cara el último que se había hecho. Un brazalete de espinas rodeando la parte superior de su bíceps derecho. Seguro que le había dolido, mucho. Ella solo tenía uno y ninguna intención de hacerse más, muchas gracias. Fue un gesto de amor fraterno sin límites, un «necesitas practicar con alguien, así que practica con nosotras», gracias al cual Zoey y ella terminaron con tres mariposas tatuadas sobre el hueso de sus caderas. Sus padres se habían cabreado bastante y, al ser sus primeras creaciones, no habían quedado del todo bien, pero para ellas seguía siendo especial a algún nivel lejano a la superficie, porque poco después

Riley se hizo otro idéntico y dijo que las representaba a las tres. Nunca sabrían si aquel había sido su significado desde el principio, pero si se le había ocurrido de repente el detalle, le quedó de puta madre.

—Otra angina de pecho a la cuenta futura de papá —indicó apartándole el brazo y suprimiendo media sonrisa.

—Con las que lleva acumuladas caerá fulminado mientras poda los setos antes de cumplir los setenta —dijo Riley, apoyándose a su lado en la barandilla—. Imaginemos que la tal Alison es una de tus diez mil seguidoras de Instagram.

—Imaginemos que la tal Alison es una de mis diez mil doscientas dieciséis seguidoras de Instagram —accedió a aquel ejercicio mental y Riley sonrió propinándole un codazo—. Justificaría que supiera mi nombre, pero lo de «jugar con la gente» seguiría sin tener sentido. A no ser que, además de subir las fotos, te hayas puesto a hablar con alguna de las chicas como si fueras yo.

—Jessie, admito que no estoy en la mitad exacta del continuo de la sexualidad y que el sexo lésbico me intriga, pero no tengo tiempo para explorarlo en mi nombre, mucho menos lo voy a explorar en el tuyo.

—Pues entonces no lo entiendo. Es muy raro, joder —dijo paseando la mirada por los muelles—. ¿No crees que es muy raro?

—Sí, es la hostia de raro. ¿Y sabes qué más creo? —inquirió, incorporándose para colocarse frente a ella, y se limitó a mirarla en espera de que continuase—. Creo que podrías llegar a los cuarenta mil con un tatuaje de los super sexis, aquí.

Le recorrió el escote con el dedo índice, ella le pegó un manotazo y Riley sonrió divertida y echó a correr de nuevo, alzando la voz para que pudiera escuchar su último comentario.

—Escotazo con tatuaje sexi, más lametones a un helado con cara porno: tu billete a los cincuenta mil. Piénsatelo.

Y no tenía que pensarse nada, porque su historia en Instagram terminaba ahí, aunque el incidente del Starbucks quedase a medio explicar. A lo mejor simplemente tenía que aceptar que la razón de aquel ataque tan gratuito iba a seguir siendo un misterio.

Se impulsó contra la barandilla y retomó la carrera acelerando ligeramente el ritmo para poder alcanzar a su hermana.

***

Llevaba diez minutos sentada sobre la cama de su habitación mirando el móvil, tirado e inerte sobre el colchón. Se había pasado el día entero esperando y temiendo aquel momento a partes iguales, la hora de la verdad, tiempo de pedir explicaciones, porque aquella jornada se la había pasado contestándole con monosílabos y hacía un rato que «Jessie» le había

preguntado si estaba bien. Así de evidente era que no. ¿Cómo demonios iba a estarlo? Apenas había cenado nada porque tenía el estómago cerrado por aquel «Perdona, ¿nos conocemos?», así que se había obligado a comer un yogur mientras Gail trataba de animarla. La morena seguía dándole vueltas a su estúpida teoría de la hermana gemela maligna. Iba a llevarse una desilusión tremenda.

Se habían dado las buenas noches hacía un cuarto de hora y, en vez de aprovechar el tiempo para resolver aquella incógnita, había preferido alargar el misterio, prolongar su incertidumbre hasta extremos un poquito masoquistas, pero ya no podía más. Quería saber, aunque no estuviera preparada. Estaba más nerviosa que en toda su vida, pero no perdía la esperanza. Esperaba una explicación que hiciera desaparecer aquella angustia de su pecho, que la calmara por completo y la llevara a suspirar un «joder, menos mal». Un alivio instantáneo, por favor. Como cuando te despiertas en mitad de una pesadilla de las horribles y te das cuenta de que solo estabas soñando. Quería algo parecido. Que se lo devolvieran todo de golpe. ¿Acaso era pedir demasiado?

«Jessie»
Última conexión 22:46
JESSIE: Alison, ¿estás bien?
JESSIE: Llevas un poco rara todo el día.
ALISON: ¿Estás libre para hablar ahora?

Y lo preguntó con dedos temblorosos, porque se negaba a enviar un mensaje de los comprometidos y que «Jessie» no lo viera hasta siglos después, en su estado no podría aguantar ni medio gramo de tensión más. Había pensado en la posibilidad de llamarla por teléfono, mucho más rápido y directo, pero estaba segura de que acabaría rompiéndosele la voz y no estaba preparada para confrontarla de una manera tan abierta. No soportaría escucharla decir «llevo engañándote todo este tiempo».

A lo mejor era estúpido, pero de alguna manera albergaba la esperanza de que verlo por escrito dolería menos.

JESSIE: Llevo todo el día esperando para poder hacerlo.
JESSIE: ¿Lunes complicado en el museo?
ALISON: Te he visto esta mañana en el Starbucks Reserve.

Lo soltó así, de golpe, porque le había dado miles de vueltas a sus distintas opciones de aproximación y aquella era la única viable. No se veía con fuerzas ni con ganas de marcarse una introducción más delicada y, además, no le salía.

«Jessie» continuaba en línea y había leído el mensaje, pero no estaba

escribiendo nada de vuelta y a ella se le empañaron los ojos ante su indecisión. Porque si todo aquello tuviera una explicación medianamente coherente, no necesitaría pensárselo tanto. Y casi le dieron ganas de gritarle al teléfono «Joder, dime algo», pero continuó observando la pantalla y su «En línea» como una idiota mientras el nudo de su garganta se apretaba más y más. Se secó los ojos con el dorso de la mano antes de volver a escribir, porque era evidente que «Jessie» necesitaba un empujón.

ALISON: Al menos vi a la chica de tus fotos y se llama Jessie.
ALISON: Cuando me acerqué a saludarla me dijo que no sabía quién era yo.
ALISON: ¿Puedes explicármelo?

Había tenido muchas horas para prepararse para el impacto de un «es verdad, lo siento» y, seguramente, lo habría encajado muchísimo mejor, porque cuando el «En línea» se transformó en un «Última conexión 23:05» para desaparecer a los dos segundos, se le paralizó el interior al completo. Seguidamente la foto de perfil de «Jessie» se desvaneció y a ella le costó un poco más respirar con normalidad.

Musitó un «No, joder, no», casi ahogado por un sollozo lastimero y cabreado a partes iguales. Y se apresuró en buscarla entre sus contactos y llamar, con el corazón bombeándole en el pecho bien fuerte.

«El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento. Por favor, inténtelo de nuevo más tarde».

—No, no, joder. Me debes una tú de verdad… —lo gimoteó en voz alta, suplicando y exigiéndolo a la vez.

Regresó a su conversación de WhatsApp y tecleó un «Por favor, Jessie, no me hagas esto» patético y desesperado, pero es que, en ese preciso momento, lo estaba y no le importaba demasiado. El mensaje quedó en pendiente de entrega y ella tiró el teléfono a un lado del colchón con rabia. Con mucha rabia y sin más salidas.

Se pasó la media hora siguiente revisando el móvil cada dos por tres, con la esperanza de que cambiase su estatus de desaparecida sin dejar rastro, pero no hubo suerte. Y estaba llorando como una maldita cría, como una adolescente tonta ante su primer desengaño amoroso.

Cuando se cansó de perseverar, se levantó de la cama y se dirigió hacia la habitación de su compañera de piso, en busca de refugio. Llamó suavemente a la puerta y escuchó un «pasa» algo adormilado, pero le sirvió igual. Avanzó a través de la penumbra hasta llegar junto al colchón y se coló al lado de Gail, bajo las sábanas. Su amiga la invitó a abrazarla extendiendo el brazo y ella lo hizo acomodando la cabeza sobre su pecho. Sollozó silenciosamente y la morena depositó un beso sobre su coronilla.

Tampoco en aquella ocasión le dijo: «¿Ves como sí que escondía algo?»,

pero no le hacía falta. La cuenta atrás en su calendario acababa de confirmarse como lo más estúpido que había hecho en su vida.

OceanofPDF.com

5

Un Barry Walker

Se había planteado muy seriamente no volver a aparecer por el Starbucks Reserve nunca más en lo que le quedara de vida. Abandonar su particular cruzada por conseguir la atención de Stacey, conformarse y regresar a su rutina, abasteciéndose de capuchino moka en su cafetería de siempre. De todas formas, aquel «¿Crees que puedes jugar así con la gente?» le habría dejado sin la más mínima posibilidad con la camarera de sus sueños.

Búscate otra distracción que te aleje de Taylor y sus demoledores «danos otra oportunidad, Jess».

Cada vez que los escuchaba la dejaban un poco más rota y casi se estaba quedando afónica de tanto decir «lo siento, pero no puedo», que aquello fuera tan irreversiblemente sincero le desgastaba el doble. La noche anterior, tras regresar de correr con Riley, se había encontrado una de las cartas que su exnovia colaba bajo su puerta de vez en cuando. Tendría que haberla tirado a la basura sin tan siquiera leerla, pero aún no estaba lo suficientemente fuerte como para fingir que no se moría por saber si dentro de aquel sobre se encontraba la respuesta a aquel «¿Qué puedo hacer para arreglarlo?». Creía que «nada», pero no quería estar segura y hasta ella empezaba a cansarse.

Elsa le había dicho que debería evaluar los daños con Stacey antes de darse por vencida. Y la verdad era que le había costado mucho esfuerzo y unos cuantos capuchinos que aquella chica terminara llamándola Jessie, sería una lástima echar a perder aquella bonita y laboriosa conexión por dar por sentadas ciertas cosas. Una visita de reconocimiento del terreno no iba a hacerle daño.

«Elsa»
En línea
JESSIE: Ya estoy aquí.
JESSIE: Cinco personas en la cola delante de mí.
JESSIE: Sin rastro de potenciales amenazas.
ELSA: Lástima, creía que era la chica más atractiva que habías visto en tu vida.
JESSIE: Y lo es, pero llego justa al trabajo.

ELSA: Y apuesto a que no llevas ropa de repuesto.
ELSA: Eres de las que tropiezan dos veces con la misma piedra.
JESSIE: Y hasta tres y cuatro si me gusta mucho.
JESSIE: Hablando de gustar… ¿cómo vas con tus hombres-polla?
ELSA: Descatalogados, me he quedado con dos de los normales.
ELSA: Anoche estuve hablando hasta las tres y media con un tal Owen.
JESSIE: ¿Cibersexo?
ELSA: Conversación profunda.
JESSIE: Impactante.
ELSA: Vamos a volver a hablar hoy.
ELSA: Si todo va bien puede que quedemos el fin de semana.
JESSIE: Veo que no pierdes el tiempo.
ELSA: Ya no tenemos veinte años, Stevens.
JESSIE: Tampoco tenemos cuarenta, Dixon.
JESSIE: Me toca. Deséame suerte.

Se guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y avanzó el paso que la separaba del mostrador. Stacey la miró y le sonrió de un modo nuevo, con un tinte de diversión en el gesto que la descolocó un poco. Ella sonrió de lado, en plan «no sé qué es tan gracioso, pero me gusta».

—Buenos días, Stacey —la saludó como siempre hacía y la chica la observó inclinando levemente la cabeza a un lado.

—Hasta ayer no me encajabas en el perfil de chica mala.

No había nadie esperando a su espalda, así que supuso que tenían un poco de tiempo y la camarera había decidido utilizarlo.

—¿Y te encajo hoy?

—Hoy me tienes un poco confundida, Jessie —admitió, y ella le sonrió, porque era tan evidente que la camarera estaba tonteando que aquel gesto le salió solo—. ¿Qué quieres tomar? ¿Lo de siempre?

«Lo de siempre». *Madre mía, sabe tu nombre, sabe el café que tomas por las mañanas y la tienes confundida*. Y pensar que había estado a punto de no volver por allí jamás…

—¿Te sabes los pedidos de todos tus clientes?

—No.

Stacey lo dijo dedicándole una sonrisa bastante reveladora antes de girarse para comenzar a preparar su café y ella suprimió una propia.

Genial. Genial. Genial.

Paseó la mirada por el local semivacío y seguía sin haber ni rastro de la tal Alison, ni de su amiga: la mujer maravilla. El lunes había sido nefasto y el martes venía cojonudo para compensar. ¿Y cuál debería ser su siguiente paso en la conquista de Stacey?

No le dio tiempo a darle ni una vuelta, mucho menos a llegar a conclusiones satisfactorias, porque antes de darse cuenta la camarera le

tendía su café y, cuando ella fue a aceptarlo, la mano de la chica sujetó el envase por unos segundos de más.

—El de ayer no te lo pudiste tomar, así que a este invita la casa.

—Gracias —dijo regalándole media sonrisa en cuanto Stacey liberó su desayuno.

—¿Nos vemos mañana, Jessie?

—Seguro.

Observó la sonrisa de aquella chica, un poco atontada, antes de girarse para salir de allí.

Joder, es que Elsa y Riley no iban a creérselo, porque había avanzado veinte casillas de golpe y porrazo. No había dado ni dos pasos en dirección a la puerta cuando se la encontró de frente. A la mujer maravilla.

—Oh, mierda…

Se le escapó con mucho sentimiento y paró de golpe. Con un movimiento reflejo retiró su café, escondiéndolo ligeramente en un lateral de su cuerpo. Minimizando riesgos. La señorita «¿Quién cojones te crees que eres?» debió reparar en su gesto y sonrió de una forma jodidamente interesante antes de conectar sus miradas y dirigirse a ella con mucha menos mala leche que el día anterior.

Era de lo más letal, pero tenía unos ojos verdes alucinantes y una sonrisa para morirse.

—Jessie…, ¿no? —preguntó en tono suave y ella desvió la mirada a sus manos en busca de bebidas arrojadizas. Desconfiada.

—No vas a tirarme nada hoy, ¿verdad? Porque no puedo llegar tarde al trabajo todos los días.

Al menos reconoció un atisbo de culpabilidad aflorando entre aquellas atractivas facciones.

—Lo siento mucho, es lo que quería decirte. Ayer te tiré el café por equivocación —reconoció con media sonrisa arrepentida—. Mi amiga, Alison, no está pasando por su mejor momento.

Al mencionar a la rubia desvió la vista y ella siguió el curso de su mirada para descubrirla acomodándose en la misma mesa del día anterior. Sus ojos conectaron tan solo por una milésima de segundo, porque la tal Alison se retiró de inmediato y parecía triste de verdad. Volvió a centrarse en aquel verde tan sugerente.

—Lo sentimos mucho, de verdad. Si necesitas llevar tu ropa a la tintorería, yo te lo pago. Y como ofrenda de paz… toma.

Aquello despertó su interés y observó, expectante, cómo la morena rebuscaba en una de las cremalleras de la bolsa de deporte que llevaba colgada al hombro. Tras unos segundos de tantear el interior, le tendió una tarjeta y ella la aceptó frunciendo ligeramente el ceño.

—«Zum Fitness. Un mes de acceso ilimitado gratis» —leyó la inscripción

de aquel pase y, cuando conectó sus miradas de nuevo, fue ella quien sonrió y en plan juguetón, además. El éxito con Stacey le había hecho venirse arriba demasiado rápido—. Ayer me tiras por encima mi propio café y hoy me dices que necesito ir al gimnasio. Escasas habilidades sociales.

La chica se rio al escucharla y ella sonrió un poco más, genuinamente esta vez.

—Trabajo allí, doy clases de *body combat*. Es una tontería, no tienes que usarlo si no quieres, pero… ¿acéptalo?

—¿Como una forma de limpiar tu conciencia?

—Algo así.

—En el hipotético caso de que me decidiera a usarlo, ¿por quién tendría que preguntar?

—Gail. Me llamo Gail.

—Genial —asintió, guardándose la tarjeta en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Piénsatelo. Dejo que te vayas ya, no puedes llegar tarde al trabajo todos los días —repitió sus propias palabras y comenzó a alejarse hacia la mesa que compartía el día anterior con la rubia.

—Gail —la llamó, incapaz de dejar escapar aquella oportunidad de oro. La morena se volvió al escucharla—. ¿Por qué sabéis mi nombre?

La aludida miró fugazmente a la tal Alison y cuando devolvió su vista a ella lo hizo con una críptica expresión en sus facciones, jodidamente sugerente.

—Prefiero no decírtelo, Jessie —admitió, y alzó una ceja al final, como retándola a cuestionar su decisión.

—¿Por qué no?

La complació, por curiosidad y porque era demasiado guapa como para no hacerlo.

—Seguro que así aumento las posibilidades de que vengas a alguna de mis clases. Hipotéticamente.

Le sonrió una vez más y ella la observó mientras la morena se alejaba hacia su mesa.

Buf…

En cuanto estuvo fuera de la cafetería sacó su móvil con mucha prisa, porque, joder, aquello tenía que difundirlo. Eligió el grupo con Riley y Elsa y se decidió a mandar una nota de voz, escribir con una sola mano le daba pereza, así que dio un sorbo al café antes de grabarlo.

«Comida en el Fogón»
Elsa, Riley, Tú
JESSIE (nota de voz): La respuesta al misterio «Jess_92» está en Zum Fitness, da clases de *body combat* y cuando sonríe es aún más atractiva que de mala hostia.

Me ha dado un pase de acceso ilimitado gratis a cambio de la ducha de ayer.
RILEY: ¿Para el gimnasio o en plan guarro?
JESSIE: No vivimos en una película porno, Riley, así que para el gimnasio.
RILEY: ¿Como mera disculpa o con segundas intenciones?
JESSIE: No estoy segura.
RILEY: ¿Y vas a ir?
ELSA: Por supuesto que va a ir.
ELSA: A resolver el misterio y a lo que surja.
ELSA: Sobre todo a lo que surja…

A lo que surja. Y es que, sin esperárselo, tenía ante ella dos frentes abiertos y muy interesantes ambos. La castaña que le servía el café y la morena que se lo tiraba por encima. Nunca había compartido aquello de «un clavo saca otro clavo», le convencía mucho más la idea de elaborar las pérdidas con su correspondiente período de duelo, pero llevaba elaborándolo ocho largos meses y agradecía la distracción.

Y, a ella en particular, nunca le habían gustado especialmente los gimnasios, prefería hacer deporte al aire libre, correr sobre asfalto de verdad en vez de patearse los mismos metros de cinta una vez tras otra y sin moverse del sitio. Pero es que la tal Gail era realmente atractiva y lo de resolver el misterio de Jess_92 le parecía un complemento bastante jugoso, porque seguía sin saber cómo aquellas dos chicas conocían su nombre.

«Ayer te tiré el café por equivocación».

«Mi amiga no está pasando por su mejor momento».

Parecía evidente que la habían confundido con otra persona, con alguien que había jugado con la tal Alison de una forma que no había gustado mucho a la rubia, porque menuda cara se le había quedado el día anterior cuando cayó en la cuenta de que no la reconocía. Y lo más jodido era que ese alguien, el que había dejado a Alison con pintas de cachorrito perdido en mitad de ninguna parte, tenía su cara y se llamaba igual que ella.

Muy turbio todo.

***

Al final se quedó dormida, abrazada a su amiga con lágrimas en los ojos y una desagradable sensación de vacío justo en mitad del pecho. Como si algo hubiera desaparecido de golpe dejando impresa su silueta en ella. Un «¿y ahora qué?» que dolía más que en toda su vida, porque «nada». Ahora nada.

El día anterior al levantarse lo primero que hizo fue tachar un día más en el calendario como cuando era pequeña y se acercaba la Navidad. Ya era mayor y la que se acercaba era Jessie, y cada vez que pensaba en tenerla delante casi le fallaban las piernas. Dejar que la invitara al Blue C. Sushi e

invitarla después al cine y besarla. Mucho. Casi sufría taquicardia cada vez que pensaba en la primera vez que pudiera atrapar aquellos labios entre los suyos, estar cara a cara en su cama y que Jessie le dijera eso de «por fin», antes de sonreírle de aquella forma alucinante. Poder sentirla. Dios, se moría por sentirla. Escucharla susurrar «en persona me gustas más».

Sus mensajes de la noche anterior seguían pendientes de enviar en la conversación de WhatsApp, su teléfono continuaba apagado y no iba a pasar. Nada de lo que llevaban planeando los últimos meses iba a pasar, y ante ella se extendía una sucesión de días vacíos y fríos, los que había reservado para iniciarlo todo con ella y los que pensaba que necesitaría para continuarlo después. Había estado tan segura que, quizá, por eso dolía tanto.

Había perdido la conexión más especial que había sentido en toda su vida sin haberla tenido siquiera.

Removió el café, el segundo de la mañana, estaba en su hora de descanso y en la cafetería del museo. Monica y Zack, otro de sus compañeros de trabajo, se encontraban sentados a su lado, poniendo verde a su jefe con toda la razón del mundo, pero ella tenía la cabeza en otro sitio y no se sentía con fuerza para participar. Porque la verdadera dueña de sus ojos favoritos en el mundo entero no sabía que le gustaban tanto, desconocía que se había pasado meses enamorándose de ellos. Jessie no sabía que existía, así de claro. No sabía que existía, no estaba dispuesta a probar el *sushi* por ella y no veía *La ventana indiscreta* cuando tenía fiebre.

Jess_92 no era ella físicamente y la Jessie real no era ella a secas. Enamorada entre dos aguas y ninguna de las orillas era la de verdad. Una escisión que la dejaba más confundida que otra cosa, porque aquella mañana al verla tontear con Gail en el Starbucks había tenido ganas de llorar otra vez.

—Alison, ¿qué te pasa? —la voz de Monica la sacó de sus oscuros pensamientos—. ¿Te he pegado la gastroenteritis? Porque tienes mala cara.

—No tengo una gastroenteritis como la tuya desde las Navidades de 2010 —rebatió removiendo el café un poco más.

Zack le sujetó la mano con la que manipulaba la cucharilla y ella alzó la vista para encontrarse con unos oscuros e inquisidores ojos marrones.

—Lo estás mareando. ¿Qué pasa, Carter?

Le sostuvo la mirada por unos segundos y después la desvió a Monica, su compañera la observaba expectante, sumándose a aquel interrogante y deseando escuchar su respuesta. La verdad era que, a veces, el trabajo en el museo resultaba un poco monótono y distracciones como aquella siempre eran bienvenidas. Como cuando a Zack le entraron a robar en el piso o cuando Monica ganó un iPod en aquel concurso de la radio por acertar diez preguntas sobre la discografía de Barbra Streisand en menos de veinte segundos. Rupturas en la rutina que hacían la vida menos previsible y

mucho más emocionante.

—Ayer por la mañana vi a Jessie en el Starbucks.

Su organismo comenzó a funcionar a media potencia, porque a Monica se le formó una gigantesca sonrisa en la cara, de las enormes, y se tapó la boca con las manos y todo. Tuvo ganas de decirle: «Tómate tu tiempo, que aún falta lo mejor y creo que te estás adelantando». Aquella evidente muestra de emoción la revolvió un poco por dentro, porque las cosas podrían haber sido tan diferentes que dolía por todos lados.

—¿Quién es Jessie? —inquirió Zack mirándolas alternativamente.

—Es la nueva novia de Alison.

—Señor, Carter, ya me llevas dos de ventaja.

Y podría llevarle tres o cuatro, porque al pobre no se le daba bien ligar, vestía camisas blancas con chalecos de punto y pantalones de pana y llevaba gafas de montura metálica anticuadas. Zack no era atractivo físicamente, pero sí en todos los demás sentidos. El chico era muy inteligente y un amor.

—No es mi novia —tan solo tener que aclararlo la removió por dentro.

—Lleváis seis meses hablando de todo a todas horas, se te cae la baba con ella y os habéis hecho correros la una a la otra.

Monica enumeró las características de toda buena relación, su particular visión de la vida en pareja, y ella le pegó en el brazo al escuchar aquella referencia a su actividad sexual y miró de reojo al pobre Zack que, tal y como esperaba, se había puesto un poco rojo y observaba fijamente su café por no tener que mirarlas a ellas.

—No es mi novia, porque no era ella.

Monica borró la sonrisa de su cara y se le desinfló la excitación, la tensión que se había apoderado de su cuerpo la abandonó toda de golpe y se reclinó contra el respaldo de la silla mientras soltaba un «Pfffff» desencantado.

—Mierda, Alison, si no era ella no digas que te la encontraste en el Starbucks —protestó molesta por su inútil derroche de emoción.

—Era ella, pero no era ella —matizó aquel sinsentido y Monica la miró muy fijamente y con el ceño fruncido.

—¿La sífilis se transmite vía wifi? Porque creo que te la han pegado y empieza a afectarte al cerebro —dijo y se ganó otro manotazo de su parte.

—Era la de las fotos, era ella físicamente, incluso se llamaba Jessie —explicó mirando su café, cada vez que evocaba su imagen aquella opresión en el pecho se intensificaba un poco más. Y respiró hondo, delante de Gail podía romperse, pero en su trabajo no—. No es la chica con la que he estado hablando, no tenía ni idea de quién era yo.

—No me jodas, Alison, ¿te han hecho un «Barry Walker»?

Su compañera lo exclamó recobrando de nuevo pleno interés en la historia y ella intercambió una mirada con Zack. El chico se encogió de hombros, dando a entender que él tampoco estaba al corriente de aquella

jerga, así que devolvió la vista a su interlocutora y alzó una ceja, interrogante. Su amiga era bastante dada a usar neologismos de creación propia como si fueran *vox populi* y ellos unos anticuados por no estar a la última.

—No lo sé, Monica. ¿Qué es un «Barry Walker»?

—Barry Walker es mi primo —comenzó su explicación y casi bufó ante aquella aclaración, es que sí, era uno de sus neologismos, pero se contuvo porque tenía curiosidad—. Hace unos tres años ligó con una chica por internet, Mandy, y durante un año entero estuvieron conociéndose. Barry estaba coladísimo por ella, decía que era la mujer de su vida, pero vivía en Chicago y él aquí. Guapísima, tenía fotografías suyas por toda la casa. El pobre diablo ahorró durante meses, sirviendo mesas en la marisquería de mi tío, y eso que es alérgico, para poder ir a verla y conocerla en persona. Compró el billete y, cuando se bajó del avión en el Midway, en la zona de llegadas nacionales le estaba esperando un señor sorprendentemente peludo, de cincuenta años y ciento treinta kilos. Se llamaba Andy y deseaba que pudieran hacerlo funcionar. Ya os podéis imaginar cómo terminó todo.

Monica finalizó la historia de aquella manera y sorbió de su café, como si nada. Y a ella le habría gustado decir que se los imaginaba casados, acudiendo al gimnasio cinco veces por semana y con tres o cuatro hijos con ligero sobrepeso y un poco más de vello que el resto de sus compañeros de clase. Un final improbable, pero inmensamente esperanzador.

—¿Mal? —probó suerte.

—Y acuñando el término «Barry Walker». Mi tío comenzó a llamarlo así, pero se extendió como la pólvora. A Barry no le gusta, el pobre lo pasa fatal en las cenas de Navidad.

Un «Barry Walker».

Joder, ¿le habían hecho un «Barry Walker»?

Mierda, es que le habían hecho un «Barry Walker» y su hombre obeso cincuentón no había tenido la decencia de dar la cara. Andy o Jess_92, porque en el fondo eran sinónimos, equivalentes e intercambiables, y ella también iba a pasarlo mal en sus cenas de Navidad. Y querría gimotear un lastimero «Joder, Jessie», pero es que ni siquiera se llamaba así. Un gigantesco interrogante tras el cursor parpadeante y una putada de las gordas.

Al «¿Con quién llevas follando inalámbricamente los dos últimos meses?» de Gail, ella le añadía un cuestionamiento mucho más profundo e igualmente importante, porque… ¿de quién demonios llevaba enamorándose los últimos seis? Dejando aparcado el complejo y espinoso detalle de que estaba completamente loca por el físico de una chica a la que, en realidad, había visto durante dos segundos en una cafetería, ¿a quién pertenecía todo lo demás?

—¿Y qué te ha dicho ella? —quiso saber Monica mirándola interesada.

—Le pedí que me lo explicara y ha desaparecido —reconoció sorbiendo de su café, a lo mejor así sería más fácil tragarse el nudo de su garganta—. Me ha bloqueado en WhatsApp y ha apagado el teléfono.

—Un «Barry Walker» de los cobardes.

—Más que un «Barry Walker» eso es una crueldad —dijo Zack.

—Es el riesgo que se corre cuando conoces a alguien al otro lado de una pantalla —indicó Monica.

Amén, hermana.

Ella lo aceptó y había perdido a lo grande.

***

Madre mía. Riley la había obligado a describirle los encuentros de aquella mañana con Stacey y con la tal Gail unas veinte veces mientras corrían, y con cada una de las versiones había ido emocionándose más y más. Al final se le lanzó encima, rodeándole el cuello con el brazo mientras con la mano libre la despeinaba y repetía: «Así lo hacen las Stevens», «así lo hacen las Stevens», como si fueran gallitos de corral sobrados de testosterona.

Y no sabía «cómo lo hacían las Stevens», pero le gustaba cómo lo había hecho ella aquella mañana y le había dado bastantes vueltas a cuál debería ser su siguiente paso en relación con la camarera. ¿Debería pedirle su número de teléfono? ¿Invitarla a salir directamente? ¿Continuar bebiendo café hasta que ella misma moviera ficha? ¿Estaba preparada para mover la suya? Porque empezar a salir con cualquier otra persona supondría un cambio sustancial en el *statu quo* en el que Taylor y ella se encontraban desde hacía meses. Implicaba decirle a su exnovia «estoy pasando página y es hora de que la pases tú también», sin saber a ciencia cierta si podría soportar que al final lo hiciera. Porque seguía pendiente de sus cartas y de sus wasaps, de sus visitas a deshoras y, aunque cada vez que follaban se prometía que sería la última, sus despedidas no eran más que un «hasta luego» disfrazado de «adiós». Pura fachada.

Y seguro que así no lo hacían las Stevens y Riley le pegaría bien fuerte para espabilarla.

Recogió los cubiertos de la cena y se dirigió directa al sofá de su salón, increíblemente cómodo, le encantaba pasar en él un rato cada noche antes de irse a la cama. Normalmente, leía o veía la televisión. El mensaje de «buenas noches» de Taylor solía pillarla en aquella tesitura, su exnovia lo mandaba siempre alrededor de las diez y aquella noche no fue una excepción.

«Taylor»

En línea
TAYLOR: ¿Qué tal te ha ido el día?
TAYLOR: El mío horrible, ya sabes cómo odio la época de los finales.
TAYLOR: Elsa ha salido, así que solo somos yo y cientos de exámenes por corregir.

Le habría gustado cerrar la conversación sin más y continuar mirando la televisión sin verla en realidad, disimular un poco al menos, pero le fue imposible. Igual que con el sexo, cada noche se decía a sí misma que sería la última vez que contestase sus mensajes, porque Elsa no paraba de repetirle que, con aquella simple acción, le daba esperanzas y las mantenía ella misma. Como si aquello fuese un paréntesis en vez de un punto final. Y debería querer que fuera lo segundo, pero no estaba segura de lo que era en realidad.

JESSIE: El mío tranquilo.
JESSIE: Y no me das pena.
JESSIE: En un par de semanas empiezas dos meses de vacaciones.
JESSIE: Buenas noches, Taylor.

Débil. Débil y estúpida.

O enamorada, que a fin de cuentas venía a ser lo mismo. No estaba segura de seguir estándolo, al menos no de la misma forma que antes de Grace, pero algo le quedaba seguro. Era lo que la impulsaba a no dejar sus mensajes sin contestar o a atender sus llamadas, lo que le impedía dejarla esperando en el portal cada vez que acudía a casa porque no podía más. Grace lo había cambiado todo, en un segundo para ella y en un polvo para Taylor. Y aquello era lo que no le permitía dar marcha atrás.

«Jessie, tengo que contarte algo y va a doler».

«… con una de sus alumnas de último curso…».

«… en su despacho del departamento…».

Y, según Taylor, nunca había pasado antes, fue un error, un desliz, nada más que un momento de debilidad y lo más estúpido que había hecho en la vida. Solo sexo. Y le gustaría poder dar marcha atrás, pero no podía. A ella, particularmente, que se hubiese jugado su relación de aquella manera por «una estupidez» la reventaba por dentro. Grace lo había iniciado todo y su novia tan solo se dejó llevar.

La puta erótica del poder a Taylor sí que le había funcionado.

Prefirió abandonar aquella senda de pensamientos, porque la había transitado en innumerables ocasiones en los últimos ocho meses y se la sabía de memoria. Estaba segura de cuál era la última parada y no le apetecía llorar hasta quedarse dormida una noche más. Aquella pequeña tarjeta abandonada sobre la mesita baja que tenía frente al sofá captó su atención, y

no solo por su llamativo colorido.

Le pareció la válvula de escape perfecta y una distracción más que bienvenida.

Se estiró para alcanzarla y la observó de nuevo. Zum Fitness, un mes de acceso ilimitado a las instalaciones y a las clases. Eso del *body combat* no lo había practicado nunca, lo suyo era correr, pero a lo mejor iba siendo hora de probar cosas nuevas. Expandir horizontes y ampliar experiencias, volver a verla no era más que un plus añadido, por supuesto.

Se hizo con su portátil y se lo colocó sobre las piernas, porque en la tarjeta aparecía la dirección de una página web y le había entrado curiosidad por conocer el lugar de trabajo de la mujer maravilla. Unos insistentes golpes en la puerta de entrada interrumpieron su lectura de los distintos comentarios que los usuarios del gimnasio habían plasmado en la web. Muchos de ellos señalaban a los monitores como un plus importante a la hora de puntuarlo, y ella solo conocía a uno de los miembros de la plantilla, pero no le extrañaba en absoluto. De las cuatro estrellas y media Gail era dos, seguro.

Los golpes continuaron mientras ella acudía a abrir, pero no se asustó ni por las formas ni por las horas, sabía que era Riley. Una entrada en escena característica de su hermana, porque había timbre y tenía llaves, pero a la pequeña de las Stevens no le gustaban los convencionalismos. Lo que le sorprendió fue encontrarse también con Elsa al otro lado.

—Jessie, ¿estás sola? —su amiga lo preguntó colándose dentro sin esperar respuesta.

—Sí, estoy sola. ¿Con quién iba a estar? —inquirió al tiempo que se apartaba de la puerta ante el suave empuje de su hermana.

—No lo sé, ¿con tu camarera sexi?, ¿con la mujer más atractiva que has visto jamás? —probó suerte la castaña internándose en el piso—. O con alguna de tus diez mil seguidoras de Instagram. Últimamente estás que te sales, hay donde elegir.

Ella cerró la puerta, las siguió a ambas de vuelta al salón y propinó a Riley un golpe en el brazo por ir pregonando su éxito en las redes sociales así de alegremente. Elsa ya había tomado asiento en el sofá, su hermana hizo lo mismo y las dos la miraron en silencio.

—Son diez mil doscientas dieciséis —aclaró aquel punto—. ¿Y qué hacéis aquí a estas horas?

Las dos intercambiaron una mirada, fugaz pero significativa, de esas que daban a entender que sabían algo que ella desconocía y al día siguiente todas madrugaban, así que tenía que ser trascendente.

—¿Recuerdas el misterio de Jess_92? —habló por fin Elsa y ella pasó su mirada de una a otra un par de veces antes de responder.

—Claro que me acuerdo, pasó ayer.

—Creemos que ya no es un misterio —dijo Riley y, con eso, captó toda su atención.

Se sentó sobre la mesita, encarándolas, y frunció el ceño, intrigada y con el corazón ligeramente acelerado por la expectación que aquellas dos estaban creando en torno a la revelación que, suponía, estaban a punto de protagonizar.

—Explícate —le dio pie, al comprobar que no tenían planeando soltárselo de golpe.

—Dijiste que la mujer maravilla te gruñó algo así como «Pasa a la siguiente, Jess_92» antes de ducharte con tu propio café *latte*, ¿correcto? —cotejó Riley.

—Capuchino moka, así que parcialmente correcto, pero continúa.

—De ahí podríamos deducir que esas dos chicas creían que tú eras Jess_92. Tras un largo período de *brainstorming* en el que hemos categorizado sus posibles significados y después de una cuidadosa criba de los más prometedores, realizamos una extensiva búsqueda de…

—Te he encontrado en Click.

Elsa interrumpió el elaborado discurso de su hermana de forma más bien brusca y Riley la miró molesta en un primer momento, pero después ayudó a la castaña a pasarle su propio ordenador, en el que debía de haber estado trasteando cuando ella estaba completamente atenta a aquella enrevesada explicación. El perfecto distractor.

—Elsa ha encontrado tu perfil en Click.

Su hermana lo repitió mientras ella aceptaba el aparato con cara de circunstancias, porque Click era aquella aplicación de ligoteo *online* en la que Riley había conocido a «Rick, el partidazo» y, a través de la cual, Elsa coleccionaba fotos de miembros masculinos con pervertidas intenciones, así que eso de que habían encontrado su perfil era más bien un poquito imposible. Ella nunca, jamás, se había registrado en esa página en particular ni en ninguna otra del estilo. Por eso se le frunció el ceño a lo bestia cuando, al mirar la pantalla, se encontró con una foto suya como imagen de perfil de uno de sus usuarios. Casi se le abrió un poco la boca y todo.

—Jessie, te presentamos a Jess_92 —anunció Riley con evidente entusiasmo.

Maldita sea. Es que era verdad. Eran ella y su puñetera fotografía. Localizada en Seattle y con tres años menos de los que tenía en realidad.

—Te encanta el té y el cine clásico de los años cincuenta. Tienes todos los discos de Frankie Goes to Hollywood y buscas chicas solteras, de entre veinte y treinta años, a las que les gusten las chicas. Seattle o alrededores —Elsa resumió la descripción de aquel perfil de esa forma tan concisa mientras ella continuaba observándolo con creciente incredulidad—. Te alegrará saber que tenemos una compatibilidad del setenta y siete por ciento.

La miró fugazmente, con la boca abierta, como si fuera a emitir algún sonido medianamente coherente, pero al final no le salió nada de provecho, de modo que devolvió la vista a la pantalla. Contemplando de nuevo su fotografía asociada a aquel maldito *nickname*.

Jess_92.

—¿Qué demonios…? —lo dejó en el aire, porque con aquellas dos palabras lo había dicho todo. Y resumían su sentir más profundo a la perfección.

—Resulta evidente que alguien ha utilizado fotos tuyas en la aplicación y se ha ligado a la chica de la cafetería —dijo Riley con toda la tranquilidad del mundo mientras ojeaba distraídamente la tarjeta del Zum Fitness.

—¿Fotos? —preguntó al percibir el plural en la voz de su hermana.

—¡Oh, sí, mira, hay un apartado entero! —Elsa se animó y se inclinó sobre ella, toqueteando el teclado para poder desplegar la pantalla correspondiente—. Han elegido las mejores, Stevens, hasta yo te daría *click*.

Mierda, ante ella se abría la galería de instantáneas. Bastante amplia, por cierto.

—Riley… como sea otra de tus estrategias para «que tenga donde elegir» voy a matarte, te lo juro.

—*Relax… don't do it* —la muy imbécil citó una de las canciones más famosas del grupo favorito de Jess_92 conectando sus miradas—. Yo no tengo nada que ver con esto.

—Prométemelo.

—Lo prometo —y Riley lo dijo al tiempo que dibujaba una cruz sobre su pecho con el dedo pulgar—. Palabrita del Niño Jesús. ¿No crees que si hubiera sido yo intentando venderte al menos habría puesto tus datos de verdad?

Y aquello era cierto, así que decidió creerla y devolvió la vista a su falso perfil.

—Joder, ¿quién haría algo así? —preguntó Elsa.

—Me da igual quién sea —admitió en tono cansado—. Escribiré a la aplicación para que lo borren y punto.

—¿Perdona? —inquirió Elsa tras tragar el café que tenía en la boca—. Esa persona ha robado tus fotos y las ha hecho pasar por suyas en la red. Eso tiene que estar sancionado con pena de cárcel o de servicios a la comunidad, podrías tenerla doce meses de su vida recogiendo mierda de las autopistas o limpiando grafitis en barrios chungos.

—Lo que aquí Perry Mason quiere decir es: ¿cómo puedes no querer saber quién es?

Riley lo dijo como si aquella opinión realmente fuera incomprensible desde todo punto de vista y ella se tragó un suspiro cansado. ¿De qué iba a servirle saberlo? No quería denunciar nada y fuera quien fuera la persona

que se escondía tras Jess_92, el daño ya estaba hecho. La tal Alison y su chaqueta preferida habían sido los mayores perjudicados en toda aquella historia. Mejor dejarlo así.

—¿Qué gano con saberlo? No voy a denunciarlo, ni siquiera son mis datos reales. Seguramente será algún adolescente jugando a ser mayor en la red. Mayor y gilipollas.

—O cualquiera de tus diez mil seguidoras en Instagram —dijo Elsa y ella la miró, sopesando aquella posibilidad—. Acceso directo a tu nombre y tus fotos.

Y tenía sentido. Joder, tenía todo el sentido del mundo. Cualquiera de sus diez mil doscientas dieciséis seguidoras en Instagram. Se llevó la mano a la boca, ahogando una exclamación al encontrarse frente a frente con la foto que Riley había calificado como material erótico, durante su carrera del día anterior.

Ella misma con media sonrisa en el rostro mientras lamía un helado.

Maldita Riley y malditas diez mil doscientas dieciséis seguidoras de Instagram.

***

Su octavo largo, y hacía dos que se había quedado sola en la piscina. Ya casi era hora de cerrar, pero Gail haría la vista gorda si le apetecía quedarse un poco más, lo sabía por experiencia. Era una de las ventajas de que su mejor amiga trabajase allí. Se centró en respirar correctamente mientras recorría los doce metros que la separaban del extremo opuesto y, generalmente, aquel ejercicio le ayudaba a desconectar, la relajaba, pero en aquel momento su particular «Barry Walker» la acompañaba en cada brazada, reconcomiéndola por dentro. Y no sabría decir si la tristeza estaba ganando terreno al enfado o si seguían empatados, pero su mezcla era increíblemente desagradable y, cada vez que pensaba en «Jessie», se le empañaban los ojos y se le tensaba la mandíbula.

El teléfono de la chica seguía desconectado y su WhatsApp no operativo, a ratos la impotencia le hacía querer gritar muy alto, así que nadaba más rápido y buceaba, con un poco de suerte todo aquello se quedaría en la superficie por un rato.

Completó el largo y se agarró al bordillo, respiró hondo un par de veces, repitiéndose de nuevo eso de «ella se lo pierde, ¿sabes?». Y le estaba resultando bastante difícil enfocarlo desde aquella perspectiva, porque no, no lo sabía. ¿Podrían volver a hablar algún día para comprobarlo? Para poder preguntarle: «¿En algún momento algo fue verdad?». Necesitaba saberlo. No era ella físicamente, pero ¿y en todo lo demás?

—¡Joder! —masculló golpeando el agua, frustrada.

—Sabes que deberías llevar gorro ahí dentro, ¿verdad?

La voz de Morgan a su espalda la sobresaltó y se giró con rapidez para localizarla justo al otro lado de la piscina. Seguro que ya eran las nueve y acababa de finalizar su última clase del día, aún llevaba puesta aquella ropa deportiva tan pegada. Muy reveladora.

—¿Me vas a hacer pagar los veinte dólares? —preguntó sujetándose de espaldas al bordillo, para poder continuar con el contacto visual.

—Debería.

Observó cómo se descalzaba hábilmente, utilizando solo los pies, para sentarse en el bordillo opuesto al suyo, a doce metros, e introducir las piernas en el agua.

—¿Cuánto tiempo me dejas?

—¿Cuánto quieres? Solo quedo yo, así que podemos llegar a un acuerdo.

—Hasta que mi cerebro se canse de pensar —respondió golpeándose la cabeza contra el bordillo.

—No sé si vas a conseguir eso nadando ni machacándote ahí fuera. Buena clase, por cierto. Hoy sí te he hecho sudar.

Joder, Alison, eres increíblemente patética. Porque Morgan estaba allí, era una chica jodidamente alucinante, y el sábado en el Trinity en lo único en lo que podía pensar era en aquella cuenta atrás que la llevaba hacia la nada y acabó la noche follándose sus propios dedos mientras alguien la ponía cachonda al otro lado de la línea.

Gilipollas.

Y no, seguramente no iba a conseguir dejar de pensar nadando, pero nadó hacia ella.

Cuando le faltaban un par de metros para llegar, Morgan la salpicó con el pie y paró la marcha, la monitora le regaló media sonrisa y fue su turno para devolvérselo con un golpe seco de su mano sobre la superficie.

—Ey, tú ya estabas mojada —protestó la chica y ella recortó el poco espacio que las separaba, colocando sus manos sobre el bordillo, a ambos lados de su cuerpo—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí dentro? Creo que están a punto de empezar a salirte branquias.

Notó cómo la monitora rozaba su costado con el pie, bajo el agua.

—No quiero irme a casa.

—¿Son tus dos únicas opciones?

—El museo no abre hasta mañana.

Le gustó verla sonreír. Le quedaba bien hacerlo.

—Me estás dando tanta pena que estoy pensando en perdonarte los veinte dólares —dijo la chica y fue su turno para devolverle el gesto.

—Creo que tampoco está permitido bañarse con ropa.

Morgan alzó una ceja al oírla.

—Carter, te lo advierto, no hagas ninguna tontería.

Lo ordenó como si en realidad lo deseara, así que lo hizo. La agarró por la cintura y la arrastró al agua con ella, rio al oírla gritar en una mezcla de sorpresa e incredulidad, antes de sumergirse por completo. Cuando salió a la superficie lo hizo mirándola como sin creerse que realmente se hubiera atrevido a tirarla.

—¿Crees que me ayudaría a dejar de pensar? —se lo preguntó cuando sus miradas conectaron mientras se acercaba a ella un poco más.

—¿El qué? —preguntó la monitora retrocediendo hasta que su espalda se encontró con la pared.

La acorraló, no había una forma mejor de explicarlo, se colocó entre Morgan y cualquier posible salida, cortándole la retirada, y cerca, muy cerca. Fijó sus ojos en ella y en cómo algunas gotas de agua se paseaban por sus facciones, una en concreto se deslizaba en aquel instante por su labio inferior. Conectó con aquel gris antes de responder en voz baja, como si no se hubiera enterado de que en aquel gimnasio solo quedaban ellas dos. No se oía nada más que el eco del agua golpeando las paredes cuando sus cuerpos la desplazaban al moverse.

—Hacer una tontería.

Los ojos de Morgan abandonaron los suyos, porque desvió la mirada a su boca, a los dos segundos azul y gris volvieron a encontrarse y la chica la observaba con un gesto que parecía preguntar «¿en serio?». En un movimiento lento e inseguro la mano de Morgan se posó en su mejilla y se deslizó hasta quedar enredada en su pelo, lista para atraerla en cualquier momento. Ella se acercó al cuerpo de la monitora un poco más, hasta sentir que empezaba a pegarse al suyo. La tenía completamente atrapada dentro del perímetro delimitado por sus brazos y el borde de la piscina.

Le sostuvo la mirada desde muy cerca, antes de que Morgan recortara la mitad de la distancia que la separaba de sus labios, y fue evidente que lo hizo dudando de si debía, como si no se creyera que iba a dejarse besar. Conectó sus miradas una última vez antes de atreverse a dar el paso, sintió un suave tirón en su nuca y la boca de Morgan atrapó sus labios con una suave embestida. La aceptó y la contuvo por unos segundos antes de devolvérsela de forma un poco más brusca. La monitora se separó un par de centímetros, y en aquella sala no quedaba mucha luz, pero pudo apreciar que el gris de sus ojos estaba más oscurecido que segundos antes y sintió calor en su bajo vientre.

Seguramente sí. Hacer una tontería iba a ayudarla a desconectar, al menos por un rato. Aquella en particular le serviría también como alegato, un poco en plan «no te necesito, porque puedo tener esto y además es de verdad».

Se estrelló contra sus labios y Morgan se golpeó contra el bordillo ante su brusquedad, pero no se quejó y el agua las salpicó a ambas. Sintió cómo la

monitora le rodeaba el cuello con los brazos mientras aceptaba su boca con la suya semiabierta y la escuchó gemir cuando ella delineó su labio inferior con la lengua, antes de deslizarla dentro. Morgan profundizó el beso, le liberó el cuello y sus manos acudieron rápidamente a la parte posterior de sus muslos, de un brusco tirón la monitora la ayudó a rodearle la cintura con las piernas y giró posiciones, colocándola a ella suavemente contra la pared y presionando su abdomen contra su cuerpo.

—¿No está prohibido follar dentro de la piscina?

—Joder, Alison —Morgan protestó con voz ronca antes de atacar su boca con renovada energía y la embistió con el abdomen haciéndola gemir.

Inclinó la cabeza hacia atrás, porque quería que se ensañara con su cuello, y enseguida sintió su boca húmeda delineando caminos al azar a base de besos, era su punto débil y enredó las manos en el pelo de la chica, animándola a seguir. No tardó mucho en sentir las suyas en los tirantes de su bañador y, en dos simples movimientos, Morgan deslizó la prenda hacia abajo, dejando sus pechos al descubierto, y cubrió uno de ellos con la palma de la mano, como si llevase siglos deseando poder hacerlo y no quisiera perder aquella oportunidad. Ella gimió al sentir su roce en el pezón y Morgan susurró un «Oh, Dios» ahogado contra su oído al notarlo endurecido y atrapó el lóbulo de su oreja entre los dientes.

La chica la sujetó por el culo con ambas manos, la reposicionó mejor contra la pared y se presionó contra ella mientras atrapaba el otro pezón en la boca. Su respiración estaba completamente agitada llegado ese punto y necesitó mover las caderas contra el abdomen de la monitora, restregándose sobre el material mojado de su camiseta negra y ajustada. Morgan la embistió de nuevo y le masajeó los glúteos con ambas manos, ayudándola a moverse mejor. Sintió la vibración producida por el gemido que la chica emitió contra su pecho y con la siguiente embestida se le escapó otro a ella.

Mierda, Carter, lo necesitas duro y lo necesitas ya.

Intentó deshacerse del todo del bañador, casi con desesperación, pero la posición en la que se encontraban no se lo permitió y gruñó frustrada.

—Morgan, quítamelo, joder.

La monitora la complació de inmediato, dejando de lado todo lo que estaba haciendo, para apartarse de ella y sacarle la prenda. En dos segundos volvía a sentirla entre sus piernas, Morgan la mantenía aprisionada contra la pared, esta vez prácticamente al nivel de sus caderas, suponía que para poder sentirla mejor, y seguro que la sentía genial, porque la escuchó gemir mientras se movía contra ella. Mierda, es que incluso el sonido del agua estrellándose en aquel ritmo constante contra las baldosas contribuía a ponerla más cachonda aún.

—Fóllame —lo pidió en tono ronco contra su oído.

—Joder…

—Fóllame ya, Morgan.

Gimió lento al sentir la mano de la chica cubriendo su intimidad, con la otra rodeaba su cintura, sujetándola firme mientras se restregaba contra su cuerpo. La penetró con dos dedos y ella se sujetó fuerte a su cuello y gimió ronco cuando la monitora comenzó a estimularla realizando suaves movimientos de entrada y salida.

—Más fuerte —lo demandó a media voz, comenzando a mover sus caderas arriba y abajo.

Le hizo caso, sus embestidas cambiaron a otras más bruscas y atrapó de nuevo uno de sus pezones con la boca, lo acarició con la lengua y ella se mordió el labio inferior, para ahogar sus gemidos al sentir cómo redoblaba sus esfuerzos y añadía estimulación directa de su clítoris con el pulgar.

Joder, su resistencia física y su fuerza ayudaban, desde luego, ¿todos los monitores follaban igual de bien? Porque si era así, no le extrañaba el éxito a nivel sexual de su compañera de piso.

Morgan la estampó contra la pared con una embestida de su cuerpo al completo y sin dejar de penetrarla a un ritmo brusco y constante, y parecía que no le costaba ningún esfuerzo, aunque jadeaba contra su oído con cada empujón. La escuchó gruñir, seguramente porque estaba notando cómo se tensaba contra sus dedos y le ponía cachonda que estuviera a punto de llegar. Sacudió más fuerte sus caderas, buscando ese último movimiento que lo finalizase todo, y Morgan la aprisionó a lo bestia contra la pared, restregándose fuerte contra ella y contra su propia mano, y realizó una penetración mucho más profunda y contundente que las anteriores.

Se corrió increíblemente bien, dejando escapar un gemido ronco y profundo. Sintió cómo Morgan seguía embistiéndola mientras lo hacía y le gustó más aún. Después los movimientos cesaron y, con ellos, el golpeteo del agua contra las paredes de la piscina. Solo quedaron sus jadeos como sonido ambiente. Mordió el cuello de Morgan y la escuchó ahogar un gemido. La chica estaba sensible y, seguramente, iba a valerle con poco.

Ni cambió su postura, continuó rodeándole la cintura con las piernas y deslizó la mano bajo el agua, entre sus cuerpos. Conectó sus miradas a corta distancia y sintió la respiración de Morgan acariciando sus labios a intervalos regulares, acelerada.

—Estoy a punto, Carter.

Seguro que se lo advirtió para que no se llevara una sorpresa si se corría en menos de dos minutos. Coló la mano en sus pantalones y en su ropa interior y comenzó a masajearle el clítoris directamente. Morgan resopló y gimió casi a la vez y volvió a aprisionarla contra la pared para poder apretarse más contra su mano. La besó de forma brusca mientras aceleraba los movimientos dentro de su ropa interior y la sintió moverse contra ella, al ritmo que necesitaba, porque ya no podía más. Se corrió a los tres minutos

tras gemir varios «joder» y la mantuvo atrapada contra la pared hasta que ambas recuperaron a medias el ritmo de su respiración.

—¿Te ha ayudado? —preguntó Morgan y, tras besarla suave, la depositó sobre el suelo de la piscina.

—En varios sentidos —reconoció acariciándole la mejilla antes de alejarse para recuperar la prenda perdida.

—Pues estoy dispuesta a ayudarte todas las veces que quieras.

—Lo tendré en cuenta. —Al pasar por su lado la tomó por la nuca, acercándola, y atrapó sus labios en un beso firme con un poco de lengua—. Ayudas muy bien.

OceanofPDF.com

6

Así lo hacen las Stevens

«Hacer una tontería».

Y una de las grandes, de las tontas de verdad. A Gail casi le había dado un ictus cuando, al regresar del gimnasio la noche anterior, había respondido a su pregunta «¿De dónde vienes a estas horas?» con un sincero «De follar con Morgan en la piscina del gimnasio». Y había sido una novedad, tanto por la compañera sexual como por el escenario, nunca lo había hecho en una piscina antes. Lo más parecido que había probado con anterioridad había sido una bañera y, aunque interesante, la experiencia la recordaba mucho más incómoda. La inmensa piscina del Zum Fitness proporcionaba libertad de movimientos.

Le sirvieron por un rato, los movimientos, pero casi en cuanto cruzó la puerta de salida del gimnasio la realidad más cruda regresó para abofetearla en la cara. Porque se lo había pasado bien, la sesión había sido francamente alucinante, pero por los motivos equivocados, y eso de «¿ves como no te necesito?» no podía decírselo a nadie y lo único que había sacado en claro de su infantil arrebato era un polvo fortuito en la piscina con su monitora de *body combat*.

Genial, Carter, combate tu vacío interior con sexo indiscriminado, que así vas a llegar muy lejos.

Jugueteó distraídamente con el recipiente de su capuchino moka, girándolo en sus manos sobre la superficie de la mesa de siempre en el Starbucks. Era viernes y Gail se había cogido el café para llevar porque tenía clase a primera hora y debía preparar la sala, recibió un cariñoso beso en la mejilla como despedida. Habían pasado solo cuatro días desde aquel bombazo emocional y su amiga seguía tratándola con especial cariño, intentando suavizarle la experiencia. En un mundo parcialmente patas arriba aquellos detalles ayudaban, sin duda alguna.

—¿Está libre?

Su voz la sobresaltó y, cuando se encontró con aquel verde al levantar la vista, el corazón se le encogió muy fuerte en su pecho, como queriendo protegerse del impacto. Porque allí estaba, su Jessie desde hacía seis meses, pero ni siquiera la conocía. Una putada de las grandes porque, a nivel

emocional, se la sabía de memoria. Asintió con un ligero movimiento de cabeza y volvió a centrar la vista en su capuchino.

—¿Te importa que me siente? —preguntó la chica en tono suave.

Definitivamente no, aquella voz no era la que la volvía loca a través del teléfono y, a un nivel muy poco racional, sintió rabia hacia aquella desconocida por no hablar como debería. Echaba de menos los matices adecuados sincronizados con los movimientos de sus labios y estuvo a punto de decirle que se marchara de allí, porque sí que le importaba. Iniciar una conversación con ella tenía el potencial de amargarle el resto del día. Solamente el verla allí, de pie frente a ella y con su café en la mano le removía muchas cosas por dentro, sobre todo aquellas que podrían ser tan diferentes.

—Perdona… te estoy molestando —Jessie se disculpó ante su evidente incomodidad y dio un paso atrás—. Solo quería decirte que siento lo que pasó el lunes.

—Fuiste tú la que acabaste llena de café.

Tuvo que matizarlo al escuchar su disculpa, y sintió un pinchazo en el pecho cuando la morena le dedicó un amago de sonrisa. Esa con la que llevaba soñando meses.

Menuda crueldad, porque no la miraba como debería.

—Sí, bueno, aun así, creo que te llevaste la peor parte —reconoció y ella apartó la vista—. Es la primera vez que te veo sola.

Jessie cambió de tema, a lo mejor porque se había dado cuenta de que su comentario anterior había hecho diana, y no intentó acercarse de nuevo. Tenía razón, habían coincidido allí todas las mañanas aquella semana y ella siempre estaba en compañía de Gail. Seguramente estaba interesándose por el paradero de su amiga de manera indirecta, el día anterior no le pasó desapercibida la forma en que sonrió a la monitora al pronunciar aquel «Hasta luego, Gail» que le había vapuleado un poco el alma, porque estaba casi segura de que ni siquiera sabía su nombre.

¿Cómo demonios habían cambiado tanto las cosas? De repente y sin avisar ella se había quedado a un lado en la cuneta.

—Gail ha tenido que ir pronto al gimnasio.

—Zum Fitness tiene muy buenas críticas en internet. ¿Tú también trabajas allí?

Tuvo que esconder la vista de nuevo, porque por supuesto que Jessie no lo sabía. No le encantaba que trabajase en un museo.

—No —escueta y a lo mejor un poco cortante, la vio cambiar de pie el peso de su cuerpo—. Tengo que irme.

Lo anunció incorporándose y recuperando su bandolera de la silla de al lado. Se la colgó al hombro y cogió su café.

—Oh, vale… —lo dijo sorprendida por su repentina retirada—. Ten un

buen día, Alison.

Lo escuchó al pasar por su lado para dirigirse a la salida. Sí que sabía su nombre, cortesía de Gail, y escuchárselo decir le cerró un poco la garganta, porque no sonaba igual.

—Tú también. Y no lo tires cuando termines.

Eso último se lo aconsejó alejándose hacia la puerta y no volvió a mirar atrás.

***

La observó marcharse y bajó la vista a su café. Era evidente que había conseguido hacerla sentir incómoda hasta el punto de tener que abandonar la cafetería a toda prisa. Como si de repente hubiera fuego o una imbécil invitándola a revivir el que, con toda seguridad, fue uno de los peores momentos de su vida. Menudo tacto y menuda idiota. *Joder, Jessie*. Incluso se planteó seguirla para disculparse por haberse disculpado, pero le sonó demasiado abigarrado, así que suspiró y se dio por vencida.

Para cuando salió a la calle, pocos segundos después, ya no quedaba ni rastro de la rubia, por ningún lado, así que puso rumbo al hospital. Una lástima que Gail hubiera tenido que irse pronto al trabajo, no le había dado la oportunidad de saludarla como cada mañana. Apuró el café, aquella tarde a las ocho la morena daba una de sus clases de *body combat*, así que el día no estaba del todo perdido.

Aprovechó que el siguiente semáforo estaba rojo para los peatones y se acercó a la papelera anexa a su poste, dispuesta a deshacerse del envase de café ya vacío. Lo depositó allí sin mayores miramientos y se alejó un par de pasos, pero justo al cambiar la luz a verde, recordó aquel «Y no lo tires cuando termines» y vio tan claro que se refería al recipiente de su café que le dieron ganas de golpearse la frente en plan bruto por no haberse dado cuenta antes. Stacey había tardado un poco más de tiempo en servírselo aquella mañana.

Me cago en la leche.

Caminó de vuelta a la papelera y comprobó que la gente no la miraba antes de meter la mano y tantear arrugando la nariz en el proceso, porque aquella maniobra le daba un poco de repelús. Por favor, que ninguno de sus pacientes la viera rebuscando en la basura de esa forma. Tocó dos cosas misteriosas, ni idea de lo que eran, pero su vaso no. A la tercera fue la vencida, dos segundos después lo tenía frente a sus ojos y no tardó nada en localizar la inscripción en rotulador negro: «Stacey» y lo que esperaba que fuera su número de teléfono a continuación. Se le escapó una sonrisa, le hizo una foto con el móvil y volvió a deshacerse del vaso sin remordimientos esta vez.

El número de teléfono de la camarera, un pase de acceso ilimitado de parte de Gail y diez mil doscientas cuarenta y cinco seguidoras en Instagram según las últimas estimaciones. No podía quejarse, porque distracciones tenía de sobra, como si un poder superior le estuviera allanando el camino hacia la recuperación para que los mensajes de buenas noches de Taylor pesaran menos.

Mierda, Jessie, aprovecha la oportunidad.

La idea de pasar página iba a seguir doliendo hasta que estuviera en la siguiente y todo aquello se sentía un poco forzado, pero es que a lo mejor necesitaba un empujón y seguro que entre la camarera y la monitora de *body combat* tenían fuerza de sobra para dárselo.

«Riley»
En línea
JESSIE: Vas a tener que correr sola esta tarde.
RILEY: Lo he tenido que leer dos veces.
RILEY: Sabía que no eras tan pervertida.
JESSIE: Ya lo eres tú por las dos.
JESSIE: A las ocho voy a clases de *body combat*.
RILEY: Un par de tetas bien puestas te tiran más que tu propia hermana.
JESSIE: No voy a ir por sus tetas.
RILEY: No, claro, vas porque te encanta su arrolladora personalidad.
RILEY: Relájate, Jess, no todas tienen que ser el amor de tu vida.
RILEY: El sexo sin amor también existe y después de Taylor te vendría de puta madre.
RILEY: Dilo: «Me atrae porque está que se rompe de buena».
JESSIE: Está muy buena.
JESSIE: Joder, ojalá fuera tan fácil como echar un par de polvos.
RILEY: Inténtalo, cuando estés entre sus piernas no vas a arrepentirte.
RILEY: Y vete tranquila, que esta tarde me correré yo sola.
JESSIE: Eres la vergüenza del apellido Stevens, ¿lo sabes?
RILEY: Curioso, desde mi perspectiva lo eres tú.

Salió de la conversación con su hermana justo al alcanzar la puerta de entrada del hospital y saludó con una sonrisa a los administrativos de admisiones antes de dirigirse directa al ascensor. Normalmente, subía hasta la cuarta planta por las escaleras, pero tenía a una morena a la que impresionar aquella tarde, así que prefirió ahorrar energía. «No todas tienen que ser el amor de tu vida». Y le gustaría que fuera cierto, la verdad, porque hasta el momento aquel *modus operandi* no le había resultado del todo bien, pero es que nadie le había dado a elegir. El peso de la carga genética. Riley se libraba, porque el ser así de idiotas se lo habían llevado todo Zoey y ella, y al llegar el turno de la menor de las Stevens ya no quedaba nada. A veces

le gustaría ser un poco más como su hermana pequeña.

Entró en su consulta e intercambió chaqueta por bata como parte de la rutina de todas las mañanas. Ocupó su silla y, mientras esperaba que se encendiera el ordenador, recuperó el móvil y grabó el número de Stacey en su agenda de contactos, a continuación, naturalmente, cotilleó su foto de WhatsApp. Y Gail estaba que se rompía de buena, pero la camarera tampoco estaba mal.

Juega simple por una vez, Stevens, venga.

Pues venga, joder.

«Stacey»
Última conexión 6:54
JESSIE: Si el número que me has dado es el tuyo de verdad, deberías ser Stacey.
JESSIE: Soy Jessie, capuchino moka de las ocho menos cuarto.
JESSIE: Debes de estar harta de cafés, así que podría invitarte a cualquier otra cosa.
STACEY: Han abierto un bar nuevo cerca de mi casa.
STACEY: Podrías invitarme a una cerveza.
STACEY: ¿Mañana es muy precipitado?

Un poco, pero le parecía perfecto.

***

Se había cruzado con Morgan por uno de los pasillos nada más llegar al gimnasio aquella tarde y la monitora le había guiñado un ojo con gesto cómplice. Hacía casi veinticuatro horas de su encuentro sexual en la piscina y no se había producido intercambio de mensajes por ninguna de las dos partes, así que solo sexo, y a ella le parecía fenomenal.

Llevaba veinte minutos pedaleando en una de las bicicletas y hacía quince que la había visto llegar. A Jessie. Aquella ropa deportiva le quedaba estupenda; ella también había reparado en su presencia allí, pero se había limitado a saludarla tímidamente con un gesto de la mano y media sonrisa, sin hacer amago de acercarse siquiera. No la culpaba, era lo lógico después de su precipitada huida de la cafetería a primera hora de la mañana.

Estúpida, Carter. No tiene la culpa de nada más que de no ser ella.

La siguiente clase de Gail no empezaba hasta las ocho y eran las siete y cuarto, seguro que Jessie había acudido antes con idea de calentar en la cinta, porque había ido directa a una de ellas y en esos momentos estaba corriendo a un ritmo constante con los cascos del iPod puestos. ¿A ella también le gustaba hacer ejercicio? ¿Habría participado alguna vez en un triatlón? Lo que estaba claro es que era bisexual mínimo. Mínimo. Solo hacía

falta ver cómo miraba a Gail y lo poco que se había pensado eso de asistir a su hora de *body combat*. No le sorprendía en absoluto, la mitad de los asistentes acudían a sus clases día tras día por la misma razón, y lo sentía por ella porque, si realmente estaba interesada en Gail, tenía competencia por todos lados. Después se acordó de las miles de ocasiones en las que su amiga había gruñido eso de «Menudo polvazo tiene» cuando le enseñaba sus fotos. A lo mejor, Jessie partía con cierta ventaja.

Llevaba veinte minutos corriendo a un ritmo bastante exigente y parecía mantener el tipo sin excesivo esfuerzo, alguna modalidad de deporte practicaba, seguro. Dejó que sus ojos vagaran por su anatomía, porque se había preguntado tantísimas veces cómo sería poder verla en directo que al menos se debía eso a sí misma, aunque escociera.

Tuvo que desviar la mirada cuando sintió calor en el bajo vientre, fruto de una súbita imagen mental: sus manos sobre aquellos glúteos y la sensación de estar apretándolos fuerte contra ella mientras la chica le gemía directo al oído. Mierda, había utilizado aquel concepto casi cada vez que se masturbaba, con y sin «Jessie» al otro lado del teléfono. Evocarla así, moviéndose sobre ella y gruñendo junto a su oreja, le ayudaba a llegar más rápido. Mucho más rápido. Y durante meses había estado muy bien, pero de repente estaba muy mal y el estómago se le revolvió un poco. De pronto se sentía como una jodida pervertida y moralmente sucia.

—¿Buscando otras compañeras de juegos acuáticos? —La voz de Morgan la sobresaltó y giró la cabeza para localizarla de pie a su lado, la monitora le sonrió y ella le devolvió el gesto, aunque un poco forzado—. Me ha surgido algo y no puedo dar la clase a las ocho, así que vais con Gail.

—¿Todo bien?

—Rollos familiares, nada grave. ¿Mañana pasarás por el Trinity?

—Creo que no.

—No has conseguido dejar de pensar —usó su expresión de la noche anterior.

—No del todo.

Sonrió a medias cuando Morgan le acarició el ceño semifruncido con el dedo índice.

—Te saldrán arrugas. ¿Nos vemos el lunes?

—A las siete.

Antes de marcharse la monitora le aumentó la resistencia de la bici un par de niveles y le propinó una palmada en el culo, provocándola con un: «Al gimnasio se viene a sudar, Carter». La siguió con la mirada mientras se alejaba y suprimió una sonrisa. Morgan nunca sería su chica ideal, pero era ideal como polvo intermitente.

***

Definitivamente prefería correr sobre asfalto, pero entrenarse con la cinta no estaba tan mal y aquel gimnasio era bastante impresionante, mucho más amplio que la mayoría de los que había visto, y las máquinas parecían bastante nuevas. Inmejorable relación calidad-precio, sobre todo porque a ella le estaba saliendo gratis. Casi le compensaba que la mujer maravilla fuera incapaz de resistir el impulso de ducharla con café.

Paseó la mirada por los alrededores hasta fijarse en Alison, la había visto pedaleando en una de las bicis al llegar y, en un primer momento, se planteó acercarse a saludarla, pero ya la había incordiado bastante en la cafetería aquella mañana y no quería que se le quedara la misma cara de pena otra vez. No iba a fastidiarle el gimnasio también. En esos momentos la rubia corría en una cinta no muy alejada de la suya. No trabajaría en aquel gimnasio, pero se notaba que estaba en forma y, aunque su cuerpo no estaba tan tonificado como el de su amiga, era bonito igual. Alison desvió su vista en ese preciso momento y la pilló de lleno observándola, así que disimuló con una sonrisa de las de «hola, ¿qué tal? Bonito día» y volvió a mirar al frente, justo para localizar a Gail cruzando la sala con aquel chándal negro apretado como segunda piel. Le faltó tiempo para parar la máquina y casi saltó con el aparato aún en marcha, porque eran las ocho menos cinco y a lo mejor podía hablar con ella dos minutos.

«Un par de tetas bien puestas te tiran más que tu propia hermana».

Muy bien puestas.

La mujer maravilla estaba que se rompía por todos lados, de verdad. Se repitió aquello de «Vamos, Jessie, juega simple por una vez» y se dispuso a duplicarlo en el mismo día. La siguió con paso ligero, porque sería demasiado patético correr detrás de ella como un jodido perrito, y se permitió repasar su anatomía con la mirada cada vez desde más cerca. Mierda, es que se rompía de verdad. Y, a lo mejor, eso de babear en plan cavernícola detrás de sus curvas era un truco de su fisiología para compensar la debilidad emocional que le provocaba todo lo de Taylor, una manera elegante de restaurar la homeostasis en su organismo. Ella nunca había sido así de básica antes. Lo juraba.

—Ey, Gail.

La monitora se giró al oírla y le sonrió al reconocerla, la miró de arriba abajo y le sonrió un poco más.

—Jessie —pronunció su nombre alzando una ceja, como si se alegrase de verla allí—. Empezaba a pensar que todo iba a quedarse en un «hipotéticamente».

—Estoy deseando probar tu clase, pero estos últimos días no he tenido mucho tiempo.

—El tiempo para el *body combat* no se tiene, Jessie. El tiempo para el *body combat* se saca. Ahí tienes tu primera lección.

—Y ni una gota de sudor, va a estar tirado —bromeó y le gustó verla reír.

—En cuarenta y cinco minutos voy a pedirte que me lo repitas. Tengo que preparar la clase, ¿me acompañas?

Joder, pues claro.

Asintió y echó a caminar a su lado hasta llegar a una de las salas del segundo piso. Las paredes eran de cristal y por uno de los laterales se divisaba parte de la sala de máquinas en el piso inferior. Vaya con el Zum Fitness. Devolvió su vista a la monitora, la localizó agachada en el suelo junto a un equipo de música y se acercó. Menudas piernas y cómo se le marcaban los gemelos. No sabía por qué, pero de repente la palabra «potente» rebotaba de un lado a otro de su cerebro.

—¿Cuántas horas de ejercicio haces a la semana?

—Relacionadas con el trabajo unas veinticinco —respondió Gail pulsando el *play* y la base musical para la clase comenzó a resonar en la estancia—. De otros tipos depende de con quién —añadió, y lo dijo mirándola de reojo.

Bufff.

Venga, Jessie. ¿Qué diría Riley? Seguro que ella no se quedaría atontada tragando saliva. Síguele el ritmo o te quedas atrás.

—¿Y no terminas agotada?

Estaba segura de que a su hermana le saldría algo mucho más directo, pero a ella no. Riley seguro que diría algo así como «Conmigo, ¿cuántas harías conmigo?». Madre mía, es que a lo mejor la mujer maravilla jugaba en otra liga y ella se había equivocado de campo.

—Estoy acostumbrada —le quitó importancia la morena mientras se colocaba el micrófono en la oreja—. ¿Cuántas haces tú?

—No tanto, suelo salir a correr alrededor de una hora todas las tardes.

Gail volvió a recorrer su cuerpo con la vista sin molestarse en disimular.

—Te cunde.

¿Qué se contestaba a eso? ¿Gracias?

—Gracias.

Respuesta equivocada, porque la monitora sonrió en plan «qué mona», antes de girarse para probar el micrófono.

—¿La gente suele aguantar su primera clase completa? —preguntó y Gail se volvió hacia ella con una expresión divertida en la cara.

—¿Por qué? ¿Te asusta tener que salirte a la mitad? —la picó. E iba a responderle algo, no sabía qué exactamente, pero un grupo de gente irrumpió en la sala y le fastidió el momento—. Hora de la segunda lección de *body combat* —anunció y se acercó ligeramente a su oído para susurrarle lo siguiente—. Me voy a portar bien hoy, pero los primerizos suelen ponerse al fondo, por si acaso.

Y, solo por si acaso, así lo hizo.

Al principio pensó que lo llevaba bien, mejor que bien incluso. La puta ama del *body combat*. Además, Gail haciendo esos movimientos delante de sus narices consumía sus recursos atencionales casi en su totalidad y no tenía tiempo de pensar en el cansancio. Pero a la media hora más o menos, tras dar una patada al aire, sintió un tirón de los grandes en el gemelo de la pierna de apoyo y se desestabilizó considerablemente. Joder… ¿tenía que sucederle justo en ese momento? Porque Gail estaba mirando, ella no podía moverse sin cojear y le dolía la vida entera. Si lo que pretendía acudiendo a aquella clase era impresionar a la mujer maravilla, sospechaba que su interpretación carecía de la calidad mínima requerida para superar su punto de corte.

Cristo Bendito, tuvo que salir de la clase cojeando, porque aquello cada vez le dolía más y necesitaba estirar. En cuanto estuvo fuera gruñó y aprovechó los barrotes horizontales de la barandilla de las escaleras para apoyar la pierna y poder tirar de la parte superior de su zapatilla hacia ella. Le había pasado otras veces y realizar aquellos estiramientos solía calmarla de forma casi inmediata.

Joder, Jessie, menuda mala suerte.

Escuchó la puerta de la clase abrirse de nuevo y, cuando alzó la vista, se encontró con unos ojos azules que la miraban preocupada. Era Alison, genial, incomodándola por la mañana y sacándola de su clase de *body combat* por la tarde, *¿qué más tienes en la manga, Stevens?*

—¿Estás bien? —preguntó acercándose a ella—. Has salido muy deprisa y muy coja.

Alison le señaló la pierna y ella sonrió a pesar del dolor, estirando el músculo de nuevo.

—Me ha dado un tirón en el gemelo y duele mucho.

—Uf, sí, yo también he estado ahí —la compadeció con la mirada y se apoyó en la barandilla.

—¿Se ha notado mucho? —quiso saber manteniendo el músculo en tensión un poco más. La rubia desvió la mirada fugazmente, hacia la clase.

—Estoy aquí fuera preguntándote qué tal estás, ¿tú qué crees?

Ella agachó la cabeza, fingiéndose derrotada, y cuando alzó de nuevo la vista vio que la chica sonreía ante su dramatismo y le devolvió el gesto, a cambio Alison suprimió el suyo enseguida, como si una fuerza invisible la obligara a hacerlo, y apartó la mirada. Ella volvió a centrarse en su gemelo relajando el músculo unos segundos.

—Perdona por lo de esta mañana —la escuchó hablar y aquel mensaje la sorprendió. Intentó conectar sus miradas, pero la rubia observaba el suelo—. No quería ser desagradable, pero no me encontraba bien.

—No fuiste desagradable, siento si yo fui invasiva, que por tu culpa me tirasen un café por encima no me da derecho a obligarte a hablar conmigo.

Fue arriesgado, un tema delicado, y podía haberle salido mal la jugada, pero Alison sonrió al escucharla y ella le devolvió el gesto, aliviada.

—Era tu propio café, así que un poco de derecho sí que te da. ¿Te duele algo menos?

—Casi imperceptiblemente. Esto funciona mejor con distracción, sigue hablando —la animó mientras iniciaba otro estiramiento.

—Trabajo en el Museo de Historia —completó la información que había dejado a medias aquella mañana—. Aquí solo vengo a hacer deporte.

—¿Ese museo es el que está en el parque del lago?

—Sí, ¿has estado alguna vez?

—¿Dentro? No. Pero mi hermana y yo vamos a correr a ese parque a veces. ¿En qué consiste tu trabajo allí?

Se incorporó y realizó movimientos circulares con el tobillo mientras la miraba con curiosidad.

—Sobre todo organizar y preparar las exposiciones y, de vez en cuando, también explicar alguna de ellas.

—No te pega trabajar en un museo. No tienes cara de muse… ¿ísta?

—Puede que sea porque esa palabra no existe —aventuró riéndose.

—Es una posibilidad —dijo divertida—. No es fácil adivinar los trabajos de la gente por su cara. Inténtalo. ¿De qué tengo cara yo?

Casi se arrepintió de haberlo preguntado en cuanto reparó en la expresión de la cara de Alison mientras la miraba. Le removió algo por dentro, porque era muy parecida a la del lunes y casi quiso disculparse de nuevo.

—No lo sé —lo dijo a media voz y después desvió la mirada hacia otro lado, le pareció que cualquier lugar que no fueran sus ojos le valía.

La tal Jess_92 parecía haberla vapuleado de mil maneras diferentes y le había quitado las ganas de jugar a las adivinanzas, sobre todo con ella.

—Soy psicóloga, trabajo en el Virginia Mason.

No sabía si aquella información le interesaría, pero la reveló de todas formas.

Bingo, porque Alison la miró de nuevo al escucharla, y parecía que le costaba, pero hacía el esfuerzo, por educación seguramente. Se planteó darle un respiro, decirle algo así como «vuelve dentro si quieres», pero no lo hizo, porque no quería que interpretase que era ella quien molestaba. Las complicadas relaciones humanas.

—¿Es la primera vez que haces *body combat?* —preguntó la chica, sospechaba que con el propósito de dejar a un lado temas potencialmente dañinos.

—Sí. Se ha notado, ¿verdad?

En un principio, Alison negó con la cabeza, pero después sonrió de medio lado en plan «no, no puedo engañarte».

—Solo un poco —la consoló, tras escuchar su gruñido quejicoso—. Tienes que darte tiempo para ir acostumbrándote a los movimientos.

—Y aceptar que eso de ir por ahí impresionando a monitoras de *body combat* con mi talento oculto para las artes marciales no es lo mío —reconoció sus limitaciones y de nuevo atisbó un destello de algo parecido a la decepción entre aquel azul.

—Creo que el problema es que lo tienes demasiado oculto —dijo por fin y no parecía estar bromeando, pero ella tuvo que sonreír de todas formas.

—Brutalmente sincera. ¿Todos los «museístas» sois así?

La rubia la miró, con una expresión al menos mínimamente divertida decorando sus facciones, e iba a responder algo, casi había abierto la boca y todo, pero aquel potencial comentario murió en su garganta cuando la puerta de cristal de la clase se abrió para permitir a los asistentes ir abandonando la sala entre comentarios y camisetas empapadas.

Gail salió casi de inmediato y se acercó a ellas, con aires de profesional ligeramente sudada que le quedaban bastantes sexis, la verdad.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

—Un tirón, en el gemelo. La lección número uno me ha gustado mucho más —reconoció, la monitora le sonrió agachándose frente a ella y posó la mano sobre el músculo en cuestión.

—¿Te sigue molestando?

La verdad era que ya estaba mejor, pero sospechó que sería mucho más provechoso ocultarlo por un rato, porque la calidez de la mano de la mujer maravilla en su pierna era bastante interesante, como aquel verde fijo en el suyo.

—Un poco —mintió y sonrió ligeramente cuando la morena hizo lo mismo.

—Espero que no sea nada, Jessie. Gail, ¿nos vemos en casa?

Rompió el contacto visual con la monitora al escuchar la voz de la rubia y le dijo «Hasta luego, Alison» al verla alejarse de allí cuando su amiga le confirmó que iría en un rato. Devolvió su vista a la morena en cuanto esta se incorporó tomándola suave por la muñeca.

—Ven conmigo.

La guio hasta una sala contigua, una de las de musculación y bastante amplia. Madre de Dios, es que aquel gimnasio era enorme de verdad. Se aseguró de cojear ligeramente, para dar más veracidad a la necesidad de una atención especial por su parte, y obedeció sin rechistar cuando la monitora le indicó que se sentara en la estructura de una de las máquinas para levantar pesas.

Genial, porque aquello parecía que iba a ser mucho mejor que haberla impresionado completando una clase de diez. La observó mientras se alejaba hacia una misteriosa sala anexa situada al fondo, en uno de los laterales de

la habitación en la que se encontraban, y desapareció en ella durante unos segundos. De repente se sintió nerviosa otra vez, en tensión y a la espera de más comentarios del tipo «Del otro depende de con quién» o «Te cunde», y sabía que esperaban otros de vuelta. Señor, quería que sus respuestas estuvieran a la altura, pero no estaba nada segura de que fuera a conseguirlo.

Joder, Jessie, relájate, que vas a sudar más ahora aquí sentada que en los treinta minutos de bodycombat.

—Esto te lo calmará.

La monitora salió del misterioso anexo con un tubo de gel para masajes deportivos en la mano. Physiorelax Forte Plus, paradójico, porque no creía que aquello fuera a relajarla demasiado, y supo definitivamente que no cuando Gail se agachó frente a ella y le pidió que la estirara mientras guiaba con suavidad su pierna hasta que la suela de la zapatilla quedó pegada a su abdomen. Su pantalón deportivo llegaba a cubrirle un par de centímetros por debajo de la rodilla y la monitora se lo recogió hasta que la totalidad de la parte inferior de su pierna quedó al descubierto.

Sus miradas se encontraron y la de Gail era jodidamente hipnótica, de verdad, cuando le sonrió de medio lado ella tuvo que devolverte el gesto en plan automático, estaba demasiado atontada como para hacerlo voluntariamente.

—Va a estar un poco frío.

Y en un principio pensó: «¿Qué?», es que no se acordaba ni de cómo había llegado hasta allí y mucho menos de la crema «Physiorelax Forte Plus», porque aquello era «forte plus» de verdad. Lo de que fuera a estar frío le parecía bien, le gustaban los contrastes y de paso añadía variedad a aquel ambiente cargado de «Dios mío, eres la chica más sexi que he visto en mi vida». Observó cómo frotaba sus manos, tras haber depositado una pequeña cantidad del gel en su palma, y cayó en la cuenta de que mientras lo hacía seguía con la vista fija en ella. Un poco en plan depredador, y ella le sostuvo la mirada, ya que le tocaba ser la presa en toda aquella historia al menos sería una valiente.

«Así lo hacen las Stevens». Se acordó de Riley y, seguramente, ella no se limitaría a sostener una mirada así de sexi. Inspirada en el estilo de la menor de las Stevens, alzó una ceja y a Gail se le hizo más grande la sonrisa. Tendría que darle las gracias a su hermana más tarde. La monitora colocó las palmas de las manos abarcándole el gemelo por ambos lados y estaban frescas y resbaladizas, comenzó a masajeárselo con suavidad para transformar el ritmo en otro mucho más firme pasados unos segundos. Y, joder, no dejaba de mirarla de aquella forma, disparando sus pulsaciones y dificultándole la respiración.

—¿Duele? —lo preguntó a media voz y aquellas ondas sonoras

reverberaron en su bajo vientre.

Se limitó a negar con un ligero movimiento de cabeza, y la monitora la miró de nuevo de aquella forma, explotando al máximo eso de «qué mona». Y ser mona no estaba mal y normalmente gustaba al público en general, el problema era que Gail no era público en general y no creía que a las chicas como ella aquella tipología concreta les atrajera demasiado.

—¿Te ha gustado la clase? Dejando a un lado tu incidente.

Una nueva oportunidad de responder con algo más que con ridículas mímicas.

Juega simple, juega simple, juega simple. A lo Riley.

¡Jessie, vamos, joder!

—No lo sé, he estado demasiado distraída mirando a la monitora.

Podría jurar que incluso le salió la voz parecida a la de su hermana y Gail detuvo el masaje al escucharla, así que contuvo la respiración, con la sensación de estar despertando algo a lo que no estaba segura de poder hacer frente. Jugaba con cerillas en una inmensa explanada de paja seca y acababa de tirar una encendida al suelo.

Con un par de ovarios.

La monitora retomó los movimientos de sus manos, pero a un ritmo diferente, mucho menos firme y tremendamente más provocativo. Si un masaje de gemelo podía ser porno, aquel lo era, sin lugar a dudas. Su mirada se desvió sola a sus labios y Gail se los lamió al notarlo. Ella nunca había hecho aquello antes, en serio, los «aquí te pillo, aquí te mato» con desconocidas no eran lo suyo, pero, joder, con ella quería. Es que quería porque «estaba que se rompía por todos lados» de verdad y según Riley, a veces, aquello podía ser suficiente. A lo mejor así avanzaba un par de pasos en el duelo por su relación perdida, un poco en plan «hay más chicas ahí fuera para ti, Jess, toma esta de prueba». Y, en cualquier caso, todas iban a ser desconocidas hasta que las conociera.

Gail masajeó su extremidad una vez más muy lento y, apartándola de su abdomen, la guio hacia abajo hasta que el empeine de la zapatilla rozó su entrepierna y la monitora aprovechó para fulminar todas y cada una de sus capacidades cognitivas moviéndose ligeramente contra ella. La sujetó por la zona posterior del gemelo, invitándola a hacer presión.

Bufff…

—¿Y quieres seguir mirándola?

Gail lo dijo casi en un susurro y a ella se le secó la boca.

—Desde más cerca.

Esas palabras no eran suyas, pero le vinieron de puta madre y la pierna se le movió sola, podría jurarlo sobre la santa Biblia, porque casi seguro que era verdad. La estiró un poco más, deslizándola sobre su intimidad, hasta que el empeine de su zapatilla acunó su trasero y entonces la flexionó, de

forma lenta, obligando a Gail a incorporarse parcialmente, y la acercó a ella. Joder, le había salido sexi de verdad. La morena apoyó ambas manos sobre la superficie de la máquina de pesas, una a cada lado de su cuerpo, para mantener el equilibrio y sonrió de medio lado. De tan cerca su mirada era mucho más impactante.

—¿Más?

La voz de la monitora había adquirido un tono ronco que envió oleadas de calor a su bajo vientre.

—Un poco.

Casi antes de que hubiera acabado de pronunciarlo, Gail terminó con el poco espacio que las separaba y se estrelló contra su boca en un rápido movimiento. Fue ella quien embistió sus labios primero y ambas profundizaron el beso casi desde el principio, la monitora la tomó por los muslos y, de un tirón, la colocó al borde de la superficie acolchada de la máquina a la vez que se acercaba para que su abdomen entrara en contacto con su entrepierna. La palabra «potente» volvió a resonar con fuerza en cada rincón de su cerebro y la acústica era cojonuda. Ella había tenido que colocar ambas manos a su espalda para sostenerse, pero liberó una de ellas y la llevó hasta la nuca de la monitora, la sujetó justo por debajo de la goma que le recogía el pelo y la acercó más colando la lengua en el interior de su boca. Sabía a eucalipto. Gail la acarició con la suya y a ella se le escapó un gemido que animó a la chica a apretarse aún más contra su cuerpo. Y, por si todo aquello no fuera suficiente, su respiración acelerada contribuía a excitarla todavía más.

Le mordió suavemente el labio inferior y Gail la sorprendió gruñendo un frustrado «joder, no puedo» antes de atrapar su boca de nuevo en un beso húmedo y exigente, para después apartarse visiblemente sofocada y con los labios un poquito hinchados. Se arrodilló en el suelo, frente a ella, y se restregó la cara con las manos antes de respirar hondo y repetir aquello de «no puedo». Se levantó del suelo, tras hacerse con el gel que había utilizado para el masaje y se alejó hacia la habitación de donde lo había sacado.

Ella la observó con la respiración más que acelerada y un interrogante gigantesco ocupando demasiado espacio en su cerebro. Mierda, aquella breve sesión la había activado muy rápido y de repente se acababa sin avisar. Jodidamente cruel.

—¿Lo siento? —probó suerte cuando la vio regresar y la monitora negó con la cabeza, un típico «no eres tú, soy yo» sin necesidad de palabras—. Las artes marciales no son lo mío.

Medio sonrió al decirlo, por no perder la dignidad, porque a lo mejor no besaba tan bien como le habían dicho. Gail la tomó de la mano y la ayudó a levantarse con un suave tirón, acercándola a su cuerpo.

—En el *body combat* te falta práctica, pero con lo demás me has puesto

muy cachonda —lo confesó acercándose a su oído y a ella le dieron ganas de empujarla y acorralarla contra la pared, pero no le dio tiempo—. Jessie… es tarde y tengo que ir a casa.

La frenó antes de tiempo, colocando una mano sobre su pecho, como adivinando sus intenciones, así que ella levantó los brazos en señal de rendición.

—Voy a recoger mis cosas a los vestuarios —dijo resignada.

—Te espero en la salida.

Fue muy consciente de cómo la miraba cuando lo dijo. Le gustaba. A Gail le gustaba, y aun así lo había frenado en lo mejor. Y era verdad que nunca había hecho algo parecido a aquello antes, pero es que casi no se había acabado y ya quería repetirlo otra vez. «Me has puesto muy cachonda», puntos positivos para su dañada autoestima, porque llevaba bajo mínimos los últimos ocho meses y los necesitaba.

Jodida Grace.

Salió de los vestuarios y se dirigió hacia la salida olvidándose de cojear, la magia de la excitación más absoluta, en aquello deberían basarse todas las fisioterapias. Localizó a Gail consultando su móvil, de pie frente a la acristalada puerta que daba a la calle, con su bolsa deportiva colgando del hombro, y ella paseó la mirada por aquella anatomía tan increíblemente alucinante.

—Una mejoría sorprendente.

La escuchó hablar y, cuando alzó la vista, comprobó que la monitora observaba su pierna.

—Seguramente es tu masaje, que me ha ayudado.

—Seguramente.

Gail lo dejó caer devolviéndole la sonrisa, usó un tono que sugería que lo dudaba seriamente y le abrió la puerta para que pudiera salir ella primero. No se había esperado que tontear a lo Riley fuera a resultarle tan interesante.

Una vez en la calle se giró para poder mirar a la monitora y se la encontró mucho más cerca de lo que se había esperado, a ella no parecía incomodarle aquella distribución del espacio, de modo que no iba a quejarse.

—Tienes que irte a casa.

—Tengo que irme a casa —confirmó la monitora, pero siguió mirándola igual de cerca.

—Adelante.

Gail sonrió de lado y se adelantó un paso, la tomó por la nuca y la besó exactamente igual que hacía unos minutos en aquella sala de musculación. Húmedo y demandante, después se separó, reticente, como si quisiera más, pero pensase que no era el momento.

—¿Ven a la clase del lunes? —lo pidió entre interrogantes y con el «por

favor» implícito en el tono—. Si tienes tiempo.

—El tiempo para el *body combat* no se tiene, Gail. El tiempo para el *body combat* se saca.

—Buena respuesta —dijo sonriendo mientras se alejaba caminando de espaldas.

—Hasta el lunes.

Le dedicó media sonrisa y la monitora se mordió el labio inferior suprimiendo una propia antes de darse media vuelta y echar a caminar calle abajo.

Joder, para no haberlo hecho nunca le había salido alucinantemente bien.

***

«Eso de ir por ahí impresionando a monitoras de *body combat* con mi talento oculto para las artes marciales no es lo mío».

Una confirmación incuestionablemente clara, como si la necesitase para saber que Jessie estaba interesada en Gail, por si la cara con que la miraba todas las mañanas en el Starbucks no fuera suficiente. Se había largado del Zum Fitness porque claramente sobraba allí, aquellas dos estaban flirteando con tan poco disimulo que casi era un poquito ofensivo para el resto de los mortales. Sobre todo para ella.

Sin razón y sin sentido. Una estupidez, ya lo sabía.

Gail era libre de hacer lo que le viniera en gana y Jessie… bueno, aquella Jessie apenas había reparado en su existencia, de modo que era como mil veces más libre que Gail. Iba a tener que superarlo, porque el sentir tantas cosas cada vez que se encontraba con aquellos ojos verdes estaba fuera de lugar. Su parte más racional había pillado a la primera lo de «no es ella, idiota», pero su plano emocional iba con un poco de retraso y, en cuanto distinguía sus facciones, enviaba cientos de «me gustas mucho, Alison» y «me muero por verte» con la misión de hacer *pudding* su pecho y, al final, lo que conseguían con asombrosa eficacia era incrementar la brutalidad de su choque con la más triste de las realidades.

Su maldito Barry Walker la había dejado a ella con la enorme responsabilidad de conseguir disociar aquellos enrevesados sentimientos del físico de una desconocida, porque era urgente y necesario que lo consiguiera. Sobre todo si Gail se había fijado en ella. «Menudo polvazo tiene», así que cualquier noche escucharía fiesta en la habitación de su compañera de piso y por la mañana se la encontraría desayunando en la cocina.

Crea compartimentos y cada cosa en su lugar, Carter. Facilítate la vida.

Se sentía tonta y decepcionada porque, mientras la Jessie física intercambiaba fluidos con Gail, la otra, la de verdad, tendría que estar en algún sitio y se negaba a contemplar la posibilidad de que todo hubiese sido

una broma. Estaba segura de que alguien le había correspondido al otro lado. ¿Podría haberlo sentido tan real de no ser así? Volvió a abrir la conversación de WhatsApp con Jess_92 solo para descubrir que no había cambiado nada. Aquella vía de comunicación continuaba igual de muerta y sus múltiples mensajes, ridículamente desesperados, confiaban en ser leídos con una paciencia digna de admiración.

A medida que pasaba el tiempo, el enfado y la rabia se le iban agotando, al final la dejarían sola ante aquel inmenso vacío sentimental y con un estúpido «te echo de menos» atrapado en su garganta. Necesitaba decirlo y que ella lo escuchara, que tuviera las narices de dar la cara y explicarse, porque eso también le hacía mucha falta.

Se encontraba sentada en el sofá de su salón y se llevó las manos al pecho al escuchar la puerta de entrada abriéndose de forma inesperada y brusca. Y solo podía tratarse de Gail, pero teniendo en cuenta la tesitura en que la había dejado regresaba demasiado pronto. Su amiga se materializó frente a ella en cuestión de segundos, con mucha prisa. Dejó caer su bolsa de deporte al suelo y tiró las llaves de cualquier manera sobre la mesa baja que tenían frente al sofá antes de sentarse a su lado, mirándola con un gesto extrañamente afligido.

—Lo siento. Ni me lo había planteado.

Ella la miró con el ceño ligeramente fruncido. Inesperado, desde luego.

—Vas a tener que explicarte mejor.

—Jessie. Soy una idiota, Alison, tendría que habértelo preguntado en vez de ir detrás de ella sin más.

—No sabría decidir quién va detrás de quién —dijo abandonando su móvil sobre la mesa y recostándose contra el respaldo del sofá—. Y no tienes que preguntarme nada, le gustas y te gusta.

Sonaba muy simple, aunque en realidad no lo fuera tanto.

—¿Y a ti? —inquirió Gail adoptando su misma postura, con sus miradas conectadas—. ¿A ti te gusta?

Miró el techo, con la cabeza recostada contra los cojines, por no seguir mirándola a ella, y es que lo que sentía era tan inoportunamente complejo que ni siquiera sabría cómo explicarlo.

—Llevas seis meses imaginándotela a ella, Carter, y se te caían las bragas con sus fotografías —dijo ante su silencio—. Quiero decir, en tu imaginación habréis follado más de mil veces, seguro. Si va a molestarte que folle con ella de verdad…

—No es ella, Gail —la cortó porque la veía venir y lo que planteaba no tenía ningún sentido, pero tenía todo el del mundo a la vez—. Sería una tontería que te obligara a pasar de ella si realmente te interesa. Ni siquiera la conozco.

—No me importa que sea una tontería, si es lo que necesitas —aclaró y la

cogió de la mano y todo, con mucha solemnidad—. Solo dilo y esos ojazos verdes serán historia para mí.

Qué gran amiga. La miró con media sonrisa dibujada en el rostro, a veces la morena tenía gestos como aquel y le tocaba la fibra sensible.

—Gail, de verdad, estoy bien —aseguró, porque, aunque no era del todo cierto, tendría que estarlo—. Puedes hacer historia con esos ojazos verdes.

—¿Seguro?

—Seguro.

Tenía que ser así.

—¿De verdad?

A la tercera iba la vencida.

—De verdad.

—Joder, menos mal, porque me acaba de poner jodidamente cachonda en la sala de musculación.

Gail se tumbó todo lo larga que era en el sofá mordiéndose el labio inferior, le colocó las piernas sobre el regazo y se frotó la cara con las manos. Ella la miró con un pinchazo bastante molesto fastidiándola, justo en el centro del pecho, discrepaba de todo lo anterior, en plan «¿estás segura de que no te importa?».

—Mierda, Carter, besa de puta madre.

El pinchazo se convirtió en opresión desagradable.

—¿Os habéis besado?

—Un poco. La chica se ha puesto cariñosa mientras le masajeaba el gemelo. Pero la he frenado para asegurarme de que todo estaba bien contigo. ¿Sigue todo bien después de saber que me ha metido la lengua hasta la campanilla?

Gail se lo preguntó alzando una ceja y ella suspiró y asintió a la vez.

—Es raro, pero está bien, en serio. Voy a tener que acostumbrarme, eso es todo. Y tú también, no parece ser muy de tu tipo. Ya sabes, de las rebeldes sin causa.

—Las apariencias a veces engañan, Carter. Podría trabajar en un club nocturno, especialista en bailes eróticos.

—O podría trabajar en un hospital diurno —comentó ella y, en cuanto su amiga levantó ligeramente la cabeza para mirarla, se encogió de hombros—. Es psicóloga en el Virginia Mason.

Le proporcionó aquella información mientras le desataba los cordones de las deportivas.

—¿En serio? —Se le frunció ligeramente el ceño—. ¿Cómo lo sabes?

—Hemos hablado un poco antes, mientras terminabas la clase.

—Psicóloga, hay que joderse —dijo en voz alta—. ¿Crees que podrá psicoanalizarme por cómo me corro?

Tras escucharla le pegó un manotazo en la pierna suprimiendo una sonrisa, porque su amiga a veces era así de poco delicada, pero ella la quería igualmente.

—No creo que funcione así. Pero podría psicoanalizar esto —advirtió quitándole un calcetín—. No soy experta en psicoterapias, pero me suena a que escondes una necesidad gigantesca de entrar en la ducha ya.

Se lo tiró a la cara y la morena se rio.

—A mí me suena a que mis padres no me dieron suficiente amor durante la primera infancia —dijo y se lo tiró de vuelta—. ¿Quieres intentar suplirlo?

Menuda tortura. Negó con la cabeza y la empujó, tirándola del sofá sin contemplaciones. La escuchó reír desde el suelo y se inclinó para restregarle el calcetín sucio por la cara, tal acción propició sus protestas mezcladas con carcajadas. Se alejó rumbo a la cocina, pero se volvió a mitad de camino y localizó a su amiga ya incorporándose.

—¿La has invitado al Trinity? —curioseó, porque aquel solía ser su *modus operandi*.

—Este fin de semana no, necesitaba tu bendición antes. Y aún no tengo su número, así que supongo que volveré a verla el lunes en el gimnasio.

—Genial, un fin de semana sin escuchar gemidos al otro lado de la pared durante toda la noche.

—Corrección: Un fin de semana sin escuchar sus gemidos al otro lado de la pared durante toda la noche. Yo sí voy a ir al Trinity.

Ella puso los ojos en blanco y se giró de nuevo para retomar su camino, dándola por imposible.

—Voy a hacer la cena.

—¿Con qué vas a deleitarme hoy? —curioseó la morena dirigiéndose al baño.

—Merluza a la marinera.

—Me estás malacostumbrando, Carter. ¿Qué voy a hacer cuando te cases y te largues de aquí?

—¿Aprender a cocinar?

—O empezar a ligar en las cocinas de los restaurantes.

Y aquella alternativa a Gail le pegaba más, mucho más.

OceanofPDF.com

7

Nebulosa Ojo de Gato

Alzó las cejas, a la espera del veredicto de su particular jurado experto en moda. Riley y Elsa la miraban, sentadas a los pies de su cama y sopesando el quinto *look* de la noche. Se cansó de tanto escrutinio silencioso y cambió el peso de su cuerpo de pie, es que al final iba a llegar tarde a su cita con Stacey por culpa de aquellos sucedáneos de Giorgio Armani. Riley se levantó y se acercó a ella para darle unos retoques a su pelo y colocarle bien el cuello de aquella cazadora de cuero.

No terminaba de sentirse cómoda, pero ya habían pasado casi dos horas y solo quería que le dieran el visto bueno y que la dejaran salir por la puerta, porque tenía mejores cosas que hacer que posar para ellas, la verdad. Su hermana pequeña la miró de arriba abajo tras aquellos retoques y por fin alzó los dos pulgares.

—Perfecta —sentenció satisfecha.

—Perfectamente disfrazada.

La chaqueta no era suya, y aquellos pantalones ligeramente rasgados en varias localizaciones habían salido también del armario de Riley. Al menos la camiseta beis con escote y suelta en la cintura sí que le pertenecía, un leve recordatorio de que seguía siendo ella, porque hasta se había dejado maquillar por Riley; habría preferido hacerlo ella misma, porque a su hermana se le había subido el poder del rímel demasiado rápido a la cabeza. Nunca, jamás, se habían parecido tanto.

—Jessie, estás espectacular —la elogió la tatuadora.

—Estoy igual que tú.

—¿Y qué acabo de decirte? Espectacular —insistió tomándola por los hombros y posando junto a ella frente al espejo—. Los genes Stevens nunca decepcionan. Y las chaquetas de cuero tampoco.

—No sé si me convence.

—Jessie, esa camarera apenas se había fijado en ti hasta que la mujer maravilla te tiró el café por encima. Le van las rompecorazones rebeldes —dijo Elsa desde su posición a los pies de la cama—. Si quieres tirártela, dale lo que quiere.

Y menuda obsesión tenían con que follara con la gente, por un lado lo de

«el sexo sin amor también existe y después de Taylor te vendría de puta madre» no le sonaba mal del todo, un empujón, una ruptura con su rutina de echarla de menos y esperar sus visitas a deshoras; la parte mala era que, siguiendo los consejos de Elsa y Riley, el disfraz iba más allá de una cazadora de cuero y unos vaqueros desgastados, necesitaba uno gigante y obligarse a decir cosas como «No lo sé, he estado demasiado distraída mirando a la monitora». Y, aunque los resultados de la tarde anterior en el Zum Fitness habían sido extremadamente interesantes, al final si tenía que seguir así por mucho más tiempo, todo acabaría resultándole tremendamente agotador.

—Mi primer objetivo no es tirármela.

—Eres la puta vergüenza del apellido Stevens —la acusó su hermana.

—Vale, ¿puedo irme ya? —preguntó alternando la mirada entre ambas.

—Nos vamos todas, yo también he quedado —anunció Elsa, que se levantó de la cama.

Primera noticia, y era extraño, porque la castaña solía contarle las novedades de su vida sentimental casi a tiempo real.

—¿Con quién?

Cotilleó ya siguiéndola hacia la puerta de salida.

—Con Hubble88.

—El maravilloso mundo de Click —señaló Riley ya en el descansillo y llamando al ascensor.

—¿Hubble88?

Frunció el ceño, ¿qué clase de *nickname* era Hubble88?

—Al chico le gusta la astronomía —Elsa lo dijo como si aquello lo explicara todo, y Riley y ella le sostuvieron la mirada en espera de, al menos, una pista más—. El Hubble es un telescopio gigantesco que orbita alrededor de la Tierra, fuera de la atmósfera, y capta unas imágenes espectaculares del universo —las instruyó entrando la primera en el ascensor.

—¿Un astrónomo? ¿En serio, Elsa? —inquirió Riley—. Sabes que probablemente tendrás que buscársela con su telescopio, ¿verdad?

Sonrió, porque su hermana a veces tenía gracia. La castaña, en cambio, le propinó un manotazo en el costado al escucharla.

—No es astrónomo, lo hace como *hobby* —aclaró, retocándose el pelo frente al espejo—. Llevamos hablando toda la semana, mirad las fotos que me ha mandado.

—Si son de su pene diminuto, no quiero verlas.

Se lo advirtió abandonando el ascensor y escuchó a la castaña bufar a su espalda. Riley le chocó la mano y ambas se adelantaron mientras su amiga continuaba rebuscando entre sus cosas en busca del teléfono. Acababan de salir a la calle cuando se abrió hueco entre las dos y les mostró la pantalla del móvil. Frunció el ceño y se hizo con él para poder observarlo mejor. Era

una fotografía de un elemento luminiscente, mezcla de azules y naranjas, jodidamente extraño y mágico al mismo tiempo.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Riley acercándose a la pantalla—. ¿Porno para astrónomos?

—Esto, queridas amigas ignorantes de los secretos del universo, es la conocida como nebulosa Ojo de Gato, forma parte de la constelación del Dragón.

Elsa lo repitió como un papagayo y ella observó la imagen de nuevo. Era fascinante y, con seguridad, una buena forma de ligar. Todos sus respetos al señor Hubble88.

—Francamente alucinante, pero debo irme —anunció Riley, en apariencia poco impresionada por aquellas imágenes de las profundidades del universo.

—¿Has quedado con alguien? —se interesó apartando la vista de aquel ojo de gato para observarla a ella.

—Es sábado por la noche, claro que he quedado con alguien. Se llama Doble S.

—Doble S —lo repitió, solo para asegurarse de haberlo entendido bien.

—En realidad se llama Ross, pero todos lo llaman Doble S. Es uno de los mejores clientes de la tienda, en tres semanas le he hecho tres tatuajes de tres calaveras diferentes.

—Papá estará orgulloso.

Lo dijo en tono tonto y se rio al recibir un suave golpe en el abdomen.

—Pásalo bien con tu camarera —le ordenó su hermana menor tras despedirse de ella con un beso en la mejilla—. Elsa, disfruta del tal Humler.

—Y tú pásatelo bien con Doble S —le deseó ella al verla alejarse.

Doble S.

Madre Santa Bendita. Las invitaciones para la boda serían originales, eso desde luego. «Riley Stevens y Doble S tenemos el placer de invitarles a nuestro enlace…». Su padre no podría soportarlo. ¿Una calavera? A lo mejor con un par de diazepanes. ¿Dos calaveras? Cuatro ansiolíticos y mucho apoyo social. Pero… ¿tres? Tres no. Tres cráneos eran demasiados sobre sus espaldas.

—Hubble. Se llama Hubble88.

La castaña matizó aquel importante detalle mientras ambas comenzaban a andar hacia el local donde había quedado con Stacey, ya que a su amiga le pillaba de camino a casa.

—No sabía que te gustara la astronomía —reconoció y Elsa entrelazó sus brazos, colgándose del suyo, y sonrió ampliamente.

—Es un chico realmente interesante.

—¿Qué ha pasado con el tal Owen?

—Fotopolla al tercer día. Un cerdo increíblemente atractivo, pero para

vérsela a él sí que habría necesitado un telescopio.

Se rio al escucharla y después caminaron en silencio unos cuantos metros, fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba poniéndose un poco nerviosa. Tenía una cita, después de cuatro años era una cita de verdad y ella había dado por sentado hacía mucho tiempo que nunca más necesitaría acudir a una de esas.

Otro gran error, Jessie. Nunca digas nunca.

—¿Debería decírselo si me lo pregunta? —Elsa se lo sacó de la nada y, sin embargo, ella lo entendió perfectamente y a la primera.

Taylor.

—¿Cómo crees que se lo tomaría? —tanteó, tratando de hacer caso omiso a la pesadez que acababa de instalarse sobre su pecho.

—¿Me lo estás preguntando de verdad? —La castaña se sorprendió—. Se lo tomaría horriblemente mal, Jessie. El primer fin de semana que saliste por ahí con tu hermana se pasó toda la noche llorando. En su defensa diré que conoce bien a Riley y sabía de sobra dónde te llevaba.

Y admiraba a Elsa en ese sentido, la verdad. Se las arreglaba para mantener perfectamente aquel complicado equilibrio de fuerzas. Y no quería que Taylor lo pasara mal, pero tarde o temprano tendrían que traspasar aquel punto de no retorno. «Deberíamos empezar a ver a otras personas». Se lo había dicho hacía unas semanas, su exnovia se echó a llorar sin dejarla terminar la frase y acabaron follando sobre el sillón del salón. Tal vez un «He empezado a ver a otra persona» funcionase un poco mejor.

«He empezado a ver a otra persona» sonaba a lo más extraño que había escuchado jamás. Y nunca imaginó que se lo diría a ella, porque, durante los últimos cuatro años, Taylor había sido la única chica a la que había querido ver y le estaba costando la vida entera tratar de mirar más allá de aquellos ojos grises; dejar atrás la forma en que su exnovia se acurrucaba contra ella bajo la manta mientras veían películas por las noches en su sofá.

—¿Decírselo ahora lo haría más fácil a largo plazo?

—No lo sé, Jess, pero sí que sé que decírselo a largo plazo no va a ser más fácil —señaló su amiga—. Tal vez el saber que tú estás comenzando a conocer a otras personas se lo haga más real.

Joder, y es que lo era. Real. Estaba a cinco minutos de su primera cita con una chica que no era ella, después de cuatro largos años. El principio del fin y de empezar a alejarse poco a poco de su «nosotras». La noche anterior había llorado como una imbécil en la ducha al regresar del gimnasio, porque le había encantado besar a Gail y después se sintió increíblemente culpable. Tal vez estaba forzándose a algo para lo que no estaba preparada, y quizás si no se forzaba, no estaría preparada jamás.

—No sé si puedo hacerlo —lo dijo de pronto y detuvo la marcha.

—Jess, es normal que estés nerviosa y que te cueste al principio. —Elsa se

colocó frente a ella tomándola por los hombros—. Taylor ha sido muy importante para ti y tiene que doler, no puede ser de otra manera.

—¿Y si me estoy equivocando? ¿Y si Taylor y yo pudiésemos…?

La castaña la cortó en su segundo interrogante, mirándola con lástima y negando con un contundente movimiento de cabeza.

—Lleváis ocho meses intentando arreglarlo, Jessie. ¿Qué más os queda por hacer? ¿Qué más os queda por decir?

Ella bajó la vista al suelo.

Lo más difícil. Jess, queda por decir lo más difícil.

***

Había llegado al Pegaso hacía una media hora, justo después de dejarse convencer por Elsa de que, en el fondo, era una buena idea. Conocer a personas distintas y salir con otra gente, un billete de ida a una nueva vida sin ella. Un paso doloroso, pero necesario.

Cuando llegó, Stacey la estaba esperando, sentada en una de las mesas y con una cerveza entre las manos. La camarera le dedicó una sonrisa de las impresionantes al conectar sus miradas y no había dejado de desgastarle las facciones desde entonces. Señaló que aquella cazadora le quedaba especialmente bien y le había cogido el gusto a acariciarle el brazo de forma distraída mientras hablaban. Stacey había elegido una de las mesas flanqueadas por sillones de cuero negro y, en aquellos momentos, las dos compartían el mismo, su cita iba por la segunda cerveza y, con cada sorbo, se inclinaba un poco más hacia ella.

—No esperaba verte aparecer por el Starbucks nuevo esta semana —indicó, y estaba estudiando sus ojos como si entraran para el examen más importante de su vida.

—El Reserve es mucho más grande que el otro —dijo dándole un sorbo a su cerveza.

—¿Por eso has cambiado de local?

Stacey alzó ligeramente una ceja y ella sonrió de medio lado, porque era evidente que no y aquella chica ya lo sabía.

—Podría decirte que el que te hayan cambiado a mi nueva cafetería favorita, justo en la misma semana en la que he empezado a ir, es solo una coincidencia.

—Ha debido de ser eso, ¿qué otra explicación hay?

La camarera jugueteó acariciándole el antebrazo con las yemas de los dedos y ella bajó la vista, observando cómo lo hacía. Tenía unas manos bonitas, el gesto resultaba especialmente agradable y, aun así, le costaba sentirse del todo cómoda en aquella situación. La novedad y la sombra de Taylor seguro que se lo estaban dificultando un poco.

Joder, Jessie, suéltate y diviértete, no tiene por qué llegar a ser nada más.

Juega simple.

—A lo mejor quería verte.

Tras decirlo conectó sus miradas, anestesiando las inseguridades en el castaño de sus ojos, y bajó la vista a sus labios al notar que sonreía ante aquella respuesta.

—¿A lo mejor?

La camarera se acercó hasta que sus piernas entraron en contacto.

—Depende —dijo jugueteando con la etiqueta de su botellín de cerveza—. ¿Tú querías verme a mí? —preguntó levantando la vista.

—Te he dado mi número en un vaso de café.

—Y yo lo he utilizado.

Intercambiaron una sonrisa y Stacey extendió el brazo, apoyándolo sobre el respaldo del sillón, podía sentir cómo le rozaba la nuca.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Jessie? —inquirió la camarera y ella alzó las cejas, animándola a hacerlo—. ¿Por qué esa chica te tiró el café por encima?

Gail, su otro plan para superar la crisis de infidelidad. Las dos eran opciones válidas, aunque diferentes, desde luego. Stacey no era tan agresiva como la morena, con ella no le agobiaba la sensación de tener que estar a la altura todo el tiempo.

—Me confundió con otra persona.

Simple y seguramente difícil de creer, por eso la camarera se rio.

—Seguro que puedes inventarte algo mejor.

—¿Como qué? —la puso a prueba, porque no tenía ni idea de lo que quería escuchar.

—No lo sé. Como que te acostaste con ella y no volviste a llamarla. ¿Haces esas cosas?

Ella negó con la cabeza sorbiendo después del botellín. Desde hacía cuatro años solo se había acostado con Taylor y la había llamado tras cada vez, cuando dejó de hacerlo fue porque vivían juntas y el teléfono dejó de ser necesario. Totalmente recíproco eso de llamar tras follar y, por cierto, su exnovia lo hizo incluso después de haberse tirado a la tal Grace, para preguntarle si necesitaba que comprara algo de vuelta a casa. Todo un detalle.

—No me importaría si las hicieras —aclaró Stacey ante su silencio y ella la miró.

—Qué comprensiva.

—El sexo puede ser solo sexo —lo dijo acariciándole la nuca con la mano —. ¿No crees?

Relájate, Jess, no todas tienen que ser el amor de tu vida.

—A veces —dijo y la camarera sonrió, complacida.

Aquel gesto clarificó de forma cristalina sus intenciones, porque Stacey quería que su vez fuera una de esas en las que sí que podía serlo y su respuesta parecía haberla animado a dar el siguiente paso. La camarera la acercó a ella con un suave tirón de su nuca y le atrapó los labios en un beso increíblemente sensual, clara confirmación de lo que esperaba sacar de aquella cita. Una potente disociación mente-cuerpo la impulsó a devolvérselo de la misma forma, y sabía a cerveza y a «Taylor necesitaba algo más», de modo que lo profundizó enseguida.

Era la segunda chica a la que besaba en un período de poco más de veinticuatro horas. Un ritmo circadiano desconocido hasta entonces, y ella no era así, pero lo estaba siendo. Stacey le acarició el muslo con la palma abierta y, mientras conseguía que sus lenguas rozasen increíblemente bien en el interior de su boca, ella se acordó de Taylor y de que casi eran las diez y aquello no podía estar bien. Besar a alguien llevando la cuenta atrás para el mensaje de buenas noches de su exnovia o follar con ella a medias, porque parte de sus energías tendría que emplearlas en mantener a Taylor a raya.

Y no quería un trío a efectos prácticos, así que la frenó. Se separó de ella, empujando con suavidad su pecho con las palmas de las manos y dijo exactamente lo mismo que Gail la tarde anterior.

—Joder, no puedo. —Y es que no podía de verdad.

—¿Estás bien? —le preguntó la camarera acariciándole la mejilla mientras la miraba confundida.

—Lo siento, Stacey, no puedo hacer esto —reconoció y sintió que comenzaban a escocerle un poco los ojos, de pura frustración.

—¿Te ha molestado algo?

Y sí, claro que sí, su jodida incapacidad para seguir adelante.

—No. Es culpa mía. Pensaba que podría, pero no puedo. Lo siento, tengo que irme.

Lo repitió levantándose del asiento, se sentía muy estúpida y necesitaba salir de allí ya. Dejó un par de billetes sobre la mesa y aseguró «es lo mínimo que puedo hacer» cuando Stacey le dijo que no hacía falta que pagara las consumiciones. Se disculpó otra vez antes de colocarse aquella tonta chaqueta de cuero y salió del local.

***

Tattoo Too, la tienda de tatuajes de su hermana, no le quedaba excesivamente lejos de casa, pero caminar hasta allí aquella mañana de domingo le había dado veinte minutos extra para prepararse mentalmente y poder soportar las reprimendas de Riley y Elsa con la máxima elegancia posible. La que no tuvo la noche anterior al salir a toda prisa del Pegaso,

dejando atrás y muy confundida a su pobre camarera del Starbucks. Y es que encima había contestado al mensaje de buenas noches de Taylor con lágrimas en los ojos y unas ganas tremendas de decirle «nos echo muchísimo de menos». Gracias a Dios no lo había hecho, ninguna de las dos se merecía que alimentara más el fuego si lo que en realidad quería era apagarlo.

—Le dijiste que no podías y te fuiste sin más —repitió Riley mientras le cedía la caja de folios que acababa de sacar del maletero de la furgoneta.

Se la compró hacía un par de meses de segunda mano, pero en sorprendentes buenas condiciones, y la había decorado con el logotipo de la tienda. Publicidad en movimiento, así lo llamaba su hermana. La había aparcado justo frente a su local para poder descargar los suministros cómodamente.

—Sí, pero la invité a las cervezas —dijo trasladando la caja hasta la puerta del establecimiento.

—Joder, menos mal. Una camarera cachonda, pero sin deudas —señaló cargando con otra caja igual de pesada—. Al menos la besaste con lengua, no está nada mal para tu primera cita.

—No necesitaba besarla —aclaró escogiendo otra de las cajas—. Necesito necesitar besar para besar bien.

—Y yo que hables en cristiano —dijo su hermana iniciando otro viaje hacia la puerta del local.

—Joder, Riley, ¿nunca has necesitado besar a alguien?

—He querido besar a mucha gente.

—Necesitar es cualitativamente diferente a querer.

—Y follar es cualitativamente diferente a no follar. ¿Fue por Taylor? —lo preguntó mirándola a los ojos y ella bajó la vista al suelo—. Jessie Stevens, mírame a los ojos y dime que no te largaste de allí por Taylor.

—No puedo hacer las dos cosas a la vez. Elige una.

—Te voy a regalar una amnesia retrógrada bastante importante para tu cumpleaños, ¿sabes? ¿Alguna preferencia por el color? —le preguntó de regreso a la furgoneta.

—Me gustan las sorpresas. ¿Dónde está Elsa? Comentó que vendría a ayudar —dijo consultando su reloj.

—Seguramente anoche se entretuvo en la Vía Láctea y se fue tarde a la cama. No me puedo creer que se esté colando por un astrónomo, en serio.

El desprecio de Riley por aquella rama de la ciencia no estaba para nada justificado, pero no le sorprendía, el tipo de chico ideal para su hermana tenía nombres como Doble S o M Simple y el cuerpo lleno de tatuajes. Todo prejuicios, porque seguro que muchos astrónomos también se tatuaban.

—¿Y por quién te estás colando tú? —curioseó mientras trasladaban las últimas cajas.

—Si te refieres a Doble S, me parece que vas muy rápido.

—¿Puedo referirme a otro con el que vaya más despacio?

La conocía desde hacía veinticinco años y en todo ese tiempo su hermana pequeña no había tenido ni una sola pareja formal. ¿Ligues? Más de los que podía recordar, rozando el infinito con la punta de los dedos, pero hasta donde ella sabía no se había enamorado ni tan solo una vez.

—Tranquila, Jess, cuando necesite besar a alguien, serás la primera en saberlo. Toma, anda, ve abriendo mientras cierro la furgoneta.

Le lanzó las llaves del establecimiento, las atrapó al vuelo y negó con la cabeza, dándola por imposible, a lo mejor «la puta vergüenza del apellido Stevens» era ella. Accedió al interior de la tienda con una de las cajas a cuestas, era un espacio diáfano que daba la sensación de tener muchos más metros de los que abarcaba en realidad, lo pintaron en distintas tonalidades de gris que ella misma le ayudó a escoger y un grafiti gigante con forma de cabeza de tigre albino decoraba la totalidad de una de las paredes.

La zona de espera estaba justo frente a la entrada, contaba con un par de asientos de cuero alargados perfectamente encajados en la L que conformaba una de las esquinas de la amplia habitación y con una mesita baja frente a ellos. Riley actualizaba cada semana los archivadores que cubrían su superficie, estaban llenos de fotografías de los tatuajes que iba realizando y de esbozos de modelos para futuras obras. Su hermana dibujaba increíblemente bien, había nacido con ese don, y ella no lo hacía mal. Ni de broma llegaba a su nivel, pero muchas veces la ayudaba con los bocetos.

Se dirigió hacia la esquina opuesta, donde Riley había montado un miniestudio: mesa, ordenador con impresora térmica y un escáner portátil. Usaba esa zona del local para acordar con los clientes los diseños y retocarlos al gusto del consumidor. La pasó de largo y enfiló el pasillo que llevaba a la sala donde ocurría la magia de verdad, la habitación donde Riley hacía los sueños realidad, según sus propias palabras. Podía sonar un poco porno, pero le gustaba respetar sus definiciones. A mitad de pasillo se encontraba la habitación que Riley utilizaba como almacén y depositó la caja en su interior. Al salir en busca de más, se cruzó con su hermana, y unos cuantos viajes después, los suministros estaban perfectamente guardados, cada cosa en su lugar.

—¿Estás dibujando algo nuevo? —curioseó acercándose a la tercera esquina de la habitación principal.

A Riley le gustaba crear en el estudio y había habilitado una zona junto a la cristalera que daba al exterior para poder hacerlo con la máxima comodidad. Lo equipó con una mesa de arquitecto, una silla de las más cómodas y una amplia mesa auxiliar donde tenía colocados todos los materiales que pudiera necesitar: lápices de todos los colores imaginables, lápices de grafito, folios de diversos tamaños, pinturas y rotuladores, entre otras muchas cosas.

—No te acerques mucho, Jess. Es tan alucinantemente erótico que puede que te pongas cachonda.

Al asomarse al trabajo en cuestión sus palabras cobraron todo el sentido del mundo, porque allí plasmado, realizado con lápiz de grafito y a medio construir, se encontraba un torso femenino desnudo y de gran realismo.

—Si tienes modelo, quiero conocerla —bromeó sentándose en la silla y admirando el dibujo—. ¿Es un encargo? ¿Te lo has encargado tú misma?

—Tengo curiosidad por la anatomía femenina —respondió Riley con media sonrisa paseando la vista por su más reciente creación.

—Y una sexualidad muy poco definida —dijo divertida—. ¿Alguna vez vas a lanzarte con una chica? A lo mejor a ellas sí que necesitarías besarlas.

—Ellas necesitarían besarme a mí —alardeó—. Si pudiera darle vida, follaría con ella —añadió con la vista puesta en su dibujo.

—Puedes intentarlo con otras que ya estén vivas.

—Las chicas vivas son muy complicadas, Jessie.

—Algunas merecen la pena.

—Si conozco a una de esas, me lo pensaré.

Ambas se giraron al escuchar abrirse la puerta de entrada y descubrieron a Elsa con un café para llevar en una mano y quitándose las gafas de sol con la otra. *Más vale tarde que nunca*. La castaña se acercó a ellas en cuanto las localizó y, por su cara, no había dormido mucho aquella noche. Señor Hubble88, al loro, que a lo mejor tienes suerte.

—Lo siento —se disculpó acelerada—. ¿Ya lo habéis metido todo?

—Metido, guardado y ordenado —confirmó Riley—. ¿Te gusta mi nuevo boceto? Lo llamo «la octava maravilla».

—Oh, Dios mío. Es muy triste que seas tan lesbiana y aún no lo sepas, en serio —dijo la castaña colgándose las gafas de sol del escote de la camiseta.

—Lo sabe, pero aún está en fase contemplativa —bromeó ella, aunque solo a medias.

Elsa bostezó, sin molestarse en taparse la boca ni nada, y seguidamente dio un sorbo a su café. Riley y ella intercambiaron una significativa mirada, en plan «¿hablas tú o hablo yo?» y al final su hermana se le adelantó antes de haberlo decidido.

—Cualquiera diría que has estado recorriendo el universo entero toda la noche —insinuó con malicia y la castaña sorbió de nuevo de su bebida.

—Casi, estoy tan cansada que necesito sentarme —admitió dirigiéndose a la zona de espera y se dejó caer sobre el asiento—. Apenas he dormido dos horas.

Interesante. Muy interesante, de modo que Riley y ella se trasladaron para hacerle compañía y se acomodó cada una a un lado de ella.

—La nebulosa Ojo de Gato debe de gustarte mucho para quedarte mirándola hasta las siete de la mañana —dijo observándola interesada.

—Es una nebulosa muy apasionante —concedió la aludida esbozando media sonrisa—. Anoche nos pasamos hablando casi ocho horas seguidas. Y de momento no me ha pasado ninguna fotopolla.

—Buena nebulosa —dijo Riley al escuchar el último dato.

—Hemos vuelto a quedar esta noche. No me esperaba encontrar a nadie tan fascinante en Click. Por cierto, Jessie, la última actividad de tu perfil es de hace casi tres meses.

Oh, sí. Su maldito falso perfil en aquella aplicación, creado por cualquiera de sus diez mil doscientas setenta seguidoras en Instagram y utilizado para el mal. Concretamente para hacer polvo a la amiga rubia de Gail; cada vez que se acordaba de la expresión de sus ojos mientras la miraba se le revolvía algo por dentro. No la conocía, pero seguro que no se merecía que la encandilaran *online* fingiendo ser otra persona. Ningún museísta debería pasar por algo así, y el viernes por la tarde en el gimnasio, cuando salió tras ella de la clase de *body combat*, le habían dado ganas de decirle «mírate, no la necesitas para nada» o cualquier derivado igual de sincero.

—No es mi perfil —aclaró, ante todo—. Y sigo esperando que los de la aplicación me contesten.

—Hablando de tu perfil y acelerando el proceso, Doble S dice que puede borrarlo y saber quién es la tal Jess_92 —intervino Riley.

—¿Cómo?

—Como lo hacen los *hackers*.

—¿Doble S es un *hacker* informático?

—Doble S es un ser humano ante todo, Jessie, *hacker* informático es su profesión. Creía que no te gustaba etiquetar a la gente.

—Un punto más para ser el yerno favorito de papá.

—Pues seguro que con eso ya gana a Arnold y su «reciclemos por colores, es divertido y ayudamos al medioambiente» —dijo burlándose del marido de su hermana mayor, una vez más—. Quedarme callada cuando el cura dijo eso de «que hable ahora o calle para siempre» ha sido lo más difícil que he hecho en mi vida, en serio.

Y Arnold era un poco especial, a decir verdad, pero a Zoey le encantaba y además era un buen chico, vendía seguros y les había hecho precio a todos los de la familia. Razones más que suficientes para permitir aquel enlace matrimonial acontecido hacía un par de años.

—Me da lo mismo quién sea, pero dile a Doble S que le agradecería que borrase el perfil ya.

—Jessie… —Riley iba a rebatir su decisión, seguro.

—Aunque me diera un nombre no voy a hacer nada con él, Riley, además, no todo ha sido malo. He conocido a Gail.

—¿La mujer maravilla? —probó suerte Elsa—. Espero que te vaya mejor con ella que con la camarera.

Bufó al escucharla, porque aquellas dos le ponían las cosas un poco más difíciles de lo que las tenía ya. Ella era la primera interesada en su pronta recuperación, pero dejar atrás a su exnovia le estaba resultando bastante complicado.

—¿Se lo dijiste? —preguntó mirando a Elsa—. A Taylor. ¿Le dijiste que tenía una cita?

—No pude, cuando llegué ya no estaba.

—Pero te has quedado despierta prácticamente toda la noche.

Frunció el ceño al reparar en la mirada que intercambiaron aquellas dos, porque la de Elsa parecía querer decir «por favor, que no siga por ese camino» y la de Riley «menuda putada».

Joder.

—¿No ha dormido en vuestro piso? —preguntó clavando sus ojos en la castaña.

—Seguramente se habrá quedado en casa de alguna amiga —le quitó importancia la profesora, pero a ella el estómago se le encogió igual.

—Elsa…

Y solo con eso ya le había dicho «si sabes algo más, dímelo».

—Es el primer fin de semana que sale de noche y no va a follar contigo. Puede que se marchara con las del departamento y se haya quedado en casa de Jane o de Kate —simplificó, y ella guardó silencio, observando la calle a través de la enorme cristalera—. No ha vuelto a estar a solas con ella, Jess.

Respiró hondo y se repitió, una vez más, que todo aquello le daba igual. Si seguía viéndola en su despacho y si follaba con ella mil veces más. No le importaba. Sus «no la quiero a ella, te quiero a ti» ya no podían convencerla, con aquel error Taylor había perdido toda credibilidad. Así de frágil.

Riley se agachó frente a ella y la tomó por los hombros, obligándola a mirarla.

—Sé que la quieres, Jess, pero no se merece esto. No se merece dolerte así. Eres mi hermana y eres una Stevens y eres jodidamente fuerte. Solo necesitas una de esas nieblas Ojo de Buitre.

—Es nebulosa Ojo de Gato —la corrigió Elsa.

—Son fenómenos cósmicos del espacio interestelar, no creo que se consigan así como así —desalentó a su hermana con cierto toque irónico.

—No seas gilipollas —Riley la reprendió con una pequeña sacudida—. Necesitas a alguien que te ponga en marcha, alguien que haga que tengas ganas de pasarte toda la noche despierta, aunque solo sea para hablar de estupideces. Alguien como el astrónomo de Elsa, pero con tetas en vez de con una polla diminuta.

—Aún no sabemos cómo tiene la polla, pero Riley tiene razón. —La castaña se unió a aquella charla tan inspiradora—. No vas a encontrar a tu nebulosa Ojo de Gato sentada en casa, lo de Stacey no ha salido bien, pero

puede salir bien con la mujer maravilla. Que te ponga tan cachonda es un buen comienzo.

—Gail juega en otra liga —dijo tras negar con un gesto de cabeza.

—Y un poquito en la tuya también si estuvisteis a punto de follar en el gimnasio —aportó Riley.

—Es increíblemente sexi e increíblemente intimidante al mismo tiempo —reconoció, escondiendo la cara entre las manos.

—Llevas cuatro años enteros sin tener que ligar con nadie, en estas condiciones hasta el astrónomo de Elsa te intimidaría —dio por sentado y ella levantó la vista justo a tiempo para ver cómo recibía un manotazo por parte de la aludida.

—No sé…

—No saber es el primer paso para aprender —dijo su hermana—. Vamos, Jessie, ni siquiera tiene por qué ser tu niebla Ojo de Pulga.

—Es nebulosa Ojo de Gato.

Elsa intervino enseguida y ligeramente exasperada, pero Riley no le hizo el menor caso y continuó hablando como si nada.

—Podría ser simplemente una estrella fugaz, de las rapiditas, de las que pasan por los baños de los bares de madrugada.

—Eres una degenerada —la acusó.

—Tienes suerte de tenerme y lo sabes —alardeó, con suficiencia y todo—. Entonces… ¿vas a ir el lunes al gimnasio?

Y, por la forma en que la miraba, esperaba un sí.

***

Gail había entrado desanimada a su clase de *body combat*, seguro que por dar por sentado que Jessie acudiría al gimnasio aquella tarde después de lo ocurrido entre ellas el viernes y, por lo visto, a aquella chica le gustaba sorprender. Al final, el fin de semana, la morena no se había llevado a nadie a casa, la escuchó llegar del Trinity cerca de las cinco de la mañana y sola, muy sola. No le hizo falta ponerse los cascos del iPod como otras madrugadas.

La ausencia de Jessie sugería que, a lo mejor, la monitora había calculado mal las distancias y era extraño, porque en aquello Gail era una experta. Precisión milimétrica.

Ella, por su lado, se había pasado el fin de semana viendo películas de su colección de DVD, dándose tiempo para sanar a través de la magia del celuloide. Cary Grant en *Arsénico por compasión* incluso consiguió hacerla reír, mucho más eficaz que cualquier antidepresivo, barato y sin efectos secundarios. Entre película y película continuaba consultando su móvil, en espera de novedades que no llegaban, ya se cansaría algún día de perseverar

con tanto empeño. Al menos, lo suponía y le servía como excusa para no fustigarse más, podría seguir mirándolo hasta fundirle la batería, total, no hacía daño a nadie a excepción de a sí misma. A lo mejor, en un tiempo, podría responder sinceramente a la pregunta «¿Qué pasa si nunca descubres cómo era ella en realidad?» con un «nada de nada». De todos modos, sería raro, y extremadamente complicado, el conseguir fusionar aquellos sentimientos con cualquier otro físico. El original le había gustado demasiado.

Perdió el ritmo de los movimientos que Morgan marcaba desde el frente de la clase y ya era la segunda vez. *Maldita sea, Carter, céntrate*. Porque si Gail había calculado mal era su problema y a ella no debería afectarle. Sentir alivio y decepción casi a partes iguales quedaba fuera de lugar. Se reenganchó a la coreografía con un enérgico puñetazo al aire, repitiéndose que quizá el no encontrarse con el verde de aquella mirada nunca más era lo mejor que podía pasarle.

Veinte minutos después, se asomaba a la clase vacía de Gail, con la chaqueta puesta y su bolsa de deporte colgada del hombro. La morena estaba entretenida recogiendo las últimas cosas y ella la sobresaltó golpeando suavemente el cristal de la puerta para anunciar su presencia allí.

—Ey, Carter, sigues viva. He oído que Morgan os ha dado duro hoy —dijo secándose el sudor del cuello con una toalla—. Aunque seguro que tú ya estás acostumbrada —añadió con media sonrisa perversa.

—Gilipollas —fue todo lo que opinó, apoyada sobre el hombro contra la puerta—. ¿Te queda mucho? La receta que quiero probar esta noche va a llevarme casi una hora.

—Voy al vestuario a por mis cosas y nos vamos.

Pasó por su lado y le guiñó un ojo, con la toalla al cuello y bebiendo agua de su botellín. Rehidratándose. La esperó allí, consultando Twitter en el móvil con disimulo, fingiendo ante sí misma que no se moría por recibir una notificación suya en WhatsApp. *Menuda lástima, Carter*. Cambió el curso de sus pensamientos por otros más terrenales, porque eran casi las ocho y cuarto y tenía por delante una complicada e innovadora receta y mucha hambre.

Gail regresó a los cinco minutos, preparada para irse y con algo importante de lo que informarla.

—Morgan está en las duchas. No es una piscina, pero si lo que te da morbo es el agua a lo mejor te lo piensas.

—Lo que me voy a pensar es si debería seguir contándote las cosas —dijo y la golpeó ligeramente con la cadera antes de echar a caminar hacia la salida del gimnasio—. Lo mío con Morgan fue…

—Fruto de la casualidad, ya lo sé. Tú estabas triste y ella estaba allí. Un alineamiento de planetas cojonudo —concedió distraídamente mientras

consultaba su teléfono—. ¿Crees que la asusté? —inquirió de pronto, guardando el móvil en uno de los bolsillos de su bolsa de deporte—. A Jessie, el viernes.

Y «asustar» tal vez no fuera la palabra adecuada, pero a veces Gail podía resultar un tanto intimidante, era extremadamente extrovertida y le encantaba jugar con las chicas y los dobles sentidos. Un estilo especial y desenfadado, derrochaba confianza en sí misma y ganas de impresionar, su mezcla resultaba extrañamente atrayente.

—Puede que le haya surgido algo.

—Puede. ¿Y si no vuelve? Esta mañana tampoco estaba en el Starbucks —dijo abriéndole la puerta de salida para que pasara primero—. Joder, ¿me va a dejar con las ganas? Ni siquiera tengo su número.

—No tenemos suerte con las Jessies.

Casi no había terminado de pronunciar «Jessies» y la localizó allí, apoyada en uno de los coches aparcados frente a la salida del gimnasio, con un vaso de poliestireno en cada mano y su encantadora sonrisa en cuanto las vio salir. Gail dejó el «Menuda lástima, con el polvazo que tenía» a medio pronunciar y se paró en seco al descubrirla prácticamente frente a ella. Su estúpido corazón dio un vuelco justo antes de recordar, una vez más, que no tenía nada que ver con aquella chica. Mientras Gail se decidía a reaccionar, se fijó en lo bien que sonreía, ese gesto le iluminaba la cara y no se apreciaba debidamente en las fotografías. Por muy increíbles que fueran no le hacían del todo justicia, el directo era mucho mejor.

Le habría gustado poder adelantarse y decirle «¿Qué haces aquí?» como si tuviera algún derecho a preguntar, pero se obligó a permanecer en segundo plano, porque no era ella a quien la morena esperaba apoyada en aquel coche. Psicóloga en el Virginia Mason y deportista, era todo lo que sabía de ella, por lo demás, Jessie solo era una desconocida interesada por su mejor amiga. Menuda vida más injusta.

Sujetó el asa de su bolsa deportiva con una mano observando cómo Gail avanzaba un par de pasos a la vez que Jessie se apartaba del vehículo para hacer lo mismo.

—Llegas más de una hora tarde —la monitora lo dijo como si hubiese estado segura de que llegaría a pesar del retraso. Qué bien se marcaba los faroles—. ¿Te asustó la clase del viernes?

—No seas muy dura, soy principiante y te traigo un zumo natural de fresa, naranja y plátano. Es antioxidante y reduce el colesterol —lo dijo sonriéndole de medio lado al tenderle uno de los vasos.

Gail lo aceptó y fue entonces cuando Jessie pareció reparar en su presencia allí y miró el vaso que sostenía en su otra mano. Seguro que habría pensado que podría acompañar a su amiga a casa mientras se bebían aquellos zumos y ella le había fastidiado el plan. Una aguafiestas y, aun así,

la psicóloga se le acercó ofreciéndole su bebida.

—Gracias, pero la has comprado para ti —declinó su gesto amablemente.

—Solo porque no sabía que tú estarías aquí también. Seguro que te hace más falta que a mí. Las museístas deportistas necesitáis vitaminas.

Terminó por aceptarlo y sus manos se rozaron. El cuerpo entero le devolvió un clarísimo e inequívoco *feedback* en forma de «oh, Dios mío», porque su nivel más básico seguía asociando aquella chica a muchas cosas extraordinariamente intensas. Le dio las gracias e iba a preguntarle qué tal iba su gemelo, pero no tuvo tiempo, porque en dos segundos Jessie centró de nuevo su total atención en Gail tras dedicarle a ella una educada sonrisa.

—Tienes la opción de reengancharte mañana —le dijo la monitora.

—A las ocho —convino la chica con un asentimiento de cabeza.

—¿Te has estudiado mis horarios, Jessie?

Gail lo preguntó con una sonrisa de las de «sé que sí y me encanta» y la aludida bajó la vista al suelo por una milésima de segundo ante aquel interrogante, cuando volvió a alzarla lo hizo esbozando una sonrisa tintada de timidez y fue su turno para apartar la mirada de aquellas facciones.

—Suelo tener buena memoria —señaló la psicóloga—. Sobre todo, si algo me interesa.

Su interior al completo le gritó «lárgate de aquí, Carter, porque sobras por todas partes», y lo hizo muy alto y convencido. La pobre Jessie se había molestado en comprar los zumos y había esperado a Gail el tiempo que fuera apoyada en aquel coche, ya se había quedado sin su bebida por cedérsela a ella y no quería estropearle el resto del plan.

—Voy a casa a empezar a preparar la cena. Jessie, me alegro de haberte visto —dijo dedicándole media sonrisa, la psicóloga se la correspondió y a ella le dolió un poco el pecho. Menuda putada—. Gracias por el zumo.

—Yo también me alegro de haberte visto y de nada.

Justo cuando iba a comenzar a caminar en dirección a su piso, para dejar a aquellas dos a solas, escuchó a Gail y, aunque no acabó de sorprenderla, le dio un poco de pena por Jessie.

—Lo siento, es tarde y yo también tengo que irme —se disculpó la monitora—. Alison y yo ya habíamos hecho planes para cenar.

Y sabía que era mentira, pero no dijo nada, era el estilo de su amiga y solía funcionarle a la perfección, el mango de la sartén lo sujetaba así de fuerte en su mano. Siempre. Aquella disculpa era su particular forma de decir «si quieres verme, no llegues tarde» y todos y todas acababan comprendiéndola, y como querían verla, llegaban antes de la hora, con diez minutos de margen mínimo.

Jessie la miró a ella fugazmente, antes de devolver la vista, un poco desconcertada, a la monitora, y sonrió de lado, escondiendo las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros.

—Claro, está bien —dijo, aparentemente sin saber muy bien qué más decir y encajándolo con la máxima elegancia posible.

Reparó en aquella sonrisa de Gail, era de las irresistibles, una de cal y otra de arena. La morena tomó a Jessie por la nuca, con la mano que no sujetaba el zumo, y la besó con muchas ganas, tantas que ella apartó la vista y sorbió de su vaso, no quería aquella imagen grabada a fuego en sus retinas para el resto de su vida.

—¿Nos vemos mañana?

Gail lo preguntó tras haberla puesto cachonda con aquel intercambio de saliva. Una forma infalible de asegurarse el sí.

—A las ocho.

Su amiga la besó de nuevo, uno breve, de despedida.

—Gracias por el zumo.

—De nada.

Jessie le quitó importancia al detalle y en cuanto Gail llegó a su altura la instó a seguir caminando y ella dedicó una última mirada a la pobre chica que observaba cómo se alejaban.

—Ey, Alison —la psicóloga alzó la voz para que pudiera escucharla a pesar de la distancia—. Dile a tu amiga que no lo tire cuando termine.

Aquella petición le recordó a la primera vez que se dirigió directamente a ella la mañana que se la encontró a solas en el Starbucks y observó con un poco más de detenimiento el vaso que Gail sujetaba en su mano. Bingo, porque había escrito allí su número de teléfono con rotulador negro.

—Parece que al final no vas a quedarte con las ganas —le dijo a su amiga mientras las dos seguían caminando.

—¿Perdona? —preguntó la morena tras dar otro sorbo a su zumo.

Colocó la mano sobre la de Gail para inclinar ligeramente el vaso y colocarlo en el ángulo adecuado: el número de teléfono de Jessie se apareció ante sus ojos como por arte de magia y una sonrisa de las complacidas se abrió paso entre sus labios como en un acto reflejo.

—¿No te da un poco de pena dejarla así? —le consultó cuando ambas giraban en la esquina para enfilar la calle que las llevaría directas a casa—. Te ha comprado un zumo y ha estado esperándote a la salida de tu trabajo.

—Eres demasiado blanda, Carter. Esto funciona así: cuanto más inalcanzable te ven más intentan llegar hasta ti.

Eso de hacerse la inalcanzable no le salía bien, básicamente porque si alguien le gustaba de verdad era incapaz de disimular y se le notaba por todos lados, pero debía reconocer que aquella técnica sí que funcionaba, al menos a Gail le salía siempre de puta madre.

—Si se porta bien esta semana, voy a invitarla el sábado al Trinity.

Joder, al Trinity. ¿Cuántas veces se había imaginado con Jessie en aquel club? Buf, millones en un corto período de tiempo. Fantaseando con cómo

sería poder bailar con ella, sentirla a su espalda mientras olvidaba que no estaban solas en la pista.

La vida no era para nada justa, porque, al final, Jessie iría al Trinity con Gail y prácticamente follarían allí mismo, seguro. Su amiga cuando bailaba era muy pasional y si quería poner cachondo o cachonda a alguien se empleaba a fondo. A lo mejor lo más sensato sería que ella se quedara en casa en compañía de Tony Curtis, Jack Lemmon y Marilyn Monroe. *Con faldas y a lo loco*, así se ahorraba el disgusto.

—Buf… es que tiene un polvazo.

Ya había perdido la cuenta de las veces que Gail había señalado aquella obviedad.

—¿Es todo lo que crees que tiene? Un polvazo —preguntó, porque necesitaba saber cuáles eran sus intenciones con Jessie.

—Bueno… es lo que tiene a simple vista —admitió mientras grababa el número de la psicóloga en su teléfono, a los dos segundos levantó la mirada y encontró la suya de inmediato—. Te está molestando.

Ante aquella acusación miró al frente, abandonando el escrutinio de su amiga y se limitó a sacudir la cabeza, porque sí que le estaba molestando, pero por las razones equivocadas, sin sentido y sin derecho. Jessie no tenía nada que ver con ella y aquella sensación de conocerla mejor que nadie en el mundo era tan solo una fantasía, un truco de espejos, el suyo se había roto en unos cuantos pedazos y por eso miraba el de al lado. Y, aun sabiendo que solo era un reflejo, las pulsaciones se le aceleraban solas y su cuerpo decidía por libre cómo quería reaccionar.

—Alison…

—Déjame gestionarlo a mí, ¿de acuerdo?

—Si hay algo que gestionar es que te está molestando.

—Es el maldito Barry Walker el que me molesta. Jessie y tú podéis hacer lo que queráis, pero asegúrate de que las dos queréis lo mismo primero.

La morena alzó una ceja al escucharla y ella le copió el gesto como respuesta, en un silencioso «¿qué?».

—Llevo muchos años llevándome a gente a la cama delante de tus narices y es la primera vez que me dices eso.

—Es la primera vez que alguien te espera a la salida de tu trabajo con un detalle así.

Gail paró la marcha y la tomó por el brazo, obligándola a hacer lo mismo. Se volvió hacia ella en espera de la contrarréplica, que llegó enseguida.

—Alison, sé que Jess_92 era detallista y atenta y casi perfecta para ti, pero Jessie no es Jess_92. No sabemos nada de ella, más allá de que tiene un superpolvazo. Seguramente quiere lo que todas: follar y punto.

—No todas queremos eso y se lo está trabajando.

—Es que para follar conmigo hay que trabajárselo, Carter —dijo con

media sonrisa engreída.

Ella le propinó un golpe suave en el costado, para bajarle los humos, Gail se rio, le pasó el brazo por los hombros y retomaron el camino.

—Alison, tu Barry Walker es una putada, así que puedes frenarme cuando quieras.

—Le tienes demasiadas ganas.

—Aun así, tú eres más importante —dejó claro y, justo cuando ella empezaba a sonreír, Gail tuvo que rematar la jugada—. Hasta que le quite las bragas, en ese momento entramos en un espacio-tiempo en el que no importa nada más. Es mi punto sin retorno.

Y su amiga a veces era un poco bruta, pero agradecía la sinceridad, aunque tan solo pensar en aquel punto sin retorno le revolvía un poco por dentro.

—Al menos intenta llegar a tu punto sin retorno en tu habitación, porque el salón, la cocina y el baño son zonas comunes —y lo dijo tanto para quitarle hierro al asunto como para prevenir imágenes traumáticas gratuitas.

—Si crees que esas cosas se pueden controlar es que nunca has tenido un punto sin retorno de los de verdad, pequeña.

Y estuvo a punto de contestarle con un «¿Perdona?», un poquito indignado, porque ella había tenido muchos puntos sin retorno y todos habían sido muy de verdad. Y es que, en ocasiones, la morena se comportaba como si fuera la única que follaba en aquella casa, eso de ser deseada por las masas a veces se le subía un poco a la cabeza.

«Cuanto más inalcanzable te ven, más intentan llegar hasta ti» y «para follar conmigo hay que trabajárselo».

Iba por la vida con aquella filosofía y encima le salía bien, porque lo intentaban y se lo trabajaban hasta que la morena se cansaba y les daba vacaciones indefinidas o el finiquito. Una *femme fatale* en forma y sudada, irresistible en general y en particular, apta para todos los sexos y abstenerse corazones sensibles.

No le extrañaba que Jessie se hubiera fijado en ella, porque Gail llamaba la atención.

Era previsible, predecible y hasta lógico si se paraba a analizarlo, lo ilógico era todo lo demás y seguir exprimiendo la batería del móvil en espera de una explicación de la principal implicada mientras el corazón se le subía a la garganta cada vez que su cara pública le sonreía.

OceanofPDF.com

8

Nadie es perfecto

Viernes y acababa de completar su cuarta lección de *body combat*, porque, tras el traspié del lunes, había acudido al resto de clases de la semana con una puntualidad envidiable. Al final, empezaba a verle el encanto a eso de dar patadas al aire, a lo mejor porque al segundo día Gail había comenzado a sonreírle disimuladamente entre puñetazo y puñetazo y, como extra, después de la clase siempre hablaban un rato.

Cerró la bolsa de deporte tras guardar en su interior la botella de agua y la toalla y se la cargó al hombro dispuesta a salir del vestuario para comprobar si aquel par de chicos habían terminado ya de hablar con la morena. Gail estaba bastante solicitada, eso era normal y extremadamente evidente.

Chocó con alguien que tenía la intención de salir de allí justo en el momento en que ella lo hacía y al alzar la vista se encontró con aquellos ojos azules y una disculpa. Alison. La amiga de Gail era quien la había golpeado por accidente con su bolsa de deporte. Y, en consecuencia, su as en la manga se le había caído al suelo.

—Perdona. —La rubia se disculpó y esbozó una bonita sonrisa al descubrir que había colisionado contra ella. Se agachó para recoger el par de papeles del suelo y se los tendió—. Has completado la semana.

Los últimos días aquella chica y ella habían intercambiado algunas frases de más; teniendo en cuenta que al principio todo a su alrededor era incomodidad las cosas habían avanzado bastante y en la dirección adecuada. Era la mejor amiga de Gail y todo sería más fácil si podían llevarse bien.

—No me ha quedado más remedio, tu amiga parece exigente.

—Y en este caso las apariencias no engañan —confirmó Alison mientras ambas abandonaban los vestuarios.

Casi chocaron de frente con aquella otra monitora, Morgan, dirigía la clase a la que acudía la rubia y la miraba de manera especial. Les cortó el paso con un brazo apoyado en la pared, justo delante de Alison.

—Lo has hecho genial hoy, Carter —dijo, básicamente, comiéndosela con la mirada.

—Llevo muchos días haciéndolo genial, deberías pasarme a la clase de

avanzados.

—Si no me gustase tanto mirarte, tal vez me lo plantearía —reconoció aquella chica y le dedicó una sonrisa de las deslumbrantes antes de sortearlas a ambas y echar a caminar pasillo adelante, se volvió de repente para hacer una última pregunta—. ¿Nos veremos mañana en el Trinity?

—Aún no sé si iré —respondió Alison.

—Mi invitación seguirá en pie hasta que la aproveches.

Dicho aquello, la tal Morgan continuó su camino tras despedirse con la mano y otra de esas sonrisas impresionantes. Observó distraída cómo se alejaba mientras Alison y ella retomaban la marcha en dirección a la clase de Gail. Estar increíblemente buena debía de ser un requisito para entrar a formar parte de la plantilla.

—¿Qué es el Trinity? —preguntó poniéndose a la altura de la chica.

Alison la miró con aquel gesto de nuevo, ese con el que intentaba disimular su decepción sin conseguirlo del todo, aparecía de vez en cuando y le encogía un poco el corazón en el pecho.

—Es una discoteca —dijo al fin desviando la vista al frente—. Gail y yo solemos ir los fines de semana.

Buf, así que a la monitora de *body combat* además le gustaba bailar y seguramente lo haría de puta madre. Hacía años que ella no pisaba una de esas, nunca le habían llamado mucho la atención, aunque se había dejado arrastrar por Elsa a varias hasta los veintipocos. Hasta Taylor. La castaña decía que era la forma más fácil de ligar.

—¿Os gusta bailar? —curioseó y Alison sonrió al escucharla.

—Desde pequeñas.

—Así que tendré que impresionarla también en la pista, la cosa se complica por momentos. Dime que al menos le gusta el cine —suplicó enseñándole las dos entradas que sujetaba en su mano.

—Bueno… no lo odia.

Alison suavizó su respuesta de aquella forma y ella murmuró un «genial» un poquito desencantado, porque, joder, nunca había conocido a nadie a quien no le gustara el cine y Gail tenía que ser la primera. Respiró hondo al verla sola a través del cristal, en mitad de la clase vacía. Era la primera vez en cuatro años que iba a invitar a salir a una chica cara a cara y se lo había buscado difícil. Como si le encantaran los desafíos.

—Deséame suerte —dijo en voz alta dedicando media sonrisa nerviosa a la rubia.

Escuchó su «suerte» cuando ya se internaba en territorio crítico. Al menos la morena se había deshecho de aquellos dos admiradores musculados, allanándole un poco el camino. Se repitió una vez más eso de que a la monitora le gustaba, era obvio, la había besado demasiadas veces y con demasiadas ganas como para que pudiera ser de otra manera. Una efectiva

reaseguración en forma de «no puede decirte que no» excesivamente optimista.

—Tengo que confesarte que no esperaba que terminaras la semana. —Gail colocó el micrófono junto al equipo de música y se incorporó mirándola—. Y además la has terminado bastante bien.

—Me voy familiarizando con los movimientos y suelo ser constante con las cosas que empiezo.

—¿Con todas? —inquirió apoyada contra la pared y alzando una ceja en señal de interés.

Y aquellos retos verbales le elevaban la presión sanguínea, porque ella solo quería invitarla al cine y a palomitas, pero con Gail no era tan sencillo, así que se esforzó un poco más y le siguió el juego acercándose a ella.

—Sobre todo con las que me interesan —aclaró y se detuvo a escasos centímetros de su cuerpo.

—¿Y ahora mismo te interesa alguna?

La morena lo preguntó aun conociendo la respuesta mientras acariciaba distraídamente el asa de la bolsa deportiva que colgaba de su hombro.

—Ven al cine conmigo esta noche.

Se lo pidió acercándose un poco más, en una encerrona perfecta entre la pared y su cuerpo. Le enseñó las dos entradas y la monitora las observó antes de regresar la vista a sus ojos de nuevo.

—El miércoles dijiste que te gusta Halle Berry —insistió, dedicándole media sonrisa que Gail le devolvió.

No había sido tan difícil.

—No está mal para cumplir cincuenta y uno —concedió la monitora y ella sonrió un poco más—. Pero lo siento, ya tengo planes para esta noche.

Tras disculparse, Gail la sorteó, escapando del pequeño hueco que quedaba entre su cuerpo y la pared, y ella se volvió para mirarla, sorprendida y decepcionada, con las entradas gritándole «menudo fracaso de primera vez» desde su mano y muy alto, no se lo fuera a perder.

—Lo siento.

La monitora lo repitió, con cara de circunstancias, justo antes de tomarla por la cintura y aprisionar sus labios en uno de los mejores besos que le habían dado jamás. En el momento en que ella intentó besarla de vuelta, Gail lo frenó, separándose lo justo para dedicarle una mirada francamente alucinante mientras le acariciaba el labio inferior con su pulgar.

—No pasa nada —le quitó importancia tras carraspear, aceptando su negativa con deportividad, porque después de aquel jodido beso no podía hacer otra cosa—. Supongo que debería habértelo consultado primero.

—¿Otro día? —probó suerte Gail agarrándole la cintura de la camiseta.

—Otro día.

—Genial —lo dijo con media sonrisa antes de darse la vuelta y salir de la

clase.

Y muy genial no era, porque eso de «cuanto más difícil mejor» nunca le había convencido demasiado y Gail iba siempre dos o tres pasos por delante de ella. Imposible de alcanzar. Y el esfuerzo no merecería la pena de no ser porque la merecía mucho, era la primera chica que le despertaba las ganas después de lo de Taylor, básico y complicado, diferente a con Stacey, aunque también le hiciera sentir culpable. Como una prueba de fuego, una del tipo «si consigo a alguien como ella, puedo conseguir a cualquiera y Grace realmente fue tan solo un error». Una motivación cuestionable y digna de un profundo análisis para el que no tenía ni tiempo ni ganas.

Al quedarse sola, observó las entradas y soltó una maldición en voz baja ante aquel ligero revés para el precario equilibrio de su autoestima. Salió de allí, con el orgullo un pelín magullado después de aquel «¿Otro día?» y caminando con normalidad, aunque arrastraba los pies metafóricamente hablando. La bolsa al hombro le pesaba un poco más que antes y descendió las escaleras directa a la salida.

Localizó a Alison apoyada justo al lado de la puerta que daba acceso a la calle y consultando su teléfono móvil, estaría esperando a Gail, seguro, siempre salían juntas porque iban al mismo sitio. Mejores amigas y compañeras de piso, seguro que tenía su parte buena, pero ella agradecía la intimidad de la que disfrutaba en su casa. Mientras se acercaba, Alison debió de escucharla y levantó la vista, ella le mostró las dos entradas con mucha sangre fría y cara de «otra vez será», aunque, seguramente, la decepción asomaba un poco por algún lado, porque la rubia la miró como compadeciéndola.

—¿Te ha dicho que no?

—En realidad ha dicho «¿Otro día?», así que técnicamente es un sí aplazado.

A veces los matices lo eran todo.

—Todo un éxito.

—En un futuro.

Un par de segundos en silencio y miró las entradas y miró a Alison, y la rubia la observó a ella y luego las entradas.

—¿Te gusta el cine?

De inmediato aquel azul se desvió hasta su verde de nuevo.

—Me encanta el cine.

—¿Tienes planes para esta noche?

La rubia negó con la cabeza, suprimiendo media sonrisa, parecía que le hacía especial ilusión. Una cinéfila de las de verdad, de las de palomitas y silencio en la sala. De las suyas.

—Nada importante —la chica contestó también de viva voz y, una vez confirmado aquel punto, ella le tendió las entradas.

—Invita a tu monitora, seguro que te dice que sí —lo dijo con la mejor intención del mundo, pero Alison aceptó el regalo como si aquella sugerencia le hubiera revuelto el cuerpo entero—. O lleva a quien quieras, no tiene por qué ser ella.

Intentó arreglarlo y la rubia alzó la vista dedicándole una sonrisa bonita, aunque un tanto forzada.

—Gracias.

—El lunes me cuentas si merece la pena —dijo como despedida y abrió la puerta dispuesta a salir de allí.

—Seguro que sí, es Halle Berry —dio por sentado y le sonrió.

Ella le devolvió el gesto y le dijo «Hasta luego» antes de abandonar el Zum Fitness y emprender el camino de vuelta a casa, sin planes y sin prisa. Aquella noche, mientras contestaba al wasap de buenas noches de Taylor, Gail le escribió, desatando un choque de realidades paralelas bastante importante y captando su total atención con tan solo una frase.

«Gail»
En línea
GAIL: ¿Te apetece ir al Trinity mañana?

Y debería haberle respondido con un «Lo siento, mañana ya tengo planes» similar al suyo, pero es que se moría de ganas de verla fuera del gimnasio.

Respondió guardándose un poco de dignidad en la manga.

JESSIE: No lo sé, mañana no tengo mucho tiempo.
GAIL: El tiempo para ir al Trinity no se tiene, Jessie.
GAIL: El tiempo para ir al Trinity se saca.

Sonrió al leerlo. La primera lección de *body combat* al parecer era válida en diversos contextos, un puñado de adrenalina salió a pasear por su organismo, porque Gail le estaba pidiendo una cita y seguro que la pista de baile era un escenario mucho más propicio para acercamientos físicos que una sala de cine. E iba a contestarle que intentaría sacar el tiempo necesario y un poco más cuando una vocecilla interna le preguntó «¿Estás segura?», porque Trinity le sonaba a bailes pegados, alcohol y sexo.

Ante ella se abría de nuevo la oportunidad de pasar página, una parecida a la que desperdició con Stacey debido a su impotencia precoz y, por experiencia previa, sospechaba que con Gail aquel no iba a ser un problema.

Era altamente probable que, si acudía a aquel club, se alejara un par de pasos de Taylor, entre sudor y gemidos, perdiéndose en el verde de aquellos ojos que la invitaban a ello. Se le aceleraron las pulsaciones, porque casi podía ver físicamente aquella disyuntiva frente a sus narices, un cruce de

caminos mal señalizado. Derecha o izquierda. Y tenía que elegir sin saber a ciencia cierta cuál sería mejor a largo plazo. Jugársela a cara o cruz y con la sensación de que el resultado sería tremendamente trascendente.

Regresó a la conversación con su exnovia y el dilema se hizo aún más grande.

«Taylor»
En línea
TAYLOR: Te echo mucho de menos, Jess.
TAYLOR: Creo que nunca he estado tan desesperada por nada antes.

Sabía que no. La conocía y sabía que no, que Taylor haría lo que fuera por una segunda oportunidad con ella, estaba segura y por eso aquella maldita incapacidad para dársela dolía mil veces más. Y, de pronto, la sensación de estar recorriendo el mismo círculo de siempre otra vez cayó sobre ella como una losa, de las pesadas, porque también la echaba de menos, pero no podía ser. Quería que regresara y no la dejaba volver, insistía en seguir haciendo lo mismo una y otra vez y esperaba resultados distintos. Una locura.

Tenía que parar.

Abandonó la conversación con Taylor y regresó a la de Gail con la sensación de estar dando un paso adelante por primera vez en ocho meses.

«Gail»
En línea
JESSIE: ¿A qué hora?

***

La noche anterior terminó en el cine con Gail y las entradas de Jessie. Retorcido, a veces la morena jugaba así, arriesgaba y siempre ganaba, podía permitírselo y, de hecho, le encantaba. Tiraba el doble de la correa y la seguían el triple de suave. Muchas veces se había preguntado si a Gail le era más sencillo mantener aquella sangre fría porque no se había enamorado nunca. Esperaba que llegara el día en que el collar lo llevara ella para confirmar su teoría.

—¿Vas a repetir con Morgan? —inquirió la monitora observándola interesada tras posar su vaso sobre la barra.

Sí, estaba en el Trinity, sabía que no era el mejor lugar para ella aquella noche en particular, porque Jessie había aceptado la invitación de Gail y debía de estar a punto de aparecer, pero no había podido evitarlo. Es que era el primer sábado de julio y ella debería estar con Jess_92 cenando en el Blue C. Sushi e invitándola después al Regal para ver *Ciudadano Kane*, y si se

quedaba en casa sola lloraría toda la noche como una imbécil, porque su teléfono seguía desconectado y ella apagada o fuera de cobertura.

Morgan le había mandado un mensaje a media tarde, animándola a unirse a ellas en el club nocturno, y su amiga daba por sentado que aquella era la razón por la que había dejado plantadas a las estrellas del celuloide dentro del DVD de *Con faldas y a lo loco*.

En realidad, sus motivos no tenían nada que ver con Morgan, giraban en torno a Jess_92 y Jessie, y eran bastante cuestionables. En la línea del masoquismo más absoluto y extremo, porque cuando la psicóloga le preguntó aquello de «¿Tienes planes para esta noche?», a ella se le aceleraron las pulsaciones a lo bestia.

Estúpida Alison Carter, vete a casa y enfréntate a tus fantasmas, porque te los has buscado online *tú solita*.

Y, probablemente, sería lo mejor, pero su parte menos racional se negaba en rotundo porque quería volver a verla, aunque ella fuera allí para ver a otra.

Jodido. Muy jodido.

—No es mi intención —respondió a la pregunta de su amiga dando un sorbo a su bebida.

—¿Por qué no? Te encantó el sexo acuático. Morgan hizo especial tu primer polvo cara a cara en más de un año, Carter. La pones muy cachonda.

Joder, es que su sesión en la piscina estuvo muy bien y la monitora follaba de puta madre, eso no podía negarlo, y no tenía nada en contra del sexo como puro placer físico, pero pensar en repetir le sonaba a sinsentido al tener a otra persona en la cabeza. A otra o a otras, porque todo era extremadamente raro y aún le faltaba aclararse. Maldijo para sus adentros a su jodido Barry Walker y, antes de terminar de blasfemar, localizó a Morgan acercándose hacia allí y dio un trago bien grande a su bebida.

Gail se percató de lo repentino de su gesto, miró a su espalda y vio a su compañera de trabajo a pocos metros.

—Decide: ¿te vas a ir a casa de Morgan o me voy a casa de Jessie?

Su tono la apremiaba a responder y le habría gustado decirle que ninguna de las dos, porque eso de «me voy a casa de Jessie» le había encogido el estómago con mucha energía. Tuvo que recordarse un par de veces que era adulta y que aquellas dos tenían todo el derecho del mundo a follar donde les diera la gana.

Enfrenta tus celos, Carter, porque no tienen ni pies ni cabeza.

—Yo voy a dormir en mi cama, así que vete a su casa.

Eligió el menor de dos males, escucharlas follar en la habitación de al lado quedaba totalmente descartado, y no pudo añadir nada más, porque Morgan llegó a su altura en aquel preciso momento con una sonrisa asomada a sus labios y la saludó con un beso en la mejilla. Por lo visto, eso de

intercambiar fluidos aumentaba las confianzas.

—Al final he tenido suerte —dijo la monitora y ella pudo ver a Gail sonreír disimuladamente mientras bebía de su vaso—. ¿Tú vas a tener suerte también? —Morgan consultó a su compañera de trabajo.

—Probablemente, en diez minutos —confirmó la aludida tras consultar su reloj—. Como una cita doble.

Gilipollas y encima iba a follar con Jessie, y que a ella no le consolara en absoluto la posibilidad de practicar sexo alucinante y sin ataduras con Morgan era bastante preocupante.

—Creía que eso de tener citas no era de tu estilo —indicó la monitora.

—Mi estilo es muy flexible, sobre todo cuando la chica en cuestión tiene un polvo como el que tiene Jessie.

Ella apartó la vista sorbiendo un poco más de alcohol.

—No parece que esa chica quiera solo un polvo —dijo Morgan llamando la atención del camarero con un gesto de la mano—. Te lleva zumos a la salida del trabajo, te invita al cine. No sé si vas a estar a su altura.

Y no, no iba a estar a su altura, pero a ella no tenía que importarle, no le incumbía y la posibilidad de que Gail se cansara de Jessie tras el primer polvo y no volviera a verla nunca más era el mejor desenlace de todos los posibles, facilitaría considerablemente su proceso de olvidar aquel Barry Walker. Se desligaría de todo lo que sonase remotamente a Jess_92 y Click y pasaría el rato con Morgan hasta que apareciese alguien que le exprimiera el alma con uno de esos «¿Tienes planes para esta noche?». Y todo sería mejor así.

Estaba centrada en terminarse su consumición cuando escuchó a Morgan señalar «Joder, sí que tiene un polvazo» justo a su lado. En cuanto levantó la vista descubrió a Jessie a unos cuantos metros de ellas, abriéndose paso entre la gente. Tardó unos segundos en percatarse de que la chica no acudía sola, porque aquella camiseta ajustada que llevaba marcaba muy bien todo lo que debía marcar y encima estaba sonriendo.

—Así que este es el famoso Trinity —dijo la psicóloga nada más llegar y dirigiéndose a Gail en especial mientras se acercaba a ella un poco más de la cuenta.

—¿Te gusta?

Madre mía, aquel tono hacía imposible creer que se estuviera refiriendo al club y la chica lo debió de pillar a la primera, y encima le gustó, porque sonrió de lado mirando a la monitora.

—Bastante.

Jessie le estaba escaneando descaradamente los labios, como si fueran los únicos de todo el local. El efecto Morrison en estado puro y un choque bastante directo con la más cruda de las realidades, siempre había pensado que cuando Jessie y ella estuvieran por primera vez cara a cara en el Trinity,

la miraría así a ella. Apartó la vista en cuanto Gail la tomó por la nuca y la besó como besaba ella, marcando territorio.

—Soy Riley, por cierto —la acompañante de la morena extendió la mano hacia Morgan y se presentó ella misma por ir ganando tiempo—. La hermana pequeña de Jessie.

Aquel retazo de información casi no era necesario, porque el parecido físico era evidente.

—Morgan. Amiga y compañera de trabajo de Gail.

La monitora correspondió al saludo estrechándole la mano y la tal Riley le sonrió. El gesto lucía especialmente bonito en sus facciones, muy parecido a como le quedaba a Jessie, pero faltaba la parte del brutal impacto emocional.

—¿Alison? —probó suerte la chica centrando en ella unos ojos verdes similares a los de su hermana y sonrió ante su ligero desconcierto—. Jessie me ha hablado de ti.

¿En serio? Le dieron ganas de preguntarle qué le había contado, pero se lo pensó mejor, porque fuese lo que fuese resultaba irrelevante. Seguro que se refería a ella como «Alison, la amiga de Gail» y debería seguir el ejemplo y comenzar a mirarla como a «Jessie, la falsa Jess_92», sin connotaciones sentimentales. Cualquier otra cosa resultaba ridícula.

Estrechó la mano de Riley justo en el momento en que la pareja del siglo dejaba de comerse la boca y regresaba a la realidad.

—Bonito tatuaje —opinó, observando su bíceps.

—¿Te gustan? —curioseó la chica.

—En los demás. Me dan miedo las agujas. Y dicen que hacen daño.

—No le digas eso a Riley —Jessie intervino con una sonrisa divertida—. No parará hasta desensibilizarte. Es tatuadora. Y de las buenas.

—Si tan buena soy… ¿cómo es que no has dejado que vuelva a tocarte?

—¿Con una vez no fue suficiente? —rebatió Jessie.

—Cuando se trata de tatuajes, nunca es suficiente.

Gail abrazó a la psicóloga desde atrás, rodeándole la cintura con los brazos, y se asomó a las presentaciones, con la barbilla apoyada sobre su hombro.

—¿Tienes tatuajes? —la monitora se lo preguntó junto al oído y la aludida se revolvió ligeramente.

Muchos puntos extra, porque a su amiga la volvían loca las chicas con tatuajes, eran sus favoritas, pero no recordaba haber visto ninguno en las partes al descubierto del cuerpo de Jessie. Seguro que eso a Gail le ponía más aún.

—Tiene uno —Riley respondió por su hermana—. Pero dejaré que lo descubras tú misma.

La psicóloga le pegó un manotazo en el brazo al escucharla y Gail se

limitó a sonreír, seguro que en ese momento lo estaba deseando más que nunca, pero disimuló interesándose por los tatuajes de la menor de las hermanas. En Riley eran evidentes a simple vista. Se fijó en los brazos de la monitora en torno a la cintura de Jessie y se terminó la bebida para sobrellevarlo mejor, el alcohol podría ser su mejor aliado en aquellas sesiones de exposición.

—¿Quieres otra? —escuchó la voz de Morgan a su lado y la miró, sonriendo levemente.

—¿Tu oferta sigue en pie?

—Hasta que la aceptes —se lo recordó apoyada frente a ella en la barra, eclipsándole las vistas.

—Un ron cola.

—Un ron cola —repitió antes de hacerle señas al camarero—. Me parece que esta noche vamos a perder a Gail muy pronto.

Desvió la vista a la barra, se centró en su propia mano y la forma en que acunaba aquel vaso vacío, seguro que había una metáfora cojonuda por alguna parte, pero no tenía ganas de pensar.

—¿Todo bien, Carter? Estos últimos días parece que estás en otro lado —dijo la monitora acariciándole el antebrazo—. ¿Sigues dándole vueltas a lo que quiera que tuvieras en la cabeza en la piscina?

Levantó la vista al oírla mencionar aquel momento y se encontró de lleno con sus ojos mientras sentía cómo los dedos de Morgan continuaban paseándose sin prisas sobre su piel. Y, en el momento, no supo distinguir muy bien si lo que pretendía con aquella observación era interesarse por sus más profundas cavilaciones o rescatar su encuentro pasional en la piscina del Zum Fitness, una forma suave de allanar el terreno para sugerir que repitieran en otro escenario un poco más tarde.

Al tiempo que trataba de descifrar sus intenciones, alcanzó a ver la sonrisa de Jessie por encima de su hombro, fugaz e impactante, y aquel sentimiento de injusticia inundó su conciencia de repente, como si se hubiera roto el dique con el que pretendía mantenerla a raya.

Era 1 de julio y ninguna de las dos debería estar allí, la psicóloga tendría que ser bibliotecaria y sonreírle así a ella mientras comían *sushi*. Y es que Jess_92, además de una mentirosa, era una maldita cobarde que había desaparecido sin dar la cara, dejándola sin defensas frente a la que había pretendido que era la suya. Bebió del nuevo vaso en cuanto el camarero lo posó frente a ella en la barra.

—No tenemos que hablar de ello si no quieres —la monitora lo aclaró ante su silencio.

—¿Te apetece bailar?

Cortó el tema de raíz y la tomó de la mano sin apenas darle tiempo a contestar. Escuchó un «Claro» a su espalda mientras arrastraba a la monitora

hasta el centro de la pista y daba un sorbo a su ron cola, todo a la vez. La canción que sonaba en aquel preciso momento era una de sus favoritas, así que se dejó llevar por el ritmo de la música sin pensar en nada más, cuando se giró hacia Morgan, la chica se movía también y no lo hacía nada mal. Recorrió sus curvas con la mirada, repitiéndose a sí misma que no le importaba lo que estuviera ocurriendo unos metros más allá, bebió un poco más al ver a la monitora sonreírle, como aquella noche en la piscina. Se sentía estafada, defraudada y vacía, muy vacía y, cuando abandonaba el pensamiento lógico, desplazada por Gail de un lugar que nunca fue suyo.

«Los conoces, te gustan, quedas con ellos y ves lo que hay».

Nada, es que no había nada que ver, todo había sido un jodido espejismo en el desierto en forma de Barry Walker. Y encima Gail había quedado con ella y le gustaba lo que veía. Click, una buena forma de conocer gente de la que poder enamorarse o una mierda de página web, iba a dejar un comentario muy poco favorable en el apartado «opiniones de usuarios». Una *vendetta* que no la llevaba a ningún sitio, ya lo sabía, pero necesitaba una pequeña válvula de escape a toda su frustración, porque encima seguía esperándola, a Jess_92, quien quiera que fuera, comprobando WhatsApp a períodos intermitentes por si había novedades.

Estás jodida, Carter, pero en proceso de recuperación. No lo olvides, que es importante.

A la quinta canción, Morgan le rodeó la cintura con el brazo que no sostenía la bebida y no le pareció mal. Se acercó un poco más a ella, moviendo las caderas al ritmo de la música, y la tomó por la nuca. La monitora le sonrió y ella le devolvió el gesto, Morgan no le gustaba de esa manera, pero le atraía de todas las demás, le gustaba gustarle y que la mirase de esa forma. Tenía a una de las dos monitoras más cotizadas del Zum Fitness hipnotizada por sus caderas y prácticamente babeando ante sus movimientos. Un parche a su maltrecha autoestima, porque se había fijado en ella a pesar de que a otras le atontaran las piernas increíblemente tonificadas de su compañera de piso.

—¿Por qué eres tan sexi, Carter? —Morgan lo preguntó junto a su oído mientras le acariciaba la espalda, hacia abajo, invitándola sutilmente a acercarse más—. Me cuesta concentrarme en clase, ¿sabes?

—¿En serio? —Le sonrió, porque a nadie le desagrada un dulce y a lo mejor así se le hacía la noche menos amarga—. No se te nota.

—A veces, mientras te miro, recuerdo cómo follamos en la piscina y… joder…

La monitora suspiró contra su oído y a ella le entró mucho calor acompañando al escalofrío que le recorrió de arriba abajo. Sintió la humedad de sus labios recorriéndole el cuello e inclinó la cabeza a un lado para darle más espacio, enredaba las manos en su pelo cuando localizó a

Jessie y a Gail a un par de metros de allí.

Su amiga bailaba así con el único objetivo de calentarla y seguro que lo estaba consiguiendo, joder, es que en muchos sitios fijo que te convalidaban la pérdida de la virginidad por mucho menos. En esos momentos se movía de espaldas contra Jessie, muy pegada, casi restregándose y con muchas ganas, la sujetaba por la nuca con una mano mientras se dejaba besar el cuello y parecía que lo estaba disfrutando.

¿Sentiría ella lo mismo que estaba sintiendo si los labios que en esos momentos recorrían el suyo fueran los de Jessie? Casi jadeó con solo imaginarlo, así que más, sentiría mucho más. A aquella peligrosa fantasía se le unió esa voz, «no te imaginas las ganas que tengo de tocarte», y apartó la vista, porque Jessie no hablaba así y la última vez que dejó volar su imaginación de aquella manera terminó masturbándose sobre su cama con Jess_92 al otro lado del teléfono. Acordarse la avergonzaba, la entristecía y le ponía muy cachonda, todo al mismo tiempo, un desafío conseguido para su paleta emocional.

Coló una pierna entre las de Morgan, necesitaba sentir algo físico que la anclase a su realidad, a la de verdad, así que se movió contra ella y respiró profundo su olor, para dejar claro al resto de sus sentidos que no era Jessie, y recalcó un «a pesar de eso nos gusta mucho, así que seguid así». Consiguió evadirse durante varias canciones, pero algo más avanzada la noche regresó la mirada a su amiga y las descubrió frente a frente, besándose sin restricciones, como si no les estorbara la gente alrededor. Gail le acariciaba el culo con las palmas abiertas, seguro que pegándola a su cuerpo, aunque era imposible que consiguieran estar más cerca, la morena era muy cabezota, así que continuaría intentándolo.

No mires, joder. Morgan le mordió el cuello, pero ella era incapaz de apartar la vista de la forma en que Jessie besaba a su amiga, con las manos enredadas en su pelo y esa manera de atrapar sus labios. Mierda, es que prácticamente estaban en los preliminares, diez minutos más y follarían allí mismo.

Justo entonces Gail se separó de la boca de la psicóloga y dijo algo antes de morderle el labio inferior con la mirada clavada en su verde favorito. «Vámonos» o algo por el estilo, fuera lo que fuera impulsó a Jessie a besarla con ganas de nuevo antes de dejarse arrastrar de la mano.

El dolor no existe, Carter, es solo un estado mental.

Las vio alejarse, sorteando al resto de ocupantes de la pista en dirección al baño. ¿Iban a follar en los baños del Trinity? Una chica que te lleva zumos al trabajo se merece algo más que un polvo rápido en los aseos de un club nocturno, así que le entraron ganas de seguirlas, zarandear a Gail y exigirle: «Ya que lo haces, al menos hazlo bien», pero se quedó en su sitio y en cuanto las perdió de vista su imaginación se puso en marcha y se le revolvió el cuerpo entero.

Morgan la buscó y ella se dejó encontrar de nuevo por aquellos besos que la pusieron increíblemente cachonda en la piscina del gimnasio, por el ligero toque a alcohol en su aliento y el sabor de sus labios, por la sensación de su lengua abriéndose paso hacia el interior de su boca. La monitora lo hacía todo tan bien que su incapacidad para dejar de hipotetizar era inexplicable desde todo punto de vista.

Folla y deja follar, Carter.

Un mantra cojonudo y muy apropiado, aunque no aplicable a su caso, porque disfrutaría acostándose con Morgan, pero no le apetecía hacerlo otra vez por las razones equivocadas. Ella solo quería follar por amor o por un buen orgasmo.

Le pidió tiempo muerto a la monitora, alegando que no se encontraba bien y necesitaba tomar el aire, y la pobre chica primero la miró confundida, porque dos segundos antes tenía su lengua haciéndole cosas muy interesantes al interior de su boca, pero después se ofreció a acompañarla fuera. Todo un detalle, aunque rechazó la oferta despidiéndose con un fugaz beso en los labios, no quería parecer una zorra calentona y despiadada.

Se abrió paso entre la gente y se llevó unos cuantos empujones al ritmo de la música, salir del Trinity fue un contraste bastante impactante y el estruendo de la fiesta quedó tras ella, camuflado por unos cuantos centímetros de cemento, aunque podía sentir las vibraciones de la música en el ambiente.

Se alejó varios metros de la entrada, cruzando los brazos sobre su pecho, porque refrescaba de madrugada, eran casi las dos y media y su atuendo no estaba pensado para abrigar precisamente. Apoyó la espalda sobre la fachada del edificio y se golpeó con suavidad la cabeza contra el hormigón.

Espabila, Alison, espabila.

Si se hubiera quedado en casa, habría terminado la película hacía horas, con aquel «Nadie es perfecto» que siempre le sacaba una sonrisa, no fallaba, así que se habría ido a la cama de buen humor y estaría durmiendo, arropada por el calor de sus sábanas y ajena al hecho de que Gail estaba follando con la representación física de la chica de la que estaba enamorada en los baños públicos de su discoteca favorita. Ya nada volvería a ser lo mismo.

El Trinity había sido mancillado.

Se estaba planteando seriamente dar por finalizada la noche y regresar a su piso, disculparse por el plantón ante Marilyn Monroe y compañía, hacerse unas palomitas en el microondas y recuperar el tiempo perdido. Olvidarse de Gail y de su facilidad para hacer gemir a sus compañeros sexuales durante toda la noche.

—Mierda, Jess, lo siento. Te he jodido tu puta estrella fugaz.

Lo escuchó a un par de metros de ella y, al girar la cabeza, descubrió que

Jessie no estaba gimiéndole a su amiga al oído, de hecho, salía de la discoteca con el brazo de su hermana rodeándole el cuello, la posición más cómoda para ayudarla a caminar, porque Riley parecía muy borracha. La había perdido de vista hacía horas, pero daba la impresión de que la hermana pequeña de la chica había aprovechado la noche a tope.

—¿Qué dirían papá y mamá si se enterasen de que sigues vomitando en los baños de los bares como cuando tenías dieciocho? —Jessie suspiró, sujetándola por los hombros para que se mantuviera en pie.

—¿Qué dirían papá y mamá si se enterasen de que lo sabes porque ibas a follar con una diosa del sexo en el cubículo de al lado? —su hermana pequeña se lo rebatió con media sonrisa ebria—. Te has quedado con el calentón, ¿eh?

Eso último lo dijo en tono burlón y trató de tocarla por encima del pantalón, pero Jessie le pegó en la mano y Riley comenzó un descenso programado, escurriéndose pared abajo.

Cuando cayó en la cuenta de que la psicóloga no podía sujetarla sola a pesar de sus esfuerzos y de que aquel suelo estaba repleto de cosas irreconocibles y asquerosas, acudió en su ayuda y sujetó a la pobre borracha por un brazo.

—La tengo.

Riley la miró con media sonrisa y los ojos cargados de felicidad ebria.

—Me tiene, Jess —informó a su hermana—. Joder, eres increíblemente guapa, ¿te importa que te dibuje desnuda algún día?

La tatuadora trató de acariciarle la cara mientras le sonreía de aquella forma, pero Jessie le sujetó la mano antes de que alcanzara su objetivo y le dio una suave bofetada en la cara, provocando sus protestas mezcladas con risas. Ante aquella escena tuvo que sonreír ella también.

—Lo siento, Alison —la psicóloga se disculpó con una sonrisa—. No le hagas caso, solo dice gilipolleces, sobre todo cuando está borracha.

—Vaya, gracias.

Bromeó esbozando una sonrisa, porque el hecho de que la chica estuviera allí, en vez de en los baños con Gail, le había puesto de excelente buen humor.

Jessie pareció meditar sus palabras y sonrió de medio lado al caer en la cuenta de cómo podían interpretarse.

—Me refiero a lo de dibujarte desnuda, esa es la gilipollez, no que seas increíblemente… —se paró a mitad de frase y sonrió más aún—. Joder, me estoy poniendo roja, ¿verdad?

—Verdad —Riley lo confirmó, divertida, acariciándole la cara, y Jessie le sujetó la mano de nuevo—. A ver si te has equivocado de compañera de piso, Jess.

Jessie buscó su azul, un poco avergonzada por la situación en su conjunto,

y ella tuvo que apartar la vista por unos segundos, porque a lo mejor se estaba poniendo un poco roja también ante aquella última sugerencia. Podía notar su estómago literalmente flotándole por dentro, gravedad cero en su organismo, y devolvió la vista a Jessie, permitiéndose admirar su perfil.

—Creo que tú y yo nos vamos a casa ahora mismo —anunció la psicóloga decidida.

—De puta madre, pasadlo bien, yo entretendré a Gail —se ofreció Riley tratando de incorporarse para cumplir aquella misión.

Puso una cara de perversión total que la impulsó a sonreír divertida y, como plus, un agradable escalofrío le recorrió la columna ante la idea de irse a casa con la morena. Jessie volvió a acomodarla sobre la pared.

—Quieta ahí, fiera. Te doy unos minutos para que te dé el aire y tú y yo nos vamos a casa.

Reforzó los pronombres colocando la mano extendida sobre el pecho de ambas alternativamente.

—¿Te quedas sin polvo en los baños? —exclamó Riley frunciendo el ceño desproporcionadamente defraudada—. Jess, nunca has follado en los bares de un bar, no puedo quitarte esta oportunidad.

Jessie la miró de nuevo, con media sonrisa nerviosa y evidentemente incómoda por la difusión de aquella información de índole privado. Le tapó la boca a Riley con la palma de la mano para evitar más desafortunadas primicias.

—Lo siento, de verdad. Puedes volver dentro, se merece sentarse en lo que quiera que sea eso.

—No pasa nada y nadie se merece sentarse sobre… eso —dijo, mirando aquella mezcla explosiva y arrugando la nariz en el proceso.

Al alzar la vista, Jessie la miraba con una sonrisa divertida en el rostro y respirar le costó un poco más.

—¿Te gustó la película? —preguntó la psicóloga, dejando atrás la conversación acerca de escenarios sexuales.

Oh, sí. La película. Su «¿Tienes planes para esta noche?» volvió a revolverle un poco el alma, pero trató de disimularlo lo mejor posible y agarró con firmeza a Riley, porque trataba de escurrirse al suelo de nuevo.

—Las he visto mejores.

Jessie sonrió y adoptó un gesto de fastidio a la vez, y el resultado de aquella combinación en sus facciones la golpeó de lleno justo en mitad del pecho, para cuando la chica volvió a hablar ella ya había desviado la mirada a cualquier otro sitio que no fuera aquel verde intenso.

—Vaya, lo siento, ¿qué tipo de películas te gustan? La próxima vez invitaré a Gail a una de esas y al menos lo pasarás bien.

—Me gusta el cine clásico —admitió, y de nuevo sintió ese vacío interno, porque si Jessie fuera quien tendría que ser, aquello lo sabría de sobra—.

Hollywood en los cuarenta y los cincuenta.

Casi esperó verla sonreír y señalar la coincidencia, porque se había pasado tantas noches hablando con «ella» acerca de sus películas favoritas que no concebía cualquier otra respuesta. Por eso le pesó un poco más el alma al escuchar la voz divertida de Riley ofreciendo nueva información acerca de los gustos de su hermana.

—Joder, Jess, qué putada. Las películas en blanco y negro le dan dolor de cabeza —explicó, dirigiéndose a ella en especial.

Un paso más al frente, como un «descubre las siete diferencias», aunque seguro que habría muchas más. Otra razón de peso para ir recolocando cada cosa en su lugar y separando realidades. Porque Jessie y Jess_92 no eran la misma persona, no conocía aquella versión en absoluto y por eso no podía gustarle. Jessie le sonrió tapando de nuevo la boca de su hermana y, ante aquel gesto dirigido a ella, aquellas bases tan sólidas comenzaron a resquebrajarse desde los cimientos.

—No es que no me gusten —se justificó con mucho más tacto—. Pero creo que mi sistema visual necesita estimulación cromática para su correcto funcionamiento.

—¿Has visto alguna entera? —se interesó, alzando una ceja.

Y antes de que Jessie pudiera contestar, Riley se le adelantó.

—Nunca, y todas las Navidades sale corriendo del salón antes del minuto cinco de *Qué bello es vivir*.

—¿En serio? Es una de mis favoritas, deberías verla, podrías tomarte una aspirina como precaución —bromeó y le gustó verla sonreír.

—Así que la próxima vez que quiera invitar a Gail al cine debería comprar entradas para una reposición.

—Si piensas hacer eso, ahorra tiempo y dámelas a mí directamente.

Jessie la observó por un par de segundos de una forma inédita hasta entonces, como si le estuviera encantando aquella conversación y con media sonrisa adornándole los labios. Ella le sostuvo la mirada mientras su corazón comenzaba a golpearle con un poco más de fuerza las costillas.

Intenso.

Riley intentó dejarse caer al suelo de nuevo y ambas rompieron el contacto visual para devolverla a su sitio, sujetándola cada una por un brazo.

—Será mejor que me la lleve a casa antes de que se quede dormida aquí de pie. ¿Te importa vigilarla dos minutos para que pueda decirle a Gail que nos vamos?

—Claro, tranquila.

Jessie se lo agradeció con una sonrisa antes de caminar hasta la puerta de la discoteca y desaparecer en su interior.

Miró a Riley, sujetándola por ambos hombros, aquella chica se sentaría en la masa viscosa a la primera ocasión. No durante su guardia. Le devolvió la

sonrisa al reparar en que la observaba con una bastante grande pintada en la cara. La miraba insistente, desgastándole las facciones.

—Joder, eres increíblemente guapa, ¿te importa que te dibuje desnuda algún día? —perseveró en su artística propuesta.

—¿También te gustan las chicas?

—No lo sé —admitió completamente concentrada en acariciarle la cara—. Pero creo que sí —añadió esbozando media sonrisa, ebria, pero muy parecida a las de Jessie y, por lo tanto, bastante increíble—. Dile a Gail que no sea muy dura con mi hermana, está muy sensible por lo de Taylor y nunca ha follado en los baños de un bar —dijo, tomándole un mechón de pelo entre los dedos y mirándolo con fascinación.

—Taylor.

Repitió aquel nombre, repentinamente interesada, y se dio cuenta demasiado tarde de que estaba sonsacando información a una pobre e indefensa borracha.

—Su exnovia. Folló con otra y le ha hecho polvo. Y ahora creo que cree que tu amiga le queda grande. Dile que la trate bien.

—Se lo diré.

—Nunca ha follado en los baños de un bar —repitió aquella información, como si su eco se hubiera quedado rebotando en las paredes de su cerebro y encontrara de vez en cuando la salida.

—Nunca ha follado en los baños de un bar —repitió ella, divertida.

—Nunca ha follado en los baños de un bar —la imitó acompañando sus palabras con una risa inmotivada—. Vería todas las películas de cine clásico sin aspirinas ni nada si se enamorase de ti. Mi hermana es así de idiota.

—Muy idiota, pero dale un respiro, porque «Nadie es perfecto».

Le siguió la corriente, citando el final de su película favorita, pero perdiendo la sonrisa por el camino ante el impacto de aquel «si se enamorase de ti».

Antes de que la chica pudiera repetir una vez más eso de que Jessie nunca había follado en los baños de un bar, la aludida abandonó el local acompañada de Gail. Se apresuró en acercarse a ellas y retirar la mano de Riley de su pelo.

—Perdona. Cuando está borracha… —comenzó a disculparse de nuevo.

—¿Solo dice gilipolleces? Sí, lo sé, me lo han advertido —bromeó y Jessie sonrió mirándola fugazmente.

—Riley, el tío con el que te has estado enrollando la mitad de la noche me ha pedido que te dé esto —intervino la monitora, que le tendió una servilleta con un número de móvil escrito en rotulador rojo.

La chica la aceptó intrigada, la observó dos segundos e hizo amago de metérsela en la boca. Jessie fue más rápida y se la arrebató, guardándola en uno de los bolsillos delanteros de los pantalones de su hermana.

—¿Qué piensas contarle a Doble S? —la psicóloga se lo preguntó en tono de burla y Riley se rio.

—Doble S y yo no somosss exclusivosss —respondió alargando las eses y debió hacerse aún más gracia a sí misma.

Continuó riendo mientras su hermana la ayudaba a acercarse al borde de la acera con la intención de parar un taxi. Gail la sujetó por el otro lado y ella se quedó de pie, de brazos cruzados observando la escena. Con la sensación de volver a estar en la cuneta, admirando el tráfico desde lejos. En menos de dos minutos, Gail abría la puerta trasera del taxi y Jessie la ayudaba a entrar, entonces Riley se giró hacia ella y la señaló con el dedo.

—Tú también estás invitada al Tattoo Too mañana, ya verás qué pronto te quito el miedo a las agujas —aseguró y no pudo decir más, porque su hermana la obligó a meterse en el vehículo.

Observó cómo Jessie centraba su atención en Gail y la forma en que la monitora la sujetó por la cintura. Alcanzó a escuchar un «Lo siento» por parte de la psicóloga, pero su amiga no le dejó decir más y la besó de forma bastante pasional. «No pasa nada» y «Hasta luego», dos en uno y algo de lengua, después le acarició el cuello con ambas manos mientras se separaba de su boca y le sonrió. Jessie le devolvió el gesto antes de desviar su mirada a ella.

—Te debo una, Alison. Y un par de entradas para una de esas reposiciones.

—Ve *Qué bello es vivir* y estamos en paz —pactó con ella y, desgraciadamente, su sonrisa le encantó un poco más.

Jessie desapareció en el interior del taxi y la monitora se despidió con un gesto de la mano junto al cristal cuando el vehículo emprendió la marcha. Su amiga lo observó alejarse durante tres o cuatro segundos antes de girarse hacia ella, suprimiendo una sonrisa mientras se mordía el labio inferior.

—Joder, Carter, me ha dejado tan cachonda que más te vale atrancar la puerta de tu habitación esta noche.

—¿Qué ha pasado?

No quería detalles, pero necesitaba saber.

—Nada. Nada de nada. Mierda, ni siquiera he llegado a desabrocharle el pantalón. Su hermana ha bebido más de la cuenta, nos la hemos encontrado dando tumbos en los baños y no ha querido dejarla dando tumbos diez minutos más.

Casi sonrió al escuchar eso de «Nada de nada», pero no lo hizo por solidaridad con su amiga y porque no tenía derecho a alegrarse de que Riley les hubiera obligado a abortar el plan de sexo desenfrenado en los baños del Trinity. Aun así, celebró por dentro que el universo acababa de recuperar su equilibrio.

—¿Qué ha pasado con Morgan? —curioseó Gail—. La última vez que os

he visto estabas muy cariñosa con ella.

—Necesitaba tomar el aire.

—Perdona, Carter, pero creo que necesitas otras cosas —se burló y ella le golpeó el brazo sonriendo sin casi quererlo—. Jessie y Riley nos han invitado mañana a ver el estudio de tatuajes. Solo a mirar, no hace falta que te hagas ninguno.

—¿Tienes intención de hacerte uno tú?

—No lo sé. Pero tengo intención de descubrir dónde lo tiene Jessie, joder, es como la puta búsqueda del tesoro, pero en porno cachondo. Por cierto, me acaba de preguntar si Morgan y tú sois novias, deberías planteártelo seriamente, parece que hacéis buena pareja —la animó regresando al interior del establecimiento.

La siguió sin responder nada, porque sí que debería plantearse muchas cosas y muy seriamente, además. Un claro ejemplo era la forma en que le hacía sentir recordar la sonrisa nerviosa que le había salido a Jessie en mitad de aquel laberinto sin salida, ese en el que se había metido ella sola con su «cuando está borracha solo dice gilipolleces». Y debería darse prisa en aclarar algunos puntos, comenzaba a ser urgente, porque nunca antes le había dolido el pecho mientras Gail follaba.

OceanofPDF.com

9

El cristal con que se mira

«Elsa»
En línea
JESSIE: Gail y Alison van a venir ahora mismo a ver el Tattoo Too.
JESSIE: Riley bebió ayer. Mucho. Y las invitó.
JESSIE: ¿Quieres conocerlas?
ELSA: Me encantaría, pero estoy en la cama.
JESSIE: Son las cinco y media de la tarde.
ELSA: Se me complicó la noche.
JESSIE: ¿No giraste a la derecha en la segunda nebulosa?
ELSA: ¿Alguna vez has visto fotos de los anillos de Saturno?
JESSIE: No me interesa la orfebrería.
ELSA: Gilipollas.
ELSA: Parece de juguete.
ELSA: Si venís luego a casa os lo enseño.
ELSA: No nos hemos visto en todo el fin de semana.
ELSA: Tienes que contarme qué tal ayer con tu nebulosa Ojo de Gato.
JESSIE: No sé si es buena idea ir a tu piso.
ELSA: Taylor se fue el viernes a Tacoma a ver a sus padres.
ELSA: Dijo que volvería mañana directamente, tiene examen a las once.
ELSA: No tengas miedo, pequeña, el terreno está despejado.
JESSIE: Te lo confirmo luego.
JESSIE: Y levántate de la cama.

Depositó el móvil sobre la mesa de la zona despacho del Tattoo Too, junto al ordenador de su hermana, y levantó la vista para comprobar si seguía tan concentrada como minutos atrás. Lo estaba.

Cuando Riley se ponía a dibujar desconectaba del resto del planeta y, en aquellos momentos, parecía más desconectada que nunca. Inclinada sobre aquel desnudo femenino y casi sin parpadear mientras paseaba el lápiz a lo largo y ancho de la superficie del folio, un A2, a tamaño natural y espacio que no le faltara. Sonrió un poco ante el evidente interés de su hermana por la anatomía femenina, siempre que le sacaba el tema Riley respondía en plan de broma, pero la forma en que la noche anterior se había quedado mirando

a Alison embobada mientras le acariciaba el pelo le había parecido bastante seria, la verdad. «Eres increíblemente guapa, ¿te importa que te dibuje desnuda algún día?». Y la rubia había sonreído, entretenida con los delirios de su pobre hermana borracha.

—Llevas un rato retocando los pezones, las mujeres son más que un par de pechos, ¿sabes? —Y se rio cuando Riley le enseñó el dedo medio de su mano sin separar la vista del papel—. Si Alison acepta tu oferta, vas a tener que empezarlo de cero.

Eso último lo dijo al abandonar el asiento tras aquella mesa para acercarse al rincón de dibujar de su hermana.

—Alison no parece de esas —comentó Riley distraída, sin levantar su vista del papel.

Y no sabía muy bien a qué se refería con aquel «esas», pero sonrió igualmente. Se apoyó sobre sus antebrazos en el respaldo de la silla y observó sus avances en aquella obra de arte.

—Si querías que quedara realista, siento decirte que nunca he visto unos pechos así de perfectos.

—Y yo siento recordarte que tampoco es que hayas visto muchos.

Con aquel comentario su hermana se ganó un suave golpe en la coronilla y ella observó durante unos segundos más los trazos que iban naciendo de los movimientos del lápiz sobre el papel. Le gustaba verla dibujar, casi le hipnotizaba la manera en que aquellas formas surgían de la nada.

—¿De cuáles parece, según tú? —le preguntó a Riley.

—¿Perdona?

—Alison —aclaró, y abandonó su posición tras la silla para terminar apoyada de espaldas a la pared justo frente a la mesa de dibujo—. Has dicho que no parece de esas.

—De las jodidamente guapas —respondió conectando sus miradas—. De esas parece. Y fue un detalle por su parte no dejar que me sentara en el suelo. Joder, habría cogido hepatitis, seguro. La A, la B, la C… el puto abecedario entero.

—Dale las gracias, le estuviste tocando la cara como una pervertida mientras le pedías que se dejara dibujar desnuda, otras te habrían soltado por mucho menos.

—La habría besado —comentó distraídamente tras devolver su vista al papel y dejó de ser divertido de repente.

—¿En serio?

Su hermana volvió a mirarla.

—En serio. Podría haber sido mi primer beso con una chica —añadió, dejando el lápiz a un lado.

—¿Y por qué no intentaste nada en toda la noche?

—Porque no le gustan los tatuajes y porque creo que está con esa tal

Morgan —lo dijo recostándose contra el respaldo de la silla sin dejar de mirarla.

Esa tal Morgan o la compañera de Gail en el Zum Fitness, que a fin de cuentas venía a ser lo mismo. Otra de las *sex symbol* del gimnasio, castaña y descaradamente en forma, la práctica totalidad de los asistentes a su clase la miraban embobados y algunos de los que se quedaban fuera también. Y mientras sus alumnos contabilizaban hasta las veces que respiraba por minuto, esa tal Morgan observaba a Alison de una manera bastante evidente. Si tuviera que apostar, diría que lo hacía pensando en las cosas que le haría si tuviera la oportunidad.

—Crees mal, Gail dice que no tienen nada serio.

—¿Y está segura? Porque no las vi reírse mientras se comían la boca anoche.

—¿Tú te ríes mientras le comes la boca a Doble S?

—Reinicia, Stevens, que te has quedado desactualizada.

Su hermana lo dejó caer esbozando media sonrisa divertida, con la atención centrada en aquel desnudo femenino.

—Joder, Riley, ¿ya? —se sorprendió porque la velocidad a la que se movía la vida sentimental de aquella chica era verdaderamente sorprendente.

—Tranquila, ya ha retirado tu falso perfil de Click y hemos quedado como amigos —aclaró los términos de su armisticio—. Me he cubierto las espaldas por si un día quieres localizar a la tal Jess_92. Ya sabes cuál es mi mantra.

—¿No te quedes con uno si puedes tenerlos todos?

—Ese es para domingos y festivos —encajó su ironía con mucha clase mientras daba los últimos retoques a uno de los pechos—. Para diario me gusta más eso de nunca digas nunca. Así que no lo digas y si una mañana te despiertas preguntándote quién robó tu imagen para robar corazones, no dudes en llamarme. Un doble robo no debería quedar impune.

—De momento me vale con que haya retirado el perfil de la web.

—Tenía una cantidad acojonante de *clicks*, reventando estadísticas, deberías andar con cuidado, seguro que hay miles de chicas maravilla por ahí fuera buscándote para vengar a sus amigas despechadas.

—¿Crees que esa Jess_92 ha jugado con más de una?

—No te quedes con una si puedes tenerlas a todas —parafraseó su comentario anterior—. Lo jodido es que seguro que Alison tenía donde elegir y se quedó con la peor.

Y sí que era jodido, una bandera roja en plan «precaución» y una razón más que acudía a toda prisa a hacerles compañía a «Rick y las siete pollas» como confirmación de que las aplicaciones tipo Click no eran para ella. Después pensó en que a Taylor la había conocido de un modo más convencional, a través del socorrido «es la amiga de una amiga», y las cosas

no habían terminado excesivamente bien, y es que a lo mejor lo que no era para ella era conocer chicas y punto. Independientemente de la forma o el modo de administración. Alison había elegido mal en Click y ella había elegido mal en general.

—¿Por qué crees que lo hizo? —curioseó tras unos segundos de silencio.

—¿El qué? —su hermana lo preguntó con toda la atención centrada en su pornográfico boceto.

—Quedarse con Jess_92.

Riley levantó la mirada del papel para observarla con un gesto bastante expresivo en la cara, incluía media sonrisa que sonaba a «venga, Jess, ¿en serio?», con un ligero toque de «estás de coña, ¿verdad?» y carcajada incluida.

—¿Qué?

Alzó las cejas como acompañamiento al empujoncito verbal y su hermana chasqueó la lengua volviendo a sus quehaceres.

—Pregúntaselo a una de tus diez mil seguidoras de Instagram, seguro que cualquiera de ellas te lo explica mejor que yo.

—Nadie se cuelga de esa manera por un par de fotografías, Riley. Puede que le llamaran la atención al principio, pero tuvo que haber algo más.

—Por supuesto, Jess, pajaritos cantando, arcoíris en vertical y lluvia ácida de caramelos de fresa con forma de corazón —le siguió la corriente con ese tono de burla que la exasperaba un poquito más cada vez que lo usaba con ella.

—Eres imbécil y te has pasado con los pezones —atacó su creación solo para molestarla, pero su hermana tenía respuestas para todo.

—Cuando veas los de la mujer maravilla me dices si te gustan más.

—Podría decírtelo ya si ayer no te hubieras bebido la barra entera del Trinity tú sola.

—O si no fueras tan buena hermana. Pasaste de sexo en los baños de un bar con una jodida monitora de *body combat* por cuidarme. Papá y mamá pueden estar orgullosos.

—Me gustaría decir que tú habrías hecho lo mismo por mí.

—Y a mí que fuera cierto.

Se le escapó media sonrisa al oírla, Riley le devolvió una entera y ella resopló dándola por imposible. Estaba casi segura de que su hermana sí que pasaría de sexo en los baños de un bar con una jodida monitora de *body combat* por cuidarla a ella si se diera tal circunstancia, pero no pondría la mano en el fuego por si acaso se quemaba.

***

Gail se había vestido a conciencia, porque aquellas prendas no estaban diseñadas únicamente para proteger del frío, la ropa que había elegido su amiga para acudir al Tattoo Too esa tarde estaba pensada para hacer entrar en calor también a los demás. A todos en general y a Jessie en particular, su peculiar forma de decirle «mira lo que te perdiste anoche» y seguro que la saludaba con un beso de los interesantes, de los de «espabila o te lo pierdes de verdad», porque a Gail ni le gustaba esperar ni lo necesitaba. A la monitora le llovían las ofertas de continuo y a lo bestia, como si estuviera en el jodido sudeste asiático en época de monzones. Le encantaba aquella climatología y el paraguas se lo dejaba en casa aposta.

La noche anterior Gail se había pasado el viaje de vuelta en taxi repitiendo una y otra vez lo cachondísima que la había dejado Jessie tras la cancelación de su sesión en los baños del Trinity. La había escuchado parlotear acerca de lo bien que lo hacía todo tratando de aparentar que le daba lo mismo que hubiesen estado a punto de follar contra la pared de uno de los aseos de su club favorito. Es que no debería importarle, joder, pero le importaba y, al llegar a casa, había comprobado de nuevo el estado de su última conversación con Jess_92. Un soliloquio, más bien. Uno triste y gris, un pelín desesperado y empapado de frustración, porque seguía esperando ser leído por su destinataria, cuando tuviera un rato y le apeteciera. Se había ido a la cama sintiéndose nuevamente estafada y vacía. Acordándose de su sonrisa antes de recordar que no lo era en realidad y dando vueltas en torno al mismo eje con un empeño envidiable.

«Me refiero a lo de dibujarte desnuda, esa es la gilipollez, no que seas increíblemente…».

Gilipollas.

Muy gilipollas. Porque veía a Jessie e irremediablemente la confundía con quien querría que fuese y se olvidaba de quién era en realidad. Una desconocida atontada por el hechizo Morrison que besaba a su compañera de piso como si que te ducharan con café a las ocho de la mañana fuera lo más romántico del maldito universo. Sonreía de aquella forma mirando en la dirección equivocada y no le gustaba el cine clásico de Hollywood.

—¿Te gusta? —Gail la sacó de sus cavilaciones mientras caminaban a paso ligero hacia el Tattoo Too.

—¿Quién?

Le salió automático y un pelín agudo, porque la respuesta era «Sí, pero no es ella y encima le gustas tú», así que lo dejaría en un «Joder, claro que no». Poco fiel a la verdad, pero mucho más práctico dadas las circunstancias.

—¿Quién va a ser? Morgan —lo dijo como si fuera obvio y a ella ni se le había pasado por la cabeza—. Follas con ella en la piscina del Zum Fitness y últimamente la acercas y la alejas de ti como si fuera un puto yoyó. Ayer no fui la única que se quedó con las ganas. La tienes loca, joder.

—No me gusta de esa manera.

—Pues dime de cuál, porque de alguna te gusta seguro.

Gail se lo pidió mientras le cortaba el paso, colocando su brazo extendido frente a ella, porque el semáforo del paso de cebra que estaban a punto de cruzar se puso en rojo en el último momento. La monitora aprovechó para mirarla a la cara hasta que decidiera cambiar a verde.

—Podría tontear con Morgan en el Trinity todas las noches y acostarme con ella mil veces.

—Pues te faltan novecientas noventa y nueve y lo está deseando. —Al escucharla suspiró con la mirada perdida en los coches que pasaban frente a ellas—. ¿Sigue sin conectarse a WhatsApp?

Su amiga suavizó el tono, aquella pregunta la pilló desprevenida y le cerró un poco la garganta. Llevaba dos semanas sin saber nada de Jess_92 y su móvil continuaba apagado o fuera de cobertura, así que empezaba a pensar en todo aquello como en un *modus operandi*. Nuevo número, nuevo perfil en Click y nueva vida. Una mentira más y se rifaba otro jodido Barry Walker, porque seguro que ella no había sido el primero. Detrás de aquel *nickname* se escondía un puñetero cangrejo ermitaño que cambiaba de concha en cuanto la que llevaba puesta le apretaba un poco.

—Su móvil sigue apagado —confirmó echando a caminar en cuanto la luz cambió a verde.

—¿Sabes lo que no dejo de preguntarme?

—¿Si será jodidamente fea?

—Vale, no dejo de preguntarme dos cosas. ¿Cómo cojones pensaba hacerlo para cenar contigo en el Blue C. Sushi con otra cara?

Y esa sí que era una cuestión con la que se sentía mucho más identificada, la verdad, y le había dado unas cuantas vueltas antes de concluir algo extremadamente simple.

—No pensaba hacerlo y punto. Me habría dejado allí sentada esperando como una maldita gilipollas, para reírse un poco más, ha estado jugando conmigo todo el tiempo.

A esas alturas ya no sabía si lo pensaba de verdad o si simplemente lo decía para convencerse de que no podía echar de menos a alguien así. A un maniquí sin cara o a un signo de interrogación, sin corazón y con mucho tiempo libre. Que le encantase Billy Wilder, bailar y salir a patinar no justificaba todo lo demás y a lo mejor era mentira. Un disfraz muy completo y hecho a su medida, su perfil público en aquella aplicación le había dicho todo lo que necesitaba saber para que le quedase perfecto.

—Siento haberte apuntado en Click —Gail lo dijo tras caminar un rato en silencio y su tono abatido la tocó por dentro.

—Me advertiste sobre Jess_92 desde el principio y no te hice caso.

—Soy una gilipollas y acerté por casualidad, Carter, así que no empieces a

hacerme caso ahora, porque sería un problema —dijo doblando la esquina de la calle en la que se encontraba el Tattoo Too.

—El problema es que me enamoro demasiado deprisa y como una idiota.

—No. El problema es que aún no te has enamorado de la persona indicada —su amiga la detuvo a un par de metros de la entrada del local y la encaró tomándola por ambos hombros con las manos—. El problema fue Brook, que te engañó con un puto vigoréxico, y el problema ha sido Jess_92 con su jodido Barry Walker. El problema soy yo tocándote las narices para que folles todo el puto día. Tú no eres el problema.

—Enternecedor —lo dijo con cierto toque irónico a pesar de que sí que se lo parecía un poquito—. Hasta ahora no me ha salido nada bien.

—Pues cambia de táctica.

—De táctica.

—Enamórate como una idiota de alguien que también se enamore como una idiota.

Lo dijo y después la golpeó amistosamente en el brazo, en plan «de nada». Se dio media vuelta y la dejó atrás en dos pasos, dispuesta a entrar en la tienda de tatuajes de la hermana de Jessie.

Enamorarse como una idiota de alguien tan idiota como ella. Tan simple como eso. Veintisiete años perdidos por no manejar unos conocimientos así de básicos. Tratando a chicas como Brook como si fueran lo mejor de su vida hasta que decidían que no querían serlo más y colándose del todo por pseudo-Jessies a las que les parecía muy divertido tenerla comiendo de la palma de su mano.

«Vería todas las películas de cine clásico sin aspirinas ni nada si se enamorase de ti. Mi hermana es así de idiota».

La voz en *off* de Riley se le materializó dentro sin pedir permiso y le estrujó el corazón en el pecho, impidiéndole latir durante un par de segundos. Debía de haber estado esperando el momento adecuado para repetir aquella afirmación, una frase estúpida pronunciada por una pobre borracha mientras intentaba sentarse en el suelo más asqueroso del mundo. Intercalada entre varios «Nunca ha follado en los baños de un bar» y en tono de confidencia había conseguido hacerse con un huequecito bastante privilegiado en su inconsciente menos profundo. Al «si se enamorase de ti» ella lo completaría con un «y no de Gail», porque el resultado era mucho más fiel al contexto que les había tocado vivir.

Respiró hondo antes de seguir a su amiga al interior de la tienda, porque al resto del mundo podía convencerlo de lo contrario con un poco de esfuerzo, pero simplemente saber que iba a ver de nuevo a Jessie le incrementaba las pulsaciones y le ponía nerviosa. Quería verla y no volver a verla nunca más, las dos cosas a la vez, y no sabía cuántos de los latidos de aquella taquicardia se debían a que era la encarnación de Jess_92 y cuántos

a sus detalles como ser humano independiente: a los zumos a la salida del gimnasio, a las entradas de cine y a su forma de decir: «Me refiero a lo de dibujarte desnuda, esa es la gilipollez, no que seas increíblemente…».

Gail estaba convencida de que Jessie solo quería «lo que todas»: sexo sin compromiso en los aseos de un club de moda y todo sería mucho más fácil si tuviera razón, pero es que no creía que la tuviera. Aquella Jessie nunca había follado en los baños de un bar y su exnovia, una tal Taylor, la había dejado bastante tocada. «Folló con otra y le ha hecho polvo». El molde de Gail no le encajaba por ningún lado, una putada de las gordas, porque si aquella versión de Jessie solo fuera una cara bonita a ella todo le sería mucho más fácil.

Lo primero que vio al entrar al Tattoo Too fue un dibujo francamente alucinante de la cabeza de un tigre albino decorando la totalidad de una de las paredes. Como historiadora del arte le gustaba casi todo tipo de pintura y nunca había ahondado demasiado en el particular mundo de los grafitis, eso era verdad, pero aquel en concreto le llamó la atención y lo admiró durante un par de segundos, hasta que escuchó la voz de Jessie casi a su lado.

—¿Listas para ser tatuadas?

Se giró hacia ella y se encontró con otro de esos impactos emocionales delante de sus narices, porque la morena llevaba puesta aquella camiseta negra con la inscripción «Relax» en letras blancas a la altura del pecho y era la misma que vestía Jess_92 en varias de las fotos que tenía guardadas en la galería de su móvil. El día que le pasó aquellas instantáneas estuvieron hablando de la discografía de Lady Gaga y casi pudo escucharla de nuevo cantando su particular versión de *Paparazzi*, en su momento la hizo reír, pero en el presente su recuerdo le cayó a plomo sobre el pecho. Pesaba y estaba frío. Muy frío.

—Tu hermana va a tener que convencerme primero, no me dejo tocar por cualquiera —Gail lo dijo agarrando el material de la camiseta en cuestión a la altura de su abdomen para acercarla a ella.

—Eso está hecho. Riley es muy convincente.

Jessie lo dio por sentado, sonriendo con ese estilo que le gustaba tanto, justo antes de dejarse besar por la monitora y ella apartó la vista de aquella escena, porque de repente todo le pesaba aún más y estaba el doble de frío. Se centró en el dibujo del tigre albino, esa perspectiva dolía menos.

—Ey, Alison, ¿cómo terminaste ayer la noche?

El beso había durado menos de lo esperado y Jessie se estaba dirigiendo a ella directamente, así que le pareció mal no volver a mirarla.

Y la respuesta más sincera sería «pues no muy bien, porque todo lo relacionado con vosotras las Jessies me revuelve entera y no me deja dormir», pero no era el momento ni el lugar para aquel tipo de confesiones y, además, sus inquietudes no eran responsabilidad de la Jessie de verdad y

seguro que no le interesaban, así que se limitó a sonreír lo mejor que pudo y maquilló la verdad utilizando base en cantidades industriales.

—No estuvo mal, aunque tu hermana fue la única en proponerme un desnudo, así que pudo estar mejor.

—Una vez más, lo siento —la morena acompañó la disculpa con media sonrisa semiavergonzada y a ella le gustó por partida doble para compensar.

—Una vez más: no pasa nada. Fue mi buena obra del día.

—Impedir que una imbécil borracha se manche los pantalones debe de equivaler a ayudar a cruzar la calle a tres o cuatro ancianas a la vez —dijo con aquellos ojos verdes fijos en los suyos y un toque de diversión en la mirada.

—Por lo menos —le siguió la broma.

Iba a preguntarle si Riley le había causado problemas una vez en el taxi, pero la aludida se materializó a su lado dándoles la bienvenida a su establecimiento y la mirada de Jessie dejó de estar centrada en ella en cuanto su hermana pequeña anunció que iba a enseñarles el local. Precioso, por cierto, los tatuajes nunca le habían llamado especialmente la atención, pero Riley tenía varios de sus diseños enmarcados colgando de las paredes y algunos eran realmente buenos.

—¿Todos estos dibujos son tuyos? —preguntó tras finalizar la visita guiada.

Se dirigió a la pequeña de las Stevens mientras observaba con detenimiento el boceto en blanco y negro de una rosa cubierta de rocío. Es que daban ganas de tocarlo. La dueña del local levantó la mirada de la pantalla del ordenador, en el que buscaba una carpeta en concreto para enseñarle algunos diseños a Gail, y sonrió de medio lado al descubrirla contemplando aquel dibujo casi con la boca abierta.

—¿Te gusta? —Alzó una ceja.

—Me encanta —admitió mirándola fugazmente.

—Te quedaría de puta madre en la cadera.

—Oh, no. Nada de tatuajes para mí —rehusó esbozando media sonrisa y a Riley le salió una entera clavadita a las de su hermana mayor.

—Jessie dice que trabajas en un museo y que te encanta el arte. Los tatuajes también son arte.

Eso de que Jessie fuera por ahí hablando de ella le provocó una pequeña arritmia y la buscó con la mirada. La localizó a unos cuantos metros de allí enseñándole algo a la monitora y se tuvo que recordar a sí misma que seguro que se refería a ella como «la amiga de Gail» para mantener su sistema cardiovascular bajo control.

Joder, Alison, qué pena das.

—Me encanta todo tipo de arte cuyo soporte no sea mi cuerpo —admitió y Riley adoptó una mueca de fastidio que la hizo sonreír.

—Lástima. Has estado muy cerca de ser mi chica ideal —lo dijo mientras devolvía su vista al ordenador y después suspiró con fingido desencanto—. Perdona por lo de anoche, no suelo ir por ahí tocándoles la cara y el pelo a las desconocidas.

—No te preocupes, Jessie se ha disculpado en tu nombre como mil veces.

—Y lo hará otras mil, así es mi hermana.

Riley lo dijo en tono de fastidio, como si aquella cualidad hiciera que Jessie perdiera puntos en vez de ganarlos. Cuestión de perspectiva, porque desde su punto de vista se veía bastante diferente. Treinta segundos después la chica encontró la carpeta que buscaba y avisó a la principal interesada.

Tras quince largos minutos de contemplación de diferentes modelos, Gail se había decidido por uno bastante llamativo: representaba la silueta de tres pájaros y quería saber cómo le quedaría en la muñeca, así que Riley la animó a descubrirlo utilizando una plantilla. Ella, por su parte, decidió cotillear los archivadores llenos de diseños que cubrían la mesa frente a los sillones de la zona de espera. Y es que aquella chica dibujaba increíblemente bien. Se encontraba admirando uno de los bocetos, especialmente impresionante, que representaba el sistema solar, cuando escuchó su voz justo al lado.

—No es tan emocionante si no eres tú quien se lo hace. —Alzó la vista para encontrarse con Jessie, apoyada de lado en el trozo de pared libre que quedaba junto a su asiento—. Se han vuelto locas con el tamaño y la forma y la perspectiva y ahora Gail dice que a lo mejor prefiere solo una pluma en vez de al pájaro entero.

—No es fácil de complacer —admitió esbozando media sonrisa—. Seguro que ya lo has notado.

—Seguro —Jessie le dio la razón soltando una risita que se le metió un poco dentro mientras se sentaba a su lado—. Impresiona lo difícil que es de impresionar.

—Ha sido descrita por varios como «tremendamente exigente» —dijo pasando la página del archivador.

—Tremendamente acertado y se me están acabando los trucos.

—¿Trucos?

Desvió la mirada a sus facciones porque, aunque dolía, no podía desperdiciar la ocasión de verlas así de cerca. Se le encogió un poco el corazón al ver cómo una de las sonrisas con las que llevaba soñando más de seis meses tomaba forma en sus labios, y cuando Jessie giró un poco la cabeza para conectar sus miradas su estúpido corazón se encogió un poco más.

—Zumos a la salida del trabajo, invitarla al cine y sonreírle así.

Enumeró sus trucos y después ejemplificó el último sonriéndole a ella de una forma francamente adorable para que se hiciera una idea de por dónde

iban los tiros. Ella también sonrió, pero solo por fuera, porque aquel gesto en sus facciones estaba rompiéndole algo por dentro de una manera cruelmente dulce y su organismo entero gimoteaba «¿cómo puedes estar tan jodida, Carter?» mientras aceleraba sus pulsaciones como si aquello fuera lo mejor que iba a pasarle en toda la semana. Una dualidad desconcertante.

Su jodida sonrisa.

—No son grandes trucos —Jessie habló de nuevo perdiendo la vista al frente, porque debía de haber interpretado mal su silencio y casi era mejor así—. Pero a veces funcionan.

—A veces.

No era su intención cuestionarlo, pero le había pillado con la guardia baja y no se le ocurrió nada más que decir. Simplemente repitió sus palabras y sonó a incredulidad. Le gustó que su tono la hiciera sonreír de nuevo.

—Cinco veces —alardeó—. Cuatro —lo confesó casi de seguido—. Vale, tres. Tres. Han funcionado tres veces.

Tuvo que reírse, y lo hizo muy a su pesar, además, porque aquella estúpida voz de comentarista interna exclamó «¿encima te hace reír?», chillona y en plan «al loro, bonita, que estamos jodidas, pero de verdad». La morena sonrió al oírla y no sabía si delante veía a Jessie, a Jess_92 o a un híbrido de ambas, pero allí se estaba de puta madre a pesar del dolor punzante que atenazaba la mitad superior de su pecho.

—Gail es todo un desafío —dijo devolviendo la vista a los dibujos del archivador.

—De los grandes —admitió y dejó pasar un par de segundos de silencio antes de volver a hablar—. ¿Qué tal estás tú?

No levantó la vista del archivador tras escuchar su pregunta, sabía que la estaba mirando y se obligó a sí misma a tragar saliva a ver si con ella desaparecía aquella sensación de estar cruzando una especie de frontera metafórica. Porque en las últimas semanas había hablado con Jessie en varias ocasiones, pero casi siempre sobre la monitora y su empeño por impresionarla. De repente estaba preguntándole qué tal estaba, como si le interesase de verdad, como si lo de «la amiga de Gail» ya no fuera suficiente y quisiera dar un paso más. Aquello sí que era un desafío de los acojonantes, porque seguramente el permitirse ser algo más que eso para Jessie acabaría doliendo el doble. Así que tardó el triple de lo necesario en contestar y la morena malinterpretó su silencio de nuevo.

—Lo siento, no hace falta que…

—He estado mejor —lo admitió, aunque decir «estoy bien» sería más fácil.

—¿Y peor?

Ella la miró sorprendida por el interrogante, la verdad.

—También he estado peor.

—Así que un cinco sobre diez. No estás tan mal. Todo es cuestión de

perspectiva —sentenció observándola con media sonrisa.

A ella se le escapó otra ante lo inaudito de sus conclusiones y relegó a un segundo plano aquella sensación de que tal vez dejarla acercarse más no era muy buena idea después de todo.

—¿Eso os enseñan en la facultad? —preguntó alzando una ceja.

—No, pero hice un máster.

Y, por un par de segundos, simplemente sonrió reflejándose en su verde favorito, y la dueña de su verde favorito le devolvió el gesto contemplando su azul. Un momento fugaz de esos en los que piensas «Buf» y que te encogen la boca del estómago de una forma muy poco desagradable, porque, por una milésima de segundo, tuvo la sensación de que Jessie sentía algo parecido y se le dispararon las pulsaciones. Casi de inmediato le pareció una gilipollez el habérselo planteado siquiera y carraspeó rompiendo el contacto visual con la psicóloga para devolver su mirada al archivador de bocetos de Riley.

—¿Estás completamente segura de que no quieres uno?

Jessie lo preguntó dejando su momento de delirio atrás, como si no hubiese existido o como si solo hubiese existido para ella. La devolvió a una realidad bastante menos favorable en la que la morena corría incansable tras las piernas extraordinariamente tonificadas de su compañera de piso.

Solo está siendo amable contigo, idiota.

—Completamente. Los tatuajes no son lo mío —aseguró con un tono de voz sensiblemente menos entusiasta que hacía unos segundos.

—¿Qué es lo tuyo?

Siempre imaginó que la miraría justo así, como si tuviera todo el tiempo del mundo para escuchar sus respuestas y estuviera deseando hacerlo. Aquella era la mirada que evocaba en su mente cuando se pasaban hablando la noche entera y se les quedaba corta. Casi le dieron ganas de preguntarle qué tal le había salido el trabajo final de Tecnologías de Marcado para Textos Digitales, pero probablemente Jessie no tuviera ni idea de que aquello existía, ni se imaginaba que en un universo paralelo alguien la había inventado perfecta para ella.

Joder, necesitaba extender la mano y acariciarle la mejilla. Que le dijera «me moría por verte», aunque no fuese exactamente esa su voz, la que tenía sonaba dulce y también le gustaba. Estaba dispuesta a negociar y a realizar concesiones, porque hacía siglos que no se encontraba en posición de poder exigir. La mayor parte del tiempo mantenía el tipo y los pies en la tierra, en estoica aceptación de su cruda realidad, pero es que de vez en cuando vislumbraba un destello de lo perfecto que podría haber sido y le asaltaban unas ganas brutales de dejarse llevar por su parte de niña engañada y triste y preguntarle «¿por qué no eres tú?» a la persona equivocada.

—¿Qué es lo mío? —reformuló su pregunta y Jessie emitió un sonido

afirmativo invitándola a responder.

Era jodidamente extraño, como empezar de cero con alguien que ya debería saberlo todo. Ella tenía que repetirse y Jessie escucharlo por primera vez. Que las dos realidades no se mezclaran desenfocándolo todo a veces era más difícil de lo que podría parecer a simple vista.

Mierda, Carter, ¿desde cuándo tu vida se ha vuelto tan complicada?

—Esto es lo que sé: no te gustan los tatuajes —la psicóloga acudió al rescate de su bloqueo mental transitorio—. Te encanta el arte, la cocina y trabajar en el museo, eres fija en el Zum Fitness y deberías estar en la clase avanzada de *body combat*. Bebes café por la mañana y te gusta el zumo de mango y pomelo.

Esbozó una sonrisa al escuchar eso del zumo de mango y pomelo, porque esa era la mezcla que Jessie le había cedido a ella aquella noche a la salida del gimnasio. Surgida de la nada y directa a fastidiarle el plan. La morena frenó en seco al percatarse de su gesto y alzó una ceja, intrigada y dejándose contagiar por su amago de sonrisa.

—¿Qué?

Jessie la presionó en un tono extrañamente divertido, en plan «¿qué te hace tanta gracia?», y ella la miró disculpándose de antemano con una expresiva mueca.

—No me gusta el zumo de mango y pomelo —confesó y Jessie frunció el ceño, contrariada.

—Te lo bebiste —le recordó que había sido testigo de cómo sorbía de aquella pajita. Después se lo pensó un momento—. Lo tiraste a la primera papelera que encontrasteis tras dar la vuelta a la esquina, ¿verdad?

—Te habías molestado en comprarlos y me cediste el tuyo. Estuve tentada, pero me lo bebí todo —dijo y Jessie la observó sonriendo de lado.

—No acierto con ninguna de las dos compañeras de piso —dramatizó desviando la mirada al techo.

—Lo hubiese preferido de melón, mango y kiwi, pero me gustó el detalle.

—Una de dos. No está tan mal.

«Folló con otra y le ha hecho polvo. Y ahora creo que cree que tu amiga le queda grande». De nuevo la voz en *off* de Riley, esta vez le sugería que tal vez Jessie no bromeaba del todo, que a lo mejor todo eso de estar quedándose sin trucos lo decía de verdad.

—A Gail también le gustó el detalle.

Una mentira de las piadosas, por hacerla sentir algo mejor, porque la verdad era que a la monitora aquellos gestos le resbalaban como si fueran lluvia y ella un jodido impermeable. Le dieron ganas de decirle: «Eres tú quien le queda grande», pero su gigantesco conflicto de lealtades reprimió aquel impulso y la instó a quedarse callada.

Estaba a punto de devolverle la pregunta «¿Qué es lo tuyo?», porque, a

pesar de aquella intensa ambivalencia empapándolo todo, se sentía extraordinariamente cómoda hablando con ella, y perderse en el verde de su mirada debía de ser una de las cosas más adictivas del planeta Tierra, pero Gail y Riley se materializaron a su lado justo cuando acababa de abrir la boca.

—Te las buscas indecisas, Jess —la dueña del establecimiento se dirigió a su hermana mientras se dejaba caer en uno de los asientos de cuero.

—Solo he dicho que me lo voy a pensar. Un par de días y a lo mejor me hago dos —aclaró Gail, que se colocó de pie junto al asiento que ocupaba Jessie y le acarició el pelo.

Sensual, casi directamente sexual, porque Gail cuando quería podía hacer cualquier cosa tiñéndola de erotismo y le quedaba natural y todo. Le gustaba provocar disimulando y subirles las pulsaciones a sus pretendientes, aporte extra de oxígeno para que pudieran seguirle el ritmo, de paso se aseguraba de que continuarían corriendo detrás de un poco más de eso.

—¿Pájaros y pluma? —se interesó Jessie alzando la mirada para conectar con la de la monitora.

—¿Quieres ayudarme a decidir dónde? —Gail le devolvió la pregunta, aunque la respuesta fuera obvia. Le gustaba jugar con ventaja.

—Para eso vas a tener que dejarla reconocer el terreno —la menor de las hermanas lo dijo sonriendo de lado y mirando a Gail.

—Riley… —Jessie intervino en tono de advertencia y un pelín incómoda por la insinuación.

—Lo intenté ayer, pero nos fastidiaron el plan.

La monitora le siguió el juego a Riley, porque se le daba de puta madre replicar y además le encantaba hacerlo.

—Si te interesa de verdad, tendrás que intentarlo otra vez —dijo la tatuadora sin perder aquella sonrisa impertinente.

—Pues tendré que intentarlo otra vez —Gail lo confirmó devolviendo su vista a Jessie.

La psicóloga se levantó del asiento y se alejó de allí llevándose a la monitora de la mano, a una distancia prudencial de su hermana y sus desenfadados comentarios, Gail se apoyó contra una de las paredes del local y comenzó a juguetear con el material de la camiseta de Jessie mientras esta le hablaba.

Pfff… tanto flirteo ininterrumpido debía de resultar agotador.

—Tu amiga juega duro —dijo Riley, y ella las miró un poco más, regodeándose en la imagen, porque eso del masoquismo debía de irle un poco—. Sé que un tatuaje queda totalmente descartado, pero… ¿los diseños te gustan en serio?

Desvió la vista a la dueña del local y descubrió que había perdido la sonrisa impertinente por el camino. A pesar del derroche de chulería debía

reconocer que le quedaba bien, porque a las cosas había que llamarlas por su nombre, y cuando se encontró con su mirada le recordó a la de Jessie.

—Tus dibujos son increíbles.

—Gracias. —Sonrió con un toque de timidez y le gustó mucho más que la versión engreída.

—El de la rosa que tienes colgado junto al ordenador es precioso —dijo recordando aquel boceto en concreto.

—¿Justo ese? —inquirió alzando una ceja con aire sorprendido y ella la miró confundida—. Se ha equivocado de compañera de piso de verdad —Riley lo dijo para sí misma, pero en voz alta y la desorientó aún más—. Lo hizo Jessie.

Vaya.

Su voz chillona interior tendría mucho que decir al respecto si no le hubiera bajado el volumen al mínimo. Miró a la pareja del año, asociando aquella recién descubierta habilidad a su físico favorito, y se lo encontró siendo manoseado por las expertas manos de Gail.

***

Troceaba la zanahoria en la cocina de su piso con Lady Gaga de música de fondo y la pobre estaba enamorada de Judas, pero lo suyo era peor, mucho peor. El no saber a menudo resultaba el doble de angustioso que tener la certeza absoluta, así que la cantante no le daba ninguna pena, la verdad. Es que cuando Jessie había dicho aquello de «no acierto con ninguna de las dos compañeras de piso» a ella le habían entrado unas ganas enormes de decirle «conmigo acertarías seguro», pero se había callado por respeto a Gail y porque no tenía ni idea de si aquella afirmación seguiría siendo cierta si tuviera la oportunidad de ponerla a prueba.

Llevaba zumos de frutas a la salida del trabajo, invitaba a las chicas al cine y su sonrisa era la más espectacular que había visto en lo que llevaba de vida, era divertida y amable, claramente demasiado para Gail, pero las películas en blanco y negro le daban dolor de cabeza, uno de los detalles que la diferenciaban de su falso *alter ego* en la red, un toquecito de realidad en plan «no sueñes despierta, Carter, que a la larga va a ser peor».

—Creo que me lo voy a hacer en la cadera —Gail lo dijo entrando en la cocina sin previo aviso y la sacó de sus cavilaciones por la vía rápida—. Riley me ha dicho que me quedaría supersexi —añadió robándole uno de los trozos de zanahoria que tenía apilados a un lado de la tabla de cortar.

—A ti cualquier cosa te quedaría supersexi —dijo con un tono empapado de referencias a su falsa modestia.

—Por descontado —confirmó bromeando solo a medias mientras se sentaba sobre la isleta en mitad de la cocina. Justo a su espalda.

La morena se metió el trozo de zanahoria en la boca y le sonrió, balanceando las piernas con las palmas de las manos apoyadas sobre la superficie de mármol. Se estaba poniendo cómoda, señal de que había irrumpido en la cocina en busca de algo más que de un triste trozo de hortaliza.

—¿Qué te parece? —la monitora lo preguntó sin ponerla en contexto y ella suspendió la producción de tiras de zanahoria para girarse y mirarla.

—¿Qué me parece qué?

—Riley —aclaró alzando una ceja a continuación—. Las hermanas Stevens tienen un polvazo y a la pequeña los tatuajes le quedan de puta madre —dijo, y ella sintió un pelín de ardor en el estómago.

—Sé que ya te lo he dicho antes, pero cada vez estoy más segura de que Jessie y tú no buscáis lo mismo.

Lo dijo en tono contenido y se volvió hacia los ingredientes de su cena. Casi tuvo que apretar la mandíbula para controlar aquella incipiente necesidad de zarandear a su amiga hasta convencerla de que no fuera así. Al menos no con Jessie. Porque si la psicóloga le llevase a ella zumos a la salida del trabajo y la invitara al cine sonriéndole de esa forma, seguramente no le quedarían ganas de fijarse en lo bien que le quedaban los tatuajes a su hermana pequeña.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No ha hecho falta —señaló retomando la preparación de la cena—. Lleva dos semanas intentando invitarte a salir y tú juegas a correr más rápido.

—No la obligo a perseguirme.

Lo dijo con total tranquilidad y eso de que Jessie llevara dos semanas enteras intentando impresionarla no parecía repercutirle mucho a nivel emocional, la verdad, el impermeable de carne y hueso más eficiente de la historia. Lo peor de todo era que tenía razón, porque la totalidad de sus pretendientes aceptaban las reglas del juego por voluntad propia, un poco en plan «esto es lo que hay y si queréis conseguirlo, se hace así y si no hasta luego y sin rencores», una política de total transparencia, Gail no engañaba a nadie.

—Tienes razón.

Y punto, Alison, porque las dos son mayorcitas y tú una estúpida metomentodo enganchada a una quimera de ojos verdes y voz bonita. No era ni Jess_92, ni asunto suyo, pero por lo poco que sabía de ella, lo suyo con Gail no podía salir bien y ese «ahora cree que tu amiga le queda grande» iba a convertirse en realidad, estaba segura de que la monitora dejaría de estar interesada en ella en cuanto descubriera dónde tenía el tatuaje.

—Me ha invitado a salir a cenar el martes, por el Cuatro de Julio —anunció tras unos segundos de silencio.

—¿Por fin vas a decirle que sí a algo? —inquirió dividida ante la respuesta que esperaba escuchar.

—Me ha dicho que me deja elegir el sitio —explicó complacida—. Creo que me voy a decidir por Il Fornaio.

Así que: sí. Por fin Gail le decía que sí a algo. Un italiano, pasta a la luz de las velas y con clase, porque Il Fornaio era un restaurante de los buenos. Se le cayó un poco el alma a los pies, porque sus planes para el Cuatro de Julio habían sido muy parecidos hasta hacía un par de semanas. Mismo físico como compañía incluido, aunque en un contexto un poco más asequible.

—Cara elección.

—No ha puesto un tope y hace tiempo que quiero probarlo. No te preocupes, se lo compensaré después.

Acompañó el comentario con una sonrisa de las pervertidas, le salían estupendamente y eran muy reveladoras. Su amiga no había mancillado el Trinity la noche anterior, pero en dos días se disponía a recuperar el tiempo perdido y aquella receta de pato a la naranja ya no le apetecía tanto como hacía unos segundos.

—Compénsaselo en su casa, porque no creo que vuelva tarde.

—¿Qué planes tienes tú?

—Monica, Zack y yo vamos al Discovery a ver los fuegos artificiales.

—Joder, un día de estos tendréis que empezar a pagar alquiler —dijo bajándose de la isleta y haciéndose con otro de los trozos de zanahoria.

Y seguramente tendría razón si no se tratara de un parque público, les encantaba porque formaba un cabo bastante pronunciado que se adentraba en las aguas del Pacífico, con vistas al estrecho de Puget, y en una zona en concreto, junto al viejo faro, las condiciones lumínicas eran casi idóneas para contemplar las estrellas. Gail les llamaba frikis porque solían ir demasiado a menudo, pero el Cuatro de Julio los fuegos artificiales entorpecerían la visión del espacio exterior, de modo que dejarían los telescopios en casa.

—Estoy segura de que si nos acompañaras una noche, te encantaría.

—Gracias, Carter, pero sabes que prefiero ver las estrellas de otras formas.

—Jessie se lo ha trabajado, creo que con ella deberías verlas en un sitio un poco más íntimo que los bares de un club de moda —se metió de nuevo donde no la llamaban y casi se mordió la lengua al terminar de hablar.

—¿Sabes lo que creo yo? —preguntó su amiga.

«Que deberías meterte en tus asuntos», «Que para decirme que no te importaba te importa bastante» o «Que follaremos donde nos dé la gana». Cualquiera de ellas o todas a la vez.

—¿Qué? —le dio pie a elegir la que más le gustase, porque su amiga hizo una pausa.

—Que las cosas son del color del cristal con el que se miran —sentenció y ella le sostuvo la mirada en plan «ajá… ¿y?»—. Yo miro a Jessie a través del

cristal de color «menudo polvazo tiene» y a lo mejor tienes razón y me pierdo cosas que no voy buscando. Deberías plantearte desde cuál la miras tú, porque a lo mejor te hace ver lo que quieres encontrar.

No le contestó nada, porque no estaba preparada para una reflexión tan poética como aquella y le había pillado con la guardia baja y pocos reflejos, con un cristal tan transparente que a veces le hacía dudar de si seguía allí.

—Huele de muerte, Carter —lo dijo señalando la sartén donde hacía el sofrito—. Me encanta que te guste cocinar, en serio.

Dicho esto, Gail la besó en la mejilla y salió de la cocina dejándola a ella a cargo de la cena e inmersa en aquel laberíntico interrogante.

¿De qué color era su cristal?

OceanofPDF.com

10

Un zumo por compasión

Elsa iba ya por la quinta nebulosa, porque Hubble88 le había impactado así de fuerte, y en cuanto Riley y ella llegaron a su piso tras despedirse de Gail y de Alison, les había pedido que se sentaran en el sofá, una a cada lado para tener buena panorámica de la pantalla de su portátil, y les había enseñado los anillos de Saturno, los cráteres de la Luna y cuatro nebulosas distintas antes de llegar a su favorita: la nebulosa Ojo de Gato.

—¿No os parece alucinante que la muerte de una estrella dé cómo resultado algo tan increíble? —preguntó Elsa admirando la imagen de la nebulosa en la pantalla.

—Me parece alucinante que sigas en pijama a las ocho de la tarde —dijo Riley, repantingada en el sofá, aparentemente poco impresionada por aquellos fenómenos del espacio interestelar.

—Las siete es el punto de no retorno, llegas con una hora de retraso —menospreció su comentario la castaña—. Hubble88 dice que el Sol también morirá y que cuando lo haga se tragará la Tierra y todo el sistema solar desaparecerá.

—Esperanzador —opinó Riley incorporándose para poder asomarse de nuevo a la pantalla—. ¿Nos enseñas su perfil? Quiero ponerle cara.

Nunca le había llamado especialmente la atención todo aquello de las estrellas y las nebulosas, la futura destrucción masiva del sistema solar no era algo a lo que hubiera dado muchas vueltas, la verdad, pero realmente le parecía fascinante que la muerte de una estrella diera como resultado algo tan increíble como la nebulosa Ojo de Gato. Se preguntó si el fin de lo suyo con Taylor sería parecido, un estúpido paralelismo que arrojaba un poco de luz al final de su túnel; si al otro lado le esperaba algo igual de extraordinario, a lo mejor merecía la pena atravesarlo después de todo.

—Puedo enseñaros su perfil, pero lo de ponerle cara va a estar más complicado —accedió Elsa mientras abría la aplicación.

Click. El origen de toda aquella historia de Jess_92 y el responsable del gigantesco revés emocional que había impactado a lo bestia contra Alison un lunes cualquiera, a las ocho de la mañana, en un puñetero Starbucks. Una putada de las gordas, por eso el azul de su mirada a veces parecía tan

jodidamente triste, seguro.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Riley acercándose aún más a la pantalla en cuanto el perfil de Hubble88 se hizo visible.

—Los anillos de Saturno —explicó Elsa agrandando la instantánea.

—¿Tiene puesto un jodido planeta de foto de perfil? —La incredulidad en el tono de su hermana era intensa y evidente. Riley es que todo lo vivía al máximo.

—El chico es original —opinó ella admirando la fotografía.

La castaña no se molestó en contestar a Riley y se limitó a darles acceso al perfil de su último flechazo *online*.

Nombre: Hubble88.
Edad: 29.
Localización: Seattle, Washington (EE. UU.).
Algunos datos sobre mí: Tengo 29 años, me encanta el arte y la historia. Mi comida favorita es cualquiera que no tenga que cocinar yo, porque mis habilidades culinarias dejan bastante que desear, me gusta viajar y conocer sitios nuevos. Uno de mis principales *hobbies* es la astronomía y la constelación de Géminis es mi favorita. Sé que conocer gente *online* es arriesgado, pero a veces sale bien, de modo que quiero darle una oportunidad. Si estás interesada en saber más de mí, dame *click*.
Libros, películas, música: Me gustan las novelas con trasfondo histórico. Me gusta todo tipo de cine, antiguo y actual, tengo el don de encontrar algo interesante en casi todas las películas, así que no discutiríamos por cuál ir a ver al cine. No soy especialmente aficionado a la música, pero puedo soportar escuchar cualquier género.
Busco: Chicas heterosexuales o bisexuales. De Seattle o alrededores. Solteras.
Edades: 25-35.

Un perfil interesante y con el sesenta y cinco por ciento de compatibilidad con el de su amiga. *A priori* podría parecer una cifra poco impresionante, pero la realidad era que desde hacía casi dos semanas, Hubble88 había conseguido monopolizar las atenciones de Elsa prácticamente por completo, de hecho el suyo era el único perfil con el que seguía en contacto en el mundo virtual de Click y en la vida real hacía varios días que no mencionaba al gilipollas de Roger, un matemático guaperas con tendencia a los polvos esporádicos en su despacho del departamento.

—¿Te ha mandado fotos suyas? —inquirió Riley desviando la mirada a Elsa.

—Aún no. Pero me encanta —dijo la castaña acariciando la pantalla del ordenador con las yemas de los dedos.

—¿Te estás colando por Saturno? ¿Es una puta parafilia? —preguntó su hermana menor.

—Riley, dale un respiro, ¿quieres? —trató de apaciguarla y después desvió la vista a Elsa—. ¿Vas a conocerle?

La castaña suprimió una sonrisa, se mordió el labio inferior y miró fijamente la foto de perfil de Hubble88 por unos segundos antes de decidirse a contestar.

—Me gustaría conocerle…

—Pero… —le dio pie a completar la idea principal.

—Pero es muy tímido y cada vez que sugiero que podríamos quedar se pone nervioso y cambia de tema.

Casi antes de que Elsa hubiese terminado de hablar Riley bufó, seguramente impulsada por la incredulidad que le producía todo lo que estaba escuchando. A la luz de los últimos acontecimientos relacionados con aquella aplicación y protagonizados por la misteriosa Jess_92, la desconfianza de su hermana quedaba, al menos, justificada.

—Apuesto a que Jess_92 también se ponía nerviosa y cambiaba de tema cada vez que Alison sugería que quedasen en persona. No sé si captas el paralelismo —dejó caer Riley acomodándose de nuevo contra el respaldo del sofá—. Ni siquiera le has visto la cara.

—A la tal Alison verle la cara no le sirvió de mucho —replicó Elsa un pelín a la defensiva.

—Al menos ella estaba colada por mi hermana, no por una gigantesca masa de hidrógeno.

Y eso de que Alison estuviera colada por ella, además de halagador, era una inexactitud. Podían haberle llamado la atención sus fotografías y a lo mejor su físico había ayudado a Jess_92 a conseguir que comenzaran a hablar, pero, por mucho que Riley se burlase, estaba segura de que por debajo de aquella superficie parecida a ella tenía que haber mucho más. Gail le había dicho que Alison se había pasado seis meses hablando con quienquiera que estuviese detrás de aquel *nickname*.

—¿Su perfil sigue colgado? —preguntó inclinándose un poco más hacia la pantalla.

—No. Ya te he dicho antes que Doble S lo ha eliminado, tienes que empezar a prestarme un poquito de atención, Jess —respondió Riley distraídamente mientras consultaba su móvil.

—Me refiero al de Alison.

Elsa y su hermana intercambiaron una mirada significativa, en plan «¿deberíamos cotillear?», no les llevó ni dos segundos el decidir que por supuesto que sí y se unieron a ella asomándose a la pantalla del ordenador.

—¿Cuál es su apellido? —inquirió la castaña accediendo al buscador de la aplicación.

—Carter. A veces Gail la llama Carter.

«Alison Carter». Elsa lo tecleó e inició la búsqueda, pocos segundos

después la aplicación les devolvió tres perfiles diferentes correspondientes a los *nicknames* «Carter78», «Alison95» y «AlisonCarter». Un rápido vistazo a sus respectivas fotos de perfil fue suficiente para determinar que ninguna de ellas era la Alison Carter que buscaban y la tensión abandonó su cuerpo soltando un «Pfff» bastante desencantado al salir.

—No es ninguna de esas —Riley se le adelantó—. Es más guapa, aunque Alison95 no está nada mal —dijo haciéndose con el ratón para desplegar la pestaña del resto de fotografías del perfil.

Vaya, menudo chasco. Alison había borrado su perfil en Click o se había registrado en la web con un nombre distinto a Alison Carter, y cualquiera de las dos opciones la dejaban sin salida en aquel intento de saber un poco más sobre ella. Aquella chica parecía un puñetero libro cerrado y era verdad que en los últimos días se había abierto un poco, lo justo para poder atisbar las primeras líneas de la introducción, pero conseguir pasar sus páginas era un reto de los difíciles y le costaba una barbaridad. Tener la cara de la persona que le había hecho polvo tras enamorarla durante seis meses seguidos seguro que contribuía en gran medida a aquella reticencia a dejarla acercarse.

—Los tatuajes detrás de la oreja me ponen muchísimo y ese es una puta obra de arte, voy a darle *click* —anunció Riley prácticamente comiéndose con los ojos la pantalla del ordenador.

—Deja de fijarte tanto en sus tatuajes y échales un vistazo a sus preferencias —sugirió Elsa—. Alison95 busca chicos heterosexuales.

—Me gustan los desafíos.

Riley lo dijo mientras manipulaba su teléfono móvil, para darle *click* a aquella chica sin perder un segundo, seguro, porque su hermana funcionaba por impulsos y el haberle acariciado el pelo a Alison el día anterior le había despertado la bisexualidad toda de golpe. Y ya iba siendo hora, la verdad, pero, después de veinticinco años de espera para dar rienda suelta a su oculta atracción hacia el sexo femenino, no entendía a qué venía tanta prisa de repente.

—Jess, deberías pasarte por el perfil de tu mujer maravilla a ver si te da alguna pista, después de conocerla creo que las necesitas.

Riley se dirigió a ella sin separar la vista de su *smartphone* y le dieron ganas de decirle «gracias por los ánimos, tu fe en mí me abruma» o algo por el estilo con un toque de reproche en el tono, pero en el fondo sabía que tenía toda la razón del mundo y un poco más importada del espacio exterior.

Gail jugaba en otra liga y hasta Riley se había dado cuenta, su sonrisa era increíblemente bonita y sus ojos alucinantes, lucía un cuerpo prácticamente perfecto y tonificado, poder pasear las manos por su anatomía era una pasada y le disparaba las pulsaciones. Besaba de puta madre y tocaba mejor. Una diosa griega del amor de incógnito en Seattle y su billete de ida hacia un reconfortante «lo de Grace solo fue un estúpido error». Medir su valía

como pareja en base a su capacidad para llevarse chicas diez a la cama era lo más estúpido que había hecho en su vida y le chirriaba por todos lados, un intento desesperado de anestesiar aquella sensación de no ser suficiente. Irracional y sin sentido, estando con ella se dejaba llevar por sus instintos más primarios y Gail sabía muy bien qué teclas tenía que tocar, excitante y halagador, a lo mejor por eso seguía corriendo tras el contoneo de sus caderas como un jodido perrito.

¿A eso la había reducido la infidelidad de Taylor? ¿A un jodido perrito? Como los restos después de un naufragio, flotando en mil direcciones diferentes, los pedazos eran tan pequeños que el original resultaba casi imposible de reconocer. La Jessie de antes de Grace no perseguía cuerpos bonitos sin importarle qué había debajo de la carcasa. La Jessie de antes de Grace no buscaba sexo sin compromiso ni fingía ser alguien distinto, amoldándose a los gustos del consumidor. La Jessie de antes de Grace se respetaba lo suficiente como para no necesitar los cumplidos de diez mil doscientas ochenta y siete seguidoras en Instagram como prueba de que realmente merecía la pena.

La Jessie de antes de Grace le gustaba mucho más.

—¿Por qué me haces buscar a la tal Alison cuando puedes enseñarme a la mujer maravilla? —exclamó Elsa repentinamente emocionada ante la oportunidad de ponerle cara a Gail.

Muy buena pregunta.

—No había caído en que Gail podría tener perfil en Click —se justificó.

—¿Nombre completo? —preguntó Elsa dispuesta a localizarla.

Otra muy buena pregunta. Su amiga estaba en racha y ella bajo mínimos de cualquier tipo de respeto hacia las mujeres, porque ni siquiera sabía el apellido de la chica a la que perseguía atontada por el ritmo que marcaban sus caderas.

Joder, Jessie.

Tanto Elsa como Riley la miraron en espera de una respuesta y cuando esta tardó en llegar alzaron las cejas, aparentemente sorprendidas por su desconocimiento en la materia.

—Morrison —su hermana le echó un cable—. Se apellida Morrison, me ha dado su *e-mail* en la tienda para que le mande un par de diseños en los que estoy trabajando. Además, Alison la ha llamado así un montón de veces, Jessie, creía que a los psicólogos se os daba bien escuchar.

—Tú sueles colapsar toda mi capacidad auditiva —dejó caer mientras se asomaba de nuevo a la pantalla cuando Elsa introdujo los criterios de búsqueda.

Un único resultado y su foto de perfil llamaba la atención, pero a lo bestia. Mierda, es que esa forma de mirar te atrapaba, aunque no quisieras, como la de un depredador increíblemente atractivo en busca de su siguiente

presa, aquellos ojos conseguían que se pusieran todas en fila para llamar a su puerta y ofrecerse como tributo. Acumulaba miles de *clicks*, seguro.

—Impresionante —dijo Elsa tras unos segundos de escrutinio.

—En directo es aún mejor —aportó Riley recreándose en aquella imagen —. ¿Crees que se dejará dibujar desnuda? Ella sí que parece de esas.

Le propinó un manotazo en el brazo, solo por cumplir, porque la verdad era que no le sorprendería que Gail se dejara pintar desnuda por su hermana pequeña.

—Dudo que vuestra compatibilidad supere el uno por ciento —dijo su amiga, que ya había pasado a cotillear la información menos gráfica del perfil.

Nombre: Gail_90.
Edad: 27.
Localización: Seattle, Washington (EE. UU.).
Algunos datos sobre mí: Me llamo Gail, me encanta salir de fiesta y soy adicta a conocer gente nueva. Me gustan los deportes de riesgo y que me suba la adrenalina, bailar los sábados por la noche y dormir hasta tarde los domingos. Entre semana doy clases de *body combat* en un gimnasio y el resto del tiempo necesito estar activa, pasarme más de una hora sentada me da alergia. Piénsatelo y dame *click* si crees que puedes seguirme el ritmo.
Libros, películas, música: La lectura no me apasiona, pero si me ves leyendo algún libro seguro que es de ciencia ficción. Me gustan las películas de acción, son las únicas que consiguen mantenerme despierta. Me encanta la música, escucho prácticamente cualquier género y me vuelven loca los solos de batería.
Busco: Chicos y chicas a los que les gusten las chicas. De Seattle o alrededores.
Edades: 20-40.

Tras leer la información de su perfil, el uno por ciento de Elsa le parecía bastante generoso, la verdad. Es que de haberla conocido en aquella aplicación ni se habría planteado darle *click*, porque estaba positivamente segura de no poder seguirle el ritmo. Demasiado derroche de energía, bailes hasta el amanecer y deportes de riesgo. Y no le gustaba cerrarse puertas, pero, así *a priori*, no contemplaba como pareja ideal a alguien a quien tuviera que administrar una pastillita de metilfenidato cada vez que quisiera pasar un par de horas en una sala de cine.

—Me cansa solo leerlo —dijo Elsa recostándose contra el respaldo del sofá —. Una semana con esta mujer debe de equivaler a un año entero de gimnasio con monitor sádico.

—Ya os dije que jugaba en otra liga.

Y a lo mejor el desánimo se hizo evidente en su tono, porque las dos acudieron en su rescate casi a la vez diciendo cosas como «no tiene por qué ser el amor de tu vida» o «a veces es bueno pasarlo bien sin más

pretensiones», que dejaban entrever que eso de que Gail pudiera ser su pareja ideal tampoco ellas lo veían muy claro. Como colofón Riley se cubrió de gloria con un alentador «si se ha fijado en ti será por algo», que abría más interrogantes de los que cerraba.

—Vale, Jessie, está claro que la mujer maravilla no va a ser tu nebulosa Ojo de Pingüino Emperador.

Riley inició una de sus charlas pretendidamente motivadoras.

—Gilipollas, sé que sabes que se llama nebulosa Ojo de Gato —Elsa la interrumpió porque necesitaba aclarar ese punto. Una vez hecho, le permitió proseguir.

—No es la mujer de tu vida, no va a ser la madre de tus hijos y probablemente si os volvéis a ver tras el primer polvo, sea solo para repetir. Una estrella fugaz puramente física, un descanso y varios orgasmos de la leche, porque con tanta energía seguro que folla de puta madre —su hermana la puso en contexto con una facilidad admirable—. Un respiro después de cuatro años de jugar a las casitas, Jessie, sin ataduras y sin responsabilidades.

Estaba cansada de repetirle que a ella le gustaban las ataduras y las responsabilidades, jugar a las casitas y pasarse cuatro años con la misma chica sin querer follar con nadie más. Las relaciones serias eran lo suyo y Riley lo sabía, pero de vez en cuando decidía ignorarlo.

—La he invitado a cenar el martes y ha dicho que sí —reveló mientras observaba distraídamente las fotografías.

—Una cita el Cuatro de Julio, de puta madre —dijo Riley—. ¿Qué tienes pensado?

Más que interesándose la estaba poniendo a prueba y ella se tensó un poquito ante aquel examen sorpresa.

—Bueno, le he dicho que elija ella el sitio. Cenaremos y después pensaba llevarla al Myrtle Edwards a ver los fuegos, porque las vistas desde allí son alucinantes.

Y no tenía muy claro si a Gail le atraería mucho la idea de contemplar los fuegos artificiales, pero desde aquel parque con vistas al estrecho de Puget el espectáculo impresionaba el doble por todos aquellos colores reflejándose en el agua.

—Me encantan los fuegos artificiales vistos desde el Myrtle —aportó Elsa dando el visto bueno a su plan—. El año pasado estuve allí con Steve y las vistas son una pasada.

—Vale, veis los fuegos artificiales, y después ¿qué? —preguntó Riley pasando de puntillas y con mucha prisa por el punto fuerte de su noche.

—¿Después? Pues después la acompañaré hasta su casa.

—Error, Jessie. Ella comparte piso con Alison y tú vives sola —resaltó lo de «sola» porque le debía de parecer importante—. Así que, en vez de

acompañarla a casa y darle un casto besito de buenas noches en el portal, la invitas a tu casa y le enseñas otro tipo de fuegos artificiales, que seguro que le gustan más.

Seguro.

¿Seguro? Porque Riley lo había dicho con mucha confianza, pero es que Gail tenía donde comparar y era evidente que a la monitora le sobraba experiencia en ese campo. De nuevo aquella agobiante sensación de tener que esforzarse para estar a la altura. Eso de jugar simple no era tan sencillo como lo imaginó en un principio, porque es que había elegido el nivel experto así de entrada y con un par de ovarios.

—¿La habéis visto? Esa chica ha probado ya todas las clases de fuegos artificiales que existen dos o tres veces —se lamentó señalando la pantalla del ordenador.

—No ha probado los tuyos —la animó su hermana.

—No debería ser tan difícil —dijo ella frotándose la cara con las palmas abiertas antes de dejarse caer contra el respaldo del sofá.

—Echar un polvo no es difícil, Jess, y esa chica te tiene muchas ganas —señaló su hermana—. Le pones cachonda y te pone cachonda.

—Me pone cachonda pero muy nerviosa al mismo tiempo. Es increíble, complicado y agotador y debería ser solo increíble.

—Define increíble —solicitó Riley.

—Increíble es increíble. Es morirme por invitar a una chica al cine y que me diga que sí casi sin que haya acabado de pedírselo y sin preguntar qué película iríamos a ver. Eso es increíble.

—Eso es una nebulosa Ojo de Gato —dijo Elsa rescatando aquella metáfora.

—Y acabas viendo un puto dramón ucraniano subtitulado, no me jodas —las menospreció su hermana menor.

Compartió una mirada cómplice con la castaña, un silencioso «pobre, nunca ha tenido una nebulosa Ojo de Gato» y es que Riley nunca había tenido una nebulosa Ojo de Gato de verdad y nunca había necesitado besar a nadie. Nunca había querido estar con alguien con tanta intensidad como para que la actividad a realizar quedara en segundo plano. Su hermana conectaba con muchos a un nivel superficial, pero profundizar con alguien era una de las tareas en su columna de pendientes. Le decía cosas como «no todas tienen que ser el amor de tu vida» y a ella le entraban ganas de responderle con un «pues alguien tendrá que ser el amor de la tuya», porque iba de alma libre, de rebelde, jugaba a ser una rompecorazones tatuada y a levantar pasiones en Instagram, pero cuando pasara iba a caer de verdad, un golpe de los importantes, en el suelo con todo el equipo. Su hermana iba de dura, pero sabía que, cuando le llegara el momento, se tragaría toda la filmografía subtitulada del cine ucraniano sin pestañear siquiera. Cuando

necesitara besar a alguien de verdad ni tocaría las palomitas.

Devolvió la mirada a la pantalla del ordenador y se encontró con los ojos verde intenso de Gail fijos en ella. Impresionantes y magnéticos, su capacidad de atracción debía de competir con la de la gravedad e iban empate, seguro. Follar con ella debía de ser igual de extraordinario que todo lo demás y, a un nivel muy básico, se moría por dejarse llevar por la forma en que la monitora la tocaba cada vez que tenía ocasión, pero su forma de mirarla no le hacía cosquillas en la boca del estómago.

***

La noche anterior, nada más llegar a su casa tras salir de la de Elsa, Taylor le había escrito diciéndole que sus padres habían preguntado por ella. El nudo de su garganta regresó a lo grande casi antes de terminar de leer el mensaje, porque los padres de su exnovia la habían tratado como a una más desde el principio y también lo habían pasado muy mal al enterarse de su ruptura. Sabían lo justo, no conocían el motivo por el que Taylor y ella ya no estaban juntas porque, en su opinión, entrar en detalles sería un mal añadido e innecesario, echar más leña a un fuego que ya quemaba lo suficiente con la que tenía.

Borrar su número y cortar de raíz era la opción más inteligente para poder dejarla atrás, pero no se veía capaz de sacarla del todo de su vida. No saber qué tal estaba o cómo le iba en la facultad le parecía un poco impensable por el momento, y sabía que todo aquello era parte del peso muerto que la hundía hacia el fondo, pero aún no estaba preparada para dejarlo caer y salir a la superficie. Tal vez Elsa y Riley tenían razón y perseguir una estrella fugaz enfundada en ropa deportiva podía ayudarla a acelerar el proceso.

Y a Gail le había dicho que se perdía la clase de *body combat* aquella tarde porque tenía que quedarse en el hospital a hacer informes, pero terminó un poco antes de lo previsto y había decidido sorprenderlas. Un poco complicado eso de cargar con tres vasos repletos de zumo de fruta hasta la puerta del Zum Fitness, pero ella siempre trataba de que sus errores le ayudasen a mejorar para la próxima y nadie iba a quedarse sin bebida esa vez. Había apoyado los envases sobre el capó de un coche que estaba aparcado justo frente a la puerta del gimnasio y esperaba que no saliera ningún musculitos cabreado por si caían un par de gotas sobre su brillante carrocería.

Consultó el reloj, la clase de Gail había terminado hacía casi un cuarto de hora, así que Alison y ella saldrían de un momento a otro y estaba un poco impaciente por que cruzaran la puerta de una vez, incluso cambió de pie el peso de su cuerpo un par de veces, porque quedarse quieta la activaba aún más. Cinco minutos después comenzó a plantearse seriamente la posibilidad

de que se hubieran suspendido las clases o que hubiesen abandonado el edificio por una puerta trasera secreta, de esas de «solo personal autorizado», y su cuerpo entero se vio sorprendido por una inesperada oleada de desilusión ante la perspectiva de no poder entregar los zumos a sus destinatarias.

Antes de que pudiera analizar aquella sensación, la puerta del Zum Fitness se abrió y el corazón se le aceleró por puro reflejo. *Madre mía, Jessie, relájate que solo es zumo*. Sonrió al divisar a Gail emergiendo de las profundidades de aquel microuniverso de la vida sana y se hizo con los envases, en los que había pedido que les escribieran los nombres de las chicas para no confundirlos. Al volver la vista al frente solo localizó a la morena acercándose a ella con esa jodida sonrisa asomada a sus labios y la bolsa de deporte colgando del hombro. Echó un rápido y confundido vistazo a la puerta del gimnasio mientras sostenía los envases, uno en cada mano. Gail llegó a su altura y la tomó por la cintura, acercando el cuerpo al completo a su anatomía, ella la miró y le dedicó media sonrisa antes de hablar.

—¿Y Alison? —preguntó mientras sentía el calor de sus palmas abiertas acariciarle los costados de arriba abajo.

—Hola a ti también —bromeó la monitora sonriendo un poco más.

—Perdona —se disculpó devolviéndole el gesto y, cuando la morena la besó, dio la bienvenida a sus labios con una suave embestida de los suyos—. Hola.

—Empiezo a pensar que te dan miedo mis clases, Stevens, llegas siempre a la salida.

—Puede que a un nivel inconsciente —bromeó, después se separó de ella para tenderle uno de los vasos—. He salido antes del hospital y te he traído esto.

—Es todo un detalle —dijo Gail aceptando el zumo y sorbió de la pajita sin dejar de mirarla.

—He traído otro para Alison, creía que saldríais juntas.

—Es un detalle doble —la morena reformuló su comentario y ella sonrió de lado quitándole importancia—. Se ha quedado en casa terminando un libro que dice que tiene que devolver a la biblioteca, pero en realidad creo que está evitando a Morgan.

«Evitando a Morgan». Pues pobre Morgan, porque la monitora parecía realmente interesada en ella y seguro que le encantaba poder recrearse con las vistas de la rubia pegando puñetazos al aire durante sus clases de *body combat*. Se le debían de hacer hasta cortas.

—¿Puedo acompañarte a casa?

Lo preguntó porque con Gail nunca se sabía, y la monitora la miró en plan «qué mona» una vez más.

—¿Tengo pinta de necesitar guardaespaldas? —bromeó alzando una ceja

mientras le acariciaba el abdomen con la mano.

—No, pero podría acompañarte como civil —con eso consiguió hacerla reír.

—Me encantaría que me acompañaras como civil —aceptó por fin y la obsequió con un rápido beso en los labios antes de iniciar la marcha.

—Espera, deja que te lleve eso. —Se refería a su bolsa de deporte—. Llevas toda la tarde en clase y seguro que te pesa cinco veces más que cuando llegaste —añadió liberándola de su carga para colgársela al hombro.

—Vaya, vienes con todo el paquete —dijo esbozando media sonrisa.

Le devolvió el gesto y recuperó su vaso de zumo de la superficie del capó de aquel coche antes de seguirla con ambas manos ocupadas. No sabía muy bien qué hacer con el de Alison, pero no quería tirarlo y a lo mejor a Gail no le importaba subírselo a casa. Caminaron en silencio por unos segundos, hasta que se decidió a hablar.

—El sábado en el Trinity no me pareció que la evitara mucho —comentó sorbiendo después de su zumo. Gail la miró en busca de un contexto para aquel comentario y ella se apresuró en tragar y aclararlo—. Alison a Morgan.

—Alison en estos momentos no sabe lo que quiere. Todo lo de Jess_92 le ha hecho polvo y aun así sigue esperando que conteste sus mensajes.

—Encajar algo así lleva su tiempo.

—Como me entere de quién ha sido no va a tener suficiente país para correr —comentó endureciendo el tono y a ella se le escapó media sonrisa al vislumbrar aquel lado protector—. Fui yo la que insistí para que se apuntara en Click, por mi culpa ella está hecha polvo y Morgan frustrada sexualmente.

—No sabías que iba a pasar todo esto, podría haber hecho *click* a lo bestia con alguien que mereciera la pena de verdad —aventuró mirándola y Gail adoptó una mueca en plan «no me convence del todo, pero gracias» y la hizo sonreír—. ¿Morgan merece la pena?

—¿Como pareja sexual? Muchísimo por lo que dicen por ahí. ¿Como algo más? No creo que Alison y ella llegaran muy lejos.

Vaya con las monitoras de *body combat*, levantando pasiones dentro y fuera de clase. Y eso de que Alison la evitara el lunes después de haberse enrollado con ella a lo bestia el sábado por la noche le sonaba a estrella fugaz. Le sonaba a necesitar una salida y no encontrar otra mejor y se sentía un pelín identificada.

Llegaron al portal de casa de Gail antes de lo que se había esperado, la chica vivía cerca de su lugar de trabajo y aún más cerca del Fogón, su restaurante de comida mexicana favorito, de hecho su piso se encontraba en el mismo edificio y cuando Gail se volvió para mirarla como diciendo «pues ya estamos aquí», ella señaló la entrada del establecimiento.

—Vivís encima del mejor restaurante mexicano de todo Seattle —dijo, y la morena echó un vistazo rápido al local antes de encogerse de hombros.

—No lo hemos probado, a Alison no le gusta la comida mexicana y a mí tampoco me hace mucha gracia.

Después la monitora se apoyó contra la pared del portal y le tiró de la camiseta para acercarla de una forma jodidamente sexi. Tenía las manos ocupadas con los dos vasos de zumo, pero se presionó ligeramente contra su cuerpo y casi le costó tragar cuando Gail coló el muslo entre sus piernas.

—Tengo muchas ganas de lo de mañana.

Juega simple, Jessie, venga, que es una estrella fugaz de puta madre.

Se inclinó hacia ella y atrapó aquella boca alucinante en una suave embestida, le habría gustado pasear las manos por sus costados y sus caderas, pero las tenía ocupadas con los zumos, así que se conformó con sentir cómo sus labios le devolvían los movimientos de forma bastante increíble mientras su palma abierta le acariciaba la cintura.

—Tengo muchas muchas ganas —Gail lo repitió contra sus labios.

Bufff…

Se tragó un gemido al sentir cómo la monitora le presionaba la entrepierna con el muslo y embistió su boca una vez más, de forma muy intensa. La sintió sonreír, como si le encantara tenerla así por ella y después se lo devolvió sujetándola por la nuca esta vez, manteniéndola muy cerca. Gail se separó pasados varios segundos y, tras un beso especialmente húmedo, mantuvo la mano en su nuca y le sonrió de lado dejando escapar el aire por entre los labios de forma entrecortada.

—Gracias por el zumo y por acompañarme a casa —dijo en voz baja mientras le acariciaba el cuello con la mano, la deslizó hasta su pecho para empujarla con suavidad dando por finalizada la despedida y escapando del hueco formado por su cuerpo y la pared.

—De nada —contestó a la vez que daba un paso atrás para devolverle su espacio—. Toma.

Lo añadió al caer en la cuenta de que aún llevaba su bolsa deportiva colgando del hombro y Gail la ayudó a sacarse la correa sin derramar ni una gota de zumo. Observó cómo cargaba con ella y abría el portal tras sacar las llaves del bolsillo de la chaqueta, después bajó la vista al vaso en el que se leía el nombre de la rubia escrito con rotulador negro.

—¿Te importa subírselo a Alison? —probó suerte—. Si no tendré que tirarlo.

La monitora la observó por un segundo de forma extrañamente críptica, pero después tomó el envase de su mano mientras mantenía la puerta abierta haciendo tope con su deportiva.

—Se lo daré. Y ya que sabes donde vivo podrías recogerme mañana —señaló mordiéndose el labio inferior de forma condenadamente sexi.

—Pensaba hacerlo, ahora que sé donde vives.

Gail sonrió y ella se acercó de nuevo a su cuerpo con una mano

desocupada esta vez, la tomó por la cintura estableciendo contacto entre miles de puntos de sus anatomías y la miró desde muy cerca.

—Buenas noches, Jessie —la monitora lo dijo a media voz y enseguida atrapó sus labios en un beso suave y excitantemente húmedo, con un poco de lengua.

—Buenas noches —respondió una vez que la morena se hubo alejado un par de centímetros de su boca.

Una última sonrisa de las impresionantes y Gail desapareció portal adentro con los zumos en las manos. Genial, porque le habría dado mucha rabia tener que tirar el de Alison a la basura.

***

¿Estaba evitando a Morgan? Porque era verdad que tenía que devolver aquel libro a la biblioteca a finales de semana, pero aquello nunca le había limitado antes, porque el tío que se encargaba de controlar los préstamos hacía la vista gorda si alguna vez se le pasaba el plazo. Podría haber acudido perfectamente a su clase de *body combat* y el que no hubiese querido hacerlo no tenía nada que ver con la novela que sostenía en sus manos en aquel preciso momento. Interesantísima, por cierto, en su punto de romanticismo y fácil de leer. Le daría un nueve sobre diez en su ficha de valoración.

¿Evitaba a Morgan o evitaba a Jessie? A una de las dos, seguro. Es que aquel cristal del que hablaba Gail era de colores bastante comprometidos y cuando miraba a la psicóloga a través de él se le encogía la boca del estómago y se le aceleraban un poco las pulsaciones, y todo aquello estaba terriblemente mal por un millón de razones. ¿Las principales? Que Jessie «estaba» con Gail y que ella continuaba fusionándola con Jess_92 y enganchada al resultado. Que cada vez que recordaba que no había estudiado biblioteconomía se moría un poquito más por dentro, porque Cary Grant e Ingrid Bergman le daban dolor de cabeza y no debía de tener ni idea de quién era Billy Wilder.

Oyó el sonido de la puerta de entrada y consultó su reloj, porque no se había dado cuenta de que era tan tarde y seguía acurrucada en el sofá del salón, ni se había planteado empezar a hacer la cena. Culpa de Morgan, de Jessie y de aquella novela que pintaba el amor de rosa obviando que, en la vida real, los Barry Walker estaban a la orden del día. Apoyó el libro abierto en su regazo en cuanto vio entrar a Gail, cargada con la bolsa del gimnasio y con las manos ocupadas por sendos vasos de poliestireno.

—De repente eres muy popular, Carter —la monitora la saludó de aquella extraña manera dejándose caer a su lado en el sofá—. Morgan me ha preguntado por ti, la chica latina sexi de tu clase me ha preguntado por ti y Jessie me ha preguntado por ti.

Morgan era increíblemente atractiva y a la chica latina sexi de su clase la llamaban «la chica latina sexi» por algo, pero se quedó enganchada a eso de que Jessie había preguntado por ella y las otras dos quedaron relegadas a un segundo plano con una facilidad pasmosa.

—¿En serio? —preguntó incorporándose un poco más.

—Faltas un día al gimnasio y el mundo deja de girar —exageró mientras le tendía uno de los vasos. Se percató de que tenía su nombre escrito y frunció ligeramente el ceño tomándolo con ambas manos—. Me he encontrado a Jessie esperando a la salida de clase con tres zumos porque pensaba que tú estarías también.

Gail aclaró el origen de la ofrenda y a ella le dio un vuelco el estómago, el muy estúpido no se daba cuenta de que no era más que un zumo. Un puñetero zumo por compasión. Porque a aquella Jessie la época dorada de Hollywood le importaba medio pimiento, pero era lo suficientemente considerada como para no dejarla a ella sin bebida una segunda vez. Un detalle muy bonito, por cierto, a juego con su sonrisa. Y, definitivamente, no era el tipo de Gail, aunque fuesen a pasar juntas el Cuatro de Julio. Quiso gritarle a aquella mierda de libro algo así como «Esto. Esto es la vida real, así que toma nota», lo que debería ser y no es y estúpidos Barry Walker jodiendo finales perfectos.

Zumos que quemaban en las manos y removían cosas por dentro porque, cuando lo probó, sabía a melón, mango y kiwi.

«Lo hubiese preferido de melón, mango y kiwi, pero me gustó el detalle».

Un zumo por compasión, pero recordando sus preferencias, a lo mejor su estómago no era tan estúpido después de todo.

—Te dije que parecía detallista —señaló tras dar otro sorbo a la bebida, Gail le había quitado el libro del regazo y lo ojeaba distraídamente mientras sorbía su propio zumo.

—Y puede que tengas razón, me ha acompañado hasta el portal y se ha ofrecido a llevarme la bolsa —lo dijo sin darle mayor importancia y pasando un par de páginas seguidas—. ¡Joder, besa de puta madre!

Aquello último lo exclamó cerrando el libro de golpe. Totalmente impermeable, su capa de cero conexión emocional era infranqueable desde todos los ángulos. Sus ligues debían ser guapos, sexis, tenían que besar bien y que follar mejor, y esos eran los únicos requisitos de la monitora. Jessie los cumplía, seguro que sí, al menos en su imaginación aquel físico lo hacía todo a lo grande. Los detalles extra a Gail le resbalaban olímpicamente, pero la cena cara en Il Fornaio se la iba a agradecer a fondo. Una suerte para Jessie y una úlcera estomacal para otras, porque ella sí que apreciaba el hecho de que la psicóloga recordara cuál era su zumo favorito.

Eso de que Dios da pan a quien no tiene dientes nunca le había parecido tan cierto antes.

—Tienes que ayudarme a decidir el modelito para mañana, Carter, quiero tenerla babeando toda la cena.

—No debería ser difícil, toda tu ropa está pensada para hacer babear —dio por sentado recuperando su libro cuando Gail lo tiró sobre los cojines.

—Puede, pero quiero hacerle babear a ella en concreto, seguro que puedes ayudarme, ayer os pasasteis la tarde cuchicheando en el Tatoo Too —dijo al alejarse hacia el baño y ella la miró sin saber muy bien cómo tomarse aquel comentario.

—Lo siento, pero solo habla de lo inalcanzable que le pareces —respondió cuando ya la morena desaparecía por el pasillo.

—Curioso, porque se ha pasado todo el camino preguntándome por ti y por Morgan.

Gail lo anunció sin darle toda la importancia que merecía y cerró la puerta del baño tras ella sin darle opción a réplica ni ocasión de profundizar en qué era lo que a Jessie le interesaba tanto. Lo de no ser el centro de atención Gail lo llevaba bastante mal, así que seguramente había tenido que morderse la lengua mientras volvían del gimnasio para no decirle: «Tema de conversación equivocado, mírame bien y piénsatelo otra vez, anda».

Desvió la vista al vaso de zumo y, por un segundo, el corazón le palpitó raro en el pecho y casi se le escapó media sonrisa a pesar de que tenía la sensación de no saber muy bien a qué estaba jugando. Si aquellas cosquillas internas las provocaban las secuelas de Jess_92, más le valía andar con cuidado, no quería quemarse aún más. Complicado, porque añoraba su voz, pero le gustaba su sustituta; echaba de menos sus charlas acerca de cine, pero aquellos «No. Pero hice un máster» la hacían reír; y no le gustaban los clásicos, pero dibujaba increíblemente bien y le llevaba zumos a la salida del gimnasio.

Sorbió de la pajita una vez más y, tras la nueva información, aquel zumo por compasión le supo el doble de dulce.

OceanofPDF.com

11

Su compañera de piso

Jess_92 le había dicho que la llevaría a ver los fuegos del Cuatro de Julio, aunque también le había dicho que se llamaba Jessie haciendo pasar un físico ajeno por propio, y es que no lo podía haber elegido mejor, además, así que no sabía de qué se sorprendía a aquellas alturas.

Mentiras. Eso le había dicho. Muchas mentiras, y si había algo de verdad entremedias quedaba demasiado difuminado como para poder verlo a simple vista. Y la idea general «Jess_92 es mentira» debería abarcar todas las demás bajo una inmensa ala de protección emocional, porque ya había sufrido bastante para aceptarla y, una vez asimilada, sus derivados no deberían tener el poder de impactarle de nuevo, porque llovía sobre mojado y resbalaba el doble.

La madre de todas las mentiras, su falsa identidad, había sido el impacto más gigantesco que había tenido que gestionar en la vida, pero es que sus mentiras hijas continuaban pegándole patadas de las fuertes en la espinilla. Lo de que el tiempo lo cura todo era verdad en parte, pero en su caso sospechaba que le estaban echando una mano para acelerar el proceso. Un par de ojos verdes, la sonrisa más bonita del mundo y zumos de melón, mango y kiwi a la salida del gimnasio, porque los trucos con Gail se le estarían agotando, pero con ella le funcionaban a las mil maravillas y sin intentarlo siquiera.

La posibilidad de estar utilizando a Jessie como un sucedáneo de Jess_92 que le ayudara a minimizar el impacto de la madre de todas las mentiras seguía sobre de la mesa, un poco en plan «sé que no eres ella, pero te pareces lo suficiente». Y no estaba segura de lo que estaba haciendo, pero, si era eso, sería estúpido. Joder, sería muy estúpido.

Terminó de darle los últimos retoques a su maquillaje frente al espejo de aumento en su habitación. Nada demasiado elaborado, un poco de base y rímel. Para ir con Monica y con Zack a ver los fuegos al Discovery no necesitaba nada más: vaqueros, camiseta roja y una chaqueta de punto negra, porque junto al mar refrescaba. Casi tenía que obligarse a salir, no le apetecía nada de nada, a lo mejor su plan original le había hecho tanta estúpida ilusión que todos los demás palidecían en comparación y le atraía

más la idea de quedarse en casa en pijama. Algo así como «o Jess_92 o nada», dicotómico y radical, pero Monica le había salido con eso del grupo de apoyo de solteros anónimos y no había podido decirle que no.

Escuchó el portero automático y seguidamente la voz de Gail desde las profundidades del baño, donde llevaba siglos arreglándose, anunciando un «Es Jessie. Abre, por favor» que le aceleró un poco más las pulsaciones. No sabía muy bien si para bien o para mal, porque de repente se había convertido en la mayordoma de toda aquella historia, Gail saldría del baño pareciendo Marilyn Monroe reencarnada en Beyoncé o algo igual de alucinante y a ella solo le faltaba el moño mal hecho para completar su *look* «me importa una mierda».

Vida cruel.

Corrió hacia el automático y al escucharla responder «Jessie» tras su «¿Quién es?» comenzó a sentir cosquillas generalizadas y terriblemente agradables por toda su anatomía, embajadoras de un estúpido nerviosismo para nada justificado. Una barbaridad, y eso que era plenamente consciente de que la psicóloga estaba allí buscando a Gail. Buf… si hubiese ido a recogerla a ella estaría en el suelo convulsionando, seguro. Esperó junto a la puerta y el sonido que hizo el ascensor al parar en su piso incrementó aún más la activación de su fisiología.

Ay, joder, es que se sentía como cuando de adolescente se coló por la novia de su hermano y el muy gilipollas la invitaba a casa. Se retocó un poco el pelo justo antes de que la chica abandonara el ascensor y abrió la puerta sin necesidad de que llamara al timbre.

Jessie sonrió al encontrársela de frente, como si no hubiera esperado verla allí, pero le gustase la sorpresa, y ella le devolvió el gesto un poco falta de aliento, porque no sabía cuánto tiempo habría invertido la morena en arreglarse, pero estaba exageradamente increíble. Sus ojos parecían el doble de verdes y sus labios el triple de besables, aquellos pantalones se adherían a su anatomía de puta madre y la camisa entallada le hacía un escote lo suficientemente pronunciado como para que tuvieras que fijarte en él para seguir viviendo. Y debería estar prohibido que las americanas quedasen así de bien, porque era una discriminación bastante flagrante para el resto del universo textil. Negra, una americana negra y ajustada y su pelo en cascada enmarcando el conjunto.

—Llegas pronto, Gail sigue arreglándose en el baño.

Lo dijo con el corazón en la garganta, porque nunca había visto a una chica así de guapa en la vida real y se puso un poco más nerviosa cuando Jessie la recorrió disimuladamente con la mirada por un momento antes de conectar con su azul.

—Llego a la hora, pero sabía que esto era una posibilidad.

Por lo visto ya iba pillándole el truco a la monitora.

Se apartó de la puerta, invitándola a entrar, y Jessie se lo agradeció con una adorable sonrisa mientras pasaba por su lado. Mierda, olía tan bien, tanto que le dieron ganas de enterrar la cara en su pelo e inspirar en plan ambicioso. En vez de eso cerró la puerta y se volvió hacia ella guardando las distancias. Aquello también se lo había imaginado en innumerables ocasiones, su físico en su salón, aunque con lo de dentro diferente. Le pareció que la morena no estaba muy segura de qué hacer o decir a continuación, un poco a imagen y semejanza suya, y justo cuando se decidió a darle las gracias por su detalle del zumo, a Jessie se le ocurrió algo que decir, ambas comenzaron a hablar a la vez y ante la coincidencia pararon en perfecta sincronía.

—Perdona —la morena se disculpó dedicándole media sonrisa y ella le devolvió el gesto—. Tú primero, es tu casa.

—Decía que gracias por el zumo de ayer. Acertaste, al menos con una de las compañeras de piso.

—Un momento histórico y me lo perdí por tu culpa —bromeó y cuando vio asomar su sonrisa la suya se hizo más grande—. ¿Cómo llevas el libro?

Jessie se lo preguntó escondiendo las manos en los bolsillos traseros de los pantalones y le pareció uno de sus gestos nerviosos, los había visto antes en alguna ocasión en la que Gail le apretaba demasiado la correa, y a ella en particular le estrujaban un poco el corazón en el pecho cada vez que los veía. Se le aceleraron las pulsaciones al contemplar la posibilidad de que fuera ella misma el origen de ese ligero nerviosismo, pero dos segundos después, un «no seas ridícula, porque es su gran noche con Gail» la sacó de aquellos delirios de grandeza por la vía rápida.

Cuando procesó su pregunta se dio cuenta de que se había dejado el libro en cuestión tirado de cualquier forma sobre el sofá y se acercó para cogerlo con intención de dejarlo en su habitación antes de marcharse.

—Casi lo he acabado —admitió jugueteando con el ejemplar entre sus manos.

—Más te vale, he oído que en la biblioteca son muy estrictos —dijo impostando un tono serio que la hizo sonreír—. Sobre todo con los reincidentes.

—No soy reincidente —defendió su honor mientras abrazaba el libro contra su pecho.

—Qué curioso, es justo lo que diría una reincidente —observó, y ella suprimió una sonrisa, porque ya iban demasiadas.

—No tengo salida, ¿verdad?

—Si la tienes, no se me ocurre ahora mismo.

Jessie ya no parecía nerviosa y su manera de bromear le hizo cosquillas por casi todos los rincones de su cuerpo. Aquella sonrisa contribuía a dotar de intensidad el fenómeno, eso seguro. Le señaló el sofá indicándole que se

sentase mientras esperaba a Gail y sacudió el libro en el aire para decirle que iba un momento a su habitación para dejarlo allí antes de marcharse. La morena le agradeció el gesto y se sentó al filo del asiento, aparentemente no sabía muy bien qué hacer con sus manos, y al alejarse acertó a avistar cómo entrelazaba los dedos y apoyaba los antebrazos sobre las rodillas.

Se le escapó una sonrisa, porque era así de imbécil y Jessie básicamente lo opuesto a todo a lo que estaba acostumbrada Gail. El noventa por ciento de sus conquistas se repantingaban en el sofá con simulada confianza y presumiendo de atractivo, alardeando de bíceps o enseñando escote, según el sexo. Con cara, con mucha cara. El último gilipollas incluso le pidió que le sacara algo de beber como si ella fuera una camarera en su propia casa, pero a Gail le encantaba porque tenía tabletita, «un abdomen para morirse» en sus propias palabras.

Dejó el libro sobre la mesilla, junto a la cama, y se acercó a toda velocidad a su espejo de aumento para asegurarse de que el poco maquillaje que llevaba aquella noche estaba todo en su sitio. Se maldijo en voz baja por no haberse resaltado más los ojos, Monica decía que una tenía que ir siempre de punta en blanco, porque el hombre perfecto podría estar a la vuelta de la esquina, y lo del hombre perfecto no le convencía, claro, pero empezaba a pillarle el sentido a todo lo demás.

Joder, es que Gail la podía haber avisado de que Jessie pasaría a recogerla, maldita sea, que aquella también era su casa.

Regresó al salón, tras hacerse con la pequeña mochila de tela negra que usaba para llevar sus enseres, y captó la atención de la morena nada más pisar la estancia, seguramente porque la pobre no tenía muchas más cosas en las que poder centrarla mientras hacía tiempo hasta que su cita decidiera estar lista. A Gail le encantaba hacerse de rogar una media de veinte minutos y ella se había planteado más de una vez la posibilidad de comprar unas cuantas revistas para amenizar la espera de sus múltiples conquistas. Un par de ejemplares del *Cosmopolitan*, uno de la *Rolling Stone* y una *Playboy*, con la MTV de fondo en la tele.

—¿Te apetece algo de beber? —lo preguntó depositando la mochila sobre el respaldo del sofá, porque después de dos zumos, uno de ellos a domicilio, se sentía un poco en deuda con ella.

—Estoy bien, gracias. ¿Planes interesantes?

—No mucho, voy a ver los fuegos al parque Discovery con unos amigos.

Lo de que debería haber salido en dirección al punto de encuentro hacía por lo menos diez minutos se lo guardó para ella y encima se sentó en el sofá sin mucha prisa por marcharse. Se dijo a sí misma que dejar a Jessie esperando a solas en el salón de su casa sería de mala educación, y con eso le dio una tregua a la aguafiestas de su conciencia.

—El año pasado estuvimos viéndolos desde allí. —La morena hizo un

parón al finalizar la frase, le dio la impresión de que aquel «estuvimos» incluía también a la tal Taylor y el verbalizarlo le habría tocado alguna de esas estúpidas fibras sensibles que existían solo para molestar—. El sitio es alucinante, yo quiero verlos con Gail desde el Myrtle Edwards, queda más cerca del restaurante donde vamos a cenar.

Il Fornaio, sí, caro, elegante y hasta romántico, a unos veinte minutos andando del parque Myrtle y hacía buena noche, así que el plan era básicamente perfecto. Excepto por un pequeño detalle: a Gail los fuegos artificiales le daban dolor de cabeza, porque eso de quedarse parados en un mismo sitio mirando hacia arriba le parecía de gilipollas. Pobre Jessie, es que no acertaba con la monitora, de verdad. Le dieron ganas de decirle: «¿No te das cuenta de que todo sería mucho más fácil si realmente fueras Jess_92?». Porque lo sería, joder, pagarían a medias el menú en el Blue C. Sushi y a ella le encantaba eso de pasarse horas enteras oteando el firmamento, con o sin fuegos artificiales.

Lo que le iba a parecer aquel plan a su amiga se lo guardó como secreto de sumario, le daba un poco de pena Jessie y seguramente la monitora disimularía. De vez en cuando Gail realizaba aquellas pequeñas concesiones, sobre todo si quería follar con alguien con tantas ganas.

—Il Fornaio, nunca he estado, pero dicen que es muy bueno —comentó jugueteando con la manga de su chaqueta y la morena asintió de acuerdo con la observación.

—Eso dicen, yo tampoco he estado antes. Prefiero la comida mexicana —Jessie lo dijo y seguidamente frunció el ceño con aires divertidos al ver cómo ella arrugaba la nariz al oír eso de «comida mexicana»—. ¿Tienes algo contra la comida mexicana?

—No me gusta.

—¿La has probado para poder decir que no te gusta? —la retó entornando ligeramente los ojos, desconfiada.

Aquel gesto la hizo reír y Jessie curvó sus labios en un alucinante esbozo de sonrisa.

—¿Has visto tú algún clásico para poder decir que te dan dolor de cabeza? —le devolvió el interrogante recuperando la información amablemente cedida por Riley el sábado por la noche.

—Bien jugado —dijo tras observarla por unos segundos con un toque divertido en la mirada—. A lo mejor deberíamos…

A lo mejor deberíamos… ¿Comer comida mexicana juntas? ¿Ver clásicos del Hollywood de los años cuarenta juntas? ¿Salir juntas? ¿Algo juntas? Un «deberíamos» que las incluyera a Jessie y a ella le aceleraba un pelín las pulsaciones y le daba ganas de decir «Sí, sí que deberíamos» sin dejarla terminar la frase ni nada, porque lo que viniera a continuación le resultaba francamente irrelevante.

Patético, Alison. Las despiadadas consecuencias de aquel maldito Barry Walker y sus estúpidas implicaciones. Era aquel irracional enamoramiento con alguien que no existía lo que la empujaba a aferrarse a algo real y Jessie lo era. Real y con el físico perfecto, aquellos ojos verdes le eran tan familiares que la transición se le hacía mucho menos amarga. Con ella no tenía que empezar de cero y se sentía así por muy retorcido que fuera el contexto.

Desgraciadamente el «A lo mejor deberíamos…» de la morena quedó en el aire, porque Gail eligió precisamente ese momento como el perfecto para realizar su entrada triunfal en el salón. Vestido negro ceñido hasta mitad de los muslos, de los que no dejaban espacio a la imaginación por si la imaginaban menos impresionante, botas negras hasta las rodillas y la cazadora de cuero beis la llevaba en la mano para lucir hombros y escote, porque al vestido le bastaba con una fina tira al cuello para mantenerse en su lugar.

Debía de haber utilizado un bote entero de champú y otro del acondicionador efecto «puta maravilla», porque el pelo en sus citas Gail lo llevaba siempre para alucinar, se lo había colocado estratégicamente cayéndole por los hombros y le acariciaba la piel del escote muy suave. Una estampa espectacular, un «ponte a babear cuando quieras que fregamos luego» hecho cuerpo de mujer.

La psicóloga no babeaba, al menos no en el sentido estricto de la palabra y, por un momento, devolvió la vista a ella, como si no quisiera dejar su conversación a medias. Un segundo de titubeo, pero al final centró su atención en Gail y se levantó y todo, dirigiéndole un halagador «Ey… estás increíble».

Ella desvió la vista a sus propias manos mientras Jessie paseaba su preciosa mirada por las curvas de su compañera de piso, seguro que ya ni se acordaba de qué venía después de su «A lo mejor deberíamos…» y la iba a dejar con la duda para siempre.

—Siento que hayas tenido que esperar.

Gail se disculpó, esbozando una encantadora sonrisa que seguía aquel guion escrito de antemano, lo había visto otras veces y sabía lo que la monitora esperaba escuchar a continuación: «No te preocupes, ha merecido la pena» o un derivado en forma de piropo igualmente satisfactorio. Sus conquistas se los daban una y otra vez y ella no se cansaba de recibirlos, eran combustible para su ego, a pesar de que las reservas las tenía a tope.

—No te preocupes, he estado hablando con Alison —dijo Jessie y le dedicó a ella media sonrisa.

Saliéndose del molde sin saberlo y sentando unos precedentes desconocidos hasta la fecha, porque cuando Gail se vestía para matar eso de que sus conquistas se entretuviesen con otras no lo tenía muy bien visto.

Narcisismo en estado puro o carencias de algún tipo que trataba de solventar a base de escote sexi y esmerados cumplidos, no lo acababa de tener muy claro, y la psicóloga era Jessie, de modo que el diagnóstico se lo dejaba a ella. Solo sabía que, con aquella faceta de la monitora, necesitaba tener bastante paciencia y a veces ponía los ojos en blanco y todo, pero valía la pena el esfuerzo, porque Gail tenía otras cualidades que, a fin de cuentas, equilibraban la balanza.

—Yo tengo que irme ya —lo dijo sonriendo mientras se levantaba con su mochila en la mano.

Seguro que al día siguiente la monitora le saldría con algo del estilo «como a Jessie y a ti os encanta cuchichear en el sofá», en tono acusatorio. Estaba acostumbrada a aquellos comentarios, los formulaba medio en broma medio en serio, pero nunca habían pasado a ser nada más. Pelearse entre ellas por las atenciones de una chica quedaba fuera del abanico de posibilidades lógicas y en el de las ilógicas no lo consideraban plausible.

—¿Cuál es vuestro plan? —se interesó la monitora.

—He quedado con ellos en el Revolver Bar, cenaremos algo y luego vamos hacia allí con el coche de Monica.

—Pues tened cuidado, es Cuatro de Julio y las calles van a estar a tope de gilipollas borrachos —advirtió su compañera.

—Sí, mamá —aunque le gustaba su lado protector, lo dijo en tono burlón. Alzó la vista para despedirse, se encontró con su verde favorito fijo en ella y esbozó media sonrisa—. Pasadlo bien.

Tuvo que obligarse a decirlo, porque seguro que se lo iban a pasar demasiado bien y no le hacía ninguna gracia saberlo. Casi se vio obligada a luchar contra sus instintos más primarios que la impulsaban a tirar del brazo de Jessie, llevársela aparte como si tuviera algún derecho y exigirle que terminara aquel «A lo mejor deberíamos…», porque se lo iba a llevar puesto para toda la noche.

—Gracias por hacerme compañía, espero que los fuegos se vean genial desde el Discovery —dijo la psicóloga.

—Yo espero que te guste Il Fornaio, aunque no sea un mexicano —le correspondió y a Jessie le salió una sonrisa de medio lado que le impactó de lleno en mitad del pecho.

—Y yo espero que no llegues tarde —intervino Gail acercándose a ella dispuesta a mostrarle el camino, por si se le había olvidado.

Se despidió de Jessie con un rápido «Hasta luego» y un gesto de la mano, y prácticamente fue escoltada por la monitora hasta la salida. No la obligó a caminar más rápido porque tenían público, pero le sujetaba el antebrazo en plan «no pares que tenemos prisa», le pareció captar algo extrañamente familiar y al llegar a la puerta se inclinó un poco hacia ella, en concreto hacia su cuello, e inspiró con algo más de detenimiento.

—¿Has usado mi colonia? —susurró bajando el tono.

—La mía se me ha terminado y la tuya huele de puta madre. No te pongas en plan gruñón, te dejo mi vestido rojo para que lo lleves a un restaurante de lujo en tu próxima cita.

—Para mi próxima cita seguro que los vestidos ya no están de moda y los restaurantes tampoco, obtendremos los nutrientes necesarios a través de chips insertados en nuestros cerebros.

—Siempre has sido una jodida visionaria —su amiga la felicitó a la vez que le abría la puerta para facilitarle el proceso—. Espero que te lo pases fenomenal con tus amiguitos frikis del museo y no me esperes despierta.

Iba a contestarle con algo parecido a «no folléis aquí, por favor», pero Gail cerró la puerta como si le faltara tiempo en cuanto ella puso un pie en el descansillo, así que solo le quedaba confiar en que aquellas dos terminaran en casa de Jessie en vez de en su piso. Un salto de fe que preferiría no tener que dar, pero no le quedaba otro remedio.

***

Il Fornaio no estaba mal, tal vez demasiado refinado para su gusto, los restaurantes elegantes con ambientación instrumental nunca habían sido lo suyo. A Taylor tampoco le llamaba tanta sofisticación, así que los últimos cuatro años los había pasado sin pisar uno de esos. Le gustaba el Fogón, comprar perritos calientes en los puestos callejeros y pedir a domicilio de vez en cuando. Gail, por el contrario, parecía encantada en aquel contexto, daba la impresión de que estaba acostumbrada a frecuentar sitios así y bebía de su copa de vino con la mirada fija en ella. El gesto le quedaba genial, como aquel condenado vestido, y el tono de lápiz de labios que había elegido se los moldeaba tan de puta madre que le costaba trabajo dejar de mirarlos.

—¿Hace mucho que os conocéis? —le preguntó tras dar un sorbo a su copa—. Alison y tú.

—Desde los once años, la empresa de mi padre lo trasladó aquí y tuvimos que mudarnos a mitad de curso.

—Mala edad y mala época —dijo ella mientras Gail se llevaba a la boca una ración más del plato que había elegido: *risotto* de boletus y *foie* —. ¿Os conocisteis en el colegio?

—Alison fue la primera que se acercó a hablar conmigo después de dos largos días de invisibilidad para el resto de la clase, vivíamos bastante cerca y siempre ha sido igual de encantadora, así que enseguida nos hicimos amigas.

—Lleváis juntas más de media vida.

—Básicamente, sí. Fuimos juntas al instituto, fuimos juntas a la

universidad y al terminar decidimos compartir piso.

Interesante, las dos chicas le parecían tan diferentes que le sorprendía un poco que se llevaran tan bien, aunque un observador externo podría decir lo mismo de Riley y de ella, y lo de los polos opuestos se atraen debía de ser *vox populi* por algo.

—Lo que te has pedido tiene una pinta increíble, ¿puedo?

Gail se lo preguntó, dejando aquella conversación atrás, mientras señalaba su plato con el tenedor. Ella le respondió con un educado «Sí, claro» y la monitora se inclinó por encima de la superficie de la mesa para robarle uno de sus raviolis, sujetándose el pelo con la mano que tenía libre de una forma inexplicablemente sexi. A aquella chica todo le salía así. En esa posición podía verle a la perfección el escote y lo recorrió por un par de segundos con la mirada, al devolver la vista a sus ojos se los encontró fijos en los suyos y Gail le sonrió de medio lado antes de introducirse el ravioli en la boca.

Calculado al milímetro y diseñado para impresionar, y la verdad era que le daba resultado, porque es que era impresionante o, al menos, a ella se lo parecía. El potencial de aquel físico no tenía límites y la monitora lo explotaba a fondo. Volvió a sentarse y se lamió el labio inferior sin desconectar las miradas, otra de sus escenografías condenadamente excitantes, pero sin saber por qué le hizo echar de menos aquellas veces que Taylor se manchaba aposta comiendo chocolate mientras veían la tele en el sofá y llamaba su atención para parodiar aquellos gestos sexis con exagerados lametones de su lengua. Solían acabar riendo y comiéndose a besos entre los cojines y le gustaba más. Mucho más.

—¿Quieres probar el *risotto*?

Gail se lo preguntó mostrándole el tenedor ya cargado, así que fue su turno de incorporarse e inclinarse sobre la mesa para aceptar el ofrecimiento. La monitora dirigió la comida directa a su boca, así que dejó que se lo diera ella y la vio sonreír.

—Está muy bueno —dijo regresando a su silla.

—Jessie, ¿alguna vez has hecho esto antes?

Lo dijo de golpe y sin avisar, de forma distraída y mientras cargaba de nuevo el cubierto. A ella le pilló un poco por sorpresa y sus reflejos no estaban debidamente engrasados para improvisar en vivo y en directo.

«Esto».

¿Cenar en uno de los restaurantes más exageradamente caros de la ciudad?

¿Dejar que su cita le diera la comida en la boca?

—Follar con una semidesconocida.

La monitora lo aclaró antes de introducirse el tenedor en la boca y degustó la pasta en espera de su respuesta. Y seguro que ya la sabía, es que debía de ser jodidamente evidente que era la primera vez que jugaba en ese

campo, porque se le habían acelerado las pulsaciones solo con escuchar su pregunta. El estilo a lo Riley era tremendamente complicado de imitar si no estabas hecha del material adecuado, y no sabía con exactitud de qué material estaba hecha ella, pero del adecuado no, seguro.

—¿Es lo que eres?

Lo preguntó dejando el tenedor a un lado, a lo mejor para ganar un poco más de tiempo antes de contestarle con un simple «No, nunca. Soy más de sentimientos primero y sexo después, pero contigo quiero hacer una excepción porque Taylor me ha dejado así de jodida». Gail alzó una ceja, como desafiando a aquel interrogante.

—¿Cómo me apellido? —la retó verbalmente.

—Morrison.

Lo dijo esbozando media sonrisa, casi pavoneándose, un poco en plan «toma esa» y agradeció mentalmente a Elsa que el domingo en su casa le hiciera esa misma pregunta para poder buscar el perfil de la monitora en Click.

Jessie uno, Gail cero.

—¿Cuántos años tengo?

Mierda.

Se reprochó a sí misma no haber prestado atención suficiente a su perfil cuando lo tuvo delante, porque en él aparecía especificada su edad, pero es que tanto movimiento, derroche de adrenalina y gasto energético la marearon un poco y no se había quedado del todo bien con los detalles.

Vamos, Jessie, que esta puedes sacarla y seguro que por fin la impresionarías.

La respuesta acudió a ella, así sin más, enlazada con aquello de «Fuimos juntas al instituto, fuimos juntas a la universidad y al terminar decidimos compartir piso», porque partiendo de aquella base no sería descabellado afirmar que Gail tendría la misma edad que Alison y sabía que Alison tenía veintisiete años. Lo calculó a raíz de una de sus conversaciones en el Zum Fitness, la rubia le dijo que empezó a interesarse por eso de la cocina a los diecisiete tras ver *Ratatouille* en el cine, de modo que solo tuvo que buscar en Google la fecha de estreno de la película y calcular su edad actual en base a eso.

Sencillo. Tremendamente sencillo.

—Tienes veintisiete años, trabajas en el Zum Fitness y los fines de semana los dedicas a quemar adrenalina. No te encanta leer, pero te gustan las novelas de ciencia ficción y las películas de acción.

Repitió la información de su perfil que sí recordaba. Gail curvó los labios formando una sonrisa alucinante y complacida, de las de «has hecho tus deberes».

—Los solos de batería te vuelven loca —añadió.

—Me has buscado en Click.

—Puede.

Lo de que había sido de rebote se lo guardó para ella, porque seguro que no le convenía mucho difundirlo por ahí. Le dio la impresión de que a Gail le había gustado su aparente interés en conocerla más allá de la evidente atracción hacia su espectacular físico, pero la monitora no lo admitió, le encantaba jugar así. En plan opaco y siempre dos o tres pasos por delante.

A Gail le gustaba tener el control o lo necesitaba, una de dos.

—No hay que fiarse demasiado de esos perfiles, el tuyo no tiene nada que ver contigo más allá de usar tus fotos como reclamo —dijo antes de dar un sorbo a su copa—. Llaman la atención.

Eso último lo añadió mirándola de una forma bastante reveladora, regodeándose con la anticipación, solo le faltaba relamerse y era sexi a lo bestia, pero le ponía jodidamente nerviosa. Porque aquello para la monitora no era más que un juego que le encantaba repetir una y otra vez con distintos concursantes y le habría gustado estar a la altura, pero se quedaba unos cuantos metros por debajo. Gail era el gato y los demás sus ratones favoritos, le gustaba divertirse con ellos, fingir que tenían una oportunidad antes de comérselos y buscar al siguiente mientras hacía la digestión.

—A Alison le llamaron la atención —dijo distraída la monitora.

Tuvo la extraña sensación de que Gail solo lo había dicho para poder evaluar su reacción y aquello le puso aún más nerviosa. A eso de que a Alison le habían llamado la atención sus fotografías le daba un par de vueltas de vez en cuando, una ayuda extra a su autoestima. Aquellas puñeteras instantáneas habían contribuido a amargar la existencia de la rubia, pero para ella resultaba bastante halagador que, de entre los miles y miles de usuarios de Click, se hubiese fijado precisamente en su cara.

A veces Alison la miraba de una forma superintensa, de vez en cuando le sonreía con un extra de ternura y sabía que, justo en ese momento, estaba viendo en ella a Jess_92. A los dos segundos el extra desaparecía y el azul de su mirada perdía intensidad al recordar que era Jess a secas, y a ella el cambio le provocaba un poco de frío, porque era jodidamente interesante sentirse así por un rato. Y es que eso perseguía persiguiendo estrellas fugaces: encontrar su nebulosa Ojo de Gato o alguien para quien ser Jess_92.

Y no conocía la identidad de quien había usurpado la suya, pero no necesitaba un nombre para saber que era gilipollas.

—Seguro que ya ha perdido la cuenta de las veces que se ha arrepentido de haberse fijado en ellas —aventuró tras beber de su copa, había dado un sorbo con el único objetivo de esquivar su mirada.

—Alison no es de las que se arrepienten. ¿Pedimos el postre?

Lo sugirió tras dejar el tenedor sobre su plato vacío y cruzando los brazos sobre la mesa, esa posición resaltaba su escote y seguro que la adoptaba a menudo en sus citas porque lo sabía. Se concedió un par de segundos para

mirar antes de obligarse a levantar la vista y centrarla en sus ojos, el espejo del alma, como se suele decir.

Mirando los de Gail solo podía concluir que la suya era intensamente verde.

Y sexi, muy sexi.

***

Su cita más cara hasta la fecha, pero el sitio era estéticamente impecable y el tiramisú estaba de muerte. Gail le había robado casi la mitad después de haberse comido sus dos *cannoli*, aquella mujer necesitaría combustible para mantener su maquinaria trabajando al máximo casi las veinticuatro horas. Lo quemaba en el Zum Fitness y fuera también, y caminaba sorprendentemente deprisa para estar dando un paseo.

Le había propuesto acudir al Parque Myrtle a ver los fuegos, porque era Cuatro de Julio y le parecía una actividad cojonuda para realizar con alguien en una primera cita, y Gail había aceptado en plan «bueno, vale», así que sospechaba que no le había hecho demasiada ilusión. Mientras avanzaba junto a la monitora en dirección al parque se preguntó qué tipo de actividades le gustaría realizar a aquella chica en sus primeras citas. ¿Nadar entre tiburones? ¿*Snowboard* en el «Valle de la muerte»? ¿*Motocross* en las montañas «Un último suspiro»? ¿Escalar sin arnés de seguridad el pico más alto de la cordillera «Ha llegado tu hora»? Descender en kayak las cataratas «Fin del viaje» y después follar a lo bestia en una cama de agua rodeada de velas y usando juguetes eléctricos de material altamente inflamable.

Para cuando llegaron a su destino el parque estaba lleno de gente, el espectáculo estaba a punto de comenzar. Tiró de la mano de Gail con la esperanza de que la ubicación perfecta siguiera libre, su lugar favorito de observación. Casi exclamó un «de puta madre» al encontrar desiertas las estructuras de cemento en forma de figuras geométricas que decoraban aquella parte del parque. Guio a la monitora hasta el cubo más cercano a la orilla del estrecho de Puget y no le hizo falta ayudarla a subir, porque Gail controlaba en escalada como controlaba en todo lo demás y llevar botas altas y vestido ceñido no parecía suponerle dificultades extra.

—Las vistas desde aquí son las mejores —dijo tras acomodarse sentada a su lado observando el firmamento.

—¿Vienes mucho?

—Antes cuando salía sola a correr venía más, paraba un rato aquí para desconectar. Mirar el paisaje me relaja.

—¿Y necesitas desconectar? —lo preguntó a media voz.

—A veces.

Bajó la vista enseguida, al acordarse de Taylor y de lo mucho que

necesitaba desconectar de *ellas*. Escuchó el primer fuego explotar en la lejanía, debían de ser las diez y media y su exnovia era superpuntual, así que el móvil comenzó a quemarle en el bolsillo de la americana. Se obligó a mirar de nuevo a su estrella fugaz y se encontró con su perfil iluminado por las tonalidades de las que se teñía el cielo. Era prácticamente perfecto y a pesar de eso faltaba algo. Algo que lo hiciera más perfecto aún.

—No está mal del todo —dijo Gail esbozando media sonrisa.

—Duran media hora —se lo advirtió y rio al ver cómo la monitora transformaba aquella sonrisa en una mueca de «oh, Dios mío, mátame ya»—. No tenemos que quedarnos hasta el final.

—Sí, sí que tenemos que quedarnos —la contradijo y ella la miró un tanto sorprendida al oírla.

—¿Por qué? —preguntó observando su verde y sintió cómo la mano de Gail buscaba la suya y entrelazaba sus dedos sin apartar la mirada.

—Porque necesitas desconectar.

De repente algo había cambiado y creía que la actitud de la monitora era una parte importante de la novedad, como si eso de que necesitara desconectar la hubiera terminado de convencer y dejara caer su pose «soy sexi a todas horas» apagando el modo flirteo descarado. La miraba distinto y le pareció más real que nunca, su tono le había sonado a un sincero «necesitas desconectar de verdad y no del modo en que puedes hacerlo conmigo» y sintió cómo Gail le besaba la mejilla en cuanto desvió la vista a los fuegos de nuevo. La monitora apoyó la cabeza en su hombro y notó su pelo ultrasuave contra el cuello, un momento inédito entre ellas e inesperadamente íntimo, desprovisto de implicaciones sexuales de ningún tipo. Le besó la coronilla mientras la monitora le acariciaba el dorso de la mano con el dedo pulgar y los fuegos continuaban explotando a lo lejos.

Respiró hondo, y es que Gail olía extraordinariamente bien, al inspirar de nuevo se preguntó si los fuegos estarían siendo así de espectaculares desde el Parque Discovery, porque había algo en la mezcla que le recordaba a Alison.

—Juntas en el instituto y en la universidad. Compañeras de piso y usáis el mismo champú o la misma marca de colonia —dijo y sintió cómo Gail la miraba girando la cabeza sobre su hombro, en busca de una aclaración—. Alison y tú, hueles un poco como ella.

Miró a la monitora cuando esta se incorporó y echó de menos el peso de su cabeza sobre el hombro. Gail la sujetó por la nuca con su mano libre, con suavidad, y la atrajo despacio. Bajó la vista a sus labios justo antes de atraparlos con los suyos en una suave embestida y ella se lo devolvió porque besaba increíblemente bien y nunca lo había hecho tan lento. No llegó a un minuto y la monitora la separó antes de lo que le hubiese gustado, apoyando las manos sobre su pecho. Ella le sonrió de lado, un poco desconcertada por la cadencia e intensidad del beso.

—¿Y eso? —preguntó estudiando sus ojos y Gail se mordió el labio inferior sujetándola por el cuello de la americana.

—Un beso de despedida —lo dijo como si no quisiera decirlo, pero se viese obligada a hacerlo, y ella frunció el ceño aún más desorientada.

—De despedida. ¿Por qué?

—Porque tengo una norma, Jessie: no follo con gente que está interesada en mi compañera de piso. Y si estuvieras interesada en mí como yo quiero, ahora mismo estaríamos reventando tu cama en vez de mirando lucecitas en el cielo.

Gráfico, muy gráfico, y ella tragó saliva porque sí que quería reventar su cama, pero después de ver lucecitas en el cielo. Quería ambas, dos en uno, o reventar la cama con alguien que quisiera ver lucecitas en el cielo con ella, y su estrella fugaz era demasiado breve como para que diera tiempo a hacerlo todo, así que tendría que buscarse otra o algo más que una estrella fugaz.

—Lo siento.

Lo dijo sosteniéndole la mirada, aunque no sabía qué era lo que sentía en realidad, ¿no poder reventar su cama con ella aquella noche?, ¿haber perdido la oportunidad de demostrarse a sí misma que lo de Grace fue una gilipollez?, ¿perseguirla por motivos equivocados o haberse pasado toda la velada preguntándole por Alison?

—Yo también —la monitora lo admitió echándole un último vistazo mientras se mordía el labio inferior, como si el no ir a comerse aquel ratón en particular le hubiese fastidiado el Cuatro de Julio y se fuera a quedar con las ganas—. Habrías sido uno de los mejores polvos de mi vida.

Aquella última afirmación la soltó al mismo tiempo que abandonaba su cubo favorito, y un descenso de metro y medio de altura nunca había dado para tanto antes, seguro. «Uno de los mejores polvos de su vida», cuando menos era halagador, y ni había tenido que pasar el examen antes, aunque aquel en particular le habría gustado mucho más que cualquiera de los de la carrera.

—¿En serio? —inquirió sonriendo de lado mientras la observaba desde su posición más elevada.

Gail le devolvió el gesto con las manos apoyadas en sus rodillas para acariciarle los muslos.

—Lástima que al final sí que hayas resultado ser algo más que un polvo.

La monitora depositó un beso en una de sus rodillas antes de comenzar a alejarse de ella con paso firme. Mierda, que aquello era un jodido adiós de verdad, el fracaso de «juega simple, Jessie», segunda parte. Primero la camarera que le servía el café y después la monitora de *body combat* que se lo tiraba por encima.

—¿Es un adiós para siempre? —alzó la voz por encima del estruendo de los fuegos artificiales y Gail se volvió al escucharla.

—No creo, somos compañeras de piso.

—Entre Alison y yo…

—Hasta luego, Jessie.

Siguió caminando hacia la salida del parque, cortando de raíz su explicación, y habría sido de las más absurdas, porque es que no había nada que explicar. Ya había fracasado en dos ocasiones y aquellos resultados le quitaban las ganas de intentarlo una tercera y menos con Alison. ¿Alison? Sería un caso perdido desde el principio, porque la miraba de forma increíble mientras veía a otra persona y su cara de pena cada vez que ella decía o hacía algo que rompía su burbuja se le clavaba dentro un poquito más profundo que la anterior. Una puerta que no quería abrir porque empezaría perdiendo desde el minuto uno. Era obvio que aquella chica valía para mucho más que para ser la compañera de piso de rebote.

Conscientemente no se había permitido planteárselo, pero, al parecer, inconscientemente había sido bastante descarada y más le valía parar. Primero: porque una desconocida le hizo polvo el alma parapetándose tras su cara y seguro que Alison la había condicionado a un dolor agudo y agónico castigándole el cuerpo entero. Segundo: porque la rubia tenía a la tal Morgan, otra de las monitoras más deseadas del Zum Fitness, babeando tras sus talones y era imposible competir contra tanto *sex appeal*. Y tercero: porque ella se había enrollado con su compañera de piso delante de sus narices y, a lo mejor, también había babeado un poquito.

Se giró, aún sentada sobre el cubo, justo para ver cómo Gail salía del recinto y se perdía entre el gentío que inundaba la calle principal. Un Cuatro de Julio apoteósico, nunca le habían dado un beso de despedida con fuegos artificiales de fondo. Y su contador estaba bajo mínimos otra vez. De cien a cero en un segundo. Un día te llueven las ofertas y al siguiente te dejan en mitad del desierto y sin cantimplora ni nada. De vuelta a la casilla de salida con el móvil quemándole en el bolsillo de la americana.

Maldijo a Taylor por haberlas llevado hasta allí antes de sacarlo para leer su mensaje de buenas noches con una tirantez especial en mitad del pecho. El anterior Cuatro de Julio a esas horas se encontraban juntas bajo aquel mismo cielo comiéndose a besos que sabían a todo menos a despedida, con el Parque Discovery y los fuegos artificiales como contexto.

«Taylor»

Última conexión 22:35

TAYLOR: No estás en casa.

TAYLOR: Daba por sentado el «no», pero tenía que intentarlo.

TAYLOR: Este año me tocaba a mí invitarte al perrito caliente antes de ver los fuegos.

TAYLOR: Espero que lo pases genial y mira antes de sentarte esta vez.

Se le escapó media sonrisa a la vez que se le empañaban los ojos y su interior al completo se encogió de golpe ante el impacto que le produjo aquel «mira antes de sentarte esta vez». Había abandonado a Stacey a la primera de cambio en la mesa de un bar y Gail la había abandonado a ella un poco más adelante, volvía a estar sola y se moría por contestarle a Taylor con un «Ven y vamos a olvidarnos de todo». Que la invitara a ese perrito, aunque ya había cenado, y que la abrazase por detrás mientras miraban cómo el cielo se teñía de mil colores. Que se pasara toda la noche burlándose de ella por sentarse sin mirar sobre los restos de un helado, que algún niño se había dejado a medio comer, y que continuara chinchándola un poco más tarde en la cama de su piso mientras le quitaba los pantalones manchados entre besos jodidamente húmedos. Que fuera el Cuatro de Julio del año anterior para poder besarla como cuando pensaba que eran indestructibles, volver a la seguridad que había sentido durante cuatro años al acurrucarse entre sus brazos antes de descubrir que no eran tan seguros al fin y al cabo.

Se pasó un rato demasiado largo mirando la conversación abierta y estuvo a punto de tirar por la borda los últimos ocho meses, escribiéndole algo parecido a «Tú y yo podemos». Borrar a Grace e ignorar sus consecuencias para recuperar su vida, volver a tener a Taylor como almohada y observarla dormir los sábados por la mañana si ella se despertaba primero. Que le dijera eso de «Me vas a desgastar» con una sonrisa perezosa si la descubría haciéndolo. Que aquello no las matara y que las hiciera más fuertes.

«Habrá momentos en los que te dirás a ti misma que quieres llamarla, pero recuerda: es tu yo gilipollas el que habla, así que cuando pase llámame a mí».

Así que la llamó y Riley dijo algo como «Me visto y voy para allá» y colgó antes de que pudiera preguntarle por qué demonios tenía que vestirse si no hacía dos días que lo había dejado con Doble S. No tardó ni media hora en llegar, se subió al cubo en silencio y se colocó tras ella, ajustándola entre sus piernas e invitándola a apoyarse sobre su pecho. La acogió entre sus brazos cuando ella lo hubo hecho y depositó un beso sobre su coronilla.

—No habrás traído la furgoneta… porque apestas a cerveza —dijo en su papel de hermana mayor.

—Claro que no, me debes veinte pavos del taxi.

—Te he jodido la noche.

—Estrella fugaz por estrella fugaz.

—Ni camarera del Starbucks ni monitora de *body combat*.

—Pero siempre te quedarán tus principios y unos genes cojonudos. Reconfortante, ¿eh? —la animó y ella sonrió de medio lado porque su hermana era imbécil, pero le reconfortaba de verdad—. ¿Qué ha pasado con ella?

—Cree que estoy interesada en Alison.

—«Cree».

Riley se limitó a repetirlo y ella inclinó la cabeza hacia atrás para poder mirarla.

—Me he equivocado de estrella fugaz —sentenció sin darle más importancia a todo lo demás.

—Desde la noche del Trinity la mencionas como medio millón de veces al día. Soy un puto Cupido ebrio, me sujetasteis juntas sobre las naciones de las jodidas hepatitis unidas y ahora le llevas su zumo favorito a la salida del gimnasio.

Devolvió la vista a los fuegos artificiales sin confirmar ni desmentir nada y sintió cómo Riley apoyaba el mentón sobre su coronilla. Ambas guardaron silencio por un rato, de repente las ganas de llamar a Taylor no eran tan abrumadoras como antes, porque tenía otras cosas en la cabeza. Su gran amiga: la diversificación. Su hermana habló poco después, Riley no era de las que se quedaban con las ganas de decir nada.

—Jess… ¿te has equivocado de estrella fugaz o de compañera de piso?

OceanofPDF.com

12

Hubble88

«A lo mejor deberíamos…».

Pues a lo mejor, pero ya nunca iba a saberlo, el momento se había marchado para no volver. Eclipsado por Gail, su increíble atractivo y aquellas botas negras hasta la rodilla. Y tal vez era mejor así, porque no tenía la fuerza de voluntad necesaria para mantenerla a raya por sí misma, y mantenerla a raya era lo más inteligente que podía hacer. Primero, porque Jessie estaba con Gail y segundo, porque no tenía claro si, en realidad, solo quería tomar prestado su físico para poder fingir que era otra persona y alargar artificialmente su agonía. Al final no sería justo para ninguna de las tres.

—Quiero que sepáis que me alegro mucho de que los tres estemos solteros el día de hoy —comentó Monica tras darle un sorbo a su botellín de cerveza.

Aquella noche la tomaban sin alcohol, por aquello de si bebes no conduzcas, su amiga en ese sentido era muy responsable. La miró de reojo al escucharla, sincera, desde luego, tenía que reconocerlo, aunque a ella no le hiciera la misma ilusión eso de no tener pareja. Habían llegado al Discovery justo antes del inicio de los fuegos y su lugar de siempre, junto al viejo faro, estaba libre y apartado del gentío que abarrotaba el resto del parque. Su cabo favorito, como adentrarse en aquel sucedáneo del océano manteniendo los pies en suelo firme, o el culo en ese caso, porque los tres se estaban ensuciando los pantalones sentados sobre la hierba con la espalda apoyada en la estructura de piedra del faro.

—Gracias.

Lo dijo con cierto toque irónico y Monica le dio unas palmaditas cariñosas en el muslo mientras los tres perdían la mirada en el firmamento teñido de color. Debería estar allí con ella, lo habían planeado exactamente así. Había imaginado un millón de veces lo increíblemente romántico que sería poder besarla junto al faro y bajo aquel cielo vestido de fiesta. El pensarlo de nuevo le estrujó el corazón dentro del pecho sin ningún cuidado y dio un sorbo a su cerveza. Sin alcohol. Qué crudo todo.

—Podríamos repetir para San Valentín —dijo su compañera.

—Os quiero, pero espero que no —se sinceró mientras seguía con la

mirada la estela de un cohete de los gordos.

—¿Algo nuevo sobre Jess_92? —preguntó Zack y ella negó con la cabeza antes de verbalizarlo.

—Desconectada y fuera de cobertura. Se habrá cambiado el teléfono, da miedo lo fácil que es simplemente desaparecer.

—Sabes que hay maneras de encontrarla, ¿verdad? —dijo Monica—. Conozco a un tío que entra y sale de las bases de datos secretas del Pentágono como si fueran una jodida universidad pública en una jornada de puertas abiertas.

La miró, un tanto sorprendida de que su amiga se codeara con la *crème de la crème* de los *hackers* informáticos, pero después devolvió la vista al cielo. Claro que lo sabía, que podía buscarla, podía llegar a saber quién era, encontrarla y pedirle explicaciones. Exigirle que le compensara de alguna manera, porque lo mínimo que podía hacer después de todo era dar la cara. Y si no se había decidido a hacerlo era por una razón muy sencilla.

—No quiero buscarla si ella no quiere que la encuentre.

Así de simple y de estúpido tal vez. Un resquicio de respeto por lo que creía que tuvieron, porque para ella sí que había sido genuino, o miedo del de verdad a saber con seguridad que nada lo fue en realidad. Un conservador «dejémoslo así ahora que aún consigo respirar», porque en sus horas más bajas podía consolarse diciéndose a sí misma que Jess_92 le había correspondido y que no se había enamorado solo de un cursor parpadeante, que tendría sus motivos para haber desaparecido así.

—Si todo fue una jodida mentira no quiero saberlo seguro —lo verbalizó porque pesaba mucho, una motivación menos altruista, pero tremendamente potente.

—Putos Barry Walkers —masculló Monica bebiendo de nuevo de su cerveza.

Pues sí, putos Barry Walkers.

—¿Y la de verdad? —intervino Zack—. ¿Sigue tonteando con tu compañera de piso?

«La de verdad».

Su compañero se refería de ese modo a la dueña real de su físico favorito, pero aún no estaba segura de si esa denominación la convencía del todo. ¿Cuál de las dos era la de verdad para ella? Es que la que sentía más real a lo mejor ni siquiera existía. Qué jodido. Después pasó a analizar el segundo interrogante de Zack y casi sintió cómo algo se le desmoronaba por dentro, porque la que sí existía estaría follando con Gail en aquellos precisos momentos.

—Al menos lo intenta —concedió, porque tontear con Gail no era tarea fácil—. Han salido esta noche.

—Y a ti te revienta —dijo Monica.

—Mucho.

No estaba en condiciones de continuar negando nada de cara al público, porque aquel «A lo mejor deberíamos…» seguía dando vueltas en su cabeza y discutiendo a gritos con un conservador «no volver a ver su verde en la vida es lo mejor que te podría pasar». Borrón y cuenta nueva, olvidarse de Jess_92 y más adelante empezar de cero con alguien que no tuviera nada que ver con todo aquello. Que Gail se tirase a Jessie, se cansara de ella y pasara al siguiente mientras ella se centraba en Morgan y su forma de mirarla durante las clases de *body combat*. A lo mejor follar con su monitora y descansar de sentimientos por una temporada, un retiro espiritual del mundo de las relaciones románticas. Asaltar la biblioteca y leer novelas de Susan Gordon por las noches antes de dormir, experimentar con los dramas de los demás entre páginas desgastadas sabiendo que, al final, todo terminaría bien. Y si terminaba mal le daba un poco lo mismo, porque las consecuencias no serían tan gigantescamente devastadoras como en su vida real.

—¿Por qué? —se interesó su amiga mirándola.

Monica a veces lo hacía así y le gustaba su estilo: aséptico. Sin juicios morales ni de ningún otro tipo. Sin «estás loca por estar sintiéndote así» ni «tienes todo el derecho del mundo a sentirte como te dé la gana». Simplemente «¿por qué?».

—Porque no es ella, pero tiene su cara, tiene una sonrisa increíble y ayer me llevó mi zumo favorito a la salida del gimnasio.

Enumeró lo primero que se le vino a la mente, aunque había mucho más enredado en su trastienda. Un amasijo de cables entrelazados y ya no sabía cuál era cuál, como las luces de Navidad cuando las guardas en el trastero.

—Aclaración necesaria —la frenó su amiga—. ¿Te revienta porque tiene su cara o porque te lleva zumos a la salida del gimnasio? Porque entiendo que hablamos de personas diferentes.

Y ella racionalmente también lo entendía, pero irracionalmente ya era otra historia. Lo único que tenía claro era que cada vez que Jessie andaba cerca le temblaban hasta las pestañas y se le aceleraba el organismo entero, por Jess_92, por ella o por una mezcla entre ambas.

—Solo sé que me revienta —suspiró jugueteando con el botellín entre sus manos.

—¿Te gusta? —preguntó su amigo.

—No puede gustarme, porque…

—No te ha preguntado si puede o no puede gustarte, Carter. Es más sencillo que todo eso —intervino Monica.

—¿Tienes idea de cómo se vería la nebulosa Ojo de Gato mirándola desde tan cerca? —inquirió Zack—. Deja de analizar los detalles, aléjate y mira el conjunto.

—Que le jodan a los matices, ¿sonríes como una imbécil y se te acelera el

corazón cuando ella está cerca? Sí o no.

Y, *a priori*, de sencillo no tenía nada, pero planteado de ese modo no le parecía tan complicado, aunque llamar matiz a la identidad completa de una persona fuera un poco arriesgado.

—Joder, sí. Me gusta —lo admitió por primera vez en voz alta y se sintió un poco mejor—. No sé qué parte de ella me gusta, pero me gusta.

—¿Y sigue tonteando con tu compañera de piso? ¿Está enrollada con la monitora sexi de *body combat*? —preguntó su amiga.

—Deben de estar follando ahora mismo.

—Joder, tu puto Barry Walker no va a acabarse nunca —suspiró con cierto tono apesadumbrado mientras se sacaba un paquete de cigarrillos del bolsillo de la sudadera.

—Gail es mucho de usar y tirar, así que espero que se acabe pronto —dijo observando cómo Monica se encendía un pitillo.

—¿Y se acabaría? —preguntó su amiga justo antes de dar la primera calada, ella la miró un tanto desorientada, así que afinó un poco más—. Si la monitora sexi la tira.

Ufff… ¿se acabaría?

—Monica, estoy emocionalmente agotada, porque todo ha salido de puta pena, joder. —Se golpeó la parte posterior de la cabeza contra la pared del faro—. Se suponía que solo tenía que ser una chica más de esas que se mueren por un polvo con la monitora de *body combat*, de las gilipollas, de las de «mira qué increíble soy», que se pasan el día retocándose el pelo y enseñando escote. De las que le gustan a Gail.

—Y al final es de las que te gustan a ti. Puta vida —lo dijo en plan profundo y mirando los fuegos mientras daba otra calada al cigarrillo, de repente se puso a gritar al infinito y ella se sobresaltó por lo inesperado de su explosión—. ¡Eh, puta vida! ¿Podrías darle un jodido respiro aquí a mi amiga? ¡Porque ya ha sufrido bastante, maldita sea!

Y ese respiro le vendría fenomenal, la verdad, pero casi seguro que a tanta distancia y con el ruido de los fuegos artificiales como música de fondo los seres superiores que movían sus hilos ni la habían escuchado. Le agradeció el detalle igualmente con un par de palmaditas en el muslo.

—Puta vida —repitió Monica ofreciéndole una calada, pero ella rehusó con un gesto de la mano.

—Puto Click —lo añadió a la mezcla y su amiga la señaló con la mano que sostenía el cigarro.

—Exacto, puto Click y putos Barry Walkers. Podría pasarte el teléfono de mi primo, deberíais hacer un grupo de apoyo social o algo. Fundación Barry Walker.

Y, de repente, entre tanto taco y a través del humo del cigarrillo de Monica, la voz de Zack se hizo audible para anunciar algo que,

personalmente, nunca pensó que anunciaría. Una noticia inaudita y un poco alucinante. Impactante. Original y fuera de lo corriente.

—He conocido a una chica en Click.

Silencio absoluto tras aquella afirmación tan contundente. «He conocido a una chica en Click» y su atención abandonaba la abarrotada senda de la autocompasión para incorporarse con mucha prisa a la despejada autopista del cotilleo en estado puro, básico y revitalizante. Un soplo de aire fresco en la tónica general de sus últimas semanas.

Monica se había dejado el cigarrillo a medio camino de los labios y ella aguantaba la respiración. Es que hacía dos años desde que se habían conocido en el museo y era la primera vez que Zack hacía referencia a su vida sentimental con un mensaje diferente a «sin novedades». El chico llevaba soltero dos eternidades por lo menos, que ellas supieran solo había tenido una novia: Janine, y rompieron en cuanto él se mudó a Seattle. Cuando hablaba de su ex, o de cualquier otra chica por la que sintiera el más mínimo interés romántico, se ponía rojo y se subía compulsivamente las gafas por el puente de la nariz utilizando para ello su dedo índice, tartamudeaba un poco y se moría de la vergüenza.

Decir «He conocido a una chica en Click» en voz alta debía de haberle costado la vida entera, así que el tema tenía pinta de ser serio y ya se estaba sonrojando un poco.

—¿En Click? —Monica se le adelantó y preguntó primero—. ¿Desde cuándo tienes tú perfil en Click?

—Cuando Alison nos contó lo de Jess_92, me entró curiosidad —dijo cohibido—. Ya sabéis que me cuesta hablar cara a cara con chicas que no seáis vosotras.

Sí que lo sabían porque, cuando se conocieron, le costó aproximadamente dos meses y medio dejar de tartamudear al interactuar con ellas. Y desde el principio le había parecido una lástima que la población femenina del mundo tuviera tan difícil poder llegar a conocer al Zack que se escondía tras aquellas gafas anticuadas de montura metálica. Era extremadamente tímido con el sexo opuesto y no muy guapo en el sentido estricto de la palabra, se parapetaba tras chalecos de lana y discretas camisas. Tal vez el envase no llamaba mucho la atención, pero su amigo era el mejor tío que conocía y con diferencia.

—¿Hace cuánto que hablas con ella? —curioseó girándose completamente hacia él mientras una sonrisa bastante genuina tomaba forma en sus labios.

Zack le devolvió el gesto, pero enseguida bajó la mirada, avergonzado e ilusionado al mismo tiempo, y a ella le dieron ganas de abrazarlo muy fuerte.

—Casi dos semanas. Hablamos todos los días, este fin de semana casi no hemos dormido —añadió subiéndose las gafas.

Y seguro que al chico le daba reparo el mostrarse así de ilusionado por estar hablando con una chica por una aplicación de ligues, pero su incapacidad de contenerlo dentro potenciaba la importancia que tenía para él y multiplicaba por diez sus implicaciones. Y ella podía entenderlo.

Mierda, es que lo entendía muy bien.

—Oh, Dios mío. ¿Es de aquí? ¿Quién es? ¿De qué habláis?

Lo preguntó todo seguido porque no podía decidir qué quería saber antes. La sonrisa de Zack se hizo más grande y la tonalidad de su piel más rojiza.

—Vive en Seattle, tiene veintiocho años y es profesora en la universidad. Se llama Elsa —dijo jugueteando nerviosamente con su botellín de cerveza —. Hablamos de temas normales: películas, libros, series de televisión. Le gusta que le explique cosas de astronomía.

—¡Me muero, Zack, en serio! ¡Es la mujer ideal! —intervino Monica movilizándose para poder sentarse frente a él y tener una panorámica privilegiada de su cara colorada—. ¿Ha salido el tema de conoceros en persona?

—Lleva unos días sugiriendo que quedemos en algún sitio.

Ante su silencio posterior, Monica y ella intercambiaron una mirada de las de «ahora viene lo difícil». Zack y su timidez. Zack y su precaria autoestima.

—¿Y? —ella le animó a expresar lo que pensaba, aunque ambas se lo podían imaginar.

—Me da miedo quedar con ella cara a cara.

—Esa chica lleva dos semanas hablando contigo a todas horas y quiere que os veáis. Es obvio que le has gustado, Zack —dijo acercándose un poco más a él.

Monica también recortó distancias y le acarició la rodilla en actitud cariñosa. El chico alzó la mirada, las observó a ambas alternativamente y se subió de nuevo las gafas por el puente de la nariz, un poco más incómodo y ruborizado, y es que tocar tan de lleno sus inseguridades más profundas no era tarea fácil.

Sin añadir nada más, Zack rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó su teléfono móvil. Pocos segundos después les mostraba la fotografía de una chica castaña, de ojos color avellana y facciones bastante alucinantes. Madre mía, es que si esa era la tal Elsa y ella estuviera en el lugar de su amigo también estaría muy nerviosa. La chica era guapa de verdad. Intercambió una mirada con Monica, de las de «y parecía tonto cuando lo encontramos».

—Es bastante… Quiero decir… que no es para nada… —su amiga titubeó y ella la observó aguantando la respiración en espera de cómo fuera a finalizar aquella frase—. La chica es mona, Zack. La chica es… muy mona, sí. Pero Alison entiende más que yo de todo esto. ¿Qué te parece la chica, Alison? Es mona, ¿no? Yo creo que es muy mona.

Monica finalizó su intervención con la misma idea con la que había

empezado su discurso monotemático «es mona», le dio dos palmaditas a Zack en la rodilla y la miró a ella pasándole el testigo, porque le quemaba en las manos. Estaba al rojo vivo y lo de que la chica era mona se quedaba un pelín corto, pero es que si lo alargaban un poco más, su amigo se replegaría en su caparazón tan rápido que ni les daría tiempo a caer en la cuenta de que había comenzado a retirarse. El caparazón de Zack era de los buenos, estaba construido a base de complejos y duro. Muy duro.

Adelante, Alison. Despacito y suave, que tú puedes.

—Es guapa —admitió en primer lugar, porque por todos es sabido que negar lo obvio aboca irremediablemente al descrédito más absoluto.

—Es guapa, la chica es guapa, Zack —Monica reforzó aquella idea por si acaso no había quedado del todo clara.

Su amigo las miró a ambas antes de bufar y guardarse el móvil en el bolsillo de nuevo.

—Demasiado guapa para mí, podéis decirlo, no pasa nada. Elsa es demasiado guapa para mí y por eso no voy a conocerla en persona. Nunca —determinó y seguidamente bebió cerveza.

—No vas a conocerla nunca en persona —repitió aquella idea con la esperanza de que Zack captara lo infantil que sonaba al escucharlo en voz ajena.

—Nunca. Seguro que hoy en día puedes casarte *online* y compraremos a los niños en la *deep web*.

—¿Sabes qué? Por muy tentador que suene, para la mayoría de las personas esa no es una opción —bromeó, pero Zack siguió observando el recipiente de la bebida, muy serio e inmune a su sarcasmo—. Aceptó tu perfil en Click, eso quiere decir que vio cosas en ti.

—Un sistema de anillos sorprendentemente brillantes y un *nickname* bastante ocurrente —reveló aquello que había captado la atención de la castaña.

—¿Te has puesto Saturno como foto de perfil? —preguntó Monica adoptando un tono bastante escéptico—. ¿Y cuál es tu *nickname*? ¿BigBroJúpiter?

BigBroJúpiter, su amiga lo había dicho con un poquito de desprecio, pero era mucho más original que Alison_89, desde luego.

—Inspirador, pero no. En Click soy Hubble88.

Monica y ella se miraron al escucharle, como un «ajá» un poco alucinado, porque las aficionadas a la astronomía que llevaban dentro apreciaban el fondo y la forma de la elección de su amigo con bastante vehemencia.

Larga vida al Hubble.

—Ingenioso, ¿verdad? —alardeó su amigo olvidándose por un momento del drama que se estaba viviendo en directo en el interior de su cuerpo.

—Una chica no se pasa dos semanas hablando a todas horas con un tío

con cara de Saturno y nombre de telescopio espacial si no está interesada en él.

Su compañera de trabajo resaltó lo evidente y ella la respaldó con un asentimiento de cabeza cuando Zack la miró en busca de una segunda opinión.

—Click es una buena forma de conocer gente, no es una buena forma de enamorarse de gente —parafraseó las palabras de Gail, porque habían adquirido estatus de verdad absoluta a golpe de experiencia—. Las conoces, te gustan, quedas con ellas y ves lo que hay.

Su amigo la miró en silencio, interiorizando aquellas enseñanzas o haciendo tiempo para que su siguiente «nunca» no sonase tan repetitivo. Una de dos.

—La has conocido y te ha gustado, Zack —insistió—. Si tiene que reventar es mejor que reviente ahora y no dentro de seis meses.

Y es que era mejor, mucho mejor, y ojalá ella le hubiera hecho caso a Gail y a sus luces rojas de freno en vez de empeñarse en hundirse más y más en las arenas movedizas de su estúpido enamoramiento *online*. Un dolor agudo atacó algún lugar poco definido de su organismo ante el súbito recuerdo de que Jessie en aquellos precisos momentos estaría o follando con Gail o dejándose follar y ninguna de las dos alternativas contribuía a hacerla sentir mejor.

—Es que no quiero que reviente.

El chico lo reconoció mirándola directo a los ojos y le encogió un poquito el corazón en el pecho, porque esa expresión la había visto muchas veces antes reflejada en un espejo.

—Lo que sea que haya visto en ti *online* lo va a ver también en persona.

No estaba segura de si lo creía de verdad, a lo mejor solo era que quería creerlo, pero le salió así y Zack la miró indeciso, un paso más cerca de la ambivalencia que hacía un segundo.

—Pero no sabré qué decir ni qué hacer, es la chica más guapa que he visto en mi vida —se lamentó y había algo entre tanta desesperación que le parecía muy tierno—. Soy un desastre hablando con las mujeres y lo voy a estropear todo.

—Si va a resultarte menos violento, una de nosotras podría acompañarte la primera vez que os veáis.

Monica puso sobre la mesa aquella posibilidad y ella asintió de acuerdo con su oferta mientras el pobre Zack las miraba a ambas alternativamente. Se subió las gafas por el puente de la nariz, por vigesimoséptima vez en lo que llevaban de charla, y seguro que hasta le costó tragar un poquito más de lo normal.

—Si le digo que me da vergüenza ir solo pensará que soy un perdedor —murmuró mientras comenzaba a romper la pegatina de la cerveza en

pedacitos diminutos.

Ella la tomó de las manos, para que frenase su compulsión, y de paso recuperó el contacto visual con aquellos ojos marrones.

—Zack, llevas días dándole largas, así que debe de saber de sobra que te da vergüenza, si sigue insistiendo es porque seguro que no piensa que seas un perdedor y porque está muy interesada en conocerte —dijo apretándole cariñosamente las manos—. Pídele a ella que lleve a alguien también, dile que crees que así te sentirás más cómodo.

El muchacho dejó pasar un rato de reflexivo silencio, los fuegos seguían explotando en la lejanía y tiñendo el ambiente de mil colores diferentes a cada segundo. Casi aguantó la respiración en espera de la decisión final de su compañero y por dentro repetía una y otra vez «por Dios que se atreva y todo salga bien» por si había alguien en las alturas tomando notas. Zack se lo merecía y ella también, desmitificar al jodido Barry Walker a base de historias románticas de las bonitas surgidas de Click. No sabía nada acerca de aquella chica, pero se había pasado dos semanas hablando con su amigo a todas horas sin importarle cuál era su físico y, por lo que parecía, se moría por conocerle en persona. Si veía en él la mitad de lo que Monica y ella habían contemplado tras aquellas gafas dos años enteros, aquella primera cita no podía salir mal.

—Me gustaría invitarla a cenar —reconoció al fin y a ella se le escapó una sonrisa al escucharle—. ¿Me acompañaríais de verdad? Yo os pagaría la cena.

No se pudo contener por más tiempo, y eso que lo había intentado, es que algo de lo que empapaba todo aquello la revolvía por dentro y se dejó llevar por una inesperada oleada de afecto. Lo abrazó muy muy fuerte por el cuello, prácticamente abalanzándose sobre él, y a los dos segundos Monica la imitó y Zack protestó riendo ante tanta efusividad, el pobre terminó parcialmente tumbado en el suelo y semisepultado bajo el peso de ambas.

Sentaba bien salir del microuniverso gris en que se había sumido y era la primera vez que se estaba riendo de verdad en dos largas semanas, desde dentro y sin tener que fingir. Porque a Zack se le había caído la cerveza por encima y Monica ponía en peligro la integridad física de todos los implicados con aquel jodido cigarro encendido entre sus labios, pero había algo condenadamente divertido en todo aquello y los tres se estaban descojonando.

Y sí, por supuesto que lo acompañaría a aquella cita si se lo pidiera a ella y no hacía falta que le pagara la cena.

***

Volvía a su piso de mucho mejor humor del que estaba al abandonarlo para

reunirse con sus amigos en el Revolver hacía unas horas. La ilusión de su compañero de trabajo era bastante contagiosa y su miedo al fracaso muy conmovedor, así que Monica y ella se habían pasado el resto de la noche animándole cada vez que una de sus inseguridades hacía acto de presencia mientras les hablaba de aquella mujer y de las ganas que tenía de poder conocerla en persona. Dixon_89 o Elsa, una chica increíble físicamente a ojos de cualquiera y al resto de niveles perfecta para los de Zack. Divertida e inteligente, hablaban de todo y de nada y, aunque aquello le recordaba vívidamente sus inicios con Jess_92, esperaba que terminase diferente.

Salió del ascensor y tuvo que dedicar unos segundos a tantear el interior de su mochila en busca de las llaves de su piso, porque el accesorio tenía un bolsillito pequeño interior que sería ideal para tenerlas localizadas en cualquier momento del día y de la noche, pero al parecer a ella le sobraba el tiempo para malgastarlo de aquella manera cada vez que quería acceder a su domicilio. Las encontró, las introdujo en la cerradura y descubrió que la puerta no estaba cerrada con llave.

Sufrió un pequeño microinfarto y la golpeó una oleada de mala leche, porque como Gail estuviera follando con Jessie en cualquiera de las dependencias de su apartamento la próxima vez a lo mejor le echaba azúcar «por error» a su merluza a la marinera. Puso un pie en el interior de su vivienda con cautela, esperaba escuchar gemidos y el cabecero de la cama de su amiga castigando el tabique, es que nunca antes se había sentido así de preparada para correr hacia su habitación con destino los cascos del iPod y Lady Gaga a todo volumen.

Esperó unos cuantos segundos junto a la puerta, con el pomo en la mano y sin cerrarla, por si acaso le apetecía más salir corriendo hacia la calle con destino a la indigencia más absoluta. Nada, ni un solo sonido que indicara que entre aquellas paredes se estuvieran desarrollando prácticas sexuales.

Falsa alarma, Carter. Con toda probabilidad Gail había olvidado cerrar al salir, así que abortó en su mente el plan de endulzarle la merluza a su compañera de piso y se internó en la vivienda con mucha confianza y poco sigilo. Cuando estaba llegando a su habitación descubrió luz al fondo del pasillo, más concretamente en la cocina, y recalculó su ruta para acercarse hasta allí y apagarla, porque su amiga debía de habérsela dejado encendida. Le quedaban dos pasos para poder asomarse a la puerta cuando escuchó el familiar sonido de platos siendo depositados en el fregadero y el ceño se le frunció solo.

Dos posibilidades igual de inverosímiles tomaron forma en su cabeza en cuestión de milisegundos. Posibilidad número uno: Gail y Jessie habían decidido quedarse a jugar a las cocinitas en vez de follar. Posibilidad número dos: estaba a punto de encontrarse cara a cara con el ladrón más jodidamente extraño de la historia de los allanamientos de morada.

Respiró hondo antes de asomarse a la puerta de la cocina, estaba un poco

nerviosa porque era la primera vez en su vida en la que se veía obligada a interactuar con un delincuente, le faltaba experiencia en la materia y desconocía el protocolo. ¿Debería tratarle de usted?

Expulsó el aire que retenía en los pulmones todo de golpe y en forma de bufido molesto al descubrir a Gail de espaldas a ella y frente a la encimera. Tan tranquila, con el pelo recogido en una coleta alta y ataviada con unos pantalones negros de chándal y una camiseta de los Seattle Seahawks que le quedaba como mil tallas grande, probablemente una de sus conquistas masculinas se la habría dejado olvidada tras el sexo desenfrenado.

—Mierda, Gail —casi lo gruñó mientras se apoyaba en el marco de la puerta para recuperarse de la taquicardia, porque se había asustado un poco de verdad.

—¡Ey, Alison!

Su amiga la saludó en tono alegre, girándose tan solo un momento para mirarla, y pudo ver que tenía la mejilla manchada de chocolate.

—Son casi las dos y media, ¿qué estás haciendo?

Lo preguntó acercándose a ella y antes de que la morena pudiera decir nada descubrió la encimera totalmente invadida por utensilios de cocina manchados y cubierta de harina, cáscaras de huevo y chocolate.

—He intentado hacer varias cosas que, obviamente, han salido mal —admitió paseando la mirada por el desastre que había organizado—. Pero llegas a tiempo para probar mi especialidad: sándwiches de hojaldre y chocolate.

Casi sin que hubiera terminado de decirlo saltó la alarma del horno y Gail alzó las cejas intermitentemente en plan «tú espera y verás» antes de abrirlo y comenzar a recolectar varias unidades de su especialidad sobre un plato de cerámica. Raro, todo era extremadamente raro, como si aquellos fuegos artificiales la hubieran teletransportado a una realidad paralela y muy lejana en la que compartía piso con la jodida cocinera de *La tribu de los Brady*.

Se moría por preguntarle qué había pasado con Jessie, pero no estaba segura de querer que le contestara, porque seguro que había follado con ella en su casa y no había tenido la decencia de quedarse a dormir. Lo último que necesitaba la psicóloga después de que la tal Taylor se acostara con otra era que se largaran de su cama casi sin haber terminado de correrse. Es que Gail iba con prisas a todas partes, joder.

A la mierda, tenía que saberlo.

—¿Y Jessie? —lo preguntó cuando su amiga pasó por su lado con el plato repleto de sándwiches de hojaldre y chocolate.

—A final esos ojazos verdes sí que son historia para mí —contestó mientras ella la seguía pasillo adelante hasta desembocar en el salón.

Se sentó junto a ella en el sofá, Gail trató de darle un mordisco a uno de los trozos y protestó de forma enérgica porque «quemaba la hostia», tras lo

cual lo devolvió al plato sacando repetidamente la lengua de la boca para airearla tras la experiencia. Sonrió al verla y le limpió los restos de chocolate de la mejilla con el dedo pulgar.

—¿Qué ha pasado?

Le dio pie a explicárselo acomodada contra el respaldo del sofá y la morena se colocó de lado, con las piernas cruzadas sobre los cojines para poder mirarla y el plato sobre el muslo.

—Ha pasado que tú le gustas más que yo.

Sin señales disuasorias de las de «ajústese el cinturón de seguridad» ni nada, sin un «siéntate, anda», como si pensase que el hecho de que ya lo estuviera implicara que no necesitaba sentarse el doble o el triple antes de oírla decir una cosa así. Casi se le cerró la garganta y se le dispararon las pulsaciones, su presión sanguínea debía de estar alcanzando máximos históricos en aquellos momentos.

—¿Qué? —le salió de dentro y muy sincero mientras el ceño se le fruncía solo.

—Lo sé, a mí también me ha sorprendido.

La morena bromeó haciéndose de nuevo con el trozo que acababa de abandonar, sopló para enfriarlo antes de intentar devorarlo de nuevo y se quemó otra vez. La paciencia no era una de sus virtudes.

—¿Cómo sabes que…?

—¿Que le gustas? —completó la monitora y ella asintió, carraspeando al cambiar de postura a una un pelín más forzada llevada por la tensión del momento—. Joder, Carter, porque el sábado por la noche me preguntó si tenías algo serio con Morgan mientras le comía la boca y desde entonces hemos ido cuesta abajo: «¿Hace cuánto que conoces a Alison?», «¿Alison y tú vivís juntas desde hace mucho?», «¿Puedes darle este zumo a Alison?», «Hueles como Alison». «Alison, Alison, Alison». Al final casi veía tu cara mientras me enrollaba con ella, te lo juro.

Arrugó la nariz al escuchar su última frase, porque si aquello no llegaba a ser incesto era algo muy parecido, pero Jessie sabía cómo olía, así que no le dio mayor importancia. Su cuerpo no debería estar revolucionándose de esa manera, porque la situación era extraordinariamente complicada desde antes y se estaba complicando aún más. Y no debería, pero se revolucionaba y a ella no debería estar gustándole tanto escuchar aquello, pero le gustaba. Un poquito temerario todo.

—Jessie y tú… ¿habéis…? —tenía que saberlo y le daba miedo preguntarlo, porque no sabría encajar muy bien una respuesta afirmativa.

—No, no hemos follado —aclaró adoptando un gesto de fastidio—. No hemos follado porque se ha empeñado en ir a ver los dichosos fuegos al parque Myrtle en vez de directamente a su casa y una vez allí me ha dicho que huelo como tú.

Madre mía, es que cada vez que lo escuchaba le gustaba un poco más que la anterior. ¿Por qué se había fijado Jessie en cómo olía ella? Era un detalle extrañamente íntimo. Recordó su «¿Qué es lo tuyo?» mientras la miraba de aquella forma en los sillones del Tattoo Too y aquel zumo de melón, mango y kiwi que le había llevado a la salida del gimnasio y se le hinchó un poco más el corazón dentro del pecho.

«A lo mejor deberíamos…».

O a lo mejor no.

Porque tal vez todo aquello le gustaba tanto por las razones equivocadas, por Jess_92 y sus ojos verdes, por la oportunidad de revivir lo que podría haber sido con su físico real y fingiendo lo de dentro. Apenas conocía a Jessie y estaba loca por ella, de modo que tenía que haber razones equivocadas de sobra y a la fuerza, y si después de lo de la tal Taylor la psicóloga no se merecía que Gail follara con ella en los baños de un club de moda, tampoco se merecía eso. Sobre todo porque sabía cómo olía y porque preguntaba por ella mientras la monitora sexi de *body combat* deseada por las masas intentaba llevársela a la cama.

—¿No vas a volver a verla? —preguntó y Gail negó con la cabeza, tragando la porción de hojaldre chocolateado que tenía en la boca.

—Joder, no. Tenías razón, Carter, Jessie y yo no buscamos lo mismo. Y es una lástima, porque tiene un superpolvazo. Pero si tengo que pasarme dos minutos más mirando lucecitas en el cielo en plan romántico, sabes que me suicidaría.

Radical, pero es que las cosas románticas no eran lo suyo.

—Supongo que la historia con Jess_92 y con Jessie termina aquí —suspiró cogiendo uno de los sándwiches.

—Supongo —dijo la monitora. Las dos dieron un bocado a la vez y se miraron en silencio mientras masticaban—. A no ser…

—No es.

—¿A ti te gusta cómo huele?

—Es complicado, Gail.

—No me salgas ahora con lo de Jess_92, porque no tienes ni puta idea de cómo huele ella y tu jodido Barry Walker no huele a nada, así que si te gusta cómo huele es que te gusta cómo huele Jessie y punto.

Tal vez ese detalle en concreto no era tan complejo como el resto.

—Y Jess_92 no le ha dado nunca un zumo para ti a la chica increíblemente sexi que se la quería llevar a la cama, así que si te gusta que Jessie me haya encargado que te dé tu maldito zumo favorito mientras yo me la quería llevar a la cama es que te gusta que Jessie me haya dado el jodido zumo.

—¿Por qué estás diciéndome todas estas cosas ahora? Llevas dos semanas enteras queriendo follar con ella.

La acusó un pelín irritada, a lo mejor porque el que su amiga lo hiciera parecer todo tan sencillo a ella la desconcertaba más aún.

—Te las digo ahora porque, después de llevar dos semanas queriendo follar con ella, al final ha resultado que no es como el resto de las chicas con las que follo, sino de las que te gustan a ti. Y porque al principio pensaba que la mirabas así porque veías en ella a la gilipollas esa poniéndote ojitos, pero ahora pienso que a lo mejor la miras así porque te gusta cómo huele y que te lleve estúpidos zumos de frutas a la salida del gimnasio.

Le sostuvo la mirada en silencio por unos segundos y Gail hizo lo mismo, después la monitora le dio otro bocado al hojaldre y alzó una ceja en plan «¿piensas decir algo algún día?».

—¿Sabes lo que necesito? —le preguntó.

—¿Qué necesitas?

—Necesito que nos olvidemos de Jessie y de Jess_92 porque no puedo más, Gail, en serio. Estoy cansada, estoy muy cansada de todo esto, estoy muy cansada de sentirme así y de no saber cómo me siento y solo quiero que pare de una vez.

Al final de su discurso casi se le rompió la voz, su amiga apretó la mandíbula y se limitó a asentir con la cabeza, depositó el plato sobre la mesita baja que tenían frente al sofá antes de dejarse caer de espaldas sobre los cojines…

—¿Qué tal te ha ido con tus amigos frikis en el Discovery? Algún día encontraréis el platillo volante que estáis buscando —dijo dándole una suave patadita en el muslo. Cuando la miró debatiéndose entre sonreír o no sonreír, la monitora lo hizo por ambas—. Tendrás que decir que tu amiga Gail siempre confió en ti.

Al final negó con la cabeza y se tumbó junto a ella con un esbozo de sonrisa en los labios.

—Eres gilipollas.

—Pero los sándwiches de hojaldre y de chocolate me han salido de puta madre, reconócelo —resaltó su logro e intentó meterle en la boca lo que le quedaba del suyo a medio comer.

Se resistió y Gail insistió, animada por su incapacidad de esconder la sonrisa, forcejeó todo lo que pudo y terminó con la cara llena de chocolate y riéndose de verdad por segunda vez en veinticuatro horas después de dos semanas de oscuridad casi absoluta.

Le gustaba sentirse así y lo había echado de menos.

Borrón y cuenta nueva.

Su jodido Barry Walker tendría que quedarse atrás.

***

Habían pasado dos días desde el repentino apagón de su estrella fugaz, desde aquel «Un beso de despedida» que acabó de un plumazo con el plan más estúpido de su vida y volvía a repetirse «Grace fue una gilipollez» mil veces al día, como si fuera una tabla de salvación que impediría que se hundiera hasta el fondo. De vuelta a la casilla de salida y a Taylor, porque a lo mejor eran lo mismo, y en eso de «te has equivocado de compañera de piso» no se permitía pensar. Stacey solo veía en ella sexo sin compromisos, Gail una presa fácil que babeara atontada detrás de sus piernas y Alison a Jess_92. Las veces que se la quedaba mirando de esa forma tan increíble lo hacía buscándola entre sus facciones.

—Que me muera ahora mismo si no estás pensando en ella —escuchó a Riley, ambas corrían juntas por el circuito de siempre.

—No estoy pensando en ella.

—Si no estás pensando en ella, ¿cómo sabes a quién me refiero con «ella»?

—No lo sé, pero no estoy pensando en ninguna «ella».

—¿Y en qué piensas?

—En que ya casi no recuerdo cómo sonaba el silencio y lo echo de menos.

—Te gusta —confirmó disminuyendo la velocidad, ya que llegaban al punto donde solían descansar un par de minutos.

—¿El silencio? —se hizo la tonta parando a su lado y Riley le dedicó una sonrisa irónica.

—Alison —lo aclaró mientras ella apoyaba los antebrazos en la barandilla que daba al puerto—. Es muy tu tipo.

—Mi tipo.

Lo repitió conectando sus miradas y su hermana se apoyó de espaldas contra las barras del metal, justo a su lado.

—Un poco como Chloe y como Taylor, pero más simpática y más guapa —explicó nombrando a sus dos exnovias oficiales—. Si me dieran un dólar por cada vez que has hablado de ella desde que estuvimos en el Trinity, podría comprar el local del Tattoo Too y me sobraría suficiente pasta como para criogenizar mi cuerpo al morir y tener a Walt Disney de vecino de tanque.

—Es una leyenda urbana, lo incineraron —dijo perdiendo la mirada en las aguas del estrecho.

—¿Te acuerdas de Maxine? —preguntó, haciendo caso omiso a su puntualización—. Porque todo esto es un jodido *déjà vu*.

Maxine, su primer amor platónico a los trece, era increíblemente guapa y su profesora particular de matemáticas. Tenía veintidós años, los ojos castaños más bonitos del universo y le daba clases en casa dos días por semana, los martes y los jueves, sus favoritos. En matemáticas sacó un aprobado raspado, pero lo de que le gustaban las chicas se lo dejó muy claro.

—Yo no llevo *brackets* ni tú pijamas de *My Little Pony*. Lo siento, pero no

veo el paralelismo.

Una forma sutil de decirle «Déjalo y vamos a poner punto final a todo lo que suene en lo más mínimo a Jess_92», porque lo de que Alison era su tipo se lo iba imaginando. El martes mientras esperaba a que Gail estuviera lista, en realidad había tenido ganas de que tardase un poco más.

—No sabes disimular, papá y mamá se dieron cuenta de que eras lesbiana antes que tú. Te pasabas el día entero hablando de ella y seguro que te sabías hasta la marca de cereales que se tomaba por la mañana.

—Cheerios —admitió apartándose de la barandilla—. De chocolate.

—No tienes ni idea de cómo se apellida Gail, pero su zumo favorito te lo sabes de memoria. Seguro que el domingo te habrías quedado toda la tarde hablando con ella en el Tattoo Too.

Pues seguro. Porque las habían interrumpido en lo mejor y su «¿Qué es lo tuyo?» se había quedado en pausa y colgando en el aire.

—Vamos a dejarlo así, ¿de acuerdo?

—¿Por qué?

—Porque para ella soy simplemente la cara de Jess_92 y después de lo de Taylor necesito algo más fácil.

—Después de lo de Taylor necesitas una de esas jodidas nebulosas Ojo de Pollo. Y seguro que a esta no te cansarías de mirarla.

—Sí, pero necesito una que tampoco se canse de mirarme a mí —y resaltó el «a mí» para que Riley la entendiera—. Tendré que seguir buscando.

Lo dijo justo antes de retomar la carrera y escuchó cómo su hermana se apresuraba en seguirla. Enseguida llegó a su lado y guardaron silencio durante un par de segundos.

—¿Nos olvidamos de las compañeras de piso? —quiso asegurarse Riley.

—Y de Click y Jess_92.

—No hables de Click como si te diera alergia, esa chica lo revolucionó con tus fotos y tú podrías hacer lo mismo. Seguro que las nebulosas también tienen perfil.

—Ni lo sueñes. Y no quiero tener donde elegir, así que espero que no estés pensando en hacerme un perfil a escondidas.

—Captado. Nada de abrirte redes sociales sin tu permiso —accedió mientras las dos trotaban a un ritmo constante—. Lo de Instagram no salió del todo bien, así que seguiré explorando nuevas posibilidades.

—Riley. No necesito que me ayudes a ligar.

—¿En serio? Pues lo disimulas de puta madre.

Se le escapó media sonrisa al oírla, porque era gilipollas y, al mirarla, su hermana le devolvió una entera. Regresó la vista al frente y negó con la cabeza.

—Que te jodan.

En momentos como aquel se preguntaba si Riley y ella habrían llegado a conectar así de bien en algún momento de sus vidas si la menor de ellas no se hubiera rebelado contra el orden establecido mudándose a Seattle. Sospechaba que no, porque durante su infancia siempre se había llevado mejor con Zoey y para ellas Riley solía ser la niña pequeña impertinente que trataba de colarse en sus fiestas para mayores de forma bastante insistente. Una vez incluso se vieron obligadas a encerrarla una tarde entera en el cuarto de la lavadora para que les dejara ver *Dirty Dancing* con tranquilidad. La miró de reojo y le dieron ganas de abrazarla y de pedirle perdón con un beso en la frente, de repente no se imaginaba su vida sin poder salir a correr con ella al caer la tarde. Se la encontró mirando la foto de una tía medio en pelotas en la pantalla de su teléfono móvil y las ganas de ponerse cariñosa con ella se le quitaron todas de golpe.

—¿Puede saberse qué demonios es eso?

—He cambiado mis preferencias en Click a «chicas a las que les gusten las chicas» y ha sido como una puta avalancha, Jess, te lo juro —lo dijo con la voz teñida por una mezcla de orgullo e incredulidad—. Les encantan las chicas con tatuajes y me voy a hacer un *piercing* en la lengua.

Lo dijo sacando a la susodicha de su boca y señalando con el índice el punto exacto que pensaba perforar.

—Suerte, espero que no se te infecte.

Riley devolvió la lengua a su sitio antes de bufar en plan «pfff… menuda sosa», al tiempo que guardaba el móvil de nuevo en el brazalete adherido a su bíceps.

—¿Tienes idea de lo alucinante que debe de ser que te hagan sexo oral con uno de estos?

—No está mal.

En cuanto lo dijo, Riley paró en seco y ella sonrió sin aminorar el paso, su hermana iba a ponerse a su altura en menos de medio segundo, así que no hacía falta que la esperara mientras se decidía a reaccionar.

—Estás de coña —lo escuchó a su espalda, cargado de incredulidad y seguido de las apresuradas pisadas de su hermana—. Jess, ¿estás de coña? Tienes que estar de coña.

En cuanto la alcanzó ella la miró con media sonrisa divertida y Riley hiperventiló un poco más.

—¿Quién? ¿Cuándo? ¿Quién? ¡Jessie, joder! Si Chloe se desmayaba al escuchar «sangre» y a Taylor los tatuajes y los *piercings* le dan sarpullidos. ¿Con quién más has follado?

—No me siento cómoda hablando con mi hermana pequeña de mi vida sexual.

—¡No me jodas! ¿Qué te crees? ¿Que les voy a ir con el cuento a papá y a mamá? —inquirió ofendida—. ¿Lo sabe Zoey?

Y lo preguntó como si la posibilidad de que su hermana mayor poseyera aquella información fuera una de las afrentas más gigantescas que le había tocado gestionar jamás.

—Lo sabe.

—¡Me cago en mi vida! Sois las dos unas putas separatistas, con vuestra mierda de club de hermanas mayores. ¿Crees que a Zoey le interesa tu vida sexual la mitad de la mitad de lo que me interesa a mí? Es tan puritana que si dice algo más fuerte que «vulva», se le cae la lengua, joder.

—No se lo conté yo —aclaró con la esperanza de disipar su evidente indignación.

—Pues cuéntamelo a mí ahora.

—Vale, ¿recuerdas el verano que papá y mamá te mandaron a esas convivencias escolares que organizaba el instituto?

—No eran convivencias escolares, era un puto campamento de exterminio para delincuentes juveniles, nos levantaban a las cinco de la mañana y no había agua caliente en las duchas —especificó la naturaleza del lugar con un pelín de rencor en el tono.

—Estoy segura de que no te habrían mandado allí si mamá no hubiese encontrado esos porros en tu habitación.

—Primero, seguro que mamá estaba vulnerando alguno de mis derechos fundamentales cotilleando el cajón de mis calcetines; y segundo, te juro que los porros no eran míos, se los guardaba al gilipollas de Danny porque su madre vulneraba sus derechos fundamentales hurgando en el cajón de sus calcetines.

—Vale, pues mientras tú estabas en un «campamento de exterminio para delincuentes juveniles» porque mamá encontró en tu habitación los porros que «le estabas guardando a Danny». —Se rio al sentir el manotazo de Riley en el antebrazo y la escuchó llamarla gilipollas antes de continuar hablando —. Papá y mamá se marcharon unos días de tercera o cuarta luna de miel y Zoey se suponía que pasaba la semana en Nebraska con su amiga Haley.

—¿Te llevaste a un ligue a casa? No jodas que follaste en la cama de papá y mamá —se adelantó a los acontecimientos llevándose una mano a la boca y todo.

—Follé en mi cama —aclaró ante todo, porque eso de mancillar la cama de sus progenitores le sonaba un poco perturbador.

—¿Con quién?

—Con Melissa.

Una de sus compañeras de universidad, que acabó siendo algo intermedio entre una amiga y una novia formal, y justo lo que necesitaba para superar a Chloe. Una estrella fugaz increíblemente dulce y con *piercing* en la lengua que se quedó más de lo previsto sin llegar a convertirse en nebulosa, porque al final conoció a la suya. Una tal Emma se llevó su dulzura y su *piercing* con

ella y aún seguían juntas. Es que a veces las cosas salían bien.

—Mierda, Jess. Melissa fue mi Maxine, quise ser tatuadora desde que vi el jodido tatuaje que tenía en la clavícula.

—Confiésalo, te gustan las chicas desde el jardín de infancia.

—No sé desde cuándo, pero me gustan. Espero que no te importe que me corra si tu ex mujer maravilla aparece un día por el Tattoo Too y me pide que le tatúe un puto pájaro en la cadera.

—Lo entendería perfectamente.

—Joder, no sé cómo sigues viva habiendo estado a las puertas de follar con ella. Enrollarse con ella debe de ser un puto paraíso lésbico de ojos verdes.

Besar a Gail había estado francamente bien y la noche del Trinity la morena le había puesto cachonda a lo bestia, porque a nivel físico aquella chica era un nueve con nueve sobre diez y sabía muy bien lo que hacía con su cuerpo. Pero le faltaba algo, la décima más importante, y no lo había encontrado entre tanta saliva y curvas peligrosas. Una estrella fugaz casi perfecta, pero poco más.

—No necesitaba besarla —confesó al igual que lo había hecho tras el chasco con Stacey.

—Si le pones música podría ser el *hit* del verano de tanto repetirlo.

Y no le contestó, pero en el fondo pensaba que tenía un poco de razón y se preguntó si aquel mantra se convertiría en el *hit* del verano de todos sus veranos durante lo que le quedase de vida. ¿Y si no volvía a sentir esa necesidad de besar a alguien nunca más? ¿Y si Taylor la había roto del todo? ¿Y si al final de aquel túnel negro en vez de una nebulosa alucinante había otro túnel igual de negro y el doble de largo?

Aproximadamente un minuto de carrera silenciosa después, sus móviles sonaron a la vez y eso solo podía significar una cosa: había llegado una notificación a alguno de los grupos que compartían. «Eres un Stevens» estaba muy activo últimamente, porque hacía unas semanas su madre se puso en plan nostálgico y había digitalizado todas las fotografías de la infancia de sus tres hijas. Su galería de WhatsApp estaba colapsada por instantáneas del primer baño de Zoey, un monográfico de cuando ella empezó a caminar y miles de fotos de Riley con chupete y mirando a cámara con los ojos verdes más grandes del mundo. A veces incluso a su propia madre le costaba trabajo distinguirlas, su hermana pequeña y ella eran prácticamente idénticas de bebés.

—Como sea otra foto tuya soplando jodidas pompas de agua con jabón te juro que abandono el grupo y bloqueo a mamá —amenazó Riley mientras sacaba el teléfono del brazalete.

—Y como sea otra foto tuya aprendiendo a usar el orinal podemos irnos juntas —dijo recuperando el suyo del bolsillo.

Ni Zoey, ni Riley, ni ella. No se trataba de una notificación en el chat de los Stevens. Ni siquiera era su madre.

Era Elsa, un nuevo grupo y un bombazo. Las dos pararon la marcha casi a la vez.

«Cita con Hubble88»
Elsa, Riley, Tú
ELSA: Hubble y yo hemos quedado para cenar el sábado.
ELSA: Vamos a ir al Kastoori, porque también le gusta la comida india.
ELSA: Va a llevar a una amiga para que no sea tan violento.
ELSA: Y me ha pedido que lleve a alguien.
ELSA: ¿Alguna de las dos quiere acompañarme?

Ufff, la comida india nunca le había gustado demasiado y, por la forma en que Riley arrugaba la nariz en ese momento, aquel tipo de cocina tampoco era de las preferidas de su hermana. Levantaron la vista de la pantalla casi a la vez y se miraron en silencio por un par de segundos antes de decir «¡me lo pido!» de golpe y perfectamente sincronizadas. Porque la comida india no sería lo suyo, pero aquello de poder ponerle cara a Hubble88 era una oportunidad muy interesante, casi irresistible.

—Tienes que dejar que vaya yo —suplicó Riley con mucho sentimiento.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Porque ir a esa cena sería lo mejor que va a pasarme en todo el mes y eso puede darte una idea de lo vacía que está mi vida.

—Riley, por favor, vives en un universo continuo de fiesta, alcohol y sexo. Mi novia me engañó con otra y la mujer maravilla ha pasado de mí porque le dije que olía como su compañera de piso.

—Mierda, Jess, ¿en serio?

—¡Huele increíblemente bien!

—Huele a nebulosa Ojo de Cangrejo Ermitaño.

—Me mira como necesito que me miren, pero ve en mí a otra persona, estoy sufriendo. ¿Vas a dejarme ir?

Y lo dijo medio en broma e intentando que Riley le cediera el puesto para acompañar a Elsa a esa maldita cena, pero al oírlo en voz alta se le descolocó algo dentro, porque sabía que podía llegar a ser muy serio y por eso lo de olvidarse de la compañera de piso era lo mejor que podía hacer.

—Eres una Stevens, conseguirías que terminara pensando en ti y mirándote el doble de increíble —dijo Riley—. Y contestando a tu pregunta: por supuesto que no.

—Creo que esos superpoderes de las Stevens solo se aplican a tu caso. Elsa es mi mejor amiga, así que voy a ir yo.

—Tú lo llamas superpoderes y yo encanto natural, y Elsa y yo hemos

conectado muy bien este último año. El otro día le presté un pintaúñas y contra eso no puedes luchar.

—No tengo planes para el sábado por la noche.

—Triste. Yo cancelaré los míos.

—Me quedaré en casa aburrida y no podré dormir pensando en Taylor.

—Últimas novedades en Netflix y un sedante de los suaves.

—Quiero conocer a Hubble88.

—Lo mismo digo.

—¿Piedra, papel o tijera?

—De acuerdo, pero te advierto que eres muy lesbiana, así que a lo mejor juego con ventaja.

Gilipollas.

OceanofPDF.com

13

Una cena y punto

Lo de dejar a su Barry Walker atrás era una idea cojonuda, pero estaba resultándole un poco más difícil de lo esperado, porque llevaba tres días buscando encontrarse con aquellos ojos verdes entre la clientela del Starbucks y en los vestuarios del Zum Fitness. Del todo involuntario y bastante estúpido, la voz en *off* de Gail diciendo eso de «tú le gustas más que yo» se paseaba de continuo por su inconsciente y de vez en cuando emergía a la superficie y le hacía cosas realmente alucinantes en la boca del estómago.

A su amiga el período de duelo se le había pasado antes de empezarlo y la tarde anterior la había visto darle su número de teléfono a uno de los dos musculitos que llevaban persiguiéndola como dos meses enteros. Después de abortar su misión de follar con Jessie se decantaba por algo mucho más masculino y con barba de un par de días, a Gail le gustaban los contrastes y los bíceps muy trabajados. Seguro que el fin de semana su piso apestaría a *aftershave* y a colonia de las fuertes y esperaba que el chico en cuestión no se paseara por las zonas comunes en pelotas, como el de la última vez, porque había cosas en la vida que no se moría por ver precisamente.

Pero sí que se moría por encontrársela a ella, esperándola con su zumo favorito en una mano y un par de entradas para una de las reposiciones del Regal en la otra, a la salida del gimnasio, de su trabajo o de su casa. Retomar su «¿Qué es lo tuyo?» y aquel «A lo mejor deberíamos…». Aceptar que no era Jess_92 ni bibliotecaria y preguntarle por qué estudió psicología, a lo mejor Jessie a secas era el doble de increíble, aunque en el momento presente todo estuviera catastróficamente desdibujado en su cabeza. No estaba segura de a quién veía en ella, pero no se cansaba de mirarla.

—Alison, llevas diez minutos atontada en esa página y siempre dices que el arte micénico no te gusta tanto.

La voz de Zack la sacó de sus cavilaciones, devolviéndola al presente y a su ubicación actual: una de las mesas de la primera planta de la biblioteca pública. Solían pasarse por allí bastante a menudo para documentarse sobre las exposiciones que les tocaba preparar en el museo y en general disfrutaba mucho del proceso, pero últimamente su atención se empeñaba en dirigirse

hacía objetivos algo menos profesionales.

Joder, es que aquellos ojos sí que eran arte.

—Lo siento, estoy distraída —suspiró cerrando el libro antes de recostarse contra el respaldo de la silla.

—¿Y si lo dejamos por hoy? Son las siete de la tarde de un viernes, tú estás en otro lado y yo me he pasado la última media hora debatiéndome entre saludarla mañana con un informal «Ey, Elsa» y el clásico «Buenas noches, Elsa. ¿Cómo estás?».

Mientras hablaba, Zack cerró el libro que había estado ojeando como si el «lo dejamos por hoy» no fuera tan solo una sugerencia, y se le veía nervioso, así que tal vez ir a tomar un yogur helado era mejor que continuar forzándose frente a aquellos manuales ilustrados de historia del arte clásico. Al día siguiente su amigo tenía la gran cita con Dixon_89. Elsa o su amor platónico, la única chica por la que le habían visto así de colado y batiendo récords de ajustarse las gafas sobre el puente de la nariz. Le alegraba y le preocupaba a partes iguales, Zack no se merecía un Barry Walker, así que esperaba que la tal Elsa fuera trigo limpio.

—¿Te invito a un yogur helado y practicas conmigo? —sugirió, a ella también le vendría bien la distracción.

—Te invito a un yogur helado y me cuentas qué te tiene tan distraída —pactó él mientras empezaba a recoger las cosas en su bandolera.

—No es nada nuevo —dijo guardando su cuaderno de notas y sus bolígrafos en la suya.

—Me encanta perseverar.

Suprimió una sonrisa ante aquel velado «lo escucharé tantas veces como necesites contarlo», y ambos se colocaron la bandolera cruzada sobre el pecho y devolvieron los volúmenes que habían estado utilizando a su lugar correspondiente en la enorme estantería antes de dirigirse al mostrador de préstamos y devoluciones, situado justo a la salida de la planta. Hora de desprenderse de aquella novela romántica, aunque a la luz de su contexto sentimental actual le pareciera más de ciencia ficción. Sacó el libro de su bandolera mientras Zack y ella esperaban tras un par de personas más en la cola frente al mostrador.

—¿Qué vas a ponerte mañana? —preguntó su amigo.

—Aún no lo he pensado, ¿por qué? ¿Quieres que vayamos a juego?

—No te arregles mucho, Elsa y yo hemos quedado en que es una cita informal.

Una cita informal a la que ella acudía en calidad de apoyo moral porque Monica tenía que asistir a la cena de cumpleaños de su hermana en Everett, aunque la pobre habría preferido estar en cualquier otro sitio.

—¿El Donna Karan y las perlas serían demasiado? —bromeó adelantando un paso hacia el mostrador.

—Como diez veces demasiado.

—¿Chándal y deportivas? —probó suerte y le gustó verle sonreír a pesar de que sus nervios lo empapaban todo.

—Como diez veces demasiado poco.

—Un término medio.

—Sería perfecto, gracias.

Le dijo «De nada» antes de dirigirse a la chica sentada tras el mostrador con media sonrisa y un educado «Buenas tardes, quería devolver este libro» mientras le tendía la novela en cuestión.

—«Ey, Elsa» o «Buenas noches, Elsa. ¿Cómo estás?». ¿Cómo te gustaría que te saludaran a ti? —le consultó el muchacho.

—No te preocupes tanto, cuando la tengas delante te saldrá como te salga.

—Precisamente eso del «como te salga» es lo que me preocupa, Carter.

—Vale, con tu nivel de nerviosismo actual y teniendo en cuenta que llegado el momento se multiplicará por un millón de millones, yo me decantaría por el «Ey, Elsa». Es mucho más sencillo y el orden de los factores no altera el producto; no hay riesgo de que te salga un «Buenas Elsa, noches» —bromeó y rio al recibir un golpe en el antebrazo.

Aceptó el justificante de la devolución de la novela y se dirigieron a la salida. Nada más abandonar el edificio se encaminaron hacia su objetivo, Zack insistió en pagarle el yogur helado y ambos terminaron sentados en un banco a medio camino entre sus domicilios. Estaba en mitad de una cucharada especialmente deliciosa cuando el muchacho desvió el tema de conversación de Elsa a Jessie, un salto burdo e inesperado, y llevaba por lo menos cinco minutos tratando de explicarle lo complicado de su situación.

—Te has pasado toda la semana pensando en ella, esperando encontrártela al girar cada esquina, y la monitora sexi te dijo que le gustabas. No entiendo cuál es el problema.

—¿Si alguien te gusta no querrías gustarle por quién eres y no por quién quiere que seas?

—¿Cómo va a gustarte por quién es si no le das la oportunidad de enseñártelo? —le devolvió el interrogante alzando una ceja—. Su físico te vuelve loca y lo poco que sabes de ella te encanta. Entiendo que Jess_92 no ha sido la mejor forma de conocerla, pero ¿estás segura de que es un buen motivo para no querer conocerla más?

—Estoy segura de que será mucho más fácil conocer desde cero a otra persona que me guste. Mil veces más fácil.

—Mañana Elsa lleva a una amiga, a lo mejor tienes suerte —dejó caer antes de degustar otra cucharada de su yogur.

Un poco precipitado, la verdad, y extremadamente complicado eso de fijarse en otra chica teniendo a sus Jessies tan presentes en la cabeza. Su «A lo mejor deberíamos…» aún estaba demasiado reciente y seguro que

necesitaría un tiempo para que la página pasase del todo. Tiempo, paciencia y novelas de romántica ficción eran su secreto para el éxito. Tal vez un polvo con Morgan de vez en cuando, ya se iría viendo.

—¿Lesbiana? ¿Bisexual? —lo preguntó por seguirle la corriente y él se encogió de hombros.

—No lo sé. Solo me ha dicho que iba a acompañarla una amiga. Si es guapa al menos te alegrará la vista durante la cena.

—Y si no lo es me la alegraré con Elsa —dijo y rio al sentir un codazo de Zack en el costado.

—Cuando me vea a lo mejor ella también prefiere mirarte a ti —aventuró y casi sin terminar de decirlo se levantó del banco y se alejó un par de metros hasta la papelera más cercana para depositar el envase vacío.

Lo siguió con la mirada, porque Zack lo había disfrazado con un tono ligero, pero en el fondo sabía que a su amigo le preocupaba de verdad. Guardó silencio dándole tiempo a regresar y sentarse a su lado, y lo alargó un poco más mientras saboreaba una cucharada de yogur.

—Ya sabes que le gustas —se lo recordó y él hizo una mueca, como si fuera extremadamente difícil de creer.

—No sabe cómo soy físicamente, Alison.

—El físico no es tan importante, Zack.

—Por eso tú elegiste a la más fea de Click.

Bajó la vista al recipiente casi vacío cuando aquella sensación la golpeó de lleno, la certeza absoluta de que no tenía ni puta idea de a quién había elegido en aquella maldita aplicación escocía de una forma bastante importante. Y es que en un primer momento había seleccionado a Jessie, pero después decidió quedarse por alguien diferente, por Jess_92. Respiró hondo, para relajar los músculos del pecho y que le oprimieran un poco menos, y jugueteó con los restos del yogur llevándolos con la cucharilla de un lado a otro del envase.

—Lo siento —Zack se disculpó y sintió cómo le acariciaba el antebrazo.

—Antes de fijarme en la foto de Jessie, acepté a algunas chicas más. Todas me parecieron muy guapas, pero eso no fue suficiente con ninguna hasta… —Hizo una pausa, no en plan tensión dramática, sino porque necesitó un segundo para gestionarlo todo dentro—. Hasta ella.

Hasta su «lo pongo como reclamo, pero en realidad llegué la última» en respuesta a su comentario alabando aquella participación en la competición de triatlón. Jessie le había llamado la atención a primera vista, pero que no le retirase el *click* como a todas las anteriores no tenía nada que ver con ella. Jess_92 se la había ganado por méritos propios. Y es que el físico no era una condición suficiente. Los preciosos envases vacíos no eran lo suyo.

—¿Y si pudieras conocerla ahora y no te gustara físicamente? —Zack lo preguntó por ir preparándose para lo que le esperaba al día siguiente.

Ella lo miró por un par de segundos, en silencio y sin saber bien qué decir, tenía la ligera sospecha de que, si se diera el caso, Jess_92 no le gustaría físicamente fuese como fuese, tan solo porque no era Jessie. Y a lo mejor desde fuera no se le veía mucho sentido, pero ella por dentro lo tenía muy claro.

—No lo sé, Zack.

Porque estaba al cien por cien segura de que el que fueran guapas físicamente para ella no era una condición suficiente, pero… ¿era una condición necesaria?

—Da igual digas lo que digas, que exista atracción física es importante —lo dio por sentado mirando al frente y jugueteando distraídamente con el asa de su bandolera.

—Que exista atracción física es jodidamente importante. Pero para atraer físicamente a una persona no es necesario ser increíblemente guapo, ¿sabes? Yo me he sentido atraída físicamente por chicas que no lo eran tanto. Es cuestión de actitud.

—Pues espero que Elsa opine como tú —dijo mientras se levantaba del banco y le tendía la mano para ayudarla a hacer lo mismo—. Vamos, anda, apenas tengo veinticuatro horas para trabajar mi actitud.

—La actitud no se puede trabajar, tienes la que tienes y le gusta a quien le gusta —apuntó dejándose ayudar y tiró el envase en la papelera antes de echar a caminar junto a su amigo hacia el punto en que se separaban sus caminos—. Puede que mañana sea a ti a quien no le guste su actitud, por muy guapa que sea.

—Altamente improbable —confesó Zack volviéndose hacia ella junto al paso de cebra donde se solían separar.

—Pero no imposible.

—Puede que a ti te guste la actitud de su amiga.

—Altamente improbable.

—Pero no imposible.

Su amigo le sonrió y ella le devolvió el gesto, porque parecía, al menos, un poco más relajado que hacía dos minutos. Le dijo «Gracias, Carter» y le obsequió con un beso en la mejilla por las molestias, ella aprovechó para abrazarlo por el cuello y le dijo «Mañana vamos a por todas» en plan asesora motivacional. Al separarse de él le golpeó el antebrazo con el puño cerrado y Zack repitió eso de «a por todas» antes de alejarse frotándose el lugar del impacto.

***

The Crocodile, no había pisado aquel bar en la vida, pero volvería con Gail. Le gustaba el ambiente y la música en directo. Zack taladrando el suelo a su

lado a golpe de zapato le restaba un poco de encanto, pero es que el momento de la verdad estaba a cinco minutos de cruzar aquella puerta, así que comprendía su inquietud. La tal Elsa había sugerido que quedasen allí para tomar algo antes de cenar y a su amigo todo lo que sonara a alcohol le parecía bien llegados a ese punto, llevaban allí un cuarto de hora y acababan de terminarse su primera cerveza apoyados en la barra.

—¿Y si no aparece? ¿Y si ha sido una broma cruel?

Zack lo preguntó tras desviar la vista a la puerta al escucharla abrirse solo para descubrir que el hombre de pelo rizado con barba que acaba de entrar no era Elsa.

—Zack, relájate, aún no son las ocho y media.

—No puedo soportar esta tensión, Carter.

Casi lo exclamó aferrándose a su botellín vacío con bastante dramatismo. Después comenzó a sobarse la corbata estampada con la imagen de los planetas del sistema solar, la que se había puesto como gancho para que Elsa le reconociera.

Tuvo que suprimir una sonrisa al verlo en aquellas condiciones, porque eso de la tensión ante una primera cita le resultaba familiar, aunque su amigo lo exagerara hasta el extremo. Los nervios en la boca del estómago mientras esperas que aparezca por la puerta y el tonteo velado en busca de poder verla una segunda vez. No había tenido una de esas desde Brook y los nervios de Zack eran tan palpables que le dieron ganas de volver al mercado del romance por la vía rápida.

Incluso a ella se le aceleró un pelín el corazón en el pecho al escuchar cómo la puerta se abría de nuevo, empapándose un poco de la experiencia extrema que le estaba tocando vivir a Zack.

Suspiró un «joder» desencantado al descubrir que aquella chica de cabeza rapada tampoco era Elsa, e iba a consolar a su amigo con algo así como «a la tercera va la vencida», pero la vio entrar a ella y se le olvidó de golpe lo que iba a decir. Sus pulsaciones se aceleraron a lo bestia, porque aquella tonalidad verde había aparecido justo cuando estaba lo suficientemente distraída como para no andar buscándola y le había pillado desprevenida, así que el impacto fue brutal. Se quedó mirándola como una imbécil, sin Gail a su lado para darle la bienvenida a base de besos de los impresionantes se sentía más vulnerable que nunca y quería acercarse y preguntarle «¿Qué tal estás?», pero se acordó de lo de «Tú le gustas más que yo» y se le desestabilizaron las constantes vitales todas a la vez. Porque no tenía claro quién le gustaba a ella y un coma inducido le vendría de perlas mientras se aclaraba. Es que tan solo con mirarla directamente y sin protección sus órganos vitales le flotaban por dentro.

—Es ella.

Zack lo dijo tensándose a su lado y por un momento pensó «¿cómo

demonios lo sabes?», pero después se fijó en que Dixon_89 era la chica que se inclinaba hacia Jessie para decirle algo al oído y todo se aclaró de repente. Su pulso se aceleró el triple y el estómago se le encogió de golpe, porque volver a verla era la peor idea del mundo, pero la perspectiva de pasar un rato con ella le estaba sentando jodidamente bien.

La psicóloga aún no la había visto y contempló la posibilidad de disculparse con Zack, abandonarlo a su suerte sin mayores explicaciones y desaparecer a toda velocidad por la puerta trasera del establecimiento. En vez de eso, su sistema locomotor se negó a colaborar y continuó observándola en espera de que sus miradas conectasen, porque se moría por aquel segundo impacto.

Maldita inconsciente.

—Joder, Alison, es más guapa en vivo que en las fotos. Me voy a morir.

Su amigo lo dijo sujetándola fuerte por el brazo, dos segundos después de que aquel verde se encontrara con su azul. Tras el impacto de la sonrisa de Jessie dedicada a ella en exclusiva le dieron ganas de decirle «y que lo digas» y proponerle un sepelio a medias para que les saliera más económico.

***

The Crocodile. Elsa se había empeñado en quedar con Hubble88 y compañía allí antes de ir a cenar al Kastoori, porque quería tomarse un par de copas de vino para templar los nervios. Tenía el gran honor de estar caminando a su lado hacia el local, porque Riley sacó piedra y ella, contra todo pronóstico y en un alarde de originalidad para ser tan lesbiana, se arriesgó con papel.

—Jess, ¿cómo tengo el pelo? —preguntó la castaña tomándola del brazo e instándola a parar, otra vez.

—Sedoso y perfecto, igual que cuando me lo has preguntado hace dos minutos. La camisa sin mangas te queda genial, esos pantalones de puta madre y no, no llevas demasiado tacón.

Cubrió aquellos puntos antes de que se lo preguntara por tercera vez en los últimos diez minutos y su amiga puso pucheros, mímica para decir sin palabras «siento estar tan pesada».

—Tú también estás muy guapa.

Elsa lo dijo tomándole un mechón de pelo entre los dedos y ella le sujetó la mano y se la apretó cariñosamente.

—Te he visto ir a miles de citas y es la primera vez que estás así, Dixon. Lleváis hablando casi tres semanas y es obvio que a ese tío le gustas. Mucho —remarcó el «mucho» cogiéndole también la otra mano—. ¿Por qué estás tan nerviosa?

Elsa le sostuvo la mirada por unos segundos y ella la invitó a contestar alzando las cejas en señal interrogante, perdió de vista su marrón porque la

profesora se dedicó a mirar al suelo antes de contestar.

—Creo que es el chico más inteligente con el que he hablado jamás.

—Genial, te van los cerebritos, crucemos los dedos para que lleve gafas.

—Le encanta la astronomía, la historia y el arte y no tengo ni puta idea de ninguna de las tres cosas, Stevens. ¿Y si piensa que soy aburrida? ¿Y si piensa que soy tonta? —preguntó y puso aquellos ojitos de perro abandonado con los que la desmontaba cada vez.

—Si es tan increíblemente listo como dices es imposible que piense eso.

Elsa la observó un par de segundos y después la abrazó muy fuerte por el cuello. Se lo devolvió acariciándole la espalda y, cuando la castaña la liberó y se separó de su cuerpo, ella le colocó bien la camisa antes de mirarla con media sonrisa de las de «tranquila, porque todo va a ir de puta madre».

—Me alegro de que ganaras al piedra, papel o tijera —confesó su amiga. Ella sonrió un poco más y la cogió de la mano instándola a retomar el camino, porque casi era la hora y aún les faltaban un par de calles para llegar a aquel bar—. ¿No sería genial que él fuera mi nebulosa Ojo de Gato y su amiga la tuya?

Y sin saber muy bien por qué eso de «mi nebulosa O jo de Gato» le recordó a Alison, de forma automática e involuntaria, complejas conexiones neuronales, inconscientes y bastante inoportunas, fuera de lugar y estúpidas. Su frustrado «A lo mejor deberíamos…» emergió a la superficie como arrastrado por aquel tren de pensamientos, unidos en cadena la removían por dentro con la sensación de haber interrumpido algo increíble justo antes de empezar.

«A lo mejor deberíamos ver *Qué bello es vivir* mientras cenamos comida mexicana».

—Después de Stacey y de Gail creo que voy a pasar de nebulosas por un tiempo.

—Puedes pasar de chicas por un tiempo, pero pasar de una nebulosa es imposible por definición. Claramente Stacey y tu mujer maravilla no lo fueron.

Claramente. Y claramente necesitaba desconectar de todo, centrarse en su trabajo y salir a correr cada tarde, compraría Toblerone y vería todas las películas románticas rodadas en habla inglesa y las demás en versión original subtitulada. Chocolate y Netflix, su nuevo camino hacia la recuperación.

—¿Lista para descubrir si tu astrónomo lo es? —lo preguntó cuando llegaron frente a la puerta de The Crocodile. Se volvió hacia ella y Elsa le dedicó una de sus miradas nerviosas.

—No lo sé, no sé si estoy preparada para verle cara a cara —se sinceró y ella la tomó por los hombros con ambas manos.

—A veces no sabemos que estamos preparados para hacer algo hasta que

lo hacemos. Pelo alucinante, camisa y pantalones de puta madre y tacones de la altura perfecta. Respira hondo, Dixon.

Elsa hizo lo que le pedía varias veces, sujetándola por los antebrazos con demasiada fuerza y ella sonrió, porque en vez de a las puertas de una cita parecía encontrarse en una de esas clases de preparación al parto.

—Lleva puesta una corbata negra con los planetas del sistema solar —compartió aquella información con la esperanza de que le ayudara a localizarlo en el interior del local.

—Captado. Vamos allá.

Hizo amago de dirigirse a la entrada del bar, pero su amiga la sujetó por el brazo obligándola a volverse hacia ella de nuevo.

—Prohibido hablar de mi época loca universitaria y de mis polvos en el despacho del departamento con el gilipollas de Roger.

—No puedo prometerte nada, pero lo intentaré.

Y no le dio a pie a su amiga a decir nada más, porque eran las ocho y media y estaba convencida al noventa y siete por ciento de que Hubble88 la esperaba al otro lado de aquella puerta desde hacía diez minutos por lo menos. Le dio una palmadita en el hombro como gesto de buena suerte y entró en el local dispuesta a localizar aquella corbata cuanto antes. A pesar de que aún era pronto, al atravesar la puerta se encontró con más gente de la esperada diseminada por el bar, avanzó un par de pasos, paseando la mirada en busca del sistema solar, pero la mayoría de los tíos que vio ni siquiera llevaban corbata.

—Mierda, Jess. Creo que está ahí, a la derecha junto a la barra —Elsa lo dijo directo a su oído—. Lleva una corbata de planetas, ¿no?

Miró hacia el punto indicado por su amiga y antes de verle a él la vio a ella y la sonrisa le salió automática. Involuntaria y desde dentro, temeraria y sin darle demasiada importancia al potencial destructivo que tenía dejarse llevar por la forma en que aquella rubia la miraba sin verla en realidad. Por un lado, deseaba que el que se encontrara justo al lado del astrónomo de Elsa fuera mera casualidad, fruto de la alta concentración de gente en torno a la barra, pero es que por todos los demás se moría por poder preguntarle «¿Qué es lo tuyo?» por segunda vez y por encima de la mesa del Kastoori. Cuando vio cómo el tal Hubble88 la sujetaba por el brazo el corazón le latió un poco raro antes de acelerarse sin pedirle permiso.

—Nos han visto y son ellos, seguro. Vamos.

La castaña la sacó de sus cavilaciones propinándole un suave golpe en el brazo antes de dirigir sus pasos hacia aquella sección concreta de la barra y ella la siguió porque no podía hacer otra cosa y quiso decirle «joder, Elsa, que es Alison». Al final no le dio tiempo y cuando llegaron a su altura la rubia le sonrió y a ella se le olvidó que el objetivo de aquella noche era conocer por fin a Hubble88. Se había pasado la semana entera repitiéndole a

Riley que la posibilidad de volver a ver a Alison después de lo de Gail sería la peor idea del mundo, pero vista así de cerca no se lo parecía tanto.

—Así que tú eres la amiga de Dixon_89.

La rubia lo dijo con el fantasma de su sonrisa anterior atrapado en los labios y ella acentuó la suya.

—Y tú eres la amiga de Hubble88 —completó aquellas identificaciones olvidando momentáneamente que los dos aludidos estaban justo a su lado.

—¿Os conocéis?

Elsa lo preguntó sorprendida, recordándole que seguía allí, y cuando la miró cayó en la cuenta de que, además de desconcertada, también estaba un poco roja a juego con el chico de la corbata planetaria que en aquellos momentos debía de estar esforzándose al máximo por esconderse tras aquellas gafas de montura metálica.

Gafas de montura metálica, a la castaña le encantaban un poco demasiado, rozando el fetichismo clínicamente significativo. Punto positivo para Hubble88 y un comienzo prometedor.

—Es Alison.

No tenía necesidad de añadir nada más, porque en los últimos días Riley había popularizado eso de «te has equivocado de compañera de piso» a lo grande, así que Elsa estaba familiarizada con la historia en su conjunto.

—Alison —la castaña repitió su nombre observando a la rubia con renovado interés—. ¿Alison, Alison? —preguntó conectando las miradas de nuevo.

Fue su turno de dedicar una mirada nerviosa al objeto de su conversación porque su amiga estaba siendo muy poco disimulada y con aquel «Alison, Alison» había dejado más que claro que su nombre era de sobra conocido en su entorno más cercano. La aludida la miró de vuelta, con el ceño ligeramente fruncido, como si no se hubiese esperado la familiaridad con la que Elsa acababa de referirse a ella. Aquella fama la pillaba por sorpresa.

—Sí, Alison. Alison la que trabaja en el museo y la que debería pasar a la clase de avanzados en *body combat*.

Lo aclaró para zanjar el asunto y su amiga sonrió un poco más y le tendió la mano a la rubia como saludo, y lo hizo a pesar de estar roja como un tomate, porque la silenciosa presencia de Hubble88 debía de estar afectándola a varios niveles, uno de ellos muy cercano a la superficie.

—Encantada, Alison.

—Lo mismo digo —la rubia correspondió su saludo acompañándolo de una sonrisa fácil y después pareció caer en la cuenta de que su amigo no había abierto la boca aún y le echó un cable—. Él es Zack… o Hubble88.

Primero miró al aludido, evidentemente nervioso a raíz de aquella alusión directa a su persona y después desvió la vista a Elsa, que observaba a su astrónomo *amateur* con una sonrisa de las tímidas apenas asomando a sus

labios. Se le reblandeció un poco el alma al ver a su amiga de esa forma, Elsa Dixon intimidada por el hombre más inteligente que había conocido jamás y, al devolver la vista a Alison, le dio la sensación de que ella se estaba sintiendo de forma similar mientras observaba cómo Zack extendía la mano hacia la castaña de manera algo torpe. Elsa se envalentonó y rechazó el gesto con un temerario «Dos besos, ¿no?» y, tras ser testigos de cómo sus amigos se saludaban de aquella manera menos impersonal, su mirada se encontró con la de Alison y ambas sonrieron divertidas y en plan «qué monos».

—Zack, esta es mi amiga Jessie.

La profesora tuvo el detalle de presentarla formalmente y ella se dispuso a tenderle la mano, pero el chico se le adelantó saludándola con dos besos repentinos y cargados de nerviosismo. Había algo en toda aquella situación, en él, que la invitaba a pensar algo así como «Atenta, Elsa, que aquí hay más que un par de anillos y mucho hidrógeno».

—¿Qué queréis tomar? —preguntó Hubble88 en tono servicial.

Elsa una copa de vino tinto y ella una cerveza, el chico se giró en la barra para llamar la atención del camarero y tiró de la cintura de la camisa de Alison, instándole a que se uniera a él, para intercambiar impresiones, seguramente. Alcanzó a escuchar un «¿Es Jessie, Jessie?» similar al «¿Alison, Alison?» de Elsa y se le tensó un pelín la mandíbula cuando Alison respondió algo parecido a «Jessie, el ligue de Gail».

—¿Qué te parece? —la voz de Elsa captó su atención y se volvió hacia ella para poder mirarla—. No es guapo —señaló ante todo, pero la media sonrisa que escondían sus labios parecía sugerir que aquel detalle no le molestaba en absoluto.

—Hasta ahora todos han sido exageradamente guapos y gilipollas, no te vendría mal innovar.

—Es muy mono, ¿no te parece que es muy mono? —preguntó tomándole la mano y apretándola con toda su emoción contenida en aquel gesto.

—A juego contigo.

—Si la noche va bien, espero que te encargues de la compañera de piso. Desaparecéis y las dos salimos ganando.

Elsa lo dijo, le guiñó un ojo y centró su total atención en aceptar la copa de vino que le tendía Zack mientras iniciaba una conversación con él alabando la originalidad de su corbata planetaria.

«Desaparecéis y las dos salimos ganando», una premisa extremadamente simple que escondía importantes inexactitudes a tener en cuenta, porque el estar con la rubia era fácil y adictivo y la impulsaba a querer estar con ella un poco más. Sin aquella desagradable sensación de tener que estar a la altura, sin desafíos verbales, le era muy sencillo hacerla sonreír y sonreír en consecuencia, pero es que no sabía a quién sonreía Alison en realidad ni quién quería que le sonriera de vuelta.

«Pues sonríele tú hasta que las demás le importen una mierda o deja de hablar de ella a todas horas». Riley como voz de su conciencia y con una fe ciega en el apellido Stevens y un ultimátum. Si eres una de las nuestras en el amor, todo es posible y encima está tirado, y si no quieres intentarlo, nos olvidamos de las compañeras de piso, pero de verdad. Algo así.

—Tu cerveza. —Se giró hacia la voz de Alison y se la encontró tendiéndole la bebida y con otra idéntica para ella apoyada a su lado en la barra.

—Gracias —aceptó el botellín esbozando media sonrisa y la rubia dejó de mirarla para recuperar el suyo—. ¿Lo devolviste a tiempo? El libro. A la biblioteca.

Le gustó la forma en que Alison se volvió a mirarla, con gesto fingidamente indignado y divertido al mismo tiempo, porque seguramente esperaba que volviera a llamarla reincidente otra vez.

—¿Me creerías si te dijera que sí?

—Si me lo dices muy muy seria y mirándome a los ojos, tal vez.

Y le dio la impresión de que Alison tuvo que sopesar su propuesta antes de decidir si le seguía el juego. La rubia dio un sorbo a su botellín de cerveza y retomó el contacto visual adoptando un gesto serio.

—Devolví. El libro. A la biblioteca. Dentro del plazo.

Lo dijo haciendo pausas enfáticas para dotar de mayor credibilidad sus palabras mientras le sostenía la mirada como una campeona y a ella se le escapó una sonrisa de las que salen de dentro y sin avisar. Fue su turno para beber de su cerveza sin dejar de observarla, divertida. Alison alzó una ceja, en plan «¿te vale?», y ella trató de adoptar un gesto serio antes de contestar.

—Eso es. Lo que diría. Una. Reincidente.

Imitó su forma de hablar y la rubia puso una fugaz mueca de fastidio antes de permitir escapar a la sonrisa más grande que le había visto hasta la fecha. Era de las que salían de dentro y sin avisar, porque le había hecho gracia y de repente aquella cena como acompañante de Elsa tenía muchos más extras que el poder ponerle cara a Hubble88.

—Seguro que eres tú la que los devuelve tarde. ¿Cómo le llamáis a eso? ¿Proyectar?

—No, mentir —aclaró aquella terminología y la chica suprimió otra sonrisa—. Yo no cojo libros en la biblioteca.

—¿No te gusta leer?

—Sí, pero tengo mi propia biblioteca en casa. Me gusta comprarlos.

—¿Y talar árboles? —una acusación en toda regla colgando de su ceja elevada.

—No mucho, me salen ampollas.

Aquella estúpida broma le salió sola y por un momento temió haber metido la pata, no conocía a fondo a aquella chica y podría perfectamente

ser una activista de las radicales, de las concienciadas a tope con el medioambiente y equipada con la mala hostia suficiente como para ducharla con cerveza allí mismo. Digna compañera de piso de la mujer maravilla, aunque a simple vista no pareciera tan letal.

—Eso es porque no usas los guantes adecuados.

Vale. O no era activista o era de las moderadas, porque había encajado bien su gilipollez. A juzgar por el gesto de su cara incluso le había gustado, así que se permitió volver a respirar y curvó los labios en un amago de sonrisa. Últimamente cuando Alison andaba cerca parecía que le sobraban. Escuchó la risa de Elsa una octava más alta que de costumbre y cuando la miró la vio acariciando el bíceps de Zack por encima de su camisa beis, dos segundos después descubrió que Alison también les estaba observando con una expresión entretenida en el rostro.

—¿Qué intenciones tiene tu amiga con mi amigo? —la rubia se lo preguntó devolviendo a ella su atención.

—Creo que en principio está interesada en iniciar una relación romántica con él —le contestó apoyándose junto a ella en la barra y depositando su cerveza junto a la suya—. ¿Va a tener suerte?

—Aún es pronto para saberlo. ¿Suele tener suerte?

—Si con suerte te refieres a que todos los tíos por los que se cuela son gilipollas, sí suele tener mucha suerte —admitió, se acordó de Roger y es que era el más gilipollas de todos—. ¿Qué intenciones tiene tu amigo con mi amiga?

—Creo que en principio está interesado en iniciar una relación romántica con ella.

—Nunca se sabe, pero creo que pinta bastante bien. Espero que tu chico sea de los caballeros.

—Espero que tu chica se lo merezca.

—Elsa es lista, responsable, cariñosa y muy limpia.

—Zack es superinteligente, educado, detallista y muy ordenado.

Alison le siguió la corriente y, por un momento, no le importó demasiado con quién querría regatear de verdad la rubia, porque lo estaba haciendo con ella y se lo estaba pasando la hostia de bien.

—Mi chica es de las besuconas y le encantan los mimos.

—Mi chico es como un osito de peluche gigante —lo dijo y le dio un sorbo a su cerveza sin dejar de mirarla, en un silencioso «¿no tienes nada más?».

—Mi chica es muy sensible y le gusta emocionarse y llorar.

—Mi chico tiene alergia al polvo, así que siempre lleva pañuelos en los bolsillos.

Y Alison lo dijo manteniendo el tono serio inherente a aquel toma y daca, pero eso de la alergia a ella le hizo gracia, y cuando la vio reírse, Alison acabó haciendo lo mismo y le gustó el sonido.

—Vendido —cedió porque aquella chica se merecía una victoria después del punto de los pañuelos—. En hora y media mi chica estará toqueteándole el reloj a tu chico —profetizó y al ver cómo la rubia arrugaba la nariz decidió aclararlo un poco más—. No es una metáfora guarra, si le gustan, Elsa se pasa la noche jugueteando con sus relojes.

—Menos mal, porque habría sido la peor metáfora que he oído nunca.

Se miraron por un par de segundos, con ecos divertidos resonando a su alrededor, y después la rubia bajó la vista al botellín de cerveza. Ella se centró en el suyo y se preguntó por qué, teniéndola delante, el «Alison en estos momentos no sabe lo que quiere» de la monitora le preocupaba como mil veces menos.

—Siento que las cosas no salieran bien con Gail.

Alzó la mirada al escucharla, y le sonó a mero trámite, como si todo el mundo hubiera sabido de antemano que lo suyo con aquella profesional del *body combat* tenía la fecha de caducidad más corta de la historia de los alimentos perecederos. Y menos mal, porque cada minuto que pasaba a su lado tratando de seguirle el ritmo perdía días de vida, o semanas, dependiendo de la exigencia del momento. Estúpidas Riley y Elsa con sus gilipolleces de la estrella fugaz y estúpida Jessie Stevens, porque parecía haber perdido su propio criterio.

Recordó que Gail le había dicho algo así como «no follo con chicas interesadas en mi compañera de piso» y ante la posibilidad de que Alison estuviera al corriente de todo se puso un poco roja y carraspeó, a lo mejor tenía suerte y la iluminación del local no permitía que se apreciase debidamente el cambio de tonalidad de sus mejillas.

—Es mejor así, habría muerto de agotamiento intentando seguirle el ritmo y, además, para nada —lo admitió sin mirarla mientras jugueteaba con la etiqueta del botellín.

—¿Para nada?

—Digamos que tu amiga y yo no íbamos en la misma dirección. Yo nunca…

«Yo nunca…».

¿Qué? Tú nunca… ¿qué?

«Yo nunca he ido detrás de una chica solo por sexo».

«Yo nunca he fingido ser diferente para gustarle a alguien».

«Yo nunca he sido tan gilipollas antes».

—… has follado en los baños de un bar.

Alison completó la frase al captar su vacilación y consiguió arrancarle otra de esas sonrisas sorprendentemente incontrolables. Esta, en particular, venía teñida de varios centilitros de vergüenza.

—Jodida Riley…

Lo masculló mientras enterraba la cara en el brazo que mantenía apoyado

sobre la barra. La escuchó reír y le gustó, pero la vergüenza no disminuyó ni un poquito y tardó un par de segundos más en atreverse a enfrentarse a su mirada de nuevo.

—Lo siento. No sabía que ibas a ponerte tan roja.

Lo dijo con gesto entretenido y un pelín de mala leche, que incrementó el calor en sus mejillas a la vez que conseguía que su sonrisa se hiciera un poco más grande.

—No es justo que manejes información de índole tan íntima —protestó y se llevó el botellín a los labios, porque a lo mejor el alcohol le ayudaba a sobrellevar mejor el momento.

—Vale, tienes razón. No es justo —la rubia cedió ante su argumento y la vio tomar aire antes de volver a hablar—. Yo sí he follado en los baños de un bar.

Alison lo dijo, se puso un poco roja mientras lo verbalizaba y después bebió de su cerveza. Y ella se quedó mirándola como una imbécil, porque, joder, esa clase de frase debería ir precedida de alguna advertencia del tipo: «Despejen las vías respiratorias. Peligro de atragantamiento» o algo de ese estilo. Es que de repente y de forma involuntaria, su mente se vio asaltada por una fugaz imagen de aquella chica follando en los baños de un bar y se le olvidó qué era lo que le estaba dando tanta vergüenza hacía unos segundos. Le aumentó la temperatura corporal dos o tres grados de golpe y le entraron unas ganas tremendas de preguntarle: «¿Con quién? ¿Con Morgan?», porque eso de que no tenían nada serio estaba muy bien, pero era muy poco concreto.

—Ahora estamos en paz —concluyó la rubia evitando su mirada.

La observó en silencio por unos segundos, con un convencido «mierda, necesito conocerlo todo de ti» aflorando a la superficie, antes de recordarse a sí misma que eso de dejarse llevar por lo jodidamente sencillo que le resultaba todo con aquella chica no era muy buena idea a pesar de todo. Alguien que ya tuviera una nebulosa Ojo de Gato, por definición, no podía ser la suya. A lo mejor Jess_92 le había robado mucho más que un par de fotos de Instagram, es que le había jodido la oportunidad de poder conocer a Alison Carter de otra manera y la posibilidad de que Alison Carter la mirase a ella sin ver el fantasma de nadie más escondido entre sus facciones.

Su instinto de supervivencia activado al máximo le dijo: «Una cena, Jess, solo una cena y no vuelves a verla nunca más». Y sonaba bien, cauto e inteligente, racional, pero aquella sensación de estar dejando escapar algo potencialmente alucinante se puso a juguetear con sus terminaciones nerviosas y lo desestabilizó todo de golpe. Porque la rubia alzó la vista y, al encontrarse con su mirada, un sincero «puede que esto no llegue en las mejores circunstancias, pero necesito conocerte» la acarició por dentro a lo bestia, casi arañando y sin avisar.

Una cena y punto, Jessie, joder.
Juega simple, porque esta vez sí que es importante.

OceanofPDF.com

14

Por primera vez

Jessie estaba comiendo pan y arroz, mucho pan y arroz, y ella básicamente hacía lo mismo, porque la comida india no le entusiasmaba demasiado. La tenía justo enfrente, al otro lado de la mesa que Zack había reservado en el Kastoori y, a pesar de que lo intentaba, no controlaba del todo bien el arte de no mirarla cada dos por tres por encima de sus cuencos de pollo *tandoori* prácticamente intactos. Demasiadas especias y picaba. Sonrió por dentro al recordar la cara que había puesto Jessie al llevarse un pedazo a la boca hacía un rato. La forma en que la psicóloga la había presentado a Elsa tras su «¿Alison, Alison?» hacía su sonrisa interna un poco más grande, porque siempre se había imaginado que al hablar con la gente se referiría a ella como «la amiga de Gail», pero en la mente de Jessie, al parecer, Alison Carter tenía entidad propia y unas habilidades extraordinarias para el *body combat*.

Se percató de la forma en que Elsa iniciaba un distraído jugueteo con el reloj de Zack mientras el chico hablaba de las razones que le llevaron a mudarse a Seattle a los veinticinco y buscó la mirada de Jessie con gesto divertido. La psicóloga también se había dado cuenta del inicio de aquella maniobra, conectó con su azul, alzó una ceja en plan «te lo dije» y ambas sonrieron, porque era evidente. Muy evidente.

—¿Por qué elegiste Seattle para venir a estudiar?

Zack se lo preguntó a Elsa y ella decidió atender a aquella conversación un rato al menos, por variar un poco, porque su atención llevaba centrada en las facciones de Jessie toda la noche y seguro que tanta fijación comenzaba a parecer sospechosa a todos los allí presentes.

—Bueno… mis tíos vivían aquí y desde siempre había querido poder salir de casa y ver otras cosas. Así que cuando terminé el instituto se lo propuse a mis padres y me dijeron que estaban de acuerdo, se lo dije a mi hermano y me dijo que me apoyaría en todo lo que quisiera hacer, y se lo dije a Jessie y me salió con eso de que no volvería a hablarme en la vida si me marchaba —la castaña introdujo a su amiga en la conversación dedicándole una mirada divertida y la aludida adoptó un gesto de resignación que quería decir algo así como «¿todavía no lo has olvidado?».

—Tenía diecisiete años y mi mejor amiga se iba para siempre —dijo la psicóloga—. Me duró dos días y al tercero te pedí una sudadera de la Universidad de Seattle por internet.

—Todavía la tengo —admitió la profesora.

—Las historias hay que contarlas enteras, Dixon— dijo Jessie.

Elsa menospreció las palabras de su amiga dedicándole un gesto burlón y la psicóloga sonrió dándola por imposible. A ella se le despertó la curiosidad toda de golpe y llamó la atención de la morena con otra pregunta, le interesaba y hacía juego con la conversación que estaban manteniendo.

—¿Por qué viniste tú a Seattle?

Se arrepintió casi antes de terminar de decirlo, porque a Jessie le cambió la cara y Elsa la miró a ella con un «tema de conversación equivocado» bastante evidente en el fondo y en la forma de su gesto. Quiso decir «joder, perdón», aunque no entendiera muy bien por qué tenía que disculparse, pero la morena se recompuso enseguida y parecía dispuesta a contestar.

—Después de terminar la carrera, Elsa se quedó de becaria en la universidad y yo venía a verla de vez en cuando. Conocí a una chica aquí, empezamos a salir, a distancia el primer año porque yo seguía en Denver, nos iba bien, así que decidí buscar algo en Seattle y cuando encontré trabajo me mudé.

Jessie lo explicó por encima, seguramente porque aquella chica que conoció y con la que empezó a salir se llamaba Taylor y al final folló con otra y por eso la psicóloga no quería entrar en detalles, pero era demasiado educada como para decirle «llénate la boca de pan, Carter, que estás más guapa».

—Para no querer verme nunca más al final te pasabas la vida en mi piso.

Elsa medio bromeó, para compensar aquel bache en la conversación, y a ella le alivió bastante descubrir cómo aquella sonrisa regresaba a su boca. Joder, es que era increíble la manera en que tomaba forma en los labios de su dueña. Podría pasarse la vida entera observándola emerger una y otra vez.

—Te echaba de menos y haces los mejores gofres con sirope de chocolate del mundo —Jessie se justificó con aquellas razones tan irrefutables antes de volver a mirarla a ella—. ¿También te mudaste o eres de aquí?

Le asaltó de nuevo aquella sensación de tener que repetirse con alguien que ya debería saberlo todo, pero esta vez venía equipada con nuevos matices que la adornaban y de paso la hacían un poco menos amarga. Y es que, si era aquella Jessie la que preguntaba, a ella no le importaría repetirse un millón de veces más.

—Ambas —lo dijo en plan misterioso y le gustó su sonrisa desorientada—. Soy de Kirkland, casi toda mi familia vive allí, está dentro del mismo estado y a veinte minutos en coche, así que no sé si cuenta como mudarse.

—Sigues traficando con la comida casera de tu madre —aportó Zack—. Eso es mudarse a medias.

—¿En serio? Pensaba que desde que viste *Ratatouille* te encantaba cocinar.

Jessie lo dijo como si nada, pero ella la miró sorprendida, porque la revelación acerca de los orígenes de su amor por la cocina se la había hecho en forma de comentario rápido y superficial en una de sus visitas a los vestuarios del Zum Fitness y ni siquiera pensó que la psicóloga la estuviera escuchando de verdad.

—Y me encanta cocinar, pero aún no he conseguido hacerle la competencia a su lasaña de espinacas.

—Algún día —la animó Jessie antes de meterse otro trozo de pan en la boca.

—Algún día.

Lo repitió sosteniéndole la mirada y también comió un pedazo de pan. La psicóloga sonrió de lado, casi imperceptiblemente, y el corazón se le saltó un latido y le susurró al oído: «Es imposible que no lo sienta ella también», y una voz parecida a la de Gail intervino para recordarle «le gustas tú», así que se perdió en el verde de su mirada por un momento. Cinco segundos, hasta que se oyó a sí misma apremiándose con un imperativo: «Corre, antes de que lo compliques todo aún más». Rompió el contacto visual y se llevó un poco más de arroz a la boca, cuando volvió a mirarla Jessie sonreía por algo que acababa de decir Zack.

«Corre antes de que lo compliques todo aún más».

Y debería correr, pero es que no tenía ganas de ir a ningún otro sitio y casi era hora del postre.

***

La hora del postre y Alison y ella habían pedido lo mismo: samosa de chocolate. En realidad, llevaban imitándose la una a la otra durante toda la cena, bordeando con cautela el perímetro de la cocina india, un par de inexpertas bastante prudentes, así que se habían mantenido en las afueras: pan, arroz y una samosa de chocolate. Adentrarse más en el mundo del curri y las especias asiáticas era arriesgado y ellas unas cobardes. Tenía hambre y aquel postre una pinta bestial, pero Alison lo probó primero y su cara de «joder, esto está increíblemente bueno» la hizo sonreír y la impulsó a hacer una estupidez. Una de las grandes, porque la samosa era demasiado pequeña y a la rubia le brillaban los ojos mientras se la comía. En plan gilipollas: probó un pedazo diminuto y tuvo que obligar a su nariz a arrugarse un poco, porque es que sabía de puta madre, y dijo «te jodes» para sus adentros cuando su estómago protestó en plan «¿de qué vas, imbécil?».

—¿No te gusta? —Alison se sorprendió tras captar su expresivo gesto y

ella negó con la cabeza.

—Demasiado dulce —explicó y su interior al completo le gritó «¡Nunca es demasiado!» bastante cabreado, pero lo ignoró descaradamente—. ¿Lo quieres?

—Joder, sí. Es mi día de suerte —lo dijo sin necesidad de pensarlo mientras aceptaba su plato y traspasó la samosa al suyo sonriendo como si aquella fuera una de las mejores cosas que le habían pasado en toda la semana—. ¿Estás segura de que no lo quieres tú? Casi no hemos comido nada.

—Estoy segura, comeré algo en casa.

—¿Comida mexicana?

—O leche con muchas galletas. ¿Sabes hacer galletas?

Alison asintió con la cabeza, porque acababa de meterse otro pedacito de samosa en la boca, y le pidió tiempo con un gesto de la mano, el justo para poder tragarlo y expresarse verbalmente de nuevo. Ella se limitó a sonreír, la rubia se había manchado de chocolate la comisura del labio, muy poco, casi imperceptible, pero lo miró como una idiota hasta que se limpió con la servilleta antes de hablar.

—Mi especialidad son las de nata y almendras.

—Mi especialidad es comérmelas —admitió y sonrió al verla reír.

—Una especialidad mucho más sacrificada.

—Y de mucha más responsabilidad. ¿A ti te gusta más hacerlas o comértelas?

Se lo preguntó mientras observaba cómo la rubia degustaba la segunda samosa de la noche. Una curiosidad, una imbecilidad de pregunta sin más trascendencia que la mera anécdota, pero es que quería saberlo también. Hasta lo más insignificante le parecía interesante, sin filtros, almacenaría toda aquella información por si le servía luego. Después recordó que con Alison su «luego» más longevo serían unos quince minutos. Veinte a lo sumo.

Una cena y punto final. No lo olvides, que es importante.

—Depende del tipo de galleta en concreto.

—En concreto, las de nata y almendras.

—Esas me gusta más comérmelas. Son mis preferidas —dijo y volvió a ocupar su boca con el postre, sin darle tregua a la samosa.

Información extremadamente importante, de la del código rojo, así que la colocó en el rincón de «Preferencias», justo al lado de los zumos de melón, mango y kiwi y a la derecha de *Qué bello es vivir*. Se empeñaba en acumularla, aunque a largo plazo no tuviera ningún sentido.

Decidieron pagar la cena a partes iguales, aunque Elsa y Zack insistieron con bastante energía en asumir ellos el coste, ya que les habían hecho el favor. Observó cómo Alison rebuscaba en su cartera y se le tensó algo por dentro, porque en diez minutos saldrían del restaurante, Dixon_89 y

Hubble88 se largarían Dios sabe dónde cogidos de la mano y hacía media hora su amiga le había advertido a través de un disimulado susurro que nada de intentar alargar la velada en grupo con «vamos a tomar algo a algún sitio». Diez minutos y tendría que despedirse de ella con un simple «Me alegro de haberte visto, cuídate».

Necesitaba algo de tiempo, solo un poco más, para poder preguntarle qué pasaba con las de jengibre en concreto o de dónde le venía su afición por el cine clásico.

«Necesito conocerte».

Al parecer ni siquiera se merecía un extra por buen comportamiento o por compasión, porque ocho minutos después los cuatro abandonaban el restaurante, ciento veinte segundos menos de los que había calculado en un principio. Menuda racanería y el corazón le latía fuerte contra la caja torácica mientras Zack y Elsa se despedían de ambas tras agradecerles las molestias. Un par de besos por aquí y un par de besos por allá, un «encantado de conocerte, Jessie» y otro «encantada de conocerte, Alison» a juego, y ella se repitió una vez más lo de «una cena y punto final» por pura supervivencia.

Sustituyó el agobiante «necesito conocerte» por un racional «necesitas algo más fácil» y despidió a Elsa y a Zack con un gesto de la mano cuando ambos echaron a caminar calle arriba. Se volvió hacia la rubia, respirando hondo antes de conectar sus miradas, y escondió las manos en los bolsillos traseros de sus pantalones, porque a veces no sabía qué hacer con ellas.

—Bueno…

Lo dijo a sabiendas de que iba a dejarlo en el aire y Alison sonrió.

—Bueno…

La chica la imitó mientras metía las manos en los bolsillos de la fina chaqueta de tela negra que se había colocado justo al salir. Se la había puesto a su lado y olía a ella. No sabía qué más decir y, seguramente, la estaba mirando como una idiota, las pulsaciones se le elevaron significativamente cuando Alison decidió añadir algo más que sonaba a despedida.

—Me alegro de que la amiga de Dixon_89 hayas sido tú, habría sido mucho más aburrido con una desconocida.

No, joder, no te despidas. «Necesito conocerte».

—Lo mismo digo —le correspondió y tragó saliva antes de añadir algo más—. Me ha gustado volver a verte.

La rubia la observó en silencio por un par de segundos y ella le sostuvo la mirada como una campeona, y tenía el doble de mérito, porque el corazón estaba haciéndole polvo las costillas.

—A mí también me ha gustado volver a verte.

Sonó bastante sincero y ella sonrió, después recordó que tal vez Alison se

había pasado la velada entera con Jess_92 y se le descolocó algo por dentro.

Una cena y punto final, Jess. Necesitas algo más fácil.

«Necesito conocerte».

Y el corazón seguía bombeándole a toda velocidad. En menos de un minuto Alison iba a alejarse de ella y era lo mejor que le podía pasar, pero en aquellos momentos no se lo parecía tanto.

—Buenas noches, Jessie.

La rubia lo dijo dedicándole media sonrisa, la última, y se dio la vuelta antes incluso de que ella le contestara.

—Buenas noches, Alison.

Se despidió mientras la chica iniciaba el camino de vuelta a casa y el corazón se le volvió loco dentro, bombeaba sangre al por mayor y «necesitas conocerla» y no sabía qué hacer con tanta adrenalina paseándose por su sistema circulatorio, con aquella abrumadora sensación de estar dejando escapar algo potencialmente alucinante. Se alejaba más y más, caminando calle arriba.

«¿Qué es lo tuyo?».

«A lo mejor deberíamos…».

Dio un paso al frente, como si quisiera ir tras ella, pero se acordó de que Jess_92 la había hecho polvo y se paró de golpe. Giró ciento ochenta grados sobre sí misma, masculló un «joder» y echó a andar en dirección contraria con su interior al completo en tensión.

Vete a casa, Jess.

Vete a casa, Jess.

«¿Qué es lo tuyo?».

«A lo mejor deberíamos…».

«Necesito conocerte».

Vete a casa, Je…

—¡Voy a comprarme un perrito caliente! —se giró de golpe, tras haberse alejado dos o tres pasos, y alzando la voz.

Y ahí el corazón se le volvió loco, pero de verdad, porque no había pensado que terminaría la noche gritando gilipolleces en mitad de la calle y Alison se volvió al escucharla. «Voy a comprarme un perrito caliente». ¿Qué esperaba que le dijera?

¿Felicidades?

Joder, Jessie. Es que necesitas a Riley de verdad, y contratada a tiempo completo.

—¿Perdona? —la rubia también alzó la voz y ladeó un poco la cabeza al preguntarlo, como un jodido cachorro de los adorables.

Sintió la taquicardia *in crescendo* cuando decidió recortar la distancia que las separaba caminando hacia ella.

—Voy a comprarme un perrito caliente. ¿Tienes hambre? —preguntó un par de pasos más cerca.

Se le revolvió todo el cuerpo al verla colaborando en eso de acabar con la distancia entre ambas, de repente también caminaba hacia el punto de partida. Y, mientras esperaba que respondiera su pregunta, se reprochó a sí misma haberle cedido su samosa, porque sin ella la rubia tendría el doble de hambre en ese momento.

Tirando piedras contra tu propio tejado. Qué bien te lo montas, Stevens.

—Son casi las once y media —la chica la informó nada más llegar a su lado.

—Conozco un puesto cerca del Olympic que los vende durante toda la noche los fines de semana —dijo señalando en la dirección adecuada con la mano.

Alison miró hacia la calle en cuestión por un par de segundos y ella casi aguantó la respiración en espera de que dijera algo. Preferiblemente un sí. La decepción más absoluta comenzó a pesarle dentro, porque se lo pensaba demasiado, y encima desvió la vista al camino que hasta hacía un minuto la estaba llevando directa a su casa.

La has puesto en un compromiso, maldita gilipollas, dale una salida.

—Olvídalo. Pan, arroz y dos samosas, suficiente hasta el desayuno —dijo forzando una sonrisa.

—Un par de migas de pan, un cuenco de arroz diminuto y dos samosas microscópicas.

Joder, ¿eso era un sí? A lo mejor el gritar como una lunática en mitad de la calle al final iba a merecerle la pena.

—¿Te gustan los perritos calientes? —trató de asegurarse antes de dar nada por sentado.

—Me encantan los perritos calientes.

De puta madre. Las pulsaciones le descendieron todas de golpe, justo antes de acelerarse de nuevo, pero por motivos muy distintos. Dijo «Genial» y la sonrisa le salió sola, sin necesidad de forzar nada.

***

La miró con el corazón latiéndole al ritmo perfecto mientras la psicóloga aceptaba los dos perritos calientes que acababa de pagar de manos de aquel hombre de mediana edad y sonrisa amable. Se estaba bien en la calle, temperatura agradable y noche despejada. Durante la cena en el Kastoori, el cielo se había pintado de un color azul oscuro, aparecía salpicado de miles de puntos blancos y a ella le encantaba contar estrellas, dejando atrás tanta contaminación lumínica seguro que se verían muchas más.

Sin el «Voy a comprarme un perrito caliente» de Jessie, ella ya habría

llegado a su casa, estaría preparándose para irse a la cama, con Gail y otro de sus amantes ocasionales de música de fondo. Aquello era mejor, joder, mucho mejor, porque le había dado las buenas noches con muy pocas ganas y con el corazón en la garganta, con un «no debería» seguido de «pero me muero por volver a verte» castigando su conciencia a lo bestia. Y es que había iniciado aquella retirada reticente y con la esperanza de que algo externo la detuviera, para no tener que cargar ella misma con la responsabilidad de alargar voluntariamente algo tan potencialmente complejo.

Ese algo externo había sido Jessie, mucho más valiente que ella o mil veces más temeraria. «Le gustas tú». Envidiaba la claridad del enunciado y a lo mejor por eso a la psicóloga le valía la pena arriesgarse.

Era la primera noche en tres semanas en la que conseguía desconectar de su drama con Jess_92 y su jodido Barry Walker, todo un desafío teniéndola delante, pero a veces Jessie era tan diferente a ella que le sorprendía que pudiera gustarle tanto. Seguía los consejos de Zack y de Monica y miraba a la nebulosa Ojo de Gato desde lejos, desde la distancia idónea para que no se pixelara el conjunto.

—¿Cuál quieres? —la psicóloga le dio a elegir mostrándole los dos perritos.

Los observó por un momento, alternando la vista entre ambos y al final la miró a ella con media sonrisa.

—Son los dos iguales.

—Nunca son iguales, Carter. Este tiene un poco más de mostaza y este un poco más de kétchup, las salchichas no son exactamente iguales, esta de aquí es un poco más grande y…

—Pues este —la interrumpió decidiéndose por el que analizaba en ese momento y se lo quitó de las manos—. El tamaño sí que importa.

Le dio un mordisco y la vio sonreír de aquella manera tan jodidamente simple, como si le saliera solo o como si ella se lo hubiera provocado y no tuviera más salidas. Le daba la impresión de que, aun teniéndolas, Jessie no las querría y se le derramó algo caliente por dentro cuando la psicóloga le dio un bocado a su cena, porque le encantó la cara que puso, mímica perfecta para «por fin, comida de verdad».

Pasada la medianoche y a las puertas del parque Olympic comiendo perritos calientes, una de esas cosas que ni se había planteado que pasaría al salir de casa hacía casi cinco horas. Completamente improvisado, contrastaba de forma bastante evidente con los miles de planes que se había pasado meses confeccionando *online* con aquel mismo físico en su imaginación. Su «Voy a comprarme un perrito caliente» le había sonado a «no quiero que te vayas todavía» y ella quería tiempo para poder preguntarle cuáles eran sus galletas favoritas, así que las dos salían ganando.

Se rio al oírla protestar con un suave gruñido, en mitad de pleno mordisco, cuando una mezcla extraña de kétchup y mostaza abandonó su perrito deslizándose por su mano y utilizó una de las servilletas que acompañaban al suyo para acudir en su rescate. Dos segundos, lo justo para impedir que se manchara la manga de la chaqueta que vestía, y casi sintió cosquillas en los dedos al sentir el calor de su piel a través del material de la servilleta.

—Gracias, saben deliciosos, pero tienen muy mala leche.

—Has pagado tú, así que es lo mínimo que puedo hacer. Mantenerte limpia.

—Pues suerte con eso. «Noche de perritos, noche de lavadora» —recitó distraídamente y ella sonrió mientras Jessie desviaba la mirada hacia la entrada del parque—. ¿Quieres ir dentro? Podemos sentarnos en la hierba.

Lo propuso tras unos segundos de vacilación, como si no estuviera segura de que fuera a decir que sí, pero quisiera intentarlo de todos modos. La psicóloga se arriesgaba por segunda vez en lo que iba de noche y ella no quería volver a casa aún, de modo que echó a caminar hacia el Olympic perrito en mano y con una sensación jodidamente agradable en la boca del estómago.

Bendito fuera Zack y su timidez patológica.

—¿Te ha gustado mi chica para tu chico? —Jessie lo preguntó mientras caminaba a su lado.

—Me ha dado una muy buena primera impresión. Parece que os lleváis muy bien.

—Elsa es la hermana que nunca tuve —dijo en tono dramático y ella la miró divertida.

—Que no te oiga Riley.

—Riley y Zoey son las hermanas que sí que tuve —aclaró antes de darle un nuevo mordisco al perrito.

—No sabía que tuvieras otra hermana. ¿También vive aquí?

—No, Zoey está casada con un respetable vendedor de seguros y tienen una unifamiliar a las afueras de Denver.

La siguió accediendo a un desnivel cubierto de césped, una ligera cuesta arriba verde oscuro y brillante por el efecto de la luna, en aquel parque había pocas farolas y su luz era casi inexistente. Se veía bonito de noche.

—Riley es la única que se empeñó en seguirme hasta aquí.

Jessie lo dijo sentándose sobre el césped y con voz de fastidio, pero esbozando media sonrisa que indicaba que el empeño de su hermana no le molestaba en realidad.

—A mí me parece que os lleváis muy bien —dijo acomodándose a su lado.

Miró al frente y se encontró con la vista del estrecho de Puget al otro lado del parque. Medianoche, perritos calientes y un parque desierto, su plan

perfecto y ni siquiera lo sabía hasta ese mismo momento.

—Es una imbécil adorable —concedió la morena tras degustar otro pedazo.

—Yo tengo un hermano mayor, Josh. Se marchó a estudiar a Nueva York y vive allí —dijo y sintió la mirada de Jessie acariciándole el perfil.

—¿No pudo irse más lejos? —inquirió y ella sonrió.

—Lo intentó, pero lo rechazaron en Oxford.

—Jodido acento —suspiró la morena con una imitación pésima del acento inglés que la hizo reír.

La vio sonreír con la mirada perdida al frente y la imitó, le dio otro mordisco al perrito, casi el último, y ambas guardaron unos segundos de cómodo silencio paseando la vista por el paisaje frente a ellas. Mierda, es que se estaba bien allí, increíblemente bien con aquel físico justo al lado del suyo y dejándose llevar por lo que escondía dentro. Y es que, si Gail tenía razón y la miraba a través de un cristal, el color le encantaba y el resultado le encogía un poco el interior al completo cada vez que interaccionaban.

—Es bonito.

La escuchó a su lado, supo que se refería al paisaje y asintió antes de hablar.

—Luna llena y despejado, nos falta la música de fondo y el telescopio.

Su *modus operandi*. Telescopios y Spotify, a veces Monica, Zack y ella se ponían de acuerdo en la música que les apetecía escuchar, pero siempre se llevaba el iPod en la mochila por si acaso. Una chica precavida y amante del *pop-rock*. Se fijó en que Jessie recuperaba el móvil del bolsillo de su chaqueta y comenzaba a manipularlo colocándolo fuera de su vista. Misterioso.

Diez segundos después comenzó a sonar el tema *Tubular Bells* de Mike Oldfield, más conocido como «la banda sonora de *El exorcista*» y ella ni se lo pensó antes de pegarle juguetonamente en el brazo como represalia por su elección. Cuando la escuchó reír se le descolocó algo por dentro, por su sonido o por la situación en su conjunto, porque se habían terminado los perritos y ya no tenía hambre, pero quería más.

—¿Qué música te gusta?

Jessie lo preguntó apagando la reproducción en curso y dispuesta a buscar lo que ella eligiera. Sintió de nuevo aquel inoportuno e irracional «ya deberías saberlo» enfriándole el cuerpo sin previo aviso, aunque esta vez lo cortó de raíz con un «no lo sabe, pero te lo está preguntando», y la mirada de la psicóloga centrada en ella le ayudó a recuperar la temperatura corporal en tiempo récord.

—Soy fan incondicional de Lady Gaga.

Tuvo que sonreír al escucharla canturrear eso de «P p p poker face, p p p poker face», distraídamente y muy bajito, a la vez que buscaba una lista en Spotify. Se quedó mirándola como una idiota, porque le estaba gustando

demasiado la simplicidad de ese momento y la forma en que sus labios se movían mientras el verde de sus ojos buscaba algo que le pudiera servir dentro de aquella aplicación. Al final lo encontró y ella echó de menos los matices que dibujaba la concentración en aquellas facciones.

Applause.

El tema comenzó a sonar y Jessie ajustó el volumen del móvil y lo depositó sobre la hierba, en el hueco que quedaba entre ellas. Madrugada, perritos calientes, un parque desierto en mitad de una de las noches más claras del año y Lady Gaga enmarcando el conjunto. Era un jodido plan perfecto de verdad, que tomaba forma paso a paso y a golpe de improvisación, entre preguntas teñidas de curiosidad y sonrisas de las involuntarias.

—Puedo conseguirte música de fondo, pero lo del telescopio está más complicado —dijo Jessie al tiempo que apoyaba las manos a su espalda, descansando el peso de la mitad superior de su cuerpo sobre los brazos.

—Lady Gaga es más que suficiente —la tranquilizó imitando su postura.

Mientras su cantante favorita continuaba pidiendo aplausos, perdió la mirada en el espectáculo frente a ella y respiró hondo, empapándose del momento y disfrutando de aquel merecido descanso de su Barry Walker, con el interior haciéndole cosquillas, muchas cosquillas, porque Jessie estaba así de cerca. Llevaba meses esperándolas, por fin habían llegado y no tenía ganas de ponerse a cuestionar sus orígenes.

—¿Entonces a ti también te gusta la astronomía?

Desvió la vista hacia su voz y se encontró con aquel verde centrado en ella, profundo e interesado, condensado en aquella mirada que era de las de «no tengo prisa». Añadía intensidad al conjunto y la invitaba a quedarse allí un poco más. Le había dicho a Gail que no volvería tarde, pero seguro que su compañera de piso estaba ocupada con el tío de los bíceps de acero y ni siquiera se habría dado cuenta de que aún no estaba en su cama.

—Me encanta, suelo ir con Zack y con otra compañera del museo al Discovery, nos llevamos los telescopios y podemos pasarnos horas enteras simplemente buscando cosas ahí arriba.

De alguna forma sabía que Jessie no iba a burlarse de ella llamándola friki.

—¿Cosas como nebulosas? Elsa nos enseñó la Ojo de Gato y es alucinante.

—Es la favorita de Zack.

—¿Y cuál es la tuya?

Le sostuvo la mirada por un momento y se sintió diferente por dentro, y es que aquella era una de las pocas cosas que no debería saber. Una primicia y terreno inexplorado, porque Jess_92 nunca le preguntó por sus gustos en nebulosas y Jessie la estaba mirando como si aquello fuera lo que más le interesaba conocer en la vida. Su jodida nebulosa favorita.

—¿Sabes cuál es el lugar más frío del universo? —le devolvió otra pregunta y Jessie se lo pensó por un momento antes de contestar.

—El cuarto de baño de casa de mis abuelos de madrugada. En Norfolk, Nebraska.

La psicóloga se arriesgó con aquella respuesta, la hizo reír y sonrió en consecuencia. De repente su interior era una mezcla de caramelo caliente e impulsos eléctricos. Una sensación jodidamente agradable y mil veces más alucinante que cualquier nebulosa. Su sonrisa al verla reír.

—Vale, en tal caso… ¿sabes cuál es el segundo lugar más frío del universo?

—Mmm… —Jessie fingió concentrarse desviando la vista al firmamento y podría jurar que la cara que estaba poniendo era una de las cosas más adorables que había visto jamás. Más caramelo y el doble de impulsos eléctricos, por favor—. No, esa no me la sé.

Se rindió, sacudiendo suavemente la cabeza, y la miró de nuevo, curiosa y salpicada de brillos divertidos, sugerían que la psicóloga se lo estaba pasando igual de bien que ella aquella noche.

—Es la nebulosa Boomerang.

—Tu favorita —dijo la morena y ella se limitó a asentir.

—Está en la constelación de Centaurus, a cinco mil años luz de la Tierra.

—¿Y cuánto frío hace allí?

—Unos doscientos setenta grados bajo cero.

—Guau… —Alzó las cejas realmente impresionada y ella sonrió al verla —. Casi empate con el baño de casa de mis abuelos de madrugada. En Norfolk, Nebraska.

Se rio otra vez, porque aquella faceta tonta suya le estaba encantando y era exageradamente fácil estar allí, hablando de nebulosas y de baños congelados con Lady Gaga de música de fondo.

—¿Tienes alguna foto?

Jessie lo preguntó sentándose con las piernas cruzadas al estilo indio, así que ella la imitó y cogió el móvil del bolsillo de la chaqueta, porque tenía la imagen de la nebulosa Boomerang de fondo de pantalla. Un objeto celeste extraordinario, compuesto de tonalidades azules francamente espectaculares, cada vez que lo veía se enamoraba un poco más.

Le tendió el teléfono y Jessie lo sostuvo en la mano para poder admirar la fotografía con el ángulo adecuado. Lo hizo durante varios segundos antes de desviar la vista a ella.

—Da frío mirarla —dijo antes de admirar la pantalla de nuevo—. Es increíble.

Y lo era. Joder, sí que lo era.

***

Cuando iniciaron el camino de regreso a casa eran casi las cuatro de la mañana y ninguna de las dos tenía sueño. Se habían pasado horas sentadas en aquel parque hablando de todo y de nada, de música, de psicología y de nebulosas. Alison le había explicado por qué le encantaba trabajar en el museo y ella le había confesado que sus galletas favoritas eran las de nata y avellana con trocitos de chocolate, que a veces le quemaba el hospital y que cuando salía a correr antes de que llegara Riley escuchaba a Coldplay en bucle una y otra vez. Habían agotado la discografía de Lady Gaga y a Alison le había costado una vida entera enseñarle a distinguir la Osa Mayor de la Menor, porque a ella todas las estrellas le parecían iguales.

No quería que se acabara, pero casi estaban llegando a casa de la rubia y no se le ocurría qué más excusas ponerle para alargar la noche. Caminaba a su lado, se había empeñado en acompañarla hasta el portal y solo había tenido que insistir una vez.

—Mi favorita es *Con faldas y a lo loco*, no me cansaría nunca de verla —dijo Alison a su lado.

Le había contado que el cine clásico empezó a llamarle la atención en su adolescencia tardía, creía que porque sus padres eran aficionados y había crecido rodeada de películas en blanco y negro. Su primera experiencia completa fue con *Arsénico por compasión* y tenía una colección de más de doscientos títulos en la estantería de su habitación.

—Ayer vi mi primera película en blanco y negro —aprovechó un silencio en la conversación para confesarse y sintió la mirada de Alison clavándosele en el perfil.

—¿En serio?

—*La extraña pareja*—especificó justo cuando llegaban frente a su portal. La rubia se giró, quedaron frente a frente y ella se sintió un poco tonta sin saber muy bien por qué—. La estaban echando en la tele.

—Esa me encanta, me la perdí. ¿En qué canal la pusieron?

En fin…

—En el de cine clásico.

Seguro que se puso un poco roja al ver a Alison sonreír así. La rubia se cruzó de brazos y se los frotó con las manos porque, aunque estaban en verano, de madrugada refrescaba y a esas horas hacía un poco de frío. Se miraron en silencio un par de segundos y el corazón volvió a latirle igual de acelerado que cuando salieron del Kastoori. A lo mejor porque necesitaba algo que le asegurara el volver a verla y no sabía cómo pedirlo sin sentir que presionaba demasiado. Ya había cortado su retirada una vez y la había retenido casi cinco horas en un parque desierto.

Suaviza, Stevens. Dirá algo si ella también quiere volver a verte.

—Gracias por el perrito.

El simple inicio de un adiós.

—De nada. Gracias a ti por acompañarme.

Por favor, no te despidas sin más. Necesito tu número de teléfono.

—De nada. Me lo he pasado muy bien.

Alison lo dijo acariciándola con su azul, pero justo después esquivó su mirada y dirigió la suya hacia atrás, hacia su portal.

Mala señal, Stevens.

—Yo también —admitió escondiendo las manos en los bolsillos de su cazadora—. Cuando Elsa dijo que necesitaba a alguien que la acompañase no me lo imaginé así. Ha sido mejor.

—Ha sido mejor —confirmó la rubia y ella sonrió con la respiración atascada en la garganta.

Por un momento se miraron en silencio y el corazón se le iba a salir del pecho, joder. Pensó «a la mierda» y casi había abierto la boca para pedirle su número cuando Alison volvió a hablar.

—Es tarde —dijo y miró de nuevo hacia el portal.

—Sí, es tarde —contestó de forma automática y dio un paso atrás sintiéndose un poco idiota.

No quiere dártelo, así que déjala ir, maldita acosadora.

—Buenas noches, Jessie.

Alison lo dijo mientras examinaba su mochila en busca de las llaves, así que allí ya estaba todo vendido y le costó un poco tragar.

—Buenas noches —se despidió y la rubia le dedicó una última sonrisa antes de darle la espalda y abrir la puerta—. Duerme bien.

Lo añadió antes de que entrara en el portal y aguantándose dentro las ganas de preguntarle «¿Puedo verte otra vez?», porque si no había sugerido nada, se sobrentendía que no y ya había insistido bastante por una noche. Miró el portal vacío unos segundos antes de darse media vuelta, arrastrando con ella la decepción del momento, había conseguido retrasarla un tiempo y ahora le pesaba el doble por dentro. Después de haberla hecho reír y tras pasarse toda la noche desgastándole las facciones cuando no miraba, la idea de no verla más le parecía el triple de amarga.

***

Caminó hasta llegar al ascensor, con el corazón castigándole las costillas, y las vapuleaba con muchas ganas, como reprendiéndola por haberse marchado así sin más. Latía así de fuerte por haber dejado a Jessie al otro lado de la puerta, mirándola de aquella forma y prácticamente con la palabra en la boca. Pero es que la morena había visto su primera película en blanco y negro el día anterior y la voz en *off* de Riley había comenzado a resonar por toda a calle, repitiendo eso de «Vería todas las películas de cine clásico sin aspirinas ni nada si se enamorase de ti. Mi hermana es así de

idiota». Después Jessie le había sonreído de aquella forma, la misma que durante seis meses había pertenecido a otra persona mientras le decía «Ha sido mejor», y a lo mejor había vuelto a verlo todo desde demasiado cerca y por eso se le había cerrado la boca del estómago. Un «no debería» seguido de «me muero por volver a verte» y un «corre antes de que lo compliques todo aún más», aunque no quería moverse del sitio. Como si tirasen de ella en dos direcciones opuestas sin que les importara lo más mínimo hacia dónde quería ir.

«Enamórate como una idiota de alguien que también se enamore como una idiota».

«Le gustas tú».

Se dio cuenta de que llevaba al menos un minuto frente a la puerta cerrada del ascensor, con las pulsaciones al máximo y sin apretar el botón ni nada. Es que había esperado que la detuviera otra vez, con un derivado de «voy a comprarme un perrito caliente», otro factor externo que la eximiera de responsabilidades si al final aquello se complicaba más. Las últimas horas seguían removiéndole de todo por dentro, sus preguntas, sus bromas y su forma de mirarla. La manera en la que sonreía al verla reír. Era todo Jessie, ¿no? Su faceta tonta, diferente a la de Jess_92, sus gestos, sus expresiones y aquella sonrisa inédita, esa no se la había imaginado nunca y le había pillado totalmente desprevenida.

«Jess_92 no ha sido la mejor forma de conocerla, pero ¿estás segura de que es un buen motivo para no querer conocerla más?».

Y no estaba segura de nada, así que de eso tampoco y el llegar a aquella conclusión la impulsó a regresar sobre sus pasos. Casi corrió hasta la puerta del portal con la esperanza de encontrársela aún allí, como si no tuviera nada mejor que hacer a las cuatro y media de la madrugada de un sábado. Salió a la calle y miró a un lado y a otro, porque no estaba muy segura de la dirección en la que se habría marchado, se la encontró completamente desierta y masculló un «mierda» antes de volver dentro.

Entró en el piso con aquel agradable cosquilleo paseándose por sus terminaciones nerviosas. «Noche de perritos, noche de lavadora» y el calor de su piel bajo el material de la servilleta, sus miradas por encima de la mesa y el hecho objetivo y empíricamente comprobable de que hacía mucho mucho tiempo que no se lo pasaba tan bien con alguien de carne y hueso. Tiró la mochila sobre el sofá y se desprendió de la chaqueta camino de su habitación, casi había llegado cuando la puerta de la de Gail se abrió de golpe y ella se llevó ambas manos al pecho, aunque el corazón se le iba a salir por la boca.

—Joder, Carter, ¿dónde coño te metes?

La monitora lo susurró mientras se acercaba a ella ataviada únicamente con una camiseta blanca que apenas le llegaba a las caderas y un culote

negro de los que le gustaba llevar los sábados al Trinity por si tenía suerte. Y siempre la tenía. A juzgar por los ronquidos que salían en aquellos precisos momentos de su habitación aquella noche no había sido una excepción. Dos segundos después se encontraba atrapada entre los brazos de su amiga, no quiso hacerle un feo, de modo que le devolvió el abrazo y, antes de darse cuenta, la morena la apartaba de ella propinándole un manotazo en el antebrazo.

—«Voy a volver pronto, así que gime bajito» —parafraseó lo último que ella le había dicho antes de salir de casa para encontrarse con Zack—. No vuelvas a asustarme así nunca.

Lo exigió y volvió a abrazarla como si hubiese pensado que no podría volver a hacerlo jamás. Un poco exagerado todo si le pedían su opinión.

—Lo siento, pensé que estarías ocupada con el señor musculitos y que ni te darías cuenta entre tanto orgasmo —admitió junto con un par de palmaditas en la espalda—. Y ahora que sabes que estoy bien, ¿dejas que me vaya a la cama?

La morena se separó de ella y la sujetó por los antebrazos.

—¿De dónde vienes a estas horas? Pensaba que solo ibas a cenar con Zack y su flechazo *online*, y el Kastoori cierra a las doce.

—¿Podemos hablar de esto mañana?

La morena levantó las manos en señal de rendición, así que aprovechó su recién estrenada libertad para entrar a su habitación y se desprendió de su camisa dispuesta a cambiarse al pijama.

—¿Te has entretenido con ellos o te ha gustado la amiga de la tal Dixon? —Gail lo preguntó apoyada de lado en el marco de la puerta.

Se colocó la camiseta del pijama que estaba utilizando, el que le había regalado Gail en su último cumpleaños, tenía estampada la caricatura de los planetas del sistema solar en la zona del pecho y era increíblemente agradable al tacto. Miró a su amiga, que seguía observándola desde el marco de la puerta, despeinada y con cara de sueño, pero haciendo el esfuerzo de su vida por mantenerse en vigilia un poco más con la esperanza de pescar un buen cotilleo. Y, joder, el que tenía era interesante de verdad, pero no sabría cómo encajar el que la monitora preguntase algo así como «¿Mi Jessie?» tras revelarle la identidad de su compañía aquella noche. Y claramente la psicóloga no era de nadie, pero Gail se había pasado las últimas semanas con el objetivo de hacerla suya en el sentido más sexual de la palabra, y sería raro desenterrar todo aquello tras su «Me ha gustado volver a verte» y aquella forma de mirarla frente a su portal.

—Era Jessie.

Lo reveló tras colocarse también los pantalones del pijama y Gail se internó en la habitación atraída por la sorpresa, se sentó a los pies de la cama y la miró alzando una ceja.

—¿Jessie como en «la mayor de las hermanas sexi-Stevens»? ¿Jessie como en «no volver a verla será mucho mejor»? ¿Esa Jessie?

Mucho interés, pero sin rastro de posesivos, gracias a Dios.

—Esa Jessie —admitió antes de encaminarse hacia el baño.

Escuchó a la monitora seguirla a toda prisa preguntándole «¿Has estado con ella hasta ahora?» en susurros y comenzó a preparar su cepillo de dientes mientras su amiga la observaba desde el marco de la puerta.

—Apenas hemos cenado nada en el Kastoori, Zack y Elsa han desaparecido nada más terminar y Jessie me ha invitado a un perrito caliente.

—Pues debía de ser enorme —bromeó la morena tras consultar su reloj y ella sonrió con el cepillo ya dentro de la boca.

—Hemos estado en el Olympic, hablando.

Lo pronunció con dificultad, pero estaba segura de que su amiga la había entendido. Eran ya muchos años con la confianza suficiente como para hablarse la una a la otra con la boca llena de pasta de dientes y sin necesidad de intérprete ni nada.

—¿Cuatro horas hablando? —inquirió Gail cruzándose de brazos mientras ella frotaba sus dientes arriba y abajo observando su rostro en el espejo.

—Casi cinco.

Lo puntualizó tras escupir en el lavabo.

—¿De qué?

—De cosas.

—¿De qué cosas?

—¿De qué cosas hablaba contigo?

—De ti.

Simple y conciso. No quiso, pero se le escapó una sonrisa de las de medio lado, un poco en plan «qué mona» y, al rememorar su forma de mirarla en el parque, subió la apuesta a un «buf, qué mona» doble y sin farol.

—Te gusta —la acusó la monitora, y ella borró aquel comprometedor gesto de sus facciones para adoptar uno serio y la miró a través del espejo con un expresivo «no digas gilipolleces» pintado en la cara—. Que se follen a Jess_92, te gusta cómo huele esta Jessie, te encantan sus estúpidos zumos a la salida del gimnasio y que te invite a putos perritos calientes gigantes.

—Me hago pis.

Evitó el tema tras enjuagarse la boca, aprovechando aquella indiscutible necesidad fisiológica para tratar de dar por finalizada la conversación.

—Alison Carter, ¿te ha acompañado a casa? —lo preguntó mientras ella trataba de cerrar la puerta, porque siempre le había costado hacer pis si había alguien mirándola—. ¿A que besa de puta madre?

—No lo sé, no nos hemos besado —aclaró justo antes de conseguir cerrar

la puerta dejando a la monitora fuera.

—¿Cinco putas horas y ni un beso?

Su amiga lo dijo como si fuera completamente incomprensible desde todo punto de vista, pero a ella no se lo parecía tanto, habían estado demasiado ocupadas conociéndose como para pensar en besar, a pesar de que ella llevaba más de seis meses fantaseando con probar aquellos labios. Con ella todo se sentía diferente. Reseteado. Aquella noche había sido una especie de paso a paso y el primero había sido alucinante, aunque no fueran a dar ninguno más.

Joder, ¿no iban a dar ninguno más?

Contempló su rostro reflejado en el espejo por un par de segundos y creyó distinguir algo diferente sugerirse en sus facciones, una idea que jugaba al escondite entre los matices de su azul. Y es que, aquella noche y por primera vez, había dejado a un lado sus dramas virtuales y sus heridas pixeladas, se había reído en plan despreocupado con mariposas haciéndole cosquillas por dentro cuando sus miradas conectaban.

Por primera vez no lo había sentido como un atisbo de lo que podría haber sido y simplemente estaba siendo. En el presente y a tiempo real.

Y a su «Voy a comprarme un perrito caliente» ella debería haber respondido con un «Voy a pedirte el número de teléfono, si no te importa». Con dos ovarios y haciéndose la valiente. Y no creía que le hubiera importado, pero había dejado pasar la oportunidad con su estúpido y acobardado «Buenas noches, Jessie». ¿Pedírselo a Gail sería demasiado desesperado? O patético. ¿Qué le diría? «Le he pedido tu número de teléfono a la chica con la que ibas a follar hasta hace dos días, porque creo que nosotras encajamos mucho mejor».

Aborta misión, Carter, que es demasiado penoso hasta para ti.

De nuevo escuchó aquella voz entonando el mantra del momento: «Déjalo correr, antes de que lo compliques todo aún más». La misma fuerza y la misma intensidad, con frecuencias renovadas y de amplio alcance, pero ya no le convencía tanto como antes.

Y es que, por primera vez en mucho tiempo, el reflejo que le devolvía el espejo no le parecía tan asquerosamente triste.

***

«Buenas noches, Alison. Duerme bien», el «me gustaría volver a verte» se lo había guardado para ella, para que la mantuviera caliente de vuelta a casa, porque le quemaba dentro y de madrugada refrescaba.

Estúpida Jessie Stevens.

Entró en su piso, se quitó la chaqueta y la arrastró tras ella sujetándola por una manga mientras se dirigía a su habitación. Activada y desilusionada

a partes iguales, porque las ganas de regresar junto al Fogón y fundirle el automático hasta que la rubia contestara la aceleraban por dentro. «¿Me das tu número?». Coño, Jessie, cuatro putas palabras y dos interrogantes, que tampoco eran tan caros.

Abandonó la chaqueta en mitad del suelo de su habitación y se dejó caer de espaldas sobre la cama, soltando todo el aire que retenían sus pulmones. Sonó a «si no juegas simple y no juegas complicado, ¿a qué demonios juegas?» y contempló el techo por unos segundos con la discografía de Lady Gaga y miles de nebulosas Boomerang como única compañía. Era fácil hacerla reír.

El móvil le vibró dentro del bolsillo del pantalón y lo extrajo del mismo con desgana y poca curiosidad. Lo manipuló allí tumbada y sujetándolo sobre su cabeza, descubrió como mil mensajes de WhatsApp de Riley, todos por el estilo y girando en torno a la misma idea principal: «¿Foto de Hubble?»; a medida que pasaba la noche sin recibir respuesta su hermana había ido añadiendo a la petición inicial palabrotas y amenazas a su integridad física.

«Riley»
En línea
RILEY: Hostia puta, Jess.
RILEY: Mándame una foto si quieres poder seguir sacando fotos a otras cosas.
JESSIE: (Foto enseñándole el dedo medio de su mano).
RILEY: Cabrona.
JESSIE: Te jodes, haber sacado tijera.
RILEY: Eres la vergüenza de las lesbianas.

Salió de su conversación, dispuesta a desconectar del teléfono hasta el día siguiente, y la temperatura descendió como cinco grados de golpe en el interior de su cuerpo al encontrarse con otra conversación de WhatsApp que esperaba ser leída desde las diez y media de la noche. Se incorporó hasta quedar sentada al borde de la cama, sin dejar de observar la pantalla y con el corazón acelerado.

«Taylor»
Última conexión 0:53
TAYLOR: Elsa está loca por Saturno y yo sorprendida de que la acompañes a un indio.
TAYLOR: Debes de ser la mejor amiga del mundo.
TAYLOR: Espero que lo paséis bien.

Joder. El mensaje de buenas noches de Taylor.

Llevaba ocho meses esperándolo más o menos a la misma hora y, aún

peor, contestándolo en contra de los consejos de Elsa y Riley y sin hacer caso a su sentido común. Lo consultaba de inmediato si la pillaba viendo la tele y le quemaba en los bolsillos cuando estaba ocupada haciendo cualquier otra cosa que le impidiera poder leerlo en tiempo real; por eso la adrenalina se estaba dando tanta prisa en colonizarle el organismo al completo, porque aquella noche, y por primera vez en mucho tiempo, lo único que le había quemado por todos lados era aquel «Buenas noches, Jessie» de parte de Alison.

Mierda, es que había estado demasiado ocupada pasándoselo bien y descubriendo mil cosas sobre ella mientras perseguía su sonrisa. Completamente entregada al momento, sin un antes ni después que desvirtuaran su presente, y se había perdido un punto de inflexión de los acojonantes. Una de sus páginas pendientes había pasado sola, sin necesidad de empujarla y sin que se diese cuenta. Quizá esa era la única manera de dejarlas atrás, sin intentarlo y permitiendo que algo más grande que tú haga el trabajo sucio.

Alison Carter se la había llevado de viaje intergaláctico hasta la nebulosa Boomerang y tal vez eso era lo que llevaba necesitando los últimos ocho meses: alejarse de ella cinco mil años luz, sin moverse del Olympic.

Pues a lo mejor sí.

Y es que, por primera vez desde que rompió con Taylor, ni se había acordado de su mensaje de buenas noches, ni lo había echado de menos.

OceanofPDF.com

15

Cinco mil años luz

Llevaba un rato despierta, pero había decidido no abrir los ojos de momento y se entretenía evocando imágenes de la noche anterior en la pantalla de cine en que había convertido a sus párpados cerrados. Alison, perritos calientes, Lady Gaga y las constelaciones estelares, allí bajo las sábanas se encontraba caliente y de puta madre, casi estaba segura de que podría diferenciar la Osa Mayor de la Menor sin ningún esfuerzo si la rubia volviera a ponerla a prueba. Joder, ¿volvería a ponerla a prueba? Y a reírse, es que cuando lo hacía se le iluminaba la cara, su mirada brillaba más y todo en su conjunto era un poco alucinante, así que continuaba diciendo tonterías, una tras otra, para poder seguir disfrutando del espectáculo.

Se obligó a sí misma a abrir los ojos de una vez y le molestó la luz, así que ya debía de estar bien entrada la mañana; en cuanto consiguió enfocar los números del despertador descubrió que eran ni más ni menos que las doce y cuarto y no le importó. La hora perfecta para quedarse un rato más atrapada entre las sábanas.

Inició de nuevo la maniobra de cierre de párpados justo cuando sintió cómo alguien se movía cerca, muy cerca, a su lado, sobre aquel mismo colchón. Se le dispararon las pulsaciones y casi le dio miedo girarse, porque estaba cien por cien segura de que se había ido sola a la cama la noche anterior.

Un brazo le cayó a plomo sobre el costado sin previo aviso, así que se dio media vuelta sin pensárselo más y se encontró con su hermana bocarriba, aparentemente dormida y con las extremidades extendidas. Como Jesucristo en la cruz, pero con tintes mucho menos religiosos y decorada con tatuajes, la camiseta del pijama que le había cogido prestada se le había subido con tanto meneo y dejaba al descubierto el inicio del que cubría su costado derecho: un par de plumas colgando de un atrapasueños. Se lo había hecho hacía cuatro Navidades, en Denver, su propio diseño y, aunque a ella no le atraían demasiado los tatuajes, le encantaba cómo le quedaban a Riley.

Dibujó distraída el perfil de una de las plumas con la yema del dedo índice y su hermana se removió ante su tacto, a las puertas de volver a la vida para poder explicarle por qué demonios se había colado en su cama

aquella noche. Repitió la caricia con la intención de despertarla de forma suave, pero Riley soltó un sonido extrañamente placentero que la impulsó a apartarse a la velocidad de la luz y a retirar el brazo de su hermana de su cintura de forma brusca. La mano de la pequeña de las Stevens golpeó a su dueña en la cara y la despertó justo a tiempo para escucharla decir «Ugh, Riley, maldita pervertida».

La aludida miró a su alrededor con los ojos entrecerrados y cara de no tener ni puta idea de dónde se encontraba en aquellos momentos. La enfocó a ella y descubrirla allí a su lado le debió de dar alguna pista de en qué cama había pasado la noche, porque le dedicó media sonrisa adormilada, relajándose al sentirse en terreno conocido.

—Ey, Jess —la saludó mientras se desperezaba, estirándose bajo las sábanas y con gruñido incluido.

—Ey, Riley —repitió su saludo al acomodarse de lado en el colchón y la observó en espera de una respuesta que no llegaba, la muy mema se limitó a colocarse en la misma postura que ella para quedar frente a frente y le sonrió sin más—. ¿Qué haces en mi cama?

—Ayer me entró un tío muy raro en el Baltic Room, dijo que era contable en una sucursal de Walmart y besaba bien, pero luego no supo calcular mi edad a partir de la fecha de mi cumpleaños y me dio mal rollo —explicó mientras ahogaba un bostezo—. Se empeñó en acompañarme a casa y no quería que supiera dónde vivo, así que vine aquí.

Así de simple. Era bastante urgente recuperar la copia de las llaves que le había cedido para casos de emergencia.

—Gilipollas —la reprendió golpeándole el abdomen con el puño y Riley se retorció riendo.

—Relájate, tu edad es mucho más fácil de calcular, seguro que contigo acertaría.

—Creía que habías cambiado tus preferencias en Click, ¿qué hay de todas esas chicas que hacían cola para contarte los tatuajes?

—Son tantas que estoy sometiéndolas a un cuidadoso proceso de selección para elegir a la primera afortunada —alardeó esbozando media sonrisa engreída—. Alison95 sigue de las primeras de la lista.

Al escuchar eso de Alison95 los recuerdos de la noche anterior con la Alison Carter original le regresaron todos de golpe y trataron de colarse a la vez dentro de su yo más consciente. Sintió una ligera presión en el pecho que no era desagradable del todo, a pesar de que su último «Buenas noches, Jessie» le estrujaba un poquito el alma, con bastante empeño, como si estuviera empapada e intentara escurrirla. Se le escapó media sonrisa y su hermana debió de captar enseguida el sutil cambio en el ambiente, porque la observó con el ceño ligeramente fruncido y un interrogante flotando a la deriva en el verde de su mirada.

—¿Qué? ¿Por qué estás poniendo esa cara?

—Riley…

Solo su nombre. Y lo dijo escondiendo dos cosas: media cara en la almohada y una sonrisa tonta entre sus labios.

—Jess… estás poniendo tu cara de «he conocido a alguien y me encanta» y exijo una explicación. ¿La amiga del tal Hubble? ¿Por eso estabas despierta a las cinco? —probó suerte apretándole la mano presa de la emoción del momento.

A las cinco, sí, y casi seguía sin poder dormir a las seis, porque la noche entera continuaba dándole vueltas en la cabeza, su sonrisa escondida tras el chocolate de la samosa y su «yo sí he follado en los baños de un bar». La facilidad con que le había ayudado a olvidar todo lo demás, distrayéndola a base de lucecitas luminiscentes, sonrisas de las que salen solas y *pop-rock*. Mucho *pop-rock*, porque *Marry the Night* había salido dos veces por lo menos.

—¿Sabes cuál es el lugar más frío del universo? —se lo preguntó acercándose un poco más a ella, hasta que sus cabezas quedaron a escasos centímetros de distancia y Riley le sostuvo la mirada, intrigada.

—El baño de los abuelos cuando te levantas por la noche a hacer pis —ni necesitó pensárselo y ella sonrió por la coincidencia—. Las próximas Navidades voy a mear en una botella.

—Pues cuidado dónde la dejas, porque Zoey siempre tiene una en la mesilla.

—Es como una jodida abuela, te lo juro. Solo le falta quitarse también los dientes y dejarlos al lado en un vaso. Pero volvamos a lo importante, ¿te pasaste toda la noche hablando con alguien del frío que hace en el baño de los abuelos?

Riley alzó una ceja, en gesto interrogante, acompañando su pregunta de aquella mímica tan expresiva, y ella tuvo que suprimir media sonrisa y se colocó bocarriba en la cama con el único objetivo de interrumpir el contacto visual entre ambas. Y es que sí que podría haberse pasado toda la noche hablando del baño de sus abuelos con Alison, porque con aquella chica incluso analizar el color de unos azulejos le parecería interesante. Labores de alicatado y tipos de mármol para lavabos; bañera o plato de ducha y marcas de gel y champú. Los que usaba la rubia olían alucinante.

—De la nebulosa Boomerang, su temperatura es de menos doscientos setenta grados. Está a cinco mil años luz de la Tierra.

—Y tú estás a cinco mil años luz del concepto molar, porque como me digas que tienes esa cara por una jodida astrónoma, Zoey pasa a ser mi hermana favorita y eso es mucho decir —la avisó incorporándose para sentarse en la cama y poder juzgarla desde las alturas.

—Es Alison, ella es la amiga de Hubble88 y le gusta la astronomía, tiene un telescopio y todo.

Riley hizo desaparecer el espanto de su cara todo de golpe.

—¿La compañera de piso? ¿Alison sexi Carter?

Quiso asegurarse de la veracidad de los hechos antes de decantarse por su siguiente reacción y, en cuanto ella se lo confirmó con un asentimiento de cabeza, su hermana se dejó caer de nuevo de espaldas sobre el colchón y soltó un «Guau» con mucho sentimiento mientras miraba el techo.

—Astrónoma acaba de desbancar a corredora profesional de motos en mi *ranking* de las profesiones más jodidamente eróticas del mundo —Riley lo dijo en voz alta, aunque sin dirigirse a nadie en particular, dejó pasar dos segundos de silenciosa quietud antes de recargarse súbitamente y volverse hacia ella en un solo movimiento, rápido y no muy cuidadoso—. ¡Te dije que te gustaba, Jess! Que es tu tipo, joder, tiene que ser muy tu tipo para pasarte con ella hasta las cinco de la mañana hablando de gilipolleces, como Elsa con su astrónomo de pene diminuto.

—Se llama Zack.

—¿La besaste? ¿Le metiste mano? Dime que follasteis en el lugar más caliente del universo, Jess —exigió prácticamente tumbándosele encima y olvidándose de las ganas que tenía de conocer a Hubble88—. La nebulosa Mi hermana Cachonda, a cinco mil orgasmos luz de la Tierra.

Se rio cuando Riley comenzó a hacerle cosquillas en los costados y la empujó para quitársela de encima llamándola jodida pervertida. Consiguió hacerla caer a su lado en el colchón y forcejearon un poco más, porque quería hacer desaparecer esa sonrisa perversa de su cara, hundirla entre los almohadones, pero su hermana no se dejaba y encima no paraba de reír, porque todo aquello le debía de parecer muy divertido y ya eran dos. Terminaron firmando una tregua de la paz, que era como lo llamaban cuando eran pequeñas, y cerraron el trato con un apretón de manos antes de volver a quedar frente a frente.

—Hace casi nueve meses que no te veía sonreír así —dijo su hermana, esbozando media sonrisa a su vez—. Me gusta.

Sintió un pellizco de los fuertes por dentro, en algún lugar indeterminado y la hostia de sensible. Es que Riley era una imbécil adorable, de verdad.

—No la he besado.

—Nada de besos. ¿Has follado con ella?

Le propinó un suave puñetazo en el hombro, tratando de suprimir una sonrisa, pero terminó escapándosele cuando la escuchó reír.

—Imbécil. No sé si vamos a volver a vernos.

A lo mejor lo dijo porque necesitaba que su hermana le soltara un «no digas idioteces» y una charla motivacional de las suyas, de las de «Jess_92 no es rival para una Stevens».

—No digas gilipolleces. A ver, Jessie, puede que no sepas cuál es el origen de la vida, si hay algo más allá de la muerte o la puta tabla de multiplicar

del nueve. Pero si quieres volver a ver a alguien, lo ves.

Tres de tres. Francamente impresionante. Y además conciso, muy conciso.

—Sé que yo quiero volver a verla, pero no sé si ella quiere volver a verme a mí.

—Se le quedaba cara de querer morir cada vez que te ponías en plan cariñoso con la mujer maravilla.

—Riley… piensa en la tal Jess_92.

—Jessie… —la tomó por las mejillas con una sola mano, obligándola a mirarla—. Se le quedaba cara de querer morir cada vez que tú te ponías cariñosa con la monitora sexi. Nunca ha visto a Jess_92, se pasó la noche entera hablando contigo y si le gustó fue por ti, no por una gilipollas con *nickname* ridículo y fotos de perfil alucinantes. ¿Crees que le gustó?

—Creo que le gustó, pero cuando la acompañé hasta su casa en ningún momento sugirió que volviésemos a vernos y se dio mucha prisa en despedirse de mí y desaparecer en el portal.

—Igualito que la puta Cenicienta, pero sin carroza y con más *sex appeal*. ¿Y qué hizo el príncipe del cuento? ¿Se quedó lamentándose por los rincones? No, Jessie, no. El príncipe cogió el puto zapatito de cristal y se recorrió el reino entero tocando pies, con dos cojones. ¡Y solo tenía un puto zapato de cristal! Tú sabes dónde vive, dónde trabaja y el gimnasio al que va todas las tardes, así que no me jodas.

Y visto así debería darle hasta vergüenza y casi se sentía en la obligación de pedirle perdón al jodido príncipe de *La Cenicienta*, porque eso era tener las cosas difíciles y lo demás tonterías. Su drama reducido a simple anécdota por un cuento de princesas.

—Lo haces sonar muy fácil.

—Es que, si quieres verla, es así de fácil.

—Joder, Riley, ayer se me pasó el mensaje de buenas noches de Taylor por primera vez en nueve meses y no me acordé de ella en ningún momento, fue como si hubiésemos estado metidas en una jodida burbuja y a cinco mil años luz de todo, pero de verdad.

—¿Cuál es el problema entonces?

—Que no estoy segura de que yo sea la persona con quien quiere estar a cinco mil años luz de todo. Ese es el problema, ¿y si me acerco más y al final no lo soy?

—Pues al menos lo sabrás, Jess. Y eso necesitas, saberlo seguro, aunque duela, porque si mamá te hubiera dejado intentar el doble salto mortal con tirabuzón sofá a sofá a cuatro metros te habrías roto algo, pero no seguirías convencida de que podrías haberlo hecho.

Le sostuvo la mirada, en silencio y en tono pensativo durante unos cuantos segundos, era cierto que su hermana decía muchas gilipolleces, pero de vez en cuando acertaba en la diana.

—Podría haberlo hecho —dejó claro ante todo y Riley adoptó una mueca en plan «Señor, qué cruz»—. Tengo que volver a verla.

—Si te hizo olvidarte de Taylor, merece la pena intentarlo. Y si sigue haciéndote sonreír así, la quiero de cuñada.

Volvió a mirarla sin añadir nada, con el corazón ligeramente acelerado, porque todo lo que había dicho tenía sentido, así que a lo mejor merecía la pena intentarlo de verdad. Quien no arriesga no gana, y si salía mal, puede que le fuera mejor la próxima vez, porque se había obligado a probar suerte con Stacey y con Gail, pero con Alison necesitaba intentarlo de verdad. Diferente y desde dentro, fisiológico. Se había pasado de cinco a seis de la mañana buscando información sobre la nebulosa Boomerang y el argumento de *Arsénico por compasión*, así que a lo mejor ya era demasiado tarde para pensar en elegir, casi seguro que había cruzado la línea roja sin darse cuenta.

Click, Hubble88 y ganar el estúpido juego de piedra, papel o tijera, una especie de segunda oportunidad para mirarla más de cerca, sin otra motivación que el morirse por conocerla. Brillaba con luz propia, dejando a un lado a Taylor y su necesidad de superarla. A Grace y su desesperación por poder confirmar «siempre fui mejor que tú». Esta vez no tenía prisa ni necesitaba demostrarse nada y, no estaba segura de si debía, pero sabía que quería seguir acercándose a ella.

Unos cinco mil años luz.

***

Se despertó a cámara lenta y con *Poker Face* en la cabeza, con la forma en que Jessie la había tarareado hacía unas horas dándole los buenos días y con la extraña sensación de haberse pasado toda la noche soñando con ella. Se permitió continuar en la cama unos diez minutos más, acurrucada bajo las sábanas y dejando que cálidos *flashes* del tiempo pasado la noche anterior junto a la psicóloga le recorrieran las terminaciones nerviosas. Sin prisa, suaves y jodidamente vívidos. Como una de las reposiciones de sus clásicos favoritos, pero en color y *full HD*, aunque seguro que aquel verde impresionaría incluso en blanco y negro.

Para cuando se levantó era casi la una y se encontró a Gail cómodamente instalada en el sofá con las piernas apoyadas en la mesita baja frente al mismo, escondida bajo unos pantalones de chándal anchos y una camiseta de las de regalo, de las que le quedaban mil tallas grande. La monitora se había recogido el pelo de forma descuidada en un moño deshecho desde sus inicios y toda su atención se encontraba fija en la pantalla del ordenador portátil situado sobre sus muslos.

Se dejó caer a su lado, sin necesidad de saludarla, porque tenían aquellas confianzas la una con la otra, y bostezó a la vez que apoyaba la cabeza sobre

su hombro.

—¿Y el señor superbíceps?

—Se ha ido hace un rato, y los bíceps no eran lo único que tenía súper —dijo, y ella arrugó la nariz pegándole en el antebrazo—. Perdona, a veces olvido que te gustan las chicas en exclusiva.

—Tranquila, yo te lo recuerdo —le quitó importancia antes de pellizcarla fuerte en el muslo haciéndola protestar y reír a la vez.

—Una en concreto es tan tu tipo que no podría serlo más —dijo la morena mientras contemplaba el dibujo de una libélula gigante en la pantalla del portátil—. Zumos, perritos calientes y cuatro horas de charla sexualmente improductiva sentadas en un puto parque.

—¿Sabías que tiene otra hermana?

—¿En serio? Pues el mundo es el triple de maravilloso de repente.

Le propinó un suave golpe en el antebrazo y la sonrisa de la monitora cambió a una de las divertidas y se hizo aún más grande. Abrió otro archivo en el ordenador y la libélula desapareció para dejar paso al dibujo de la silueta de un lobo recortada sobre una inmensa luna llena. Impresionante.

—El viernes por la noche vio su primera película clásica, *La extraña pareja*.

Tuvo que compartir aquella información con alguien, a pesar de que Gail ignorara los kilos y kilos de trascendencia escondidos tras ese título. Seguro que había estado demasiado ocupada comprobando lo jodidamente bien que besaba Jessie como para interesarse por temas tan poco físicos como sus gustos cinematográficos.

—No le gusta el cine clásico —aclaró, porque el detalle era importante.

—Hostia puta… ya te dije que era de las que te gustan a ti —dijo y después le dio dos palmaditas en el muslo antes de completar su idea principal—. Felicidades, Carter, ahí tienes una idiota de la que enamorarte.

Pues sí. Estaba casi segura de que podría enamorarse de aquella idiota, así que soltó un gruñidito y abandonó el reposo sobre el hombro de su amiga para dejarse caer suavemente contra el respaldo del sofá y se dedicó a observar el techo.

—No creo que vayamos a quedar otra vez.

—Yo creo que sí.

Gail lo dijo con seguridad absoluta y su tono la impulsó a mirarla, su amiga seguía con la vista fija en la pantalla y trasteando con el ratón.

—Ella no tiene mi número y yo no le pedí el suyo.

Sin mediar palabra la monitora se hizo con su teléfono móvil, tirado de cualquier manera al otro lado del sofá, y desvió su atención del portátil tan solo unos segundos, los justos para conseguir que el sonido de una notificación de WhatsApp de su teléfono emergiera alta y clara desde su habitación.

—La tenía guardada como Polvazo Jess, pero puedes modificar el nombre a su contacto —dijo devolviendo la mirada al ordenador—. Ahora tienes muchas ganas y ninguna excusa.

—Es el físico de Jess_92.

Resaltó aquel punto, porque acudía con frecuencia a su mente menos consciente para desdibujar a la psicóloga y robarle su sonrisa, para restarle puntos y para confundirla. Sobre todo para confundirla.

—No, Carter, es el físico de Jessie. Siempre te han gustado los ojos de Jessie, los labios de Jessie y el pelo de Jessie, te han gustado tanto desde el principio que has follado con ella mil veces tirando de imaginación.

Y seguro que se puso un poco roja, pero Gail no estaba mirando y a lo mejor su estimación se quedaba un poco corta. Aquellas manos le habían recorrido el cuerpo entero un millón de veces sin haberla tocado jamás y conocía sus labios al milímetro sin necesidad de haberlos besado. Su físico le volvía loca, pero es que nunca fue solo físico y aquel era el problema principal.

—Por dentro era otra persona —lo dijo así porque no sabía cómo explicarlo mejor.

—Por dentro era gilipollas, Alison. Por dentro era una tía que desapareció sin más, así que déjala desaparecer del todo y conoce por dentro a Jessie, porque es obvio que te gusta —Gail se puso seria, muy seria, y centró toda su atención en ella esta vez, con el ordenador olvidado y mirándola muy de cerca recostada sobre el respaldo del sofá—. Besa de puta madre y toca mejor.

Esto último lo añadió como plus y esbozando una de sus sonrisas mitad pervertidas, mitad divertidas y altamente contagiosas. En contraste con todo lo demás y acompañándola con el alzamiento de una de sus cejas, en plan «vamos, que quiero oírte gemir de verdad» o «dale la oportunidad de ayudarte a borrarla», porque a la psicóloga le debía de ver bastante potencial. La golpeó en el brazo contagiándose de su gesto y con mariposas revoloteando en la boca del estómago, hasta ese momento no se había planteado el acostarse con la Jessie de verdad y la novedad acababa de hacerle cosas muy interesantes a su interior al completo.

Sus ojos, su olor y su curiosidad por las nebulosas. Su forma de esconder las manos en los bolsillos traseros de los pantalones cada vez que se ponía nerviosa y sus detalles. Los zumos, los perritos calientes y Lady Gaga como música de fondo mientras la ayudaba a contar estrellas. La manera en la que Jessie sonreía cada vez que conseguía hacerla reír.

Era suyo, todo suyo, y aquello también había dejado de ser solo físico en algún punto del camino.

—Y espabílate, que tienes que contarme cómo folla.

Gail lo añadió tras devolver su atención a los bocetos del ordenador y ella

la empujó suprimiendo una sonrisa. De nuevo utilizó su hombro como almohada y observó en silencio la pantalla del portátil mientras el «buenas noches» de Jessie regresaba de su pasado más inmediato para cerrarle la boca del estómago. Sonó decepcionado y a medio hacer, como si hubiese necesitado un poco más de tiempo para poder decirlo de otra manera y ella hubiera decidido irse anticipadamente. Casi había huido corriendo a buscar refugio en la seguridad de su portal, para alejarse de su «Ayer vi mi primera película en blanco y negro» y de aquella sonrisa que le recordaba a ella.

Decidió dirigir su atención hacia fuera y dejar de rebobinar la noche anterior en bucle, paseó la mirada por el dibujo que aparecía en aquellos momentos en la pantalla del ordenador de su amiga.

—¿Qué estás mirando?

—Los nuevos modelos de tatuaje en los que está trabajando sexi-Stevens júnior. Le dejé mi *e-mail* para que me los enviara, porque dijo que eran alucinantes y que me quedarían de puta madre.

—Sí que son alucinantes —confirmó aquel punto admirando aquellos espectaculares dibujos de los signos del Zodiaco.

—Me encanta el de escorpio. Me quedaría de miedo.

—Eres libra.

—Jodida aguafiestas.

Sonrió sin desviar la vista de los bocetos y se fijó en el correspondiente a su signo: sagitario. Se preguntó cuál sería el de Jessie e inmediatamente pensó en aries, porque ella no creía mucho en todas esas cosas del horóscopo y las compatibilidades según el signo zodiacal, pero a Monica le encantaban y la tenía más que frita con aquello de que su pareja ideal sería una aries. Inmediatamente se reprendió a sí misma por pensar en Jessie como en su pareja ideal, porque la conocía desde hacía apenas tres semanas, la noche anterior era la primera vez que pasaban un rato a solas y ya estaba corriendo otra vez.

—«Ya no vamos a ser familia, pero te dije que te los mandaría y no soy rencorosa. Espero que sigas interesada».

Gail leyó el texto del *e-mail* de la pequeña de las Stevens vendiendo negocio y ella abandonó la cómoda posición sobre su hombro para poder mirarla y alzó una ceja.

—¿Sigues interesada?

—¿En los tatuajes o en el apellido Stevens?

—En los tatuajes.

—Soy sexi y son sexis, encajamos a la perfección.

La dio por imposible y le quitó el ratón del ordenador para poder abrir de nuevo el archivo con los bocetos de Riley. Enseguida su amiga tomó el mando de nuevo e inició la búsqueda de algo en concreto.

—Creo que voy a hacerme uno de los tribales, con forma de lobo y en el

costado —lo anunció llegando al archivo en cuestión y le mostró el par de bocetos que le habían llamado la atención—. Son una pasada, ¿verdad?

Y desde el punto de vista artístico debía admitir que eran unos diseños francamente impresionantes. A pesar de que a ella no le sedujera la idea de marcar su piel con tinta indeleble para siempre, Riley tenía talento, eso seguro.

—Son bastante espectaculares.

—¿Crees que lo del veinte por ciento de descuento seguirá en pie aunque no haya follado con su hermana?

—No creo que Jessie necesite que Riley haga descuentos a las chicas para que follen con ella —aventuró y Gail sonrió mirándola de reojo.

—Desde luego que no y a ti tampoco te hacen falta para querer follar con ella —dijo tratando de tocarla juguetonamente por encima del pantalón del pijama. Ella le pegó en la mano y la monitora se rio—. Llámala, mirad juntas lucecitas en el cielo y después encuéntrale el puto tatuaje y dime qué coño es y dónde lo tiene, porque necesito saberlo.

Y lo de mirar lucecitas en el cielo lo habían hecho la noche anterior y todo resultó ser un poquito alucinante, pero eso de encontrarle el tatuaje tampoco sonaba nada mal y añadía un detalle inédito a todas sus fantasías anteriores, porque Jess_92 jamás le dijo que tuviera uno de esos. Pequeñas gotas de realidad que las diferenciaban y dotaban a aquel físico de personalidad propia y doble poder de atracción. Es que lo de buscar la tinta escondida en su cuerpo le parecía muy erótico de repente.

—Si alguna vez llega a pasar, olvídate de los detalles —se lo advirtió, porque el que avisa no es traidor, y abandonó el sofá con intenciones de meterse en la ducha.

—No me jodas, Carter, que Brook ni me caía bien y me sé dónde tiene todos los putos lunares —protestó mirándola por encima del ordenador.

—Dicen que el costado es una zona increíblemente sensible, vas a llorar como un bebé.

Le metió miedo en el cuerpo haciendo caso omiso a su anterior comentario y, antes de entrar en su habitación, la vio testando la zona a base de pellizcos. Suprimió una sonrisa y se dirigió directa al armario en busca de ropa cómoda que vestir durante lo que quedaba de aquel domingo: pantalones de chándal y sudadera ancha. Tarde de sillón, palomitas y cine clásico, porque de repente tenía muchas ganas de ver *La extraña pareja* y adivinar las partes que podrían haberle gustado más a Jessie.

Estaba a punto de salir de la habitación, ropa limpia en mano, cuando se fijó en su móvil, abandonado sobre la mesilla y con una luz parpadeante que indicaba la presencia de un mensaje no leído.

«Polvazo Jess».

Lo tomó con una mano, lo desbloqueó y se quedó mirando el contacto de

la psicóloga compartido en su conversación de WhatsApp con Gail. El teléfono de Jessie. Se le aceleraron ligeramente las pulsaciones, porque su amiga se lo había puesto tan fácil que no sabía qué hacer con él. No podía usarlo sin más, quedaría siniestro. Un poco en plan «no me lo has dado por voluntad propia, pero tengo mis fuentes de información y en un par de días sabré también dónde vives y el color de tu ropa interior».

Escalofriante.

A pesar de que no le sonaba bien del todo, se dispuso a guardar el número de la psicóloga en la memoria del móvil. Por supuesto, modificó aquel «Polvazo Jess» y lo convirtió en un simple «Jessie» y, tras guardarlo, el aparato le recordó que ya tenía un contacto registrado con el mismo nombre y su corazón se saltó un latido.

Joder, qué gráfico.

Se planteó la posibilidad de sustituir el viejo número por el nuevo y olvidarse de todo, enterrar de una vez aquellos dolorosos «me muero por poder tocarte» y dejarse mimar por sus «me ha gustado volver a verte», permitir que la curase a base de sonrisas y comiendo perritos calientes bajo las estrellas. Dejarse besar y besarla y que su primer beso fuera el triple de alucinante a como se imaginó que sería con ella. Y que Jess_92 no le importase nunca más.

Mira hacia delante, Carter.

Y habría sido bonito, pero al final no lo fue. Porque el dedo básicamente comenzó a temblarle cuando sobrevolaba la opción de «eliminar contacto» y el interior se le tensó al completo. Se acordó de aquellos «No te imaginas las ganas que tengo de tocarte, Alison» en su voz, en la original, y algo se le descolocó por dentro y le cerró la garganta. Todos sus sentidos se acordaron de ella a la vez, boicoteando de forma brutal sus encomiables intenciones.

«Me gustaría poder dormir contigo también, ¿te importa que me quede?».

Al final guardó el número de la psicóloga como «Jessie Stevens» y tiró el teléfono sobre la cama, triste y enfadada. Rabiosa, decepcionada y preguntándose si llegaría el día en que fuera capaz de decir «ya me das igual» con el corazón en la mano y sin necesidad de fingir.

***

—La hizo reír durante la cena y terminó toqueteándole el reloj. Jessie dice que lo hace con los chicos que le gustan —cotilleó con Monica mientras colocaba aquellas fichas informativas junto a las correspondientes piezas dentro de una de las vitrinas de la sala.

—Y yo me lo perdí por cantarle el puto cumpleaños feliz a la imbécil de mi hermana —dijo su amiga realizando la misma labor una vitrina más a la derecha.

Zack hacía lo propio en la del fondo de la sala y, aunque las escuchaba perfectamente, se había limitado a ponerse rojo en cuanto sacaron el tema y aún no había participado de forma activa en la conversación.

—La cena fue genial, pero nos falta por saber qué pasó cuando nos separamos al salir del Kastoori.

Lo dijo alzando la voz de forma innecesaria pero tremendamente significativa y a Zack se le cayó al suelo la ficha que manipulaba en aquel momento. Compartió una mirada cómplice con la otra chica, de las de «qué mono es» y su amiga le sonrió antes de centrarse en su labor de nuevo.

—¿Cómo es Dixon_89 en persona? —curioseó Monica y Zack carraspeó.

Debía de haberse subido las gafas por el puente de la nariz unas quince veces durante los diez minutos que llevaban organizando aquella sala para la exposición de arte micénico y lo hizo una vez más al comprender que la pregunta iba dirigida a él.

—Es como en Click —respondió de forma escueta y, ante el silencio de ambas, se debió de sentir obligado a completarlo un poco más—. Es divertida y fue muy fácil hablar con ella.

Abandonaron sus puestos frente a las vitrinas y se acercaron a él a la vez y sin necesidad de ponerse de acuerdo, sincronizadas y atraídas por los detalles acerca de la chica que le hacía ponerse así de rojo, porque eran mucho más interesantes que aquella reproducción exacta de la máscara de Agamenón.

—¿Qué hicisteis después? —preguntó ella apoyándose de espaldas en la pared junto a la vitrina que preparaba su amigo, un segundo más tarde Monica se colocaba a su lado y Zack las miró a ambas.

—Dimos un paseo mientras hablábamos, dice que le encanta que le cuente cosas sobre astronomía —dijo, suprimió una sonrisa de las tímidas y acompañó la confesión con una nueva subida de sus gafas por el puente de la nariz—. Le dije que tenía un telescopio en casa y quiso verlo.

Eso último lo añadió sin mirarlas y muy deprisa, a lo mejor porque sospechaba la clase de comentarios que podía suscitar aquel retazo de información.

—¡¿Fuisteis a tu casa?! —Monica lo exclamó a su lado y ella le golpeó el costado en un intento por bajarle intensidad, porque, evidentemente, Zack se puso el doble de rojo—. Fuisteis a tu casa, ¿y qué tal?

Lo reformuló de forma contenida, pero muriéndose por dentro por la necesidad de saber, más o menos igual que ella.

—No se quedó a… dormir —el chico lo dijo con cautela y aún más ruborizado.

—No se quedó a dormir —aceptó Monica—. ¿Qué pasó entonces? ¿Le enseñaste el telescopio y se marchó?

Y eso de «enseñarle el telescopio» podría sonar un pelín depravado en

cualquier otro contexto, así que intercambió una mirada divertida con su compañera y las dos se aguantaron las ganas de sonreír por respeto a Zack y su facilidad para sonrojarse.

—Estuvimos un rato buscando constelaciones por la ventana del salón. Le dije que no era la mejor forma de verlas, pero tenía tantas ganas que le dio igual. —Y se le escapó una sonrisa que quería decir «es la chica más guapa del mundo» sin necesidad de verbalizar nada.

A ella le recordó a su propia búsqueda de constelaciones desde su observatorio improvisado sobre la hierba del Olympic, y a la forma en que Jessie había paseado la mirada por el firmamento intensamente concentrada en distinguir la Osa Mayor de la Osa Menor, aunque sin conseguirlo del todo. De nuevo se le derramó algo caliente por dentro y le encantó la sensación.

—Así que la cita no fue tan desastrosamente mal como temías —dijo Monica, y Zack se limitó a negar con la cabeza y se rascó la nuca—. ¿Vais a volver a veros?

—Intercambiamos números de teléfono.

Una gran idea y un buen punto de partida eso de intercambiar los números, su amigo lo había hecho sonar como si fuera algo vergonzosamente sencillo y ella se sintió el doble de tonta al recordar su apresurado «Es tarde» en respuesta al evidente «Ha sido mejor de lo que me imaginé porque estabas tú» de Jessie. Como decirle de golpe «Para, no quiero que te acerques más» cuando en realidad deseaba que lo hiciera, y es que había huido esperando que la siguiera, una dualidad desconcertante y rebosando gilipollez.

Algo así como «carga tú con la responsabilidad, por si esto no sale bien y termino haciéndote daño». Egoísta y tremendamente cobarde, pero después de Jess_92 le daba un poco de miedo ser valiente.

—Zack y Elsa van a volver a verse. Tu turno, Carter.

—¿Mi turno de qué?

—Zack se fue con Elsa y tú te quedaste con Jessie.

—Me encantó Jessie —aportó el muchacho, en parte porque sería verdad y en parte porque eso de dejar de ser el centro de atención le apetecía demasiado, seguro—. Mucho mejor que la engreída de Brook.

Su exnovia nunca les había caído del todo bien, ella la definía como independiente y segura de sí misma, y sus amigos discrepaban con descripciones como indiferente a tus necesidades y vanidosa. Habían salido durante un año y medio antes de que decidiera cambiarla por un musculitos del Zum Fitness, de los que levantaban pesas a lo bestia y lo tenían todo exageradamente desarrollado. Fue un golpe bastante inesperado y le costó encajar eso de que la cambiaran por un tío con las venas marcadas, pero después conoció a Jess_92 y en comparación tal vez Brook sí que había sido

un pelín demasiado independiente y otro pelín demasiado segura de sí misma.

—Por cómo habláis de ella parece muchas de las cosas que estás buscando —dijo Monica, mientras jugueteaba distraídamente con la réplica de una pieza de orfebrería—. ¿Qué pasó cuando os quedasteis solas?

Buf… ¿Que qué pasó? Pasó que ella no podía dejar de pensar en un apremiante «no quiero que se termine todavía» mientras se miraban la una a la otra frente a la puerta del Kastoori, porque lo que llevaban de noche había sido alucinante. Pasó que al darle las buenas noches y echar a caminar hacia su casa el corazón se le volvió loco dentro del pecho y latía a mil por hora, insistiendo para que se diera la vuelta, porque discrepaba con su parte más racional y creía firmemente que la gilipollez no era quedarse con ella, sino marcharse.

—Me invitó a un perrito caliente y nos los comimos en el Olympic, sentadas en la hierba y escuchando a Lady Gaga de música de fondo.

—Mi cita perfecta —Monica suspiró al oírla, en plan soñador.

—No fue una cita, fue algo totalmente improvisado.

—Esas son las mejores, Carter. ¿Hubo química?

—Un laboratorio entero —Zack lo dijo convencido y a lo mejor era su turno para ponerse un poco roja—. Las probetas estaban por toda la mesa.

—Hay química. Hay mucha química. Hay tanta química que cuando me acompañó a casa casi salí corriendo hacia el portal sin darle mi número ni pedirle el suyo, porque no sé si alguna vez había tenido tanta química con alguien antes —admitió golpeándose suavemente la parte posterior de la cabeza contra la pared.

—Perdona, Carter, pero me he perdido —Monica la frenó con el ceño fruncido y probándose un anillo de los de la exposición en el dedo anular—. ¿Tener tanta química con alguien no es jodidamente bueno?

—Depende de cómo acabe. La última vez que tuve química con alguien no terminó muy bien —admitió y de nuevo le costó respirar bajo su sombra—. Y con ella ha sido complicado desde el principio.

—No ha sido complicado, ha sido vuestra forma de conoceros —puntualizó Zack—. Y a partir de ahora puede ser todo lo simple que quieras. Si quieres que lo sea.

¿Y quería que lo fuera? Simple. Sencillo. Fácil, como su manera de sonreír y su habilidad para transformar las horas en minutos, porque no tenía la sensación de haberse pasado casi cinco sentada en aquel parque. Conociéndola y robándole espacio a su *alter ego*, cuantas más cosas sabía de Jessie, menos sitio quedaba para las mentiras de su jodido Barry Walker. Y es que su enamoramiento *online* no la había mirado nunca a los ojos, así que lo que le hacía sentir ese verde se lo debía por entero a su dueña de verdad. Y quería deberle más y que la ayudara a hacer a Jess_92 más pequeña. Más

caricias casuales de las que le quemaban la punta de los dedos y más sonrisas alucinantes alejándola de todo.

***

«Riley»
En línea
JESSIE: Esperarla en la puerta del Zum Fitness.
JESSIE: A la salida de su trabajo o en su portal.
RILEY: Joder, en vez de su teléfono va a darte una puta orden de alejamiento.
JESSIE: Que te jodan.
RILEY: Las mejores historias de amor empiezan así. A unos quinientos metros…
JESSIE: ¿Crees que pensará que es siniestro?
RILEY: Si no le gustas, sí. Si le gustas, mojará un poco las bragas.
JESSIE: Dos posibilidades bastante extremas.
RILEY: No le eches nada raro en el zumo y todo irá bien.
JESSIE: Que te follen, no me estás ayudando.
RILEY: Creía que no necesitabas mi ayuda para ligar.
JESSIE: Y no la necesito, pero un poco de apoyo moral no me vendría mal.
RILEY: Os pasasteis cuatro horas a cinco mil años luz.
RILEY: Estoy segura al noventa y nueve por ciento de que mojará las bragas.
JESSIE: Gracias.
RILEY: ¿Cómo vas? ¿Te da tiempo a salir a correr luego?
JESSIE: Aún me falta terminar un par de informes, ¿lo dejamos para mañana?
RILEY: Genial, así esta tarde puedo ir a mi ritmo.
RILEY: Me estoy acostumbrando a tu paso de abuela.
JESSIE: Cuando quieras me lo demuestras.

Dejó el teléfono móvil a un lado y centró su atención en la pantalla del ordenador. A esas horas apenas quedaba nadie en el hospital, excepto el personal al que le tocaba guardia y los de seguridad. Silencio casi absoluto, porque en su planta solo estaba ella y, aparte de facilitarle el poder concentrarse para finalizar aquellos dichosos informes, tanta tranquilidad ambiental conseguía que los pensamientos a los que llevaba dando vueltas desde el domingo por la mañana sonaran aún más alto. Estaban a jueves, así que había tenido días para familiarizarse con ellos y, aun así, cada vez que se repetía eso de «invítala a salir» se le aceleraban las pulsaciones.

Invítala a salir y, si te dice que no, te olvidas de todo, pero que te diga que no antes.

O que te diga que sí.

Venga, Jessie, una de esas reposiciones de películas en blanco y negro que dan en el Regal. Palomitas de las grandes, seguro que aumentaba las posibilidades de que la rubia le dijera que sí, y si accedía a cenar con ella antes sería aún

mejor, porque se moría por poder mirarla por encima de la mesa otra vez. Frente a frente, una vista privilegiada de aquel azul y de su forma de gesticular mientras hablaba. Consultó los horarios de taquilla de los cines y terminó el informe que tenía entre manos en tiempo récord.

Abandonó el hospital con la idea de ir directa a los Regal y sacar dos entradas para la sesión del sábado por la noche. Su fisiología al completo la localizó apoyada en aquel coche antes de que pudiera procesarlo de forma consciente, y fue la súbita alteración de su tasa cardíaca la que le advirtió de su presencia allí. Una especie de «joder, que es ella» que le ocupaba la boca del estómago y a lo mejor se quedó mirándola unos segundos de más.

Alison sujetaba un par de vasos de poliestireno en las manos y estaba distraída observando cómo un par de perros jugueteaban a unos cuantos metros. Deportivas blancas, vaqueros perfectamente adaptados a las formas de su anatomía y una camiseta verde oscura entallada en la zona del escote y suelta en la cintura. Es que había chicas que no necesitaban nada más, joder.

Sonrió de medio lado, aunque Alison no pudiera verla, porque le salió de dentro, y respiró hondo antes de decidirse a acercarse a ella. Su corazón trabajaba deprisa, como confirmando que le encantaba que la rubia estuviera esperándola a la salida de su trabajo con las manos ocupadas. A las puertas de iniciar algo alucinante o directamente iniciándolo, se había pasado la semana entera pensando mucho más en ella que en Taylor, porque le hacía sentir mejor. Tan simple como eso.

—Hola —la saludó al llegar a su lado.

Alison seguía enganchada al juego de los cachorros y se sobresaltó al oírla, dio un respingo y después sonrió al encontrarse con su mirada, un gesto divertido y ligeramente avergonzado que la impulsó a sonreír también.

—Ey… hola… —correspondió a su saludo avanzando un paso hacia ella —. Llevo como diez minutos mirando cómo se muerden las orejas.

—Y yo llevo nueve mirando cómo miras cómo se muerden las orejas.

—Mentira, acabas de salir.

—Vale, es mentira, acabo de salir —escondió las manos en los bolsillos traseros de los pantalones devolviéndole la sonrisa—. ¿Qué haces aquí?

Se lo preguntó intentando que sonara casual, pero es que le había llevado un puto zumo a la salida del hospital y aquello tenía que ser un código secreto o algo, uno que se había instaurado entre ambas sin ni siquiera darse cuenta. Zumos de «simplemente quería verte» o derivados igual de alucinantes. Alison bajó la vista a los vasos y la devolvió a sus ojos casi de inmediato.

—Le he traído un zumo a la jefa del servicio de neurología —explicó mirando de forma distraída el edificio tras ella y fue su turno para sonreír.

—Mentira, me lo has traído a mí —imitó su interacción anterior y algo por dentro le dijo «te encanta, joder».

Alison abandonó el escrutinio a las plantas del hospital y conectó sus miradas de nuevo, la vio suprimir una sonrisa a base de morderse levemente el labio inferior y se quedó un pelín enganchada al gesto.

—Toma.

La rubia le tendió el vaso, al ir a aceptarlo le rozó la mano y el contacto le hizo cosquillas en los dedos, así que tardó en cogerlo unos segundos de más, para aprovechar el intercambio al máximo.

—No lo tires cuando termines.

Alison lo dijo en el momento en que sus manos perdieron el contacto y ella examinó el vaso con el ritmo cardíaco ralentizado sin previo aviso. Algo por dentro le hizo «buf…» al encontrarse con aquellos dígitos dibujados con rotulador rojo.

—«No lo tires cuando termines». Todo un clásico —bromeó.

Al alzar la vista aquel azul estaba fijo en ella, le dio la sensación de que evaluaba su reacción y, por un momento, le pareció que estaba nerviosa, un poco en plan «espero que lo quisieras, porque si no estoy haciendo el ridículo». Alison empezó a hablar deprisa, como si llevase toda la semana planeándolo y no pudiera aguantarlo más, porque era aquello lo que quería decirle desde el principio.

—Perdona por la forma en que me fui el sábado, te dejé con la palabra en la boca.

El corazón le aporreó las costillas al oírla mencionar esa noche, porque había sido jodidamente increíble y ella estaba cansada de jugar simple y de jugar complicado, así que a lo mejor de lo que estaba cansada era de jugar a secas. De hacerse la interesante, de perseguir estrellas fugaces y de pensar en la gilipollas de Jess_92. Así que dejó de hacerlo todo de golpe y fue como volver a gritar «voy a comprarme un perrito caliente» en mitad de la puta calle. Las pulsaciones se le aceleraron al máximo, pero quería que lo supiera de todas formas y que hiciera lo que le diera la gana con ello.

—Iba a preguntarte si podía volver a verte y si te importaba darme tu número, así que estamos en paz.

La chica la miró, tal vez sorprendida por su repentino ataque de sinceridad, y ya no parecía preocupada por la posibilidad de estar haciendo el ridículo. Parecía aliviada y algo más.

—Bueno… te debo un perrito caliente —cuestionó eso de «estamos en paz» y a ella se le revolvió algo por dentro.

—Y cuatro horas de charla extremadamente interesante —aprovechó la coyuntura para pedir mucho más que un perrito caliente y al verla sonreír se vino arriba—. ¿Tienes prisa?

Alison se mordió el labio inferior, atrapando su propia sonrisa, como había hecho hacía un rato, volvió a engancharse a aquel gesto, en aquella ocasión escondía un claro mensaje no verbal que venía a decir «aunque la

tuviera lo demás puede esperar». Simple, directo y bidireccional. Tú quieres y yo quiero.

Transparente.

Bebió de su vaso de poliestireno y sabía a mango y pomelo. Igual que el que le cedió aquel día a la salida del gimnasio tras cometer la torpeza de llevar solo uno para Gail.

—Creo que es del que te gusta. Mango y pomelo.

Alison lo dijo arrugando un poco la nariz, y el gesto resultante le acarició algo por dentro. Y es que el zumo sería el mismo, pero todo lo demás le parecía jodidamente diferente.

OceanofPDF.com

16

Diez mil novecientas noventa y nueve estrellas fugaces

«¿Tienes prisa?».

Evidentemente le había dicho que no, que tenía pensado pasarse por la biblioteca luego, pero que podía esperar y Jessie había insistido en acompañarla. Así que caminaron hacia allí mientras se bebían los zumos hablando de sus autores favoritos. No fue hasta un cuarto de hora después, mientras la observaba consultar las sinopsis de algunos de los libros en la sección de novela romántica, cuando cayó en la cuenta de que no le había extrañado oírla decir que no le llamaba la atención la novela histórica. Y a Jess_92 le encantaba. Se quedó un pelín enganchada al gesto de concentración dibujado en sus facciones, se fijó en su ceño ligeramente fruncido al leer la contraportada de una de las novelas y le dieron ganas de acariciárselo con el dedo índice. Jessie alzó la vista sin previo aviso, la pilló mirándola sin ningún disimulo y le sonrió, ella se puso un poco roja y apartó la mirada fingiendo estar extremadamente interesada en una de las novelas que poblaban la estantería. La que le quedaba justo enfrente.

Oh, Señor, ¿acaso podía ser más obvia?

Más que verla la sintió aproximarse, porque mantenía la mirada fijísima en la sinopsis del libro que acababa de coger al azar, presionada por las circunstancias. Sintió el calor del brazo de la psicóloga contra el suyo, porque Jessie se acercó lo suficiente como para poder echar un vistazo a su apresurada elección y, al respirar, algunas partículas del olor de su pelo se le colaron dentro.

—¿Qué buscas? ¿Te ayudo? —Jessie lo susurró, porque estaban en una biblioteca, y a ella le encantó cómo sonaba su voz de esa manera.

—Si encuentras *La mansión de Lister Lane*, puedes pedirme lo que quieras. Llevo meses intentando sacarlo y siempre está prestado.

—Has dicho «lo que quieras» y ya no lo puedes retirar —la psicóloga lo anunció con media sonrisa traviesa y aquella nueva tipología a ella le impactó muy muy fuerte en mitad del pecho—. ¿Quién lo ha escrito?

—He dicho «lo que quieras», así que no te lo voy a poner tan fácil.

—Un desafío, me encantan —lo dijo y casi antes de terminar ya estaba consultándolo en su teléfono móvil.

—Tienes dos minutos o me llevo este, deben de estar a punto de cerrar.

—Un doble desafío, me encantan por dos.

Casi rio al verla susurrar «vamos, vamos, vamos» al teléfono, animándolo a que cargara la dichosa página.

Jessie nunca había sacado aquella faceta tonta y divertida en sus interacciones con Gail y le encantaba la novedad, le gustaba que lo bien que se lo pasaba con ella fuera tan evidente. Recordó su «iba a preguntarte si podía volver a verte», porque eso también había sido bastante obvio y volvió a derretirle algo por dentro.

Medio minuto de tortuosa espera después, Jessie desapareció de su vista escaneando estanterías y repitiendo «Susan Gordon, Susan Gordon, Susan Gordon» en aquel tono susurrado que le había gustado tanto.

Esperó el minuto reglamentario antes de abandonar el hueco entre estanterías para recorrer el pasillo central, directa a la cola y con la novela abrazada contra su pecho. Conseguir *La mansión de Lister Lane* en aquella biblioteca era un imposible, una quimera, debía de ser el título más solicitado de todo el puñetero catálogo y solo tenían un ejemplar. Siempre estaba prestado, la última vez que lo leyó tuvo que reservarlo y esperar tres meses y medio a que quedara libre. Una barbaridad.

Quedaban solo un par de personas entre ella y el mostrador de préstamos y devoluciones cuando Jessie se materializó a su lado, con la respiración ligeramente acelerada y las manos a su espalda.

—Has dicho, y te cito, «puedes pedirme lo que quieras» —dijo, y ella la miró expectante porque no podía ser que para un día que la acompañaba a la biblioteca el puñetero libro estuviera libre—. Te pido que imagines que he encontrado *La mansión de Lister Lane* y que me dejes pedirte lo que quiera.

Lo dijo enseñándole sus manos vacías y ella sonrió negando con la cabeza, aferrada aún más a su ejemplar.

—¿Qué me habrías pedido?

—No lo sé. ¿Un yogur helado?

—Creo que no acabas de entender lo realmente difícil que es encontrarlo libre.

—Vale. La inmortalidad —dijo haciéndola reír.

—¿No te gustan los puntos intermedios? —preguntó justo cuando les tocaba el turno y tendió distraída el libro a la chica del mostrador.

Jessie se apoyó de lado en la superficie del mismo para poder mirarla con comodidad y ella alzó una ceja instándola a contestar.

—¿La inmortalidad y pasarme la eternidad comiendo yogur helado?

La miró, de nuevo divertida, tras entregar también su carné de la biblioteca y Jessie le dedicó exactamente la misma sonrisa de aquella tarde

en el Tattoo Too, esa a la que Gail parecía ser sorprendentemente inmune.

—Olvida el yogur helado, ¿quieres? —pidió casi riendo mientras esperaba que se completara la transacción.

—No creo que quisiera ser inmortal en un mundo sin yogur helado.

—Pues acabas de quedarte a cero otra vez —la informó recuperando su carné y su libro.

Se despidió de la chica tras el mostrador con un más que distraído «Gracias» y echó a caminar hacia la salida con Jessie avanzando de espaldas justo frente a ella.

—Nada de inmortalidad, y nada de yogur helado —aceptó dócilmente—. Un día de estos se me ocurrirá algo perfecto de verdad y no podrás boicotearme.

Estrelló el libro contra el pecho de la psicóloga sonriéndole y Jessie lo cogió con ambas manos para facilitarle el proceso de guardar de nuevo el carné en su cartera.

***

No le había devuelto el libro a Alison, ambas se estaban dirigiendo hacia la casa de la rubia y ella se sentía increíblemente rara por dentro. Era un raro de los buenos, de los acojonantes, cada vez que conseguía hacerla reír su estómago ejecutaba una pirueta de las arriesgadas y la sonrisa le salía automática. Era nuevo, liberador, como volver a respirar a pleno pulmón y saturando al cien por cien después de haberse pasado meses enteros asfixiándose entre agobiantes «Taylor necesitaba algo más» y la sensación de no haber sido suficiente. Volvería, seguro, cuando se marchara a casa con tiempo para pensar en qué demonios hacía dejándose llevar de aquella manera, pero mientras Alison estaba cerca todos sus procesos mentales se dedicaban a ella en exclusiva sin pedirle permiso ni nada. Se habían ido rebelando uno a uno, y no sabía en qué momento se inició la insurrección, pero tras aquella noche en el Trinity empezó a hacerse evidente. Para observadores externos al menos.

Un tiempo muerto y olvidarse de que su exnovia continuaba enviándole mensajes de buenas noches cada noche. No había fallado ni una sola en casi nueve meses, era la forma que tenía Taylor de decir «sigo pensando en ti todos los días» y escocía saberlo, aunque no le hacían falta sus mensajes para estar segura. Taylor siempre pensaba en ella, hasta que dejó de hacerlo por unos minutos. Diez, quince o veinte, lo que le durase el polvo con la tal Grace. Cuatro años contra veinte minutos y parecía mentira que marcaran una diferencia tan demoledoramente gigantesca. Es que lo habían cambiado todo. Se había jugado sus cuatro años por un orgasmo y ellas solían follar casi todos los días, después de tanto tiempo seguían buscándose de aquella

manera y se encontraban cada vez y, aun así, no había sido suficiente. Le encantaba acorralarla contra la encimera de la cocina mientras su exnovia cocinaba y que Taylor le metiera mano por debajo de las sábanas en cuanto se apagaban las lámparas de las mesillas.

Y de repente llegó Grace. Comenzó a dudar de en quién había pensado Taylor cuando se dejaba acorralar y con quién se imaginaba debajo de las sábanas cuando las luces se apagaban y ya no hubo vuelta atrás. Un estúpido error y su incapacidad para creerla los millones de veces que le repitió «te quiero a ti, joder» de mil maneras diferentes. Una mala combinación y se había pasado los ocho meses más jodidos de su vida buscando una salida, olvidarla o perdonarla o las dos cosas a la vez, forzándose a avanzar aun cuando se sentía anclada al suelo. Ocho meses cayéndose y levantándose solo para caer de nuevo, hasta Stacey, hasta aquella mañana en el Starbucks y hasta la mujer maravilla.

Hasta que dejó de sentirse forzado con su compañera de piso.

—No hace falta que me lleves el libro hasta casa —Alison lo dijo intentando hacerse con el ejemplar y ella lo puso fuera de su alcance.

—No podrás salir corriendo esta vez. Sabes que no lo devolvería dentro de plazo. Hoy las buenas noches las doy yo.

—No me gustan los chantajes, pero me parece justo —concedió tras un par de segundos de reflexión.

Seguían acercándose a su piso y pensó eso de «no quiero que se acabe todavía», porque le gustaba mirarla mientras no se daba cuenta y se había pasado cinco días ideando la manera de poder verla de nuevo. Necesitaba un poco más de tiempo y una nueva cita antes de decirle adiós. Estaban a jueves. ¿Invitarla al cine el sábado sería muy precipitado?

—¿Te toca trabajar muchas tardes? —Alison se lo preguntó mientras enfilaban su calle.

—Solo cuando se me acumulan los informes. Dos o tres veces al mes.

—Tiene que ser bonito.

—Las horas extra tienen su encanto —dijo y la vio sonreír.

—Me refiero a tu trabajo. Ayudas a la gente.

Alison lo aclaró cuando llegaron a su portal y se apoyó de lado contra la fachada del edificio. Ella imitó su postura y ambas quedaron frente a frente.

—Yo solo estoy allí en horario de mañana, el trabajo de verdad lo hacen ellos. Veinticuatro horas, siete días a la semana. Y ni les pagan ni nada.

—¿Y qué haces cuando el horario de mañana te quema?

No lo dijo solo por sacar conversación, Alison lo preguntó como si realmente quisiera saberlo, rescatando la expresión que ella misma había utilizado el sábado por la noche. Le recordó a su «necesito conocerte» y eso de la reciprocidad nunca le había sentado tan jodidamente bien antes.

—Dibujo. Riley es la artista de la familia, pero a mí también me gusta

dibujar y me ayuda a desconectar.

—¿También dibujas mujeres desnudas? —bromeó y ella sonrió.

—Solo de cintura para arriba y el pelo les tapa todo.

—Artístico.

Compartieron una mirada de las divertidas, Alison bajó la suya disimulando media sonrisa, y a ella le encantó. Se le descolocó algo por dentro y buscó una nueva postura contra la pared para compensar.

—¿Qué haces tú cuando te agobias en el museo?

—Subo a la azotea con el telescopio. No es el mejor sitio para observar nada, pero me aleja de todo.

—Cinco mil años luz —dijo, paseando la mirada por sus facciones, y esbozó una pequeña sonrisa al ver que la rubia lo hacía primero.

—Desde allí los problemas casi no se ven. O importan menos por un rato.

—Es una buena forma de desconectar.

El silencio que las envolvió a continuación no llegaba a ser incómodo, pero escondía un «vale, ¿y ahora qué?» que elevó ligeramente su pulso, así que estrechó el libro un poco más fuerte contra su pecho como si aquel gesto fuera a ayudarla a mantenerlas bajo control. Alison alzó la vista de nuevo, conectando sus miradas, y ella le sonrió lo mejor que pudo, con aquella familiar sensación en la boca del estómago y con matices nerviosos.

Hacía tanto tiempo que no se sentía así que casi había olvidado lo increíblemente adictivo que era, las miradas, las sonrisas y la jodida emoción del momento. Conectar de esa forma con alguien y buscar la manera de profundizarlo un poco más. Habían pasado casi cinco años desde la última vez. Desde Taylor. Desde que Elsa se la presentó en una de las fiestas que organizaban los becarios de la facultad y su exnovia le preguntó si se creía «toda esa mierda del complejo de Edipo» tras invitarla a una cerveza. Casi cinco años, pero la forma en que Alison inhibía sonrisas a base de morderse el labio inferior la reseteaba por dentro.

—Supongo que querrás recuperar tu libro —indicó tendiéndoselo.

Tenía la intención de ponerlo fuera de su alcance en plan juguetón en cuanto la rubia hiciera ademán de ir a cogerlo, e intercambiárselo por una cita con ella para ir al cine el sábado por la noche. Alison le fastidió el plan y le aumentó aún más las pulsaciones, porque reaccionó de urgencia, como si la devolución del libro le hubiera sonado a despedida y un adiós, en ese momento, le pareciera la peor idea del mundo.

—Voy a pedir un menú al Blue C. Sushi —lo dijo deprisa y sin prestar ni un poquito de atención al libro.

Le sonó a «Voy a comprarme un perrito caliente» y a «no quiero que te vayas todavía», de repente eran sinónimos y ella una imbécil con media sonrisa boba pintada en la cara y una novela de las románticas sujeta en la mano. La rubia pareció darse cuenta en ese momento de lo repentino de su

reacción y le devolvió la sonrisa un pelín avergonzada.

—Eso de decirnos qué vamos a cenar se está convirtiendo en tradición —bromeó retirando el libro y dejando caer el brazo a su costado, Alison le golpeó el hombro con el puño y ella fingió que le había dolido.

Y de nuevo le recorrió por dentro aquel «te encanta, joder» en forma de escalofrío caliente.

—¿Te gusta la comida japonesa?

La rubia retomó el tema con cautela, como si no se atreviese a decir «quédate a cenar» directamente y quisiera llegar al mismo sitio transitando caminos más sutiles. Y eso de comer pescado crudo siempre le había dado un poco de repelús, la verdad, recordó la primera y última vez que Taylor la había arrastrado a uno de esos restaurantes nipones y no fue nada agradable.

—Me gusta la comida japonesa.

Su sistema digestivo se golpeó bien fuerte la frente con la palma abierta y exclamó un enérgico «¿pero qué cojones te pasa?». Una mentira arriesgada, pero completamente necesaria, una gilipollez, tal vez, pero es que no quería irse todavía. Alison sonrió al escucharla y ella le devolvió el gesto dejando a un lado todo lo demás. Como la vez que le dijo que sí a Chloe cuando sugirió ir a patinar en su primera cita y se hizo un esguince. Es que a lo mejor Riley tenía razón cada vez que le decía eso de que era «así de idiota».

***

Gail se había marchado aquella misma mañana a Bellingham, a un curso de masaje deportivo, no volvía hasta el domingo por la tarde y ella le había dicho que no iba a echarla nada de menos. Bromeaba solo a medias porque, aunque le encantaba compartir piso con la monitora, a veces necesitaba tiempo y espacio para desconectar de todo, monopolizar la tele, escuchar Lady Gaga a todo volumen y bailar por el salón. Cuatro días con el piso para ella sola era mucho más conveniente en los tiempos en los que tenía pareja, porque el sofá del salón resultaba sorprendentemente cómodo e ideal para los preliminares. Seguro que para follar también, pero Gail lo habría bautizado tantas veces que le daba un poco de repelús el pensar en desnudarse sobre aquellos mismos cojines.

Se apoyó de brazos cruzados contra el marco de la puerta y se permitió pasear la mirada por Jessie en su conjunto, por la forma en que, en esos momentos, curioseaba su telescopio. Solía tenerlo apuntando al espacio exterior a través de la ventana de su habitación y a ella aún le costaba trabajo procesar que realmente estaban allí, las dos solas en su piso.

—Es más grande de lo que me imaginaba —dijo la psicóloga mientras se colocaba en posición para poder echar un vistazo a las profundidades del universo—. Está más oscuro de lo que me imaginaba también.

Jessie lo añadió un par de segundos después de haber ajustado su ojo sobre el ocular y ella sonrió abandonando su posición contra el marco de la puerta y acercándose a la ventana.

—¿Tengo abierto el ojo que debo tener abierto? —bromeó justo cuando llegó a su lado, sin abandonar su empeño en intentar ver algo a través de la lente.

—No creo que tus ojos sean el problema —la tranquilizó y se rio en cuanto Jessie la miró manteniendo uno de ellos cerrados.

El jugueteo implícito en su gesto la acarició por dentro, le hizo cosquillas en la boca del estómago, la situación en su conjunto la animó a devolvérselo pasándole la palma de la mano abierta por la cara y cuando la psicóloga sonrió ella decidió centrarse en el telescopio, porque su corazón se saltó un latido. «¿Hubo química?», «Un laboratorio entero». Y es que las probetas estaban por todas partes de verdad. En Click todo empezó por Jessie y continuó por Jess_92, y en el Starbucks todo comenzó por Jess_92 y estaba continuando por Jessie. Un paralelismo inverso que dotaba de mayor credibilidad a eso de que había sido su complicada forma de conocerse y ella se moría por seguir haciéndolo. Conocerla.

—Cuando no lo estoy usando siempre lo tapo para que no se estropee la lente —explicó retirando el protector—. No entra polvo, pero se ve todo mucho más oscuro de lo que lo imaginabas. Prueba ahora.

—Vale. Localización de nebulosas, toma dos —bromeó mientras se asomaba de nuevo al ocular—. Alison, ¿te acuerdas del sábado por la noche? Cuando me enseñaste la Osa Mayor y la Osa Menor y me dijiste que los griegos veían en ellas formas de oso.

—Me acuerdo.

—¿Hay alguna constelación en la que los griegos viesen la forma de un tío a punto de tirarse a una chica en un sofá? —la escuchó preguntar a los dos segundos y frunció el ceño por lo inesperado de su interrogante.

—Estoy bastante segura de que no.

—Entonces debo informarte de que tu telescopio está orientado hacia el salón de una casa donde un tío está a punto de tirarse a una chica en su sofá.

—¿Qué? —prácticamente lo exclamó empujándola y la escuchó reír mientras ella ocupaba su lugar y acomodaba la vista al ocular del telescopio.

Oh, Cristo bendito. Es que era verdad, es que aquellos desconocidos prácticamente estaban follando con la ropa puesta y a ella se le subieron los colores todos de golpe, podrían molestarse en correr las cortinas, por lo menos, y la monitora en volver a colocar el telescopio apuntando al cielo después de dedicarse a babear cuando miraba al musculitos de turno hacer flexiones. Que se lo había dicho mil veces, joder.

—Oh, mierda, voy a matar a Gail. Lo siento —se disculpó mirando a Jessie y a su sonrisa divertida.

—Así que reincidente y pervertida —bromeó como si tuviera gracia.

—No soy ni reincidente ni pervertida y deja de mirarme así —protestó tratando de no sonreír mientras aprovechaba la coyuntura para contactar de nuevo con ella a través de un suave manotazo en su brazo—. Desde que vimos juntas *La ventana indiscreta* Gail hace esto de vez en cuando.

—Gail, claro… —lo dijo en tono de incredulidad, diseñado para molestarla.

—No seas idiota —se rio al decirlo y no pudo evitarlo.

Escucharon el sonido del portero automático en ese mismo momento y la psicóloga alzó una ceja.

—Salvada por el servicio a domicilio del Blue C. Sushi.

—No necesito que ningún servicio a domicilio me salve —replicó en cuanto ambas abandonaron la habitación y se dirigían hacia el interfono—. Pero sí que necesito comida.

—¿De qué va *La ventana indiscreta*?

Jessie lo preguntó apoyándose de espaldas contra la pared de la entrada mientras ambas esperaban la llegada del ascensor y ella imitó su postura reclinándose sobre la contraria para quedar frente a frente.

—Va de un fotógrafo con una pierna escayolada atrapado en una silla de ruedas que se entretiene observando a sus vecinos con unos prismáticos desde la ventana de su salón.

—Más barato que Netflix.

Ella sonrió de lado y bajó una octava la voz para dotarla de tintes dramáticos.

—Comienza a sospechar de uno de ellos —añadió y le gustó verla sonreír ante el cambio en su tono—. Cree que ha matado a su mujer.

—Inquietante —dijo con los ojos entrecerrados.

—Perturbador —ofreció otro adjetivo alzando una ceja.

—¿Y la ha matado de verdad? —inquirió mientras ella abría la puerta al escuchar el ascensor llegando a su piso.

—Si quieres saberlo, supongo que tendrás que verla.

Jessie insistió en pagar ella la comida, luego intentó que la pagasen a medias, al final terminó aceptando eso de «mi casa, mis normas» y la ayudó a llevar las bolsas hasta la mesa baja del salón. Tuvo que repetirse a sí misma que todo aquello estaba pasando de verdad un par de veces, como cuando Jessie le preguntó dónde guardaban los platos mientras ella sacaba los tenedores de uno de los cajones de la cocina. Es que la psicóloga estaba allí e iban a compartir menús del Blue C. Sushi. Jessie, ella y las mariposas que se empeñaban en revolotearle por dentro ante cualquier forma de interacción entre ambas.

La psicóloga le dijo «Quiero saberlo», retomando el tema de «esposa muerta: ¿sí o no?» y ella le contestó con un «Entonces supongo que tendrás

que verla» mientras cogía un par de vasos del mueble sobre el fregadero. Jessie le preguntó que si la tenía entre los más de doscientos títulos de su colección de DVD y ella sonrió por dentro. Tal vez por fuera un poco también.

Jessie, Blue C. Sushi y cine clásico. El zumo de mango y pomelo más rentable de la historia, porque la película se la sabía de memoria, así que se la pasó desgastándole las facciones a su compañía y dejándose arrastrar mar adentro por la forma en que mantenía el ceño ligeramente fruncido en señal de concentración. Salvo un par de comentarios acerca del desarrollo de la trama, Jessie guardó silencio absoluto y mantuvo su atención centrada en la pantalla.

Ganó puntos, varios puntos, porque Brook solía pasarse sus sesiones de cine parloteando de mil cosas diferentes y aquella costumbre siempre la había sacado un poco de sus casillas. Su exnovia alardeaba de su capacidad para simultanear tareas y le preguntaba cosas como «¿estás libre el viernes por la noche?» como introducción a explicarle que unos amigos las habían invitado a la inauguración de un nuevo club al mismo tiempo que ella trataba de no perderse ni una palabra del guion, porque todas le parecían igual de importantes.

—¿Qué te ha parecido tu segunda película de cine clásico? —quiso saber tras apagar el DVD, girándose hacia ella en el sofá para poder observarla.

—Sorprendentemente interesante —reconoció mientras la miraba con la cabeza apoyada sobre los cojines del respaldo del sofá.

—Lo sabía. —Sonrió satisfecha y Jessie bajó la vista a su boca y esbozó media sonrisa a su vez, como si le gustase demasiado su gesto. Solo fue un segundo, pero su mirada le hizo cosquillas en los labios—. Deberías dejarte sorprender por la magia del cine clásico más a menudo.

—Podrías sorprenderme doscientas veces más, tu estantería está al cien por cien de ocupación.

—Llevo tiempo pensando que debería comprarme otra, así que dentro de poco esa cifra podría aumentar drásticamente. Podría sorprenderte el doble —bromeó apoyando su cabeza sobre el respaldo al igual que Jessie.

Le sostuvo la mirada por unos momentos de más, permitiendo que aquel verde se perdiera en su azul, porque la película y el *sushi* se habían terminado, pero la psicóloga no parecía tener prisa por irse a ningún sitio.

—¿Estás sorprendiendo a alguien más con tu colección de clásicos? —Jessie lo preguntó tras un par de segundos y ella sonrió desviando la mirada al techo, porque el doble sentido de aquel interrogante le hizo cosquillas por dentro. Cuando regresó la vista a su verde favorito, su dueña sonreía también—. ¿A Morgan?

—No estoy sorprendiendo a nadie más con mi colección de clásicos —aclaró y la psicóloga le sostuvo la mirada en espera de la segunda parte—.

Morgan solo es… —dudó en cómo terminar la frase y al final la morena se le adelantó.

—¿Una estrella fugaz?

—¿Una estrella fugaz? —preguntó frunciendo el ceño.

—Riley y Elsa llamaban así a Gail, alguien con quien intentas dejar atrás algo importante y que sabes que no va a convertirse en nada más —explicó, supo que hablaba de Taylor y era raro estar tan segura sin que Jessie le hubiera dicho nada. Ahí estaba, jugando con ventaja otra vez—. Una forma tonta de decir «ya me das igual», y un poco estúpido, porque aún no es de verdad.

—Una estrella fugaz. Es exactamente lo que es Morgan.

—Es —la psicóloga resaltó el presente en que había conjugado la frase y a ella le pareció distinguir una tonalidad diferente en su verde favorito.

—Ha sido —se corrigió—. Fue una gilipollez y lo que necesitaba en ese momento. ¿Tiene sentido?

Jessie le sostuvo la mirada y asintió con un leve movimiento de cabeza, después desvió la vista al frente antes de volver a hablar. Y lo dijo en voz alta, pero le dio la impresión de que la psicóloga se dirigía más a sí misma que a su público externo.

—A veces necesitamos hacer gilipolleces.

La observó en silencio y se permitió pasear la vista por su perfil mientras interiorizaba su última afirmación, porque Jessie se había incluido en aquel «necesitamos» y su gilipollez se llamaba Gail, sin ninguna duda, su intento de dejar algo importante atrás o su estrella fugaz.

Su poco convencional forma de conocerse de repente había dejado de ser una razón para no querer conocerla más.

—¿Por qué necesitas hacerlas tú?

Lo preguntó en tono suave y cuidadoso, porque seguro que Taylor aún dolía y no quería hacerle demasiado daño. Jessie regresó su vista a ella y le dedicó media sonrisa triste, era la primera vez que veía una de ese tipo tomar forma en sus facciones y su corazón ralentizó los latidos anticipando que lo siguiente sería importante.

—Se llama Taylor.

—¿La chica por la que te viniste a Seattle? —lo enlazó con su respuesta del sábado por la noche en el Kastoori y Jessie respiró hondo antes de asentir.

—La chica por la que me vine a Seattle. Estuvimos juntas cuatro años, hace nueve meses folló con una de sus alumnas de último curso en su despacho del departamento y ahora a mí se me hace jodidamente raro tener que decir «estuvimos juntas cuatro años».

—Lo siento. ¿Cómo lo llevas?

—Mejor, el sábado fue la primera vez que me olvidé por completo de su

mensaje de buenas noches —admitió, y ella sonrió al oírselo decir. Jessie le devolvió el gesto y le sostuvo la mirada un instante—. ¿Por qué necesitas hacerlas tú?

Le devolvió la pregunta a pesar de que ya debía de conocer la respuesta, había sido uno de sus múltiples daños colaterales: ella y aquella chaqueta verde que le quedaba tan insultantemente bien. Al menos estaría parcialmente familiarizada con el término Jess_92 y algunas de sus ramificaciones, estaba casi segura de que Gail la habría puesto al día de sus aspectos generales.

—Seguro que algo habrás oído.

—Algo he oído, y Elsa y Riley encontraron su perfil en Click.

«Su perfil en Click», fue jodidamente extraño escucharla pronunciar aquella frase. Jessie hablando en tercera persona de Jess_92 de repente era lo más raro que había oído en su vida. En toda entera, período de gestación incluido.

—Su falso perfil en Click —aclaró términos, porque la precisión léxica a veces era así de importante.

—No era falso para ti —dijo la psicóloga y, de alguna forma, su tono implicaba un «y no tiene nada de malo» que la acarició por dentro. A lo mejor se quedó mirándola unos segundos de más, porque Jessie frunció el ceño—. ¿Qué pasa?

Sacudió ligeramente la cabeza y desvió la vista al techo.

—Nada.

Jessie no respondió, pero podía sentir su mirada fija en ella, paciente y aguantando su silencio como una campeona. Seguro que eran tácticas psicológicas para invitarla a seguir hablando sin necesidad de agobiarla verbalmente. Unos segundos de resistencia más bien pasiva y al final cedió por su propia necesidad de sacarlo fuera.

—Es muy raro estar hablando de esto contigo —dijo al conectar de nuevo sus miradas.

La morena se tomó un momento antes de decir nada, tal vez para gestionar las implicaciones de su confesión, quizá para elegir cuidadosamente una respuesta a la altura de las delicadas circunstancias. A lo mejor un poco de ambas.

—No tenemos por qué hablar de ello.

Pidió tiempo muerto en el verde de su mirada, cada vez más familiar y más suyo en exclusiva, había algo en su particular tonalidad que lo hacía «todo Jessie», cálido y jodidamente increíble, como por arte de magia convirtió aquel sofá en una zona segura o a lo mejor con ella llevaba siéndolo desde el principio. Le había contestado con un «Se llama Taylor», al igual que le respondió que sus galletas favoritas eran las de nata y almendras con pedacitos de chocolate, como si quisiera dejarse conocer y fueran

subiendo escalones.

Se estiró, recuperó su móvil de la mesa frente a ella y buscó entre sus archivos, una carpeta en concreto, con nombre «Jessie» y llena de las fotografías de Jess_92. No había tenido las narices de borrarla, al igual que no pudo eliminar su contacto cuando se le presentó la ocasión. Se limitó a cederle el aparato a la psicóloga y ella lo cogió sin cuestionar nada, apartó la vista al verla pasear su mirada por el contenido de la pantalla, decenas de fotos suyas, mientras la deslizaba suavemente con la yema del dedo.

Estúpida, se sentía muy estúpida y enfadada.

—Sí que es un poco raro —la escuchó hablar tras unos cuantos segundos de silencio.

—Siento no haberlas borrado aún.

Y quiso explicarle que, de una forma surrealista y retorcida, aquellas no eran solo fotos, que cada una de ellas escondía una historia, un momento y un contexto a los que le estaba costando un pelín decir adiós. Quiso decirle «sé que en realidad eres tú, pero yo veo muchas otras cosas» y pedirle perdón por coleccionar imágenes suyas como una jodida perturbada. Iba a intentar explicarse, pero de repente ya no hizo falta.

—Seguro que las borras cuando estés preparada.

Jessie lo dijo alzando la vista tan solo un momento, lo justo para conectar con su azul un par de segundos antes de volver a mirar el móvil, no dijo más al respecto y su silencio posterior le sonó a «tómate tu tiempo, porque no pasa nada». Solo eso y aquel sentimiento de vergüenza disminuyó a la mitad.

—Este recopilatorio está sesgado, eligió las mejores —la psicóloga lo dijo mientras continuaba pasando fotografías y a ella se le escapó media sonrisa ante la ligereza de su tono.

—Supongo que es lo que se hace cuando quieres llamar la atención de alguien —dijo aceptando el teléfono en cuanto Jessie se lo devolvió.

Admiró la fotografía que aparecía en la pantalla, en la que posaba de forma jodidamente natural con aquella camiseta negra en la que se leía «Relax», y se quedó un poco enganchada a su imagen.

—Esta es de mis favoritas, siempre he pensado que salía tan… —«increíblemente guapa», siempre había pensado que Jess_92 salía increíblemente guapa en esa imagen, pero se paró a la mitad y carraspeó mientras reubicaba cada cosa en su lugar, y miró a Jessie con las mejillas un poco más calientes que un momento antes—. Que sales muy guapa. Siempre he pensado que sales muy guapa.

—¿Podrías decírselo a Riley? Ella me regaló esa camiseta, le mandé la foto para que viese cómo me quedaba y me dijo que me quedaría mucho mejor si me tapara también la cara.

—Se lo diré —aceptó, divertida.

Al mirarla de nuevo, Jessie también sonreía, y hablar con ella de Jess_92

había dejado de ser muy raro para pasar a ser raro a secas.

—Siento mucho que te pasara eso. Y siento que cogiera mis fotos del jodido Instagram.

—Si no hubiesen sido las tuyas, Gail habría duchado con café a cualquier otra chica guapa en la cola del Starbucks.

La atmósfera a su alrededor cambió casi imperceptiblemente, igual que el verde de su mirada, como si aquella posibilidad paralela le hubiera despertado algo por dentro. Como si aquel hipotético curso de los acontecimientos no le gustara demasiado. Evidente e intenso, así la estaba mirando, de modo que casi no le hacía falta verbalizarlo, pero lo hizo de todas formas

—Entonces no lo siento tanto.

Sonó igual de sincero que lo anterior y le hizo cosquillas por dentro. Se dio permiso para simplemente mirarla y para dejarse mirar, para seguir descansando la cabeza sobre los cojines del respaldo del sofá mientras Jessie hacía lo mismo con su «entonces no lo siento tanto» colgando entre ambas. La psicóloga bajó la mirada y se le aceleró el pulso, porque sabía que la estaba paseando por su boca, se acordó de Gail y aquel «cinco horas y ni un beso».

Un beso.

Jessie conectó con su azul de nuevo, las jodidas pulsaciones se le elevaron aún más y la vista se le fue sola a sus labios. Se los sabía de memoria, pero desde aquel ángulo todo era muy diferente y mil veces más real, en tres dimensiones y a unos cuantos centímetros de distancia. Se lo había imaginado en infinitas ocasiones, pero es que la psicóloga la miraba aún mejor y el «le gustas tú» de Gail estaba por todas partes. Sobre todo condensado en el hueco que las separaba en el sofá.

Jessie se movió, un par de centímetros, sin dejar de observarla y tanteando el terreno. «Yo quiero, ¿tú quieres?» y con aquella jodida mirada le decía en silencio: «Mierda, es que quiero de verdad».

—¿Tienes Instagram?

Un nuevo boicoteo, le salió solo y sin saber muy bien por qué, tal vez porque de repente se le había venido a la cabeza un irracional «llevo siete meses muriéndome por besarte» y por la voz de Riley recordándole «folló con otra y le ha hecho polvo». A lo mejor porque le daba miedo pensar en la persona equivocada mientras la besaba. No poder dejarla atrás.

La psicóloga congeló sus movimientos, desorientada por el súbito cambio en el ambiente y seguro que un poco confusa también. Y es que las señales las había leído de puta madre, pero ella había cambiado las reglas del juego en el último momento. Aun así, la morena no dijo nada, regresó a su posición original y le sonrió de medio lado. Con mucha deportividad.

—Hacía años que apenas lo utilizaba, cuando rompí con Taylor a Riley le

pareció buena idea revivirlo y plagarlo de fotos mías con miles de *hashtags* acerca de mi orientación sexual. Quería que tuviera donde elegir.

—¿Y funcionó? —lo preguntó interesada y con el corazón aún acelerado rebotándole contra las costillas.

—No mucho —lo negó y ella frunció el ceño, alertada por un sexto sentido que ignoraba poseer.

—¿Cuántas seguidoras tienes?

—¿Qué más da? —le quitó importancia y le intrigó aún más. Jessie lo debió de notar en el gesto de su cara, porque amplió la sonrisa—. Es solo un número.

—Pero quiero saber qué número es. ¿Más de quinientas?

—Más de quinientas.

—Mil.

Elevó la cifra drásticamente esperando un «menos» de parte de su interlocutora, de modo que las cejas se le alzaron solas en plan «sorpresa inesperada» cuando Jessie le indicó que continuara subiendo con un gesto de la mano.

—Mil quinientas.

Nuevo gesto de su mano. «Más alto».

—Dos mil.

«Más alto».

—Cuatro mil.

«Más alto».

Joder, ¿en serio?

—Cinco mil.

«Más alto».

Y en ese preciso momento comenzó a plantearse la posibilidad de que estuviera tomándole el pelo, así que le dedicó una mirada de las desconfiadas, de las de ojos entrecerrados y ceño fruncido. De las que arrastraban con ellas kilos y kilos de suspicacia.

—Tienes más de cinco mil seguidoras en Instagram —lo dijo cuestionando cada una de las palabras y con un «venga ya» escondido en el recoveco de su sonrisa.

—Tengo más de cinco mil seguidoras en Instagram.

—Lo siento, pero tengo que verlo para creerlo.

Jessie le sostuvo la mirada unos segundos y después suspiró, en señal de derrota y exagerándolo hasta el extremo para hacerla sonreír. Lo consiguió, se puso a manipular su móvil y le robó un par de miradas divertidas mientras lo hacía, el corazón le latió un poco raro dentro del pecho, pero le quitó importancia, estando con ella su frecuencia cardíaca se encontraba continuamente elevada, así que más le valía ir acostumbrándose.

Treinta segundos después la morena le tendió el teléfono, ella le dedicó una sonrisa en plan «veamos qué tienes aquí», reticente a creer nada aún y con mucha desconfianza. Aceptó el aparato y la pantalla ya mostraba el perfil de Instagram de Jessie Stevens, dirigió la mirada hacia la esquina donde se contabilizaban sus seguidoras y pensó «joder» y «no puede ser» todo junto o muy seguido. Conectó con su verde favorito de nuevo y se encontró de frente con un gesto de «te lo dije», Jessie lo acompañó con un encogimiento de hombros y ella devolvió la vista a la pantalla y a aquel diez mil novecientas noventa y nueve.

—¿Tienes diez mil novecientas noventa y nueve seguidoras en Instagram?

—Tengo diez mil novecientas noventa y nueve seguidoras en Instagram.

—Joder… ¿y por qué estás aquí conmigo? Tienes diez mil novecientas noventa y nueve estrellas fugaces esperándote.

Y de repente la convicción de que una de esas diez mil novecientas noventa y nueve seguidoras de Instagram era Jess_92 se instaló en el interior de su pecho, una nueva losa de las pesadas, y le costó un poco seguir respirando con normalidad. Deslizó la pantalla hacia abajo, hacia sus cientos de fotografías, y allí estaban todas, entre otras muchas que no había visto antes. Se quedó enganchada al último selfi que le había enviado, en el que aparecía lista para salir con su chaqueta verde.

«¿Vas a portarte bien esta noche?».

«¿Alguna vez me he portado mal?».

Aquel recuerdo le ralentizó el pulso, pesaba demasiado como para que su organismo no notara la diferencia. Recorrió con la mirada el rostro plasmado en aquella fotografía y un torrente emocional en forma de «jodida mentirosa» estuvo a punto de arrollarla a lo bestia, pero Jessie, la de verdad, dijo algo que lo paró todo de golpe y en el último momento. Justo antes del impacto.

—Porque me he cansado de perseguir estrellas fugaces.

Y las pulsaciones se le dispararon de nuevo.

OceanofPDF.com

17

Un jodido despertador

Ya eran más de las doce y al día siguiente tenía que trabajar, pero no le importaba la hora. En aquellos momentos lo único que le interesaba era la forma en que Alison estaba señalando el cielo mientras decía «me estás tomado el pelo, vamos, no es tan difícil» muy cerca de su oído, presumiendo de sonrisa porque la tenía perfecta, no podía verla, pero empapaba su tono de voz.

Intentaba distinguir la Osa Mayor de la Menor, y no, no era tan difícil, al final le había cogido el truco y podía localizarlas sin excesivos problemas, pero le gustaba cuando la rubia se colocaba tras ella y señalaba los puntos de luz estirando el brazo junto a su cabeza, para que su dedo extendido quedara justo en el centro de su campo visual y le fuera más fácil ubicar los cuerpos celestes. Alison apoyaba el antebrazo sobre su hombro y sentía la tela de su chaqueta rozándole la mejilla. En esa postura, todo a su alrededor olía a ella y por eso seguía haciéndose la tonta. Se moría por recostar la cabeza sobre su hombro, tan solo plantearse hacerlo le aceleraba el ritmo cardíaco a lo bestia y le encantaba la sensación.

Llevaban por lo menos veinte minutos allí arriba, en la azotea del edificio, porque le pareció que Alison necesitaba alejarse de todo después de comprobar que todas las fotografías que le había enviado su nebulosa Ojo de Gato *online* estaban colgadas en su perfil de Instagram. Le preguntó: «¿Quieres que nos alejemos de ellas cinco mil años luz?», y a la rubia no le importó lo avanzado de la hora, a decir verdad, no la había visto mirar el reloj ni una sola vez en toda la noche. Subieron el telescopio entre las dos y Alison le enseñó los cráteres de la luna, le advirtió que la azotea de un edificio no era el lugar idóneo para jugar a ser astrónomas, pero a ella le parecía jodidamente perfecto.

La rubia se rio junto a su oído al oírla decir que era mucho más fácil localizar la constelación «el tío a punto de follar con una chica en el salón de su casa» y el corazón se le aceleró el doble al captar un aumento de adrenalina en sangre y al escuchar a sus glóbulos rojos gritando «va a hacerlo ya», «va a hacerlo ya» mientras expulsaban oxígeno por todos lados.

Y es que iba a hacerlo ya.

Recostó la cabeza sobre el hombro de Alison y el calor de su cuello le hizo cosquillas en la mejilla. La rubia se tensó en un primer momento, porque no se lo había esperado, seguro, pero volvió a relajarse casi de seguido y ella la miró desde aquel nuevo ángulo.

—A lo mejor me está resultando tan difícil aprender a localizarlas porque mi profesora no es muy buena.

Alison suprimió una sonrisa y a ella le encantó mucho. Taylor no la había roto y los responsables de elegir la canción del verano ya podían empezar a buscar nuevos temas, porque «no necesitaba besarla» había dejado de estar de moda hacía un millón de millones de años luz. Recorrió el perfil de su rostro con la mirada mientras se dejaba envolver por el calor que generaba su cuerpo tras ella.

La habría besado hacía un rato, en el sofá, con el corazón acelerado y atraída por mucho más que por sus labios. Precisamente por eso la habría besado, porque de Alison le atraían muchas más cosas aparte de su boca. Su inoportuno «¿Tienes Instagram?» le había sonado a excusa, a «para, porque no estoy segura de poder hacer esto» a pesar de que la atracción era evidentemente mutua. Le había sonado sobre todo a miedo y a la jodida Jess_92 poniéndole las cosas aún más difíciles desde su exilio voluntario.

«Bésala tú hasta que no quiera que la bese nadie más».

Y por primera vez no lo escuchó en la voz de Riley, sino en la suya propia. Increíblemente convencido y quemándole por dentro. No tenía nada que ver con Taylor, ni con Grace, tenía que ver con Alison y con su habilidad para alejarla de todo sin necesidad de usar telescopio.

—No creo que tu gigantesca incapacidad para ver sea culpa de la profesora —dijo la rubia mientras le tapaba los ojos con la mano en actitud juguetona.

De repente todo le iba a mil revoluciones por segundo y no podía dejar de sonreír, el calor de aquella palma en su cara era lo mejor que le había pasado en mucho más de nueve meses. Se giró hacia ella y Alison consiguió que sus ojos continuaran tapados con un rápido cambio del ángulo de su muñeca. Pensó que iba a besarla mientras la mantenía en la oscuridad, de verdad que sí, lo pensó y el corazón se le volvió loco dentro del pecho.

—Gigantesca incapacidad —lo repitió divertida por la ofensa y esbozando media sonrisa.

—Exageradamente gigantesca.

Escuchó la voz de Alison cerca y se le activaron todas las terminaciones nerviosas.

—Me gusta hacerlo todo a lo grande.

La oyó reír y sintió cómo la empujaba suavemente con la mano que aún tapaba sus ojos para alejarla de ella como consecuencia de su engreído comentario. El momento «alerta máxima, beso en potencia» se quedó atrás

justo cuando recuperó el sentido de la vista, pero vio el gesto sonriente de Alison y las mariposas le revolotearon dentro, porque les debía de encantar la forma de tontear de la rubia y su facilidad para acercarlas un poco más empujándola lejos. Las paradojas y su jugueteo.

—No resultas creíble en el papel de chulita perdonavidas, Stevens.

Alison lo dijo alzando una ceja y a ella aquel gesto cada vez le gustaba más. Joder.

—Tendré que buscarme otro papel entonces —dijo antes de darle la espalda para apoyar los antebrazos sobre el muro que delimitaba la azotea.

Paseó la vista por el azul oscuro del firmamento y uno de los mejores escalofríos de su vida le recorrió de arriba abajo al sentir a Alison contra su espalda, el corazón le dio un vuelco cuando la rubia apoyó la barbilla en su hombro.

—El de Jessie Stevens te queda perfecto.

Lo escuchó justo junto a su oído y las mariposas se le descontrolaron en la boca del estómago. Seguidamente la rubia imitó su postura, apoyándose a su lado sobre el muro y dedicó un par de segundos a observar el paisaje. Ella aprovechó el tiempo para recorrer su perfil con los ojos, terminó con la mirada fija en su boca y algo por dentro le dijo «despacio, Stevens», porque el «¿Tienes Instagram?» de hacía un rato había dibujado una línea sutil pero tremendamente importante.

Alison debió de sentir su vista fija en ella, porque conectó sus miradas con media sonrisa asomando a sus labios y le preguntó «¿qué pasa?», como si le encantara que pasara algo. Se entretuvo un momento de más en aquel azul, lo justo para inclinarse por el sí o por el no y al final le pudieron las ganas.

—¿Quieres ir al cine el sábado por la noche?

La rubia acentuó la sonrisa y acto seguido entrecerró los ojos, un gesto cargado de fingida suspicacia.

—¿Contigo o vas a darme otras dos entradas?

—¿Quieres venir al cine conmigo el sábado por la noche? —reformuló su proposición mientras cambiaba de postura y se apoyaba de lado sobre el muro, para poder mirarla de frente—. El Regal está reponiendo clásicos.

Al escuchar eso de «el Regal», la rubia desconectó sus miradas, desvió la suya y perdió la sonrisa por el camino. Inesperado y desconcertante, por un momento la observó sin saber muy bien qué otra cosa hacer. Cambió de pie el peso de su cuerpo, porque se había puesto un poco nerviosa de repente.

—Entrada, palomitas y bebida —describió el contenido de su oferta por si ayudaba en algo.

—Lo siento. Es justo lo que se suponía que iba a hacer con Jess_92 en nuestra primera cita, y de repente tú…

—Te propongo lo mismo con su cara y es raro —completó la frase con su fisiología entera reduciendo velocidad.

Alison debió de captar el cambio en su tono y la miró otra vez.

—Perdona, soy imbécil. Quiero ir al cine contigo, en realidad quiero ir a cualquier sitio contigo. Quiero estar en la azotea contigo de madrugada entre semana, aunque necesite dormir entre ocho y nueve horas para poder funcionar bien al día siguiente. Y me encantas en todos los sentidos. Joder, me encantas mucho. —Joder, a ella le encantaba encantarle tanto y casi se olvidó de la gilipollas de Jess_92 al oírselo decir tan a las claras—. Es mi jodido Barry Walker.

Y de repente tanto encantamiento desapareció de golpe.

Eh… perdona, ¿su jodido Barry qué? Porque hasta hacía medio segundo creía que Alison era lesbiana y en su cabeza existían tan solo dos frentes abiertos de potencial competencia: Morgan y su *alter ego online*.

—¿Barry Walker? —la invitó a aclarar aquel punto y Alison suspiró.

—Barry Walker es el primo de mi amiga Monica. Conoció a una chica, a Mandy, en una aplicación de citas *online* y se enamoró de ella y después de un año quiso conocerla y resultó ser un hombre peludo y con sobrepeso. Andy.

—Andy —lo repitió alzando una ceja.

—Andy —confirmó la rubia, con demasiada vehemencia.

—Como Mandy, pero sin m —observó y, sin saber por qué, las dos intentaban suprimir una sonrisa.

—Y sin doble x y una y. Su familia empezó a llamar a lo que le pasó «un Barry Walker» y ahora Monica lo usa de manera indiscriminada.

—Me parece injusto, te roba el protagonismo. Podríamos llamarlo «un Alison Carter» —sugirió extrañamente cómoda en mitad de aquel tema tan delicado.

—Podríamos llamarlo «tienes suerte de que me esté haciendo gracia» —lo dijo apuntándola con el dedo índice y ella se lo sujetó cerrando su mano en torno a él.

—Podríamos llamarlo «ven conmigo al cine el sábado por la noche, mi ADN tiene la doble x y la densidad de mi vello corporal está dentro de la media». —Alison le sostuvo la mirada con aquella expresión divertida iluminándole el rostro y ella se llevó al pecho la mano con la que le sujetaba el dedo, para acercarla un poco más—. Podríamos llamarlo «palomitas XXL» o «bebidas ilimitadas». Podríamos llamarlo como tú quieras, pero di que sí.

Y es que quería que dijera que sí. Quería mucho.

Alison sonrió y utilizó los cuatro dedos libres de la mano que tenía prisionera para acariciarle la suya, su corazón comenzó a bombear algo denso y caliente con mucha prisa y bajó la vista a los labios de la rubia una vez más. De repente tenía jodidamente claro qué era lo que le pediría si tuviese la oportunidad, si hubiera encontrado el puñetero libro de *La mansión de Lister Lane* en la biblioteca.

—¿Puedo poner una condición? —Alison lo preguntó colaborando en eso de acercarse.

—Si vas a decir que sí, puedes hacer lo que quieras.

—Yo dejo que me invites al cine si tú dejas que antes yo te invite a cenar.

—Eso no es una condición, es un extra.

—Aún no te he dicho dónde cenaríamos.

—Me da igual.

—Una chica fácil.

—Tu día de suerte.

La sonrisa de Alison se hizo más grande y terminó empujándola juguetonamente. Ella le soltó la mano mientras le devolvía la sonrisa, completamente inmersa en la cadencia de sus interacciones y un poco perdida en todo en su conjunto.

No tenía ni idea de qué hora era, y tampoco le interesaba consultar el reloj.

***

Hacía bastante rato que habían bajado de la azotea, comenzaron a despedirse porque era tarde y terminaron de nuevo sentadas en el sofá. A medida que pasaban las horas, aumentaban las confianzas y disminuía el radio de su espacio personal. Era «me gustas», era «tonteo», era nuevo y excitante. Mariposas en el estómago y necesidad de seguir descubriendo, ella tiraba de la cuerda y Jessie le seguía el juego, porque se lo estaba pasando igual de bien. Saber que volverían a verse el sábado le quitaba presión y le hacía cosas tremendamente interesantes por dentro.

—En el Trinity Riley dijo que tenías un tatuaje —lo dijo aprovechando uno de los pocos silencios que se producían en su conversación.

Jessie sonrió de lado, semitumbada contra el reposabrazos del sofá, y ella le devolvió el gesto desde la ventaja en altura que le proporcionaba su posición: sentada de lado para poder contemplarla cómodamente y en detalle, con el codo apoyado en el respaldo y la cabeza descansando en la palma de la mano.

—Riley dice muchas cosas.

—¿Y son verdad las cosas que dice Riley?

—Algunas sí y algunas no.

La psicóloga siguió dándole largas y ella le pegó en el muslo, reprendiéndola con un «¡Jessie!» divertido que sonó a «joder, me encanta esto».

—¿Tienes un tatuaje?

—Tengo un tatuaje.

—Quiero verlo.

—Ni siquiera me has preguntado dónde lo tengo, Carter —indicó adoptando un gesto un tanto insinuante.

—¿Va a darte vergüenza?

—Esto se ha puesto muy interesante de repente.

Jessie lo dijo alzando una ceja y su burla se perdió por el camino cuando la vio llevarse las manos al cierre de sus pantalones y soltarse el botón. Le costó un poco tragar y, al conectar con su mirada, se encontró con un verde divertido.

—¿Va a darte vergüenza?

La morena imitó su tono y mímica anteriores, y disfrutó por unos segundos de su incapacidad de réplica antes de levantarse la camiseta para dejar al descubierto parte del dichoso tatuaje, alojado a la derecha de su bajo vientre, junto a la cadera.

—Habría sido bonito, lo sé, pero vas a tener que pensar en otra cosa si quieres quitarme los pantalones —le dijo mientras se bajaba la cintura de la prenda lo justo para que el tatuaje quedara totalmente expuesto.

Suprimió una sonrisa y sintió que le quemaban ligeramente las mejillas ante aquel último comentario, se obligó a abandonar el escrutinio de su cadera y conectar con sus ojos. Mantuvo el gesto impasible todo lo que pudo y alzó una ceja en actitud fingidamente desafiante.

—¿Quién dice que quiero quitarte los pantalones, Stevens?

Joder, aquel cosquilleo en su bajo vientre, por ejemplo, pero Jessie no tenía por qué saberlo.

—¿Tu cara?

Se planteó seriamente preguntarle algo así como «¿Y qué dice la tuya?», pero sospechaba que su respuesta se parecería a «que quiero que me los quites» y no sabría manejarse en aquel posible escenario en ese preciso momento, de modo que se impuso la prudencia, y de forma coordinadamente bidireccional, además, porque Jessie también decidió frenarlo allí y bajó la vista hacia la zona donde se encontraba su tatuaje. Terminó imitándola y sonrió de lado al descubrir que la tinta formaba tres mariposas sobre aquella porción de piel al descubierto, ninguna de ellas era perfecta y a lo mejor por eso le gustaba tanto el conjunto.

—Fue uno de los primeros tatuajes de Riley. Necesitaba con quién practicar.

—¿Fuiste el conejillo de indias de tu hermana?

—Fuimos. Zoey tiene uno igual.

—Me parece un gesto muy bonito por vuestra parte.

—No le salieron tan bien como esperaba, pero Riley se lo hizo también.

—El tatuaje de las hermanas Stevens.

—Algo así —concedió Jessie echándole otro rápido vistazo a aquella

creación.

Paseó la vista por sus facciones y por la forma en la que miraba aquel tatuaje familiar. Le gustaba, joder, le gustaba lo que veía y lo que escuchaba. Le gustaba que a veces le agobiara el hospital, y lo de que no estudiara biblioteconomía de repente ya no era importante. Le gustaba que el hecho de que Taylor follara con otra la hubiese dejado hecha polvo y que no le fuera aquello de perseguir estrellas fugaces. Que nunca hubiera follado en los baños de un bar y su forma de esconder las manos en los bolsillos traseros de los pantalones cuando se ponía nerviosa. Cómo era su relación con Riley y cómo estaba empezando a ser la suya.

Se inclinó hacia ella para poder admirar mejor el diseño y extendiendo la mano para delinear el contorno de los dibujos con las yemas de los dedos, por una parte, porque su historia tenía algo especial y por otra mucho más grande, porque necesitaba tocarla, así de simple, aunque le hiciera cosquillas y le quemara. Suave y caliente. Sintió cómo la psicóloga se estremecía bajo su contacto y se le aceleraron las pulsaciones.

—Es muy tierno —dijo bajando la voz.

—¿Y sexi? —Jessie bromeaba, pero su tono era distinto al habitual.

Se tomó dos segundos de silencio para terminar de dibujar el contorno de la última mariposa con el dedo índice y la miró a ella. Tierno y sexi, pues sí, joder, porque la morena volvía a observarla de aquella forma, como si se muriera por besarla lento y a lo bestia a la vez, como si se hubiera pasado la vida entera esperando la caricia de las yemas de sus dedos sobre la sensible piel de su abdomen y no quisiera que parase todavía.

Se sostuvieron la mirada y se le encogió el estómago, suspendió el consumo de oxígeno hasta nuevo aviso y se dejó invadir por un «acércate un poco más» que le salía de dentro y se reflejaba en el verde de sus ojos. La historia del arte completa condensada en su mirada, duplicada en sus labios y seguramente en todo su cuerpo.

Sintió la mano de Jessie posarse sobre la que ella mantenía sobre su abdomen y, por un momento, tuvo la sensación de que iba a acercarla de un tirón y no estaba segura de no ir a oponer resistencia.

Confusas emociones contradictorias volvían a difuminarlo todo. Porque quería dejarse caer sobre la morena, quería besarla por primera vez en aquel jodido sofá. Quería olvidarse de otros potenciales primeros besos cargados de resentimiento y de todos los condicionales que los acompañaban. Quería y no sabía si podía.

Jessie tiró de su mano, pidiendo permiso a su azul, y suave, muy suave, la vio lamerse los labios y cambió el ritmo de la respiración. El salón se cargó de algo pesado y jodidamente envolvente, un Dolby Surround en forma de corriente caliente y electricidad. Tenía el pulso acelerado y casi se mareó un poco mientras se dejaba arrastrar por ella, colaborando al cincuenta por

ciento, pero sin estar segura al cien por cien.

Acortó las distancias un par de centímetros antes de que un insistente pitido intermitente las hiciera parar, por un momento se interrogaron mutuamente con la mirada. Dos segundos después ató cabos y pensó algo así como «no puede ser». Sintió alivio y decepción casi a partes iguales.

—Joder, mi despertador. Es mi jodido despertador.

—Tu despertador —la psicóloga lo repitió como si no comprendiera muy bien su idioma y quisiera asegurarse de estar entendiéndola bien—. ¿Qué hora es?

—Las siete.

La incredulidad comenzó a evaporarse para dar paso a algo mucho más divertido al ver la cara de Jessie.

—Oh, joder. Oh, mierda —exclamó incorporándose de golpe y con mucha prisa—. No voy a llegar a trabajar, ¿cómo demonios es ya esta hora?

Ella se tapó la boca con una mano para disimular lo jodidamente graciosa que le parecía la situación, a lo mejor a su buen humor contribuía el hecho de que se habían pasado toda la noche en blanco y jugando de la mejor manera posible.

—¿Te parece divertido? —Jessie se lo preguntó dejando escapar una sonrisa al descubrir su desesperada lucha por esconder la suya—. Mierda, Carter, si no me da tiempo a ducharme espero que asumas toda la responsabilidad.

Terminó de decirlo cuando se levantaba del sofá, le tiró un cojín a la cara transformándole la sonrisa en una carcajada sorprendida y se levantó para seguirla a toda prisa hacia la puerta de salida. Se apoyó en el marco mientras la observaba llamar al ascensor y medio segundo después el corazón se le aceleró de nuevo al verla regresar sobre sus pasos hasta quedar frente a ella.

—Gracias por la cena, por la película, por la sesión de astronomía en la azotea y por robarme mi noche de sueño reparador.

—Noche de sueño reparador por noche de sueño reparador —insinuó ella apoyando la cabeza contra el umbral de la puerta mientras le regalaba media sonrisa.

—Suena justo —dijo colocando la mano sobre la superficie del marco, muy cerca de su mejilla. De nuevo esa mirada estudiando su azul y aquella tirantez en la boca del estómago, Jessie tragó saliva antes de hablar y a ella se le secó la boca de golpe—. Ya sé lo que pediría.

Simple y conciso, convincente, la psicóloga acababa de decirlo como si estuviera segura al cien por cien. Nada más escucharlo a ella se le elevaron las pulsaciones, porque sabía exactamente de qué hablaba, y sospechaba, al noventa por ciento de seguridad, qué era aquello que estaba tan segura de querer pedir. El diez por ciento restante lo completó la forma en que la morena bajó la vista a su boca.

—Es mejor que el yogur helado —Jessie lo añadió ante su silencio, conectando con su mirada de nuevo, y casi sintió físicamente cómo su interior comenzaba a temblar.

—¿Mejor que la inmortalidad?

Jessie miró de nuevo hacia abajo, hacia sus labios y ella aprovechó para devolverle el favor.

—Estoy casi segura de que también sería mejor que la inmortalidad —admitió bajando la voz, y su forma de decirlo la acarició por dentro.

Escucharon el ascensor abrirse y Jessie desvió la vista hacia atrás, hacia el rellano.

—Se acaba el tiempo, Carter —tonteó en tono dramático volviéndose para mirarla y apoyó la otra mano en el marco del lado contrario.

—No encontraste el libro, Stevens —dijo y la empujó suavemente tras colocar ambas palmas sobre su pecho.

—Lo hice lo mejor que pude, en teoría soy una ganadora —argumentó mientras caminaba hacia atrás hasta el ascensor, sujetándole los antebrazos con las manos y dejándose llevar por su empuje.

—Y en la práctica una chica que llega tarde al trabajo —dijo obligándola a entrar en el ascensor y pulsó el botón de la planta baja.

—Mejor que la inmortalidad. —Alzó una ceja.

—Muy tarde —insistió cuando la puerta comenzaba a cerrarse.

—Mejor que una vida de las longevas por lo menos.

Lo último que vio fue aquella sonrisa alucinante respondiendo a la suya y le dieron ganas de abrazar la puerta del ascensor, porque sus intercambios le revolucionaban el cuerpo de esa manera primaria e irrefrenable. ¿Y de qué tenía miedo? Porque la noche había sido una continua oportunidad para besarla y la había dejado pasar de forma activa y pasiva, a base de jugueteos tontos y de «¿Tienes Instagram?». Jessie había convertido en evidentemente obvio lo que quería, se había cansado de perseguir estrellas fugaces de verdad. «¿Quieres ir al cine conmigo?» y «Ya sé lo que pediría», un resumen perfecto de las cartas con las que jugaba la psicóloga, bocarriba sobre la mesa, y seguro que había esperado un beso de despedida en vez de un poco más de jugueteo.

Lo pensó al meterse en la ducha, un tema de debate interno que inició mientras se enjabonaba y con título «¿De qué cojones tienes miedo?». Para cuando llegó al museo una hora y cuarto más tarde había concluido con un claro e irracional «A que, cuando me bese, no me bese ella».

Porque comenzaba a ser sorprendentemente fácil separarlas si hablaban de psicología e inventando planes alternativos, cada vez que Jessie le sonreía de formas inéditas y mientras tonteaban de una manera cualitativamente diferente a como solía hacerlo con ella. Con una voz diferente y con tatuajes que no deberían estar ahí.

Sus labios, su boca y aquel jodido primer beso que se había quedado en el aire. Tal vez el más necesitado de toda su vida. Lo había esperado prácticamente desde el principio, lo había inventado de mil maneras y cargado de sensaciones. Llevaba siete meses muriéndose por poder hacerlo realidad y de pronto le aterraba que sucediera. Que Jessie la besara de la forma en que debió hacerlo Jess_92 y volver a la casilla de salida otra vez, sin tatuajes ni profesiones diferentes y con sus mismos labios. Sin ese extra que las diferenciaba a ambas y que sentía empapando todo lo demás, que la alejaba de su Barry Walker y le hacía cosquillas por todas partes. ¿Y si todo se esfumaba en un segundo?

¿Y si mientras Jessie la besaba la sentía a ella?

***

Imitaba a Morgan de forma más bien automática y la música que acompañaba aquella clase de *body combat* la sentía lejana y como fondo de pensamientos que nada tenían que ver con aquel deporte. Tenían que ver con la conversación de Whats-App que la esperaba en su teléfono móvil, esa que Jessie había iniciado hora y media después de despedirse en su rellano, la había estrenado con la foto de un recipiente de café y la siguiente dedicatoria: «Por tu culpa voy a necesitar tres o cuatro de estos si quiero sobrevivir hoy». Le había contestado con una imagen similar y un «yo necesitaré cinco o seis, así que debería darte vergüenza». Y al final lo habían conseguido, sobrevivir al viernes, tirando de siesta después de comer, eso sí, ella se había levantado para ir al gimnasio y Jessie para salir a correr con Riley y acompañarla después a que se agujerease la lengua.

Hablar con ella por WhatsApp también era distinto, cada vez que se encontraba con una notificación suya se le aceleraba la vida entera y se le acentuaban las ganas de pedirle «promete que me besarás diferente», porque se moría por besarla, pero necesitaba garantías imposibles. Sentía la mirada de Morgan fija en ella, la mayoría de los asistentes a la clase estaban empezando a odiarla un poquito, desde su encuentro sexual en la piscina la atención de la monitora se había centrado en ella de forma casi exclusiva para disgusto de sus múltiples pretendientes. De repente tenía la seguridad absoluta de poder calmar a las masas con un convencido «tranquilas, que no va a volver a repetirse».

En cuanto terminó la clase se acercó a la esquina donde había dejado aparcada la sudadera con el móvil dentro del bolsillo. Solía dejarlo en una de las taquillas del vestuario, pero aquella tarde se había dedicado a intercambiar mensajes con la psicóloga mientras pedaleaba. ¿Como cuando en el instituto se arriesgaba a que le confiscaran el móvil porque no podía dejar de hablar con su primera novia? Pues la misma sensación, es que Jessie

le estaba gustando mucho y muy rápido. Intenso y en plan adolescente. Deprisa y a su estilo.

Como una idiota.

«Jessie Stevens»
Última conexión 19:58
ALISON: ¿Tú también vas a hacerte un *piercing* en la lengua?
JESSIE: ¿Por qué? ¿Te gustaría que me hiciera un *piercing* en la lengua?
JESSIE: Alerta *spoiler*… digas lo que digas mi respuesta será «Ni en un millón de años».

Sonrió al leer el mensaje e iba a responder algo así como «Alerta *spoiler*: no me gustan los *spoilers*», pero la voz de Morgan a su lado la sobresaltó impulsándola a levantar la mirada de la pantalla.

—Que sonrías así mientras miras el móvil no me beneficia en nada si no te he mandado ningún mensaje.

—Podría estar hablando con mi madre.

—Sería perturbador que miraras así una conversación con tu madre. —Arrugó la nariz—. Es una putada, porque todavía sigo pensando que nuestra noche en la piscina fue alucinante, pero prefiero pensar que hablas con Jessie.

Sonrió casi sin quererlo, primero porque aquella calificación de su noche en la piscina era halagadora cuando menos, y segundo, porque sí que estaba hablando con Jessie.

—Nuestra noche en la piscina fue alucinante —admitió ante todo y Morgan sonrió de lado al oírla—. ¿Y por qué debería estar hablando precisamente con Jessie? —curioseó mientras se colocaba la sudadera.

—Bueno… todo esto empezó cuando apareció ella —lo dijo señalándolas a ambas alternativamente en vez de decir «lo nuestro»—. Y justo antes de pasar de ella, Gail estaba cabreadísima porque la chica no hacía más que preguntarle por ti.

—Hablo con Jessie —confirmó apoyándose de lado contra la pared y Morgan hizo lo mismo frente a ella con una mueca de fastidio—. No pongas esa cara, sabes que esto no habría llegado muy lejos.

—No quería que llegara muy lejos, Carter. La piscina está aquí al lado —insinuó en tono divertido—. Espero que ella pueda ayudarte a dejar de pensar de forma más… permanente.

—Estamos en ello.

—Gail dice que besa de puta madre, pero si lo demás no lo hace igual de bien solo tienes que decirlo.

La monitora bromeaba a medias y ella sonrió, con bastantes mariposas revolucionándole el bajo vientre ante la perspectiva de descubrir si Jessie

hacía todo aquello tan bien como suponían.

—Confío en el sexto sentido de Gail para estimar las capacidades sexuales de sus pretendientes —dijo alzando una ceja, divertida por la chulería con la que Morgan alardeaba de sus propias capacidades—. Dice que Jessie tiene que follar igual que besa: de puta madre.

La monitora sonrió y cambió de postura, posicionándose frente a ella y apoyando las manos sobre la pared, una a cada lado de su cabeza. Joder, como sus fans locas estuvieran mirando era altamente probable que la esperaran a la salida para quitársela del medio. Tonteando y sudada Morgan era el doble de sexi, por eso era tremendamente interesante el hecho de que aquella situación estuviera acelerándole las pulsaciones solo a la mitad de potencia. Mierda, Jessie había conseguido revolucionarla el doble con un simple «Ya sé lo que pediría», la psicóloga la removía por dentro de forma muy diferente a como lo hacía su monitora de *body combat*.

Morgan era solo eso: una simple estrella fugaz.

—Eso espero, porque contigo no se puede follar de otra manera, Carter.

Lo dijo mirándola de arriba abajo con descaro y al encontrarse de nuevo con sus ojos sonrió de aquella forma tan insultantemente insinuante, ella la empujó con suavidad, colocando las manos sobre su pecho.

—Disimula un poco, Morgan, tus *groupies* me la tienen jurada.

—Diles que te den un respiro, no tienes la culpa de ser tan jodidamente sexi —dejó caer mientras se alejaba—. El lunes me dices si el sexto sentido de Gail funciona de verdad.

Morgan le guiñó un ojo antes de salir de la clase y ella negó con la cabeza suprimiendo una sonrisa antes de abrir de nuevo la conversación con Jessie.

«Jessie Stevens»
Última conexión 19:58
ALISON: Déjaselos a Riley, a ti no te pegan.

Iba a salir de la aplicación dispuesta a dirigirse al vestuario y recoger sus cosas cuando le llegó la notificación de entrada de un nuevo mensaje en la conversación con Gail. A decir verdad, llevaba esperándolo desde hacía unas horas, más concretamente desde que le había escrito para informarle de su noche en blanco con Jessie. Suponía que la monitora estaba metida en aquel dichoso curso y no había podido consultar el móvil en toda la tarde.

«Gail»
En línea
GAIL: Sigo en clase, pero tengo que saberlo.
GAIL: ¿Cómo folla? ¿Dónde tiene el tatuaje? ¿Cómo folla?
ALISON: Tiene tres mariposas en la cadera.

GAIL: Estoy rodeada de gente. pero imagina que estoy babeando mucho.
GAIL: ¿Cuántas veces te has corrido?
ALISON: Ninguna.
GAIL: Inesperado. ¿Tan mal lo hace?
ALISON: No lo hemos hecho.
GAIL: Inesperado al cuadrado. ¿Qué demonios os pasa?
GAIL: ¿La casa para vosotras solas y os habéis pasado la puta noche contándoos secretitos?
GAIL: Al menos dime que besa de puta madre.
ALISON: No nos hemos besado.
GAIL: Se acabó.
GAIL: Mandaré a alguien a por mis cosas.
GAIL: No puedo seguir compartiendo piso con la puta vergüenza de la humanidad.
ALISON: No seas gilipollas, tengo miedo.
GAIL: ¿Miedo de qué? No muerde.
GAIL: Bueno… sí muerde, pero jodidamente bien.
ALISON: No quiero besarla y pensar en ella.
ALISON: No quiero que se vaya todo a la mierda.
GAIL: Esa chica te ha quitado las bragas comprándote un puto zumo, Alison.
GAIL: Cuando la beses te va a dejar tan mojada que solo vas a pensar en follar con ella en plan cavernícola.
GAIL: Está muy jodida y agilipollada contigo.
GAIL: Es una mala mezcla si no tienes las cosas claras.

Su primer beso, todo giraba en torno a la utopía en que convirtió su primer beso con Jess_92, en su cuenta atrás hacia la nada. Giraba en torno a lo que había deseado durante seis jodidos meses y al final no pudo ser. Jessie no se merecía que ella la besara mientras pensaba en otra persona. Es que Gail tenía razón y si no estaba segura, aquello era una mala mezcla, pero se moría por volverla a ver.

ALISON: Me muero por volver a verla.
GAIL: Y yo por que te dejes besar de una jodida vez.
GAIL: Olvídate de la gilipollas de Jess_92.
GAIL: Seguro que Jessie te quita el miedo muy bien.

Y seguro que sí, seguro que con Jessie sería el doble de alucinante, a juego con aquella tormenta eléctrica que le recorría cada vez que estaban juntas y la psicóloga trataba de acercarse un poco más.

Pues olvídate del miedo y deja que llueva, Alison, joder.

Dale la oportunidad de mojarte entera.

Es que si dejaba a un lado aquel miedo irracional, se moría por hacerlo y seguro que a Gail le encantaría la metáfora.

***

«Alison»
Última conexión 20:08
ALISON: Déjaselos a Riley, a ti no te pegan.
JESSIE: Aún no sé muy bien lo que te gusta. ¿Debería ofenderme?

Despegó la vista del móvil y se encontró con aquel verde prácticamente idéntico al suyo fijo en ella. Riley la miraba con media sonrisa y fue entonces cuando se dio cuenta de que ella también estaba sonriendo.

—Déjamelos a mí, a ti no te pegan —señaló, y ella le golpeó el antebrazo mientras escondía el teléfono. La muy mema se rio—. Venga, no te enfades, Jess.

—Pues no leas mis conversaciones privadas.

—Entre hermanas no hay conversaciones privadas.

—¿En serio? Entonces no te importará que eche un vistazo a las tuyas.

Trató de quitarle el teléfono que sostenía entre sus manos, pero Riley lo puso fuera de su alcance y la alejó de ella plantándole la mano abierta en la cara.

—Esas conversaciones son demasiado fuertes para ti. Además, está claro que necesitas supervisión. ¿Una noche entera a solas en su piso y ni un beso, Jessie? ¿Ni un poquito de magreo en el sofá? ¿Estás muerta de cintura para abajo?

—No seas gilipollas.

Se hizo con uno de los archivadores colocados sobre la mesa de la sala de espera, similares a los que tenía Riley en el Tattoo Too, pero menos impresionantes.

—No te enfades, hace cinco años que no tienes que ligar con nadie, estás desentrenada —la consoló su hermana cubriéndole el hombro con la palma de la mano.

—A lo mejor es eso —dijo un pelín desanimada, pasando las hojas del archivador sin verlas en realidad.

—¿Y esa cara? Llevas toda la tarde sonriendo como una tonta.

—Sí que intenté besarla.

—¿Y Alison se dio cuenta? Porque a veces eres demasiado sutil.

—Se dio cuenta. Se dio cuenta y me frenó —admitió decepcionada y devolvió la vista a los diseños del archivador.

—¿Cómo que te frenó?

Su hermana lo preguntó como si fuera lo más extraño que nadie le había dicho nunca. Como si a ella nunca le hubiese pasado algo tan extraordinariamente fuera de lo corriente y la hizo sentir un poquito peor.

—Que no quiso besarme, Riley, punto. —Endureció un poco el tono—.

Nos pasamos la noche tonteando y me dijo que yo le encantaba en todos los sentidos, pero cada vez que intentaba acercarme más me frenaba y es bastante confuso. A lo mejor tienes razón y estoy haciéndolo mal o a lo mejor tengo razón y sigue pensando en Jess_92.

Dejó el archivador de nuevo sobre la mesa y se cruzó de brazos. Riley le pegó con la mano abierta en la cabeza y ella protestó sorprendida y molesta a partes iguales.

—Tú estabas dispuesta a presentarte en plan acosadora en la puerta de su trabajo y ella se te adelantó. Se tomó las molestias de enterarse de dónde y cuándo podría encontrarte y se presentó allí con tu jodido zumo favorito en la puta mano, os habéis pasado la noche juntas y lleváis el día entero conectadas en WhatsApp sin dejar de decir gilipolleces de las radioactivas. Es jodidamente evidente que a esta necesitas besarla, Jess. Así que mañana la besas y punto. O te lo devuelve o te da una bofetada y se acabó la confusión.

Un beso de vuelta o una bofetada.

Apoyó la parte posterior de la cabeza contra la pared y se cubrió la cara con las manos soltando un suspiro frustrado.

—Me gusta. Me gusta mucho, Riley. No quiero cagarla.

—No vas a cagarla, Jess. A las chicas les encanta besar a las hermanas Stevens.

Lo dijo acompañando sus palabras con su habitual chulería y con una sonrisa de las engreídas, esas que le quedaban tan bien. Estaba acostumbrada a la desbordante confianza que su hermana tenía en sí misma, pero había algo en el conjunto de aquella afirmación que le chirrió bastante.

—¿A las chicas les encanta besar a las hermanas Stevens? —lo repitió mirándola con el ceño fruncido, Riley le sonrió de lado y ella alzó una ceja —. A las chicas.

La sonrisa de su hermana se hizo un poco más grande, en plan «créetelo, nena» y todo era bastante evidente de repente. Ya había abierto la boca para preguntar a qué chica le había encantado besar a su hermanita pequeña, pero una voz femenina la interrumpió entonando un «Riley Stevens» a un par de metros de ellas y las dos miraron en su dirección.

Castaña y con unos pantalones de cuero negro que le quedaban francamente bien, aquella camiseta holgada no tenía mangas, de modo que sus tatuajes podían apreciarse a simple vista. Tenía un *piercing* en la nariz, una bonita sonrisa que en aquellos momentos dirigía a su hermana y Riley ya se había levantado del asiento. La sonrisa de aquella chica se hizo un poco más grande cuando se acercó a ella y toda la situación desprendía una familiaridad que excedía los límites del esquema de relación profesional-cliente.

Se limitó a observar cómo aquella castaña sujetaba a Riley por el cuello

de la camiseta en cuanto la tuvo a su alcance, la acercó a ella de un tirón y atrapó sus labios en un beso jodidamente intenso y muy poco apropiado si era la primera vez que se veían. Joder, en trato cercano con la clientela aquel local superaba el sobresaliente a base de lengua y a ella casi se le abrió la boca de la impresión. Su hermana pequeña no solo se dejó besar por aquella profesional de la perforación corporal, sino que durante unos cuantos segundos se dedicó a devolvérselo con muchas ganas.

La profesional de la perforación corporal terminó separándose de los labios de su hermana y esbozó una sonrisa jodidamente sexi antes de morderse el labio inferior.

—Estaba casi segura de que ibas a echarte atrás en el último momento, Stevens.

—¿Estás de coña? Mi lengua te tiene muchas ganas.

—Pues dile a tu lengua que se relaje, porque si no va a dolerle más. —Y una nueva sonrisa que dejaba bien claro que ella también le tenía muchas ganas a la lengua de su hermana—. Vamos, valiente, va a merecer la pena.

La profesional de la perforación corporal se giró sin soltar la camiseta de Riley y tiró de la tela para que la siguiera. Su hermana lo hizo encantada, sin oponer resistencia, y se volvió hacia ella mientras se dejaba arrastrar, con una sonrisa de las doblemente engreídas tomando forma en sus labios. Le enseñó la lengua, formando el signo de la victoria con los dedos de la mano, y después le guiñó un ojo antes de que ambas desaparecieran por la puerta.

Y sí, parecía que a las chicas sí que les encantaba besar a las hermanas Stevens.

OceanofPDF.com

18

Beso o bofetada

«Alison»
Última conexión 19:40
JESSIE: ¿*Look casual*?
JESSIE: ¿*Look* comida en casa de los padres de tu novia por primera vez?
JESSIE: ¿*Look* cena de etiqueta en la Casa Blanca por el cumpleaños del presidente?
ALISON: *Look* casual comida con los padres de tu novia en la Casa Blanca.
ALISON: Por primera vez.
JESSIE: *Look* ceno yo sola, porque son las siete y media y Jessie no sabe qué ponerse aún.
JESSIE: ¿Tienes algo de eso en tu armario?
ALISON: Pijama, bata de cuadros y zapatillas de las calentitas con forma de perrito.
JESSIE: Suena cómodo, mis zapatillas calentitas tienen forma de oveja, ¿sirven?
ALISON: ¿Tienen orejas?
JESSIE: Dos cada una, cuatro en total.
ALISON: Entonces sí.
ALISON: Pero creo que nos mirarían raro al entrar al cine.
JESSIE: Esperamos a que apaguen las luces y nos ponemos en la última fila.
ALISON: Tentador.
JESSIE: ¿Te lo estás pensando? Porque tengo mi bata de cuadros aquí mismo.
ALISON: Me lo pienso mientras me maquillo vestida con un *look casual*.
JESSIE: Vas a ir al infierno.
ALISON: Pues date prisa, porque no quiero llegar tarde.

—Ya lo oís, necesito un *look casual* —exigió tirando el móvil sobre la cama.

Cayó justo al lado de Elsa, que se encontraba sentada a los pies de la misma y casi golpeó la pierna de Riley, tumbada consultando su propio móvil, ajena al hecho empíricamente comprobable de que se le agotaba el tiempo.

—Vaqueros, camiseta de Queen y chupa de cuero —su hermana lo dijo como si fuera lo más obvio del mundo, pronunciándolo un pelín raro a causa

de la hinchazón de su lengua.

—No tengo ni camisetas de Queen ni chupa de cuero —aclaró y la vio encogerse de hombros en plan «entonces no puedo ayudarte, lo siento», así que volvió la vista a Elsa.

—Vaqueros, la camiseta gris que te regalé por tu último cumpleaños y la chaqueta verde.

Experta en economía y en moda, mientras conjuntaba hablaba con Zack por WhatsApp y, si se lo pedías, te hacía la raíz cuadrada de dos mil quinientos cincuenta y tres sin necesidad de papel ni boli. Elsa Dixon era su mejor amiga por algo.

—Gracias, Elsa. Tú sí que eres una ayuda —lo dijo alto para que Riley lo escuchara y sonrió al ver a su hermana enseñándole el dedo medio sin levantar la vista del móvil—. ¿Estás hablando con tu taladradora?

—Se llama Violet —Riley lo aclaró y Elsa se volvió para mirarla.

—¿La que te hizo el *piercing*?

Ella intercambió una mirada divertida con su hermana ante la confusión de la castaña antes de ponerse a registrar el armario en busca y captura de los artículos de ropa elegidos por su estilista personal.

—Y la que lo va a disfrutar —alardeó Riley.

—Tendrás que aprender a pronunciar las erres primero —se burló de ella mientras se ponía la camiseta con cuidado de no estropearse el maquillaje.

—Gilipollas. Me vale con que las pueda pronunciar ella. Va a gritar Riley bien alto.

Cuando pronunció su propio nombre no le salió bien el sonido de la erre y Elsa y ella se rieron, porque les había hecho gracia y porque querían molestarla. Ambas eran razones válidas y poderosas, y Riley intentó decirlo de nuevo para callarles la boca, consiguió el mismo resultado, ellas volvieron a reír y bufó frustrada dándolas por imposibles.

—¿Desde cuándo quieres hacer gritar tu nombre a las chicas, «Diley»?

Elsa lo preguntó con curiosidad y mala leche, y su hermana le propinó una patada en la cadera, eso sí, sonriendo.

—Desde que le toqué el pelo a la chica a la que Jessie quiere hacer gritar su nombre bien alto.

—¿Y cómo conociste a esa chica? —cotilleó la castaña.

—En Click. Fue una de las cientos de interesadas que acudieron en masa en cuanto me cambié las preferencias a «busca chicas a las que les gusten las chicas». ¿Quieres verla? No tiene puesto al jodido Saturno de foto de perfil.

—A todas nos sale bien Click… menos a Alison —reflexionó Elsa sin prestar mucha atención a Riley.

—Alison es a la que mejor le ha salido, porque al final se lleva a Jessie, y mi hermana le da mil vueltas a la gilipollas de Jess_92.

Riley lo dijo convencida mientras buscaba el perfil de Violet en su móvil,

y ella la miró con media sonrisa y una súbita oleada de afecto por aquella imbécil adorable y su lengua agujereada. Recuperó la chaqueta verde de una de las perchas del lado del armario dedicado a chaquetas y cazadoras y se la colocó para evaluar aquel *look casual* en su conjunto. Miró a su reflejo a los ojos y respiró hondo.

—Beso o bofetada, allá vamos.

—Besos y polvo salvaje —la animó Riley mientras ponía la foto de perfil de Violet frente a la cara de Elsa.

—Riley, no voy a enseñarte una foto de Zack —aclaró la castaña tras tratar de apartar el móvil de su vista sin mucho éxito.

—¿Por qué no? —su hermana lo exclamó ofendida y frustrada.

—Porque no es muy guapo y no quiero que te metas con él —Elsa lo dijo sin tapujos y Riley abrió la boca más ofendida aún.

—¿Desde cuándo me meto yo con la gente atractivo-deficiente? Jessie, dile lo increíblemente atractivo-deficiente que es el jodido Arnold y lo poco que me meto con él.

—Lo llamaste «agujero negro» hasta que papá te amenazó con desheredarte el día que se casó con Zoey —se lo recordó encaminándose hacia el baño para echarse colonia.

—Joder, tiene el hoyuelo más grande que he visto en los días de mi vida en mitad de la barbilla, era «agujero negro» o «cara de culo» y «agujero negro» me parecía mucho menos denigrante. En serio, es tan acojonantemente grande que podría constituirse en estado independiente.

Esto último se lo dijo a Elsa, la empujó haciéndola caer sobre el colchón de nuevo, pero se levantó dispuesta a salir del piso en cuanto ella se marchara.

—Estoy bastante segura de que tiene su propia gravedad —insistió siguiéndolas a ambas hacia la puerta de salida—. ¿A qué hora vas a volver?

—¿En serio piensas quedarte a dormir? —inquirió mientras comprobaba que había cogido las llaves.

—Les prometiste a papá y a mamá que me cuidarías si me mudaba aquí.

—Sí. Si te ponías enferma o si te atropellaba un coche o cualquier otro vehículo de motor.

—Estoy enferma —lo dijo poniendo cara de pena y enseñándole la lengua.

Suprimió una sonrisa al verla, porque si Riley se quedaba en casa un sábado por la noche, quería decir que aquello le molestaba de verdad.

—Nada de chicos, nada de chicas y no hagas ruido a partir de las diez —le recordó aquella importante normativa—. Intenta comer cosas frías, tienes helado de dos o tres tipos diferentes en el congelador.

—¿De menta? —Alzó las cejas esperanzada.

—La tarrina entera —la complació arrugando la nariz en el proceso.

Riley y el helado de menta, un amor incomprendido en el seno de la

familia Stevens, aun así ella era una chica de mente abierta e intentaba tener siempre una tarrina de ese sabor en el congelador.

—Eres la mejor hermana del mundo —Riley lo exclamó mientras la estrechaba en un efusivo abrazo y ella le dio unas cuidadosas palmaditas en la espalda, tratando de mantener el maquillaje en su sitio—. No estés nerviosa, todo va a ir de puta madre. Si al final folláis, no tengas prisa por volver, me pones un wasap —lo dijo emulando a su madre y liberándola de su abrazo.

—Riley… no vamos a follar hoy.

—Uno cortito, tipo «estoy de suerte» o «happy sex hours» y ya me duermo tranquila.

Lo último que vio antes de entrar en el ascensor fue a Riley despidiéndose de ella moviendo su lengua agujereada de forma claramente obscena entre los dedos frente a su boca.

Un silencioso «folla con ella, anda».

«Y me pones un wasap».

***

A lo mejor era una gilipollez, pero lo sentía crecer a su alrededor y por dentro también, Jessie había llegado puntual a pesar de todo, ella la estaba esperando en su portal y le salió solo eso de saludarla con un abrazo, fuerte y prolongado unos segundos de más por parte de las dos. Sus brazos cerrados en torno al cuello de la psicóloga y los de Jessie rodeándole la cintura habían sido el mayor contacto entre ambas hasta la fecha y ni se molestó en disimular mientras se llenaba los pulmones con el olor de su pelo. Estaba bastante segura de que la morena hacía lo mismo al otro lado, y el sentir cómo Jessie acomodaba la barbilla sobre su hombro le generó cosquillas calientes por dentro. Es que de repente aquella era la postura más cómoda de todo el jodido universo.

—El *look casual* te queda muy bien —lo escuchó junto al oído, aún dentro de aquel abrazo, y la cercanía de su voz la hizo estremecer.

Unos vaqueros, una camiseta blanca y suelta y un cárdigan largo de tono tostado. Nada del otro mundo en su opinión, pero, al llegar, Jessie la había mirado como si fuera el conjunto más increíblemente alucinante que había visto nunca y, ante la expresión condensada en aquel verde, ella se había sentido como si realmente lo fuera.

—Deberías verme con el «ceno yo sola, porque Jessie no sabe qué ponerse».

Respiró de nuevo a la morena antes de separarse lento y sin muchas ganas, dejó las manos apoyadas sobre sus hombros y sintió las de Jessie descansando en su cintura.

—La próxima vez.

Jessie simplemente continuaba su broma, pero sonó a que quería que hubiera una próxima vez de verdad, incluso antes de saber cómo acababa la presente, y ella tampoco necesitaba saberlo para estar segura de que quería lo mismo, así que le devolvió la sonrisa.

—A lo mejor la próxima vez quiero repetir *look casual*. Porque a ti también te queda muy bien.

Mientras lo decía acarició su chaqueta, deslizando las palmas de las manos por las mangas. Aquella famosa chaqueta verde de repente parecía diferente y le sentaba mejor, olía a ella y era jodidamente agradable al tacto. Debería haberle recordado a otra persona, pero estaba demasiado ocupada como para ponerse a hacer memoria y Jessie se dejaba acariciar como si le encantara que lo hiciera.

—La bata de cuadros me queda aún mejor.

—Voy a necesitar pruebas gráficas que lo demuestren —exigió, dejando que su mano rozara la de la psicóloga tras terminar de acariciar una de las mangas de su chaqueta.

—Gánatelas esta noche —dijo devolviéndole el gesto.

Las yemas de sus dedos dejaron un rastro caliente de cosquillas en su palma y sus ojos parecían el doble de verdes enmarcados en aquel maquillaje, la estaba mirando a ella en exclusiva y simplemente eso ya era mejor que el yogur helado y una vida de las longevas todo junto.

—De acuerdo, ¿puedo empezar ya? —preguntó alzando una ceja repentinamente emocionada y Jessie sonrió, seguramente ante su inesperado arranque de energía.

—Veo que no eres de las que pierden el tiempo.

—Es que quiero esas pruebas gráficas de verdad —admitió, la tomó de la mano y tiró de ella—. Vamos.

Jessie acentuó su sonrisa dejándose arrastrar y le gustó ver cómo fruncía el ceño cuando cayó en la cuenta de que se dirigían a la entrada del Fogón, la psicóloga le había dicho que era su restaurante favorito de todo Seattle y ella había reservado mesa el día anterior. Un buen comienzo para eso de ganarse esas pruebas gráficas. Seguro que la impresionó bastante con eso de «tenemos reserva a nombre de Alison Carter», porque, una vez sentadas frente a frente, Jessie la observó con una de esas sonrisas de lado y un brillo especial en la mirada, el gesto en su conjunto se traducía en un «no me lo esperaba y me encanta».

—Creía que no te gustaba la comida mexicana —dijo la morena y ella sonrió haciéndose con la carta y paseando las vista por los distintos platos, a los dos segundos conectó con sus ojos de nuevo y Jessie alzó una ceja—. No la has probado, confiésalo.

—Sí que la he probado. Una vez.

—¿Y qué comiste?

—Chiles rellenos, con salsa extrapicante.

—Guau… empezaste fuerte —Jessie sonrió con el ceño fruncido, y a ella cada vez le gustaba más cómo le quedaba aquel gesto.

—No me gusta el picante.

—Pues creo que no elegiste bien.

—Dejé que pidiera Brook, mi exnovia, porque yo no tenía ni idea y le pareció muy gracioso pedirme uno de esos a pesar de que sabía de sobra que odio el picante.

—Y por eso ahora es tu exnovia.

—Por eso y porque un par de meses después me cambió por un musculitos del Zum Fitness.

—Suena genial como pareja, siento mucho tu pérdida —dijo la morena y consiguió hacerla sonreír—. ¿Cuánto hace de eso?

—Un año y medio.

—Pues un año y medio después tienes una segunda oportunidad con la comida mexicana.

Lo dijo en un tono tan entusiasta que casi consiguió que el ir a probar de nuevo ese tipo de cocina le pareciese una buena idea. Eso de «una segunda oportunidad» le sonó a mucho más que a un par de burritos y un poco de guacamole y dejó que su forma de mirarla la sacudiera un pelín por dentro.

—¿Confías en mí para que te elija el menú? Prometo evitar el picante —la psicóloga lo propuso colocándose la mano abierta sobre el corazón para darle más seriedad a su compromiso y ella la miró sopesando aquel ofrecimiento.

—Confío en ti —concedió con media sonrisa.

—Un burrito, sin picante, y nachos con queso y guacamole. Es lo básico. ¿Qué te parece para tu reiniciación?

—Me parece que le daré una oportunidad —concedió y Jessie sonrió satisfecha dejando la carta en la mesa de nuevo.

Casi de inmediato un camarero acudió a tomarles nota y ella se limitó a asentir a todo lo que iba pidiendo la morena, mirándola embobada mientras pensaba «joder, ¿cómo puede ser tan guapa?» para sus adentros.

—¿La echas de menos? —Jessie lo preguntó cuando ambas se quedaron a solas a la espera de su comida.

—¿A Brook?

—Y al picante. —Y ella le propinó una patadita por debajo de la mesa.

—Casi más al picante que a ella. Mirándolo con distancia no fue una buena relación.

—¿Qué tenía de malo?

—Que yo estaba más enamorada que ella y que nunca me hizo sentir

segura del todo.

—¿Qué tenía de bueno?

—Cuando Brook quería podía hacerme sentir muy bien. Y el sexo. El sexo era alucinante.

La psicóloga se rio al escucharla y ella sonrió, porque aquel sonido se estaba convirtiendo en uno de sus preferidos, y ser su causa en una adicción de las serias. Ambas rompieron el contacto visual para darle las gracias al camarero cuando este dejó sobre la mesa el par de cervezas que habían pedido y dos vasos. Al volver a mirarla, Jessie aún sonreía y le gustó verla empezar la cerveza bebiendo directamente del botellín.

—Ambos puntos son importantes —dijo la morena tras el primer sorbo.

—Sobre todo el primero —matizó, Jessie alzó una ceja y a ella se le escapó media sonrisa—. Y el segundo. Ambos puntos son importantes.

Se lo pensó un momento, sopesando si sería buena idea profundizar en el tema, y al final decidió que sí, principalmente porque necesitaba saberlo. Su particular versión del «¿A Morgan?» de la psicóloga, y estaba segura de que Jessie se moría de ganas por saber más cosas acerca de Jess_92. Una de las dos debía ser la encargada de romper el hielo, así que dio un paso al frente.

—¿Tú la echas de menos?

Se dio cuenta de la trascendencia que tendría la respuesta de Jessie a medida que formulaba la pregunta y casi contuvo la respiración en espera de que la psicóloga contestara.

—Llevo nueve meses preguntándome eso mismo. Y en realidad no sé si queda algo que echar de menos.

—¿No crees que es difícil que después de estar cuatro años con alguien al final no quede nada que echar de menos?

—Vale, voy a intentar explicarlo y va a ser complicado, pero tú has preguntado —advirtió ajustando su posición en la silla—. A lo mejor ni siquiera tiene sentido fuera de mi cabeza.

—O a lo mejor le encuentras más sentido diciéndolo en voz alta.

—A veces pasa.

—A veces pasa. Inténtalo.

—Echaría de menos cada minuto de los cuatro años que estuve con Taylor. Cada segundo, en serio. ¿Alguna vez has estado con alguien y has pensado «esto es»? Esto es lo que quiero. Y estás increíblemente segura de que ya está, de que no tienes que seguir buscando, de que lo has encontrado y de que es para siempre. Así de simple. Indestructible. ¿Te ha pasado alguna vez?

—La verdad es que no, pero suena a algo que sí que echaría de menos —reconoció explorando el verde que le sostenía la mirada.

—Suena así, pero es que de repente no lo es, no es lo que tú pensabas. En un segundo pasa algo y es como si ese algo iluminase los últimos cuatro años

con una luz diferente y todo se ve distinto, como si nada de eso hubiera sido real, como si nunca hubiese sido indestructible —lo explicó bajando la vista a su botellín de cerveza—. Me ha dicho como un millón de veces que solo fue un error, un desliz, y que no cambia nada, y yo lo he intentado, pero ya no puedo mirarlo sin esa luz diferente jodiéndolo todo. Y lo que veo ahora no puedo echarlo de menos.

Se tomó un par de segundos para interiorizar sus palabras, para sentir cómo le alcanzaban algo por dentro, un punto importante o una cuerda de las que reverberaban en la misma frecuencia. Un «joder, pues sí», pero más metafórico. Su «algo» fue aquel «Perdona, ¿nos conocemos?», y su «luz diferente» tenía forma de Barry Walker. Creer a ciegas en algo extremadamente frágil, en un castillo de naipes como si fuera de cemento macizo, tiene el riesgo de quedarte con cara de gilipollas cuando alguien abre una ventana y se viene todo abajo en un segundo.

—¿Tiene sentido? —Jessie se lo preguntó alzando la mirada de nuevo y ella asintió con la cabeza.

—Tiene sentido.

—¿En serio? Ha sido mucho más fácil de lo que me imaginaba —bromeó, pero la sonrisa con la que acompañó el comentario desprendía matices tristes —. Taylor no lo entiende. Lo hace todo el triple de complicado.

—Complicado. ¿En qué sentido?

De pronto necesitaba saber con urgencia en qué punto se encontraban Jessie y su exnovia, porque había dado por sentado que la tal Taylor formaba parte del pasado, pero aquel «complicado» le había subido el corazón a la garganta.

—No quiere aceptar que se ha terminado.

—¿Y tú?

—Yo sé que se ha terminado.

—¿Estás segura? Son cuatro años, Jessie. Entendería que… —e iba a decirle algo así como «entendería que tuvieras dudas», pero no la dejó seguir hablando.

—No podría sentirme así contigo si no se hubiera acabado.

De nuevo algo dulce se le derramó por dentro ante aquel «así», y quería preguntarle «¿así cómo?», pero es que ya lo sabía y por eso lo que se le derramaba por dentro estaba tan increíblemente caliente cada vez.

—Esa parte parece sencilla —bromeó con media sonrisa tímida y el corazón latiéndole en la garganta.

Bajó la vista a la forma en que sus manos sostenían el botellín de cerveza y al alzarla de nuevo Jessie seguía mirándola.

—Jodidamente sencilla.

Claro y conciso. Una diana perfecta. Y algo invisible y extraordinario las estaba rodeando a ambas y a aquella mesa en el Fogón.

Un *insight* de los profundos, porque… ¿podría ella sentirse así con Jessie si no hubiera acabado del todo con Jess_92?

***

Justo en ese momento, el camarero las interrumpió para depositar la cena sobre la mesa y ella aprovechó la pausa para tomar aire y tratar de normalizar sus pulsaciones. ¿Había sido demasiado directa con eso de la parte sencilla? Porque la dicotomía del beso o bofetada de Riley aún le daba vueltas por la cabeza y todo a su alrededor gritaba «beso, joder» como si fuera evidente. Alison y su saludo en forma de abrazo alargando los tiempos, Alison y su forma de mirarla. La creciente necesidad de sentirse y su adictivo jugueteo.

Beso, joder.

Ambas le dieron las gracias al camarero y centraron su atención en la comida, un tiempo muerto tras su comprometedor «no podría sentirme así contigo». Alison observó su burrito y los nachos con queso y guacamole, estratégicamente colocados a medio camino entre ambas.

—Te presento a tu segunda oportunidad con la comida mexicana —dijo y sonrió al ver cómo lo inspeccionaba cuidadosamente—. Si quieres saber si te gusta, a veces ayuda probarlo.

—No puedo probarlo si me estás mirando, me pones nerviosa —protestó ante su escrutinio, así que decidió darle un respiro y bajó la vista a su comida.

—A mis padres les encantan los burritos, de pequeñas nos llevaban a comer a un restaurante mexicano muchos fines de semana. D'Corazón —comentó para desviar la atención de Alison y su segundo intento en aquella parcela de la gastronomía—. Cada vez que Riley y yo volvemos a casa mi madre se empeña en que vayamos todos al menos una vez.

—Comidas familiares, las nuestras son en casa y siempre cocina mi madre —la rubia lo dijo justo antes de darle el primer bocado al burrito y ella trató de que su interés por conocer su opinión no resultara demasiado evidente—. Está bueno. No pica.

Sonrió ante su veredicto.

—«Está bueno» es el primer paso hacia la adicción —dijo antes de darle un mordisco al suyo. Observó a Alison mientras ambas masticaban y decidió que tenía que aprovechar la reciente mención a Taylor y preguntarlo ella también—. ¿Tú la echas de menos?

No especificó más porque sabía que no hacía falta y casi contuvo la respiración, lo de la tal Brook lo había escuchado sin variar para nada su tasa cardíaca, y Morgan solo había sido una estrella fugaz, pero con Jess_92 la historia era diferente. Reciente e importante.

La rubia respiró hondo, como si hubiese estado en tensión esperando la llegada de aquel tema y se preparase para lo inevitable. Un «vamos allá» con cara seria y pocas ganas.

—Cuando te vi en el Starbucks y me di cuenta de que no me conocías fue mi «algo» que iluminó los seis últimos meses con una luz diferente —rescató aquella parte de su explicación anterior y ella le dedicó media sonrisa triste —. Esa noche le pedí una explicación y simplemente desapareció.

—¿Desapareció?

—Desconectó el teléfono. No ha contestado a ninguno de mis mensajes y las llamadas iban todas al buzón de voz.

—Así de fácil.

—Así de fácil y a veces pienso que fue lo mejor.

Y quiso preguntarle «¿Y qué hay de las otras veces? ¿Qué piensas?», pero no se atrevió. Aquel «desapareció» era mucho más simple y no quería escucharla decir que le gustaría saber por qué lo hizo, que aún continuaba pensando en ella o que le debía una explicación. No quería que Jess_92 fuera su asunto inconcluso, su fantasía a medio hacer, un «podría haber sido…» combinado con tantas cosas que era imposible competir contra todas ellas. No quería oírlo y por eso no lo preguntó.

—Estando aquí contigo pienso que fue lo mejor.

Alison lo dijo, no se lo esperaba y le impactó de puta madre justo en mitad del pecho. De repente le daban igual las otras veces, porque si ella podía hacer sentir a la rubia de ese modo, simplemente acabarían desapareciendo, junto con su Barry Walker y con Jess_92. Terminarían siendo nada más que un pretexto, una excusa o una forma de conocerse fuera de lo convencional.

Su principio.

—Es por el burrito, sabe mucho mejor de lo que esperabas, ¿verdad?

—Y por los nachos.

—Nunca fallan.

La rubia le propinó una patadita por debajo de la mesa y ella se rio entre protestas.

—¿Te ha funcionado con muchas? —preguntó divertida tras darle un sorbo al botellín.

—Bueno… a mi primera novia formal la besé después de invitarla a un par de tacos en un puesto callejero. Funcionó con ella.

—¿Y crees que fue por los tacos?

—No, creo que fue por las cervezas, teníamos dieciséis años, pero el tío del 7-Eleven hizo la vista gorda.

—Espero que le regalaras algo bonito.

—En realidad no, pero le dije que se quedara con el cambio.

—¿Cuántas cervezas tuviste que darle a esa pobre chica hasta conseguir que se dejara besar?

—Un mago no revela nunca sus trucos, Carter. ¿Te apetece otra? ¿Un par más?

Se rio. Alison se rio de verdad ante su burdo paralelismo y el beso le sacó como mil kilómetros de ventaja a la bofetada en aquella estúpida competición de opuestos orquestada por Riley.

—Conmigo lo tendrías difícil, Stevens. Solo beso cuando quiero.

La observaba un poco en plan «si lo quieres de verdad, haz que lo quiera yo también» y con un «por favor» de coletilla. Se acordó de aquel «¿Tienes Instagram?» y de la forma en que la rubia la empujó hasta el ascensor tras su noche en blanco, y el motivo por el cual Alison no quería se le escapaba por todos lados. Esas gilipolleces de «eres una Stevens» le servían de bastante poco, porque aquella Stevens en particular no tenía ni idea de qué más hacer y el preguntarle directamente «¿Por qué no quieres besarme? Maldita sea» quedaba descartado debido a sus patéticas connotaciones.

Pero… maldita sea…

¿Por qué no quería besarla?

***

Luz que agoniza. Pensaba que eso de tragarse una película de cine clásico sería un daño colateral, un pequeño precio a pagar a cambio de una cita con Alison, pero al final no había estado tan mal, con su dosis de misterio y de protagonista femenina atractiva. Un poco como *La ventana indiscreta*, aunque más antigua todavía, porque la rubia le había dicho que la rodaron en los años cuarenta. Había comprado dos cartones de palomitas, pero al final terminaron robándose la una a la otra, ella lo hacía con el propósito de rozarle la mano de vez en cuando y sospechaba que las intenciones de Alison eran bastante parecidas. Le había preguntado un par de dudas a lo largo de la película solo porque le gustaba cuando le susurraba al oído así de cerca, su aliento cálido le provocaba escalofríos de los jodidamente agradables por todas partes, una de las veces incluso se removió en el asiento ante la sensación y a la rubia le había hecho gracia. Joder, es que aquella voz susurrando era una puta maravilla, Alison así de cerca olía alucinantemente bien y estar con ella cada vez le gustaba más. Así de claro.

Riley había tenido razón desde el principio: Alison Carter era muy su tipo.

La película se había terminado y acababan de encender las luces, la gente empezaba a levantarse a su alrededor, pero la rubia se limitó a volverse hacia ella sin intenciones aparentes de ir a moverse del asiento en un futuro cercano, aún le quedaban palomitas y se metió una en la boca antes de hablar.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó interesada.

—Ha estado bien, me gusta el misterio.

—¿Necesitas una aspirina? —Alison lo dijo en tono burlón y ella suprimió una sonrisa.

—De momento no, pero si sigues parloteando al estilo Carter a lo mejor más adelante te pido una.

No le sorprendió que le pegara suavemente en el antebrazo, porque ya se lo esperaba, y le encantó. Le gustó aún más cuando sacó otra palomita de su cartón y se la ofreció a ella mientras retomaba su charla cinematográfica en aquella sala semivacía con los créditos de la película como música de fondo.

—¿Te ha parecido predecible?

Se quedó un poco enganchada a la forma en la que Alison sonrió al notar cómo le rozaba ligeramente las yemas de los dedos con sus labios en el proceso de aceptar aquella palomita.

—He empezado a sospechar más o menos por la mitad, pero tienes que saber que cuando Taylor se fue de casa, Riley y yo nos pasamos semanas enteras viendo capítulos de *Crímenes imperfectos*, así que jugaba con ventaja.

La rubia se metió otra palomita en la boca y la observó en silencio, así que se limitó a sostenerle la mirada en espera de que verbalizara lo que fuera que estaba pensando.

—¿Cuánto tiempo vivisteis juntas?

—Prácticamente dos años. Cuando me mudé ella vivía con Elsa y lo mantuvimos así durante el primer año. Ni Taylor ni yo habíamos compartido piso con una pareja antes, así que nos lo tomamos con calma, hasta que al final llegó un momento en el que pasaba más tiempo en mi piso que en el suyo.

Alison le ofreció otra palomita y ella sonrió antes de aceptarla de la misma forma que la vez anterior, tal vez le rozó los dedos con los labios unos segundos de más, porque Alison tardó el doble en retirarlos.

—Nunca he compartido piso con ninguna de mis parejas, ¿la convivencia es tan difícil como dicen?

—Llevas años viviendo con Gail, supongo que es parecido, pero con mucho más sexo —bromeó y Alison se rio.

—Estoy bastante segura de que es prácticamente imposible follar más que Gail.

—Nunca digas nunca —dijo levantando una ceja.

Por un momento, la chica la miró en plan «¿estás insinuando lo que creo que estás insinuando?» y su intención no era insinuar nada, así que encontrárselo así de frente la pilló por sorpresa y la forma en que Alison la observaba la puso nerviosa y la impulsó a sonreír, las dos cosas a la vez. Acto seguido la rubia le devolvió la sonrisa el doble de grande y le tiró un par de palomitas a la cara, e iba a repetir aquel ataque, de modo que la

sujetó por la muñeca impidiéndole recargar munición.

Alison se rio y ella se quedó enganchada a su boca, a sus labios y a lo cálido y suave que resultaba el contacto con su piel. Sintió formarse un nudo en el estómago, repentino y extrañamente agradable, se le secó la boca y varió el ritmo de su respiración. Le aumentó la frecuencia cardíaca y el «joder, es que quiero mucho» se presentó como evidente a toda su fisiología. Era consciente. Dolorosamente consciente de que Taylor no la había roto. Y aunque lo hubiese hecho sospechaba que, teniendo a Alison delante, habría dado lo mismo.

Porque es que quería.

Quería mucho.

Quería tanto que el verbo necesitar lo condensaba todo muchísimo mejor. «Perdona, pero necesito besarte ahora mismo». Besarla y que Alison se lo devolviera o que le diese una bofetada por no haberle dado tiempo a preguntarle si tenía Instagram esta vez. Porque allí no había ni ascensores ni salida.

Tal vez tuviera que robar el primero para conseguir todos los demás.

La sonrisa de la rubia se desvaneció gradualmente y dejó de forcejear, al final solo quedaron sus miradas conectadas por encima de aquel paquete de palomitas. Eso y tensión, mucha tensión. Tensión de la alucinante por dentro, por fuera y por todas partes, un camino de respiraciones suspendidas en la nada, pulsaciones elevadas y cosquillas en el estómago, directo a su primer beso. Largo de la hostia, aunque su recorrido estaba siendo increíblemente agradable y Alison la estaba mirando como si vislumbrara el final. Retorció con delicadeza la muñeca, cuando ella la liberó deslizó la mano abierta hasta encontrarse con su palma y entrelazó los dedos de ambas sin desconectar las miradas ni medio segundo. Le ardía la mano, pero contribuyó a que el gesto quemara un poco más acariciándole el dorso con el pulgar y se inclinó hacia ella despacio, sin perder de vista lo hipnótico de aquel azul, la animaba a seguir acercándose y a frenar al mismo tiempo, una ambivalencia magistralmente condensada en su lenguaje no verbal. «Quiero, pero no estoy segura» y lo decía sin soltarle la mano.

Le entraron ganas de preguntarle «¿De qué tienes miedo?» y pedirle «No lo tengas» todo junto, besarla y hacerla olvidar a Jess_92, porque algo de eso había, seguro. Quería llevársela a cinco mil años luz, igual que Alison hacía con ella, convertirse en su telescopio a base de besos suaves.

Perdió de vista su azul cuando un par de empleados del cine entraron a la sala vacía con intenciones de limpiarla. Hablaban demasiado alto y captaron la atención de la rubia con una rapidez francamente decepcionante, de nuevo tuvo aquella sensación de que la interrupción había aliviado y fastidiado a Alison a partes iguales, como su jodido despertador el viernes por la mañana. Como si quisiera y no quisiera y fuera la parte del no la que

ganaba cada vez.

Como si su telescopio no fuera lo suficientemente potente.

«¿Y si no era lo suficientemente potente?».

***

Abandonaron la sala y Jessie caminaba a su lado inusualmente callada y el porqué de su silencio era tan evidente que le dieron ganas de decirle «Joder, lo siento», explicarle que su indecisión no tenía nada que ver con ella y borrar su gesto serio y su ceño fruncido a base de besos el doble de increíbles que los que le quedaron a deber. Se acordó del «Dile que la trate bien» de Riley y se le encogió un poco el estómago al ver cómo Jessie escondía las manos en los bolsillos de su chaqueta verde, una forma bastante gráfica de replegarse, y no le extrañaba. Era la tercera vez que rechazaba sus intentos por acercarse más. Gilipollas, era muy gilipollas, porque la psicóloga dirigía la mirada hacia la salida como si estuviera deseando marcharse ya a casa.

Justo cuando iba a decirle algo como «¿puedo poner el marcador a cero y besarte a la primera?» escuchó una voz femenina llamando a la psicóloga unos metros a su derecha y su dueña se acercó a ellas exhibiendo una bonita sonrisa. Tal vez demasiado bonita. Con un *piercing* en la nariz y tatuajes en los brazos. ¿Una amiga? ¿Una conocida? ¿Una de sus diez mil novecientas noventa y nueve seguidoras en Instagram?

—Riley me dijo que tú también venías esta noche, aunque odias el cine clásico —Jessie sonrió de medio lado y la miró a ella fugazmente.

—No odio el cine clásico, mi hermana tiende a exagerar.

—¿También exagera cuando dice que está siguiendo al pie de la letra mis instrucciones para el cuidado de su lengua?

—No, eso es verdad. Se ha quedado en casa bebiendo cosas frías y comiendo helado.

—¿Le duele mucho? —aquella chica se interesó como si realmente le importara el nivel de analgesia de la pequeña de las Stevens y Jessie sonrió.

—Lo está aguantando como una campeona.

—Tu hermana es una chica dura.

Solo le faltó decir «y me encanta», así que tal vez el Instagram que seguía no era el de Jessie precisamente.

Escucharon un «Violet, tenemos que irnos» a su espalda y la desconocida llamada Violet se volvió y contestó con un «un segundo, es la hermana de Riley» al grupo de chicas que reclamaban su presencia. Al oír el nombre de la pequeña Stevens sonrieron de una forma burlona y tremendamente evidente, así que comenzó a sospechar en aquel preciso momento que la tal Violet podría ser algo más que una seguidora de Riley. Su hipótesis se vio

confirmada al escuchar a una de las amigas decir: «Hay que llevarse bien con la familia política».

—Tengo que irme, pasadlo bien —esto último lo dijo mirándola a ella fugazmente mientras empezaba a alejarse—. Y vigila a tu hermana, no me gustaría que se le infectara.

Otra de sus acompañantes añadió «La lengua de Riley es muy importante para ella» y las demás se echaron a reír, la tal Violet se puso un poco roja y la llamó gilipollas. Le dio la impresión de que salieron del cine explotando el tema «lengua de Riley» y ella miró a Jessie con gesto interrogante. La psicóloga le sonrió, pero con menor intensidad de la que la había acostumbrado en los últimos días, y de nuevo sintió aquel desagradable pellizco en la boca del estómago.

Te lo vas a cargar tú solita, Carter.

Y es que no quería cargárselo, así que trató de borrar sus tres meteduras de pata retomando el estilo de interacción que había ido tomando forma lentamente entre ambas, ese que le hacía cosquillas por todo el cuerpo cada vez que Jessie le seguía la corriente.

—¿Qué ha sido eso? Pensaba que tu hermana estaba tonteando con un tal Doble S y que no estaba segura de si le gustaban las chicas.

—Es la chica que le hizo el *piercing*. Dice que la conoció en Click hace unos días y han quedado un par de veces en persona, ayer la recibió en el estudio con un beso en la boca. Y creo que le gustó bastante.

—Me parece que a la tal Violet también.

Jessie sonrió, pero mantuvo su vista al frente y a ella se le repitió el pellizco, un poco más fuerte esta vez. Se dio cuenta de que la psicóloga había iniciado el camino de vuelta hacia su piso, así que iba a acompañarla a casa, tuvo la impresión de que en aquella ocasión no intentaría alargar la noche y le sentó de pena a su fisiología en su conjunto.

—Gracias por invitarme a ver un clásico a pesar de que los odies.

Utilizó el verbo odiar porque siempre le hacía sonreír y maldecir a Riley, así consiguió que centrara en ella su mirada y le dedicase media sonrisa.

Joder.

Joder, porque a pesar de que el gesto era el mismo de siempre a ella no le parecía igual.

Joder, porque no tenía ni idea de lo que estaba pasándosele a Jessie por la cabeza, pero su repentino abandono de aquel momento jodidamente íntimo en las butacas del cine había cambiado algo, seguro, y a la tercera iba la vencida.

Joder, porque quería dar marcha atrás y no sabía cómo.

—Clásico en el Regal por cena en el Fogón, estamos en paz —la psicóloga le quitó importancia y ella echó de menos un algo más, pero continuaron caminando en silencio.

En diez minutos llegaron a su portal. Demasiado cerca y demasiado rápido. Demasiado pronto. Se giró hacia Jessie, se encontró con su mirada esperándola y de nuevo se le descolocó algo por dentro, porque los ojos de aquella chica eran extremadamente expresivos y, a pesar de sus tres meteduras de pata, insistían en el «ya sé lo que pediría».

—Gracias por acompañarme a casa. Otra vez —dijo esbozando una pequeña sonrisa.

La psicóloga se la devolvió y ella avanzó un paso en su dirección, desde hacía unos días, su espacio personal con la morena se había reducido significativamente y no se encontraba cómoda si no estaban lo bastante cerca.

—Me pillaba de paso.

—Da igual de dónde vengamos, siempre te pilla de paso.

Señaló su incongruencia y el pellizco que llevaba el camino entero castigándole la boca del estómago se suavizó un poco porque Jessie sonrió de verdad al oírla.

—A lo mejor es que vives en un lugar estratégico.

—O a lo mejor te desvías para poder acompañarme.

Jessie ladeó la cabeza al escuchar aquella insinuación y le sostuvo la mirada como una campeona.

—¿Y por qué iba yo a hacer eso?

«Porque te gusto», es que estaba claro y era así de simple. Era Jessie diciendo: «Has salido corriendo antes, no salgas corriendo ahora», dándole una cuarta o quinta oportunidad con la condición de que ella diera el primer paso esa vez, se debía de haber cansado de que la frenase.

—¿Y por qué ibas tú a dejarte acompañar?

La morena insistió ante su silencio, sospechaba que porque su lenguaje no verbal le estaba diciendo todo lo que necesitaba saber. «Porque me gustas» y el «pero» molestaba, así que Jessie lo sorteó acercándose un poco más, parecía que a ella también le sobraban los centímetros extra y la envalentonaba su forma de devolverle la mirada. A lo mejor le merecía la pena intentarlo mil veces más.

—Porque… es evidente —lo insinuó sin decirlo claramente y, aun utilizando aquel rodeo como colchón protector, se acentuó su nerviosismo.

—¿El qué? —preguntó Jessie alzando una ceja.

La psicóloga se acercó medio centímetro, buscando encontrarse aún más con su azul a pesar de que llevaban ya un rato mirándose directamente a los ojos. A lo mejor intentaba ver más allá de su confusa costumbre de esquivarla.

—¿El qué es evidente?

—Que me encantas.

Le contestó sin pensar en nada más que en lo que tenía delante y

dejándose arrastrar por la increíble sensación que le provocaba el sentirla tan cerca. Lo dijo porque era verdad, porque quería que lo supiera y que el mensaje principal sonase más alto que sus tres cobardes retiradas, que Jessie leyera entre las líneas de su absurda ambivalencia y que desde fuera aquel «me muero de miedo porque me muero por besarte» se entendiera mucho mejor.

La vio esbozar media sonrisa y la espontaneidad de aquel gesto le ahuecó un poco el pecho.

«Por Dios, bésame diferente».

—Tú también me encantas. Me encantas mucho.

Así de simple y así de fácil. Así de sincero. Así de sencillo le resultaba a Jessie acelerarle al máximo las pulsaciones y volverle loco el corazón.

Olvídate de todo, Carter, por lo que más quieras. Y se empezó a agobiar, porque la morena se limitó a esperar, ofreciéndole espacio de sobra para dar el siguiente paso.

Sus mismos ojos. Sus mismos labios y un miedo irracional a que sus besos fueran los mismos también. Descubrir en un segundo que, a pesar de todo, seguía esperándola a ella y que seis meses no se borraban en uno solo. Que todo aquello era demasiado bonito para ser verdad, un jodido espejismo en el desierto.

Bésala diferente, Carter.

¿Y si al final no era distinto?

—Alison…

Jessie lo dijo como si pudiera verla por dentro y consiguió que sonara a «no tengas miedo» o al menos ella lo interpretó así.

—Gracias por la película.

Joder, es que se estaba retirando otra vez.

—Alison…

Esa vez su nombre quería decir «espera, por favor» y la psicóloga trató de tomarla de la mano sin mucho éxito, porque ella utilizó las dos para buscar las llaves dentro de su pequeña mochila negra. Se veía desde fuera, le daban ganas de gritarse a sí misma «lo estás estropeando todo, mírala, joder» y aun así era incapaz de frenar aquella huida.

—¿Hablamos mañana? —casi lo dio por sentado antes de volverse hacia la puerta y encajar las llaves en la cerradura.

—¿Mañana? Alison…

Entró en su portal con el pecho ardiéndole y la convicción absoluta de que había terminado de cagarla. Con un perseverante «¿y si al final no es distinto?» que había perdido todo su sentido, porque ya no iba a ser de ninguna manera y con ganas de gritarse «gilipollas».

Avanzó tres pasos hacia al ascensor antes de darse cuenta de que había entrado detrás de ella. Sintió el calor de la mano de la psicóloga rodeando la

suya y se volvió con el corazón desbocado y la respiración contenida amenazando con reventarle los pulmones, así que tendría que hablar Jessie, porque aunque ella pudiera hacerlo no sabría qué decir. Tal vez «Lo siento» o «Bésame diferente». Algo del estilo y no necesariamente en ese orden.

Al girarse se encontró con sus ojos, por una milésima de segundo nada más, casi no le dio tiempo a bajar la vista a sus labios y los sintió buscar los suyos, suaves y calientes. «Si no lo hago me muero» y un intento fallido que cubrió la mitad de su boca sacudiéndola por dentro a lo bestia, antes de recalcular parámetros y conseguir atraparle los labios de lleno y jodidamente bien. Por un par de segundos, Jessie tan solo los mantuvo así, presionados e inmóviles, a lo mejor porque su corazón también iba a mil y necesitaba una pausa para asimilar lo increíble que se sentía aquello. Después se separó de ella apenas unos milímetros, tan pocos que seguía notándola sobre sus labios a pesar de la falta real de contacto, y volvió a atrapárselos con una suave embestida y la boca entreabierta. Ella se dejó besar y sabía dulce y salado, le recordó a las palomitas, húmedo y caliente, y la presión de su pecho se le estaba redistribuyendo por todo el cuerpo. Algo al rojo vivo la derretía por dentro y aumentó su intensidad cuando sintió la mano libre de la psicóloga cubriendo el lateral de su cuello. Jessie se separó casi imperceptiblemente de su boca otra vez, solo para atraparla igual de suave pero el doble de firme desde un nuevo ángulo, y esta vez ella le dio la bienvenida a sus labios uniéndose a la cadencia de sus movimientos. Lenta y delicada.

Como caer al vacío o como si todo se quedase vacío de repente y su cuerpo hubiera perdido la habilidad de procesar nada más que lo que le estaba haciendo sentir aquel beso y el calor de su mano sobre la piel del cuello. Tibia. Jessie deslizó el pulgar sobre la línea de su mandíbula y aumentó la sensibilidad de aquella zona en un cincuenta por ciento. Una última embestida suave realizada por ambas y la morena se separó de su boca un par de centímetros esta vez. Ella tardó unos segundos de más en abrir los ojos y cuando lo hizo se encontró con los de la otra chica fijos en sus labios, después la psicóloga la miró y ella tuvo que respirar hondo para tratar de contenerlo todo dentro al sentir cómo volvía a acariciarle la mandíbula con el pulgar.

—Beso o bofetada —Jessie lo dijo en un susurro falto de aire, a la deriva por su azul.

Y no tenía ni idea de a qué venía aquella dicotomía en su presente contexto, pero la bofetada se descartaba sola y una oleada de creciente necesidad la impulsó a buscar su boca de nuevo. Lo hizo de forma casi desesperada por retomar su contacto y Jessie tuvo que dar un paso atrás para mantener el equilibrio a la vez que contenía la pasional acometida de sus labios atrapándolos hábilmente entre los suyos. Húmedo, aquel beso ya era mucho más húmedo que los anteriores y eso que acababa de empezar.

Enredó las manos en su pelo y era extraordinariamente suave al tacto,

sintió cómo una de las de la psicóloga la sujetaba por la nuca y casi gimió cuando Jessie le acarició el labio inferior con la punta de la lengua, le permitió entrar del todo en su boca y al sentirla acariciar la suya de aquella forma tan jodidamente increíble su bajo vientre se convirtió en electricidad y se le escapó un pequeño gruñido tras el que profundizó el beso aún más. Jessie avanzó y ella retrocedió hasta que su espalda se topó con una de las paredes del portal, al lado de los buzones, aceptó el cambio de intensidad a uno más suave de nuevo y le acarició la nuca.

Joder, es que estaba recolocándole el mundo entero a base de besos de los extraordinarios, y se le volvió a descolocar al sentir el peso de su cuerpo presionándola con delicadeza contra la pared mientras sus manos le exploraban la cintura. Jessie le gimió bajito en la boca al sentirla arquearse en busca de más contacto y ese sonido era uno de los más eróticos que había escuchado en toda su vida. La besó una última vez, con el organismo acelerado de forma bestial, y abandonó lentamente el laberinto de su pelo deslizando las manos por los laterales del cuello de la psicóloga. Jessie le mordió suave el labio inferior y ella sonrió antes de embestir su boca con muchas ganas una vez más. Terminaron separándose unos cuantos segundos después y su corazón se saltó un par de latidos cuando la psicóloga le sonrió mientras le colocaba un mechón de pelo rubio tras la oreja.

Mierda, es que todo lo hacía maravillosamente íntimo y aquel portal de repente era su lugar favorito del mundo. Le devolvió la sonrisa y le acarició el labio inferior con la yema del dedo índice mirándolo un pelín embobada, porque era distinto, era muy distinto y sabía diferente. Se sentía el doble de suave, y mojado era el triple de increíble. Sin previo aviso Jessie le besó el dedo y a ella se le rompió algo muy muy dulce por dentro.

—¿Hablamos mañana?

La morena se lo preguntó a media voz cubriendo con la suya la mano que mantenía junto a su boca y llevándosela al pecho, ella asintió casi de forma automática, porque aún intentaba asimilar que acababa de besarla como nunca la habían besado en la puta vida y las piernas no la sujetaban tan firme como antes.

—Hablamos mañana —lo confirmó de viva voz un poco después.

La psicóloga le sonrió y dio un par de pasos atrás, aún sujetándola por la mano, ella le devolvió el gesto y casi protestó cuando perdieron el contacto y la vio caminar en dirección a la salida. Su cuerpo entero la echaba de menos a lo bestia después de un solo ensayo y de repente aquel beso pendiente ya no era un problema.

Jessie se volvió hacia ella justo antes de salir y volvió a sonreírle de lado.

—Ha sido mejor que el yogur helado.

Se marchó sin añadir nada más y ella se quedó unos segundos apoyada junto a los jodidos buzones con una sonrisa de imbécil en la cara y

mariposas revoloteándole por dentro y por fuera y por todas partes, porque después de aquella inesperada despedida las sentía por todos lados.

Joder, es que había sido como mil veces mejor que el yogur helado.

OceanofPDF.com

19

Perfectas imperfecciones

Entró en su casa y se la encontró a oscuras y en silencio, pero estaba demasiado acelerada, así que le dio exactamente igual. Su fisiología iba a mil por hora y tanta activación la impulsó a cerrar la puerta tras ella y a caminar hacia su habitación a toda prisa, se quitó la chaqueta durante el trayecto y la prenda acabó colgando de cualquier manera del respaldo del sofá.

—Riley…

Llamó a su hermana nada más internarse en la habitación y se dirigió hacia los pies de la cama, la aludida no se movió ni un milímetro, señal de que estaba profundamente dormida, pero ella continuó su avance. Impasible e imparable.

—Riley…

Insistió mientras subía al colchón y se acercó al cabecero gateando, Riley tenía las sábanas revueltas y enredadas a la altura de las caderas, porque era incapaz de estarse quieta incluso dormida. Respiraba profundo y acompasado, bocarriba y en mitad de la cama, como si fuera suya o como si le diera igual que no lo fuera.

—Riley… Riley… —le tiró un par de veces del tirante de la camiseta y solo consiguió que girase la cara hacia el lado contrario, huyendo de aquel tocamiento de narices, seguro—. Riley, la he besado. Ha sido beso, Riley. Riley, despierta… Riley…

La movió empujándola suavemente por el hombro y consiguió que gruñera molesta, el primer paso hacia la vigilia, lento y seguro, pero ella necesitaba acelerar el proceso, así que le tapó la nariz con los dedos índice y pulgar y su hermana sacudió la cabeza al sentirlo. Ella continuó insistiendo en plan «ha sido beso», «ha sido beso» y, en su estado seminconsciente, Riley debió procesar eso de «beso» fuera de contexto y se volvió hacia ella en el colchón poniéndole morritos.

—¿Qué haces? —exclamó divertida y le dio un manotazo en la boca.

Riley frunció el ceño y por fin abrió los ojos, ella esperó a que la enfocase con una sonrisa de las gilipollas en los labios. Es que había besado a Alison Carter, joder.

—Jess… ¿qué hora es? —preguntó enterrando media cara en la

almohada, mirándola a duras penas.

—Casi las dos —satisfizo su curiosidad rápidamente y, sin darle importancia a lo intempestivo del horario, se dejó caer a su lado en el colchón, cara a cara, para poder retomar lo importante—. Ha sido el beso más alucinante del jodido universo.

Riley ahogó un bostezo y sacudió la cabeza a la vez, comenzando a despejarse.

—¿Más increíble que el que te dio la tía Adele las Navidades de 2010?

Porque su hermana, aun medio dormida, seguía siendo igual de gilipollas.

—Mil veces más increíble y no vuelvas a hablar de eso jamás —la reprendió pegándole en el antebrazo y ella se rio.

—¿Así que nada de bofetada?

—Nada de bofetada. La he besado y me lo ha devuelto y luego nos hemos besado mutuamente y me muero. Riley, me muero —suspiró colocándose bocarriba en la cama, observando el techo—. Besa tan…

—¿Porno?

—No, increíble. Ha sido tan…

—¿Porno?

—No seas gilipollas —protestó suprimiendo una sonrisa.

Riley se rio, flexionó el brazo colocándolo sobre la almohada y descansó la cabeza sobre él para poder observarla de medio lado con cierta perspectiva vertical.

—Te ha puesto tan…

La menor de ellas lo dejó a medio terminar y le dedicó una de sus sonrisas pervertidas. Pasó de su comentario, que tuviera razón era completamente irrelevante en el momento presente, y volvió a colocarse de lado para poder mirarla frente a frente.

—Riley…

—«Me gusta mucho» —completó su frase en tono burlón y ella le sostuvo la mirada por un par de segundos.

—¿Crees que querrá salir conmigo?

—¿Crees que no lo está haciendo ya?

—Hemos quedado tres veces, acabo de besarla y hasta hace dos días la monitora sexi-Morgan era su estrella fugaz.

—Hasta hace dos días la monitora sexi-Gail era tu estrella fugaz. Es bastante conveniente que las dos hayan pasado igual de rápido.

Meditó sus palabras, con la mirada perdida en su verde, pero sin verlo en realidad y sopesando eso de la conveniencia. Sus dos estrellas fugaces se habían apagado casi a la vez y ella nunca había creído mucho en las coincidencias.

—¿Crees que querrá salir conmigo? ¿Sí o no? —insistió en aquel punto

porque quería oírselo decir, y Riley puso los ojos en blanco.

—Mira, Jessie, llevas cinco años fuera del circuito, así que escúchame bien, porque la primera vez es gratis: Alison ha dejado de follar con sexi-Morgan porque has aparecido tú y tú no vas a follar con sexi-Gail porque ha aparecido ella, ya estáis saliendo. Estáis saliendo mucho, estáis saliendo tanto que te apuesto lo que quieras a que tienes mínimo dos mensajes de WhatsApp suyos esperándote en el móvil. Uno para asegurarse de que has llegado bien a casa y otro para decirte lo jodidamente cachonda que le ha puesto vuestro superbeso, pero en palabras bonitas.

Tanteó los bolsillos de sus vaqueros en busca del teléfono, porque la posibilidad de que Alison le hubiera escrito algo en referencia a su superbeso le había disparado las pulsaciones de manera bastante eficiente. ¿A ella también le habría parecido un superbeso?

¿Un beso medio-alto?

¿Un beso del montón?

No lo tenía allí, así que se apresuró a levantarse de la cama y corrió hasta su chaqueta, registró los bolsillos y dio con él al segundo intento. Lo consultó implorando algo así como «un superbeso, un superbeso, por favor, un superbeso» a cualquier poder superior que tuviera un segundo para escucharla.

Se encontró con un par de conversaciones activas en WhatsApp.

Y una de ellas era de Alison.

«Alison»
Última conexión 1:35
ALISON: Ha sido mucho mejor que el yogur helado.
ALISON: Espero que hayas llegado bien a casa.

«Mucho mejor que el yogur helado» equivalía a un superbeso sin lugar a dudas. Releyó los dos mensajes allí de pie junto al sofá y sonrió en plan tonto contemplando la pantalla, es que Alison le había dicho que ella le encantaba, joder. A lo mejor Riley tenía razón y habían empezado a salir de forma espontánea, sin etiquetas ni formalidades, tampoco hacían falta, aquel mutuo «quería volver a verte» era más que suficiente e implicaba mucho más. «Me encanta estar contigo», «me encanta hablar contigo», «me encanta tontear contigo» y «me encantas tú».

Me encanta besarte.

JESSIE: Ha sido mejor que una vida de las longevas.
JESSIE: Y ya estoy en casa.

Alison se conectó casi de inmediato, como si hubiera estado esperando su

respuesta, y el nudo en la boca del estómago se le tensó de golpe al ver que escribía de vuelta.

ALISON: Casi estoy segura al noventa y cinco por ciento de que ha sido mejor que la inmortalidad.
ALISON: Me habría gustado que te quedaras.

Releyó la última frase unas cinco veces y solo eran seis palabras en una conversación de WhatsApp, pero sus implicaciones se pusieron a juguetear de inmediato con sus terminaciones nerviosas, haciendo hincapié en las de cintura para abajo. Joder, es que visto así a ella le habría gustado quedarse también, pero en el portal de Alison no lo había considerado una opción. Ni de las improbables. Apenas se esperaba un beso, mucho menos un «quédate esta noche».

«Estoy de suerte» o «happy sex hours».

«Fólla con ella y me pones un wasap».

Era acojonante como al final Riley siempre acababa teniendo razón. Respiró hondo, para oxigenar su organismo, y vio que Alison continuaba en línea, probablemente esperando una respuesta a su obvia insinuación, y necesitaba algo un poco más elaborado que un «joder» rebosando sentimiento.

JESSIE: Me habría gustado quedarme.
JESSIE: Estoy segura al ciento cinco por ciento de que habría sido mejor que la inmortalidad.
ALISON: Habría sido mejor que pasarse la eternidad comiendo yogur helado.
JESSIE: Podríamos comer yogur helado después.
ALISON: ¿Tu madre no te enseñó que no se come en la cama?
JESSIE: En la cama. Qué tradicional…
ALISON: ¿Cuántas veces dijiste que habías follado en los baños de un bar?
JESSIE: ¿Estás intentando intimidarme con tu amplia experiencia sexual?
ALISON: ¿Tan fácil es intimidarte?
JESSIE: Depende de cómo de amplia sea.
ALISON: Tres novias formales, tres rollos de una noche y una estrella fugaz.
JESSIE: Te vale solo con la estrella fugaz.
ALISON: ¿En serio?
JESSIE: ¿Una jodida monitora de *body combat*?
JESSIE: Imposible competir contra esa capacidad de resistencia física.
ALISON: Pues tú besas mucho mejor.
JESSIE: La chica tiene una legión de *groupies* en el gimnasio.
ALISON: Y tú once mil seguidoras en Instagram.
JESSIE: Diez mil novecientas noventa y nueve.
ALISON: Once mil.

Sonrió de lado y abandonó WhatsApp lo justo para abrir Instagram y comprobar que, efectivamente, Alison Carter había comenzado a seguirla. Contempló una de las últimas fotos subidas por la rubia, llevaba colgada un par de meses, lo que parecía sugerir que Alison no utilizaba aquella aplicación muy a menudo. Era un selfi en el que aparecía con Zack y otra chica posando junto al cartel de entrada de lo que parecía ser una exposición de arte y el azul de sus ojos se apreciaba jodidamente bien. Le hizo recordar lo increíble que le había parecido poder verlos tan de cerca y entre besos en su portal. Sus facciones se habían convertido en un estímulo incondicionado que disparaba sus pulsaciones y la animaba a segregar endorfinas.

Once mil seguidoras y a ella solamente le interesaba una.

JESSIE: Diez mil novecientas noventa y nueve estrellas fugaces y una nebulosa.
ALISON: Una nebulosa…
JESSIE: Una nebulosa es lo que todo el mundo busca entre las estrellas fugaces.
JESSIE: Si la encuentras, las apaga todas.

Y, tras su aclaración, la respuesta de Alison se demoró unos segundos de más.

ALISON: Quiero besarte otra vez.

Bufff.

Ella quería besarla millones de veces más.

***

«Si la encuentras, las apaga todas».

Después de aquel beso por sorpresa en el portal, el que le debía Jess_92 ya no brillaba tanto como antes. Con Jessie había extras por todas partes. «Me encantas mucho» y su forma de acariciarle la línea de la mandíbula con el pulgar, un simple detalle enmarcando el conjunto y desestabilizando sus constantes vitales. Y quería que la besara diferente a como imaginó que lo haría Jess_92, pero es que lo había hecho distinto a todas las demás también y tanta intensidad le había pillado por sorpresa.

Con ganas y con cuidado, Jessie la había besado suave y pidiendo permiso. Con un «no tengas miedo» escondido en cada una de sus dulces embestidas, aunque se lo había quitado con la primera. La psicóloga no le había dado tiempo a preguntarse en quién pensaría y después había perdido la capacidad de pensar en nada que no fueran ellas dos y su jodida química derramándose por todos lados. Sus labios se movían distinto y sabían diferente, las dos a solas en un portal, no se lo había imaginado así y ya daba

igual cómo se lo hubiese imaginado. Había sido mejor, había sido real y extraordinariamente tangible, un «podemos hacerlo así de increíble» calentándola por dentro y aquellos besos húmedos empapando el exterior. Profundo e intenso, casi casi abrumador.

«Beso o bofetada». Y había querido preguntarle «¿Qué dices?», pero se encontró con su mirada y echaba de menos su boca. Dos segundos pendiendo entre ellas y deseo y necesidad. Y le surgió desde dentro, una oleada tremendamente fuerte e incontrolable de «no tengo miedo y quiero más». La había besado con más ganas que a nadie en toda su vida, buscando la forma en que la hacía sentir tenerla tan cerca, de protagonista en sus cinco sentidos.

Ella ya estaba metida en la cama y Jessie seguía saturándolos todos. Aún podía ver su sonrisa si cerraba los ojos, escucharla decir «me encantas mucho» y oler su pelo, el sabor de su boca seguía en sus labios, perezoso, porque no quería irse todavía, y por ella podía quedarse para siempre. La sentía, es que sentía su tacto y su forma de besar por todas partes, como si se le hubiese metido dentro, colándose bajo su piel, y volvía a erizarla entera y a pesarle sobre el pecho. Joder, es que pesaba muy bien.

Y cerró los ojos.

Su cuerpo acorralándola contra la pared, junto a los buzones. La presión perfecta y su calor corporal que la rodeaba por todos lados, sus sonidos y su respiración, sus manos recorriéndole la cintura. Increíblemente vívido, lo recordaba y su cuerpo reaccionaba en consecuencia. Las embestidas de sus labios y la humedad de su lengua mientras le exploraba la boca.

Y es que le habría gustado que se quedara de verdad.

Pero estaba sola en un piso vacío y su cama era demasiado grande si seguía pensando en ella. En la forma en que se había arqueado contra su cuerpo en busca de más contacto, porque le había despertado las ganas de golpe, aunque llevaban latentes desde el principio. Esperando una oportunidad: «Quédate». La sencillez de una sola palabra, pero todo había sido tan intenso que le costó reaccionar, una acojonante densidad física y emocional y el colapso de sus terminaciones nerviosas. Jessie las había llevado al límite de su sensibilidad y apenas acertó a contestarle «hablamos mañana» mientras se recreaba en el momento, distraída por sus labios húmedos y ligeramente hinchados.

«Me habría gustado quedarme».

Seguro, la morena lo confirmó con aquel gemido emitido dentro de su boca, ronco y necesitado, había borrado todos los anteriores, los que había escuchado en otras voces junto a su oído y a través de un altavoz. «Si la encuentras, las apaga todas». Diferente, único y de Jessie en exclusiva, por muy increíble que hubiera imaginado su primer beso con Jess_92 aquel le había gustado más, con el «beso o bofetada» interrumpiendo el momento y

con aquella ligera pérdida de equilibrio cuando ella le devolvió el beso con demasiadas ganas. Pequeñas imperfecciones que lo hacían todo aún más perfecto, como las jodidas mariposas tatuadas en su cadera: desiguales e irregulares, únicas. Reales.

«Este recopilatorio está sesgado, eligió las mejores». Y tal vez era verdad, las fotos de Jess_92 eran perfectas, su mejor ángulo, la ropa en su sitio y el pelo impecable, mirada a cámara y sonrisa simétrica, pero ella se moría por acariciar las arrugas que formaban su ceño fruncido y en la galería de imágenes de Instagram de Jessie había encontrado fotografías maravillosamente imperfectas que le gustaban más. Sobre todo entre las primeras, cuando aún no había aparecido la mano negra de Riley tirando de filtros y tratando de vender a su hermana a las masas.

La Jessie real, la Jessie tangible. La Jessie que se había atragantado con las palomitas y la que se manchaba la ropa al comer perritos calientes. La que al señalarle «tienes algo en ese diente» mientras comían en el Fogón le había sonreído aún más haciéndola reír, antes de limpiárselo con la lengua y preguntar «¿ya?» con toda la naturalidad del mundo y una mueca de las adorables. La que no había estudiado una de sus carreras favoritas, pero conseguía atraparla de forma alucinante cada vez que le hablaba de su trabajo en el hospital. La que le decía cosas como «porque me he cansado de perseguir estrellas fugaces» y «ya sé lo que pediría». A la que no le gustaba el cine clásico, pero lo veía con ella igual.

Una jodida revelación, porque alguien se había dibujado perfecta ante sus ojos y al final resultaba que a ella le gustaban más sus imperfecciones. Que no le gustaba bailar y no tenía ni idea de arte ni de la época dorada de Hollywood, nunca se había interesado por la astronomía antes y le daba pereza cocinar, pero se pasaba las horas haciéndola reír.

Estando con ella no la echaba de menos y casi sin darse cuenta ya no buscaba sus diferencias, porque había dejado de ver sus semejanzas.

Su beso en el portal había sido mucho más de lo que esperaba y una puta liberación. Un «no tengas miedo, porque no hay nada de Jess_92 en mí» que la había impulsado a besarla con todas sus ganas. Como si se hubiera derrumbado un último muro o como si se hubiera roto la única cuerda que le impedía dejarse llevar, de repente todo pesaba menos y le gustaba más.

Su gemido ronco y su cuerpo al completo presionándola contra la pared. Aquella increíble tensión que la invadía por dentro disfrazada de electricidad. Respiró hondo y se permitió sentir, porque por primera vez en mucho tiempo aquella activación fisiológica no tenía nada que ver con ella y no buscaba dejar de pensar en una gigantesca piscina de gimnasio. Su beso robado le había devuelto mucho más, de repente estaba segura de que aquello también sería diferente, porque ahora sabía quién la excitaba y a quién quería hacer gemir, la vergüenza y la culpabilidad formaban parte del pasado, de algo que fue y se marchó, el presente era solo suyo y estaba lleno

de ganas de sentir.

«Me habría gustado que te quedaras».

Deslizó la mano por debajo de las sábanas y se acarició el abdomen apartándose la camiseta del pijama. Tenía estampados dibujos de Snoopy durmiendo sobre su caseta y de Woodstock llamándole «Bastardo perezoso» a través de grandes bocadillos, así que era un pelín antierótico, pero al final Jessie no se había quedado y ella tiraría de imaginación. Paseó las yemas de los dedos por ese tatuaje de mariposas perfectamente asimétricas, utilizando su propio abdomen como lienzo para aquella fantasía, y casi se estremeció al recordar la forma en que lo hizo ella hacía un par de noches en su sofá.

Su piel suave y caliente bajo su tacto y unas ganas enormes de explorar el resto de su superficie. Entera. Sustituir las yemas de los dedos por los labios y sentir cómo se aceleraba su respiración ante la humedad de aquella nueva textura, que Jessie la sujetara por el pelo animándola a besar más, a subir por su tórax arrastrando la camiseta a su paso mientras le arañaba suavemente los costados hasta terminar deshaciéndose de ella.

Su respiración se hizo más pesada al sentir su propia mano sobre uno de sus pechos desnudos por debajo de la camiseta antierótica, perdida por completo en aquella ficción. La escuchó gemir, dentro de su cabeza, pero la escuchó gemir en respuesta a la caricia de los dedos sobre el pezón, se endureció de inmediato y se le escapó un suave gruñido. Joder, hacía casi un mes desde la última vez y su anatomía le recordó claramente que ya lo iba necesitando. Y habría sido mejor con el peso completo de su cuerpo sobre ella presionándola contra el colchón, su calor y sus movimientos, con la humedad de su boca cubriéndole los pechos mientras su lengua le estimulaba los pezones. Con su olor y su calor que lo envolvía todo y desdibujaba el resto del mundo por un rato. Con aquella sonrisa tan alucinante, apareciendo satisfecha cada vez que conseguía hacerla gemir.

Y gimió, imaginando cómo su lengua jugaba con sus pezones y la Jessie de su fantasía tomó el control de la mano que no estimulaba su pecho y la guio hacia abajo, despacio y con la presión justa, y ella se mordió el labio inferior y echó la cabeza hacia atrás sobre la almohada, porque había iniciado aquella ensoñación tomando el mando sobre el cuerpo de la psicóloga, pero de repente necesitaba que fuese ella quien le hiciera de todo. Abandonarse a sus deseos y dejar que follara con ella como le diera la gana. Ponerla jodidamente cachonda con un sincero «hazme lo que quieras» y que lo hiciera de puta madre.

Mierda, un mes y aquella presión entre sus piernas. Su cara más física despertando de la anestesia en que la había sumido aquel sentimiento de vergüenza e inadecuación, Jessie llevaba estimulándola de mil maneras diferentes desde aquel «¿Qué es lo tuyo?» y hacía un rato en su portal la había activado toda de golpe. Un punto y aparte. Una nueva oportunidad para dejarse llevar increíblemente excitante. Liberada y con permiso para

mirarla desde todos los ángulos posibles sin encontrar ni rastro de ella, así se sentía. Liberada y jodidamente cachonda, porque lo que veía en Jessie le gustaba mucho y la impulsaba a desear.

Musitó un «joder» al sentir su propia mano accediendo a su entrepierna por debajo de la ropa, la encontró exageradamente sensible y colaborando al máximo en aquel ejercicio de imaginación. Caliente y haciéndola estremecer bajo cada caricia, tensó la mandíbula e intentó contenerse, porque quería que durase un poco más. ¿Cómo lo harían por primera vez? ¿Brusco y se correrían en cuestión de unos pocos minutos? ¿Alargarían el jugueteo previo hasta ya no poder más?

La imagen mental de los dedos de Jessie entre sus pliegues la impulsó a acariciarse de la forma en que le gustaba, la morena lo haría diferente, seguro, aún no sabía cómo, pero estaba segura de que iba a disfrutarlo igual. Simplemente el imaginarla allí con ella, tocándola y gimiéndole de esa forma junto al oído le puso el triple de cachonda y susurró su nombre a la oscuridad de la habitación cuando su mano comenzaba a construirlo por dentro con la facilidad que da la experiencia. ¿Jessie le preguntaría cómo le gustaba o simplemente probaría dejándose guiar por sus gemidos? ¿Le hablaría al oído? Joder, le encantaba que le hablasen al oído cuando estaba a punto de correrse, no importaba el contenido, porque ni lo entendía la mayoría de las veces, buscaba ese escalofrío disfrazado de aliento caliente y vibración. Y a sus amantes ocasionales no se atrevía a pedirles «muérdeme la oreja» en el momento álgido, pero le encantaba que lo hicieran mientras ella se corría. Normalmente, sus parejas se ponían jodidamente cachondas cuando conseguían hacerla llegar y gemían a la vez que atrapaban su lóbulo con los dientes y a ella le parecía tremendamente erótico.

Imaginó cómo sería con Jessie y aquella intensa presión se generalizó a todo su bajo vientre, eléctrica, insistente y palpitante y ni siquiera iba a necesitar penetración, casi pudo escuchar su voz ronca junto al oído animándola a correrse y gimió alto. Solía tener más cuidado si sabía que Gail estaba en la habitación de al lado, pero teniendo la casa para ella sola sobraban las precauciones y no había límite de decibelios. Jessie moviéndose sobre ella mientras la miraba con su verde oscurecido, una imagen recurrente, con los labios entreabiertos y aquel ceño semifruncido que se moría por acariciar, gimiendo y jadeando y presionando su cuerpo de la mejor manera posible. Insistió en las atenciones de su mano, estaba a punto de correrse, solo necesitaba un poco más, y se lo dio el imaginarse a Jessie dejándose caer del todo sobre ella y susurrándole al oído «vamos, Alison, quiero sentirte en mi mano».

Se corrió mientras pensaba en la psicóloga mordiéndole el lóbulo de oreja y gruñendo de forma jodidamente placentera junto al oído. Electricidad en estado puro que surgía en el bajo vientre y se expandía a todos los rincones de su cuerpo tras un estallido de luz blanca bajo sus párpados cerrados.

Inclinó la cabeza aún más hacia atrás, hundiéndola en la almohada mientras se arqueaba, y gimió abandonándose al jodidamente genial final de aquella fantasía. Sintió la humedad multiplicarse entre sus piernas y murmuró un «joder» relajando el cuerpo entero sobre el colchón, bajando de nuevo a la Tierra con la respiración acelerada y el corazón bombeándole a toda velocidad contra las costillas, jadeante y ligeramente sudada, porque había sido intenso de verdad.

Bendita imaginación, casi pudo sentir los labios de Jessie mimándole la mejilla.

***

Tras desearle buenas noches a Alison vía WhatsApp, regresó a su habitación esperando descubrir a Riley dormida de nuevo, y por eso le sorprendió encontrarse la luz encendida y a ella sentada en la cama, con la espalda apoyada contra el cabecero y escribiendo en su móvil. Se quitó la camiseta mientras se acercaba dispuesta a cambiarse al pijama y alzó una ceja cuando la vio sonreír a la pantalla.

—Alison me ha dicho que le gustaría que me hubiera quedado.

—«Happy sex hours», si fueras una Stevens de verdad ya te habrías corrido dos o tres veces.

Le tiró la camiseta a la cara y Riley se rio, lanzándola a su vez a los pies de la cama. Su hermana devolvió la atención al móvil y ella comenzó a cambiarse mirando de vez en cuando cómo tecleaba. Se colocó la camiseta roja de manga corta con la inscripción «I'm a sweet dream» en letras blancas y los pantalones grises hasta medio muslo y se encerró en el baño anexo a la habitación. A los diez minutos volvió a salir desmaquillada y cepillándose los dientes.

—Riley… me gusta mucho —pronunció como pudo de pie en mitad del dormitorio.

—Lo sé, por si no fuera evidente en los últimos días, lo has repetido como un millón de veces.

—Cuando me ha besado de vuelta casi me muero —admitió retomando el movimiento del cepillo dentro de su boca.

—Intenso —dijo su hermana dedicándole una mirada fugaz.

—Me encanta tanto que es más que encantar.

—Siempre he admirado tu dominio del léxico. —De nuevo su verde se centraba en el teléfono móvil, pero no le importó.

—Me hiperencanta. —Se sacó el cepillo de la boca y regresó al baño para enjuagarse.

Al salir apagó la luz y localizó a su hermana tumbada de lado, mirando en su dirección, su teléfono descansaba sobre la mesilla del extremo de la cama

que solía ocupar Taylor. Le sostuvo la mirada mientras se acercaba, alzó una ceja interrogante cuando prácticamente hubo llegado y Riley hizo lo mismo.

—¿No tienes nada que decirme? —preguntó de viva voz una vez bajo las sábanas.

—Me he bebido tu última cerveza y esa enfermera del hospital ha llamado a eso de las nueve por si te pillaba en casa y querías salir con ella y unas amigas a tomar algo. Dos años esperando su oportunidad, se va a llevar un disgusto cuando se entere de que vuelves a estar cogida.

—¿Con quién hablabas por el móvil?

—¿De repente eres mamá?

—Nos la hemos encontrado a la salida del cine —dejó caer a sabiendas de que la curiosidad de Riley haría el resto. Su hermana trató de parecer impasible, así que le dio un empujoncito—. Iba de la mano con una chica jodidamente impresionante.

—Mentira —lo dijo a la velocidad de la luz y con el ceño fruncido, ella sonrió ante su reacción y recibió un golpe en el costado que la hizo reír—. Gilipollas.

—Estaba con unas amigas y se ha acercado a preguntarme por ti. Parece ser que todo el mundo sabe que tu lengua es muy importante para ella. Se ha puesto roja.

Riley sonrió de lado al oírla y aquel gesto en las facciones de su hermana le descolocó un poco, la verdad, porque por primera vez en un contexto como aquel no era de los engreídos y no sabría muy bien cómo catalogarlo.

—¿Qué es exactamente lo que hay entre vosotras?

—Una atracción sexual brutal —alardeó, recuperando su pose de siempre, ella negó con la cabeza suprimiendo una sonrisa.

—¿Te gusta?

—Claro que me gusta. ¿Tú la has visto?

Lo dio por sentado sonriendo de aquella forma tan suya y ella la sujetó por la barbilla con la mano y la obligó a mirarla hasta que dejó de hacerlo.

—¿Te gusta? —lo repitió y cuando la vio bajar la vista algo se le reblandeció dentro del pecho.

—No está mal.

—Doble S no estaba mal y no te daba vergüenza hablar de él.

—No me da vergüenza hablar de Violet —defendió su honor y le sostuvo la mirada como una valiente unos cinco segundos, ella alzó una ceja en plan «¿seguro?» y a Riley terminó escapándosele una sonrisa bastante evidente que la obligó a enterrar la cara en la almohada—. Déjame en paz, eres una gilipollas.

Su hermana se giró sobre el colchón para darle la espalda y ella trató de impedirlo forcejeando con ella con una mezcla de diversión y enternecimiento paseándosele por dentro.

—¡Riley! Riley, vamos —suplicó fracasando en su intento de frenarla en su huida. Acabó mirándole la espalda y le colocó bien la camiseta, porque se le había subido por la zona de la cintura—. Perdona, no hace falta que lo hablemos.

—¿No se lo contarás a Zoey?

Sonrió y pasó sobre ella para acomodarse al otro lado de la cama y poder verle la cara.

—Te lo prometo.

—Ni a mamá.

—No se lo contaré a nadie, Riley. Lo juro.

Le sostuvo la mirada mientras la menor de ellas se lo pensaba y se sintió extrañamente feliz solo por el hecho de que estuviera planteándose de verdad el confiarle algo que no quería que supiera nadie más. Y desde que Riley se mudó a Seattle su relación había evolucionado a lo bestia, su hermana pequeña se había convertido en una de sus dos principales confidentes, especialmente tras la infidelidad de Taylor, pero era la primera vez que sentía su reciprocidad en una materia potencialmente seria y le estaba tocando algo sensible por dentro. Se arrepintió una vez más de todas las veces que, de pequeñas, Zoey y ella habían esperado a que se quedara dormida primero para meterle la mano en un recipiente con agua caliente intentando que se hiciera pis encima.

—A nadie —insistió Riley alzando las cejas.

—A nadie.

—Y me contarás hasta el último detalle cuando folles con Alison —aprovechó el tirón y ella sonrió pegándole en el hombro. Riley le devolvió una sonrisa divertida antes de adoptar un gesto serio de nuevo—. Apaga la luz.

Más que exigirlo lo pidió y a ella le sonó a «por favor, a oscuras va a ser más fácil» y a su faceta protectora de hermana mayor le dieron ganas de darle un beso en la frente, porque toda aquella situación le estaba resultando especialmente tierna, pero seguro que Riley la mandaría a tomar por culo, de modo que reprimió su impulso y se apresuró en apagar la lámpara de la mesilla.

—Luz apagada —dijo regresando a su posición frente a ella sobre el colchón.

La oscuridad no era total y podía distinguir las facciones de su hermana dibujadas en la penumbra.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué te fijaste en ella en Click? Tenías miles de solicitudes —se lo recordó y adivinó cómo una de esas sonrisas engreídas tomaba forma en sus labios.

—Porque estaba buena.

—¿Y ya está?

—Claro que no, Jess. También me fijé en ella porque con esos tatuajes estaba el doble de buena.

—Conmovedor.

—Es que en el fondo tengo alma de romántica. Hice *click* a su solicitud y empezamos a hablar de nuestros tatuajes, me dijo que ella tenía un estudio, yo le dije que tenía otro y de repente habían pasado tres horas y estábamos hablando de grupos de música, del cambio climático y de mamá y nuestro puto chat de WhatsApp.

—Le enseñaste fotos tuyas de bebé, ¿verdad?

—Con chupete y en pañales. Les encanta, Jessie, les debe de activar algún programa biológico o algo, y se mueren por achuchar a la Riley pequeña y por follar con la Riley mayor.

—¿Y lo has probado con muchas?

—Con todas. Una fiabilidad del noventa y cinco por ciento. ¿Quieres que subamos fotos tuyas de bebé a Instagram? En dos días duplicas seguidoras.

—Olvida mi Instagram y céntrate en Violet, funcionó con el noventa y cinco por ciento, pero quedaste solo con una.

Riley jugueteó con la funda de la almohada entre sus dedos y ella suprimió una sonrisa en espera de que se decidiera a hablar.

—Me llamó la atención.

—¿Por qué?

—Porque apenas habló de mis tatuajes —dijo abandonando el toqueteo de la funda y conectando sus miradas a través de la penumbra de la habitación.

Y no se esperaba una respuesta así de honesta tan pronto, así que le sorprendió el doble y entendió mejor por qué Riley había insistido en apagar la luz. A su hermana pequeña se le daba de miedo meterse a la gente en el bolsillo tirando de cara bonita, sonrisas y chulería, era increíblemente sociable en la superficie y le habría ido de puta madre como relaciones públicas, podía hablar sobre cualquier tema sin aburrirse y sin aburrirte porque era así de carismática. Conocía a muchísima gente y se llevaba bien con la mayoría, pero conseguir conocerla a ella de verdad ya era otra historia. A ella le había costado veinticinco años empezar a hacerlo y a veces se sentía un poco culpable por no haberlo intentado antes, pero es que Riley no lo había puesto precisamente fácil.

Hasta hacía relativamente poco tiempo seguía viéndola cómo la idiota de su hermana pequeña, la que a los ocho años invadía sus habitaciones y les arrancaba páginas a sus libros preferidos o la que a los once se colaba en el salón para apagarles la televisión en lo mejor de la película, la que empezó a sacar malas notas en el instituto y terminó escondiendo marihuana en el cajón de sus calcetines a los diecisiete. Y simplemente eso era Riley, la idiota de su hermana y una estúpida rebelde.

Después se dio cuenta de que si de pequeña invadía sus habitaciones y se colaba en el salón en mitad de la película, era porque nunca había estado invitada, porque Zoey y ella eran las mayores y se llevaban de puta madre y Riley les resultaba demasiado infantil para entender sus sofisticados intereses de gilipollas adolescentes. Y si lo hubiera visto entonces, seguramente, no se habría enfadado tanto cada vez que le había quitado cosas de su habitación. Porque de pequeñas solo la oía gritar «vivo para molestarte», pero años después empezó a comprender que aquella había sido su particular forma de pedir «mírame».

Y no podía estar segura, pero desde que había empezado a conocer a la Riley de verdad le daba la impresión de que seguía haciéndolo, eso de intentar llamar la atención por fuera, y se había currado una fachada alucinante, diseñada para atraer, por miedo a que todo lo que llevaba dentro pasara desapercibido si no gritaba lo suficientemente alto. Así que le encantaba que a la gente le alucinasen sus tatuajes y a la vez le aterraba que no vieran más allá. Porque Riley Stevens era sociable, divertida y visualmente atractiva, Riley era sus tatuajes y su recién adquirido *piercing* en la lengua, era su sonrisa engreída y sus enormes ojos verdes, pero es que también era mucho más e incluso ella se lo había perdido durante los primeros veinticinco años, porque la fachada algunas veces deslumbraba demasiado.

Entendió aquel «apenas habló de mis tatuajes» como un «quiso conocerme de verdad» y no pidió más aclaraciones, que Riley supiera que con ella no necesitaba darlas servía de ejemplo perfecto acerca de lo distinta que era su relación actual.

—Así que hablasteis de mamá y del puto chat de WhatsApp.

—Hablamos de que no le hizo gracia que dejara Ciencias Ambientales para venirme aquí a hacer tatuajes. Le dije que papá y ella montaron el drama del siglo y que tú me ayudaste a venir y que ahora nos controlan a través del jodido grupo «Eres un Stevens».

—Y aprovechaste para bombardearla con fotos tuyas de bebé.

—Y le encantaron y empezamos a hablar de cuando éramos pequeñas. Y de nuestra adolescencia y resulta que ella era tan puto desastre como yo.

—No eras un puto desastre —lo puntualizó por si calaba algo, pero Riley siguió hablando.

—Nos pasamos dos días hablando casi a todas horas.

—¿Y Elsa era una jodida perdedora cuando lo hacía con Zack?

—No, Elsa es una jodida perdedora, porque se pasó semanas hablando con Zack, yo quedé con Violet a los dos días y a las dos horas la estaba besando hasta la muerte en el sillón de tatuajes del Tattoo Too.

Nada más decirlo, Riley le regaló una de sus sonrisas engreídas y ella le devolvió otra diferente que le hizo fruncir un poco el ceño.

—¿Qué? —preguntó su hermana como si temiera la respuesta.

—¿Cómo fue?

—Pues bien. —Y otra vez jugueteaba con la funda de la almohada.

—Riley, hablamos de tu primer beso con una chica, voy a necesitar algo más que un «pues bien» —señaló mientras ella continuaba toqueteando la tela—. ¿Fue distinto? ¿Te sentiste diferente? ¿Hubo arcoíris y caramelos en forma de corazón? ¿Notaste cosquillas por todo el cuerpo?

La picó haciéndole cosquillas en el costado y Riley se retorció intentando no reír, pero fracasó totalmente en el intento y terminó por pegarle en el brazo para que parase.

—Fue distinto y me puso muy cachonda, ¿te vale?

—¿Y cómo pasó? ¿Qué te dijo? ¿Qué dijiste? ¿La besaste tú o te besó ella?

—Joder, Jessie, no me extraña que te cueste la vida ligar. Me miró con cara de «cómeme la boca» y se la comí, punto.

—¿Hicisteis algo más? —interrogó levantando una ceja y Riley sonrió al verla.

—No hemos follado.

—Entre besarse y follar hay muchos pasos intermedios.

—Sí, y a este paso voy a darlos todos antes que tú.

Le pegó una patada por debajo de la sábana y su hermana se la devolvió, divertida y con algo más asomando entre el verde de su mirada, como si a Riley también le encantara poder hablar con ella de su primera experiencia con una chica.

—¿Has dado alguno ya?

—El jueves fui a buscarla cuando cerró el estudio, la invité a mi piso y nos metimos mano en el sofá. Perdimos la parte de arriba.

—¿Y por qué no perdisteis la de abajo? Creía que eras una Stevens —bromeó tomando prestada una de sus repetidas acusaciones.

—Y lo soy, pero Violet tenía que irse. Volveremos a quedar esta semana.

—Así que tu primera experiencia con una chica va bastante bien.

—Va de puta madre, ¿todas las tías besan tan increíble?

—Riley, eres nueva en esto, así que debo decirte que las tías son seres humanos independientes y que cada una besa de forma única y diferente, como los tíos.

—Puede, pero son el doble de suaves.

—Y el triple de sexis —dijo sonriendo de lado.

—Eres jodidamente lesbiana.

Riley lo dijo mientras se acomodaba bocarriba sobre el colchón, colocando los brazos cruzados bajo la cabeza para poder observar el techo y ella se limitó a mirarla con media sonrisa asomada a sus labios, porque no tenía nada que objetar. Pasaron un par de minutos en silencio e incluso cerró

los ojos dispuesta a dormir, la voz de Riley consiguió que los abriera de nuevo.

—¿Qué diría mamá si algún día le contara que estoy con una chica?

—¿Tú qué crees que diría? —quiso saberlo primero, si se lo estaba preguntando era porque tenía sus propias teorías.

Su hermana devolvió la vista al techo y respiró hondo antes de hablar.

—Seguramente que no sé lo que quiero en la vida, lo mismo que cuando le dije que dejaba la carrera. Cuando habla conmigo es como un puto disco rayado. «No sabes lo que quieres en la vida».

Siempre que su madre le decía cosas de ese estilo Riley bufaba, soltaba un «olvídame» y se quitaba de en medio. Sus padres pensaban que reaccionaba así porque lo que le decían no le importaba una mierda, pero ella creía que a lo mejor lo hacía porque le importaba demasiado.

—No pasa nada por que no lo sepas, ¿sabes? —dijo mientras observaba su perfil—. No pasa nada por que haya cosas que aún no sepas, Riley. Nadie lo sabe todo a los veinticinco, en realidad creo que nadie llega nunca a saberlo todo.

—Zoey y tú sí.

—No lo dices en serio.

—Tú sabías desde siempre que querías estudiar Psicología y a Zoey lo de profesora se le suponía, porque siempre ha sido igual de jodidamente estirada.

—Me decidí por Psicología a los diecisiete y Zoey quería estudiar Fotografía, pero al final terminó haciéndole caso a mamá.

—Al menos acabasteis la carrera, yo dejé Ciencias Ambientales a la mitad. Y mamá no se va a cansar nunca de decirme el error tan gigantesco que fue.

—Para ti no lo es, y si lo fuera, ¿qué más da? Mamá me dijo mil veces lo equivocada que estaba al dejarlo todo en Denver por venir aquí detrás de una chica y ya ves cómo ha terminado.

—Joder, eso sí que fue una cagada —suspiró mirando al techo y sonrió cuando ella le golpeó el costado con el puño llamándola «gilipollas».

—Los únicos que no se equivocan son los que nunca eligen nada.

—Taylor está buena y pudiste tirártela durante cuatro años, tu error tiene matices.

—A ti no te gustaba Ciencias Ambientales y te encanta tatuar, así que el tuyo también —dijo y en cuanto Riley la miró alzó una ceja—. ¿O no?

—Eres un puto genio de la dialéctica. —Y se acomodó de nuevo de lado para poder mirarla—. Deberíamos regalarle a Zoey un curso de fotografía profesional para su cumpleaños.

Lo que decía, una imbécil adorable.

—Se pasará el resto de su vida haciéndole fotos a los putos nudos de las corbatas de Arnold y a sus calzoncillos andrajosos de cuadros asomándole

por el pantalón cuando se agacha para arreglar el jardín, pero seguro que le hace ilusión —añadió—. A lo mejor le publican una foto de su hoyuelo mutante en *Science* o en el *National Geographic*.

O una imbécil a secas.

Suprimió una sonrisa, porque la gilipollas tenía gracia, y le hundió la cara en la almohada presionándole la mejilla con la palma de la mano.

—«Por fin», eso creo que te diría mamá si le dijeras que estás saliendo con alguien. Con quien sea. Y si es una chica, cuando papá se entere te dirá eso de «cuantas más mejor» y tendrás que aguantarlo.

—«Cuantas más mejor», es de los míos.

—Vas a tener que empezar primero con Violet.

—Hasta que coja carrerilla.

—O hasta que se te quiten las ganas de cogerla.

—Jess, me gustan las estrellas fugaces, las nebulosas te las dejo todas a ti —aclaró y ahogó un bostezo—. Hablando de estrellas fugaces, tu ex monitora sexi, me ha pedido hora para venir a tatuarse. Quiere hacerse un lobo en el costado y voy a pedirle que se quite el sujetador.

Nada más decirlo sacó la lengua adoptando un gesto más que pervertido. Ella suspiró, dándola por imposible, y quiso decirle algo así como «tiempo al tiempo» y que se fuese preparando para el impacto.

Que a veces algunas estrellas fugaces se convierten en nebulosas.

OceanofPDF.com

20

Samosa por samosa

Gail había regresado sobre las seis y media y se la encontró en chándal y en el sofá, a mitad del visionado de *Casablanca*. Entró en el piso con mucha prisa, abandonó la maleta en mitad del salón y le fastidió el «Siempre nos quedará París» tirándosele encima mientras la saludaba con un «¿Me has echado de menos?». Le contestó que sí por no decirle que no mucho, porque aquellos días había estado bastante ocupada, pero Gail esperaba oír un «por supuesto» y no le costaba nada darle el capricho.

La morena se apartó de ella tras obsequiarla con un sonoro beso en la mejilla y se quedó de rodillas sobre el sofá. Se desprendió acelerada de la mochila que cargaba a su espalda anunciando «Tengo un regalo para ti», al oírla se le escapó media sonrisa y se incorporó sobre los cojines en actitud expectante. La monitora solía acordarse de ella cuando salía de viaje y siempre le llevaba un detalle de vuelta.

—Justo en la sala de al lado ayer hubo un taller de masaje erótico y al salir de mi aburrido curso de masaje deportivo sin ningún tipo de contenido sexual, me encontré una mesa llena de utensilios de trabajo. Los vendían con un cinco por ciento de descuento, así que toma —explicó mientras sacaba de la mochila el utensilio en cuestión.

Un bote de aceite para masajes, «aumenta la sensibilidad y el placer», «con rosa de mosqueta».

—«Para ella, para él» —leyó en voz alta otra de las inscripciones y miró a su amiga alzando una ceja, con expresión divertida.

Gail se lo quitó de las manos y fingió leerlo, aunque interpretando libremente justo esa parte.

—«Para Jessie, para ti» —recitó en su mismo tono, le pegó una patadita en el muslo y la monitora se rio. Después se inclinó hacia ella y apoyó los antebrazos sobre sus rodillas, ya que mantenía las piernas flexionadas—. ¿Cómo besa?

—Ya sabes cómo besa.

Contra todo pronóstico no se sintió incómoda al afirmar algo así, todo eso de las estrellas fugaces y las nebulosas las situaba a ambas en categorías de clasificación completamente diferentes. «Si la encuentras las apaga a todas»,

y de repente el decir «mi Jessie» le pegaba más a ella.

—Sé cómo me besó a mí, pero seguro que contigo puso mucho más sentimiento —aventuró la monitora y ella bajó la vista porque, al recordar cuánto, aquellas agradables cosquillas invadieron su bajo vientre—. ¿Cómo fue?

Inesperado, distinto y alucinante. Especialmente intenso y excitante. Dulce, a pesar de que Jessie supiera un poco a la sal de las palomitas, y mucho mejor que el yogur helado.

—Creo que es la primera vez que me besan así o es la primera vez que me siento así cuando alguien me besa, o las dos cosas a la vez.

—Vale, pero ¿cómo fue?

—Me despedí de ella en el portal, porque soy gilipollas, y Jessie entró detrás de mí y me besó sin más. Me revolucionó el cuerpo, Gail, te lo juro, como si me despertara de golpe y pudiera sentirlo por todas partes. Es que la sentía por todas partes y no quería que parase.

—¿Y por qué paró?

—Se marchó y a mí apenas me salió decirle adiós —reconoció un tanto decepcionada consigo misma.

—¿Un poco de lengua y se te funden los circuitos, Carter? —la picó sonriendo burlonamente.

—No fue solo un poco de lengua, fue como tener un orgasmo en versión beso —aclaró la naturaleza de aquella experiencia. Gail se rio al oírla y ella se incorporó para poder pegarle en el antebrazo—. Hablo en serio, me encanta.

—¿A quién no le encantan los orgasmos versión beso? Son los mejores. ¿Usasteis condón?

—No teníamos, pero estábamos muy cachondas —le siguió la corriente y Gail sonrió divertida recostándose contra el respaldo del sofá—. ¿Debería darme miedo que me esté gustando tanto tan rápido?

—Si se le quedó la misma sonrisa de gilipollas que a ti, no puede darte miedo —dijo a la vez que se levantaba del sofá—. Carter, me prometiste ser mi sujeto experimental hoy a cambio de que viésemos el Discovery Channel el miércoles por la noche. Yo cumplí mi parte del trato, así que pierde la camiseta y los pantalones y te quiero en mi cama ya.

Y para el oído inexperto la demanda de su amiga podía sonar o muy mal o muy bien, dependiendo de por dónde se mirase, cargada de contenido sexual en todo caso. Una percepción incestuosa y bastante alejada de la realidad, porque Gail tenía un cuerpo jodidamente increíble y follando debía de ser una puta maravilla, pero se conocían desde los once y habían perdido toda connotación mínimamente erótica la una para la otra a fuerza de compartir duchas tras las clases de gimnasia.

Se levantó del sofá y siguió a la monitora hacia la habitación mientras se

desprendía de su camiseta, la tiró sobre la cama nada más entrar y se quitó también los pantalones antes de tumbarse bocabajo sobre el colchón. Se acomodó con las piernas orientadas hacia el cabecero y se sostuvo sobre los antebrazos. Observó cómo Gail colocaba la maleta y la mochila a un lado y sonrió por dentro porque sí, porque a Jessie se le había quedado la misma sonrisa de gilipollas, y más que miedo le daban ganas de volver a besarla y no parar. A lo mejor estaba corriendo demasiado, pero es que la psicóloga era aries, seguro. Monica decía que para encajar así de acojonantemente bien no podía ser de otra manera. Leo quizás.

—Creo que nunca había estado tan cómoda con nadie antes —dijo mientras Gail se cambiaba de ropa, eligió unos pantalones deportivos y una de esas camisetas anchas herencia de sus múltiples amantes, y después recuperó un misterioso recipiente y un cuaderno del fondo de su maleta antes de dirigirse hacia ella—. Creo que nunca había tenido tanta química con nadie, en serio. Casi puedo tocarla cuando la tengo delante. ¿Qué es eso? Si es otro aceite afrodisiaco, búscate a otro conejillo de indias, porque nuestra amistad no es tan fuerte.

Se lo advirtió al ver el bote en cuestión desde más cerca y Gail se limitó a reír al sentarse a horcajadas sobre ella, acomodándose en la parte baja de su espalda. Sintió cómo se inclinaba para susurrarle al oído «relájate y disfruta» con voz fingidamente sensual y fue su turno para reír mientras trataba de golpearla con el pie.

—Sé que es duro de aceptar para ti, Carter, pero no me pones cachonda —dijo a la vez que le soltaba el cierre del sujetador y casi pudo ver aquel gesto de lástima en su voz—. Puede que esto esté un poco frío —se lo advirtió justo antes de derramar una cantidad generosa de aquel gel en el centro de su espalda.

Exclamó un «¡joder!» molesto, revolviéndose ante la sensación, y la escuchó reír de nuevo justo antes de sentir cómo las palmas de sus manos comenzaban a extenderlo sobre su piel. Se relajó considerablemente, no era la primera vez que su compañera de piso practicaba distintos tipos de masaje con ella y aquel arte se le daba francamente bien.

—Define química —la invitó la monitora retomando el tema Jessie.

—Es un tonteo constante, del que te hace sentir cosas físicas, es que me encanta cómo es por dentro y me encanta cómo es por fuera, y sé que le pasa lo mismo. Lo siento yo y siento cómo ella lo siente también, eso es química. —Suspiró y lo transformó en un suave gruñido cuando la morena presionó demasiado un punto de la zona cercana a su hombro derecho—. Podría morirme en ese verde, te lo juro. Y su voz, Gail, joder, su voz. Ayer gimió mientras nos besábamos y no puedo quitármelo de la cabeza.

—Eso sí que me está poniendo un poco cachonda —admitió presionando el mismo punto de nuevo—. Eso y el jodido tatuaje de su cadera. Creo que he soñado con él.

Sonrió al escucharla, se acordó de la historia de sacrificio fraternal que se escondía tras las tres mariposas y de nuevo sintió aquella calidez derramándose por todo su interior. Es que Jessie le encantaba por dentro de verdad.

—Ella y su hermana mayor dejaron que Riley las tatuara porque necesitaba practicar. Dice que no le salieron muy bien, pero al final se lo hizo también. Las tres llevan el mismo tatuaje. ¿No te parece que es muy tierno?

—Un diez por ciento tierno y un noventa por ciento jodidamente excitante. La marca de las hermanas Stevens. Debería ser delito que Riley se dedique a los tíos en exclusiva, es una discriminación flagrante a los derechos de las lesbianas y las bisexuales —protestó mientras se sentaba sobre sus muslos para poder masajear la parte baja de su espalda.

—Pues las lesbianas y las bisexuales interesadas están de suerte —dejó caer y sonrió al sentir cómo Gail detenía el masaje de golpe.

—Explícate.

—Digamos que ayer a la salida del cine nos encontramos con una chica que se lo había pasado muy bien besándola.

—Digamos más.

—Digamos que se llama Violet, la conoció en Click, también tiene un estudio de *piercings* y tatuajes y ayer le agujereó la lengua.

Sonrió al sentir cómo Gail se dejaba caer sobre ella. Fulminada al escuchar las últimas noticias.

—¿Sexi *baby* Stevens se ha hecho un *piercing* en la lengua? Solicito confirmación verbal antes de correrme.

—*Ugh*… yo solicito que te quites de encima antes de darte confirmación verbal —exigió tratando de huir a base de retorcerse bajo el peso muerto de su cuerpo.

Le fue imposible y desistió a los cinco segundos.

—Me encantan las chicas con *piercing* en la lengua.

Gail hizo caso omiso a su intento de liberación y lo dijo, aunque ella ya lo sabía. Después se reposicionó, sentada sobre su baja espalda de cara a sus piernas, la escuchó manipular el bote de gel antes de sentir las frías y resbaladizas palmas de sus manos sobre un gemelo.

—Parece que a la tal Violet también —dijo ella distraídamente.

—¿Y a la tercera Stevens? —cotilleó la monitora—. ¿Le gustan las chicas con *piercing* en la lengua?

—No lo sé, pero está casada con un vendedor de seguros. ¿Quieres verla?

Se incorporó tratando de mirarla a pesar de lo complicado de su posición y Gail hizo lo mismo al escuchar aquella pregunta.

—¿Tienes fotos de Stevens sénior?

—Jessie tiene en su Instagram algunas en las que salen las tres.

—Las quería para ayer, Carter —dijo abandonando su posición sobre ella y tumbándose bocabajo a su lado.

Sonrió divertida ante la inmensa curiosidad de la monitora, parecía que había dotado al apellido Stevens de unas irresistibles connotaciones eróticosexuales y al final se había convertido en víctima de los estragos que producían en su fisiología. Víctima voluntaria, pero víctima al fin y al cabo, miraba su teléfono con una enorme sonrisa de anticipación decorándole los labios. A ella se le escapó otra de diferente tipología cuando su sentido de la vista se vio bombardeado por decenas de imágenes de la sonrisa de Jessie. Madre mía, aquel verde le hacía cosas extraordinarias por dentro, sobre todo visto tan de cerca y entre besos. Se moría por poder contemplarlo en directo y desde la primera fila otra vez.

—Menudo polvazo tiene —la escuchó a su lado y le pegó un codazo mientras se mordía el labio inferior.

Es que Jessie tenía un polvazo de verdad, pero también muchas otras cosas que relativizaban la importancia de su potencial como amante.

—En esta salen las tres.

Gail casi le arrancó el móvil de las manos para poder plantárselo frente a la cara y no perder detalle. Las Stevens se encontraban en lo que parecía algún tipo de reunión familiar, Zoey y Jessie estaban sentadas a la mesa mientras Riley, de pie tras ellas, las tomaba por los hombros inclinada entre las sillas. Las tres sonreían a cámara y el gesto les quedaba parecido, aunque Zoey tenía el pelo mucho más oscuro y los ojos azules, era evidente que las tres compartían genes. Genes y facciones de las alucinantes.

—Joder, tres de tres. La humanidad les debe a sus padres un premio a la mejor mezcla genética de todos los tiempos —dijo Gail sin apartar la vista de la imagen.

Y tenía mucha razón, pero a ella los ojos se le iban solos hacia una de las hermanas Stevens en concreto. A aquella sonrisa que le salía tan natural y le quedaba tan bien, a la forma en la que sostenía una cucharilla de postre en su mano derecha, porque la persona tras la cámara las había interrumpido a mitad del consumo de una tarta con muy buena pinta.

—Si las cosas salen bien con ella, te van a encantar las reuniones familiares —insinuó la monitora y ella se limitó a sonreír—. Por cierto, he intercambiado las clases del miércoles por las de la mañana y tengo cita con sexi *baby* Stevens a las cuatro, por si quieres acompañarme.

La monitora le devolvió el teléfono antes de incorporarse y retomar el masaje a su gemelo.

—¿Las cuatro no es un poco pronto? —inquirió admirando las fotos de Jessie un poco más antes de decidirse a salir de la aplicación.

—Por las tardes abre a demanda y el miércoles iba a descansar, pero ha hecho una excepción: por ser yo —y no podía verle la cara, pero sabía que

estaba sonriendo de esa forma.

Porque a Gail le encantaba que hicieran excepciones con ella y, seguramente, tras las noticias acerca de la incorporación de Riley al sendero de la bisexualidad su excepción le gustaba el doble.

—¿Has escuchado que está viendo a una tal Violet?

—Y que le agujereó la lengua. ¿Cómo olvidarlo?

—Solo un tatuaje, Morrison. Y olvida a las Stevens.

—No puedo prometerte nada, ya sabes lo que dicen, Carter —hizo una pausa dramática y volvió a escuchar aquella sonrisa en su voz cuando finalizó la idea—. Que crean adicción.

Y le habría preguntado a cuál de las dos cosas se refería, pero es que estaba segura de que hablaba de ambas. Juntas y revueltas y con gran poder de atracción. La entrada de un nuevo mensaje en su conversación de WhatsApp con Jessie la persuadió de seguir insistiendo en aquel particular.

«Jessie Stevens»
En línea
JESSIE: Creo que después de lo de anoche te debo una cosa.
ALISON: Después de lo de anoche me debes otro anoche en el que te quedes.
JESSIE: Vale, entonces después de lo de anoche te debo dos cosas.
ALISON: Podríamos empezar por la que creo que ibas a darme ahora.
JESSIE: Podríamos…
ALISON: Adelante.
JESSIE: (foto suya con una bata de cuadros blancos y rojos)

Se le escapó una sonrisa de las amplias. Involuntaria y genuina, porque la psicóloga llevaba el pelo recogido de forma descuidada en un moño medio deshecho y bajo la bata abierta vestía un pijama en cuya camiseta se podía leer «I'm a sweet dream» y ella pensó «pues sí» de forma refleja. Sin maquillaje y al natural, probablemente recién levantada de la cama, porque aparecía sentada en la isleta de una cocina y con un tazón repleto de cereales frente a ella. Seguro que Riley se la habría hecho aquella misma mañana y a ella le daban ganas de poder ver aquel *look* en vivo y en directo en sus desayunos de domingo. Si se ponía en plan ambiciosa, en los de los sábados también.

ALISON: ¿Todos los *looks* te quedan igual de bien?
JESSIE: Sí, si me enfocas desde mi ángulo bueno.
ALISON: Creo que todos tus ángulos son igual de buenos.
JESSIE: Y yo creo que quiero volver a verte.
ALISON: El miércoles voy con Gail al estudio de tu hermana.
JESSIE: ¿Y quieres compañía mientras Riley le tatúa?
ALISON: Quiero volver a verte.

—Creo que sí que puedo acompañarte el miércoles al Tattoo Too, Morrison —anunció con una sonrisa tonta asomada a sus labios.

Acompañarla, ver a Jessie y besarla en cuanto la tuviera delante. Eso también.

***

Se acomodó aún más en la silla en la que Riley hacía «su magia» mientras ella colocaba cantidad de botes en la mesa auxiliar totalmente concentrada para que todo estuviera listo a la llegada de Gail. La miró con detenimiento, guardando silencio por unos segundos, antes de decidirse a preguntarlo.

—¿Te lo ha hecho Violet? —curioseó refiriéndose a la reveladora marca que lucía en la parte baja de su cuello.

Riley alzó la vista con el ceño semifruncido y buscando pistas no verbales que aclarasen un poco más a qué se refería. En cuanto se percató de cuál era la zona en la que centraba su atención sonrió divertida.

—No, me he dado un golpe con una puerta —bromeó centrándose de nuevo en sus botes.

—Gilipollas.

Le propinó una patada en la pierna, porque la primera vez que una chica le marcó el cuello a los dieciséis se puso increíblemente nerviosa ante el interrogatorio de su madre y le respondió exactamente eso mientras los cinco desayunaban huevos revueltos en la mesa de la cocina un sábado por la mañana. «Me he dado un golpe con una puerta». Zoey consiguió ahogar la risa bebiendo de su vaso de leche, pero a Riley se le salió el zumo de naranja por la nariz. A sus padres no les hizo la misma gracia que a ellas, la verdad, porque se suponía que la noche del viernes se había quedado hasta tarde «estudiando» en casa de una amiga.

Su hermana se rio aún más tras la agresión.

—Tu «me he dado un golpe con una puerta» y el «sí, quiero» de Zoey son lo más gracioso que he oído en la puta vida.

—¿Cuándo la has visto? Ayer cuando salimos a correr no lo tenías.

—Vino a cenar a casa anoche.

—¿Y cenasteis? —Alzó una ceja adoptando un gesto bastante sugerente y Riley bufó.

—Claro que cenamos. ¿Crees que quiero estar lisiada cuando folle con una chica por primera vez? —preguntó y le enseñó la lengua, mucho menos inflamada que el fin de semana, pero aún no se había recuperado del todo—. Voy por ahí dando putos besos de abuela.

Sonrió al escucharla refunfuñar de esa manera.

—¿Y quieres que Violet sea la primera?

—No me importaría.

—No me importaría —repitió sus palabras en el mismo tono para que pudiera escuchar lo tremendamente asépticas que resultaban en voz ajena.

—Perdona. Sí, quiero que sea ella quien reciba la primera flor de la faceta lésbica de mi sexualidad —recitó en tono burlón llevándose ambas manos al pecho—. ¿Mejor?

—Es cuestionable.

—Pues cuestiónalo con el culo en otro lado. Tengo que preparar la silla —exigió tomándola por un brazo e invitándola de forma poco sutil a abandonar su cómoda posición.

Estaba protestando por su brusquedad cuando ambas pararon todo movimiento y guardaron silencio al escuchar el timbre que indicaba que alguien había entrado en el establecimiento. Joder, era Alison, seguro, y se le disparó el corazón en el pecho. Se moría por repetir, mucho, y Alison dijo que quería volver a besarla, pero es que le costó cuatro intentos el que se dejara la primera vez y al final tuvo que robarlo.

—Es tu nebulosa Ojo de Besa Tan Porno, Jess.

—Como te pases con ella delante vas a estar dando besos de abuela el resto de tu vida.

—Se lo voy a decir a mamá —advirtió mientras ambas se dirigían a la entrada.

—Adelante, seguro que le encanta tu nuevo *piercing*.

Recibió un golpe en el brazo en respuesta a su velada amenaza.

—Seguro que le encanta tu nueva novia.

Esta vez fue ella quien golpeó el antebrazo de Riley, porque no quería que Alison la escuchase llamarla de ese modo. Ambas guardaron las apariencias justo antes de salir al espacio diáfano que albergaba las diferentes dependencias de la entrada del Tatoo Too. Las vio allí, a Gail y a Alison, de pie en medio de la estancia y, probablemente, sopesando alzar la voz para anunciar «ya estamos aquí», pero al final no les hizo falta. La rubia llevaba puesta una cazadora vaquera y una camiseta verde debajo, de las básicas, y de nuevo aquel *look casual* le hizo pensar que a algunas chicas no les hacía falta nada más y Alison era una de ellas.

Sus miradas se encontraron casi de inmediato, a lo mejor porque llevaban buscándose un mes y al final se habían aprendido el camino más corto, sonrió a medias y se percató de la forma en que la rubia respiró un pelín más profundo antes de devolverle una entera. Ni rastro de ambivalencia en su lenguaje no verbal, del «quiero, pero no quiero» se había quedado solo con la primera parte, y eso de acercarse a ella y robarle otro beso iba a ser del todo innecesario.

—Ey… —la saludó de aquella forma tan concisa mientras daba un par de pasos hacia ella ampliando su sonrisa.

Alison recorrió los otros cinco que las separaban y las suelas de sus Converse hicieron ruido contra el suelo acompañando la cuenta atrás.

Tres, dos y uno… porque antes de poder llegar al cero la rubia la sujetó por la parte baja de la camiseta, reteniendo la tela en sus puños a la vez que atrapaba sus labios en un único movimiento, valiente, decidido y un poco húmedo, porque Alison entreabrió la boca a la segunda embestida. Joder, ella hizo lo mismo, y de repente estaba de vuelta en aquel portal, junto a los buzones y con su interior medio mareado, pero funcionando a pleno rendimiento al mismo tiempo. Con ella casi era mejor que te robara que robar y su sistema nervioso pasaba de cero a cien en medio segundo. Correspondió a sus movimientos, dejándose llevar por el ritmo preestablecido mientras enredaba las manos entre pelo rubio; tenían compañía, pero le daba lo mismo, así que la besó como si Riley y Gail no estuvieran allí. Alison sonrió contra sus labios antes de atraparle el inferior entre los suyos de nuevo, aumentó la fuerza en que la sujetaba por la camiseta y a ella le encantó aquel gesto a pesar de su simplicidad. Hacía mucho tiempo que no se había sentido así besando a alguien, mierda, es que era nuevo, increíble, tremendamente significativo y excitante.

Era lo que llevaba buscando los últimos nueve meses multiplicado por mil nebulosas concentradas en una sola y en el azul de su mirada.

Y a lo mejor estaba corriendo mucho o demasiado ilusionada, o corriendo mucho porque estaba demasiado ilusionada, pero le daba un poco igual y, cuando se separaron tras un último contacto especialmente suave, Alison le dijo «Ey» en respuesta a su saludo y a ella se le rompió algo por dentro al encontrarse con aquella sonrisa.

—Así lo hacemos las Stevens.

Escuchó cómo Riley se lo decía a Gail con aquel tonillo de engreída suficiencia y, en vez de pedirle que cerrara la boca, atacó la de Alison de nuevo con un beso de los de «perdona, pero necesito un poco más». Corto, firme y con sonido incorporado al final, sentía su cuerpo sumamente ligero y oxigenando al máximo, las manos de la rubia liberaron su camiseta para pasar a calentar su cintura y la escuchó soltar una suave risita, como si aquel último beso le hubiese sorprendido y encantado a partes iguales.

—Sé que una lo hace de puta madre, pero de las otras dos no tengo referencias.

Gail respondió al comentario de su hermana, porque eso de replicar le encantaba, y Riley le salió con eso de «pues lo llevamos en los genes». Ella miró a Alison un poco incómoda por la mención de la monitora, sabía que tarde o temprano eso de haberse enrollado con su compañera de piso delante de sus narices volvería clamando venganza. Quiso decirle algo así como «lo siento», aunque no tuviera mucho sentido, pero la rubia se le adelantó susurrando «una lo hace de puta madre de verdad» pegadito a sus labios, esbozando media sonrisa que sugería que aquel oscuro pasado no le

molestaba en exceso. Como extra, Alison la besó fugazmente antes de separarse con la intención de reconocer la presencia física de otras personas en la sala.

—Hola, Riley. ¿Qué tal?

—Si mi hermana es feliz, yo soy feliz, así que fenomenal —respondió y ella suprimió una sonrisa cuando Riley se acercó para rodearle los hombros con el brazo—. ¿Te lo has pensado mejor y tú también quieres un tatuaje?

—Me encantan tus diseños, en pieles ajenas y en papel.

—Pues espero que también te encante el de la piel de tu compañera de piso. Morrison, dame dos segundos para que termine de preparar la silla y te enseño las plantillas.

—Estoy un poco nerviosa —admitió la monitora y Riley sonrió como si estuviera acostumbrada a comentarios de ese tipo.

—Tienes que estarlo, tu vida está a punto de cambiar para siempre —su hermana bromeaba solo a medias, la había oído decir aquello miles de veces, eso de que el primer tatuaje no es más que la antesala hacia todos los demás —. Tranquila, no duele tanto como dicen.

Tras haberle ofrecido un mantra al que aferrarse en la cuenta atrás de la sesión, Riley desapareció pasillo adelante, directa a preparar la silla, y Gail las miró a ellas.

—Vas a llorar como un bebé —Alison lo dijo en tono divertido.

La monitora se acercó un par de pasos y le pegó un manotazo en el brazo antes de desviar la mirada a ella. Alzó una ceja y le sonrió de lado, muy a su estilo, se acordó de las últimas palabras que le dirigió en respuesta a su «¿Es un adiós para siempre?» antes de dejarla sola en el Myrtle bajo los fuegos artificiales del Cuatro de Julio. «No creo, somos compañeras de piso». Aquel gesto enmarcado en sus facciones era un «te lo dije» revestido de «yo siempre tengo razón», a juego con su desbordante confianza en sí misma.

—Seguro que huele mucho mejor desde tan cerca, ¿eh, Stevens?

Pues seguro, y seguro que se puso un poco roja al oírselo decir con aquel tonillo insinuante, Alison salió en su defensa y le devolvió el manotazo a la monitora a la vez que le pedía «cállate» de forma un pelín autoritaria. La aludida tan solo sonrió divertida.

—Vas a llorar como un bebé, Morrison —ella se limitó a repetir las palabras de Alison y la sonrisa de Gail se hizo más grande.

—Que os jodan —se dirigió a ambas a la vez y fue su turno para sonreír —. Tu hermana dibuja de puta madre, Jessie —cambió de tema paseando su mirada por los diseños que Riley tenía colgados en la pared.

—Estás en manos de la mejor tatuadora de todo Seattle.

—Su hermana mayor, una opinión completamente imparcial.

—Seguro que repites.

—Con Riley Stevens todas repiten.

Esto último lo dijo la dueña del local nada más emerger de nuevo por el pasillo, confirmando sus palabras y con dosis extra de seguridad absoluta derramándose por el suelo tras sus pasos. Aquella sonrisa de ganadora sin necesidad de competir sumaba puntos al conjunto y jugaba con los dobles sentidos con una facilidad admirable.

—Seguro que sí —Gail lo dio por sentado empatando a sonrisa y ambivalencia.

—Pasa a mi oficina, Morrison, hora de elegir —anunció su hermana mientras se sentaba tras la mesa donde tenía el ordenador y demás tecnologías—. ¿Te gustan grandes?

Riley lo preguntó cuando Gail se acercaba a ella y su tono no dejaba claro que estuviera refiriéndose a los tatuajes precisamente. Ella puso los ojos en blanco cuando Alison la miró esbozando una sonrisa divertida con un «vaya con tu hermana» colgado de su ceja arqueada.

—En esto soy virgen, vas a tener que enseñarme —respondió la monitora inclinándose por encima de la mesa para poder ver bien el ordenador.

En su salsa, es que Riley estaba en su salsa, porque la vio sonreír de esa manera antes de responder «Las vírgenes sois las mejores» mientras trasteaba con el ratón del ordenador. El tacto de la mano de Alison buscando la suya captó de golpe toda su atención y el corazón le latió un pelín raro al notar cómo entrelazaba sus dedos y comenzaba a acariciarle el dorso con el pulgar.

—¿Puedo invitarte a un café? —la rubia se lo preguntó a la vez que envolvía con su mano libre las que mantenían entrelazadas—. Esas dos parecen tenerlo todo bajo control aquí.

—Si tomo café después de las tres, por la noche no duermo.

Alison la miró como si aquella información le pareciera divertida, y después se acercó un poco más a ella fingiendo ir a contarle algo importante y extremadamente secreto. Casi se lo dijo junto al oído y su sonrisa se hizo más grande, porque le encantaba sentir su aliento caliente contra la oreja.

—Puedes pedir cualquier otra cosa, solo es una excusa para estar a solas.

Y eso de «estar a solas» le sonaba tan bien que fue su turno para inclinarse ligeramente hacia ella y contestarle al oído.

—¿Un yogur helado?

Alison cambió posiciones en aquel juego tonto de cuchicheos.

—Perfecto.

***

Había invitado a Jessie a un yogur helado y terminaron comiéndoselos sentadas en uno de los bancos de un parque cercano al Tattoo Too. Riley había dicho que tres horas mínimo, suponiendo que Gail soportara bien el

dolor, así que tenían tiempo, pero no quería alejarse demasiado porque no confiaba del todo en los receptores nocioceptivos de su amiga. Las habían dejado frente al ordenador, suspendidas entre dobles sentidos y eligiendo plantilla.

—¿Por qué ya no vas al Starbucks?

Aprovechó uno de los pocos silencios con los que se encontraban de vez en cuando para preguntárselo, en cuanto Jessie dejó de acudir a su cafetería de siempre, Gail y ella barajaron la posibilidad de que algo hubiese sucedido con la camarera nueva y tampoco le dio mayor importancia. Por aquel entonces su mente hipotetizaba que cuanto menos viese a la psicóloga mejor, así que, además de un misterio, su desaparición de aquel escenario fue una ventaja.

En el momento presente las cosas habían cambiado, quería verla a todas horas y el origen del socorrido «no lo tires cuando termines» le recordaba una y otra vez que la camarera nueva le había dado su número escrito en un vaso de café a Jessie y ella necesitaba con cierta urgencia saber qué había pasado a continuación.

—Digamos que tuve una mala experiencia con una de las camareras —respondió antes de llevarse una cucharada a la boca, pareció reflexionar mientras degustaba el yogur helado y a los pocos segundos modificó su afirmación—. Digamos mejor que una de las camareras tuvo una mala experiencia conmigo.

—Así que utilizaste el número de teléfono del vaso de café.

—Tenía que hacerlo, me costó semanas conseguirlo —reconoció y ella sonrió divertida ante su tono—. Y decenas de capuchino moka.

—Me cuesta trabajo creer que se pueda tener una mala experiencia contigo.

Jessie la miró, esbozando media sonrisa en respuesta a su comentario, y ella se centró en su yogur helado, porque a veces aquel verde era demasiado intenso y necesitaba dosificarlo.

—Quedamos en un bar, hablamos, me besó y yo no podía dejar de pensar en que eran las diez y media y en el mensaje de buenas noches de Taylor, así que le dije algo así como «lo siento, no puedo» y me marché sin más.

Se acordó de cuando Jessie le dijo que la noche que las dos pasaron juntas en el Olympic fue la primera en que se olvidó del mensaje de buenas noches de su exnovia y sintió el inicio de aquel agradable cosquilleo en la boca del estómago otra vez.

—¿Y desde entonces la evitas?

—Nunca dije que fuera valiente —bromeó tratando de inhibir una sonrisa y ella se rio centrando la vista de nuevo en el yogur.

—Tienes razón y yo aprecio la sinceridad ante todo.

—Quería la samosa y no me gusta la comida japonesa.

Jessie lo dijo de carrerilla y a ella la pilló desprevenida y con la cucharilla cargada dentro de la boca, así que el «¿Perdona?» le salió poco claro, pero la psicóloga pareció entenderlo a pesar de todo y se giró hacia ella aún más para ampliar conceptos.

—La noche que cenamos con Elsa y con Zack, tenía muchísima hambre y la samosa del postre sabía de muerte. La quería, la quería tanto que a veces aún sueño con ella por las noches, pero la probaste y dijiste que te encantaba, te brillaban los ojos mientras te la comías —admitió y, al caer en la cuenta de cómo la estaba mirando, perdió la sonrisa y carraspeó—. Necesitaba gustarte, así que te soborné con chocolate.

Alzó la ceja al escuchar aquella última parte, que claramente trataba de restar intensidad al inicio de su confesión, y se acomodó de lado, a horcajadas en el banco, consiguiendo que quedaran frente a frente y con los helados como única barrera entre ambas.

—Así que te parecí adorable comiéndome la samosa —lo dijo sonriendo a medias y con el corazón de fiesta en el interior de su caja torácica.

Jessie bajó la vista a su yogur, pero alcanzó a ver que trataba de no sonreír y se mordió el labio inferior acercándose un poco más a ella, porque iba a besarla en cuanto tuviese oportunidad.

—Te soborné con chocolate, a la gente le gustan las personas que les dan chocolate. En nuestra próxima cita voy a regalarte dinero y te tendré completamente atrapada en mis redes.

Tomó la iniciativa y a Jessie por la nuca y la acercó a ella a la vez que se inclinaba con la vista fija en su boca. Alcanzó a ver el inicio de una sonrisa de las que le derramaban cosas ardiendo por dentro, de las de «me encanta esto», antes de atraparle los labios entre los suyos entreabiertos, y la boca del estómago le cosquilleó el doble en consecuencia.

Joder, una nebulosa y de las potentes. Hacía apenas un mes que la conocía y ya lo estaba apagando todo a su alrededor. Sintió la palma de su mano cubrir uno de sus muslos y la forma en que inclinó ligeramente la cabeza para buscar sus labios desde un ángulo nuevo generalizó aquellas agradables cosquillas en su bajo vientre. Se le olvidó el yogur helado y se le olvidó respirar, cada vez que Jessie la besaba la desconectaba del resto del mundo, la sentía en exclusiva, y sus terminaciones nerviosas se dejaban estimular como si reaccionar a ella hubiera sido su función desde el principio y llevasen toda una vida esperando. Receptores de Jessie Stevens repartidos por sus cinco sentidos.

—Te comiste todo el *sushi* —lo dijo prácticamente contra su boca retomando su segunda confesión.

—No tienes perro.

Se rio al escuchar la respuesta y Jessie atrapó sus labios de nuevo, la sonrisa que le salía siempre tras hacerla reír le dificultó un poco la

maniobra, pero al final la psicóloga consiguió reanudar el ritmo de sus besos de forma bastante admirable y ella se dejó arrastrar acercándose aún más mientras estrechaba su cuello entre los brazos. Corría el riesgo de mancharla con el yogur, pero en aquellos momentos esa posibilidad no le preocupaba demasiado y, por la forma en que Jessie se entregaba a la causa, a ella tampoco.

—¿Tienes cocina? —lo preguntó entre besos, un interrogante algo estúpido, pero es que a su cerebro no le sobraba el oxígeno precisamente.

—Una, al lado del salón.

—Quiero invitarte a cenar el sábado en tu casa, yo cocino.

—¿*Sushi*? Porque yo tampoco tengo perro.

—Podemos negociar el plato principal, pero intentaré hacer samosa de postre —la tentó y rio al ver cómo Jessie se relamía nada más escucharla mencionar la samosa—. ¿Eso es un sí?

—Puede que se nos haga tarde.

La psicóloga lo aventuró mirándola de una forma que le hizo recordar su «Me habría gustado que te quedaras». Sonrió y se mordió el labio inferior.

—Puede —confirmó estrechando un poco más el cerco a su cuello.

—Puede que bebamos un poco y después no deberías coger el coche.

—Sabes que no tengo coche.

—En mi zona es sorprendentemente difícil encontrar un taxi.

—No vivimos tan lejos.

—Dicen que va a llover a lo bestia.

—Tengo varios paraguas en casa.

—Con rachas de viento de hasta los mil kilómetros por hora —añadió y ella aguantó la risa.

—Te has pasado inventando, Stevens.

—Puedo seguir haciéndolo indefinidamente, hasta que me digas que te quedarás a dormir.

Le sostuvo la mirada y perdió gradualmente la sonrisa. Utilizó la mano que tenía libre para acariciarle la nuca y Jessie ladeó la cabeza ante la sensación, esta vez no tenía dudas de lo que quería y parecía que la psicóloga lo tenía igual de claro, así que se le aceleraron las pulsaciones en respuesta a aquel «quédate a dormir».

—Creo que sería demasiado arriesgado intentar volver a mi casa con rachas de viento de hasta mil kilómetros por hora. ¿Tienes cama?

—Solo una, pero puedes dormir en sofá —le acarició un poco más la nuca y Jessie sonrió.

—¿Es cómodo?

—Y reclinable.

—Cocinar para ti y dormir en el sofá. Suena tentador.

—Te dejaré un par de mantas y puedes usar el baño.

Ella sonrió al escucharla y le tiró de la oreja haciéndola reír.

—¿Cómo puedo negarme a eso?

—Es imposible.

—Entonces me rindo.

—Buena chica, te has ganado una almohada.

No pudo aguantarse más, besó su sonrisa y le encantó escucharla reír así de suave, sintiendo cómo su brazo la estrechaba por la cintura.

***

Las tres horas enteras, porque Gail había aguantado hasta el final y Riley le había mandado un wasap que rezaba algo así como «Aborta misión *happy sex hours* y vuelve a la base». Tres horas, ciento ochenta minutos consagrados a simplemente estar en el banco de un parque poco transitado, y Alison había vuelto a llevársela a cinco mil años luz, de día y a plena luz del sol; comenzaba a pensar que con aquella chica lo secundario era el contexto.

¿Lo mejor? Que de repente estaba segura más allá de toda duda razonable de que era ella con quien Alison quería perderse de aquella manera: sonriente, divertida y espontánea, como si por fin pudiera hacer lo que le diese la gana sin la sombra de Jess_92 dificultando sus movimientos. Como si aquel primer beso robado le hubiese demostrado que tantas defensas no eran necesarias. Que le había robado sus fotografías, pero que no compartían nada más.

«No soy ella», algo así.

—¿Crees que habrá llorado como un bebé? —se lo preguntó a Alison cuando las dos enfilaban la calle del Tattoo Too cogidas de la mano.

Le gustaba sentir sus dedos entrelazados y caminar a su lado de esa manera.

—Por dentro, seguro. Pero llama a tu hermana sexi *baby* Stevens, así que por fuera se habrá hecho la valiente.

«Sexi *baby* Stevens» y «tu exmonitora sexi». Un denominador común y muy poca vergüenza por ninguna de las dos partes. A Gail le encantaban los tatuajes y a Riley que le siguieran el juego, a lo mejor se había corrido de verdad mientras le tatuaba el costado.

—Que no se entere Riley, ya se lo tiene demasiado creído y llama a Gail «monitora sexi».

—Que no se entere Gail, porque ella sí que se lo tiene creído.

Alison abrió la puerta del Tattoo Too y le cedió el paso para que entrase primero. Un par de pasos después las localizó a ambas sentadas a la mesa del ordenador de Riley. La menor de ellas le estaba enseñando la lengua en esos

precisos momentos, apoyada sobre sus antebrazos e inclinada para que Gail pudiera verla mejor, presumiendo de *piercing* y aguantándose una sonrisa ante lo que fuera que le estuviese diciendo la monitora. Cómodas, parecían increíblemente cómodas, vacilando y dejándose vacilar.

—¿Ha llorado mucho? —Alison lo preguntó entrando tras ella y Riley se guardó la lengua al mirar a ambas.

—Un poco, lo hace de puta pena.

Gail se adelantó a su hermana y la aludida sonrió mientras se sentaba bien en la silla de nuevo.

—Ni caso, creo que ha tenido un par de microorgasmos en la silla, no aguantaba más placer y hemos tenido que parar un par de veces —explicó Riley.

—Perdonadla, confunde expresiones faciales porque nunca ha visto disfrutar a una mujer. Ha dolido la hostia —Gail lo aclaró y se metió con ella todo a la vez. Le quedó muy fluido y la sonrisa de la tatuadora se hizo más grande.

—Aguanta un poco, Morrison. Con los siguientes el dolor y el placer se entremezclan y eso sí que es la hostia —anunció al apagar el ordenador.

—Suponiendo que haya siguientes.

—Siempre los hay —Riley lo dio por sentado levantándose de la silla—. No te quites el apósito al menos hasta mañana al mediodía, limpieza con agua templada y el jabón del que hemos hablado y usa las manos para frotarlo. Prohibidas las esponjas.

—Tranquila, tengo tus instrucciones aquí. Junto con tu autógrafo —Gail se lo recordó enseñándole una hoja de papel mientras también se levantaba y Riley se rio.

—Firmar en la piel me parece exagerado —bromeó, poniéndose la cazadora. Comprobó que tenía las llaves del local en el bolsillo antes de rodear la mesa—. Jess, ¿puedes cerrar tú? He quedado y llego tarde.

Le lanzó las llaves sin previo aviso y ella las interceptó al vuelo casi sin saber cómo. Joder, ya podía avisar, que Alison estaba al lado y podría haber iniciado una desmerecida fama de descoordinación visomotora de forma completamente innecesaria.

—¿Con Violet? ¿Dos días seguidos? Esto va en serio —la picó alzando una ceja.

—Que te jodan. Tres vueltas de llave arriba, tres vueltas de llave abajo y no te olvides de bajar la verja como la última vez —se lo advirtió llegando a la puerta—. Alison, vigila a tu amiga, porque no parece de las que siguen las normas. Que se hidrate la piel después de cada lavado y que lo deje al aire al menos veinte minutos antes de volver a cubrirlo.

—Haré lo que pueda, pero Gail es una rebelde.

—Podrías lavárselo tú. Sexi… —bromeó Riley poniendo su cara de tonta

pervertida—. Morrison, te veo la semana que viene para ver qué tal va curando. Portaos bien. Sobre todo tú, Jess, soy muy joven para que me hagas tía.

Y sin más se marchó.

—¿Gastroenteritis o fiebre de cuarenta?

Gail lo preguntó al aire mientras recuperaba su chaqueta del respaldo de la silla, como si diera por sentado que aquella disyuntiva tenía todo el sentido del mundo para ellas sin necesidad de más explicaciones. Una elección a ciegas.

—Depende de qué estés hablando —Alison pidió aclaraciones antes de decidirse.

—Riley me ha dicho que siempre aconseja no hacer deporte en unos días, así que esta noche tengo que llamar a mi jefe y decirle que estoy enferma. Creo que voy a elegir gastroenteritis, la fiebre pega más en invierno —dijo pasando por su lado para salir—. ¿Me acompañas a la farmacia antes de que cierren?

La rubia la miró a ella, como si la tarde se le hubiese pasado demasiado deprisa y no tuviera ganas de despedirse todavía. Cuando se trataba de Alison, nunca parecía ser buen momento para decir adiós, pero eso de pasarse las noches en blanco no podía convertirse en una costumbre, así que le dedicó una sonrisa de medio lado.

—Ya has oído a Riley, tu amiga necesita supervisión.

De nuevo la rubia hizo ruido con las Converse contra el suelo en su camino hacia ella y la tomó por la cintura buscando su mirada y con media sonrisa asomada a los labios, como si le encantara poder hacerlo sin preocuparse de nada más. «Me gustas y te gusto» y es que, de repente, no podía ser más sencillo.

—Piensa qué quieres cenar el sábado —lo pidió estrechándola contra ella en actitud cariñosa.

—Samosa —ni se lo pensó y la sonrisa de Alison se hizo más grande.

Gail insistió, porque al final iban a cerrarle la farmacia, y la rubia adoptó una mueca de fastidio que la hizo sonreír, después buscó sus labios en un movimiento tremendamente preciso y ella la ayudó a encontrarlos mientras acunaba sus mejillas con las manos, llevaban la tarde entera besándose de mil formas diferentes y cada vez le gustaba más. Alison besaba intenso y despacio, y a veces sonreía contra su boca, a cinco mil años luz sin despegarse del suelo, la acariciaba y sus dedos le hacían cosquillas allí por donde se paseaban. Era nuevo y partía de cero, una nueva sonrisa, una mirada distinta y muchas ganas de dejarse llevar.

La rubia se despidió con un último beso, dulce y perezoso, le dijo «Hablamos luego» y se alejó un par de pasos de ella sin dejar de mirarla antes de darse media vuelta y seguir a Gail fuera del local. Aquella simple

despedida le multiplicó los latidos y aumentó exponencialmente sus expectativas, porque cuando sus ojos se encontraban entre besos aquel azul brillaba aún más que aquella noche en el Kastoori entre bocado y bocado de samosa.

Mejor que el yogur helado y que la samosa de chocolate.

Tal vez mejor que cualquier otra cosa.

OceanofPDF.com

21

Patéticas amenazas

«Taylor»
Última conexión 19:35
TAYLOR: Han pasado nueve meses, Jess.
TAYLOR: Te echo de menos incluso más que antes y a la vez me estoy acostumbrando a lo que es estar sin ti y no me gusta a lo que me estoy acostumbrando.
TAYLOR: No me gusta estar sin ti.
JESSIE: Taylor, ha pasado algo y tenemos que hablar

Su exnovia no había contestado aquel último mensaje la noche anterior, aunque el doble tic azul confirmaba que lo había leído, casi estaba segura de que había abandonado su conversación porque se imaginaba qué era eso que había pasado, pero no estaba preparada para oírlo. Taylor no quería escucharlo y ella necesitaba decírselo para que no terminara enterándose de cualquier otra manera. Es que no quería que se enterase de cualquier otra manera. La última vez fue un desastre, un «deberíamos empezar a ver a otras personas» seguido de lágrimas y sexo amargo, con caricias de las que dolían por parte de su exnovia y mucha rabia contenida por la suya y, a pesar de todo, en aquel momento aún les sobraban las terceras personas y solo pudo conjugarlo en condicional.

Deberíamos, pero no quiero. Deberíamos, pero aún te quiero.

Se quedó con aquel vacío hueco y frío cuando Taylor se marchó, con aquella inmensa necesidad de dar marcha atrás en el tiempo hasta la noche de antes de lo de Grace, al «vamos a la cama, que te estás durmiendo, mi amor» y a su forma de sonreír cuando ella abrió los ojos, porque era verdad que se había quedado frita en mitad de un capítulo de *Juego de tronos*. No era la primera vez que pasaba y, al despertarla, Taylor siempre la miraba de la misma manera, como si fuera lo más adorable que había visto nunca, como si la quisiera tanto que casi doliese. Necesitaba volver a sentirse así, adormilada y jodidamente querida, aunque solo fuera un momento, y creerse sin más eso que le dijo mientras le acariciaba la mejilla: «No pasa nada, terminamos de verlo mañana». Un jodido respiro y no saber que al final no terminaban de verlo, que todo lo que daba por sentado se acababa al día

siguiente.

Aquel abstracto «deberíamos empezar a ver a otras personas» se había transformado en un concreto «he conocido a alguien» y Taylor tenía que saberlo, que había empezado a salir con otra chica y todo aquello debía parar. Sus «te echo de menos» y sus mensajes de buenas noches y las visitas a su piso de madrugada, eso de «tú y yo podemos». Ella ya no quería poder. Las ganas las había ido perdiendo por el camino para hacer sitio a las cosquillas que le generaba en la boca del estómago una sonrisa nueva, una mirada diferente que la atraía hacia delante, hacia el sábado y la samosa. Lo de dar marcha atrás en el tiempo se lo dejaba a otros y a lo mejor un día de esos retomaba la última temporada de *Juego de tronos*.

—¿No es increíble la inmensidad del universo? Cada vez que intento pensarlo en serio me mareo —escuchó a Elsa a su lado en el sofá y conectó de nuevo con el documental que veían en la televisión.

—Lo increíble es que no nos hayamos muerto ya del aburrimiento —masculló Riley, que caminaba de un lado a otro del salón a su espalda—. ¿Podemos dejar de mirar cosas que pasan a millones de años luz y concentrarnos en lo que está pasando aquí ahora mismo?

Su hermana lo dijo en plan borde y dejando caer medio cuerpo sobre el respaldo del sofá, pero en el fondo era una súplica, una petición de ayuda disfrazada de hastío y ganas de hablar de sexo. Ella había aceptado quedar un viernes por la tarde en casa de Elsa porque necesitaba hablar con Taylor, y Riley las había seguido porque necesitaba hablar con ellas. Ya casi eran las nueve y su exnovia debía de estar a punto de volver de uno de los múltiples cursos a los que se había apuntado para reducir sus ratos libres al máximo. Menos tiempo para pensar en ellas y a Taylor siempre le había encantado aprender cosas nuevas, así que ganaba por partida doble.

—¿Y qué está pasando aquí ahora mismo, «Diley»? —Elsa pronunció su nombre mal a propósito y Riley se dejó caer sobre ellas en el sofá, con la cabeza en su regazo y las piernas sobre el de la castaña.

—Que ya he recuperado la dicción de la erre y la movilidad en la lengua.

—Felicidades —la profesora lo dijo en tono irónico mientras devolvía la vista a la pantalla.

Riley pasó de la descarada indiferencia de su amiga y centró la vista en ella, que le devolvió la mirada, y conocía aquel gesto en sus facciones, así que simplemente esperó que preguntara.

—¿Tú haces bien el sexo oral?

Inesperado, desde luego, y muy directo. Incómodo también se le aplicaba, así que se limitó a coger uno de los cojines y le tapó la cara con él dispuesta a reengancharse a aquel viaje por las profundidades del universo. Su hermana se revolvió y tiró el cojín al suelo sin ningún cuidado y Elsa apagó la televisión sin consenso general previo ni nada. A la castaña es que le

gustaban mucho las charlas eróticas.

—Riley Stevens, la experta en sexualidad por la universidad de la experiencia, preguntando por sexo. Esto es casi más increíble que la inmensidad del universo —dijo Elsa sonriendo divertida.

—Pues maréate y no molestes —le espetó la aludida antes de centrar la atención de nuevo en ella—. He visto vídeos en internet y me parecen sobreactuados, no me fio de su técnica. Y seguro que peso dos kilos más de tanto ensayar lamiendo helados, pero ni gimen ni se corren y su sexualidad es muy confusa. Jess, por favor…

—¿Tienes miedo de que Violet no grite «Riley» muy alto? —preguntó alzando una ceja.

—No quiero hacer el ridículo y que se corra la voz entre las lesbianas de que mi lengua es una decepción. Me quedaría a cero seguidoras bollo y estoy harta de que los tíos se me presenten con una foto de sus pelotas antes de decir hola siquiera. Entre Instagram y Click he visto más pollas que todos los urólogos de la costa oeste juntos en toda su carrera.

—*Ugh*, el virus más extendido por las aplicaciones de ligues *online*: las fotopollas —corroboró Elsa—. Sin filtros, de todos los tamaños, colores y formas. No les da vergüenza ni a los que la tienen diminuta.

Un panorama francamente desolador y la conversación flotaba a la deriva, alejándose bastante de su zona de confort.

—¿Violet sabe que no has follado con ninguna chica antes?

—Claro que no, ¿estás de coña? —lo dijo como si realmente pensara que confesar algo así por voluntad propia era una jodida locura. De las chungas.

—La inexperiencia a veces da morbo —opinó Elsa—. Seguro que a Violet le pondría cachonda saber que es la primera.

Riley miró a su amiga por unos segundos, en silencio, sopesando aquella posibilidad y tratando de decidir si hablaba en serio. Seguidamente la miró a ella en busca de una segunda opinión.

—Que le ponga cachonda es lo de menos, ¿no crees que te sentirías mucho más cómoda si se lo dices? ¿Quieres pasarte el tiempo que dures follando con ella pensando que se va a dar cuenta? Eso es mucha presión…

—Serían cuatro horas bastante angustiosas —admitió y después sonrió de aquella forma engreída cuando ella le golpeó el brazo llamándola «fantasma»—. ¿Y si se lo digo y pasa de mí?

Lo preguntó mientras se recostaba contra el respaldo del sofá e iba a responderle ella, pero Elsa fue más rápida.

—Si pasara de ti por eso tendrías la oportunidad de buscar a otra que mereciera más la pena.

Completamente de acuerdo con la idea base y con el conjunto de su exposición, es que si la tal Violet se replanteaba las cosas con su hermana únicamente por su falta de experiencia en el terreno sexual lésbico, no se la

merecía y punto. Ni a Riley ni a su lengua agujereada.

—Puede —concedió la menor de todas—. Pero está buena y besa de puta madre, si todo lo hace igual de bien, sería una lástima que no quisiera hacerlo conmigo.

—¿Solo sería una lástima por eso? ¿Porque está buena y porque besa de puta madre? —se interesó mirando a su hermana.

—Si quieres oírme decir gilipolleces del tipo «es especial» o «conectamos a tantos niveles que necesito que sea ella» sigue esperando. Eso os lo dejo a Alison y a ti.

Justo en ese momento se abrió la puerta del piso y su corazón se le desbocó dentro del pecho, Taylor había vuelto y ella no estaba preparada aún, sospechaba que nunca iba a estarlo del todo, pero tenía que hacerlo igualmente, porque lo que estaba iniciando con Alison era incompatible con continuar girando en aquel círculo tonto e inútil al lado de su exnovia. Ella ya había parado y Taylor tenía que parar, muy simple en realidad, decírselo cara a cara era la parte complicada.

—Elsa, al salir de clase me he cruzado con Roger en el pasillo y me ha preguntado por ti, tenías que haberle visto la cara cuando le he dicho que estás saliendo con alguien. Creo que el pobre capullo quiere mucho más contigo que un polvo en el despacho del…

Se paró en seco al entrar en el salón y descubrirla a ella sentada en el sofá, apostaba que era la última persona a la que esperaba encontrar allí aquella noche y no la culpaba, en los últimos meses la única forma que había tenido Taylor de poder verla había sido quemar el automático de su piso de madrugada y no siempre funcionaba. Que estuviera allí por voluntad propia era toda una novedad y, por un momento, su exnovia sonrió, un poco descolocada, aquel gesto a ella le sonó a «no sé qué haces aquí, pero simplemente poder verte es lo más increíble del mundo» y el pecho le empezó a pesar mucho más en consecuencia.

—Jess… hola…

Se dirigió a ella en exclusiva, olvidando que hacía dos segundos estaba contándole algo a Elsa, como si la presencia de las otras dos personas en su salón careciera de importancia. Como si solo pudiera mirarla a ella o como si no quisiera mirar a nadie más. Un poco tarde. La expresión de sus ojos grises le hizo daño, porque era la misma de antes, pero ya no encajaba igual de bien, y un tono mucho más azul conseguía que toda aquella discrepancia resultara el doble de evidente.

—Ey, Taylor, yo también me alegro de verte —Riley habló a su lado y su exnovia desvió la vista a ella por obligación, parecía que abandonar su verde fuera lo más difícil que había hecho jamás—. Te has cortado el pelo, te queda bien.

—Gracias, Riley. ¿Cómo estás? Hace mucho que no nos vemos.

La chica parecía especialmente insegura dirigiéndose a su hermana pequeña, porque antes de Grace aquellas dos se llevaban de puta madre, pero después Riley había sido especialmente dura con ella. Le había repetido mil veces que lo que hubiese pasado entre Taylor y ella no tenía por qué afectar a su relación con la morena, pero Riley había mantenido eso de «si le haces daño a mi hermana, me haces daño a mí» hasta las últimas consecuencias y cortó de raíz todo contacto con su exnovia desde entonces. Ambas se habían visto por última vez poco después de la ruptura, cuando Riley le llevó un par de cajas cargadas con sus cosas al piso que había vuelto a compartir con Elsa. Cabreada y con la amabilidad en el mínimo, su hermana no le había puesto las cosas fáciles a su exnovia.

—Prácticamente desde que follaste con la tal Grace —especificó y Taylor desvió la vista como si su respuesta le hubiese dolido físicamente.

—Riley… —ella intervino al escucharla, con reproche en el tono, y su hermana la miró con un «Riley… ¿qué?» molesto decorándole las facciones.

—Dile lo que le tengas que decir y vámonos —más que sugerirlo Riley lo exigió y ella no la reprendió esta vez, porque podía sentir un «no quiero que te haga más daño» suavizando la dureza de su tono—. Y date prisa, seguro que Alison se muere por saber cómo ha ido.

Joder, Riley.

Lo pensó, pero no lo dijo, la mirada que le dedicó Taylor al escuchar aquella última intervención le quitó las ganas de pelearse con ella, porque no era ni el momento ni el lugar y a su exnovia eso de «Alison» parecía haberle robado todo el aire de los pulmones sin avisarla antes siquiera. Aún no había escuchado nada y ya estaba a punto de echarse a llorar. Seguro que necesitaba preguntar «¿quién es Alison?» mil veces seguidas, pero no se atrevía por miedo a que su respuesta fuera increíblemente devastadora. Seguro que Taylor ya sabía que su respuesta iba a ser jodidamente devastadora y por eso la miraba así, el nudo de su garganta se volvió aún más tirante y denso. Muy denso.

Respiró hondo mientras se levantaba del sofá y apenas pudo sostenerle la mirada al preguntarle «¿podemos hablar a solas?». Porque estaba segura al cien por cien de que todo aquello era lo que tenía que hacer, pero su convicción absoluta no lo volvía más fácil. «He conocido a alguien» de repente le parecía lo más difícil que tendría que decir en la vida.

Taylor no le contestó verbalmente, se limitó a dirigirse hacia su habitación y ella la siguió sin añadir nada más y con el corazón bombeándole con mucho esfuerzo dentro del pecho, como si de repente necesitara el doble de energía para mantenerla viva. Una vez dentro cerró la puerta y, al volverse hacia su exnovia, la descubrió sentada a los pies de la cama y con la vista fija en el suelo, a lo mejor por miedo a que sus miradas se encontraran, a verlo reflejado en su verde antes de tiempo. Buscó algo que decir, la mejor forma de explicarlo sin herirla demasiado, pero de repente los

recuerdos que habían construido entre ambas en aquella misma habitación la sepultaron bajo una enorme avalancha de susurros en la oscuridad, besos de los alucinantes y risas amortiguadas contra los labios de la otra. Cómo intentaban no gemir muy alto porque Elsa dormía en la habitación de al lado. Se apoyó de espaldas contra la puerta y le costó tragar.

—¿Quién es Alison?

Taylor habló primero y al mirarla se encontró con el gris más familiar del mundo demasiado triste y buscando cualquier otra respuesta en ella. Cualquiera menos esa.

—Joder, no quería que fuera así… —suspiró golpeándose suavemente la cabeza contra la madera de la puerta.

—Jessie… ¿quién es? —su exnovia insistió y devolvió la vista a ella, con el interior completamente revuelto por la determinación de decirlo de una vez.

—La conocí hace tiempo en el Starbucks, empezamos a quedar y estamos conociéndonos —eligió las palabras con cuidado, porque no quería hacerle más daño del estrictamente necesario, y Taylor volvió a mirar al suelo. Pasaron unos segundos de silencio ensordecedor y lo siguiente le salió directo desde la boca del estómago—. Por favor, di algo.

—¿Te gusta? —lo preguntó sin alzar la vista y le impactó de lleno en mitad del pecho.

—Taylor…

—¿Te gusta? —Esta vez la miró directamente y le temblaba un poco el labio inferior.

—Mierda, Taylor, no lo hagas aún más difícil —suplicó frustrada, porque empezaban a picarle los ojos y no quería llorar.

—Pues dilo de una vez, ¿te gusta?

—Sí, me gusta. No estaría aquí contándote que he conocido a alguien si no me gustara.

Otra vez ese silencio y todas sus implicaciones, aquel «jamás pensé que tendría que decirte algo así, pero aquí estamos» escociéndole dentro, porque durante cuatro años estuvo convencida de que no necesitaría a nadie más y al final quizá Taylor nunca fue lo que necesitaba en realidad.

—Te quiero, Jessie.

Lo dijo con la voz más rota que había oído nunca y sonó tan sincero que tuvo que hacer el mayor esfuerzo de su vida para aguantar el tipo. Tensó la mandíbula y tragó saliva mientras aquel «Te quiero, Jessie» flotaba en el aire, increíblemente familiar porque lo había escuchado miles de veces antes, solía ir seguido del «Yo también te quiero» más sincero del mundo, pero todo había cambiado y ya no quería oírlo. Se limitó a negar con la cabeza, una única vez, los ojos le picaban a lo bestia y el nudo de su garganta le resultaba más asfixiante a cada segundo.

—Taylor, no hagas eso —sonó a una mezcla extraña entre súplica y advertencia y la voz se le rompió un poco al final.

—Te quiero tanto que duele —la morena lo repitió mientras se levantaba de la cama para acercarse a ella—. Me estoy volviendo loca sin ti, Jess.

Eso último lo dijo en un tono muy muy bajo y suave, fue poco más que un susurro a menos de un metro de distancia, pero lo escuchó amplificado al máximo por la forma en que le temblaba la voz.

—No quería que te enteraras de otra forma —trató de seguir el guion que había ensayado mil veces en su cabeza obviando todo lo demás.

—Esto no está pasando de verdad —su exnovia lo dijo en voz alta dirigiéndose a sí misma.

Ella bajó la vista, porque en parte compartía aquella incredulidad, que después de cuatro años Taylor ya no fuera lo que quería nunca había entrado en sus planes.

—Somos nosotras, mi amor, no puedes querer que acabe así —la chica lo dijo buscando su mirada. Le sujetó la cara entre las palmas de las manos y consiguió establecer contacto visual—. ¿Quieres que acabemos así?

Su tono dolía y su forma de observarla también, la habitación entera estaba cargada de un aire tan denso que le dificultaba el respirar y, a pesar de todo, que utilizara el verbo «querer» eclipsó todo lo demás, la impulsó a fruncir el ceño y originó una pequeña bola de ira en la boca de su estómago.

—Querer, ¿en serio? —se le rompió ligeramente la voz y aun así su rabia se oía por todas partes—. ¡Yo nunca he querido que pasara nada de esto!

—¡Pues vamos a pararlo! Todo esto es una locura, Jessie, somos tú y yo…

—Ya no sé quién eres, Taylor. Joder, si lo hubieras negado te habría creído a ti, por encima de Elsa y por encima de todo —su intención era reprochárselo, pero el tono le salió mucho menos firme de lo que pretendía y bastante más descorazonado—. Te habría creído a ti porque te quería.

—Y yo no lo negué porque te quiero.

La chica contestó sosteniéndole la mirada mientras fingía que el que ella hubiera conjugado aquel verbo en pasado no la había roto por dentro.

—¿Tengo que darte las gracias por no mentirme?

—No, pero quiero que me creas ahora. Grace y todo lo que pasó con ella… no lo pensé, no era yo, no puedo creer que te hiciera algo así, es una puta pesadilla y no puedo despertarme.

Y ya lo sabía, conocía esa puta pesadilla de memoria, porque ella se había pasado nueve meses tratando de despertarse al otro lado.

—Pues lo hiciste, Taylor, arriesgaste lo nuestro por un polvo, joder.

De nuevo estaban en el mismo círculo de siempre y se reprochó a sí misma el volver a recorrerlo. No era eso lo que quería decirle, y seguir echándole en cara las mismas cosas una y otra vez ya no tenía ningún sentido. Dudaba que lo hubiera tenido en algún momento, pero en el

presente desentonaba por todos lados.

—No puedo seguir haciendo esto —reconoció sin darle opción a responder, la tomó por las muñecas y retiró suavemente sus manos de las mejillas—. He conocido a alguien, quiero intentarlo con ella y para eso tú y yo tenemos que parar.

—Jessie…

—Tenemos que parar, Taylor.

—No quiero parar, no quiero perderte. Lo que teníamos tú y yo…

Aquella bola de rabia estalló de nuevo, las cicatrices eran así de profundas, porque lo que tenían había sido jodidamente increíble y perderlo una de las experiencias más devastadoras de su vida. Que Taylor lo dijera tan a la ligera, como si no hubiese jugado un papel principal en que ya no lo tuvieran, la quemaba al rojo vivo.

—Lo que teníamos tú y yo te lo jugaste por un par de orgasmos —cortó lo que su exnovia fuera a decir a continuación y esta vez la rabia no dejó que le temblara la voz—. Siento que al final no te haya merecido la pena.

Lo último le salió solo, cargado de ironía y mala leche, lo sintió ajeno y extraño, impropio de ella. No quería herirla, pero tampoco dejar que la hiriese más y necesitó decirlo al menos una vez. «Todo esto es culpa tuya, joder» y que no tenía derecho a exigirle nada, que hacía nueve meses decidió tirarse a su alumna y el «se acabó» ahora lo decidía ella. Que hacía mucho que la había perdido, aunque no quisiera darse cuenta.

Pudo verlo a cámara lenta en su mirada, había dado donde más dolía, y que Taylor no se lo esperase multiplicaba por diez la fuerza del impacto, impecable y certero. La sintió desmoronándose por dentro y le costó el triple respirar, como si acabara de regresar de golpe de otra realidad en la que no le importaba que Taylor llorase por su culpa. Su exnovia se apartó de ella y trató de abrir la puerta, la salida más cercana, ella estaba en medio, así que le golpeó el costado y dio un paso a un lado para permitirle escapar, aunque no quería que se marchara así. La siguió hacia el salón llamándola y sin añadir un «lo siento», porque no estaba segura de sentirlo de verdad a pesar de que su cuerpo entero le gritara lo contrario, le picaban los ojos y la presión en su garganta era casi insoportable. Al final dejó de repetir su nombre, se paró en mitad del salón y se limitó a mirar cómo Taylor recuperaba su chaqueta y desaparecía por el pasillo que llevaba a la salida del piso. Dos segundos después Riley la envolvió en un abrazo mientras Elsa preguntaba si estaba bien.

***

Comprobó una vez más su dirección en el teléfono móvil, haciendo malabarismos con las bolsas del supermercado que sostenía con ambos

brazos. Jessie había insistido en que quedaran antes para poder comprar juntas los ingredientes necesarios para la cena, pero ella se había negado en plan cabezota y en aquellos momentos se arrepentía un poco, la verdad, su «yo invito a cenar, así que me encargo de todo» podría haber sido un «yo pago y cocino y tú cargas la compra» mucho más equitativo e infinitamente más sencillo, porque su móvil había estado a punto de precipitarse al vacío un par de veces en los últimos diez minutos. ¿Los motivos de aquella súbita torpeza? Iba cargada y estaba nerviosa.

La noche anterior se habían pasado casi dos horas al teléfono y al principio la psicóloga estaba bastante disgustada por la forma en que habían salido las cosas con su exnovia, pero veinte minutos después de iniciada la conversación Jessie la sorprendió con un curioso y redundante «¿Cuál es el primer recuerdo que recuerdas?» y de repente ambas estaban hablando de parques, patos y migas de pan.

Su «Hasta mañana, Alison» aceleró sensiblemente sus pulsaciones. Ya era mañana y estaba a dos segundos de pulsar el botón del portero automático. Pollo a la cazuela estilo italiano de plato principal y samosa de postre. El velado pero evidente «quédate a dormir» de Jessie llevaba días paseándose por su mente de forma constante, con mucho morro y sin ningún permiso, y hacía un par de horas había malgastado diez minutos de reloj de pie en mitad de su habitación planteándose si sería procedente llevarse el pijama. Al final no se lo había llevado porque esperaba no necesitarlo y sus órganos más vitales ejecutaron otro doble mortal con tirabuzón en cuanto presionó el botón del piso con el dedo índice.

Jessie le permitió entrar sin necesidad de preguntar «¿quién es?», porque lo sabía de sobra y seguro que no quería malgastar su tiempo con formalidades innecesarias. Cuando salió del ascensor la estaba esperando con una de esas sonrisas tan atrayentes y la puerta abierta, ni dentro ni fuera, justo en mitad del umbral. Y estaba especialmente guapa aquella noche o, al menos, a ella se lo parecía, con la cantidad justa de maquillaje y el pelo un poco más ondulado que de normal, habían mantenido eso del *look casual* porque les gustaba a ambas y aquellos pantalones negros a Jessie le sentaban muy muy bien, a juego con su camisa suelta blanca y sin mangas. Le dieron ganas de pasear las manos por sus brazos desnudos para desembocar en las curvas de sus caderas, tantas ganas que casi pudo sentir cómo un ligero hormigueo le recorría los dedos recordándole «tú quieres tocarla y ella que la toques» y aumentó la presión de su agarre sobre las bolsas de la compra mientras le devolvía la sonrisa.

—Podrías echarme una mano con esto —insinuó acercándose a la puerta.

—¿Por qué? Te tengo justo donde quería.

En menos de medio segundo Jessie la estaba besando, se aprovechaba de la desventaja que le suponía sujetar aquellas dos bolsas del supermercado, monopolizaban la funcionalidad de sus extremidades superiores y convertían

eso de acariciarle las caderas en una imposibilidad manifiesta y un pelín dolorosa.

Luego, Carter, un poco de paciencia, que hoy la tienes para toda la noche.

Sonrió contra los labios de la psicóloga antes de contribuir a la causa con una embestida suave efectuada desde el ángulo perfecto y fueron las manos de Jessie las que le acariciaron las caderas con la presión justa mientras se adaptaba al compás de los movimientos de su boca. Mierda, es que aquella chica la volvía loca con tan poco que le costaba imaginar cómo sería cuando fueran a más.

Se separó de ella un segundo para encontrarse con aquel verde cada vez más familiar y cargado de matices y preguntó «¿Qué tal estás?», por si seguía dándole vueltas a la conversación con la tal Taylor. Jessie le contestó con un maravilloso lenguaje no verbal en forma de beso especialmente dulce y se le quitaron las ganas de seguir preguntando, porque no hacía falta. Sintió cómo la relevaba en la carga de una de las bolsas repletas de ingredientes mientras continuaba mimándole los labios, y de inmediato llevó la mano libre a su baja espalda para invitarla a acercarse un poco más.

—¿No vas a dejarme pasar?

—¿Traes lo necesario para hacer la samosa?

—Sí, pero creo que voy a necesitar tu ayuda.

—Te estás jugando la almohada, Carter.

Se rio ante su ridícula amenaza y Jessie la besó fugazmente antes de apartarse de la puerta para permitirle el paso al interior del apartamento, una vez dentro cerró tras ella y la invitó a seguirla hasta la cocina para dejar las bolsas sobre la encimera. Libre de toda carga paseó la vista a su alrededor, era un espacio amplio, los muebles parecían nuevos y tenía un frigorífico de los grandes, de los que le gustaban a ella. Había un montón de imanes diseminados por la superficie de la parte superior, algunos sujetaban fotografías y todos adornaban el gris metálico del electrodoméstico con sus diversos coloridos. Se acercó atraída por la variedad de tamaños y formas. Jessie la observaba con los antebrazos apoyados sobre la isleta central y ella le dedicó media sonrisa antes de centrarse en sus imanes.

Una gran variedad de graciosos emoticonos, algunos imanes del tipo «I love Seattle», «I love Denver» y un «I love you» que a lo mejor había compartido con Taylor. En el centro había uno considerablemente más grande, de esos que cumplían la función de libreta de los recados, y en él se podía leer «Me he acabado las cervezas. Con amor, Riley». Sonrió y su mirada se desvió sola a las instantáneas que colgaban a distintas alturas. Riley y Jessie mirando a cámara mientras señalaban en la camiseta deportiva de la otra la pegatina que las identificaba como participantes de un maratón. En otra la psicóloga aparecía sonriente y cargando con Elsa a la espalda, la castaña se sujetaba a su cuello con un brazo al tiempo que con el otro alzaba

al aire lo que parecía ser una jarra de cerveza. Su mirada se detuvo en la siguiente fotografía, en ella la psicóloga abrazaba por la espalda a una señora de mediana edad que aparecía sentada frente a una mesa de madera en un jardín, la mujer le correspondía el gesto acariciándole los antebrazos con las manos.

—¿Es tu madre?

—En uno de sus cumpleaños, la crisis de los cincuenta —dijo mientras se acercaba a ella—. Organizamos una barbacoa en el jardín para animarla y la gilipollas de Riley le regaló un bastón y tiras adhesivas para dentaduras postizas.

Se rio al escucharla y observó un poco más a aquella mujer, su sonrisa era bastante parecida a la de Jessie y los cincuenta le sentaban maravillosamente bien.

—Y para terminar el *tour* de los Stevens, esas somos nosotras con mi padre.

Señaló la última de las fotografías que le quedaba por descubrir y, en ella, un hombre sonriente, alto y de complexión atlética rodeaba a Zoey y a Jessie por los hombros mientras cargaba con Riley a caballito, esta se aferraba a su cuello con un brazo y utilizaba la mano que le quedaba libre para ponerle cuernos a Zoey. Esa foto también la hizo sonreír.

Se percató de que quedaba un hueco vacío y de forma rectangular casi en mitad de la superficie de la nevera y lo primero que se le vino a la mente fue que hasta hacía poco había estado ocupado por una fotografía de Jessie con Taylor. Completando el puzle.

—Tu frigorífico es una especie de *collage* de la gente estrella en tu vida.

—Es más cómodo que tenerlas en marcos y se ahorra espacio. —La psicóloga le regaló media sonrisa y la tomó de la mano tirando de ella con suavidad—. Lo creas o no, mi casa es un poco más grande.

El salón, por el que ya habían pasado al entrar, era bastante amplio, con un sofá enorme y con pintas de cómodo enfrentado a una televisión de dimensiones considerables. *Con faldas y a lo loco* debía de verse de puta madre en esa pantalla. Lo dejaron atrás y Jessie le enseñó uno de los baños del apartamento, espacioso, contaba con lavabo doble y espejo gigante, y el plato de ducha tenía puertas correderas de cristal. Del transparente. Terminaron el *tour* en la habitación de la psicóloga, inexplicablemente acogedora, la cama era algo más grande que la suya y aquellos almohadones simétricamente colocados invitaban a hundir la cabeza en ellos. Sobre una de las dos mesillas que flanqueaban la cama localizó un libro y un despertador junto a la lamparita de noche, dado que la lámpara de la otra mesilla no tenía ninguna compañía supuso que Jessie dormiría en ese lado.

—¿Lectura de trabajo?

La morena se dirigió hacia allí y tomó el libro entre las manos para

enseñárselo. *El bosque* de Harlan Coben, y a juzgar por la portada pertenecía al género misterio y suspense.

—Fuera del hospital necesito desconectar —dijo y le cedió el libro cuando ella lo reclamó con la intención de leer la sinopsis en la contraportada.

—Adolescentes asesinados durante un campamento de verano. Buena forma de desconectar —bromeó alzando la mirada y Jessie le sonrió de medio lado.

—Dos de los cuerpos nunca fueron encontrados, da que pensar —defendió el potencial de evasión que poseía aquella lectura.

—¿Y qué piensas?

—Que el rojo te queda de puta madre.

La psicóloga lo dijo refiriéndose a la camisa que llevaba puesta y ella bajó la vista a la prenda, porque no se lo había esperado y a lo mejor Jessie podía detectarlo en sus facciones. Cuando conectó de nuevo sus miradas lo hizo mordiéndose ligeramente el labio inferior para impedir que una de esas sonrisas tontas de las que tanto hablaba Gail hiciera acto de presencia a lo bestia y con mucha prisa.

—Gracias —dijo tendiéndole el libro de vuelta.

—De nada.

Jessie le respondió mientras recuperaba la novela y, por unos segundos, las dos la sujetaron en el espacio que las separaba, con sus miradas conectadas cargando la atmósfera de electricidad. De mucha electricidad. Al final a ella se le escapó una sonrisa y a la psicóloga otra, uno de esos momentos que le hacían burbujear el interior al completo, últimamente cada vez eran más numerosos con ella. Le cedió la novela desviando la mirada hacia la puerta que conectaba la habitación con el segundo baño del apartamento.

—Tienes otro baño en la habitación y yo tengo que compartir el mío con Gail, no me parece justo.

—¿Qué puedo decir? A veces la vida no es justa —señaló devolviendo el libro a la mesilla.

—¿Como ahora mismo? Tengo que cocinar para ti y dormir en el sofá —lo dijo acercándose a ella con gesto juguetón y la sujetó por la parte baja de la camisa—. Sin almohada.

—Ese es un claro ejemplo de lo injusta que es la vida a veces, pero aún tienes alguna posibilidad con lo de la almohada.

—¿Qué tal si la hacemos un poco más justa, me garantizas la almohada y me ayudas a hacer la cena? —sugirió y depositó un suave beso en su barbilla por si servía de algo.

Jessie amplió su sonrisa y miró al techo fingiendo pensárselo mientras le rodeaba la cintura con ambos brazos y la acercaba a ella. Mierda, es que eran gestos demasiado simples como para estar provocándole aquella

avalancha de sensaciones por todo el cuerpo. Menudo potencial.

—Ese plan suena mucho menos pasivo por mi parte que el original —dijo conectando de nuevo sus miradas—. No sé si me convence.

—Si te gusta la pasividad, puedes serlo luego.

Acompañó su comentario con una sonrisa mitad burlona, mitad insinuante y le encantó la cara que puso Jessie al escucharla, un «no puedo creer que acabes de decir eso» extremadamente divertido. Se rio ante su gesto y giró entre sus brazos ordenando un «hora de empezar a hacer la cena», dio un paso al frente con el objetivo de regresar a la cocina, pero la psicóloga se lo impidió estrechando el cerco a su cintura y pegándola completamente a su cuerpo. Ella se aferró a sus antebrazos dejando escapar una carcajada y escuchó la risa de Jessie junto al oído.

—¿Luego mientras tú duermes en un sofá sin almohada?

Mierda, es que le encantaba todo aquello, de verdad, y su interior se aceleraba al máximo cada vez que interactuaban de esa manera. Simplemente el estar con ella optimizaba su bienestar, desde que habían iniciado aquello no solo había dejado de estar triste, sino que desde hacía unos días se habían multiplicado por diez los momentos en los que se sentía feliz. Estúpidamente feliz y con la esperanza de que Jessie fuera aries. Leo en su defecto.

—No me asustan tus patéticas amenazas.

Se envalentonó tratando de escapar de su abrazo sin intenciones de conseguirlo en realidad y la morena la sujetó aún con mayor firmeza. Genial, porque en el fondo aquel juego tonto se encontraba empapado de deseo y atracción física, casi podía escucharlo modulando el tono de su voz, un «quiero mucho más de ti» como base implícita de sus interacciones.

—Patéticas…

Jessie lo dijo fingiendo indignación y ella sonrió mientras descansaba la parte posterior de la cabeza sobre su hombro.

—Patéticas amenazas —lo confirmó mirándola con chulería.

Se rio casi antes de que la morena iniciara aquel ataque de cosquillas y se encogió sobre sí misma en un vano intento de evasión. Jessie se mantuvo firme en su agarre y algo se le despertó dentro al oír cómo se reía ella también, el corazón le latió diferente y todo era cálido y perfecto. Caer de lado sobre la cama con la psicóloga pegada a su espalda y envuelta en su abrazo sumó puntos a una mezcla ya adictiva de por sí. Sintió cómo escondía la cara entre su pelo, con el eco de sus risas dando paso a un silencio cargado de implicaciones, y se giró hasta quedar bocarriba sobre el colchón, aún con los brazos de Jessie rodeándole la cintura.

—¿Quién es la patética ahora? —la picó la psicóloga.

Sonreía y la miraba de aquella manera otra vez, olía jodidamente bien y su calor estaba por todas partes, así que la besó como respuesta. Le salió

automático, porque ya le resultaba difícil no hacerlo a cada momento, y precisamente en aquel le fue imposible resistirse. Al principio atrapó los labios de la morena girando para ello solo la cabeza, pero un par de segundos después, justo cuando Jessie embistió suavemente su boca, volvió hacia ella el cuerpo entero, acunándole la mejilla con la palma de la mano mientras atrapaba su labio inferior entre los suyos entreabiertos.

—Si no nos levantamos de aquí ahora mismo, creo que te quedas sin samosa —se lo advirtió hablando directo contra su boca, un claro «o paramos ahora o no paramos» al que le siguió una embestida especialmente intensa por parte de la psicóloga.

—Si no nos levantamos de aquí ahora mismo, creo que no te va a hacer falta la almohada.

—Un par de besos y la vida es justa otra vez —alardeó y Jessie sonrió contra sus labios—. Si vas a ayudarme a hacer la cena, deberías cambiarte esa camisa blanca. Ya sabes: «Noche de perritos, noche de lavadora» —repitió aquel eslogan y la hizo reír.

Y de nuevo le recorrieron de arriba abajo miles de escalofríos calientes que le venían a decir que, más que justa, la vida se había vuelto jodidamente generosa de repente.

OceanofPDF.com

22

Pon una piscis en tu vida

«Trocea esta cebolla en cuñas finas, Jessie».

Cuñas finas, Jessie. Cuñas finas. Y concéntrate, que no quieres cortar nada más que la cebolla. Le empezaron a llorar los ojos, así que trató de frotárselos contra el hombro sobre el material de la camiseta. No llegaba bien y sus movimientos debieron de alertar a Alison, porque suspendió provisionalmente su ataque mortal y jodidamente rápido a aquellos tomates tan solo para mirarla a ella. A juzgar por el gesto de su cara, el verla en aquella delicada situación debía de divertirle y encantarle a partes iguales, y la sonrisa que le salió a continuación se lo confirmó de forma inequívoca.

—Primer error de principiante: no te coloques directamente sobre la cebolla mientras la cortas —la chica se lo dijo cuando alejaba la tabla de cortar encimera adentro y encendió la campana extractora—. ¿Sabes por qué te pican los ojos ahora mismo?

Alison se lo preguntó mientras estiraba una de las mangas de la camiseta que le había prestado hacía un rato hasta cubrirse la mano con ella y comenzó a secarle las lágrimas con delicadeza, sin perder aquella sonrisa por el camino. Su camiseta de Adidas negra con rayas blancas en las mangas a aquella chica le quedaba jodidamente bien, había sido una de sus favoritas, pero ya hacía meses desde su jubilación como prenda de calle y pasaba el ocaso de su existencia cuidadosamente doblada en un cajón, esperando la llegada de algún domingo perezoso que la sacara a tomar el aire. Alison la había convencido con su recordatorio «noche de perritos, noche de lavadora» y al final ambas intercambiaron sus camisas por camisetas en las que las manchas de tomate, aceite o chocolate no fueran un problema. Dramas innecesarios los justos.

—Creo que todo ha empezado con tu «Trocea esta cebolla en cuñas finas, Jessie».

Rememoró aquella orden previa al desastre y simplemente se mantuvo inmóvil, permitiendo que la rubia le toqueteara la cara a gusto. No le molestaban sus atenciones, precisamente.

—Fallo mío, seguro que te habrías puesto mucho menos sentimental con los tomates —bromeó, después utilizó los pulgares para acariciarle con

suavidad los párpados inferiores y ella le sostuvo la mirada a pesar de sentir la suya cristalina por culpa de la maldita cebolla.

—Seguro, son unos cabrones y se lo merecen.

Alison sonrió de una forma que le encogió un poco el corazón, porque aquel gesto lo había provocado algo más, algo sumado a su tonto comentario, y la estaba mirando directo a los ojos como si buscara mil cosas en ellos, pero le diera igual encontrarlas o no porque lo importante era el proceso.

—Son incluso más bonitos cuando están húmedos —lo dijo sin dejar de observarlos y le acarició de nuevo los párpados.

Alison a veces la miraba como si no pudiera ser real, y al principio se debía a Jess_92 y a su jodida leyenda, estaba segura, pero tenía la sensación de que de repente algo había cambiado. En el presente más inmediato la tendencia a la fascinación de la rubia había perdido la memoria y cada vez que la miraba así tenía que ver solo con ella, tras cada uno de esos momentos le costaba más y más recordar aquel «no fuiste suficiente» y desaparecían sus implicaciones. Amnesia por arte de magia o por la forma en que Alison le hacía sentir sin proponérselo siquiera. Por lo jodidamente bien que se estaba con ella a cinco mil años luz y porque seguía observándola de aquella manera, como si fuera la chica más afortunada del mundo solo por poder mirarla a los ojos mientras lloraba después de cortar cebolla al estilo errores de principiante.

—Has conseguido que «me encanta verte llorar» suene romántico.

—«Me encanta verte llorar cortando cebollas», es mucho menos sádico —puntualizó acariciándole las mejillas con las palmas abiertas y después la besó—. Y es culpa del sulfóxido de tiopropanal.

Eso último lo añadió a la vez que se giraba de nuevo hacia la encimera para mover el pollo en la sartén y a ella el ceño se le frunció solo.

—¿Triopopa… qué?

Lo preguntó con mucho sentimiento, apoyándose a su lado sobre el mármol, y a Alison le salió una risa suave que le descolocó algo por dentro. Lo jodidamente bien que sonaba la impulsó a sonreír como una imbécil mientras le recorría el perfil con la mirada. Es que le encantaba aquella chica, le encantaba que estuviera allí, en su cocina, luciendo su antigua camiseta deportiva favorita y rodeada por ese halo de «joder, ojalá seas tú». La envolvía entera. «Mi nebulosa definitiva», «Sé que aún es muy pronto, pero ojalá seas tú», estaba por todas partes cuando la tenía cerca.

—Tiopropanal —aclaró el término, dejó reposar el pollo y se apartó de la encimera unos centímetros, los justos para invitarla a intercambiar posiciones a base de guiarla suavemente colocando las manos en su cintura —. Cambio de roles, encárgate de los tomates cabrones y déjame la cebolla a mí. El tiopropanal es una sustancia que expulsa la cebolla al cortarla y

cuando entra en contacto con los ojos los irrita y hace que te piquen. Por eso lloras.

Alison lo explicó así de simple mientras continuaba troceando la susodicha cebolla, la mantenía a una distancia prudencial de sus ojos y supuso que la campana extractora se haría cargo de aquella sustancia lacrimógena. Sencillos trucos de expertos cortadores de cebollas. Tendría que contárselo a Riley y a Elsa, porque aquellas dos utilizaban gafas de las de piscina como escudo protector y esa nueva manera era mucho más fácil y mil veces menos ridícula.

—Triopopanal —repitió el término sin dejar de cortar aquellos tomates y Alison volvió a reír.

—Tio-pro-pa-nal —la corrigió y ambas se miraron divertidas.

—Trio-pop-anal.

—Es inútil, olvídalo —la dio por imposible y se centró de nuevo en la cebolla.

—Algún día llamaré así a mi hijo —aseguró devolviendo la vista a los tomates.

—Suerte.

No le hizo falta volver a mirarla para saber que sonreía y ella también lo hizo. Dos segundos después escuchó cómo Alison comenzaba a cantar la canción que proyectaban en ese momento los dos altavoces que había conectado a su iPod. Lady Gaga, por supuesto, porque la rubia había insistido en encargarse de la cena, así que ella se había dedicado a cuidar los detalles complementarios. Entonaba la letra de *Diamond Heart* mientras ejecutaba la coreografía de aquella receta con la facilidad que da la práctica y ella tenía asiento de primera fila para el espectáculo, se encontraba sorprendentemente cómoda en su papel de torpe ayudante de cocina. Joder, es que al final el mejor capuchino moka de todos los tiempos fue el único que no llegó a tomarse y le daban ganas de darle las gracias a Gail una y otra vez por la mañana más vergonzosa de su vida.

***

Observó a Jessie por encima de la mesa que habían preparado en el salón y la vio llevarse a la boca el último bocado de pollo a la cazuela que le quedaba en el plato. A ella siempre le había gustado cocinar, pero era la primera vez que disfrutaba de esa manera preparando una receta y, además, el primer plato les había salido especialmente bueno. Con Jessie los temas de conversación parecían inagotables y todos eran igual de interesantes, se habían pasado casi una hora en la cocina y podría haberse quedado allí dos o tres, oyéndola cantar las canciones de Lady Gaga que se sabía, porque aquella especie de karaoke improvisado lo empezó ella, pero Jessie la había

seguido casi de inmediato y un rato después empezó a moverse al ritmo de The Cure mientras rellenaban las samosas.

Hubo un momento en el que la psicóloga se rio, aún bailando, en respuesta a sus represalias porque había intentado probar el chocolate antes de tiempo, y a ella se le vino a la cabeza sin más: que llevaba toda la vida esperando poder sentirse así con alguien y de repente ese alguien abstracto tenía cara y los ojos más bonitos que había visto nunca. La cocina estaba hecha un desastre, Jessie se había manchado aquella camiseta gris por dos o tres sitios y había quemado la única samosa a su cargo al intentar freírla y, aun así, a ella le seguía pareciendo todo jodidamente perfecto. A pesar de las imperfecciones o precisamente por ellas.

—Si todo te sale así de bien, quiero que me invites a cenar otra vez —dijo la psicóloga tras dejar el tenedor sobre el plato.

—He tenido ayuda.

—Sin ella te habría salido aún mejor.

—Puede, pero va a ser divertido ver cómo te comes la samosa carbonizada.

—Esa la guardo para Riley, me dijo que quería probarlas.

—Tiene mucha suerte de que seas su hermana.

Intentó ayudarla a retirar los platos cuando la vio levantarse, pero Jessie la frenó con un «Tranquila, recojo mejor de lo que cocino» y la besó fugazmente en los labios antes de dirigirse a la cocina cargando los cubiertos de ambas. Ella sonrió como una imbécil y la siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista. Sorbió el poco vino que quedaba en su copa y aprovechó para consultar el teléfono móvil. Tenía notificaciones pendientes en dos de sus conversaciones de WhatsApp.

«Gail»
Última conexión 21:45
GAIL: Morgan te echa de menos en el Trinity.
GAIL: Le está metiendo mano a una de las camareras.
GAIL: Pero sonreía más cuando te la metía a ti.
GAIL: Sé que las comparaciones son odiosas, pero… ¿qué tal lo hace Jessie?
GAIL: ¿Te ha mordido la oreja mientras te corrías?
ALISON: Aún estamos cenando.
ALISON: Sigue los pasos de tu amiga Morgan y olvídame.

Con aquel claro mensaje abandonó su conversación con la monitora dispuesta a atender la siguiente, una distracción más que bienvenida que la ayudaría a apartar de su mente la imagen de Jessie mordiéndole la oreja en el momento justo. Le ponía supercachonda que sus parejas lo hicieran y aquella fantasía se convirtió en multisensorial, porque casi podía escucharla gruñéndole al oído.

«Monica»
Última conexión 21:16
MONICA: Los aries son muy dominantes y superapasionados en la cama.
MONICA: Les gusta probar cosas nuevas, así que si te la quedas, vas a tener que esforzarte.
MONICA: Innovar o morir, Alison.
MONICA: Innovar o morir.
ALISON: Voy a preguntarle cuál es su signo solo para que te calles.

Dominantes y superapasionados.

Dejó el teléfono al verla regresar con un par de platos de postre, cuchillos, tenedores y las samosas. Le dedicó una sonrisa de «muchas gracias» mientras Jessie repartía la cubertería a un lado y a otro de la mesa tras dejar el plato con aquellos, esperaba que deliciosos, postres justo en el centro.

—¿Qué signo del Zodiaco eres? —curioseó en cuanto la psicóloga tomó asiento y ella la miró un pelín extrañada por lo inesperado de la pregunta.

—¿Por qué? —quiso saber frunciendo el ceño a la vez que esbozaba media sonrisa.

Dios, cada vez que aparecía aquella combinación de gestos en sus facciones ella perdía dos o tres latidos y no los echaba de menos.

—Porque yo soy sagitario y Monica dice que la pareja ideal de los sagitario son los aries y los leo —explicó mientras Jessie le cedía a ella la primera samosa antes de servirse otra en su propio plato.

—Soy aries.

—¿De verdad? —y lo dijo con el corazón un pelín acelerado por la coincidencia.

—No.

—¡Jessie! —protestó, pero se le escapó media sonrisa y la morena sonrió también—. ¿Qué signo eres? En serio.

—Vale, en serio. Soy… ¿cuál era tu otra pareja ideal? —le pegó una suave patada por debajo de la mesa, divertida, Jessie protestó y se rio a la vez y, en aquellos momentos, a ella no podría darle más igual cuál fuera su signo—. Soy piscis, pero si es muy importante para ti, podemos fingir que soy aries.

—No creo que haga falta.

Es que no hacía falta de verdad. Los horóscopos podrían decir lo que quisieran y Monica lo que le diera la gana, ella estaba convencida de que quería a aquella piscis en su vida. Se le escapó una de las sonrisas más grandes de la historia cuando, tras probar la samosa, Jessie la miró adoptando un expresivo gesto que venía a decir algo así como «es lo más delicioso que he comido jamás» con mucho sentimiento. Al final se comió dos.

Tras las samosas, ambas se encontraron con los platos vacíos y sin vino en

las copas. Por primera vez en lo que iba de noche apareció una pausa en la conversación, y no era incómoda, pero le provocó una tensión jodidamente interesante en la boca del estómago. Las mariposas se le volvieron locas dentro y le costó trabajo sostenerle la mirada, todo a su alrededor de repente parecía preguntar «¿y ahora qué, Alison?», «¿cómo lo quieres hacer?». Porque gracias a sus bromas previas ambas sabían lo que querían que pasara a continuación, la transición era lo potencialmente complicado.

«Quédate a dormir».

Llenar las copas otra vez y trasladarse al sofá. Un clásico.

Iniciar el juego directamente allí a base de miradas insinuantes y caricias por debajo de la mesa. Otro clásico un poco más descarado.

—¿Qué te gusta hacer en tus citas después de cenar? —Jessie lo preguntó inclinándose hacia ella sobre la mesa y su cerebro dejó de buscar opciones, porque la ideal, la única que quería, la tenía justo delante.

—Depende.

—¿De qué?

—Si durante la cena no hemos tenido mucho tema de conversación, pero me atrae físicamente, propongo ir a algún sitio a bailar. Música alta y lenguaje no verbal.

—Inteligente. ¿Y si durante la cena habéis tenido mucho tema de conversación y te atrae a nivel verbal?

—La invito a tomar algo en un sitio tranquilo para poder seguir hablando.

Jessie buscó su mano por encima de la mesa y el calor de su palma le acarició el cuerpo entero, la morena comenzó a juguetear con sus dedos, casi distraídamente, y ella buscó su mirada mientras le acariciaba el dorso con su pulgar.

—¿En cuál de los dos grupos estaría yo hoy?

La psicóloga se lo preguntó con interés real y sin segundas intenciones. No parecía tener prisa por llegar a ninguna parte y descubrió que a ella también le parecía mejor así. Aquella era una cita con muchos matices y sin nada que decidir, porque ya lo sabían todo de antemano. Que a Jessie le encantaba y que la psicóloga la llamaría después del primer polvo, que habría un segundo y un tercero, porque a ella le encantaba también. Tanta certeza disminuía la presión a su alrededor y aumentaba la intensidad de todo aquello a lo bestia. Cuando se encontró con su verde por encima del jugueteo de sus manos sonrió de medio lado y Jessie hizo lo mismo.

—Creo que para ti necesito una nueva categoría de clasificación.

Lo admitió sin tapujos, porque era tan verdad que responder cualquier otra cosa habría sido mentir con toda la cara del mundo. La sonrisa de la psicóloga se hizo un poco más grande y le descolocó algo por dentro, porque dejaba entrever un «menos mal que a ti te pasa también» cálido e increíblemente tangible.

—Podríamos intentarlo con una mezcla de las dos —se levantó de la silla y le tendió la mano a Jessie, ella la aceptó sin cuestionar nada y, en medio segundo, ambas estaban muy cerca y frente a frente. Le rodeó el cuello con los brazos y se humedeció los labios—. Aunque creo que contigo hay algo más. Me encantas incluso con esa camiseta vieja y manchada, tiene que haber algo más.

—Define «una mezcla de las dos». Y tu camiseta no está manchada, pero aun así tiene su encanto —le siguió el juego colocándole las manos sobre las caderas, le encantó cómo la acariciaba aquel calor y se acercó un poco más a ella por puro instinto.

—Bailar en un sitio tranquilo.

—No soy aries y no sé bailar, la verdad es que creía que esta noche iba a irme un poco mejor.

Ni hablaba en serio ni se lo creía de verdad, pero no estaba segura de que la psicóloga fuera del todo consciente de lo bien que le estaba yendo en realidad, de lo alucinante que le parecía a ella todo aquello. Seguro que Jessie sabía que le gustaba, eso resultaba vergonzosamente obvio, pero es que era mucho más y utilizaba los verbos «gustar» y «encantar» a falta de otros mejores. Cada rato que pasaba con ella era la mejor cita de la historia y en aquellos momentos se sentía jodidamente bien llevando aquella vieja camiseta, porque era suya y le atontaba un poco cómo olía.

—Piscis suena perfecto y la noche que viniste al Trinity no lo hiciste tan mal —rebatió sus lamentos y sonrió al sentir cómo el calor de sus manos abandonaba sus caderas para trasladarse unos centímetros por debajo de su baja espalda.

Tocando, pero sin tocar y tanteando el terreno.

—¿Tres sobre diez? —Jessie probó suerte mientras ella jugueteaba con el pelo de su nuca.

—Tres y medio.

—Qué generosa.

Se rio, la psicóloga paseó las manos hacia el norte, hasta su cintura, y deseó que hubiera bajado un poco más antes de iniciar aquella retirada. Quería saber cómo iba a tocarla y lo que sentiría al tocar, porque le atraía a lo bestia y necesitaba comunicarse con ella a base de sudor y gemidos. Dejarse envolver por su calor sin ropa de por medio y revolver las sábanas de la cama mientras la descubría y se dejaba descubrir. De repente no podía parar de pensar en aquel jodido tatuaje y en las ganas que tenía de besar mil veces cada una de aquellas mariposas maravillosamente irregulares.

«Los aries son muy dominantes y superapasionados en la cama».

¿Cómo serían los piscis?

¿Cómo sería con esa piscis?

—Apuesto a que si te esfuerzas un poco, llegas al aprobado.

Lo dijo con una sonrisa de las grandes, tomó una de las manos con las que la psicóloga le acariciaba la cintura y tiró de ella en dirección a la mesa baja colocada frente al sofá, hacia el iPod y los altavoces adyacentes. Buscó una canción en concreto, subió el volumen de la música y, al girarse hacia Jessie, se encontró con aquel gesto en sus facciones. Como si la idea no le acabase de convencer del todo, pero con una sonrisa incorporada llevándole la contraria.

—Alison Carter, no me obligues a bailar en mitad de mi salón, por favor.

—Jessie Stevens, ¿prefieres bailar en mitad de tu cocina? —le ofreció una alternativa, sonriéndole juguetonamente mientras la arrastraba por ambas manos hacia la zona más despejada de la habitación.

Contó cuatro pasos caminando marcha atrás y Jessie avanzó cinco dejándose llevar, así que al final del trayecto sus cuerpos entraron en contacto de forma un poco brusca, desacompasadamente perfecto, y ninguna de las dos se quejó. Se rio cuando la morena alzó una ceja y dijo «sugerente» al escuchar eso de «Do what you want with my body» emerger de los altavoces y guio las manos de la psicóloga alrededor de su cintura. Una vez afianzadas allí, cubrió las caderas de Jessie con las suyas, sus palmas encajaban jodidamente bien en aquella parte de su anatomía, pero eso ya lo sabía de antes y se moría por explorar mucho más allá. Al norte, al sur, al este y al oeste, todo a la vez, aunque fuera imposible. Joder, es que no sabía qué quería hacer primero y tragó saliva al fijarse en que aquel verde estaba completamente distraído, hipnotizado por su boca.

—Me da igual dónde.

Jessie lo dijo como si de repente se hubiese olvidado de qué estaban hablando, como si ya no recordase que no quería bailar. Su tono la acarició por dentro, a continuación, sus miradas conectaron y el nivel de adrenalina en sangre se le duplicó diez veces en un mismo segundo. Porque se habían pasado la noche manchándose con los ingredientes de la cena, quemando samosas y llorando por culpa de una cebolla rebelde, riéndose de tonterías, pero de repente ya no se reían. La psicóloga la miraba de aquella forma nueva e intensa, sin molestarse en disimular, y a ella el respirar con normalidad ya no le salía tan fácil como antes, pero a las mariposas que le aleteaban en la boca del estómago les daba lo mismo. Hacían de puta madre su trabajo a pesar de la falta de oxígeno.

Le sostuvo la mirada y dos segundos después sintió cómo Jessie la estrechaba fuerte por la cintura, acercándola a ella y acercándose aún más. Aquel gesto serio en sus facciones era una novedad que le estaba gustando demasiado y quería decirle «bésame ya, joder» o tomar la iniciativa, pero a la vez se resistía a dejar de mirarla. Todo un dilema disfrazado de calor y aumento de pulsaciones. La música sonaba de fondo y ella ya no sabía si le apetecía bailar.

Fueron las manos de la psicóloga las que la animaron a sumarse al ritmo

de aquella canción guiando suavemente sus caderas. Decía que no le gustaba bailar, así que en un primer momento pensó que solo quería complacerla, tal vez compensar eso de ser piscis en vez de aries o leo, pero la vio sonreír en respuesta al primer roce entre sus cuerpos y le cambió la perspectiva. A Jessie no le gustaba bailar, pero quería verla bailar a ella, sentirla, y la temperatura aumentó considerablemente en su bajo vientre en cuanto la psicóloga comenzó a imitar sus movimientos. De puta madre, colgó los brazos de su cuello y le devolvió la sonrisa.

—Puedes imaginar que estamos en el Trinity con ropa sexi —sugirió la morena.

—¿Para qué? Esto me gusta más.

Jessie le sostuvo la mirada, y casi vio un evidente «joder, a mí también» reflejado en sus facciones. Y ahora sí, pudo sentir el calor de sus manos dibujando un camino descendente sobre el mapa de su anatomía, sin GPS, pero con mucha determinación. Gail tenía razón y Jessie tocaba de puta madre, como plus no se movía nada mal y en cuanto sintió sus palmas delineándole el trasero necesitó besarla, así que la besó. Buscó su boca, la encontró enseguida y casi se le escapó un ronroneo de agrado cuando la psicóloga le devolvió su suave embestida con los labios entreabiertos. La sujetó con fuerza por la nuca, utilizando ambas manos, y profundizó el beso a la vez que Jessie convertía en mucho más firme la presión que ejercía sobre sus glúteos.

Le había dado algunas vueltas a la posibilidad de que la morena terminase sintiéndose mal llegado aquel momento, que le pidiera un tiempo muerto o, directamente, la retirada, igual que le pasó con la camarera del Starbucks. Le daba un poco de miedo que aquel «no podría sentirme así contigo, si no se hubiera acabado» no se sostuviera tan firme como antes al estar a punto de acostarse por primera vez en cinco años con una chica que no era Taylor. Que le dijera «Alison, lo siento, no puedo» y se alejara de ella reventando su burbuja. Cada vez que sopesaba aquella posibilidad, el pecho se le encogía bajo el peso de mil toneladas de la decepción más absoluta, porque había comenzado a dar por sentado lo que había entre ellas.

Ya no les hacía falta concertar las citas de antemano, el volver a verse estaba garantizado y el pasarse el día hablando por WhatsApp se había convertido en una de sus costumbres favoritas. Es que el estómago se le daba la vuelta del revés cada vez que recibía uno de sus mensajes, joder. Todo había empezado por un físico jodidamente alucinante, pero de repente Jessie había pasado a significar mucho más que eso. De un inocente «me encantas» a un mucho más serio «creo que me estoy enamorando de ti», un cambio cualitativo que había tenido lugar en algún punto del camino, despacito y en silencio.

Casi sin darse cuenta ella volvía a tener algo importante que perder.

—Joder, Alison…

Se lo jadeó contra la boca, con voz ronca y deseo contenido. Muy diferente a su temido «Alison, lo siento, no puedo», le reverberó por dentro, acariciándole y arañándole a la vez, pensó «menos mal» y se puso jodidamente cachonda. Atacó sus labios con muchas ganas y le mordió el inferior, Jessie gimió tratando de acercarla a ella aún más y la presión que sentía en su entrepierna se incrementó exponencialmente ante aquella forma de buscarla. «Necesito mucho más de ti» y a esas alturas no hacía falta que ninguna de las dos lo dijera en voz alta.

—Y no te gustaba bailar.

De nuevo vislumbró su sonrisa, enmarcada en la humedad de aquellos labios impactaba el doble y perturbaba aquella seriedad sexi de su rostro, pero el contraste le quedaba de puta madre y a ella le estranguló algo por dentro.

—Así podemos bailar todos los días si quieres.

Jessie la tomó por una de las manos con las que le rodeaba el cuello y la invitó a girar sobre sí misma ciento ochenta grados, un paso tradicional y jodidamente sexi, porque al final lo que buscaba era poder sujetarla por la cintura y acercarla de nuevo a su cuerpo de un tirón, de forma cuidadosamente brusca. Sintió su anatomía adaptándose a la perfección a su espalda y le faltó el aliento, por la sorpresa y porque a continuación comenzó a sentir su respiración pesada junto al oído. Uno de sus brazos la mantuvo sujeta con firmeza contra su cuerpo y notó cómo le retiraba el pelo a un lado con la mano que tenía libre dejando su cuello al descubierto. El simple roce de aquellos dedos sobre su piel consiguió que se estremeciera y casi contuvo la respiración en espera de sentir la humedad de sus labios posarse sobre la zona recién despejada. Inclinó la cabeza a un lado para facilitarle las cosas. Se moría por que lo hiciera de una vez.

Se le escapó un gemido de los ahogados, porque no esperaba que Jessie la mordiera, pero sintió la suave presión de sus dientes sobre la yugular y cerró los ojos descansando la parte posterior de la cabeza en el hombro de la psicóloga. Dijo «Mierda, Jess» en un susurro teñido de excitación y la tomó por la nuca con una de sus manos mientras con la otra se sujetaba al brazo que Jessie mantenía firmemente cerrado en torno a su cintura. La sintió sonreír sobre su piel y casi de inmediato aquellos labios húmedos comenzaron a mimar la zona antes marcada por sus dientes. Prácticamente a la vez, la mano libre de Jessie se posó en mitad de su muslo y comenzó un ascenso caliente y programado, subió sin prisa hasta colarse bajo aquella vieja camiseta deportiva y el cerco a su cintura desapareció, porque su otra mano quería esconderse también. Volvió a sentirla enseguida, esta vez piel contra piel, la palma abierta justo en mitad de su vientre, su calor se le coló dentro y le aumentó un par de grados la temperatura.

Giró la cabeza para esconder la cara en el cuello de Jessie al sentir cómo con su otra mano comenzaba a recorrerle el abdomen, hacia el norte y en

diagonal. Joder, ella estaba anticipando, pero la morena también, lo notó por el cambio en el ritmo de su respiración. Iba a tocarla por encima del sujetador y las dos se estaban poniendo aún más cachondas. Cubrió uno de sus pechos y lo apretó entre sus dedos, esta vez fue ella quien le mordió el cuello a la vez que se presionaba contra sus caderas, es que necesitaba sentirla, y casi le fallaron las piernas al escuchar un «joder» increíblemente sexi junto a la oreja.

—Tienes algo que es mío.

Jessie se lo dijo al oído, en un susurro maravillosamente ronco, sus vibraciones le llegaron directas al bajo vientre, sintió de nuevo sus dedos cerrándose en torno a su pecho y jadeó mientras notaba cómo mojaba su ropa interior. Se refería a aquella camiseta y ella estaba deseando que la recuperase ya. Se retorció entre sus brazos, buscando más contacto y terminó mordiéndole la mandíbula, la vio sonreír y ella hizo lo mismo en consecuencia. Cubrió la mano que Jessie mantenía sobre su pecho con una de las suyas y la animó a seguir estimulándola, aunque a aquella piscis no parecía hacerle falta que tomaran la iniciativa por ella en ese tipo de situaciones y le estaba encantando descubrirlo en vivo y en directo. Tiró de su nuca en busca de su boca y la encontró en un beso jodidamente húmedo y un poco torpe debido a la postura. Las manos de la psicóloga abandonaron todo lo que estaban haciendo y sintió cómo comenzaba a subirle la camiseta, ella le mordió el labio inferior antes de colaborar para facilitarle el trabajo. Se apartó ligeramente de ella y la ayudó a deshacerse de aquella prenda.

En dos segundos la camiseta estaba a un lado en el suelo y ella se giró buscando besarla otra vez. Tal vez la encontró con demasiadas ganas, porque Jessie tuvo que dar un paso atrás y gruñó a la vez que aceptaba y devolvía la intensa embestida de sus labios, sintió cómo enredaba las manos en su pelo y llevó las suyas directas al cierre de los pantalones que vestía la morena. Ella había sido despojada de su camiseta, así que era justo que también perdiera algo. La sintió sonreír en mitad del beso especialmente húmedo que compartían en aquellos momentos y casi a la vez sus manos habían dejado de revolverle el pelo y la ayudaban a bajarle los pantalones. Jessie trató de deshacerse de su calzado utilizando tan solo los pies y sin dejar de besarla con más ganas que nadie en toda su vida. Con el primero le salió de puta madre, pero con el segundo se desestabilizó y a ella se le escapó una carcajada mientras la sostenía entre sus brazos. Su interior al completo dio un vuelco de los impresionantes cuando la psicóloga la miró con los ojos cargados de muchas cosas y una sonrisa enorme decorándole los labios.

Joder, esos labios, esa boca y esa sonrisa, la forma en la que estaban comiéndose a besos y directas a más, a mucho más. Jessie se terminó de quitar los pantalones sin dejar de mirarla con aquel gesto divertido en la cara y ella simplemente la observó con el organismo revolucionado por una mezcla de tantas cosas que le sería imposible catalogarlas todas. Tampoco

tuvo tiempo de intentarlo, porque en cuanto se deshizo de los pantalones la psicóloga le tomó la cara entre las manos y estrelló sus cuerpos de nuevo, con mucho ímpetu y sin perder aquella sonrisa de «esto es lo puto mejor del mundo». Atrapó sus labios de forma firme y maravillosamente húmeda.

Jessie la guio hacia donde quiso y ella se dejó llevar, completamente perdida en el momento, en aquellos besos intensos y en el calor de ambas, en su respiración acelerada y en la forma en que sus manos le recorrían los costados. Joder, es que se sentía de puta madre y quería más. Quería lo que Jessie quisiera y dejarla hacer. Volver a oír su voz ronca hablándole al oído y que sus labios se pasearan por todas partes. Que continuara haciéndola sentir de aquella forma y que se sintiera igual, sobre todo eso. Quería que Jessie se sintiera igual.

A la habitación, estaban dirigiéndose a la habitación entre besos y jadeos y con las manos por todas partes. Sus piernas encontraron un tope a la altura de la cama y la psicóloga la empujó con el peso de su cuerpo y las manos en su cintura. Ella se sujetó a su cuello y se recostó de espaldas sobre el colchón, dejó escapar todo el aire de sus pulmones de forma entrecortada al sentir cómo Jessie se colocaba sobre su cuerpo. Pesaba jodidamente bien y se le cerraron los ojos solos al soltar un tembloroso «joder» cuando la escuchó gemir mientras se movía lento contra sus caderas. Ufff… es que se movía muy bien. Se obligó a mirarla, porque necesitaba verla, y toda su atención se dirigió de forma automática hacia sus labios entreabiertos. Esta vez fue ella quien se retorció contra su cuerpo y gimieron las dos, bajito y contra la boca de la otra.

—Te doy todas mis almohadas.

Jessie lo dijo falta de aliento y ella se rio al escucharla y le golpeó el hombro con la palma abierta, la psicóloga sonrió antes de volver a besarla con todas sus ganas y el corazón se le desbocó aún más por *overbooking* emocional. La despeinó al quitarle la camiseta y su pelo revuelto le hizo cosquillas en la cara, una cortina suave y ondulada que olía increíblemente bien a algo a lo que se estaba haciendo adicta peligrosamente rápido. Intercambió posiciones con facilidad, porque Jessie no ofreció resistencia, y en menos de dos segundos la tenía tumbada bocarriba y ella sentada a horcajadas sobre su abdomen desnudo.

—No las necesito. Creo que voy a dormir justo aquí —respondió a su comentario mientras le sujetaba las manos sobre el colchón, una a cada lado de su cabeza.

—Justo aquí.

Jessie lo cuestionó alzando una ceja y mirándola como si le encantase estar atrapada de esa forma, así que se inclinó sobre ella hasta que sus bocas quedaron a escasos centímetros de distancia; la forma en que la psicóloga observaba sus labios la impulsó a cerrar el espacio que las separaba y esta vez la besó muy suave y lento. Jessie entrelazó los dedos de sus manos

mientras le correspondía el beso de una forma jodidamente dulce, y un escalofrío le recorrió la espalda al sentirlo, de nuevo experimentó aquella sensación, la de un líquido denso y caliente que la invadía por dentro, deslizándose por sus terminaciones nerviosas y ralentizando sus pulsaciones.

—Justo aquí —repitió con toda la confianza del mundo concentrada en aquellas dos palabras.

Prácticamente un susurro sobre sus labios antes de atraparlos de nuevo en una embestida un poco menos delicada que las anteriores, a Jessie aquel cambio de ritmo le debió de despertar algo por dentro, porque le gruñó en la boca y sintió cómo se retorcía bajo su cuerpo. Necesitaba más y ella también, casi sin darse cuenta Jessie se había incorporado y estaba sentada y con ella a horcajadas en su regazo. Atacó su boca mientras las manos de la morena se peleaban con el botón de sus pantalones, a lo mejor porque ya llevaba un rato únicamente en ropa interior y le parecía que era un buen momento para igualar condiciones. Jessie se los soltó sin mucho esfuerzo y abandonó las atenciones a su boca para enterrar la cara en su cuello e iniciar un camino de besos, húmedos y descendentes, ella se lo puso muy muy fácil y enredó las manos en su pelo animándola a seguir bajando.

***

Se había pasado meses temiendo la llegada de ese momento y deseándola a partes iguales. Una ambivalencia que nacía de la base de «alejarse de Taylor un paso más» y cuyas ramificaciones terminaron por invadir toda su vida. Durante cuatro años aquello solo lo había compartido con ella y la sola idea de acostarse con alguien más le sonaba absurda y sin sentido. ¿Para qué? Si el perderse juntas bajo las sábanas de su cama era lo mejor del mundo, a Taylor le ponía cachonda que le tapase la boca cuando gemía demasiado alto y a ella conseguir que se corriera mientras le permitía perderse en su gris oscurecido. Después de Grace había tenido miedo de ser incapaz de decir adiós a muchas cosas. Después de Grace la sola idea de acostarse con alguien más le seguía pareciendo absurda y sin sentido. Durante meses después de Grace aquel gris había continuado siendo su color favorito y seguía echando de menos el perderse en él cuando Taylor se corría, el calor de su boca contra la palma de la mano.

Habían follado varias veces después de Grace y ya no era lo mismo, imposible de recuperar, así que lo echaba de menos aún más y lo buscaba una y otra vez abriendo puertas de madrugada. Muchas madrugadas, demasiadas. Hasta Alison y su desafortunado «Perdona… ¿nos conocemos?», hasta Gail y su café. Hasta que Riley le salió con eso de «No todas tienen que ser el amor de tu vida, Jess». Hasta que una jodida monitora de *body combat* la distrajo con un cuerpo diez y provocaciones de las que quemaban

mientras su compañera de piso se colaba despacio por la puerta de atrás, con ojos tristes y sonrisa bonita. Para cuando quiso darse cuenta, ya estaba allí, todo estaba allí, un azul alucinante robando espacio al resto de colores.

Besaba distinto y tocaba diferente. Sus gemidos eran más roncos, su voz más grave y su piel más clara. Y, precisamente, era aquello lo que le había dado tanto miedo, que no fuera igual. No sentir lo mismo nunca más. Que Taylor la hubiese roto a tantos niveles que el recuperarse no fuera ni siquiera una opción. Al menos no una viable. Había tenido miedo de no encontrar otra Taylor y al final no se trataba de eso, nunca iba a ser lo mismo y no volvería a sentirse igual, pero es que le gustaba aquella nueva forma de besar y cómo la tocaba Alison. Sus gemidos roncos y las cosas que le hacía por dentro esa voz grave cada vez que le hablaba al oído. Le encantaba recorrer su piel clara a base de besos húmedos y se moría por acariciarla despacio con todo el cuerpo.

Todo era distinto y le gustaba diferente.

Ella ya estaba en ropa interior y a Alison le sobraban los pantalones, ese sujetador color burdeos le quedaba de puta madre, pero comenzaba a estorbar. La tenía sobre ella, sentada a horcajadas en el regazo, y sus manos le revolvían el pelo, sujetándola, asegurándose de que seguía cerca, de que seguía bajando. Insistente y demandante. Nada que ver con Taylor y la estaba volviendo loca a lo bestia. «Voy a dormir justo aquí» y aquella forma de mirarla, como retándola en un juego que disfrutaban las dos. Coló las manos por debajo de sus pantalones y sobre su ropa interior para sujetarla por el trasero y Alison jadeó estrechándola fuerte por el cuello al sentir cómo dibujaba con la lengua un camino imaginario entre sus pechos, dos segundos después la rubia se llevaba las manos a la espalda y el sujetador color burdeos pasó a ser historia de la antigua antes de que se diera cuenta.

Se le aceleraron las pulsaciones y su organismo duplicó la cantidad de adrenalina en sangre, le pasaba cada vez que descubría algo nuevo en ella. Con esa novedad, como punto extra, notó arder su bajo vientre y las ganas de hacerle de todo a aquella chica se le incrementaron de golpe. Cubrió uno de sus pechos con la mano y en contacto directo eran jodidamente increíbles, mil veces más excitante que estimularlos por encima del sujetador. Buscó su mirada, se la encontró fija en ella y le acarició la aureola dibujando círculos con el pulgar, Alison jadeó entrecerrando los ojos e incrementó la fuerza con que la sujetaba por el pelo. Sustituyó el dedo por la lengua y la escuchó gruñir, tuvo que sujetarla firme por la cintura, porque la rubia empezó a mover las caderas dificultándole el trabajo, se moría por sentir cómo su pezón se endurecía cada vez más bajo su lengua y entre sus labios, pero continuaba intentando restregarse contra ella y eso la ponía muy cachonda. Terminó acariciándoselo con los dientes, Alison gimió muy porno mientras inclinaba la cabeza hacia atrás y a ella se le agotó la capacidad de autocontrol.

Dijo «Mierda, joder» e intercambió posiciones de nuevo, con un movimiento quizá un poco brusco que no molestó a la rubia precisamente. En cuanto la tuvo de espaldas sobre el colchón se arrodilló entre sus piernas y le quitó los pantalones, le quedaban muy ceñidos, así que tuvo que tirar de ellos insistentemente un par de veces y Alison le contagió la risa mientras se sujetaba a las sábanas al sentir que la arrastraba un poco con cada tirón. Joder, es que estaba preciosa allí, medio desnuda y riéndose a carcajadas, había algo grande acompañando al erotismo que lo envolvía todo. Empapadas en gemidos, risas y calor, tocándose por primera vez. Cuando se dejó caer sobre ella, Alison aún sonreía, paseaba las manos por la suavidad de aquellas piernas recién descubiertas y le robó un beso torpe. Le rodeó la cintura con ellas y ambas gimieron ante el inmediato aumento de puntos de contacto. Comenzó a moverse de forma lenta, aunque bastante explícita contra su intimidad cubierta únicamente por una pieza de ropa interior a juego con el sujetador burdeos. Alison jadeó un «Dios, Jessie» y le arañó la espalda, y a ella la forma en que sus pechos se movían con cada una de sus suaves embestidas la estaba excitando demasiado.

—Jessie… joder, Jess…

Entrecortado, falto de aire y a medio gemir, jodidamente sexi.

Le sonó a «mierda, no aguanto más», así que besó su barbilla, su garganta e inició un descenso programado de besos húmedos y saliva caliente, descaradamente obvio y con un objetivo tan evidente que la respiración de la rubia se descontroló aún más antes incluso de que deslizara por sus piernas la única pieza de ropa que le quedaba encima. La notó húmeda, muy húmeda, y aquello hizo que se mojara un poco más. Le habría gustado provocarla hasta hacerla protestar, pero tenía tantas ganas que fue incapaz de seguir alargándolo, en cuanto llegó a su destino la lamió entera. La presión en su entrepierna se multiplicó por mil y gimió contra su intimidad al sentirla en la lengua. Su tacto y su sabor, su humedad. Joder, es que estaba muy mojada. Alison la sujetó enseguida por el pelo e inició un sutil movimiento de caderas buscando aún más su boca. La chica estaba cachonda y era exigente, y aun así el fantasma del «no fuiste suficiente» debía de estar muy ocupado en otra parte, porque ni una sola vez se le había pasado por la cabeza el no ir a serlo para Alison aquella noche. A lo mejor había vuelto la Jessie de antes de Grace, tal vez la forma en la que la miraba aquella chica la estaba ayudando poco a poco a sacarla a la superficie.

—Oh, Jess, joder. Así, Jessie… sigue…

Sonrió al escucharla repetir su nombre, sonaba nuevo en su voz, como el principio de otro principio o el nacimiento de una galaxia diferente. Se dedicó a recorrerla con la lengua de mil formas distintas, se dejó guiar por su lenguaje no verbal, atenta a sus reacciones y a su forma de moverse, descubriendo cómo le gustaba que se lo hicieran en base a la frecuencia e intensidad de sus gemidos. Lo tuvo bastante fácil, porque Alison era muy

expresiva, excitantemente expresiva, y jugó con ella lento, alargando los tiempos, porque quería quedarse para siempre entre aquellas piernas. Atrapada entre sus muslos y con sus manos enredándosele en el pelo. La llevó al límite y se quedó completamente enganchada a su forma de correrse, atontada por sus sonidos y por la forma en la que se arqueó sobre el colchón antes de dejarse caer con un «joder» ahogado y la respiración descontrolada.

Inició el camino de vuelta a su boca, besando y lamiendo, deslizándose sobre su cuerpo caliente y sudado, porque echaba de menos sentirlo contra su piel. Alison le dio la bienvenida atrapando sus labios en un beso lento y suave, perezoso, y ella se lo devolvió empapado de necesidad y ganas contenidas.

***

—Un día de estos vas a venir conmigo al Trinity —aseguró mientras ambas se miraban frente a frente bajo las sábanas.

—¿Ah, sí? —Jessie lo dudó, divertida por la seguridad de su tono y ella sonrió.

Hacía tanto tiempo que no se sentía así de completa que no recordaba cuál había sido la última vez. La calma después de la tempestad o de su primera vez con ella. En algún momento de la noche había empezado a llover, una tormenta de verano con truenos y relámpagos, con agua estrellándose contra los cristales de la ventana. Una banda sonora perfecta para escucharla de aquella manera, las dos a solas y en una clara penumbra, con la cara semienterrada en aquellas almohadas tan cómodas y tapadas a medias. Cada vez que un relámpago iluminaba la habitación, Jessie sonreía divertida mientras ambas contaban en voz alta hasta escuchar el trueno rugiendo a lo lejos y todo aquello se le estaba colando dentro.

El antes y el después, la forma en la que Jessie le había mordido el hombro gruñendo mientras ella la notaba contraerse alrededor de sus dedos, cómo los músculos de su abdomen se habían estremecido bajo las caricias de sus labios cuando dibujó a base de besos húmedos su tatuaje. Sus gemidos y su forma de moverse, de tocar. Aquel jodido ceño fruncido mientras se corría. Su intensidad. Se reiría en la cara de Monica y sus «Los aries son tu pareja ideal».

«Muy dominantes y superapasionados en la cama».

Y seguro que sí, seguro que follar con una aries sería increíble, pero con todos sus respetos a su amiga y al Zodiaco ella estaba dispuesta a gritar a los cuatro vientos: «A la mierda: pon una piscis en tu vida» y quería que Jessie siguiera en la suya.

—Te ha gustado bailar —dijo mientras se acercaba a la psicóloga atraída por su calor.

—¿Ahora lo llaman así? —bromeó y se rio cuando ella le hundió la cara en la almohada presionando su mejilla con la mano.

Sonrió en cuanto Jessie volvió a mirarla con aquel gesto de «no hay nada mejor que esto» descaradamente evidente en sus facciones, como si fuera cien por cien cierto y no le importara que supiera lo que opinaba de todo aquello. Cubrió el lateral de su cuello con la palma abierta y Jessie le sostuvo la mirada y sonrió de lado cuando comenzó a acariciarle la mejilla con el pulgar.

—¿Cómo lo llamarías tú? —se interesó y exploró su verde.

Con el corazón en pausa, porque acababa de preguntarle «¿cómo ha sido para ti?» y necesitaba que dijera que no había pensado en la tal Taylor ni una sola vez. Que no había echado nada de menos y que quería una sagitario en su vida.

—Completamente gratificante a todos los niveles.

—Qué técnica…

Jessie sonrió y se acercó para besarla. Besos y caricias, el contacto físico había sido casi constante durante toda la noche, había alcanzado un pico de intensidad máxima mientras follaban, y seguía sensiblemente elevado media hora después. Es que necesitaba sentirla cerca, aceptó la suave embestida de sus labios y deslizó la mano que mantenía en su cuello hasta sujetarla por la nuca, profundizó el beso acercándose y acercándola un poco más. Jessie ronroneó en su boca y sintió cómo le rodeaba la cintura con el brazo, le encantaba que la sujetara así de firme, como si pensara que iba a tratar de escapar en cualquier momento, aunque ella no planeaba irse a ninguna parte.

Otro relámpago iluminó la habitación y se perdió de nuevo en su verde mientras ambas contaban en voz alta. Les dio tiempo a llegar al nueve antes de que uno de los truenos más fuertes de la noche resonase en la distancia. Jessie le acarició la espalda con las yemas de los dedos.

—Quiero repetir esta noche mil veces —la psicóloga lo dijo en voz baja y ella le masajeó la nuca mordiéndose el labio inferior—. Quiero llevarte zumos a la salida del gimnasio. Quiero seguir buscando cosas en el cielo contigo y besarte todas las noches por sorpresa en tu portal. Así lo llamaría.

«Así lo llamaría».

Mierda, ¿podría haber algún nombre mejor?

Tiró de su nuca y la besó impulsada por una oleada caliente de necesidad y con la esperanza de que Jessie lo sintiera de lleno, era difícil que pasara desapercibido, porque estaba empapándolo todo a su alrededor.

Seis o siete relámpagos después, la psicóloga estaba dormida y ella se dedicaba a contar las veces que respiraba hasta que el siguiente trueno agotaba el tiempo. Pausada y tranquila, relajada, era la primera vez que la veía fuera de juego y se permitió mirarla sin restricciones. Se aguantó las

ganas de besarla, porque no quería que se despertase por su culpa.

No le gustaba bailar, era la peor pinche de cocina que había conocido en su vida y pésima a la hora de localizar cuerpos celestes en el firmamento. Ni aries, ni leo y a ella la psicología nunca le había llamado especialmente la atención. Jessie era la antítesis de su perfil en Click y es que si Jess_92 hubiera sido ella en realidad, su nivel de compatibilidad habría sido tan ridículo que no se hubieran considerado ni tan siquiera una opción la una a la otra.

Paseó la mirada por sus facciones y se percató de que incluso dormida fruncía ligeramente el ceño. Extendió la mano hacia ella y se lo acarició con la yema del dedo índice, la psicóloga lo arrugó aún más, presumiblemente molesta ante aquella inesperada perturbación de su sueño. Refunfuñó algo que ella no logró entender del todo y se dio media vuelta para ponerse a salvo de potenciales nuevos ataques. Sonrió divertida y se permitió admirar su espalda y la mitad superior de su trasero, porque la sábana que la cubría prácticamente había dejado de hacerlo. La besó en el hombro y de nuevo se revolvió incómoda ante su contacto. Al parecer, la Jessie dormida era mucho menos cariñosa que la Jessie en horas de vigilia. Una nueva pieza que encajar en su puzle.

El teléfono móvil vibró a su espalda, sobre la mesilla. Una notificación de WhatsApp seguramente, decidió ignorarlo y continuar admirando la anatomía de la chica que dormía a su lado. Y lo hizo hasta que el aparato insistió con nuevas vibraciones. No quería que al final fuera el teléfono lo que despertara a aquella gruñona durmiente, de modo que se hizo con él y abrió su única conversación activa de madrugada.

«Gail»
En línea
GAIL: Morgan se ha ido a casa con la camarera.
GAIL: Pero seguro que se habría ido más contenta contigo.
GAIL: Sigo esperando novedades en tu vida sexual.
ALISON: Deja de hablarme de Morgan y háblame de ti.
ALISON: ¿No te has ido contenta a casa?
GAIL: Sequía en el Trinity, Carter. Poca mercancía y en mal estado.
ALISON: Qué exigente te has vuelto de repente.
GAIL: No te preocupes por mí. Nadie conoce mi cuerpo como yo.
GAIL: Hablando de conocer cuerpos…
GAIL: Si estás despierta a estas horas, es que Jessie es de las que aguantan.
ALISON: Se ha quedado dormida hace un rato.
GAIL: ¿Ella dormida y tú metida en WhatsApp?
GAIL: ¿No sabe rematar las jugadas y te ha dejado a mitad del partido?
ALISON: Gilipollas.
ALISON: Lo remata todo de puta madre.

ALISON: Y hemos jugado un partido de los largos.
ALISON: La noche entera ha sido increíble y no puedo dejar de mirarla.
ALISON: Dime que crees que con ella podría funcionar.
GAIL: Abre los ojos y olvídate del condicional, Carter.
GAIL: Es tu puta princesa azul, ¿es que no lo ves?
GAIL: Y como vuelvas a decir algo de Jess_92 mañana tienes las maletas en la puerta.

Jess_92.

Desvió la mirada de la pantalla del móvil a la espalda desnuda de Jessie y a su pelo esparcido sobre la almohada. Se le ralentizaron los latidos al localizar su camiseta deportiva tirada de cualquier manera sobre la lámpara de la mesilla, la verdad era que no había sido muy cuidadosa a la hora de despojar a la psicóloga de su ropa, y el interior al completo se le removió al recordar la pasmosa facilidad con la que Jessie había manchado la prenda por dos o tres sitios diferentes en menos de cinco minutos mientras cocinaban. «Noche de perritos, noche de lavadora» y su forma de sonreír aquella primera noche que pasaron juntas y a solas en el Olympic con Lady Gaga de música de fondo.

Jess_92.

Regresó la vista al móvil y accedió a la galería de fotos, se mordió el labio inferior al localizar lo que buscaba y abrió uno de los selfis en los que Jessie y ella posaban sobre el banco de aquel parque cercano al Tattoo Too. Se habían hecho unos cuantos y aquel en concreto era su favorito, aparecía rodeando el cuello de la psicóloga con el brazo que no sujetaba el móvil y sonriendo como una imbécil mientras miraba cómo Jessie sonreía directa a cámara.

«Es tu puta princesa azul, ¿es que no lo ves?» y sí, sí que lo veía, es que lo veía tanto que de un tiempo a esa parte ya no podía ver otra cosa. Pasó fotografías y se encontró con la de Jessie y su bata de cuadros, la de la camiseta de pijama que decía «I'm a sweet dream» y los cereales. Después de esa había más y en la mayoría aparecía ella, o partes de ella al menos, como en la que le había mandado hacía un par de días: su mano sosteniendo un capuchino moka, le llegó a las ocho de la mañana acompañada por el texto «Starbucks: Los orígenes». El inicio de un principio y el principio de un final.

Entró en la carpeta que había bautizado con el nombre de Jessie e incluso le resultó raro haberla llamado así. Aquellas fotografías ya no encajaban con su idea de Jess_92 tan bien como antes. Observó su favorita: Jessie con aquella camiseta negra con la palabra «Relax» estampada en letras blancas y le resultó jodidamente complicado asociarla con otra voz y con otra risa diferente, le daba por pensar en que seguramente aquella camiseta también se la habría manchado unas cuantas veces.

«Seguro que las borras cuando estés preparada».

Y casi sin darse cuenta lo estaba.

Salió de la carpeta, la seleccionó y eligió la opción «Eliminar».

«¿Está seguro de que desea eliminar la carpeta Jessie de este dispositivo?».

Dedicó una nueva mirada a la espalda desnuda de la psicóloga, un par más a la mitad superior de su trasero y quiso decirle a su teléfono algo así como: «Joder, sí, estoy segura» o un derivado igual de potente, con mucha determinación y sobrado de energía.

Al final se tuvo que conformar con un escueto y sobrio «Sí», porque aquella aplicación no le ofrecía nada más fuerte. Las nuevas tecnologías eran la hostia de efectivas, pero un poco pobres a la hora de dotar sus mensajes de cualquier tipo de énfasis emocional.

OceanofPDF.com

23

Lo fuerte que abraza

La siesta *de Vincent van Gogh. Un óleo sobre lienzo de estilo neoimpresionista, realizado en 1890 durante la estancia del pintor en un centro psiquiátrico donde trataban su enfermedad mental…*

Ay, centro psiquiátrico y enfermedad mental. Todo a su alrededor se empeñaba en recordarle que había pasado dos días enteros sin ver a Jessie. Sin verla, sin tocarla y sin besarla, por supuesto. Un lunes hasta arriba de trabajo en el museo a pesar de estar en agosto y un martes en el que la psicóloga tuvo que quedarse a trabajar por la tarde en el hospital, enterrada entre aquellos informes que se le acumulaban de vez en cuando. Estaban a miércoles, la echaba de menos y eran casi las ocho de la tarde, así que iban por el mismo camino que los dos días anteriores.

Ella tenía que documentarse acerca de la obra del gran Vincent por la exposición prevista para la nueva temporada: «Pintores impresionistas y posimpresionistas». Llevaba desde principios de mes pasando mucho más tiempo del recomendado entre las cuatro paredes de la biblioteca, en compañía de grandes genios de la pintura del siglo XIX, eso sí: Manet, Monet, Renoir, Degas… brillantes, pero eran demasiado masculinos y estaban demasiado muertos para su gusto.

Jessie. Jessie era maravillosamente femenina y estaba maravillosamente viva en el siglo XXI. Compartían un mismo espacio-tiempo y llevaban casi tres semanas compartiendo mucho más que eso. Tres semanas desde la noche en que comprobó de primera mano que los piscis también follaban de puta madre, desde entonces había descubierto que existían infinidad de cosas que aquella piscis en concreto sabía hacer muy bien. Tranquilizarla cuando empezaba a flipar por la cantidad de cosas que se le venían encima en el trabajo era una de ellas, últimamente tenía que hacerlo con bastante asiduidad. El fin de semana se lo habían pasado juntas en el apartamento de la psicóloga, ella en el sofá perdida entre manuales de pintura impresionista y tomando notas y Jessie imitando el acento francés para no desentonar en el contexto. Le salía de pena, pero le hacía gracia y tenía que reconocer que la había puesto muy cachonda cuando le habló así al oído mientras follaban.

Ante aquel vívido recuerdo se removió en la silla y carraspeó tratando de

centrar de nuevo toda su atención en el manual que tenía abierto frente a ella en la inmensa mesa de aquella planta de la biblioteca. Como venía siendo normal en pleno mes de agosto, el edificio estaba prácticamente vacío, en aquella sección en concreto solo se encontraba ella. Su única compañía era el monótono sonido del aire acondicionado y, muy de vez en cuando, podía escuchar a la chica encargada de los préstamos y devoluciones atendiendo amablemente a los usuarios que acudían al mostrador de forma excepcional y a cuenta gotas. Menuda suerte, seguro que podía pasarse la tarde leyendo o haciendo crucigramas. Su otro trabajo de ensueño, le encantaba el museo, pero a los dieciocho había estado a punto de dirigir su vida hacia el maravilloso mundo de los libros y las bibliotecas.

Un rato después abandonó su sitio para utilizar el baño, no tardó ni cinco minutos, pero al regresar y sentarse frente a aquel manual de nuevo se encontró una nota escrita a mano justo sobre la ilustración de *La noche estrellada*. Frunció el ceño, la cogió y, tras leerla, suprimió una sonrisa a base de morderse el labio inferior.

Sé que te gusta el impresionismo, pero ¿no prefieres a una chica superimpresionante?

Se le aceleraron las pulsaciones y miró a su alrededor, buscándola, pero todo seguía tan vacío como antes de su visita al baño. Cogió el teléfono para mandarle un mensaje del tipo «sal de donde quiera que estés, porque me muero por besarte», pero antes de que pudiera abrir WhatsApp sintió cómo alguien la abrazaba por detrás. Enseguida percibió su olor, recibió un beso en la mejilla y se estremeció al oír su voz en forma de susurro junto al oído.

—¿Te gustan pelirrojos? —Jessie se lo preguntó estrechando su abrazo y ella le acarició los antebrazos sonriendo como una idiota.

—Me encantan.

La escuchó reírse bajito y a continuación sintió cómo se incorporaba a su espalda, deshaciendo su abrazo, pero ella la sujetó por ambas manos para mantenerla en el mismo sitio. Inclinó la cabeza hacia atrás para poder mirarla y sonrió al encontrarse con esos ojos verdes buscando los suyos. Jessie, desde aquel ángulo, seguía siendo igual de guapa que en condiciones normales, un físico a prueba de extrañas perspectivas y una sonrisa para morirse incluso vista del revés. La psicóloga entrelazó los dedos de sus manos, se inclinó buscándola desde esa novedosa distribución de posturas y atrapó sus labios de una forma sorprendentemente eficiente, ella le devolvió el beso mientras las mariposas volvían a hacer de las suyas en la boca de su estómago.

—¿Qué haces aquí? —se lo preguntó en cuanto finalizaron aquel contacto extraño pero increíblemente alucinante—. Creía que salías a correr con Riley.

—Yo también, pero me ha dado plantón —admitió tomando asiento a su

lado.

—¿Y has decidido venir hasta aquí para darme un beso?

—Era la segunda mejor opción —dijo la psicóloga mientras dejaba que ella le colocara un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Y cuál era la primera? —curioseó, apoyando la mejilla en la palma de la mano y mirándola con interés.

—Venir hasta aquí para darte algo más que un beso.

Inhibió una sonrisa y desvió la mirada al libro de arte otra vez. Las mariposas acababan de migrar al sur, estaban todas concentradas en su bajo vientre, y ella cruzó las piernas y todo ante la evidente insinuación de la morena.

—Riley dijo que nunca habías follado en unos baños —dijo alzando una ceja y Jessie se le acercó con aquel gesto divertido en la cara.

—De un bar. Dijo que nunca había follado en los baños de un bar —lo especificó y le robó un beso.

Ella sonrió, respiró hondo y se apartó un poco en su silla, porque se encontraban en un lugar público y la cariñosa actitud de la psicóloga la impulsó a asegurarse de que nadie las estaba mirando en aquel preciso momento antes de decidir si le seguía el juego. La sección de Arte e Historia continuaba bajo mínimos y el mostrador de préstamos y devoluciones se encontraba desierto. Ni usuarios ni profesionales a la vista. Esta vez fue ella quien se acercó peligrosamente a su verde favorito.

—¿Has follado en los baños de una biblioteca pública? —preguntó sorprendida por la novedad.

—No —admitió justo antes de volver a besarla y ella sonrió contra su boca.

—Jessie, ¿has follado en los baños de algún sitio? —inquirió, jodidamente divertida, porque la morena sonreía también de esa forma a escasos milímetros de sus labios.

—¿Público?

—Sí.

—Entonces no.

Y la psicóloga volvió a besarla, ella acunó en las manos sus mejillas y se lo devolvió aún con el inicio de una nueva sonrisa en los labios y con todo lo que le generaban aquellas alucinantes interacciones empapando cada uno de sus movimientos.

—¿Vienes a mi casa a cenar? —sugirió la morena.

—¿Vas a cocinar tú? —quiso saber antes de pronunciarse y la sintió sonreír contra su boca.

—No.

—Entonces sí.

Lo dijo en tono de broma antes de atrapar sus labios en un último beso suave, pero ambas sabían que de broma aquello solo tenía el tono. Es que Jessie era una pésima cocinera, de verdad. Sabía hacer tortillas y huevos fritos, se defendía con recetas simples de pasta y algunas veces por las mañanas no se le quemaban las tostadas. Eso era todo lo que podía decir a su favor.

Carraspeó alejándose de ella al escuchar voces de nuevo en el mostrador de préstamos y devoluciones y cerró el libro que había estado consultando sin pensárselo dos veces. Al parecer, la semana le estaba dando un respiro en forma de Jessie y no iba a desaprovecharlo. Llevó el manual hasta la estantería de donde lo había cogido hacía unas horas y al regresar a la mesa se encontró con que Jessie ya había guardado el cuaderno de notas y los bolígrafos en su bandolera y la llevaba cruzada sobre el pecho. Detalles como aquellos hacían que quisiera besarla todavía más.

—No hace falta que me la lleves.

—Lo sé, pero hace que me sienta más cerca de ti —dramatizó llevándose una mano al corazón.

—Idiota —se rio, tal vez demasiado alto, y le golpeó el antebrazo con la palma abierta.

Jessie sonrió divertida y la tomó de la mano entrelazando los dedos de ambas. Ay, Señor, cómo le gustaba todo aquello.

—¿Todo listo? —quiso asegurarse la morena.

—Todo listo.

Dejó que la psicóloga la guiara de vuelta al pasillo central y se limitó a seguirla disfrutando de lo cálida que sentía su mano entre los dedos. A Jessie su bandolera le quedaba de puta madre, y la chica lo había dicho de broma, pero esa atenta costumbre de cargar con sus cosas hacía que ella la sintiera más cerca de una forma que no podría definir. Abstracta y maravillosamente tangible al mismo tiempo.

—¿Algo que devolver? ¿Algo que tomar prestado? —la psicóloga lo preguntó mirándola cuando pasaban por delante del mostrador.

—No y no. Estamos listas para irnos —aseguró acariciando con su mano libre el brazo que tiraba de ella.

—Ha sido sorprendentemente fácil convencerte de que te quedes a dormir.

—No voy a quedarme a dormir.

—Sorprendentemente fácil…

Jessie lo repitió obviando su evidente contradicción, impermeable al desánimo, y ella se limitó a sonreír mientras negaba con la cabeza dándola por imposible.

***

Los restos de su cena seguían sobre la mesa baja frente al sofá. Comida china. A medio camino entre el Blue C. Sushi y el Fogón, su particular punto de encuentro. En la galleta de la fortuna de Alison ponía algo así como «Te aguardan grandes placeres tras las brumas del horizonte», ella le había dicho que eso de hacerles esperar era de mala educación, a la rubia le había hecho gracia y, en esos momentos, la tenía atrapada bajo el peso de su cuerpo en el sofá y con la yugular al descubierto. Completamente vulnerable, y le revolvía el pelo de esa forma tan sexi mientras ella le besaba el cuello con muchas ganas, respiración pesada y el corazón a mil.

Aquellas sesiones subidas de tono se habían convertido en algo bastante normal entre ellas en las últimas semanas y, aunque le gustaba mucho más cuando la rubia se quedaba a dormir, esos momentos con ella eran de lo mejor del mundo. Se ponían jodidamente cachondas antes de tener que decirse adiós y dolía muy bien.

La había echado de menos los últimos dos días. Casi sin darse cuenta de que estaba pasando, simplemente pasó y, de repente, el no hablar con ella durante un día entero ni siquiera era una opción, de repente estaban saliendo juntas y decían cosas como «¿Podemos dormir hoy en tu casa?» y «¿Qué quieres hacer el fin de semana?». Cuando la veía sentía mucho más y no quería dejar de mirarla. Elsa decía que se había enamorado de ella y Riley que estaba muy jodida. Gail llevaba dos semanas soltando eso de «Carter, tu novia ha venido a verte» cada vez que le llevaba un zumo a la salida del gimnasio y Alison no la corregía, se limitaba a acercarse dedicándole esa jodida sonrisa y la besaba hasta la muerte antes de darle las gracias por el detalle. Ya sabía dónde estaban colocadas las cosas en la cocina y tenía una toalla para ella en el baño, porque cada vez se quedaba más a dormir.

Le mordió el lóbulo de la oreja y sonrió cuando Alison se revolvió bajo su cuerpo, ahogando un gemido, y después la rubia sacudió la cabeza para impedir que lo hiciera otra vez.

—Jess, tengo que marcharme en diez minutos.

Era una advertencia. Una en plan «no te pases, porque solo es un simulacro». Se limitó a observar su azul mientras acariciaba de arriba abajo el muslo de la pierna que la rubia mantenía flexionada al nivel de su cintura y, tras unos segundos de duelo de miradas, movió sus caderas contra ella y se mojó un poco cuando Alison cerró los ojos y jadeó un «Oh, Dios».

—Quédate un poco más, por favor —se lo pidió junto al oído, con voz entrecortada, antes de besarle de nuevo el cuello de forma húmeda—. Un poco más.

Eso último prácticamente lo gimió, porque seguía moviéndose lento sobre ella y Alison acababa de separar más las piernas para poder sentirla mejor. Estaba a punto de ceder, es que casi podía escuchar su «vamos, uno rápido», porque no sería la primera vez y las manos de la rubia le desgastaban el

trasero en esos momentos, animándola a que continuara estimulándolas a ambas de esa forma.

Casi gruñó al escuchar el tono que tenía asignado a Riley emergiendo de su teléfono móvil. Lo había dejado sobre la mesa, entre cajas con los restos de la cena y palillos sin utilizar.

—Es una señal —dijo Alison tratando de levantarse.

—No, es la gilipollas de mi hermana —lo rebatió dejándose caer completamente sobre ella para evitar su retirada.

La escuchó reír al verse de nuevo tendida en el sofá y con su peso muerto dificultándole los movimientos, el teléfono seguía sonando a su lado y no se percató de que la rubia podía alcanzarlo con solo estirar el brazo hasta que ya fue demasiado tarde.

—¿Riley?

Se incorporó al escucharla llamar a su hermana y suspiró al verla con el móvil pegado a la oreja. Es que en diez minutos se iba de verdad.

—Sí, está aquí, pero tiene las manos mojadas, está lavando los platos.

Se lo inventó con facilidad y ambas sonrieron al escuchar a Riley preguntar «¿Ahora lo llaman así?», pero seguidamente su hermana dijo algo parecido a «Dile que baje a toda hostia» y Alison le respondió un «Bajamos ya» que no admitía ni réplicas ni dilaciones. Colgó el teléfono y la empujó con suavidad, ella se dejó apartar aceptando su derrota con mucha deportividad y miró cómo la rubia se arreglaba el pelo sentada en el sofá.

—Tu hermana está abajo y quiere verte.

Así de simple y misterioso, porque no eran horas y Riley tenía llaves de su casa, así que podría haber subido sin problemas.

—Jodida cortarrollos.

Alison sonrió, la tomó por la barbilla con una mano y la besó.

—Sabías que tenía que irme —se lo recordó mientras se levantaba y recuperaba su bandolera.

—Hace media hora.

—Es que eres muy… persuasiva —bromeó solo a medias tendiéndole la mano para que se levantara del sofá.

En cuanto lo hizo, Alison la sujetó por la cintura de la camiseta y volvió a besarla, dijo «Acompáñame abajo, que Riley te está esperando» y la besó otra vez. Ella cogió las llaves y se calló que pensaba acompañarla hasta el portal de su casa. En el ascensor se besaron un poco más y después la rubia la llevó de la mano hasta la puerta de la calle, una vez fuera, ambas buscaron a su hermana con la vista, pero se encontraron con una acera desierta.

Joder, como fuera una estúpida broma de Riley…

—¡Eh! ¡Parejita del año! ¡Aquí!

Escucharon su voz unos cuantos metros a la derecha y al mirar hacia allí localizó a su hermana apoyada en una moto y con un casco colgado del

brazo. Frunció el ceño, un poco descolocada, y fue Alison quien tiró de su mano para que se acercaran a ella. La siguió, observando el vehículo, y no entendía mucho de motos, básicamente no entendía nada de motos, pero aquella era una bastante grande. Eso saltaba a la vista.

—Alucinante, ¿eh? Estáis flipando, ¿a que sí? —alardeó con una sonrisa de las chulescas en la cara.

Alison se soltó de su mano y se acercó aún más, acarició el manillar y la rodeó para poder verla desde otro ángulo diferente mientras Riley la observaba complacida por la expectación que había causado su inesperada sorpresa.

—¿De dónde la has sacado? —fue lo primero que se le ocurrió preguntar y consiguió que su hermana dejase de mirar a Alison y se centrara en ella.

—Es de una clienta de las habituales, de las del *top ten*. Se le ha quedado pequeña y me la deja hasta el domingo para que la pruebe —dijo apartándose de la moto para acercarse a ella—. ¿Te gusta?

—Es mucho más grande que la que tienes en Denver.

Lo dijo paseando la mirada por el vehículo de nuevo. Era gris con motivos en negro, a juego con el casco que Riley llevaba bajo el brazo.

—¿Estás de coña? La de Denver es un jodido chiste comparada con esta. Uno sin gracia. He visto abuelas en cochecitos eléctricos con motores más potentes. La eligió papá —menospreció la moto que sus padres le compraron a los diecinueve tras años de ruegos constantes—. Esta es una puta pasada.

—¿Vas a quedártela? —preguntó justo cuando Alison regresaba a su lado para tomarla de la mano de nuevo.

—Deberías quedártela. Te queda bien —dijo la rubia y la sonrisa de su hermana se hizo más grande y un pelín más engreída.

—Jess… ¿a ti te gusta?

Riley insistió, como si lo que ella dijera fuera a tener algún peso en su decisión final. Y a lo mejor sí que lo tenía, porque había ido hasta su casa a las once de la noche solo para preguntarle su opinión. No había podido esperar al día siguiente. Su hermana era así de impulsiva a veces.

—Te queda bien y con el casco puesto no se te ve la cara.

Riley sonrió diferente esta vez, como si aquello fuera lo que necesitaba oír para decidirse a hacerlo, pero esperase que dijera otra cosa diferente. Que era una tontería y ella una caprichosa, por ejemplo. Nada que no hubiera escuchado antes.

—Genial. A papá y a mamá ni una palabra. Ni a Zoey, que es una puta chivata. Se lo diré cuando vayamos en diciembre.

—Tres tatuajes más, un *piercing* y una moto, excelente disgusto navideño —indicó mientras su hermana se montaba en ella.

—Tienes razón… ¿en el cumpleaños de la abuela? Justo antes de que sople las velas. La mujer es dura, ha superado un doble *bypass* y aquel letal

«Abuela, Arnold y yo nos casamos».

La llamó «gilipollas» y Riley sonrió divertida dispuesta a ponerse el casco, en el último momento pareció reparar en la bandolera que Alison llevaba cruzada sobre el pecho.

—¿Vas a tu casa? Puedo acercarte si quieres —se ofreció amablemente. Demasiado amablemente, pero casi de seguido sonrió de aquella manera y el mundo siguió girando de nuevo con su siguiente frase—. Podrás abrazarte a mí muy fuerte.

Alison suprimió una sonrisa a la vez que negaba con la cabeza, porque ya había empezado a acostumbrarse a Riley y a su imbécil adorabilidad.

—Nunca me he subido a una moto.

—Dicen que hay una primera vez para todo —rebatió su hermana—. Y yo las primeras veces siempre tengo mucho cuidado.

Madre mía, es que no se le agotaban las idioteces. Alison sonrió abiertamente, algo nerviosa porque se estaba planteando aceptar la invitación de Riley y la miró a ella.

—¿Conduce bien?

Se lo consultó alzando una ceja mientras la sujetaba por la camiseta en esa actitud cariñosa que le hacía cosquillas en el estómago. Joder, cómo le gustaban aquellos gestos.

—Es gilipollas, pero conduce muy bien —admitió rodeándole la cintura con ambos brazos.

—Y tengo un regalo para ti. —Riley sacó un casco del hueco que albergaba el falso depósito de la moto y se lo enseñó—. Aunque a ti no te hace falta taparte la cara.

Alison puso los ojos en blanco, aunque en el fondo sabía que le hacía gracia, entre ambas se estaba gestando una relación plagada de aquellos tira y afloja verbales que siempre terminaban con la rubia dándola por imposible. A su hermana era difícil seguirle el ritmo.

—¿Estás segura de que quieres que me vaya con ella? —bromeó tirando de su camiseta para acercarla más.

—Ladra mucho, pero no muerde.

Le devolvió la sonrisa cuando Alison le regaló una de las alucinantes y sintió una de sus manos sujetarla por la nuca. Se dejó acercar y aceptó la suave embestida de sus labios como si su hermana pequeña no estuviera justo al lado esperando que terminaran de despedirse. La rubia le mordió el labio inferior y ella la besó una vez más antes de dejar que se alejara de su boca definitivamente.

—¿Nos vemos mañana? —Alison se lo preguntó acariciándole la nuca y ella asintió un poco atontada por la forma en que la estaba mirando.

—Siento vuestro jodido calor desde aquí, va a evaporarse la puta gasolina. Carter, o te subes a la moto o te subes a mi hermana.

Un par de besos rápidos y Alison corrió hasta la moto y aceptó el casco. Se subió detrás de su hermana y se lo puso tras mirarla a ella con otra de esas sonrisas nerviosas. Joder, es que le quedaban de puta madre y la moto también. En menos de dos segundos, Riley tenía el suyo puesto y le dijo «Puedes sujetarte todo lo fuerte que quieras, no te sientas culpable site pones un poco cachonda». Alison le pegó un manotazo en el brazo antes de agarrarse a su cintura y su hermana se limitó a reírse y arrancó la moto.

***

Y sí que se estaba sujetando fuerte, demasiado fuerte tal vez, pero es que era su primer viaje en moto y no quería caerse y morir antes de finalizarlo. Riley le había preguntado un par de veces si iba bien, atenta en el fondo, aunque exageradamente descarada en la superficie, y ella le había contestado que sí mientras estrechaba aún más el agarre a su cintura. Gail siempre hablaba del subidón que generaba viajar en moto y a ella le estaba subiendo la adrenalina, pero no estaba segura de si en el buen sentido. Seguro que a Riley le gustaba ir más deprisa y estaba controlando la velocidad por eso de que era su primera vez. La chica conducía bien, eso tenía que reconocerlo.

En las últimas semanas había visto a la menor de las Stevens con bastante frecuencia y empezaba a entender el motivo por el que Jessie se refería a ella como «una imbécil adorable». Era divertida y le gustaba tontear de forma poco discreta, iba aprendiendo a seguirle el ritmo a base de visitas al Tattoo Too en calidad de acompañante de Gail y, en un par de ocasiones, había salido a tomar algo con ella en compañía de la psicóloga. Le gustaba verlas a las dos juntas, si su hermano no viviera al otro lado del país, probablemente ellos podrían llevarse igual de bien. Jessie y su hermana pequeña se parecían en muchas cosas, pero le encantaban sus diferencias. Riley era la versión Stevens hiperactiva y juerguista, impulsiva y fácil de llevar, seguía pregonando eso de ser un alma libre a pesar de que llevaba prácticamente un mes quedando con Violet. Quedando, porque a la menor de las Stevens eso de salir le sonaba demasiado serio e insistía con elevada frecuencia en que no eran exclusivas. Jessie era la versión Stevens que le hacía burbujear por dentro, la que le aceleraba las pulsaciones buscándola por sorpresa en la biblioteca y la que le fundía por dentro cada vez que le pedía por favor que se quedara un poco más mientras se comían a besos en el sofá de su salón.

No tardaron ni cinco minutos en llegar a su calle, Riley aparcó frente al portal y apagó el motor. Primer viaje en moto superado con éxito, una vez paradas se dio cuenta de que estaba abrazando a la chica mucho más fuerte de lo necesario, la liberó de aquel agarre extremo; cuando se quitó el casco, la menor de las Stevens ya lo había hecho y la observaba medio girada sobre la moto y con aquella expresión divertida en los ojos.

—Creo que nunca me habían abrazado así de fuerte —dijo en tono burlón —. Tranquila, no se lo diré a Jessie.

—Tu hermana ya sabe lo fuerte que abrazo —replicó sacudiendo la cabeza y ahuecándose un poco el pelo.

Cuando volvió a mirarla, Riley continuaba observándola y sonreía diferente, seguro que porque cada vez que ella hablaba de Jessie era jodidamente evidente lo colada que estaba. «Si mi hermana es feliz, yo soy feliz».

—Y le encanta —dijo aceptando el casco en cuanto ella se lo devolvió tras bajarse de la moto—. ¿A ti te encanta lo fuerte que abraza ella?

Sonrió al escuchar aquella pregunta, un «¿estás igual de jodida que mi hermana?» en clave, pero tremendamente obvio.

—Creo que los abrazos de Jessie son los mejores que me han dado nunca.

—Los mejores, ¿eh? —Sonrió de aquella forma pervertida y ella se rio, en el fondo sabía que había captado el mensaje.

—¿Qué tal abraza Violet?

Riley evitó su mirada aprovechando que tenía que guardar el casco de nuevo en su sitio.

—Supongo que bien —respondió un par de segundos más tarde, no sonó muy convencida y pareció darse cuenta, así que añadió algo más—. Le gusta hacerlo muy muy fuerte.

Negó con la cabeza al escucharla, ese tipo de intercambios casi siempre terminaban así.

—Gracias por traerme. Ha sido… interesante —dijo a falta de una palabra mejor.

—No eres una chica de motos.

—Me gusta verlas.

—En otras pieles, como los tatuajes —señaló mientras abrazaba el casco contra su abdomen.

—Algo así, y a ti te quedan muy bien las dos cosas —se lo dijo porque sabía que le encantaría oírlo y Riley sonrió—. Seguro que a Violet le pone cachonda la combinación.

—Te lo diré cuando me vea mañana —dijo colocándose el casco de nuevo. Se levantó la visera para añadir una cosa más—. Dile que no esté celosa, que te he traído en calidad de cuñada.

Lo dijo mirando fugazmente hacia la fachada de su edificio y, al girarse, un poco desconcertada por sus palabras, descubrió la silueta de Gail enmarcada en la ventana del salón. Madre mía… tatuajes, *piercing* en la lengua y moto. Seguro que su compañera de piso estaba salivando muy fuerte en esos momentos. Cuando devolvió la vista a Riley, esta le guiñó un ojo, en plan chulito, y se bajó la visera de nuevo antes de arrancar. Ella la despidió con un gesto de la mano y volvió a mirar hacia su ventana antes de

dirigirse al portal.

Al entrar en el piso se encontró a la monitora con el pijama puesto y sentada en el sofá. Se acercó hasta allí y dejó caer la bandolera a un lado en el suelo antes de tumbarse con la cabeza apoyada en las piernas de su amiga. Gail le dedicó una corta mirada y media sonrisa antes de devolver la vista a la televisión y cambiar de canal.

—Creía que al final te quedabas con Jessie.

—Me habría encantado, pero mañana trabajo y no tengo ropa en su piso.

—Así que uno rapidito y vuelta a casa. —Sonrió sin despegar la vista de la pantalla.

—Casi. Riley ha venido en el mejor momento para enseñarle su nueva moto y se ha ofrecido a traerme. Aunque eso ya lo sabes.

Lo último sonó a acusación y lo dijo devolviéndole la mirada. Gail cogió una sudadera gris que descansaba a su lado en el respaldo del sofá y la dejó caer sobre su cara.

—He oído la moto y pensaba que volvía a por esto —explicó mientras ella tomaba la prenda para poder verla bien.

Era de Riley, sin ninguna duda. La había visto con ella puesta la semana anterior y de repente estaba en el sofá de su salón. En el sofá de su salón junto a Gail. Se incorporó para sentarse de cara a la monitora y la miró con la sudadera en las manos.

—¿Por qué tienes ropa de Riley?

—Tranquila. No hemos follado, si es lo que piensas.

Y estaba bien saberlo, porque era exactamente eso lo primero que se le había venido a la cabeza. Asociaciones inconscientes, fruto de años y años de cercana contemplación del *modus operandi* de su compañera de piso. Y era la segunda vez en la historia de su amistad en la que erraba una de aquellas suposiciones. La primera fue con Jessie. Resultaba curioso que a pesar de su fijación por el apellido Stevens la monitora no hubiese follado aún con ninguna de sus representantes.

—¿Y qué hace su sudadera en nuestro sofá?

—El lunes me pasé por el Tattoo Too porque Riley me dijo que tenía un par de diseños nuevos que podrían gustarme. Cuando llegué estaba hablando con una chica que le ofrecía su moto a buen precio porque quería comprarse otra nueva y más potente.

—¿Y haces mucho eso de pasarte por el Tattoo Too para ver diseños de tatuajes?

—A veces —lo dejó caer como si no tuviera importancia y se centró enseguida en lo verdaderamente trascendente—. Sexi *baby* Stevens en moto, comprenderás que semejante concepto me pusiera supercachonda, así que cuando esa chica se marchó le pregunté a Riley que de qué iba eso. Me dijo que estaba pensando en comprársela y me enseñó fotos, le dije que era

mucha moto para ella y que no sabría qué hacer con algo así entre las piernas.

Y estuvo a punto de señalar algo al respecto, una observación del tipo «últimamente os veis mucho, ¿no?» y que hacía dos fines de semana que se volvía sola a casa después de pasar menos horas de las acostumbradas en el Trinity, por si ambas premisas estaban relacionadas de alguna forma, pero prefirió dejar que siguiera hablando. Resultaba imperativo saber cómo demonios había llegado la sudadera de Riley a su sofá.

—Esta tarde me estaba esperando con la puta moto a la salida del gimnasio, la muy gilipollas me ha dicho que a lo mejor era yo la que no sabía qué hacer con algo así entre las piernas, iba a probarla subiendo hasta Green Park y me ha preguntado que si quería acompañarla. A la vuelta estaba anocheciendo, me ha prestado su sudadera y no me he dado cuenta de devolvérsela cuando me ha dejado abajo.

Tras aquella sorprendente explicación la observó en silencio por un par de segundos, Gail alzó las cejas en un expresivo «¿qué?» y ella sonrió de lado, porque estaba segura de que sabía «qué» perfectamente.

—¿Y qué tal? ¿Sabía qué hacer con algo así entre las piernas?

La monitora le devolvió una mirada de «no vayas por ahí» acompañándola de una sonrisa de las arrogantes.

—Carter, se llama sexi *baby* Stevens por algo… —Gail resaltó el «baby» y ella se calló que en realidad se llamaba Riley porque quería saber lo que venía a continuación—. Tiene potencial, pero le faltan muchas horas de vuelo si quiere impresionarme.

Soltó una carcajada y le tiró la sudadera a la cara, mitad divertida mitad alucinada de hasta dónde podía llegar el ego de su amiga algunas veces. La morena se rio haciéndose con la prenda y ella se acomodó sobre el respaldo del sofá mirándola interesada.

—Así que ahora Riley quiere impresionarte…

—Como todas.

—Exagerado.

—Como casi todas.

—Mucho mejor —dijo y Gail sonrió—. Pero Riley ya tiene a alguien a quien impresionar.

—¿Y por qué no se ha llevado a ese alguien a dar la primera vuelta con su nueva moto?

Un interrogante lanzado al aire para el que en aquellos momentos no tenía respuesta, la verdad, al menos no una que no alimentara aún más la desbordada autoestima de la monitora. A lo mejor se quedó callada unos segundos más de la cuenta, porque Gail le tiró de nuevo la sudadera a la cara.

—No te preocupes, Carter. A los peces pequeños los dejo crecer —lo dijo

levantándose del sofá.

—Siempre pensando en lo mejor para el ecosistema —se burló incorporándose tras ella.

—Ya me conoces —su amiga le siguió el juego mientras se dirigía al baño y se volvió hacia ella justo antes de entrar—. Por cierto, si Jessie te ha dejado con las ganas y vais a retomarlo al teléfono, avísame ahora y me pongo los cascos. Tengo una lista especial en Spotify: «Alison cachonda como una perra».

—Qué detalle —ironizó con una sonrisa fingida.

Gail se la devolvió antes de encerrarse en el baño y ella se dirigió a su habitación dispuesta a cambiarse al pijama mientras su amiga dejaba el servicio libre. Lo primero era lo primero, de modo que se hizo con su teléfono para sacarse un selfi mostrando la sudadera de Riley y se lo mandó a Jessie junto con el texto «¿qué opinas de esto?». Dejó el móvil sobre la cama, se puso el pijama y utilizó el baño cuando su amiga lo dejó libre. En cuanto regresó a la habitación consultó el teléfono y sonrió al leer la contestación de la psicóloga. Se metió en la cama y retomó la conversación tras apagar la luz.

«Jessie Stevens»
En línea
ALISON: (Foto suya tumbada bocabajo sobre la cama mostrando la sudadera de Riley)
ALISON: ¿Qué opinas de esto?
JESSIE: Que no quería que os llevaseis tan… bien.
JESSIE: ¿Tanto te ha gustado ir en moto?
ALISON: Idiota…
ALISON: Gail la tenía con ella en el sofá cuando he llegado.
JESSIE: ¿Por qué tiene Gail una sudadera de mi hermana?
ALISON: Eso mismo le he preguntado yo.
JESSIE: ¿Y qué te ha respondido?
ALISON: Que Riley y ella han ido en moto esta tarde hasta Green Park.
ALISON: Al volver anochecía y se la ha prestado.

Jessie se desconectó de WhatsApp y casi de inmediato su nombre apareció en pantalla como llamada entrante.

—Apuesto a que no te lo esperabas —dijo tras descolgar.

—*¿Tú sí?*

—Bueno… últimamente pasan mucho tiempo juntas.

—*En el Tattoo Too, por los tatuajes*.

—Sí, supongo que esto es pasar a otro nivel —admitió acurrucándose bajo las sábanas.

—*Supongo*.

—¿Qué piensas?

—*Pienso en por qué Riley no me lo ha dicho. Es raro, porque siempre suele contarme incluso más de lo que quiero saber*.

—Es aún más raro… ¿si tu tuvieras una moto nueva a quién querrías llevar a dar la primera vuelta? ¿A la chica con la que quedas o a una de tus pacientes?

—*Depende, ¿de qué paciente estaríamos hablando?*

—Creo que la chica con la que quedas va a colgarte el teléfono —dijo y escuchó su risa suave al otro lado de la línea.

—*¿La chica con la que quedo insinúa que Riley quiere quedar con Gail?*

—¿Te molestaría?

—*¿Molestarme en plan celoso?*

—casi pudo escuchar una sonrisa en su tono de voz y a ella se le escapó otra.

—No lo sé, en cualquier plan —abrió el abanico de posibilidades jugueteando con un mechón de pelo entre los dedos.

—*Me molestaría en plan «¿qué hace con Violet entonces?»*.

—¿Solo en ese plan?

—*Solo en ese plan* —Jessie lo dijo sin necesidad de pensarlo y sintió desaparecer un pequeño peso de alguna parte de su cuerpo. Uno que ni siquiera sabía que existía—. *Si tienes alguna duda más en torno al tema Gail sería un buen momento para…*

—¿Te quedaste con las ganas? —ni la dejó terminar, lo preguntó sin filtrarlo primero y casi se arrepintió al segundo de decirlo.

Mierda, Alison. Aquello era algo que se le pasaba a veces por la cabeza y siempre se apresuraba a enterrarlo bajo un infranqueable «¿qué más da ya?» y un par de metros de macizos «ahora está contigo, así que olvídalo». Es que Jessie se lo acababa de poner en bandeja, pero en realidad no quería que contestara, porque la chica no podía decir que no después de la forma en que ella misma las había visto juntas y si decía que sí, tampoco iba a gustarle, así que llevaba las de perder y lo sabía de antemano.

—*Eh… de repente esta se ha convertido en la conversación más difícil de la historia*—la psicóloga lo dijo tras un par de segundos de silencio y la pobre tenía razón.

—Olvídalo. Ha sido una gilipollez…

—*No, espera… creo que puedo hacerlo…*

Jessie lo aseguró como dándose ánimos a sí misma y su tono le hizo esbozar media sonrisa a pesar de que por dentro se preparaba para el posible impacto de algo que quizá sería mejor dejar enterrado.

—*Hubo muchos momentos en los que me habría gustado acostarme con ella, pero después tú y yo empezamos a hablar más y… en realidad nunca me he alegrado tanto de no haber hecho algo, porque no sé si habría sido una especie de*

línea roja para ti… a lo mejor no te habrías quedado conmigo a comer ese perrito caliente. No lo sé seguro… pero solo por si acaso me alegro de que Riley vomitara en los baños del Trinity esa noche…

Y la primera parte no le había gustado nada, aunque ya la sabía de antemano, pero el resto la acarició por dentro y le dieron ganas de besarla de mil maneras diferentes a la vez.

—¿Aunque sigas sin haber follado en los baños de un bar?

—*Aunque siga sin haber follado en los baños de un bar*.

—Creo que es una de las cosas más bonitas que me han dicho nunca.

—*Entonces no tenía el listón muy alto*.

Sonrió al escucharla y estaba segura de que Jessie hacía lo mismo, las dos guardaron silencio unos segundos y todo era increíblemente cómodo, es que le encantaba poder estar así con ella. Se dio media vuelta en la cama, manteniendo el teléfono móvil junto a su oído y casi se acordó de aquella estúpida lista de Spotify de Gail antes de volver a hablar.

—¿Quieres venir este sábado al Trinity conmigo?

Lo dijo en voz baja, casi en un susurro, y con mil mariposas revoloteándole dentro víctimas de aquella maravillosa anticipación.

OceanofPDF.com

24

Nunca ha follado en los baños de un bar

«Este fin de semana me quedo con Taylor».

Eso le había dicho Elsa el jueves cuando los invitó a Zack y a ella a acompañarlas al Trinity el sábado por la noche. No había vuelto a tener contacto de ningún tipo con su exnovia desde aquella desafortunada conversación. «Lo que teníamos tú y yo te lo jugaste por un par de orgasmos. Siento que al final no te haya merecido la pena». Era lo último que le había dicho antes de que Taylor saliera del piso a toda prisa. Llorando.

«¿Quién es Alison?».

Tocada y hundida. Tres semanas y ni un solo mensaje de buenas noches. Se acabaron las visitas a deshoras. Era lo que esperaba conseguir contándole que había empezado a salir con otra persona, era lo que quería, pero nunca lo quiso así. Elsa le dijo un par de días después de su conversación que Taylor se había marchado a casa de sus padres en Tacoma, se pasó dos semanas allí y había regresado hacía unos días. Que estaba pasándolo peor que en toda su vida y por eso quería quedarse con ella aquel fin de semana, que se había quitado su anillo, la pareja del que ella le tiró a la cara después de enterarse de lo de Grace. Jodidamente simbólico, porque Taylor había seguido llevándolo durante todo ese tiempo. Seguro que en las próximas semanas iba a encontrarse a sí misma intentando jugar con él en su dedo con bastante frecuencia, ella también había estado ahí. Y dolía no encontrarlo. Te lo recordaba todo una y otra vez.

—No puedes sentirte culpable, Jess.

Riley lo dijo tumbada en su cama mientras ella le daba los últimos retoques a su maquillaje frente al espejo del baño. Había quedado con Alison directamente en el Trinity y su hermana había aparecido hacía un par de horas en el piso diciendo que no tenía plan, porque Violet lo había cancelado todo a primera hora de la tarde. Asuntos familiares. Sobre su repentina estrecha amistad con Gail aún no le había dicho nada y ella tampoco había querido sacar el tema. Un paseo de veinte minutos en moto hasta Green Park era lo suficientemente inocente como para dejarlo pasar y, de todas formas, era la vida de Riley, no la suya.

—Se lo ha buscado ella —su hermana lo añadió ante su silencio y observó

su propio reflejo en el espejo.

—No creo que buscara exactamente esto —dijo guardando el lápiz de ojos y el rímel.

—No, buscaba correrse con una de sus alumnas. Lo hizo y estas son las consecuencias.

Brutalmente sincera, pero ya no dolía igual que antes. Aquella sensación de no ser suficiente había ido disolviéndose poco a poco, como un azucarillo en un vaso de agua, pero de forma mucho menos dulce. Solo había necesitado nueve meses y cinco mil años luz. Dos fugaces estrellas fugaces y una nebulosa. Un poco de ayuda para encontrarse a sí misma de nuevo.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —sugirió abandonando el baño.

—Mamá me preguntó el otro día si estabas conociendo a alguien —la complació mirando distraídamente su teléfono móvil.

—¿En serio? —inquirió mientras buscaba un calzado adecuado en el armario.

Menuda intuición.

—¿De qué te sorprendes? Desde que Alison y tú empezasteis a follar… digo a salir… —Le tiró una de sus deportivas y la muy gilipollas se rio cuando le acertó en la pierna—. Estás distinta, estás más… tú.

Eso último lo dijo en serio y ella le sonrió. Lo sentía por dentro y se veía por fuera, así de estúpidamente evidente debía de ser. Es que se había equivocado con la primera compañera de piso, pero con la segunda había dado en todas las dianas conocidas por el ser humano. Y no sabía si el estar con Alison le había ayudado a volver a ser más *ella* o si el volver a ser más *ella* le había permitido estar así con Alison, pero las dos premisas iban de la mano. Era una mezcla de ambas lo que llevaba a su madre a preguntar a Riley si había alguien nuevo en su vida.

—¿Qué le dijiste?

—Que te lo preguntase a ti si tanto quería saberlo. No soy una puta chivata como Zoey. ¿Quieres que te acerque al Trinity? Tengo la moto abajo.

Lo preguntó levantándose de la cama cuando la vio ponerse la chaqueta. El plazo para decidir si se quedaba la moto expiraba al día siguiente, pero Riley lo tenía decidido prácticamente desde el principio. Desde que apareció frente al portal de su casa el miércoles por la noche en busca de unos pocos halagos y de su opinión. Ya no iba andando a ningún lado y se le salía la sonrisa de la cara.

—Desde que tienes esa moto tú también estás distinta — bromeó mientras ambas se encaminaban hacia la salida del piso.

—Esa moto es mi Alison. Deberías poner una foto vuestra en tu perfil de WhatsApp, así mamá iría haciéndose a la idea.

—¿Crees que sigue esperando que Taylor y yo lo arreglemos? —preguntó mientras salían del ascensor.

—No lo sé, deberías decirle por qué rompisteis, seguro que así deja de esperar.

—No quiero que la odien, Riley. Mírate, os llevabais de puta madre y ahora apenas la miras a la cara. El problema lo tuvo conmigo, no con vosotros.

—Si le hacen daño a una Stevens, nos hacen daño a todas. Incluida Zoey. El calzonazos de Arnold ya está avisado y un día de estos tendré una charla con Alison —dijo cuando las dos llegaban junto a la moto.

—Deja en paz a Alison, no quiero que la asustes —la avisó aceptando el casco que le tendía su hermana.

—Alison no parece de las que se asustan. Además, el otro día me dijo que tus abrazos son los mejores que le han dado nunca, así que no creo que vaya a irse muy lejos.

Seguro que le salió una sonrisa de las de gilipollas al oír eso, pero Riley estaba acomodándose a los mandos del vehículo y se perdió el espectáculo. Mejor, porque seguro que empezaría con sus idioteces de alma libre y se metería con ella por seguir enamorándose como una imbécil una y otra vez.

—Genial, porque no quiero que se vaya a ningún lado —admitió justo antes de colocarse el casco y montarse en la moto tras su hermana. La abrazó por la cintura con demasiada fuerza y Riley se rio pegándole un golpe en el casco con el puño—. Alison dice que abrazo de puta madre, relájate y disfruta.

—Es muy perturbador que compares tu forma de abrazarme con la forma en que abrazas a Alison, voy a tener que pedirte que te bajes.

—Imposible, ya llego tarde. Venga, si te portas bien, te invito a una cerveza sin alcohol.

—Tentador.

—Ya sabes lo que dicen: si conduces, no bebas.

—Ya sabes lo que dicen: si te llevo, te callas.

—Pues cállate y llévame.

Y Riley dijo: «Si tienes tanta prisa es que esperas follar».

***

«So do what you want, what you want with my body…».

Lady Gaga en el Trinity.

Esa canción le hizo pensar en su primera vez con Jessie y le dio un sorbo a su bebida mientras se movía distraídamente aún junto a la barra, desvió la mirada a la puerta del local porque la psicóloga debía de estar a punto de entrar y ella estaba deseando verla aparecer de una vez. Había llegado hacía media hora con Gail y diez minutos más tarde se les unió Morgan, al parecer

lo suyo con aquella camarera no había salido del todo bien, la chica no parecía muy contenta de volver a verla, y la monitora tardó casi un cuarto de hora en conseguir una copa.

Habían intercambiado unas cuantas miradas, Morgan y ella, las suyas querían decir «no te pasaría esto si no te gustase tanto jugar» y la de la monitora algo así como «me sigue gustando jugar contigo, ¿sabes?». Hablaba de Jessie fingiendo que estaba celosa y tonteaba con ella usando frases hechas del tipo «¿Sabe tratar a una chica como tú?». Incorregible y encantadora a su manera, bordeaba la línea del pasarse de la raya sin llegar a traspasarla en ningún momento y conseguía hacerla reír cada vez. Una versión edulcorada de Gail, algo menos agresiva y un poco más dulce, aunque conservando la esencia de aquella insultante confianza en sí misma.

La había invitado a bailar un par de veces y ella se había negado tres, por si acaso. Sabía cuál era el estilo de Morgan en la pista con ella: increíblemente perfecto si no tenía pareja, pero profundamente inapropiado si salía con alguien. Cada vez que pensaba que estaba saliendo con Jessie se le quitaban las ganas de bailar de aquella forma con nadie más.

Gail estaba hablando con un chico que claramente no tenía ninguna posibilidad con ella, eliminado de entrada por su vestuario, porque su amiga eso de que vistieran traje y corbata lo llevaba bastante mal. Decía que le recordaba a funerales y a economistas y ninguna de las dos cosas le gustaba demasiado. Lo escuchaba por educación y por la copa gratis. Sobre todo por la copa gratis. Y de paso hacía tiempo hasta que se le acercara algún candidato más de su tipo, de los que lucían torso musculado enfundados en camisetas apretadas, con un cuerpo diez machacado en el gimnasio, *piercing* y tatuajes. Muchos tatuajes.

—Tengo curiosidad, Carter. —Morgan se apoyó junto a ella en la barra y le eclipsó las vistas. Ella bebió de su vaso, estableciendo contacto visual, y alzó una ceja, interesada—. ¿Ha conseguido que dejes de pensar?

«¿Crees que me ayudaría a dejar de pensar?».

Follar con ella en la piscina del Zum Fitness le había servido por un rato a «dejar de pensar» en Jess_92 y su cobarde retirada, en su desesperado y patético «me debes una tú de verdad» y en aquel desagradable vacío que lo había invadido todo cuando al llamarla al móvil se lo encontró apagado o fuera de cobertura. Follar con Morgan le había ayudado, un paréntesis en forma de jadeos y gemidos, pero después todo regresó con el doble de fuerza y dificultándole respirar. Traicionada, estafada y una gilipollas, se había sentido de muchas formas después de eso, avergonzada, sobre todo, porque con Jess_92 había compartido demasiadas cosas demasiado íntimas y mucho sexo telefónico. Simplemente se fue y se llevó con ella toda posibilidad de comunicación, quemó todos los puentes después de cruzarlos o algo igual de poético, hacía tiempo que había hecho las paces con la idea de no saber nada más. Y después se cansó de imaginar, poco a poco y gracias a Jessie.

Iba a responderle algo parecido a «con ella dejé de pensar sin darme cuenta», pero la vio llegar y sonrió sin poder ni querer evitarlo. Es que le salía solo al sentir aquel cosquilleo dentro. Morgan se giró para localizar el motivo de aquel repentino cambio en su expresión, aunque seguro que ya se lo imaginaba.

—No hace falta que contestes, quedaría redundante.

La monitora lo dijo devolviendo la vista a ella y recuperó su copa, que descansaba sobre la barra, para poder girarse del todo y recibir a las recién llegadas, en plural, porque Riley sorteaba a la gente que abarrotaba el local siguiendo la estela abierta por su hermana.

Se encontró con su mirada a mitad de camino y Jessie sonrió de aquella forma al descubrirla entre la gente, sonaba a que el resto le sobraba por todas partes, sonaba a que solamente la buscaba a ella. Sonaba de puta madre y sentaba mejor. Era la primera vez que iban a estar juntas en aquel club nocturno, y a Jessie no le gustaría mucho bailar, pero no lo hacía nada mal y no le había costado nada que aceptara acompañarla aquella noche. Tal vez accedió así de rápido atraída por la posibilidad de librarse de aquel lapidario «Nunca ha follado en los baños de un bar», el nacimiento de una nueva Jessie, en el Trinity y con ella como compañera de ceremonias. O a lo mejor Riley también tenía razón al decir eso de «Vería todas las películas de cine clásico sin aspirinas ni nada si se enamorase de ti. Mi hermana es así de idiota». Podría ser por cualquiera de las dos o por una combinación de ambas.

«Si se enamorase de ti». Cuando Jessie llegó a su altura el corazón se le saltó un par de latidos, porque la psicóloga la miraba como si ya lo hubiera hecho. Le llevaba zumos a la salida del gimnasio, le sonreía diferente que al resto y cada vez que follaban era un poco más que follar, a ella le gustaba mirarla dormir después y dejarse atontar por su calor hasta que también se le cerraban los ojos. Tal vez era su nuevo sitio favorito en el mundo, estar con ella bajo las sábanas de su cama, y el sexo era opcional, cuando Jessie sonreía de aquella manera con media cara enterrada en la almohada todo lo demás le parecía prescindible.

Joder, es que a lo mejor ella también miraba a la morena como si ya lo estuviera. Enamorada. Gail la denominaba «tu novia» cada vez que la psicóloga salía en la conversación y le gustaba que lo hiciera.

Se apartó de la barra y sorteó a Morgan para recibirla con un beso, sin hola previo ni preliminares. Sin perder el tiempo en nada más que en lo imprescindible. Atrapó sus labios y la tomó por la nuca, todo a la vez, economía de movimientos. Ya les salía muy fluido saludarse de esa forma, pero le seguía acelerando las pulsaciones como aquella primera noche en su portal. En cuanto se separaron, Jessie se acercó a su oído y le dijo «Estás increíble» mientras le cubría con las manos las caderas y ella sonrió, porque lo increíble era todo en su conjunto.

—Dejad algo para luego —Riley las interrumpió y la miró a ella.

—Para luego tenemos más —le respondió alzando una ceja y acariciando el abdomen de Jessie por encima de la camiseta.

La pequeña de las Stevens sonrió en plan pervertido y Morgan bebió de su vaso. Gail apareció casi de inmediato, con la copa a la que la había invitado el chico trajeado en la mano y sin chico por ningún lado. Decía eso de que a los peces pequeños los dejaba crecer, pero le debía de gustar bastante mirarlos mientras lo hacían. La monitora se apoyó en la barra junto a Morgan, observándolas a Jessie y a ella, se fijó en la forma en que acariciaba distraídamente el abdomen de la psicóloga y sonrió de medio lado.

—Qué putada que te haya tocado hacer de canguro, Jessie.

Gail lo dijo mirando a Riley de reojo, la menor de las Stevens apoyó los antebrazos sobre la barra y le devolvió una mirada divertida. Sin ofenderse ni nada, y exhibiendo una sonrisa de las que a su hermana y a ella les quedaban tan bien. Todo aquello cada vez le parecía más un juego entre ambas que cualquier otra cosa.

—Me parece que mi hermana va a estar un poco ocupada. Es tu noche de suerte, Morrison, podrás cuidarme tú.

—Dejé de hacer de canguro a los diecisiete, Stevens.

—Pero esas cosas no se olvidan. Es como montar en bici o como follar. —Y le dedicó una sonrisa de las pervertidas.

—¿Tú te acuerdas de cómo se hace? —la picó la monitora.

—Sí, y puedo hacerlo sin manos… ambas —alardeó y le enseñó su lengua agujereada.

A Gail se le escapó una sonrisa de las de verdad al escuchar aquella respuesta, de las que le salían cuando bromeaba con ella, no estaban pensadas para impresionar y, en su humilde opinión, precisamente por eso impresionaban más. Desvió la mirada a Riley y la que se dibujaba en los labios de la pequeña de las Stevens en esos momentos le suavizaba las facciones y restaba perversión a su comentario anterior. Observó de nuevo a Gail y pensó «madre mía», porque a aquel pequeño pececillo no parecía querer comérselo precisamente.

Buscó su verde favorito y se encontró con que Jessie observaba a su hermana de forma similar a como ella acababa de hacerlo con su mejor amiga. Intensificó el agarre a su camiseta y la psicóloga la miró al sentirlo.

—Intenso —dijo en cuanto se encontró con su azul.

Ella sonrió y la acercó más a su cuerpo.

—¿Qué quieres tomar?

—Algo fuerte —bromeó y sonrió al verla reír.

Aquellas eran sus mejores sonrisas.

—No demasiado fuerte, quiero que tú también puedas hacerlo sin manos esta noche.

Se lo dijo junto al oído y volvió a reír cuando Jessie sacudió la cabeza mientras otro tipo de sonrisa le iluminaba la cara. Lo hacía cada vez que sus susurros hacían de las suyas en las cercanías de su oreja, decía que su voz le ponía cachonda demasiado rápido y a ella le gustaba saberlo. Saberlo y utilizarlo de esa forma cada vez que tenía oportunidad.

—Jess, me debes una cerveza —Riley alzó la voz—. Sin alcohol —lo añadió de mala gana.

Se adelantó a la psicóloga y dijo «Invito yo» antes de besarle la barbilla y preguntarle de nuevo qué quería tomar ella. Medio minuto después se encontraba esperando ser atendida en la barra, junto a Riley. Echó la vista atrás en cuanto se percató de que Morgan se acercaba a Jessie y pidió para sus adentros que no le dijera ninguna gilipollez del tipo «follamos de puta madre en la piscina del gimnasio». La morena sabía que había tenido algo con su monitora de *body combat*, pero solo en líneas generales, detalles más particulares le habían parecido del todo innecesarios.

—Tu ex y tu nueva novia juntas en un mismo espacio-tiempo —escuchó a Riley a su lado y desvió la vista a ella—. Inquietante.

—Morgan no es mi ex. Follamos una vez.

—Pues te mira como si se hubiera quedado con ganas de más. Suerte que mi hermana no es de las celosas. Al menos no lo era antes de lo de Grace.

«Lo de Grace». Un antes y un después en la vida de la psicóloga y una putada de las grandes. Seguro que aquella herida era aún más profunda que la de su Barry Walker. ¿Hasta qué punto algo así podía cambiarte por dentro? Minar la confianza en ti misma y en los demás. Volvió a mirar a Jessie y no parecía incómoda hablando con Morgan, en realidad la psicóloga no había dado muestras de ser especialmente insegura en todo el tiempo que llevaban viéndose.

—¿Y tú? —le preguntó a Riley tras pedir sus consumiciones.

—¿Yo?

—Sí, tú, ¿eres de las celosas? —curioseó volviéndose hacia ella en la barra.

—Para estar celosa debes tener algo importante que te dé miedo perder.

—¿Y tú no tienes miedo a perder nada importante?

—¿De tipo romántico? No —aseguró dejándose caer aún más sobre la barra y dedicándole una sonrisa de las de «yo estoy por encima de esas tonterías».

—¿Y de cualquier otro tipo? —Alzó una ceja ante aquella innecesaria especificación, a Riley la sonrisa se le hizo algo más grande y desvió la vista al frente.

—Estamos entrando en terrenos demasiado azucarados y mi cerveza es sin alcohol.

Ella se rio y miró a Jessie de reojo, acertadamente o no le dio la sensación

de conocer aquella respuesta sin necesidad de que la pequeña de las Stevens la verbalizara y eso de «es una imbécil adorable» cobró un poquito más de fuerza en su cabeza. Iba a decirle algo más, seguro que relacionado con su nueva y mucho más cercana amistad con Gail, pero Riley debió de sentir el móvil vibrar en el bolsillo de sus pantalones, porque dijo «perdona» y lo sacó para consultarlo. Y sabía que estaba mal cotillear conversaciones ajenas en WhatsApp, pero en su defensa tenía que decir que Riley no lo estaba escondiendo precisamente, mantenía la pantalla del móvil visible y justo delante de sus narices.

«Violet»
En línea
VIOLET: ¿Recuerdas que te dije que esto iba a ser un puto desastre?
VIOLET: Pues está siendo peor.
RILEY: ¿Tan malo?
VIOLET: Cada vez que vengo esperan que se me hayan quitado los tatuajes.
VIOLET: Y la homosexualidad.
VIOLET: Me da miedo decirles que he conocido a alguien importante.
VIOLET: No debería darme miedo decir algo así, se supone que es algo bueno.
RILEY: Que para ellos no lo sea no significa nada, ¿lo sabes?
VIOLET: Mi hermana sigue diciéndole a todo el mundo que tengo novio.
VIOLET: Estoy encerrada en mi habitación para no oír sus gilipolleces.
VIOLET: Riley, quiero irme a casa…
RILEY: Dame una dirección y voy a por ti.
VIOLET: Ni de coña, está demasiado lejos.
RILEY: De puta madre, así pruebo la moto en larga distancia.
VIOLET: No quiero que vengas en moto hasta aquí de noche.
RILEY: Violet, suenas como mi madre, no me jodas.
RILEY: Voy a por ti, te traigo de vuelta y me lo agradeces mucho en mi piso.
VIOLET: Eres una puta pervertida.

Riley sonrió de lado y ella apartó la mirada de la pantalla del móvil cuando la camarera depositó sus consumiciones sobre la barra. Le tendió un par de billetes y devolvió la vista a la tatuadora justo en el momento en que esta guardaba el teléfono de nuevo en el bolsillo.

—Prométeme que vas a tratar muy muy bien a mi hermana esta noche —le dijo guiñándole un ojo mientras se hacía con su cerveza.

—¿Te vas?

—Violet ha ido a casa de sus padres a ver a su hermana. Llegó ayer de Europa y, al parecer, ha vuelto aún más imbécil de lo que se fue. Sabíamos que iba a ser un puto desastre, pero no tan puto desastre y no tiene autobús de vuelta hasta mañana por la noche.

—Que vayas a por ella es muy dulce de tu parte.

—¿Dulce? Creo que te estás equivocando de hermana, Carter. —Pues yo creo que a lo mejor Jessie y tú tenéis más cosas en común de las que piensas.

—Pues folla con ella en los baños y haz que tengamos una más.

—Pues será un placer.

—¿Con mi hermana? Seguro. Es una Stevens.

***

Joder. Nunca le había gustado demasiado bailar, pero le gustaba bailar con Alison. La rubia lo hacía genial y ella se olvidaba de todo y se abandonaba a aquella irrefrenable necesidad de acercarla a su cuerpo y de tocarla. De sentirla. De imitar sus movimientos mientras dibujaba sus caderas con las manos, y de mirarla. Con la música tan alta que era imposible escuchar cualquier otra cosa, se te colaba dentro, y con aquellas luces multicolor intermitentes iluminando sus facciones de mil formas diferentes y jodidamente hipnóticas. Y a lo mejor lo jodidamente hipnótico era su mirada, azul y fija en ella, a veces en sus ojos, pero sobre todo por todas partes. Alison era muchas cosas extraordinarias y extraordinariamente sexi en aquel contexto. Sensual. Mucho. Por eso la tal Morgan continuaba mirándola de aquella forma, como si Alison fuera su estrella fugaz favorita o como si le hubiese encantado ser la suya, como si lo echara de menos. La miraba como si quisiera follar con ella allí mismo. Repetir. La miraba así siempre, sin importar el escenario, porque en el Zum Fitness Alison no se movía así y ella había visto a la monitora desgastarla a lo bestia, con la misma intensidad.

«Eres una chica con suerte, aprovéchala» y eso ya lo sabía, así que Morgan no le había descubierto nada nuevo. Riley había bromeado con un «Cuidado, Jess, que tu chica tiene tonta a su monitora» al despedirse de ella para chuparse una hora de carretera al rescate de Violet, y después había escuchado a Gail preguntarle «¿Te vas?», como si fuera lo último que esperaba que ocurriera. Como si el hecho de que su hermana no fuera a quedarse en el Trinity le hubiera fastidiado la noche entera. Hacía tiempo que la había perdido de vista. En realidad, hacía tiempo que lo había perdido todo de vista, porque la forma en la que Alison se movía frente a ella le impedía atender a cualquier otra cosa.

Estaban rodeadas de gente y la rubia la sujetaba por la nuca y se pegaba a sus caderas obviando a todos los demás, como si ni siquiera pudiera verlos. Solas, estaban solas, como aquella primera noche en el salón de su casa, con Lady Gaga, las samosas y sus camisetas deportivas manchadas de muchas cosas. Alison llevaba un vestido negro suelto, ajustado en la cintura. Se adaptaba a sus caderas sin adherirse demasiado y le cubría justo hasta la mitad del muslo. Simple. Joder, era sencillo, ligero y le quedaba perfecto,

porque a aquella chica no le hacía falta embutirse en cuero para destacar. Llevaba al cuello un colgante del que pendían tres plumas plateadas, aparecía y desaparecía en su escote a merced de sus movimientos y ella no podía dejar de mirarlo. Sentía su cintura caliente bajo las palmas de las manos y la rubia le acarició la nuca en un silencioso «mírame». Así que lo hizo, se encontró con aquel azul fijo en ella y de nuevo se le despertó ese algo familiar por dentro cuando Alison le sonrió acercándose aún más a su cuerpo. Es que se la veía jodidamente feliz de que estuviera allí y la tocaba como si no pudiera dejar de hacerlo.

La rubia le acarició la nariz con la suya, en actitud juguetona y ella le devolvió la sonrisa paseando una de las manos por la piel desnuda de su espalda, bajó la vista a sus labios y Alison se los humedeció por reflejo, cuando volvió a mirarla a los ojos se encontró con un claro «hazlo ya o lo hago yo» y sintió cómo la animaba a acercarse intensificando el agarre a su nuca. Y se moría por besarla, siempre se moría por besarla, así que la besó y Alison dejó que la encontrara con los labios entreabiertos. Dos segundos de pasividad, solía hacerlo y a ella le encantaba, Alison a veces le dejaba explorar su boca como le diera la gana, se limitaba a contener sus embestidas y se adaptaba a su ritmo por un momento antes de tomar parte activa en el intercambio. Después la sentía sonreír casi imperceptiblemente antes de atacar sus labios, a veces se unía al ritmo pautado de antemano y otras lo cambiaba a otro completamente diferente. A ella le gustaba eligiera lo que eligiera y terminaban profundizándolo casi a la vez. Sintió la cálida humedad de la lengua de Alison deslizarse sobre sus labios, se le despertaron las cosquillas en el bajo vientre y la besó con ganas y dejándola pasar.

En medio segundo tuvo el cuerpo de la rubia pegado a ella y una de sus piernas se abrió paso entre las suyas. Buscaba su muslo, seguro, a Alison le gustaba restregarse despacio mientras se besaban de aquella manera y a ella sujetarla por la baja espalda para sentir mejor sus movimientos. A veces ejercía presión para que la fricción fuera mayor y le ponía muy cachonda el ruidito que hacía la chica al sentirlo, lo soltaba directo en su boca, solía aumentar la intensidad del beso y la tensión en la mitad inferior de su cuerpo. Solía ser un punto de no retorno y ambas terminaban perdiendo el control de sus respiraciones y de la situación en su conjunto.

—¿A qué tipo de academia de baile te llevó tu madre de pequeña?

La escuchó reírse y sintió un suave golpe en el hombro. Un tópico, común y tremendamente manido, pero es que el sonido de su risa se había convertido en su favorito en muy poco tiempo y le hacía de todo por dentro. Escucharla reír mientras follaban era lo mejor del mundo, se mezclaba con sus jadeos y sus gemidos, con la forma en que Alison decía su nombre acompañado de palabrotas, y a ella le encantaba perderse en aquel conjunto una y otra vez. Morderle el lóbulo de la oreja al sentir cómo se corría en sus dedos, complacerla, porque hacía un par de semanas le había confesado que

le volvía loca que sus parejas lo hicieran; y complacerse porque, joder, es que hacerlo de esa forma casi era suficiente para que llegara ella también.

—No fastidies el momento, Stevens —escuchó una sonrisa en su tono, la apretó de nuevo contra su muslo moviéndose al ritmo de la música y notó cómo aguantaba la respiración. A veces lo hacía justo antes de gemir y a ella le mojaba el doble—. Mierda, Jessie…

—Mi nombre me gusta mil veces más desde que lo dices así —lo confesó antes de depositar un beso húmedo bajo su oreja—. Cualquier nombre sonaría de puta madre si tú lo dices así.

Lo añadió sin dejar de besarle el cuello y Alison inclinó la cabeza hacia un lado, dejándose hacer, le enredó las manos en el pelo, su silenciosa forma de decir «sigue, joder» y ella sonrió antes de morderle la yugular, la música estaba demasiado alta, así que se perdió otro de sus sonidos favoritos: su quejido teñido de placer. A aquella chica le gustaba que se pusieran en plan vampiro con ella y se dejaba morder jodidamente bien.

—Jessie, estoy muy cachonda —lo escuchó unos segundos después, junto a su oído, entrecortado y casi como si le doliera.

—¿Quieres ir a casa? —preguntó buscando el azul de sus ojos.

Joder.

Joder, porque Alison negó con un movimiento suave de cabeza tras encontrarse con su mirada, lento y tremendamente significativo. Joder, porque Alison se mordió el labio inferior de esa forma mientras le acariciaba el cuello con las yemas de los dedos, bajando en dirección sur, hacia su escote. Joder, porque Alison se acercó a su oído para que pudiera oírla bien a través del estruendo de la música.

—Dicen que nunca has follado en los baños de un bar.

Suspiró un «Oh, mierda» mientras inclinaba la cabeza hacia atrás, un silencioso «Bufff, no puedo más» mirando al techo. Sonó tan jodidamente excitado que la rubia pudo oírlo a pesar del ruido ambiente. Notó cómo la chica la tomaba por las manos que hasta entonces le desgastaban el trasero y casi a la vez sintió su lengua húmeda y caliente lamiéndole el cuello. Desde la base hasta la barbilla. Se la mordió y dijo:

—Ven conmigo.

«Ven conmigo».

Y tiró de ella en dirección a los baños. Alison no esperaba encontrar resistencia por su parte y, por supuesto, ella se limitó a seguirla tomada de su mano y con el corazón a mil, con la mirada fija en cómo aquel vestido negro le dejaba al descubierto las piernas. Sus muslos. Joder, sus muslos.

Dejó que la llevara hasta la puerta, guiándola entre la gente que abarrotaba el local. Debían de ser cerca de las dos de la mañana y todos estaban demasiado ocupados en algo como para cederles el paso, así que Alison tuvo que pelearse por el camino fuera de la pista de baile y le

sujetaba fuerte la mano, firme, para ayudarla a seguirla. Follar en los baños de un bar siempre le había parecido una puta locura y nunca había tenido sexo en lugares públicos. ¿No detenían a la gente por cosas así? Pero Alison la sujetaba muy fuerte de mil maneras diferentes y con ella no parecía una puta locura hacerlo en cualquier sitio.

Y era un escenario extraño para un *insight* así de profundo, entrando a los baños de un bar cogida de su mano, pero es que Elsa tenía razón cuando le decía «estás enamorada de ella», y el «estás superjodida» de Riley era bastante acertado también. Su madre preguntaba que si había alguien nuevo en su vida, porque la notaba diferente, y ella se sentía diferente cada vez que besaba a Alison. Todos lo veían por fuera y ella lo notaba por dentro y estaba a punto de follar con la chica de la que estaba enamorada en los baños de un bar.

En esos momentos la rubia la guiaba hacia el fondo de los lavabos, hasta uno de los cubículos vacíos y ella no podía dejar de pensar en lo mucho que necesitaba acariciar esas piernas, sentirlas alrededor de su cintura. Dios, le atontaba cómo asomaban por debajo del vestido. Quería levantárselo mientras le besaba la espalda, que también llevaba al descubierto, quería tocarla por todas partes y esconder la cara en su pelo.

La magia de Alison con un simple vestido negro o, simplemente, la magia de Alison.

La rubia empujó la puerta del último de los baños y se volvió hacia ella entrelazando los dedos de sus manos mientras la arrastraba dentro. Cerró tras ellas atrapándola entre su cuerpo y la puerta y echó el pestillo mirándola desde muy cerca.

—Bienvenida a tu primera vez —Alison lo susurró contra su boca justo antes de besarla muy húmedo y dulce al mismo tiempo—. No puedes hacer ruido.

—No creo que pued…

—Inténtalo.

Otro beso y comenzó a desabrocharle los pantalones. Joder, es que todo aquello la estaba poniendo el doble de cachonda y le devolvió el beso con urgencia mientras notaba cómo sus manos le bajaban la cremallera. Con las suyas le acarició los muslos y le levantó el vestido hasta la cintura, le acarició el culo únicamente por encima de la ropa interior. Alison sonrió contra su boca al sentirlo y le bajó un poco más los pantalones, lo justo para tener un poco de sitio en el que maniobrar. Ay, joder, es que iba a ser rápido, un orgasmo exprés, porque en aquel cubículo no había espacio para preliminares, pero Alison se rio muy bajito junto a su oído cuando ella le arañó suavemente los glúteos y follar en plan cavernícola en los baños de un club de moda se convirtió en algo más.

—Jess… —Y su mano colándose bajo su ropa interior.

—Joder…

Susurraban a la vez y el aliento de Alison le hacía muchas cosas por dentro cuando le acariciaba así el oído.

—No puedes… —Sintió sus dedos internarse entre sus pliegues y cerró los ojos.

—Joder…

—… hacer ruido.

Alison la besó y comenzó a acariciarla despacio, con la palma abierta y jugando con sus pliegues. Los movimientos de su mano hacían que se mojara cada vez más, podía sentirlo húmedo y caliente, debía de estar empapándole los dedos, y la rubia susurró «Dios, Jessie» uniendo sus frentes mientras comenzaba a estimularle el clítoris con el pulgar, muy lento. Más humedad y más calor. Sentía la respiración pesada de Alison sobre los labios y corrientes eléctricas invadiendo su bajo vientre. Jodidamente placentero. La lengua de la rubia se abrió camino entre sus labios entreabiertos y se besaron de forma torpe, porque ella no podía dejar de jadear. Gimió cuando los dedos de Alison tantearon su entrada, la rubia la besó de forma más eficiente para callarla y eso le hizo querer gemir aún más. De pronto cesaron los movimientos dentro de su ropa interior y su boca se quedó huérfana y fría.

—Jessie…

Cuando abrió los ojos se encontró con los de Alison a escasos centímetros y tragó saliva tratando de controlar el ritmo de su respiración, le dolía el pecho de tanto intentar contenerlo todo dentro y el corazón estaba aporreándole las costillas increíblemente rápido.

—Intenta no hacer ruido, ¿vale?

Ella se limitó a asentir, porque no se veía capaz de hablar en ese momento, y Alison sonrió mientras sacaba la mano de sus pantalones y los sujetaba por la cintura. Se llevó el dedo índice de su mano libre a los labios pidiéndole silencio y le sostuvo la mirada a la vez que se arrodillaba frente a ella.

—Dios… —lo susurró y apenas le salió la voz.

Apoyó la parte posterior de la cabeza contra la puerta y cerró los ojos. Mierda, es que Alison iba a hacerle sexo oral en los baños del jodido Trinity y no había forma humana de que estuviera callada. Casi estaba hiperventilando mientras le bajaba los pantalones y la ropa interior. «Intenta no hacer ruido», joder, la miró porque le era imposible no hacerlo, y solo verla así, arrodillada frente a ella, le hacía querer gemir muy alto. Alison le acarició las caderas y la cintura por debajo de la camiseta, la tomó por el trasero, acercándola y acercándose, y ella se tapó la boca ahogando un juramento en cuanto sintió la suave humedad de su lengua moverse contra su intimidad. Lo hacía firme y despacio, lo hacía muy bien. Miró el techo mientras Alison la lamía entera y murmuró un lastimero «joder, joder»

contra la palma de su mano, se le escapó un gemido estrangulado al sentir cómo jugaba entre sus pliegues. No quería mover las caderas, no quería moverse, y la presión entre sus piernas se hacía más y más insoportable. Alison la hacía crecer con cada nuevo movimiento de su lengua y ella estaba intentando con todas sus fuerzas no gemir demasiado alto.

La rubia lamió su clítoris una sola vez y una corriente eléctrica de las de alto voltaje le recorrió el bajo vientre, se golpeó la parte posterior de la cabeza contra la puerta soltando un taco y se mareó un poco. Alison repitió la jugada, esta vez la lamió dos veces y después comenzó a dibujar patrones circulares, continuos y jodidamente precisos, justo en el lugar perfecto. Descansó todo su peso contra la puerta y tensó la mandíbula, cerró los ojos y perdió el control de su respiración, pero aguantó unos segundos, quizá medio minuto dejándose hacer, tan solo sintiendo cómo todo crecía por dentro, mojándose mientras se tapaba muy fuerte la boca con la mano. Joder, es que lo sentía tan cerca que al final no aguantó más, la sujetó por el pelo con ambas manos y comenzó a mover las caderas suavemente contra su boca, en ese momento le daba igual quién pudiera oírlas y, al principio, Alison continuó estimulándola, adaptándose a su forma de moverse, le permitió jadear, flexibilizando eso de «No puedes hacer ruido», hasta que se le escapó un «Joder… sí» demasiado alto acompañado de un par de gemidos.

Alison lo paró todo, se incorporó y le tapó la boca, fuerte, con una de sus manos mientras con la otra retomaba el trabajo que hasta hacía dos segundos realizaba tan jodidamente bien su lengua. Gimió contra su palma frunciendo el ceño al sentir dos de sus dedos penetrándola con facilidad, Alison la miraba directa a los ojos como si fuera lo más maravilloso que había visto jamás. La rubia se acercó a su oído y pudo escuchar un «schsss» justo antes de sentir cómo la presionaba contra la puerta con el peso completo de su cuerpo al tiempo que aceleraba el ritmo de sus embestidas. Habían sido suaves al principio, pero cambió su cadencia a una más brusca al sentir sus paredes comenzar a contraerse en torno a sus dedos. Escuchó cómo la rubia ahogaba un gemido propio y a ella se le escaparon tres, seguidos y fuertes, Alison aumentó ligeramente la presión de la mano que mantenía sobre su boca y lo terminó todo con un par de bruscas embestidas mientras le estimulaba el clítoris con el pulgar.

Al correrse se golpeó de nuevo la cabeza contra la puerta y Alison le destapó la boca y la besó húmedo. Le rodeó la cintura con el brazo, sujetándola fuerte, y embistió de nuevo sus labios, sumamente dulce esta vez, continuó haciéndolo mientras el orgasmo le recorría entera y fue abandonando poco a poco la estimulación proporcionada por su mano. Despacio y cada vez más suave. Se paró por completo al notarla relajada y besó su barbilla antes de dejar que sus respiraciones aceleradas se mezclaran en el diminuto espacio que separaba sus bocas.

***

Cachonda.

Estaba increíblemente cachonda y dejándose meter mano por debajo del vestido en el asiento trasero de un taxi. No podía dejar de pensar en lo que acababa de pasar en los baños de su club nocturno favorito. En la forma en que Jessie la había mirado cuando ella le tapaba la boca para impedir que hiciera demasiado ruido al llegar y en cómo la psicóloga se había corrido en sus dedos, entre besos y gemidos. En la sonrisa atontada que le había dedicado intentando recuperar el ritmo normal de su respiración y en el intenso «quiero ser yo quien te vea así cada vez» que había colonizado hasta el último rincón de su pensamiento consciente mientras la sujetaba entre sus brazos.

Ridículamente evidente. Simple y grande de verdad. Quería ver su sonrisa atontada postsexo todas las veces que apareciera y que no apareciese nunca más sin estar ella delante. Quería dejar que Jessie escondiera la cara en su cuello el tiempo que le diera la gana después de correrse, sentir su pulso descontrolado y cómo se acompasaba mientras su organismo regresaba a la normalidad.

Se estaban besando lento y cada vez que lo hacían así ella se rompía un poquito más por dentro, los labios de Jessie eran tan adictivos y suaves y calientes que poder sentirlos buscándola de esa forma le parecía un jodido milagro. Es que la buscaba solo a ella y era como ganar la lotería mil veces en cada una de sus suaves embestidas. A lo mejor Click había sido su puta lotería y aquel jodido Barry Walker el premio gordo. O a lo mejor todo aquello ya daba igual, porque llevaba semanas sin pensar en ello ni una sola vez.

—Me gusta tu vestido.

Sonrió al escucharla, porque Jessie se lo dijo al oído mientras le acariciaba el muslo por debajo de la tela y acto seguido le besó el cuello, muy húmedo, y le costó una vida entera encontrar algo coherente que contestar.

—¿Te gusta mi vestido o te gustan las cosas que puedes hacer por debajo de mi vestido? —se lo preguntó alejándose un poco de ella.

Necesitaba algo de distancia para respirar, para enfriar su organismo, porque una chica bastante desconsiderada le había fastidiado la fiesta en el interior de aquel cubículo justo en lo mejor de su turno y estaba tan sensible que simplemente besar y ser besada la estaba poniendo a cien. Jessie abandonó el hueco de su cuello y le sonrió.

—Me gusta tu vestido y las cosas que puedo hacer por debajo de tu vestido.

—A mí me gustas tú.

Jessie le sostuvo la mirada y se dejó acariciar, no se movió cuando dibujó su labio inferior con el pulgar y después sacó la mano de debajo de su vestido y la tomó por la nuca para acercarla a ella, atrapó sus labios en uno de los besos más dulces que le habían dado nunca y no le hizo falta decir nada más.

Después de eso, Jessie no intentó meterle mano en el taxi otra vez, en el ascensor la besó despacio y, una vez dentro de su piso, ambas se encaminaron hacia la habitación de la psicóloga. Ella iba primero, porque se sabía el camino de memoria y la morena la seguía, sospechosamente calmada, parecía que se había olvidado de las ganas que tenía de hacerle de todo por debajo de su vestido. No iba a dejarse engañar, lo esperaba en cualquier momento, la tormenta después de la calma y besos húmedos repartidos por su cuello, casi avanzaba en tensión y con una sonrisa de anticipación en los labios, porque Jessie a veces atacaba por sorpresa y aquella noche ella necesitaba que lo hiciera ya.

Se echó a reír cuando sus brazos se cerraron de repente alrededor de su cintura y la psicóloga la pegó a su cuerpo de un tirón perfecto. La escuchó gruñir exageradamente mientras le mordía el cuello y se rio aún más retorciéndose para que parase y sin intenciones de irse a ningún lado. Le gustaba su faceta tonta y juguetona, que la sacara con ella cada vez con mayor frecuencia le hacía sentir que estaban muy cerca. Increíblemente cerca. Desde que la conocía no la había visto enseñársela a nadie más. Jugar así con ella se sentía íntimo y especial.

—Me parece que te debo una.

Jessie lo dijo junto a su oído porque sabía que le encantaba escuchar su voz así de cerca y ella aguantó la respiración al sentir cómo le acariciaba las piernas con las palmas abiertas levantándole el vestido. Joder, su sesión en los baños la había dejado tan cachonda que iba a correrse en cuestión de segundos. La ayudó a deshacerse de la prenda y se giró para quedar cara a cara ya en ropa interior, la sujetó por la tela de su camiseta y tiró de ella dentro de la habitación.

—Vaya… alguien tiene prisa… —se burló dejándose llevar.

Y podría haberle dicho «no seas imbécil» o «cállate y fóllame ya». Podría haberle dicho muchas cosas, pero en vez de eso la besó de forma casi desesperada y tomó una de sus manos guiándola hasta cubrir su ropa interior, Jessie le gruñó en la boca al sentirla tan mojada. Así de rápido se le quitaron las ganas de seguir jugando, le entraron las prisas a ella también y la empujó hacia la cama.

Ella se quitó el sujetador por el camino y la psicóloga sonrió y se deshizo de su camiseta. Le acarició el abdomen y tiró de la cintura de sus pantalones, Jessie se dejó llevar hasta que las dos terminaron cayendo sobre la cama. La psicóloga encajaba jodidamente bien entre sus piernas, la besó gimiéndole en la boca y suplicó «Jess, ya… por favor» cuando la sintió mover sus

caderas, creaba fricción justo donde más lo necesitaba y resultaba ridículo lo poco que iba a aguantar. Inclinó la cabeza hacia atrás jadeando al sentir cómo la morena deslizaba una mano entre sus cuerpos olvidando los planes que pudiera tener en mente, ella esta vez lo necesitaba rápido. Se estremeció al notar sus labios húmedos explorándole el cuello, que mantenía expuesto. Jessie lo hacía mientras su mano seguía descendiendo, porque sabía que era uno de sus puntos débiles. Lo hacía por aquel simple «Jess, ya… por favor». Porque ella lo quería así.

Complaciente. Jessie era muy complaciente cuando follaban.

Sintió cómo le besaba la barbilla a la vez que se incorporaba, liberándola parcialmente del peso de su cuerpo para poder quitarle la última pieza de ropa interior, y cuando intentó posicionarse de nuevo sobre ella se lo impidió y la empujó por los hombros hasta que la tuvo sentada sobre el colchón. Se acomodó a horcajadas en su regazo y seguro que a Jessie le hubiese gustado quitarse los pantalones para poder sentirla mejor, pero la psicóloga se limitó a observarla desde aquella diferencia de alturas, con la respiración pesada escapando de entre sus labios entreabiertos. Dios, la forma en que la miraba era una mezcla perfecta de muchas cosas, todas condensadas en aquel verde extraordinario, de repente era muy intenso, se le revolvió algo por dentro y se mordió el labio inferior. Quiso decirle «no me mires así», pero se limitó a taparle los ojos con la palma de la mano y Jessie sonrió, seguro que había captado el mensaje, porque acto seguido sintió un brazo rodeándole la cintura mientras su mano libre le acariciaba el abdomen en dirección sur. Le devolvió el sentido de la vista y se sujetó a su cuello, Jessie le besó el hombro justo antes de acariciar su intimidad con la palma abierta y ella aguantó la respiración un par de segundos, sintiéndola moverse entre sus pliegues, antes de cerrar los ojos, soltar un gemido ronco y roto y comenzar a mover suavemente las caderas en busca de más.

Jessie dijo «joder» en un susurro tembloroso y excitado y buscó su mirada sin dejar de estimularla. Ella abandonó el agarre a su cuello y le tomó la cara entre las manos porque necesitaba besarla y que la besara, la morena debía de necesitarlo también, porque embistió su boca apenas conteniendo un gemido. Casi a la vez la penetró con dos dedos, así que el beso se quedó en mero proyecto, porque ella cerró los ojos, abandonada a la sensación, y Jessie terminó besando sola, con su labio inferior atrapado entre los suyos entreabiertos mientras iniciaba movimientos jodidamente placenteros con su mano, volviéndola loca con los dedos en su interior.

—Oh, joder… más fuerte, Jess…

Sintió cómo empezaba a contraerse alrededor de sus dedos y contuvo la respiración, aferrándose a su cuello, dejó de restregarse contra ella, porque la forma en que Jessie varió el ritmo y la fuerza de sus movimientos iba a ser más que suficiente, y se abandonó a la sensación. Ya casi estaba… solo necesitaba…

—No quiero que folles con nadie más —la voz ronca de Jessie junto a su oído. Joder, tremendamente complaciente—. Alison… quiero ser solo yo.

Se abrazó más fuerte a su cuello, notaba aquella insoportable tensión invadir su bajo vientre, el pulgar de Jessie estimuló su clítoris sin previo aviso y se corrió a los dos segundos, con un gemido ronco y estrangulado que repitió aún más alto cuando la morena le mordió la oreja abrazándola fuerte con el brazo que mantenía alrededor de su cintura. Unos segundos de puro placer y después su cuerpo se relajó de golpe y dejó que la psicóloga la sostuviera mientras trataba de recuperar el aliento aún abrazada a su cuello.

Le acarició la nuca y sonrió entre jadeos en cuanto Jessie ladeó la cabeza al notarlo. Se quejó cuando retiró los dedos de su interior, suave y despacio, y suspiró un «joder» satisfecho y cansado. Le besó el pelo, sintió que Jessie se lo devolvía en el hombro y necesitó mirarla, así que se apartó de ella, solo un poco y sin dejar de estrechar su cuello. Se encontró con su verde de inmediato, pero cerró los ojos cuando los labios de la morena buscaron los suyos en un beso suave, le correspondió de la misma forma y le recorrió un escalofrío al sentir una de sus manos acariciándole la espalda. Caliente y denso. Perfecto.

—Quiero ser solo yo.

Jessie lo repitió bajito contra su boca y ella la miró por una milésima de segundo antes de besarla extradulce y empujarla de espaldas a la cama con el peso de su cuerpo. Se pasaron un rato simplemente besándose, porque cada vez que ella trataba de incorporarse la morena tiraba de su colgante, obligándola a regresar, y volvía a atrapar sus labios de mil formas diferentes. Al cuarto o quinto intento de frustrada evasión terminó riéndose y confesando que tenía un poco de frío. Jessie se apiadó de ella por su desnudez y dejó que se refugiara bajo las sábanas mientras ella se deshacía de toda la ropa que le quedaba puesta antes de seguirla al interior de la cama. Contempló tumbada de lado y con media sonrisa en los labios cómo la morena se acurrucaba y escondía media cara en la almohada. Se le hinchó sensiblemente el corazón en el pecho cuando la vio ahogar un bostezo cansado, emitiendo un gracioso ruidito al final. ¿A quién tenía que dar las gracias por poder verla así?

«Quiero ser solo yo».

Y es que también quería ser solo ella.

Cuando Jessie se dio cuenta de que estaba siendo observada le regaló una de esas sonrisas que le quedaban tan bien y estiró la mano para juguetear con su colgante. Tomó nota mental de utilizarlo más a menudo, para que la morena pudiera tirar de él todo lo que le diera la gana.

—He follado en los baños de un bar.

Se rio al escucharla y la sonrisa de la psicóloga se hizo más grande.

—¿En serio? ¿Y cómo ha sido? —curioseó acercándose un poco más.

—Bufff… intenso. La chica me ha hecho sexo oral.

—Seguro que porque la chica sabe que te encanta el sexo oral y quería que tu primera vez fuera increíble.

—Qué chica más considerada…

De nuevo ahogó otro bostezo, ella la besó y después se limitó a mirarla mientras Jessie toqueteaba el colgante. Al rato, el verde de sus ojos empezó a desaparecer y a aparecer de nuevo, porque debían de pesarle demasiado los párpados, y contemplar cómo el sueño la envolvía poco a poco era hipnótico. Unos minutos después su verde desapareció definitivamente y el ritmo de su respiración cambió a otro más profundo y acompasado.

Su móvil vibró en la mesilla y ella lo ignoró. Iba a tener que empezar a apagarlo al irse a la cama, porque todas las noches a alguien se le ocurría que era buena idea mandarle wasaps de madrugada.

A Jessie no pareció molestarle el ruido. Siempre se dormía primero. Siempre y sorprendentemente rápido. Un par de veces incluso se había quedado dormida en el sofá mientras veían la televisión y después se había marchado a la cama atontada y refunfuñando porque la había despertado. La Jessie somnolienta era increíblemente mona, pero tenía muy mala leche y a ella le hacía gracia. Quiso acariciarle la mejilla llevada por una súbita oleada de afecto, pero sabía que gruñiría y le daría la espalda, huyendo de sus caricias. Joder, le encantaba ir descubriendo poco a poco todas aquellas cosas y le encantaba todavía más que todas las cosas que iba descubriendo la hicieran sentir así.

«Perdona… ¿nos conocemos?».

Y sí, sí que se conocían.

Conocía su don de quedarse dormida nada más tocar la almohada y que los estornudos le venían de tres en tres, la facilidad que tenía para mancharse la ropa. Que le encantaba que le hicieran sexo oral y que cuando se corría gemía diferente. Que no le gustaba bailar, pero le encantaba bailar con ella y que algunas veces después de ver películas de miedo miraba debajo de la cama antes de irse a dormir.

De nuevo su móvil vibró y Jessie frunció el ceño y se revolvió bajo las sábanas. Peligro inminente de gruñidos y refunfuños, así que se giró hacia la mesilla, cogió el teléfono y lo primero que hizo fue ponerlo en modo silencio. Lo segundo que hizo fue abrir WhatsApp, porque casi eran las cuatro de la mañana, pero no tenía sueño.

«Gail»
Última conexión 03:51
GAIL: Podrías haberte despedido, cabrona.
GAIL: He estado esperando como media hora a que salieseis del baño antes de darme cuenta de que estaba vacío.
GAIL: Me extrañaba tanto silencio.

GAIL: No sé Jessie, pero tú eres de las ruidosas.
ALISON: Perdona, nos han interrumpido y teníamos prisa.
ALISON: Mañana te cuento.

Mañana te cuento. ¿Y qué le iba a contar mañana? ¿Que la volvía loca que Jessie follara con ella? ¿Que la volvía loca follar con Jessie? ¿Que tenía razón al decir que la psicóloga era su puta princesa azul? ¿Que le debía años de vida por haberla convencido de que se apuntara a Click?

Que estaba enamorada. Que había pasado deprisa y que no le importaba haber caído como una idiota esta vez. Que Jess_92 era historia y que no iba a tener que cabrearse con ella nunca más por regodearse en su Barry Walker.

Quería poder decirle que había borrado su conversación en WhatsApp y su contacto de la agenda del teléfono y que todo aquello se terminaba allí.

Y es que todo aquello se terminaba allí. Ver a Jessie respirar acompasadamente a su lado profundamente dormida, con aquella cara inocente que se le quedaba cuando sucumbía al sueño, contrastaba con la forma en que le había derramado lava caliente por dentro al decirle «Quiero ser solo yo» justo antes de romperla de la mejor manera posible entre sus brazos.

Todo se terminaba allí. Porque tendría que haberle contestado «ya eres solo tú», pero le salió besarla hasta la muerte. Tenía que acordarse de decírselo por la mañana.

Así que buscó su conversación con «Jessie», había quedado muy abajo, desactualizada por nuevos chats y grupos demasiado activos. Con sus patéticos mensajes suplicando que no la dejara así, esperando ser vistos, esperando un puto doble tic azul.

Al parecer había sido demasiado pedir.

«Por favor, Jessie, no me hagas esto».

«Me debes una tú de verdad».

La desesperación que había empapado su vida al completo. Cómo le costó respirar después de su apresurada retirada. La forma en que la había roto por dentro. Todo aquello se terminaba allí.

Y todo aquello tendría que haberse terminado allí, pero encontró su conversación con Jess_92 y una corriente de aire helado se le coló dentro, toda la habitación se congeló de repente, le temblaron las manos y de nuevo le costó respirar. Tragó saliva con el estómago encogido y el corazón bombeándole como loco dentro del pecho.

Mientras Jessie continuaba respirando acompasadamente a su espalda, ella miraba la última frase de aquella maldita conversación y algo estaba resquebrajándosele por dentro.

«Por favor, Jessie, no me hagas esto».

Y un jodido doble tic azul.

OceanofPDF.com

Agradecimientos

A mi hermana, por aguantar monólogos interminables sobre los argumentos de mis historias y por todo lo demás también.

A mis padres, por leernos cuentos e inventarse historias para nosotras a la hora de dormir, tal vez sin todo aquello hoy no existiría esta novela.

A mi prima Ángela, por hacer de conejillo de indias y por darme su opinión más sincera incluso nadando a contracorriente.

A mi compatibilidad del cien por cien, por apoyarme en todo lo que se me ocurre y por entender mis peculiaridades.

A Karma, por acompañarme en mis paseos inspiradores.

A Gatxina y a Lipitus, por haber dedicado cinco mil años luz de su tiempo a ayudarme a pulir esta historia.

A todo el equipo de LES Editorial y, en especial, a Bárbara por apostar por mis tropecientos millones de palabras una vez más.

A Mara, por ilustrar la historia con esta portada que me encanta y, sobre todo, por hacerlo con tanto cariño.

A todas las personas que llevan años apoyando todo lo que escribo y a las que han llegado hace un rato.

OceanofPDF.com

Autora

Anna Pólux nació en Logroño, es licenciada en Historia y en Psicología, y en la actualidad se dedica profesionalmente a esta última. Desde siempre ha sido aficionada a la lectura y la escritura: sus libros favoritos pertenecen al género de suspense y policíaco (Agatha Christie, Douglas Preston y Lincoln Child), pero uno de sus pasatiempos favoritos es escribir relatos de tinte romántico con toques de humor. Publicó su primera historia en el año 2009 bajo el seudónimo de «Newage», y desde entonces ha continuado compartiendo sus escritos en distintas plataformas *online*. A Anna le gusta explorar el mundo emocional de cada uno de sus personajes y dedica gran parte de su tiempo libre a confeccionar las tramas de sus historias y las relaciones que podrían establecerse entre sus protagonistas. Comparte con Cris Ginsey el blog *La bollería de Ginsey*.

Twitter: @newage1119

OceanofPDF.com